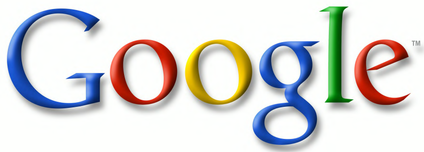
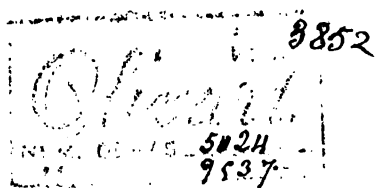






# GUERRA DE LA INDEPENDENCIA



# GUERRA
# DE LA INDEPENDENCIA

## HISTORIA MILITAR DE ESPAÑA

## DE 1808 Á 1814

POR EL GENERAL

D. JOSÉ GÓMEZ DE ARTECHE Y MORO

Individuo de número de la Real Academia de la Historia

CON UN PRÓLOGO

ESCRITO POR EL EXCELENTÍSIMO SEÑOR TENIENTE GENERAL

D. EDUARDO FERNÁNDEZ SAN ROMÁN

TOMO VIII

MADRID

IMPRENTA Y LITOGRAFÍA DEL DEPÓSITO DE LA GUERRA

—

1893

# CAPÍTULO PRIMERO

## CAMPAÑA DE 1810

### Segunda invasión de Andalucía

**Tristes augurios para 1810.—Ejército del Centro.—Sierra Morena.—Sus pasos más importantes.—Su mejor defensa.—Plan de campaña de José Napoleón.—El de los españoles.—Comienzan las operaciones.—Primeras posiciones españolas.—Su ataque por los franceses.—Retirada de las tropas de Girón.—Retirada de las de Lacy.—Retirada de las de Vigodet.—Derrota de las de Castejón.—Derrota general.—El duque de Alburquerque.—Sus operaciones.—Se dirige á Sevilla.—Y después resueltamente á Cádiz.—Se le debe la salvación de Cádiz.—Cómo es recibido José en Andulucía.—Los franceses delante de Sevilla.—Fuga de la Central.—Capitulación de Sevilla.—Marcha de Víctor á Cádiz.—La de Mortier á Extremadura.—Ocupación de Málaga.—El Intruso frente á Cádiz.—Intimaciones que la dirige.—La Central en Cádiz.—Preparativos de defensa en Cádiz.—Guarnición de ingleses en la Isla.—Medidas defensivas de Alburquerque.—Viaje de José Napoleón.—Órdenes del Emperador sobre el gobierno de algunas provincias.—Habilidades de José para neutralizarlas.—Consideraciones sobre la conquista de Andalucía.**

**Tristes augurios para 1810.**

Comenzaba el año, para España tan luctuoso, de 1810. Todo, aun días antes, hacía presentir una crisis tremenda, peligros mayores que los que hasta entonces había corrido la Independencia patria, tan rudamente combatida, á costa de tantos sacrificios y de sangre tan abundante y generosa sustentada. La paz de Viena había otra vez demostrado que era imposible resistir la pujanza de Napoleón, á cuyo yugo se sometían las potencias del Norte como fascinadas por genio tan fe-

cundo en las artes de la política y la guerra. Y á tanto llegaba el prestigio alcanzado por las armas del que ya se creía tocando la realización de su sueño del Imperio universal, que, no sólo acataban sus despóticas voluntades las tantas veces vencidas naciones que le eran vecinas, sino que alguna, ya que no todas, llegaban á brindarle con enlaces, tenidos poco antes por bochornosos para el honor y lustre de dinastías que el orgullo elevaba al carácter de sagradas, considerándolas como jerarquías las más antiguas y respetables del mundo. Un advenedizo, que ha habido quien pretendiera sacar de la raza de los deicidas de Jerusalén, iba á entroncar con la Sacra y Cesárea Majestad cubierta de la doble corona del Imperio más vasto de la Europa moderna, árbitro tantas veces de los intereses más caros de la humanidad, los de la religión y la cultura de los pueblos.

¿Qué podía esperarse después de suceso tan transcendental cómo la humillación del Austria, cien veces rebelde á su vencimiento y otras tantas fustigada por la mano impía del conquistador que, en su asombro, besaban reverentes los antes, como ella, sometidos y desarmados? «El Norte, dice un historiador alemán, respirando apenas, se inclinaba de nuevo bajo el yugo del conquistador y sólo dirigía, pero disimuladamente, sus miradas al Sur: allí tan sólo se mantenía el fuego de la esperanza.» Hasta la Gran Bretaña, desanimada con el desastre de Walkeren y enojada con el Gobierno español por haberla rehusado el establecimiento de sus tropas en Cádiz, vacilaba en su conducta, discutiendo sus ministros si se debería abandonar ó no la Península á su suerte. El mismo Wellington en su

despecho, andaba también incierto, al, según dijimos, retirarse á Portugal, entre continuar prestando sus servicios, como al fin lo hizo al saber la entrada en Cádiz del duque de Alburquerque, ó reembarcar las tropas para Inglaterra, resolución que, de seguro, no tomaría sin la aquiescencia de su Gobierno.

España, pues, abandonada por el Austria, que pactaba con el emperador Napoleón, y viendo á la Gran Bretaña desistir de la lucha encarnizada que tantos años venía sosteniendo, más y más encarnizada según temía hallarse muy luego empobrecida con el bloqueo continental, á punto ya de hacerse completo en Europa, España, repetimos, no podía contar sino con sus solas fuerzas para contrarrestar las de su formidable enemigo, tan acostumbrado á vencer todo género de resistencias. Y eso con uno ó, á lo más, dos ó tres golpes de su potente brazo, contundentes, eso sí, y aterradores para gentes que no abrigasen en su pecho el patriotismo de los españoles, su espíritu de protesta contra toda imposición extraña, su inclinación á la venganza de los ultrajes inferidos á su excesivo amor propio, ó que, como ellos, supiesen *mantener* eternamente vivo *el fuego de la esperanza*. Tendría que sofocarlo pronto Napoleón, distraido de tan halagüeño propósito como el tanto tiempo hacía depositado en su mente, puesto desde dos años antes en ejecución con tan mala fortuna, para que no se propagara chispeante entre sus demás enemigos al soplo vivificador de la pertinacia española. Los mejores de sus generales, iniciados en los secretos de sus planes para la ocupación de la Península, habían sido, los que no derrotados y prisioneros, vencidos y llevados hasta los límites, puede de-

cirse, del Imperio con su iluso rey por delante. Los que les habían sucedido en la pelea, regidos por él mismo, armado de sus propias fuerzas y con el beneplácito, además, hipócrita y todo, de los soberanos reunidos en Erfurt, habían llegado á imponer su dominación en algunas regiones de la Península, pero nunca á recibir el pleito-homenaje de sus habitantes. Y aun venciendo en jornadas que, por lo repetidas y sangrientas, parece debieran acabar con toda resistencia y producir la sumisión del país, se encontraban después de dos años de la más ruda pelea sin adelantar un paso en su tarea conquistadora, cansados de cuerpo y espíritu, pidiendo su relevo ó la presencia del Hércules, cuyo brazo únicamente podría aplastar las múltiples cabezas de la hidra que amenazaba día y noche y á todas horas ahogarlos con su sofocante hálito, aura de libertad, para sus enemigos, perfumada con las esperanzas de un triunfo seguro, sino fácil ni próximo.

¿Qué sería, sin embargo, de España si llegaba el coloso á presentarse en ella con la terrible maza de su genio incomparable y sus innúmeras legiones? Y eso era lo que ofrecía augurios más tristes para nuestra patria al comenzar el año de 1810. Porque si los generales del Intruso y él mismo habían tomado por temeraria la resolución de trasponer la valla que los separaba de la tan ambicionada tierra de Andalucía inmediatamente después de las jornadas de Ocaña y Alba de Tormes, sería porque esperasen hacerlo con el Emperador, ante quien los montes se allanaban, detenían su curso los ríos, la naturaleza toda parecía prosternarse. Y cuando otras atenciones más graves ó más halagadoras, las preocupaciones, acaso, que asaltaran

su imaginación, verdaderamente antigua por lo italiana ó clásica, le detuvieran para una empresa, de tan larga fecha acometida y tan sin gloria de su parte disputada, no dejaría de enviar á su hermano fuerzas y recursos con que acabarla cumplidamente.

Nuestra situación política dejaba, por otro lado, mucho que desear. La Comisión ejecutiva, nombrada en la creencia de que la concentración del mando produciría el remedio á los males atribuídos á la Junta Central, se mostró indecisa y como acobardada por el desastre de Ocaña, y ni supo mostrar la magnanimidad de su poderdante después del de Medellín, ni tomar las providencias inmediatas y enérgicas que exigían circunstancias como las que, por el contrario, parecían abrumarla. Ni logró tampoco sofocar las bastardas maquinaciones que, habiendo dado lugar á su información, continuaban ejerciendo letal influjo contra los mismos á quienes antes habían favorecido. Los intrigantes del día anterior eran ahora perseguidos y hasta aprisionados; creándose así un estado tal de perturbación que bien patentemente demostraba redundaría en mayor mal y más grave de la cosa pública. Fué preciso que la Junta Central recordara su autoridad, perdida al dejarse sustituir; pero ya era tarde para poner remedio al desbarajuste así producido en el Gobierno, y no le quedó otro recurso que el de adelantar los preparativos para la convocatoria de las Cortes, que tampoco se hizo en los términos acordados, constituyéndolas en una sola Cámara, no en dos como se había propuesto en un principio. Y con eso y con la impremeditada providencia de dividirse, dirigiéndose una parte de la Junta á la isla de León, para no ser

sorprendida toda en Sevilla por los acontecimientos que se precipitaban con dirigirse los enemigos hacia Sierra Morena, se produjo en aquella capital y en las Andalucías todas un movimiento tal de la opinión que acabaría con la Junta, la Comisión y cuantos elementos pudieran todavía quedar de autoridad y gobierno en el país.

Y no influyó menos en la marcha de las operaciones militares.

**Ejército del Centro.** El ejército del Centro se había acogido, lo dijimos en el tomo anterior, á las asperezas de Sierra Morena. El plan impuesto á su jefe, general Areizaga, era el de fortificarse en ellas y, á su abrigo, reorganizar el ejército y aumentar su fuerza hasta ponerlo en estado de resistir la invasión que era de presumir no tardarían á intentar los franceses, animados con su reciente victoria de Ocaña y con la paz que acababa de imponer el emperador Napoleón á su futuro suegro el de Austria (1).

Si en un principio apareció ser corto el número de los soldados dispuestos á reñir nuevas batallas en las condiciones de la anterior campaña, no tardó mucho en crecer con los que, confortados por las exhortaciones que escuchaban en los pueblos y las de sus propios parientes, tornaban á sus banderas, no sin alguna disculpa abandonadas (2). Si los franceses se hubieran

(1) La Comisión ejecutiva de la Central nombró general en jefe del ejército del Centro al marqués de la Romana; pero demasiado comprendía éste el fruto que iba á dar la nueva campaña, y prefirió quedarse en Sevilla para desembarazarse allí de sus émulos, que no eran pocos.

(2) Decía Girón que «los cuerpos fueron engrosando con la llegada de soldados dispersos, que, casi todos eran andaluces,

mostrado más resueltos, y es extraño no lo hiciera el mariscal Víctor, las posiciones de la Sierra habrían caído en su poder; y La Carolina, las otras nuevas poblaciones inmediatas y aun el cercano Bailén fueran por su posición y riqueza base, más que sólida, excelente para sus futuras operaciones en Andalucía. Pero retraídos en la Mancha y Madrid por las consideraciones, que ya expusimos, ocurridas á la flaca mente y á la menos que dudosa energía de José Napoleón, las alturas de Sierra Morena se veían coronadas pocos días después por 18 ó 20.000 españoles y una nube de trabajadores que procuraban dotarlas de obras de fortificación con que poderlas defender mejor.

**Sierra Morena.**

No era fácil la empresa de ponerlas á salvo de enemigos tan peritos en el arte de combatir, así por la extensión de la cordillera como por la naturaleza misma de los diversos y variados accidentes que la constituyen. Es verdad que la cordillera mariánica, tan humilde en su origen hacia el extremo S. E. de la meseta central de la Península, se muestra ya con caracteres de tal, si bien no muy definidos todavía, en la llamada Sierra Morena, á que vamos á referir nuestras observaciones. En su caida meridional, sobre todo, se manifiesta así por ser mucho más elevada que la cuenca del Guadalquivir su contigua la del Guadiana que, escondido á veces y manso siempre, recorre perezosamente las melancólicas llanuras de la Mancha. «Nada

---

y se aprovecharon de la ocasión del desastre ocurrido para ir á visitar sus casas».

Se conoce que no tenía buen concepto de los soldados andaluces, porque después les achaca el nuevo desastre de Sierra Morena.

más bello que el espectáculo que presentan las montañas y valles que componen esta parte de la cordillera mariánica», hemos dicho en otro libro dedicado á la geografía de nuestra patria. «Espesos bosques de una frondosidad admirable, producida por un clima un poco caluroso, pero benigno por la frescura que esparcen los mil arroyuelos que se deslizan de las montañas; prados deliciosos de una verdura resplandeciente, esmaltada de flores, y todo esto coronado ó interrumpido por rocas de un tinte claro azulado, armonizadas con el colorido del cielo más transparente y bello del universo, hacen de Sierra Morena el país más hermoso acaso de nuestra España. Lástima que se encuentre despoblado y no se haya extendido á todas sus localidades la colonización iniciada y en parte llevada á cabo por Olavide, que se limitó á poblar las inmediaciones de la carretera, revelando con sus lindísimas aldeas lo que podría ser todo Sierra Morena».

Pero la diferencia de nivel, según acabamos de indicar, de las dos cuencas, ya citadas, del Guadiana y el Guadalquivir, causa quizás de la revolución física que abrió la cordillera cediendo al peso de las aguas que, en vez de ir al primero, fueron á despeñarse en el segundo de los dos ríos, ha dado á la cuenca de éste el aspecto de un gran escalón hacia los afluentes que enriquecen su caudal en aquella comarca, hoy objeto de nuestro estudio. Tal circunstancia, muy de considerar y de tomarse en cuenta para la guerra, y el no aparecer bien determinada la divisoria de aguas, por otra parte muy adelantada al N. y á distancias considerables, enormes en el orden táctico, obligan al que se proponga defender los pasos de la sierra á esparcir las

tropas en destacamentos que resultan muy separados entre sí y sin las comunicaciones siempre expeditas, absolutamente necesarias para combinar su acción y movimientos. Y como esos pasos son muchos, contándose varios muy importantes en la dirección general de Castilla á las Andalucías por aquella parte, habría sido indispensable un ejército mucho más numeroso que el del Centro para defenderlos. El paso de Villamanrique, uno de los más expeditos, conduce á Jaén y Granada, sobre las comunicaciones, de consiguiente, del ejército con aquellos reinos; el de Despeñaperros, única carretera entonces, camino directo de invasión, transitable por todas las armas y cuyo dominio habría de ser el objetivo principal de los enemigos; el del Muradal, contiguo y de difícil acceso, pero ligado, casi uno, con el del Rey, que, si no cómodo, es accesible para la artillería de campaña, carretero antes de haberse construido el de Despeñaperros; los dos, en fin, de la Tía Gila y Puerto Rubio en que están abiertos los caminos de Ciudad Real y de Almadén á Córdoba, peligrosísimos por conducir á espaldas de las posiciones principales del centro de Sierra Morena, están, con efecto, tan separados, que de uno á otro, del primero al último, media una distancia de más de 190 kilómetros. ¿Era dable cubrirlos con 20.000 hombres que, además, habrían de tener su apoyo en una reserva hábilmente situada para acudir con oportunidad al socorro de tantos y tan distantes destacamentos?

Sus pasos más importantes.

Siendo, pues, la de Sierra Morena una línea defensiva de indisputable importancia si se guarnecía con fuerzas bastante numerosas, debíase, en las condiciones en que se hallaba el ejército del Cen-

Su mejor defensa.

tro, buscar una posición donde, concentrado, pudiera defenderla por medio de esa atracción que siempre ejercen los núcleos militares sobre las masas enemigas que intenten operar ofensivamente. Esa atracción, que es así como la ley general en el equilibrio de la Naturaleza toda, lleva á los grandes ejércitos á buscar en su choque el camino por donde, destruído el uno, se abra el otro paso para la realización de sus proyectos. Allí donde se establece una masa considerable de fuerzas, allí hay que ir á buscarla necesariamente, á no ser que la superioridad del invasor sea tal que no tema verse flanqueado por ella y, por el contrario, busque, á su vez, el envolverla para destruirla completamente.

No dejaba el general Areizaga de conocer los dedefectos de la posición que se le había mandado defender, y los había hecho observar al Gobierno en una comunicación razonada que le dirigió el 31 de diciembre; pero no fué atendido, y recibió la orden para que, en caso de ser atacados, defendiese los puestos á toda costa (1). Hubo más; los representantes de la Central, presentes en el ejército, alguno para asistir á las operaciones militares y los demás para formar juicio de las ejecutadas en Ocaña ó para inspeccionar aquellas

(1) Dice en la «Exposición de su conducta...» en aquella campaña: «Como un mes después de la acción (de Ocaña), se reunieron 18.000 hombres, poco más ó menos, en la Sierra, con cuyo conocimiento, en 31 de diciembre, representé al Gobierno haciendo patente la imposibilidad de cubrir con esta fuerza la extensión del país que hay desde el Almadén hasta Sierra Segura, que son al pie de 35 leguas, que lo que convenía era reunir el ejército en un punto ventajoso, formando un campo atrincherado, pues al mismo tiempo que se conseguiría darle instrucción y disciplina, que la necesitaba, podría resis-

posiciones, visitaron detenidamente las del frente de la Carolina, guiados por el inteligente oficial de Ingenieros D. Antonio Remón Zarco del Valle, tan celebrado desde los comienzos de la guerra, hallándolas en estado de resistir con fortuna al enemigo (1). Hubo, pues, que desentenderse de crear el campo atrincherado que aconsejaba Areizaga, y prepararse á defender la Sierra en sus mismos accidentes y pasos, no, con todo, sin retirar con alguna antelación los hospitales allí establecidos y los almacenes ó depósitos de material y de víveres que había acumulados de tiempo atrás por la Administración Militar en puntos que, por lo próximos á la línea de defensa, podrían, al ser ésta rota, caer en poder de los enemigos. Se conoce que en la Junta Central y en sus delegados del Ejército preponderaba la opinión de que aquellas posiciones, por su

---

tir á mayor número de enemigos, y de lo contrario sería rota la línea por ellos con pocas fuerzas que reuniesen en un punto, y quedarían envueltos los demás de la Sierra; fuera de que, si se me precisaba mantener las mismas posiciones en los dos meses que restaban del invierno, no tenía el enemigo necesidad de tirar un tiro para entrar en las Andalucías, porque mi ejército quedaría reducido á la nada por la intemperie ó inclemencia que padecía, lo que demostraba clarísimamente con la noticia diaria que remitía al mismo Gobierno de las bajas de los que se retiraban á los hospitales.»

(1) Dice Galiano en su citada traducción de la Historia de España por Dunham: «En lugar de un general nuevo pasaron á la Carolina varios vocales de la Junta Central, el marqués de Campo Sagrado, general y buen caballero, pero sin experiencia de la guerra, D. Rodrigo Riquelme, togado, y D. Juan de Dios Rabé, hacendado de Córdoba, provincia que representaba en la Central. Estos tres personajes llevaban el encargo de activar el aumento y nuevo arreglo del ejército y de poner en buen estado de defensa los puertos de la Sierra; trabajo inútil, siendo éstos tantos en la extensión de aquellos montes, y faltando á sus defensores el aliento necesario para pelear aun en los puestos más ventajosos.»

¡Excelente párrafo para la memoria de Areizaga!

renombre de sombrías en aquella guerra y la fama de haberse superado sólo como por milagro en la de la Reconquista cristiana, valían más que la fuerza, la concentración y el atrincheramiento de una masa cualquiera de tropas que, después de todo, habían visto deshecha y derrotada días antes por las tan temibles del enemigo. Las circunstancias eran, sin embargo, muy diferentes: los franceses, vencedores en la última campaña y con su acción expedita, una vez hecha la paz de Viena, tan ejecutiva y gloriosamente conquistada, se estaban preparando para acabar su obra de la Península, allegando fuerzas y fuerzas con que, no sólo someter á los españoles, sino que arrojar también á los ingleses á sus naves para, como un último esfuerzo, establecer el gran imperio con que su insigne caudillo andaba soñando desde sus primeras y más esplendorosas victorias (1).

**Plan de campaña de José Napoleón.**

Su hermano, mejor que Rey, instrumento de sus ambiciones, á quien dejaría, todo lo más, una sobera-

(1) Toreno dice: «Se pensó al principio en fortificar toda la línea adoptando un sistema completo de defensa, dividido en provisional y permanente, el primero con objeto de embarazar al enemigo á su tránsito por la Sierra, y el segundo con el de detenerle del todo, levantando detrás de las montañas y del lado de Andalucía algunas plazas fuertes que sirviesen de apoyo á las operaciones de la guerra, y á la insurrección general del país. Una comisión de Ingenieros visitó la cordillera y aun dió su informe, pero, como tantas otras cosas de la Junta Central, quedóse ésta en proyecto (*). También se trató de abandonar la sierra y de formar en Jaén un campo atrincherado, de lo que igualmente se desistió, temerosos todos de la opinión del vulgo que miraba como antemural invencible el de los montes Marianos.»

(*) Puede verse en el Apéndice número 1 el extracto del informe de la Comision, compuesta del coronel y oficiales de Ingenieros D. Antonio Benavides, D. Joséf Morete Barela, D. Antonio Remon del Valle y D. Agustín Bueno y de Bruine, que lo firman en Guadix el 6 de julio de 1809, esto es, antes de la batalla de Ocaña.

nía feudataria, reducida en extensión á lo que no entrara en los cálculos suyos para engrandecer y redondear la vastísima que se había propuesto, José, repetimos, satisfecho ó resignado, juntaba tropas con que acometer la entrada en las Andalucías, cuyas operaciones esperaba darían un gran resultado para la causa imperial y para su personal concepto, así en la opinión de los Gobiernos de Europa como, y eso parecía interesarle sobre todo, en la de Napoleón, juez el más competente en las árduas cuestiones de la política y la guerra. No, por eso, se resolvía á emprender la invasión de Andalucía sin contar con el Emperador, consultándole la oportunidad, la fuerza y la manera en que convendría acometerla; pero nunca recibió contestación categórica á sus preguntas y observaciones (1). Dos proyectos le fueron remitidos: uno, aplazando la entrada en Andalucía hasta que Suchet se apoderase de Valencia después de hacerse dueño también de Tarragona y Tortosa, y hasta que Reynier, que mandaba en Talavera, verificara la conquista de Badajoz; y otro, aprovechando el terror que hubiera producido en los españoles su derrota de Ocaña para

(1) Du Casse lo dice terminantemente: «Napoleón ne repondit rien»; y la correspondencia del Emperador lo confirma con su silencio.

Lo más peregrino en el mutismo del Emperador sobre ésto, es que había anunciado al Senado francés su venida á España para acabar de una vez la guerra, y hasta hecho tomar la dirección de Bayona á algunos cuerpos de la Guardia, sus camaradas en todas las empresas que acometía. Tal consistencia tomó la noticia de su venida, que el rey José envió á su encuentro tres de los personajes más caracterizados de su corte. Y, sin embargo, nada hubo más distante que eso del pensamiento del Emperador. Si sus partidarios de España le llamaban con efecto, él se disculpó con su divorcio primero, después con su nuevo casamiento y, por fin, con sus recelos respecto al

marchar sobre Sevilla y Cádiz, deshacer la Junta Central é impedir la reunión, ya señalada para época próxima, de las Cortes. El Emperador, no contestando á su hermano, le ponía en el caso de resolver por sí mismo; y después de celebrado un consejo con los generales que tenía por más competentes, se decidió por el segundo de aquellos proyectos, considerándolo más pronto y, sobre todo, más brillante para su reputación militar.

El ejército francés se componía en enero de 1810, de los cuerpos 1.°, 4.°, y 5.°, á las órdenes, respectivamente, de Víctor, Sebastiani y Mortier que con la división Dessolles, que contaba con una brigada de tropas españolas y la guardia real, constituían una fuerza de 60.000 hombres, á la que había que añadir 4 ó 5.000 destinados á la defensa de Madrid: del 2.° cuerpo, mandado por Reynier que vigilaba las avenidas de Extremadura y Portugal desde Talavera y Almaraz; del 6.°, de Ney, establecido en Salamanca en combinación con Kellermann y Bonnet que gobernaban en Valladolid y Santander; del 3.°, que Suchet mantenía en Aragón, y el 7.°, con que Augereau había hecho la conquista de Gerona y sostenía la plaza de Barcelona, siempre

---

aspecto que presentaban los asuntos políticos de la parte de Rusia. «Todos creían, dice Schépeler, que Napoleón, una vez sometida el Austria, volvería á España; pero con la disculpa de su matrimonio encubrió la persuasión, en que estaba, de que no podría someter á España, como el resto de Europa con sus rápidos y mágicos golpes. Apreciaba con acierto aquella guerra popular, en la que ensayaba la fortuna de sus generales que ofrecían condiciones para las luchas de larga duración. El Emperador no debía ejecutar sino expediciones grandes y brillantes, teniendo, como tenía, habituado al mundo á no esperar de él más que conquistas rápidas.»

Este debe ser el secreto de la repugnancia de Napoleón á dirigir personalmente la guerra de España.

bloqueada por nuestros soldados y los somatenes y miqueletes de Cataluña. Varios batallones y escuadrones cubrían por fin las guarniciones de las principales ciudades y de los puntos fuertes en el territorio dominado por los franceses, y guardaban las comunicaciones entre sí y con el Imperio, no pocas veces interrumpidas por los guerrilleros, incansables en aquella su patriótica tarea.

El total, así, de las tropas francesas en la Península se elevaba á una cifra que no sería aventurado suponer de 250 á 270.000 hombres de todas armas, empleados en cubrir las atenciones de un ejército conquistador, de ocupación, á la vez, en tan vasta superficie. Pero, por si se consideraba inferior á la tarea que se le había encomendado, el ejército francés de España recibió aumentos considerables, ya cubriendo las bajas que producía la guerra en los regimientos, ya con cuerpos enteros procedentes de Austria, hasta poder contar, en enero de 1810, con una masa de 300.000 hombres, dispuesta en gran parte á tomar las direcciones que el Emperador le impusiera para acabar una lucha que tanto entorpecía sus planes, haciendo huir, como dijo al Senado, al leopardo inglés al otro lado de los mares.

Pero los tres cuerpos de ejército y la división en primer lugar nombrados, eran los que, con su rey á la cabeza, debían realizar la invasión en la vasta y tan codiciada región del Guadalquivir. Esto es, que los 20.000 hombres, á lo más, encargados de defenderla, tendrían que habérselas con 60.000 de las tropas mejor organizadas del Intruso, llenas de entusiasmo por sus triunfos, demasiado recientes para caer en el olvido de nues-

tros colecticios y desorganizados batallones de Sierra Morena. Víctor, con los 36.000 de su cuerpo de ejército, debía tomar el camino de Almadén á Córdoba; su misión era la de envolver las posiciones de Despeñaperros y evitar la unión del duque de Alburquerque con Areizaga. Mortier, con el 5.° cuerpo, partiría del Viso del Marqués sobre los puertos del Muradal y del Rey, cuya conquista dejaría libre el paso de la carretera general, que emprenderían la división Dessolles y el cuartel real. Sebastiani, con el 4.° de su mando, acometería la entrada en Andalucía por Villamanrique, amenazando, con eso, nuestra posición central por su derecha como Víctor iba á hacerlo por la izquierda (1). Era un plan eminentemente estratégico con todas las probabilidades del éxito más completo, puesto que, constando cada una de las dos fracciones en que iba á marchar el ejército francés de fuerzas muy superiores á la total de las españolas, no podría ser batida nunca aisladamente. Si el camino que iba á seguir Víctor ofrecía obstáculos, abandonado de mucho tiempo atrás, cruzando territorios de escasísima población y sin recursos, de consiguiente, para golpe tan considerable de tropas, ganaba, en cambio, mucho espacio sobre la izquierda de los españoles que tendrían que vigilarlo de cerca para no verse envueltos y perder su comunicación con Sevilla.

---

(1) El primer plan era diferente de éste. Soult escribía el 1.° de enero á Berthier: «El proyecto del rey es el de pasar Sierra Morena por Almadén con los cuerpos 1.° y 5.°, la división Dessolles y la Guardia real. El general Sebastiani quedará en la Mancha con la división polaca, el 58 de línea y la división del general Milhaud, con el objeto de cubrir la izquierda del ejército de operaciones y mantener libres las comunicaciones de Madrid, siguiendo por la carretera de La Carolina el movimiento del enemigo al retirarse éste».

Se emprendía, además, según ya hemes dicho, con el fin de impedir la unión del duque de Alburquerque, de quien se sabía haber recibido la orden de trasladarse desde Extremadura á reforzar las posiciones de la Carolina, donde la Junta Central se empeñaba en ver su mayor peligro.

El general Areizaga tenía prevista la maniobra de Víctor ocupando los puntos de la divisoria, que ya hemos descrito, de los caminos de Ciudad Real y Almadén á Córdoba; pero eran tan escasas las fuerzas destinadas á ellos y se hallan tan distantes, que sólo podían considerarse como de observación, grandes guardias, excesivamente avanzadas, que nunca influirían en la resistencia que se intentaba oponer á enemigo tan poderoso. También era hábil el movimiento ideado por Soult sobre la derecha española. Conduciendo de Villanueva de los Infantes y Villamanrique por Montizón y Santisteban á Ubeda y Baeza, se flanqueaban las posiciones de la sierra y amenazaban, con la ocupación de Jaén, no sólo el camino de Granada, sino que, con la esperanza de interceptar el de Sevilla por el otro lado, confiaban los franceses en cortar toda retirada á los españoles y tomarse, sin duda, el desquite de Bailén en sus mismos gloriosos campos.

Y ¿qué oponían nuestro Gobierno y nuestros generales á plan tan bien combinado? La diseminación de sus fuerzas y la divergencia de sus opiniones. El cuartel general continuaba en La Carolina con la vanguardia, las divisiones Girón, Lacy y Castejón á la mano, esto es, en los puertos del Rey, Muradal, Despeñaperros y las posiciones inmediatas, entre las que eran las más notables las del collado de los Jardines, donde se for-

mó un pequeño campo militar, y la montaña de Valdeazores, que flanquean el célebre desfiladero últimamente nombrado. En Almadén y sus contornos se había establecido la división Zerain, cuya fuerza era de unos 1.500 hombres, incapaz, por consiguiente, de ofrecer resistencia alguna, ni larga ni corta, á las tropas de Víctor, sucediendo lo mismo con la de Copons establecida en Pozoblanco y Puerto Calatraveño. En Montizón guardaban el desfiladero de Ventaquemada la división Vigodet, tan exígua como la de Zerain, y los insignificantes restos de la 6.ª de Jácome, disuelta puede decirse, por lo que, al primer asomo de peligro anunciado por Sebastiani al presentarse en Villamanrique, fué necesario reforzarlas con la de Castejón, que llegó tarde para su objeto, á tiempo, sin embargo, para caer prisionera con su jefe. Aún hubo que desmembrar fuerzas de las reunidas en el campo de La Carolina para atender á la defensa de Córdoba, hacia donde se veía marchar el 1.er cuerpo de ejército francés, contra el que también se enviaron los escopeteros del país que, con algunos aldeanos y guerrilleros, quisieron, aunque en balde, oponérsele en el escabroso camino que había emprendido (1).

(1) Con razón dice Schépeler: «Los franceses haciendo correrías por Belalcázar, Hinojosa, etc. alarmaron á Córdoba, y por lo que sigue puede verse cuáles eran los preparativos hechos por los españoles. Sólo cuando los franceses se acercaron á Almadén, convocó la Junta de Córdoba á los cazadores de los distritos del Norte, y pidió á los tres vocales de la Central enviados á la Sierra, presentes en aquel momento, autorización y dinero para fortificar el antiguo castillo de la Mano de Hierro. Accedieron aquellos señores á lo que se pedía y llamaron también á sí tropas con que sostener á la Junta, que entonces puso todo en movimiento para asegurar el hasta aquel instante olvidado desfiladero. ¿Quién no ha de reirse?».

Algunas obras de campaña, ya lo hemos dicho, para fortificar las posiciones elegidas, inacabadas todavía; pequeñas cortaduras en los caminos y minas, cuyo efecto resultó insignificante en el de Despeñaperros, sirvieron de complemento al sistema defensivo de la gran línea escogida para estorbar la invasión de las Andalucías por los franceses.

Comienzan las operaciones.

Así las cosas, apareció el Intruso en Almagro, donde establecía su cuartel general el 11 de enero. Al día siguiente comenzaban las operaciones, dirigiéndose el mariscal Víctor á Almadén para luego tomar el camino de Córdoba, sin cuyo movimiento, que necesitaba tiempo, sería inútil que los demás cuerpos se aproximaran á Sierra Morena. Así es que hasta el 18, al saber que el duque de Bellune se internaba ya en el terreno que debía atravesar para acercarse á su objetivo, no emprendía el cuartel real su marcha á Santa Cruz de Mudela con el 5.° cuerpo y la reserva, división Dessolles, mientras el 4.°, de Sebastiani, arrancaba de Villanueva de los Infantes hacia Villamanrique y Santisteban. El 20 rompían aquellas tropas su movimiento de ataque á las posiciones españolas de la Sierra, divididas en tres grandes columnas; la división Gazán sobre la derecha, la de Girard en el centro y el resto del 5.° cuerpo, con Mortier, sobre la izquierda. La reserva, abandonando el papel que su nombre parecía imponerle y el proyecto anteriormente señalado, se dirigió más á la derecha que Gazán, á fin de envolver los puestos en que se veía á los españoles apercibidos, siquier hubiese de separarse demasiado de sus camaradas para, en cambio, sorprender á los enemigos. Esto es lo que debía creer Soult, aun cuando erradamente;

porque resultó que Dessolles, destinado á un movimiento, como decimos, envolvente, se halló operando sobre el punto en que los españoles confiaban oponer la resistencia más eficaz para el éxito de la jornada. El Puerto del Rey, llamado así por haber servido de paso á los cristianos en 1212 para establecerse al otro lado de la cordillera, infranqueable por Despeñaperros, ante el ejército del Miramamolín establecido en Las Navas de Tolosa, no se encontraba desierto de tropas como al guiar por él á las huestes de Alfonso VIII el célebre pastor, sino que, por el contrario, estaba guarnecido por la división Girón, una de las en que más confianza tenía el general Areizaga. Y como la índole de la misión encomendada á Dessolles lo requería, su ataque fué el primero y más importante de los que tuvieron lugar el 20 de enero de 1810, tan fatal para las armas españolas.

Primeras posiciones españolas.

Ocupaba la división Girón con los 3.200 hombres que la componían, no sólo el Puerto del Rey, sino el de Muradal además, como enlazado con él íntimamente para cubrir el flanco izquierdo de Despeñaperros en lo alto de la cordillera. Pero la defensa debía, según la configuración del terreno, extenderse á las vertientes de la sierra por entre las que serpenteaba el camino, accesible, repetimos, á la artillería por no estar tan deteriorado todavía como para impedir la acción de un arma, transportable, la de campaña por supuesto, con bastante facilidad en operaciones de corta extensión por todas partes. Girón, pues, había destacado una parte considerable de su fuerza, dos batallones, á la Venta del Marqués, situada al pie de la sierra y frente al Viso. Mandábala el conde de Clonard, segundo jefe

de la división, que, reconociendo minuciosamente el terreno, estableció puestos en aquellos accidentes que, en su concepto, más podían influir en la defensa, vigilando las inmediaciones con un esmero que recomienda la actividad y la pericia de tan excelente militar (1). En el puerto de Muradal campaba un batallón, ligado con otro en el espacio que lo separa del puerto del Rey, en el que se situaron el regimiento de Bailén y un batallón de Guardias españoles, todos de la misma división.

Su ataque por los franceses.

Dessolles emprendió el ataque á las nueve de la mañana y fué, desde su aparición á los puestos avanzados de los españoles, empujándolos, sin que en ninguna parte le opusieran más que la resistencia que era de esperar vista la enorme desproporción de las fuerzas que los acometían. Una vez en la falda de la sierra, el ataque de frente á la posición de Venta Quemada, que ocupaba el núcleo principal de la vanguardia, fué precedido de un flanqueo tan activo y con fuerzas tan numerosas, que el conde de Clonard, acosado de tantas y en todas direcciones, hubo de retirarse, aunque no sin orden y después de haberse batido bizarramente durante largo rato, el que calculó necesitaría el enemigo para cortarle su camino al puerto del Rey (2).

---

(1) En la «Contestación del general D. Pedro Agustín Girón al interrogatorio sobre la batalla de Ocaña y sucesos posteriores», á que nos hemos referido varias veces en el capítulo IV del tomo anterior, existe un oficio del conde de Clonard con la noticia de los puntos que ocupaban nuestras tropas y un reconocimiento de aquella parte de la Sierra, reconocimiento tan hábilmente descripto como de excepcional importancia.

(2) Los historiadores franceses, y aun el mismo Schépeler, dicen que los españoles del Puerto del Rey huyeron sin defen-

Pero más diligente aún que Dessolles anduvo el general Brayer, de la división Gazán, al atacar el Muradal; pues cuando Girón, viéndose con la vanguardia batida y á punto de venir á las manos con las tropas enemigas que subían rápidamente á su puesto, intentó avisar á Lacy del peligro que corría con un oficial que ya se encontró el Muradal ocupado por los franceses y sin poder él trasladarse á Despeñaperros. El batallón de Ecija, destinado á defender el Muradal, había observado que la marcha de la brigada Brayer iba apoyada por el resto de su división que con Gazán se dirigía á las alturas que le separaban de Despeñaperros, y se retiró después de corta resistencia y con un apresuramiento que rayaba en fuga desordenada y vergonzosa.

Con eso la situación de aquellas fuerzas se hizo sumamente comprometida; y si bien Girón, viendo á los enemigos ocupados en robar el campamento de su vanguardia, quiso echar sobre ellos el regimiento de Bailén, éste, después de haber avanzado un corto espacio en cumplimiento de la orden de su general, volvió á su puesto por uno de esos vaivenes sólo explicables

---

derse. Girón, que no disimula las vergüenzas de aquel día, asegura que las avanzadas opusieron una resistencia *proporcionada á su fuerza*, y que la vanguardia *se batió bizarramente, cediendo superada por el número*.

También Dessolles tuvo su *pastor* que le guiase por el tortuoso camino del Puerto del Rey, si bien por causa ni santa ni patriótica como la del que enseñó á los héroes de Las Navas aquel célebre paso.

La justicia de El Viso comisionó para dirigir la marcha de Dessolles á un infeliz vecino del pueblo, que tuvo la desgracia de ser una de las víctimas de la resistencia española en aquellas breñas. El Intruso pensionó á su familia con 4.000 reales anuales; pero ¿de qué la serviría dos años después tan generosa muestra de la gratitud napoleónica?

por la desconfianza ó el miedo (1). Todavía dispuso Girón que una compañía de las Milicias de Jaén, encargadas de cubrir el claro entre los dos puertos del Muradal y del Rey, atacase á unos cazadores franceses ya establecidos en la cresta de la sierra, apoyados, además, por un batallón de los suyos en masa; pero, sin saberse por qué razón tampoco, no la compañía sola sino que todo el regimiento se arremolinó, primero, y se retiró, luego, precipitadamente y en desorden. Otro tanto hizo el de Bailén después de haber ejecutado una descarga, sin que las exhortaciones de su General ni los esfuerzos y el ejemplo de sus oficiales bastasen á contenerlo en su fuga. A Girón no le quedaba ya otro recurso que el de abandonar su posición; y, con efecto, se retiró con el batallón de Guardias Españolas que, en perfecta ordenanza y presentando siempre el rostro al enemigo, llegó á las casas de Miranda, punto que el General en Jefe había señalado como de asamblea en el caso, harto probable, de tener nuestras tropas que abandonar las posiciones de la sierra inmediatas á Despeñaperros.

**Retirada de las tropas de Girón.**

Mientras los españoles ocuparan las crestas de la sierra, era en los franceses una temeridad el acometer el paso de la carretera. Podrían llegar, y no sin dificultades, á la Venta de Cárdenas que se halla á la entrada del desfiladero; pero no pasarían de allí, flanqueado, como está aquel paso de rocas de inmensa altura é inac-

(1) Girón dice que Bailén no atacó sin saber él *por qué causa*: «bien es verdad, añade, que este movimiento de nada hubiera servido y sólo sí retardado algunos minutos la operación del enemigo».
Entonces ¿por qué ni para qué lo ordenó?

cesibles de todo punto, dominados del collado de los Jardines, por un lado, convertido, según ya hemos dicho, en un pequeño campo atrincherado, y de la montaña de Valdeazores, por otro, ligada inmediatamente con el Muradal. Sabían, además, que la carretera estaba, en partes, cortada, en partes, minada, y en todas bajo el fuego de varias piezas de artillería que la enfilaban en sus frecuentes y violentas revueltas. Así, el general Girard, que con su división, la Guardia real, la brigada española y la caballería estaba encargado de emprender el paso de Despeñaperros, permaneció en actitud expectante hasta que Gazán y Dessolles se apoderaron de las alturas de su derecha, con lo que quedaba envuelta la Venta de Cárdenas, ocupada por la vanguardia de Lacy. Y como la acción de aquellos dos generales se extendió inmediatamente á las faldas opuestas de la Sierra y amenazaba cortar su retirada á los cuerpos que debían defender el desfiladero, descendiendo á las llamadas *Correderas*, casas y posición situadas en la salida de tan formidable paso, los españoles fueron evacuándolo sin otra defensa que la de encender los hornillos de algunas de las minas, que ningún daño causaron á los soldados de Girard que iba siguiendo el movimiento de avance por la carretera, se gún se la dejaban, puede decirse, que despejada sus colegas. Los de Lacy tomaron desde las Correderas el camino de Baeza y Ubeda, temiendo el alcance de la caballería que los hubiera destruido de seguir por la carretera general, y para unirse, sin duda, á los del collado de los Jardines, que desampararon su campamento, y á los de Castejón enviados en socorro de Vigodet, á las manos ya con Sebastiani.

Retirada de las de Lacy

Con eso, las tropas, muy pocas ya en número, que Girón había retirado del puerto del Rey, se encontraron solas y desorientadas en las Casas de Miranda, punto de unión de los dos caminos de la sierra y próximo ya á la carretera, á la que era urgentísimo llegar para no ser cortados por el enemigo, que la seguía desde Despeñaperros con la premura característica de los franceses en sus movimientos ofensivos. Girón hubo de hacerlo apremiado por las noticias que recibía, cada vez más alarmantes, y logró formar sus batallones en columnas cerradas á lo largo de la carretera y á retaguardia de Santa Elena, donde halló el batallón del General y una compañía de Cazadores de Extremadura que le enviaba de refuerzo Areízaga. Hasta entonces podía decir que había salvado su división, aunque batida en la Sierra y retirándose precipitadamente; pero poco después y al ir á dirigir la marcha á las Navas de Tolosa retrocediendo al apoyo de un cerro que mandó ocupar á los extremeños, la voz, la misma de Ocaña, de «La Caballería», «La Caballería», dada por algún cobarde en las filas, produjo la dispersión de la mayor parte de los cuerpos. En vano trató con varios jefes y oficiales de contener á los fugitivos; el batallón de Bailén, con que contó evitar aquella desbandada, se dispersó del mismo modo al oir grito semejante, y Girón tuvo que continuar á La Carolina en busca de su General en jefe (1). El batallón de Guardias, que él supuso disperso también, no lo había sido: aun con ha-

(1) Girón dice en su declaración: «Los jefes procuraban hacer por su parte lo mismo (mantener reunido Bailén), mas un individuo que me dijeron después haber sido un sargento 2.º del regimiento de Vélez-Málaga, gritó: *por la izquierda, que*

llarse el más próximo al enemigo, que avanzaba á galope por la carretera, hízole frente en la misma formación de columna que tenía y, conteniéndole por el pronto, pudo alejarse en orden perfecto y sin gran pérdida por terrenos accidentados en dirección á Granada.

**Retirada de las de Vigodet.**

Entretanto que tenían lugar estos tristísimos sucesos en Despeñaperros y en los puntos inmediatos que defendían su paso, el general Sebastiani atacaba por el de Villamanrique á Montizón con éxito, si cabe, más decisivo. Porque si en un principio halló resistencia mayor que sus camaradas Dessolles y Gazán en las tropas de Vigodet, establecidas en las posiciones del collado de Santisteban, no tardó tampoco en conquistarlas haciendo replegar á los nuestros á Montizón (1). Desde allí continuó Vigodet la retirada, convencido de serle imposible resistir más; y la efectuaba con el orden que era de esperar en quien verificó la honrosa de su división en Almonacid, cuando, atropellada la infantería por los escuadrones que la seguían, descompuestos por uno en que entró el pánico sin motivo alguno, se entregó la división entera á la dispersión más completa, teniendo su general que acogerse con exíguos res-

---

*es buen terreno para libertarse de la caballería*, y esta voz repetida en un instante generalmente, dispersó completamente la división en aquella dirección, sin que los esfuerzos de todos los jefes y oficiales fueran suficientes á estorbarlo.

(1) Toreno dice que Vigodet, sostuvo aquellas posiciones «vigorosamente durante dos horas con fuerza poco aguerrida é inferior en número, hasta que el enemigo, habiendo tomado la altura llamada de Matamulas y otra que defendió con gran brío el comandante Don Antonio Brax, obligó á los nuestros á retirarse».

Las pocas bajas de los franceses hacen, sin embargo, presumir que no fué tan obstinada la resistencia como aquí se supone.

tos á Jaén, donde ya se encontraban Areizaga, Girón y Lacy que desde Bailén habían abandonado el camino de Sevilla.

Pero la retirada de Vigodet dejó al general Castejón aislado en su marcha de Despeñaperros á Montizón que, según ya expusimos, le había sido impuesta por Areizaga al tener conocimiento del movimiento que iba á efectuar Sebastiani. Castejón, perplejo con las noticias que recibía en su marcha, todas de funesto augurio, se encontró, cuando ya se retiraba, en Arquillos con las tropas de Sebastiani, vencedoras de las de Vigodet. *Caido el ánimo,* como dice Toreno, y *rota la línea española,* nuestros soldados, puede decirse que sorprendidos por su propio desaliento y rodeados de enemigos, tuvieron en su mayor parte que entregarse prisioneros con su general entre ellos. Derrota de las de Castejón.

La derrota fué, pues, completa, y las formidables posiciones de Sierra Morena, tenidas por inexpugnables en el especie de Consejo Áulico que desde Sevilla dirigía las operaciones de la guerra, quedaron en poder de los franceses, cuyas bajas, según los partes oficiales de su Rey y las relaciones de sus historiadores, consistieron en 20 entre muertos y heridos. Los trofeos, por lo mismo, y el botín fueron de gran consideración. No fueron muchos los españoles muertos, debido á su pronta dispersión, pero sí los prisioneros, y llegaron á 20 ó 25 las piezas de Artillería perdidas, sin contar con las que tuvieron que abandonar en Jaén, *viejas y malas,* al decir de Girón, y *de calibres irregulares.* Derrota general.

Pero no fué el desastre mayor, aun siendo tan grande, la pérdida de las posiciones de aquella parte de Sierra Morena, sino la de la línea de comunicación

con Sevilla y Cádiz, cortada por el hábil movimiento del mariscal Víctor. Para cuando el Intruso acometía la jornada que acabamos de reseñar, el duque de Bellune, ya lo hemos dicho, se había internado en el terreno que cruza el camino antiguo, llamado de la Plata, hoy, y entonces también, abandonado para el tráfico con sus estaciones, ventas y casas de postas, quemadas ó en ruinas (1). Ese abandono lo había dejado intransitable para el material de artillería; así es que, ocupado Almadén por Víctor rechazando á Zeraín de aquella posición y á Copóns de las que hemos dicho que mantenía allí cerca, y después de un detenido reconocimiento hacia Santa Eufemia y Belalcázar que le hizo enviar su artillería y bagajes á Ciudad Real para que la condujesen las tropas del Rey por la carretera general que ellas iban á seguir, tomó por Torrecampo y Pozoblanco para Villanueva de la Jara, donde pernoctaba el 19 y el 20, poniéndose el 21 á caballo sobre el Guadalquivir en el puente, no cortado, de la villa de Montoro. Ni los obstáculos del camino le habían detenido, ni la hostilidad de los dispersos de Almadén y Puerto Calatraveño y de los Escopeteros ó Cazadores del país lograron contenerle en una marcha que exigía exactitud matemática en el cálculo de sus

(1) Al formar el itinerario de ese camino en 1848, comprendimos las dificultades que habría encontrado para su tránsito el mariscal Víctor con los 36.000 hombres del cuerpo de ejército de su mando. Aún había en Villanueva de la Jara gentes que habían presenciado el paso de aquellas tropas; y con decir que después no recordaban sino el de la división del general D. Diego León al perseguir en 1836 al célebre Gómez en su también famosa correría por la Península, se comprenderá qué de obstáculos no ha de ofrecer para las operaciones de la guerra una vía que puede decirse que está ya borrada en el desierto, montuoso y estéril territorio que recorre.

distancias y tiempo para dar el resultado que de ella debía esperarse.

Así quedaba cortada la comunicación del ejército de Areizaga con Sevilla y realizada la unión de las diferentes divisiones francesas; el general español tenía que tomar desde Bailén, donde se hallaba la noche del 20, la dirección de Menjíbar y Jaén; y el Gobierno se veía aislado, sin tropas que lo defendieran y con una opinión pública que lo dejaría en un completo abandono. Si algo faltaba para hacer de aquella infausta campaña uno de los más transcendentales desastres de la guerra de la Independencia, pudo hallarse en lo excéntrico de la retirada de Areízaga hasta Guadix, donde el 27 entregaba el mando y los microscópicos restos de su ejército al general Blake que, con razón, se resistía á aceptarlos (1).

Con eso, el general Sebastiani, que el 23 ocupaba la ciudad de Jaén, iba los días siguientes aventando á los jinetes de Freire por Alcalá la Real, haciendo prisioneros de los fugitivos de la jornada anterior y cogiéndoles muchas piezas de artillería que ellos no supieron defender, obligándolos, por fin, á abandonarle Granada, por cuyas puertas, abiertas de par en par, entraba el 28 sin oposición de ningún género.

(1) El mismo Areízaga explica así la dejación del mando en su citada «Exposición»: «Habiendo pasado con mi Cuartel General á Guadix, tuve noticia de la salida de la Junta Central de Sevilla para la Isla de León; que la de esta Ciudad quería reasumir la soberanía, como se confirmó por un oficio que con expreso me pasó y lo recibí en dicho pueblo de Guadix en 27 del expresado enero, previniéndome convenía cediera el mando al General Blake, que pasaba para Málaga desde el ejército de Cataluña, á que contesté no podía reconocer autoridad soberana sino en quien residía legítimamente, pero que creyendo era útil en las circunstancias transfiriese el mando del ejér-

El mariscal Víctor, libre en sus movimientos desde el 21 en que supo el paso de la Sierra por sus compatriotas, adelantó la caballería de Latour-Maubourg á Castro del Río, la ligera á El Carpio y el puente de Alcolea; y, pasando el Guadalquivir con la infantería que aún tenía en Ademuz, restableció el 22 sus comunicaciones con Soult que le enviaba la artillería que iba en pos del ejército por la carretera general. Con eso pudo el duque de Bellune avanzar á Córdoba, de donde, con todos los organismos del cuerpo de ejército de su mando reunidos tres días después de su entrada en aquella ciudad, salió con las divisiones Ruffin y Villatte en dirección á Sevilla, teniendo el 27 los dragones de Latour-Maubourg, que iban delante, un ligero choque con la retaguardia del duque de Alburquerque, que apareció en aquellos momentos por Ecija.

El Duque de Alburquerque.

Y aquí tenemos que abandonar, aunque por corto tiempo, á los invasores de Andalucía para explicar cómo el prócer y general español, á quien dejamos en Extremadura haciendo frente á los soldados de Reynier establecidos en Talavera, cruzaba la línea de

---

cito al mencionado General Blake, había podido reducirlo á que se encargase de él; acompañándole por más de un mes para ayudarle en cuanto podía ocurrir hasta que pasé á la plaza de Alicante á reponerme de mis fatigas».

No le siguieron á Guadix sino muy pocos de los generales y jefes que formaban parte del ejército. Girón y Lacy penetraron en Granada, á pesar de saber, por el consejero Ibar-Navarro, que Areizaga había desistido de hacerlo tomando el camino de Guadix. Granada era teatro de grandes excesos que el Capitán General Conde de Villariezo no lograba reprimir; y aun cuando se dió á Girón el mando de los dispersos que iban llegando y á Lacy el de los paisanos armados, tuvieron que abandonar la ciudad en seguimiento del Conde que se dirigía á la Alpujarra, para, convencidos de que allí no prestarían servicio alguno útil á la patria, trasladarse á Motril, donde se embarcaron para Algeciras y la Isla de León.

operaciones del ejército francés en la carretera de Madrid á Cádiz y tan cerca ya de Sevilla, ciudad nunca mancillada en aquella guerra con la presencia del extranjero. Es tan interesante esa explicación y tal importancia tuvo la acción militar de aquel pequeño cuerpo de tropas, puesto, por fortuna, á las órdenes de tan eximio patriota, prócer, como acabamos de decir, general y diplomático muy distinguido, que parece, más aún que oportuno, conveniente y útil el recordar los detalles, las peripecias y la suerte de una jornada que evitó la mayor desgracia que podía haber pesado sobre España en tan tristes y críticos días.

Tranquilo el Duque respecto á su línea del Tajo que el enemigo no ocupaba con más fuerza que la necesaria para sostener su posición de Talavera, y bien se había visto en los reconocimientos de noviembre sobre los puentes de aquel río (1), se trasladó al Guadiana dejando en el Ibor y Trujillo algunas tropas en observación de los enemigos. El 24 de diciembre se hallaba en Don Benito, llamado por las noticias que había recibido de Areízaga á cubrir el flanco izquierdo de Zerain y Copóns, establecidos, según ya dijimos, frente á Almadén y Pozoblanco para oponerse al mariscal Víctor, pero con fuerzas puede decirse que insignificantes en misión tan importante y arriesgada. Bien lo comprendía Alburquerque al pedir en aquella fecha al Gobierno la incorporación de algunas de las tropas de Trujillo, impotentes allí, si Reynier avanzaba sobre ellas, y necesarias á su lado para evitar el movimiento de flanco que pudiera emprender el duque de Bellune

(1) Véase el Capítulo IV del tomo anterior.

desde Ciudad Real á Campanario y Villanueva de la Serena. Pero lo que más debía preocupar al general español era la suerte de Sevilla y Cádiz en el caso, que para él sería probable, de que los franceses salvasen Sierra Morena; por que decía al terminar su oficio á Cornel: « y también espero que V. E. haga presente á S. M., deseo se me diga, terminantemente, qué movimiento quiere S. M. que haga este exército si los enemigos penetrasen por la Sierra propasando la posición en que me hallo, ó bien si me atacan con fuerzas superiores que me obliguen á ceder, ya sea viniendo por el frente ó por mi flanco derecho. »

Sus operaciones. La contestación del Gobierno fué que si era atacado de frente, pasara á defender la Sierra que cubre á Andalucía, (suponemos que la Morena), y, si de flanco, ocupase la que pasa por el Almadén de la Plata y Cazalla, tomando en ella las posiciones convenientes para rechazar al enemigo y aun batirle con ventaja.

Alburquerque, á consecuencia de esta orden, replegó las fuerzas de Trujillo, que mandaba el brigadier Contreras, sobre Mérida, donde se les unirían tres batallones para, en caso de hacerse necesario, formar con ellas la guarnición de la plaza de Badajoz. La mayor parte de la caballería se reunió también en Mérida, aun cuando con instrucciones para seguir los movimientos del ejército por terreno que fuera propio para sus maniobras. Atento á las del enemigo que, por las noticias que recibía de Areízaga y de sus confidentes, iba reuniendo sus tropas en ademán de acometer el paso de Sierra Morena, Alburquerque, advertido, además, por Zeraín de que no podía sostenerse en Almadén y que los franceses, una vez ocupada aquella población,

se dirigían á Belalcázar é Hinojosa, se trasladaba el 15 de enero á Campanario y el 18 á Maguilla buscando el, reunido el ejército, situarlo en las posiciones que se le habían recomendado para interceptar el camino de la Plata. Iba, con efecto, recorriéndolo ya, según antes expusimos, el mariscal Víctor, siempre observando sus flancos, el derecho sobre todo con destacamentos de caballería hacia Cabeza de Buey, Castuera y Campanario, como quien recelaba de que el Duque pudiera detenerle en su marcha, calculada por días y horas para envolver las posiciones de Sierra Morena. Esas eran las intenciones del Gobierno español; como que el 15 y después de consultada la Junta general militar, disponía que el ejército de Alburquerque, enviando la artillería á Santa Olalla, se dirigiese, *sin pérdida de instantes,* sobre Agudo para destruir el plan de invasión de Andalucía por los franceses. El Duque, al recibir el 18 esa orden, se hallaba ya en Guadalcanal, imposibilitado de hacer semejante punta y convencido de que, en vista de los progresos de Víctor, no debía pensar, así lo escribió, *más que en defender á Sevilla por aquella parte, cuanto le fuera posible, con la corta fuerza que le quedaba.*

Porque Alburquerque no podía contar más que con unos 8.000 infantes y 600 caballos, puesto que había tenido que enviar la artillería por la carretera de Sevilla, escoltada por el resto de sus jinetes y los escopeteros ó tiradores de la tierra de Córdoba, de quienes no tenía ni podía tener un gran concepto. En Guadalcanal ocupaba las posiciones á que en un principio se le había mandado retirarse, se daba la mano con las tropas de Menacho y Contreras, destinadas, en último ca-

so, á la guarnición de Badajoz, y con las de Zerain y Copóns que, al retirarse por el camino de la Plata, quería también el Gobierno que se le uniesen. La posición, pues, era inmejorable, así para observar al enemigo como para poder adelantársele si emprendía la marcha á Sevilla; y aun cuando corrieron noticias de que Víctor retrocedía á Ciudad Real y, en consecuencia, el Gobierno dictó disposiciones para seguirle, el Duque se mantuvo, por fortuna, en Guadalcanal, de donde el 23 se trasladó á Pedroso de la Sierra, donde recibía al día siguiente una real orden del 22 para que *inmediatamente á marchas forzadas y sin descanso,* se acercara á Sevilla, *por el camino más breve ó por donde mejor pudiese.*

**Se dirige á Sevilla.**

Aún vaciló el Gobierno en sus resoluciones y, á las pocas horas de haber expedido la anterior orden, disdisponía se dirigiese el Duque á Córdoba, según antes se le había prevenido; pero ya el General había tomado sus medidas para trasladarse á Sevilla cruzando el Guadalquivir por la barca de Cantillana, ya que abrigaba la duda de si la artillería podría hacerlo por el puente de Triana. Al anunciarlo al Gobierno, comunicaba las órdenes al general Zeraín y al brigadier Copóns para que se le reunieran; no haciéndolo á Menacho y Contreras por considerar que no tendrían ya tiempo para realizar marcha tan larga (1). La orden de dirigirse á Córdoba le llegó cuando sus tropas esta-

(1) Todas estas noticias están sacadas de la correspondencia oficial del Duque con el Gobierno, estampada en el «Manifiesto acerca de su conducta con la Junta de Cádiz y arribo del Ejército de su cargo á aquella plaza», impreso el año de 1810 en Londres.

ban muy cerca de Cantillana; y conociendo que Córdoba estaría ya ocupada por los enemigos y que la Junta Central había abandonado Sevilla, cruzó el Guadalquivir para trasladarse á Carmona, de donde, después de un reconocimiento sobre Ecija, en que se cercioró de ser incontrarrestable el golpe de tropas que llevaban los franceses, tomó la carretera de Cádiz *para defender lo que*, según decía después, *sólo la fortuna, el valor y sacrificios de la caballería pudieron conseguir*. Y después resueltamente á Cádiz.

Porque con la caballería, regida por D. José Lardizábal, manteniéndose primero en Carmona, Fuentes y Marchena frente á los enemigos por los caminos quo pudieran tomar al salir de Ecija, cubriendo siempre la retaguardia de la infantería y combatiendo todos los días con las avanzadas francesas, pudo aquel ejército llegar á la isla de León, no sin haber sufrido todo género de escaseces y contrariedades, producidas, no pocas, por falta de buena voluntad en los pueblos del tránsito (1).

Luego veremos cómo á ese ejército se debió el que no cayese Cádiz en poder de los franceses y, así, la salvación de un punto que por su posición privilegiada llegó á ser el centro de la defensa nacional, refugio de los vencidos en los demás ámbitos de la Península, tabernáculo de su independencia y fuente de sus nuevas leyes, el corazón, en fin, de la Patria. Nunca agradecerá bastante España el arranque generoso de Se le debe la salvación de Cádiz.

(1) Conviene saber todo éso y por nadie mejor puede lograrse que por el duque de Alburquerque. Véase el apéndice número 2, donde se inserta la comunicación que pasó el 24 de marzo de 1810 á la Junta de Cádiz, en que achacaba á *la demasiada presura* de la caballería en su retirada los males que después experimentó.

tan eximio patriota como el duque de Alburquerque, si tachado de su amistad con los ingleses, si en eso cabía tacha por aquel tiempo, de una valentía y de una habilidad militar bien acreditadas en Mora, Alcabón y Talavera, donde tanto se había distinguido.

Mientras el mariscal Víctor tomaba el camino de Sevilla con las divisiones Ruffín y Villatte y la artillería que se le había reunido en El Carpio, y el general Sebastiani se dirigía á Granada, donde, según hemos dicho también, entraba sin oposición, el rey José, rodeado de su ejército y de los trofeos tan fácilmente cogidos en Sierra Morena, continuaba á Bailén, Andújar y Córdoba; recibiéndole los pueblos, á su decir, con muestras de la mayor alegría, por el buen comportamiento, sin duda, que las tropas observaban en ellos (1).

Cómo es recibido José en Andalucía.

Es cierto que fué obsequiado en la ciudad de los Cali-

---

(1) Dice Fée: «L'armée s'etait abattue sur la contrée comme une nuée de sauterelles, et tout avait été dévasté». Eso lo dice quien al día siguiente del paso de Sierra Morena no halló más habitante en su alojamiento de La Carolina que un gato; eso sí, como andaluz, hospitalario y galante con su huésped.

El 25 y desde Andújar, decía José al Emperador: «La pacificación de Andalucía será pronto un hecho. Señor; Suchet, Reynier, Sebastiani, Víctor, Mortier, Dessolles, hé ahí los hombres de honor que harán de los españoles los amigos de la Francia; pero, Señor, en nombre de la sangre francesa y de la sangre española, llamad á Loison á Kellermann á Thouvenot que nos resultan muy caros. Soult nos presta muy grandes servicios.»

¡Qué clase de sujetos serían esos señores L....., K..... y T..... para que en su comparación se hablase como de hombres de honor excepcionales, de Sebastiani, el expoliador de Málaga, y de Soult, que no dejó en Sevilla una obra de arte notable para que se vendiesen después en París!

Pero si tan buena era la conducta de las tropas francesas en su invasión de Andalucía, ¿á qué la orden del 25 de enero dada en Bujalance por Soult recomendando á los generales y oficiales todos del ejército el castigo de los excesos que pudieran cometerse?

fas, llevándole el cabildo catedral en procesión á la mezquita entre vivas y aclamaciones del pueblo; habiendo francés que se creía transportado á los tiempos del gran Abderramán, llena la cabeza de ilusiones al verse así entre palmeras y laureles tan cerca de Bailén, aquel escenario de sangre y de vergüenza. «Todas las caras estaban risueñas, dice ese francés acabado de citar, y cuantas palabras oíamos eran benévolas; nos costaba trabajo creer que nos hallábamos en país enemigo.» Con eso no es de extrañar que el Intruso esperara establecerse en Cádiz sin disparar un tiro (sans coup férir), y demostrar á su hermano, como le decía en un despacho fechado en Córdoba el 27, que merecía ser llamado por el nombre (el de rey querrá decir ó el de *notre bien-aimé Frère)* que el Emperador le había dado en Bayona al expedir su primera proclama á los españoles. No tardarían en desvanecérsele tan gratas ilusiones (1).

**Los franceses delante de Sevilla.**

Puestos de nuevo en marcha el 5.° cuerpo y la reserva, las noticias que les llegaron de la situación de Sevilla, huérfana de gobierno, presa de desórdenes, que la distancia abultaba, y dispuesta, al parecer, á rechazar la agresión del mariscal Víctor, provocaron un consejo de generales bajo la presidencia del Rey pocos momentos

(1) Es muy natural se forjara esas ilusiones al verse en un país en que se le recibía de tan distinta manera que en los que hasta entonces había residido. El capitán de artillería Lapéne, en su libro sobre la conquista de Andalucía, hace una pintura muy halagüeña del carácter de los andaluces, influídos por la belleza del suelo y lo dulce de la temperatura, su origen y costumbres, á ideas de hospitalidad en que los franceses no habían visto se inspiraran los demás españoles. Thiers confirma el buen recibimiento que se hizo á José en Andalucía, pero lo atribuye á la presencia de los 80.000 soldados que ocuparon el país inmediatamente.

después de su llegada á Carmona. Ese consejo, que ha producido después tan rudas polémicas sobre la autenticidad de las opiniones que en él se emitieron, tuvo, con la que prevaleció, las consecuencias más transcendentales para la suerte de España. El duque de Dalmacia ejerció sobre los generales allí reunidos y sobre el mismo rey José una verdadera presión, ya que salieron de sus siempre tan autorizados labios aquellas palabras que el resultado, por demás infecundo, que produjeron hizo apareciesen subrayadas en cuantas partes fueron transcritas. *Que me respondan de Sevilla y yo respondo de Cádiz,* dijo Soult, por más que lo hayan negado sus admiradores, y Bory de Saint-Vincent, entre ellos, el más ilustrado de sus oficiales de Estado Mayor y el que con mayor autoridad parece que pudiera hacerlo. Y aun cuando el general O'Farril y Urquijo, que acompañaban al Intruso en calidad de ministros, eran de opinión contraria, conocedores de la situación respectiva de Sevilla y Cádiz así como del carácter de los moradores de aquellas poblaciones, el voto de Soult se sobrepuso á todos para fortuna de España (1).

---

(1) En una carta que José escribió el 29 de agosto de 1834 á la duquesa de Abrantes, corrigiendo errores estampados en las Memorias de la célebre escritora, halagüeños para el mariscal Soult, *el hombre*, decía aquél, *culpable de las desgracias de España*, estampaba en su carta el párrafo siguiente: «El mariscal Soult es quien dijo en Carmona al general O'Farril y á Urquijo, que deseaban se marchase sobre la isla de León y Cádiz sin detenerse á ocupar Sevilla: «*Que se me responda de Sevilla y yo respondo de Cádiz.*» Dos días después Sevilla nos abrió sus puertas y Cádiz nos cerró las suyas para siempre.»

¡Cómo le pesaría haber escrito al Emperador aquella frase de «Soult nos presta muy grandes servicios». Eso que la consignaba dos meses después de la batalla de Ocaña, que, según la carta á la de Abrantes, se había dado contra el parecer del mariscal («Soult *ne le voulait pas*»), por la voluntad de José,

Lo que sucedía en Sevilla es lo que acontece en toda población que, en circunstancias semejantes, no tiene ánimo de defenderse. Las intimaciones del mariscal Víctor al presentarse al frente de la ciudad parece que no debieran haber impuesto á los sevillanos que, de tanto tiempo atrás, andaban fortificándose para el caso que entonces les ofrecía su mala fortuna. Ya dijimos en el capítulo II del tomo V, tratándose de los proyectos fraguados por tanto y tanto ingenio militar, que alguno de ellos se refería á la defensa de Sevilla. Y ¿cómo olvidarse de una ciudad que por su inmensa importancia, así política como militar y comercial, pero sobre todo por ser asiento del gobierno español, había de atraer más tarde ó más temprano los huracanes de la guerra que azotaban á la mayor parte de las provincias españolas de la Península? Así, en la época á que nos vamos refiriendo, Sevilla se encontraba circuida de una triple línea de fortificaciones, muy débil, sin embargo, en razón de los recursos verdaderamente

---

apoyada en la opinión de los generales Mortier y Sebastiani.

Azanza, teniéndole por muy influyente en Granada, se había separado de José en Andújar para reunirse á Sebastiani.

En este año de 1893 ha salido á luz en París un libro que lleva por título el de «Mémoires du Général Bigarré Aide de Camp du Roi Joseph», y en él puede leerse, al recordar este asunto, el párrafo siguiente: «Puedo certificar, como testigo que fuí de cuanto pasé en aquella época, que el rey era, por el contrario, de opinión de que se hiciese marchar el cuerpo del mariscal Mortier sobre la Isla de León, sin esperar al resultado de la correría de Sebastiani á Málaga. Pero el mariscal Soult y el general Dessolles, que tenían voz en el consejo, representaron á Su Majestad, que no se podía, sin cometer una imprudencia, pasar adelante sin haber antes sometido á Sevilla, Granada y Málaga. Los consejos de estos dos generales prevalecieron sobre la opinión del rey, y se convino en esperar á que fuesen ocupadas por nuestras tropas aquellas tres ciudades antes de dirigir sobre Cádiz una columna.»

militares de que podía disponerse para su defensa. Había artillería más que suficiente, como que encerraba en su seno un vasto depósito del arma y la fundición en que había sido elaborada y de donde se surtía todo el reino y había también municiones en abundancia y medios para que nunca escasearan. Lo que no había eran soldados, pues que andaban en los ejércitos, y el de Areízaga había emprendido una retirada por demás excéntrica, obligado á ella por las hábiles operaciones del enemigo. Pero, sobre todo, no existía en los sevillanos la resolución que acababa de dar tanta gloria á los heróicos habitantes de Zaragoza y de Gerona; y la conquista de San Fernando, la ciudad fidelísima de Alfonso el décimo, era presa de un desorden incompatible con la serenidad y la energía militar que exige la defensa de una población puesta en el peligro con que la amenazaba ejército tan formidable como el que el 29 de enero de 1810 se ponía á su vista. Hubieran sido necesarios 50.000 hombres para cubrir extensión tan vasta como la de las obras exteriores que se habían levantado en derredor de los antiguos muros de Sevilla, jefes hábiles y decididos, con grande autoridad para mantener una disciplina perfecta entre los defensores, á quienes supieran á la vez, electrizar. En lugar de todo eso, allí no se veían más que grupos informes del pueblo agitándose para imponerse á las autoridades y aun á las pocas tropas que habían quedado, y esos grupos, sin otros jefes que los populares que en tales casos se improvisan, ó frailes en que las gentes fanáticas sumaban con el patriotismo las virtudes militares más sublimes.

Se consideraban, además, los sevillanos abandona-

dos del cielo al ver cómo desde días antes iban alejándose de su hermosa ciudad el Gobierno, tan numeroso, de la Junta Central, los generales allí establecidos por razón de sus funciones oficiales, los personajes más conspícuos, particulares, todo el mundo que vivía de la Corte y el que tenía motivos de temer la presencia de los franceses.

**Fuga de la Central.**

Eso que no debía sorprenderles tan general éxodo del mundo oficial, porque, además de ser, no sólo presumible, sino fundado en las más poderosas razones de la conveniencia pública, lo había muy de antemano previsto y anunciado la Junta Central. Con el escarmiento de Aranjuez y ante el riesgo que había corrido de una nueva traslación á consecuencia de la desgracia de Medellín, se había dictado y hecho público el decreto de 18 de abril de 1809, en que se declaraba que «la Junta nunca mudaría su residencia, sino cuando el lugar de ella estuviese en peligro, ó alguna razón de pública utilidad lo exigiese, que entonces lo anunciaría anticipadamente al público, señalando el lugar de su traslación; que este lugar sería elegido siempre por la mayor proporción que ofreciese para atender á la defensa de la patria; y en fin que jamás abandonaría el continente de España, mientras hubiese en él un punto en que pudiese situarse para defenderle contra sus invasores». Era, con todo, necesario prevenir anticipamente al vecindario de Sevilla, lo mismo que á los futuros emigrantes, de la época de la traslación del Gobierno; y después de no pocas discusiones en la Junta, luchando unas veces con imprudentes impaciencias y otras con escrúpulos exageradamente delicados al tratarse de asunto de tamaña transcendencia, se resolvió

el 13 de enero anunciar la salida de una parte de los Centrales para Cádiz, nunca antes del 20, quedando los restantes en Sevilla hasta los últimos momentos para despachar los asuntos precisos de la administración pública (1). Para eso bastaba la presencia en Sevilla de la Comisión ejecutiva; mas fueron muy pocos los vocales de la Junta que quisieran retirarse á Cádiz hasta que las noticias de la aproximación de los franceses les obligaron, á unos por tierra y á otros por el Guadalquivir, á abandonar la que por espacio de más de un año había sido capital de España.

Pero ¡en qué estado quedaba! Presa de un populacho en que dominaba todo género de pasiones, desde el noble coraje irritado por el abandono de una ciudad que tuviera elementos para defenderse, hasta el miedo que á no pocos movía á, bajo la máscara del patriotismo, entregarse á los excesos más groseros y perturbadores. Valiéndose de esos sentimientos, se pusieron otra vez en juego los hombres que la Junta había logrado hacer callar ó poner á buen recaudo poco tiem-

(1) No creemos justa ni fundada la censura que estampa en su obra el conde de Toreno á esa medida como tardía y dada á producir los contratiempos que sufrió aquel ya espirante Gobierno. Dice el insigne historiador: «Este decreto en tiempos lejanos de todo peligro hubiera parecido prudente y aun necesario; pero ahora, cuando tan de cerca amagaba el enemigo, consideróse hijo solo del miedo, impeliendo á despertar la atención pública, y á traer hacia los centrales los contratiempos y sinsabores que, como referiremos luego, precedieron y acompañaron al hundimiento de aquel Gobierno».

Pues, ¿no se había publicado el decreto de 18 de abril del año anterior anunciando la traslación de la Junta en circunstancias semejantes? Y si estaba olvidado ese decreto ¿no era bastante anticipado el del 13 de enero, cuando apenas se tenían noticias de la reunión de los franceses en la Mancha en actitud de acometer el paso de Sierra Morena, que se verificó el 20?

po antes. Montijo, comprendiendo lo difícil de la situación en que se iba á ver, quiso eludir el ponerse á la cabeza del movimiento popular que produjo la salida de los centrales en la noche del 23, haciéndose el enfermo; pero un capuchino que capitaneaba las turbas, le dió á elegir, crucifijo en mano, entre el mando y la muerte, llevándole, una vez convencido, á entenderse con Palafox, Saavedra, Eguía y Romana, proclamados, como él, por el pueblo Regentes del Reino (1). Ese pueblo, sin embargo, estaba dividido, habría de ser español; y mientras una parte aclamaba á la Regencia, otra confería á la antigua Junta de Sevilla la soberanía de la Nación. Allí nadie se entendía: los que manifestaban querer al marqués de la Romana por jefe del Esta-

(1) Véase cómo describía la situación de Sevilla el central Don Lorenzo Calvo de Rozas en su proyecto de reglamento para la Regencia: «El día 18 de enero fuí avisado en Sevilla, de que en el momento que la Junta Central saliese de aquella capital, tendría lugar una conjuración ó motín que estaba preparado, y tenía por objeto apoderarse del mando la Junta de Sevilla, y otras personas en calidad de Regentes. Se me aseguró que la conjuración no tendría lugar siempre que saliesen de Sevilla antes que la Junta Central los señores Saavedra, Romana y Eguía, y D. Francisco Palafox y el conde del Montijo que se hallaban presos, puesto que el plan y objeto de los conjurados era dar libertad á estos dos últimos, y conferir á los cinco el mando de la Monarquía. Dí parte en el mismo día de esta novedad á la Junta para que tratase de evitar un suceso, cuyas consecuencias podrían ser muy funestas, y el presidente, que manifestó tener algún antecedente de lo mismo, ofreció tomar las providencias convenientes para la traslación de los dos presos y la salida de los demás, pero no se verificó; y así es que habiendo salido de Sevilla los individuos de la Junta Central en la noche del 23 al 24 de enero, tuvo inmediatamente lugar la conmoción, se declaró á sí misma suprema la Junta provincial de Sevilla, y se estableció otra suprema Junta Militar compuesta de los señores Saavedra, presidente, Romana, Eguía, Palafox y Montijo con la investidura de la banda roxa, que era uno de los distintivos adoptados por la de Sevilla, y con facultades amplias para disponer en toda la Península lo perteneciente al ramo militar.»

do, permitían que, deteniéndole al huir de Sevilla, se le llevara al Alcázar para rendir pleito homenaje á la Junta; y gracias que la compañía del ministro inglés le librase de un atropello, como á los demás proclamados por la Regencia, que, una vez en aquel recinto, hubieron de satisfacerse con resultar vocales de la Comisión militar, parte de la misma Junta.

Los fugitivos de la Central, que habían tomado el camino de Cádiz, eran, entretanto, detenidos en Jerez, entre ellos el presidente, el vicepresidente y varios de los vocales más respetables y caracterizados. Una vez detenidos en su marcha y presos, los amotinados, á los gritos de «¡traidores!», en nada menos pensaban que en asesinarlos y vengar con sus puñales el enorme delito de facilitarles, después de todo, la disculpa para al día siguiente recibir con palmas al vencedor, cuando un sentimiento de delicadeza, nunca más laudable, condujo á Jerez al general Castaños, que logró arrancar á los Centrales de las garras de sus opresores (1). El camino, vía dolorosísima para aquellos varones insignes,

(1) Jovellanos, que fué de los que se trasladaron á Cádiz por el Guadalquivir, cuenta así el caso: «Habíanse dado más priesa que ellos los emisarios de los sediciosos de Sevilla, y conmovido en tal manera al pueblo de Xerez, que puso en el último riesgo sus vidas. No bastaron al presidente arzobispo de Laodicea, y al secretario general D. Pedro de Rivero su condecoración y sagrado carácter, ni al vicepresidente, al digno y respetable conde de Altamira, la ilustre y constante lealtad de su conducta para que no fuesen apellidados traidores y para no oir, y ver cerca de sí los aullidos y los puñales de la canalla amotinada, y mal reprimida por el ingrato y pérfido Mergelina, su corregidor. Corrieron igual peligro el honrado y ardiente patriota D. Antonio Coronel (Cornel), Ministro de la Guerra, y el vocal D. Félix Ovalle que acompañaba á Altamira. Salvólos á todos la protección del cielo, y llegando á la Isla lograron reunirse con los compañeros, que se habían dado más priesa para establecerse allí.»

y en que, como hemos dicho, halló el duque de Alburquerque tantas dificultades para racionar sus tropas, las que bien pudieron luego enorgullecerse con el glorioso título de *salvadoras de la Patria*, iba con efecto á verse cubierto de flores para los franceses, á quienes nada se negó en él, abastecimientos, aplausos y humillaciones (1).

Capitulación de Sevilla.

En Sevilla, el desorden quería tomar forma de Gobierno, aparentando una convicción de seguridad y de fuerza, muy distante del ánimo de los que parecían abrigarla. La Junta dictaba disposiciones como si no existiese otra autoridad que ella en España y como si no hubiera en todo Andalucía un solo enemigo: á no ser que, parodiando al pueblo romano á la vista de Aníbal, se propusiera el de Sevilla rechazar, lo mismo que las proposiciones del Intruso, la fuerza de sus innumerables soldados. Tras de un decreto pomposo en que no se cansaba aquella Junta de amontonar epítetos, los más bochornosos, sobre los centrales, cuyo camino andaba buscando, sin embargo, el modo mejor de seguir, ofreciéndose á presentar el pecho al enemigo como los buenos y valientes á quienes se dirigía, apelaba á la ayuda del Clero, al que animaba á cambiar la austeridad de la vida religiosa por la de los campamentos y la guerra. Y no satisfecha con la defensa de la hermosa ciudad del Bétis, extendía sus órdenes para la del Reino todo. Así como llamaba en derredor suyo á las tropas más próximas, los escopeteros de la Sierra y

(1) Escribía Soult á Berthier: «El ejército imperial vive en la abundancia: los habitantes se muestran extremadamente solícitos para cuanto necesita; el tiempo es de los más favorables y los regimientos no tienen casi enfermos.»

á todas las gentes de armas tomar, pretendía nombrar generales para todos los ejércitos de operaciones. Romana debía encargarse del mando, que ya había ejercido, del ejército de la Izquierda; se elegía á Blake para el del Centro, recientemente batido en Sierra Morena y que acababa de entregarle Areízaga; el duque del Parque se trasladaría á Cataluña, y Montijo reuniría á los dispersos de Andalucía para operar sobre los flancos y retaguardia del ejército invasor de aquellas provincias.

Formó, además, su Sección de guerra con algunos de los generales que aún permanecían en Sevilla, poniendo al frente de ella á su mismo presidente el señor Saavedra.

Aquello era lo que todo español sabe que son esas revoluciones populares que siempre comienzan su período de dominio con la formación de una junta que, apellidándose Soberana, dicta providencias y providencias como tal; creyendo en su optimismo, también español, que no encontrará una sola resistencia á ellas. Pero principiaron á asomar por la margen del Guadalquivir y camino de Carmona las columnas de Víctor; y aquella junta, tan decidida á oponerles sus pechos de bronce, se resolvió á buscar por el puente de Triana la salida que se haría arriesgada por el camino de Cádiz, y los que quedaban en Sevilla decidieron á su vez procurarse las mejores condiciones de sumisión al insigne Mariscal.

En la discusión de esas condiciones, se pasaron el día 30 y parte del 31, en que después de prometer Víctor seguridad á los habitantes y guarnición en sus vidas é intereses, olvido de cuanto hubieran hecho

contra la causa del rey José, y no levantar carga alguna de las impuestas por las leyes vigentes, entraron en la ciudad las tropas francesas sin oposición ni protesta de ninguna clase. Las españolas se habían retirado al condado de Niebla á las órdenes del Vizconde de Gand y seguidas de varias de las personas más comprometidas por la causa nacional y que por su propio honor ó sus actos anteriores no podrían permanecer ni indemnes ni decorosamente en Sevilla.

El botín fué inmenso: ni la Junta Central se había cuidado de hacer salir de Sevilla las riquezas que allí se encerraban en objetos de comercio y de material de guerra, ni la que le sucedió en el gobierno de la ciudad tomó precaución alguna sobre ello, temerosa de ser tenida también por traidora cuando el populacho no consentía muestra alguna de que se le pudiera dejar abandonado. Ya hemos hecho ver la abundancia de artillería, municiones y pertrechos que se tenían preparados para la defensa, los depósitos de vestuario y de equipo dispuestos para enviar á los ejércitos; pero eran aún mucho más considerables los de mercancías y objetos de arte y de lujo que fueron presa de los vencedores. Sólo los tabacos procedentes de América y los azogues que se destinaban al beneficio de las minas de aquellas regiones, el numerario traido recientemente de ellas y los presentes que no se cansaban de enviar á la metrópoli, valían verdaderos tesoros que una administración previsora debiera haber guardado en parajes más seguros (1). Es verdad que algunos particula-

(1) Hasta los diamantes que la reina de Sicilia no creía á salvo en su isla, fueron en Sevilla á parar en manos de los franceses.

res que lo intentaron embarcándolos en el río, se vieron saqueados por un populacho á quien sus funciones patrióticas le daban autoridad para cometer todo género de atropellos.

El rey José, que aquel día se hallaba en Carmona, hizo su entrada en Sevilla el 1.º de febrero, entre las filas del primer cuerpo de ejército, precedido de su guardia y aclamado por una multitud que se precipitaba de todas partes á su paso (1). El Intrusó, como toda su gente, se creyó, con eso, al fin de la jornada que le había traido á España. «La Andalucía se encuentra pacificada, escribía á su hermano, y se restablece el orden; la Junta queda disuelta y sus miembros se han embarcado para América, están ocultos ó en Gibraltar; algunos en la isla de León.» No es posible

(1) Y dice un cronista francés de aquella jornada: «¿Era aquello curiosidad, miedo ó amor?» No dejaría de haber también su parte de broma.

Thiers da en esto una opinión verdaderamente original. «Es necesario, dice, reconocer que el móvil é inconsecuente populacho de las ciudades, detestando á los franceses, aplaudía á aquel rey francés á punto de inspirarle toda clase de ilusiones.»

Estas palabras parecen inspiradas por el libro del general Bigarré, que se conoce tomó por sinceros los extremos de alegría y entusiasmo que los sevillanos prodigaron al Intruso. Los exagera á tal punto aquel general, harto ligero por lo que se desprende de la lectura de sus Memorias, que, según él, sacerdotes, nobles y pueblo se disputaban el obsequiarles con sus rendimientos, fiestas y regalos. Los nobles, dice que le ofrecían toros, caballos y hasta sus propias mujeres, hijas y casas; el pueblo se prosternaba á su paso por las calles y paseos; y sólo recela de los curas y frailes, cuyos actos de homenaje le parecen sospechosos. «Estos últimos, dice, no ignoraban que no podía verificarse la restauración de España sino á expensas suyas; pero no siéndoles dable contener la efervescencia nacional, se limitaban á poner buena cara á la mala fortuna y cantaban el *Te Deum* diciendo por lo bajo *patienza!*»

Si no abrigáramos la misma opinión que el cronista francés á quien hemos aludido, nos afligiría la candidez del general Bigarré.

mayor obcecación ni caben ilusiones más engañosas en un hombre colocado en su caso, ya que consideraba como segura, además, y próxima la sumisión de Cádiz, con la que tendrían feliz término sus trabajos políticos y militares en aquella parte de España. Si se añade que pocos días después enviaba á París, para ser entregados al Emperador, los trofeos más gloriosos de Bailén, las águilas y banderas ofrecidas por Castaños ante el altar de San Fernando, se comprenderá lo satisfecho que estaría de una expedición ejecutada contra lo que todo el mundo le aconsejaba en Madrid al quererla emprender (1).

Marcha de Víctor á Cádiz.

El día siguiente al en que se instalaba José en el Alcázar de Sevilla, se puso en marcha el 1.er cuerpo de ejército del mando de Víctor, para Cádiz, á cuya vista se presentó el 5, cuando la entrada de las tropas de Alburquerque y la ruptura del puente de Zuazo le colocaban en la situación del cuervo de la fábula dejándose escapar del pico la tan codiciada presa.

(1) El intruso escribía á su hermano el 8 de febrero que el Obispo y el Cabildo le habían hecho entrega de aquellos trofeos (l'évêque et le chapitre m'en ont fait la remise). Esto, dicho así, hace suponer que la entrega de las banderas de Bailén fué un acto espontáneo en el clero catedral de Sevilla, y de ese modo lo han interpretado muchos. Sin embargo, hay en el libro de Autos capitulares, existente en el archivo de la Capilla Real, uno de esos autos en que consta «que el 7 de febrero de 1810 se dió cuenta de un oficio pasado por el señor Gobernador político y militar de esta ciudad, manifestando ser la voluntad de S. M. se entregasen al ayudante de la Plaza, comisionado por dicho señor, los estandartes, águilas y armaduras y demás tomado en la batalla de Bailén, y se acordó su cumplimiento, recogiendo el oportuno recibo que acreditase la entrega.»

Don José Gestoso y Pérez, que ha estampado ese auto en un erudito folleto recientemente publicado (1889) con el título de «Un recuerdo de la batalla de Bailén», supone que aún quedó en la Catedral, desatendido por los franceses, un estan-

Si en vez de detenerse en la conquista de Sevilla, para la que bastaban y sobraban el 5.º cuerpo y la reserva de Dessolles que le seguían de cerca, hubiera continuado la pista de Alburquerque hostigándole sin cesar y desorganizando sus tropas, desmoralizándolas, por lo menos, con una tenaz y activa persecución, mezclado con ellas hubiera penetrado en la Isla; y Cádiz, días antes ó después, pero sólo días, habría quedado á su merced. La fortuna de España cegó á sus enemigos; á Soult, imponiendo en el consejo de Carmona la previa expugnación de Sevilla, y á Víctor paralizando aquellos arranques tan impetuosos que le llevaban á combatir prematuramente á veces, como en la ocasión, no remota aún, de Talavera. Las hábiles maniobras del ejército francés para franquearse el paso de Sierra Morena se habían hecho en gran parte estériles con haber empleado diez días en una marcha de 30 leguas, de Andújar á Sevilla, y hasta 15, ó mejor 16, á la costa del Atlántico, donde se desvanece-

---

darte perteneciente al primer escuadrón de la Legión polaca, estandarte que reproduce en un precioso cromo, dibujado del natural por el mismo autor del folleto y litografiado en Leipzig.

Pero es el caso que no estuvo la tal legión en la jornada de Bailén, y que en uno de los lemas con que se distingue el estandarte, el que monta el trofeo militar que campea en su faja blanca central, se vé estampado en grandes caracteres el de «Republique Francaise». ¿Cabe creer que Napoleón permitiera en 1808 ese lema en las banderas del ejército imperial?

«Y entonces, se dirá, ¿de dónde procede ese resto precioso de nuestras glorias militares?»

Lo probable es que proceda de las campañas con la República francesa, de la primera, quizás, la de 1793, tan feliz para nuestras armas; y es también de presumir que la depositara en la catedral de Sevilla el rey Carlos IV en su viaje con motivo del restablecimiento del Príncipe de Asturias, gravemente enfermo poco antes.

rían algunas de aquellas ilusiones que se forjaba el que con tal campaña creía dejar estupefacto de admiración á su incomparable hermano (1).

La de Mortier á Extremadura.

Como, aun contando con la ocupación de Cádiz, necesitaban los franceses la de Badajoz para asegurar la conquista de toda la región meridional de la Península que, así, considerarían completamente pacificada, José dispuso la marcha del 5.° cuerpo á Extremadura pocos días después de la de Víctor. El ejército español de Extremadura había quedado disuelto con la expedición de Alburquerque á Andalucía, reduciéndose las fuerzas de Contreras y Menacho á las absolutamente necesarias para cubrir la guarnición de la plaza de Badajoz, á que, según ya hemos dicho, las había destinado el ilustre prócer libertador de Cádiz. La campaña, pues, de Mortier se reduciría á buscar su unión con el 2.° cuerpo mandado por el general Reynier, quien viendo despejado de enemigos todo el frente de Talavera, donde le dejamos estacionado, pudo, pero más tarde y sin oposición alguna, avanzar á Mérida. No llevaba Mortier medios con que establecer un sitio en regla sobre Badajoz; así es que el 12 de febrero, después de una intimación que fué rechazada por la plaza, retrocedió á Llerena, de donde le veremos luego trasladarse de nuevo á Andalucía, llamado para contener las agresiones que muy pronto comenzaron á

(1) ¡Pues no le escribía el 18, ya á la vista de Cádiz, que aquella sería una muy buena ocasión si pudiera disponer de la escuadra de Tolón! ¡Qué hubiera querido el Emperador sino utilizar sus muchos navíos, convertidos ya puede decirse que en pontones dentro de los puertos franceses, para empresas como la de Cádiz! Las glorias de Andalucía que de tal modo le ponderaban sus cortesanos, entontecían sin duda al *Rey filósofo*.

emprender los españoles, rehechos de la sorpresa del paso de Sierra Morena y de la ocupación de Sevilla y Málaga.

**Ocupación de Málaga**

Porque también Málaga caía en poder de los franceses al poco tiempo de enseñorearse éstos de Granada y su Alhambra. El general Sebastiani, amigo de esplotar bien sus triunfos, se detuvo en Granada un tiempo, precioso para terminar inmediatamente la tarea que se le había impuesto, halagado, sin duda, de la idea de empaparse en aquel ambiente oriental de que tanto había gozado en sus felices empresas diplomáticas y militares de Constantinopla. Tan poco complaciente con el rey José como sumiso á las órdenes del Emperador que le había distinguido siempre, lo mismo en la guerra que tan bizarramente había hecho en Arcole, Marengo, Austerlitz y el Bósforo, que con misiones como las ya citadas y las de Egipto y Berbería, se abrogaba una libertad de acción que nunca se desmintió en España antes de romper con su nuevo soberano á quien, sin embargo, había proporcionado tan importantes triunfos como los de Ciudad Real y Almonacid.

Sólo así se concibe que no emprendiera inmediatamente la marcha á Málaga, sino que lo hiciese con tal retardo y tan poca premura que no llegara hasta el 5 de febrero, el día en que ya hemos dicho que se presentaba al frente de Cádiz el duque de Bellune después de haber perdido tanto tiempo también en las inmediaciones de Sevilla. El estado en que se hallaba Málaga no puede compararse con el que hemos visto afligía á Sevilla; era cien veces peor. Son otras gentes las de una y otra ciudad, aun mostrándose las dos tan bellas,

cultas y florecientes. Y si al carácter de sus naturales se añade el olvido en que hasta hace poco se la ha tenido respecto á la importancia que debió siempre merecer, se comprenderá que uno de ellos dijera á principios de este siglo que Málaga «era el pueblo más mal gobernado de toda la Península, siendo abrigo de todos los pícaros de ella por ser caxa ó depósito de presidiarios, sin haberse jamás observado una época de buen gobierno, lo que, agregado al natural indolente de la mayor parte de sus habitantes, ha sido causa de grandes desórdenes» (1).

Andaba la ciudad revuelta desde los acontecimientos de Aranjuez, y mucho más desde que, arrojando los franceses la máscara de que entraron cubiertos en la Península, manifestaron la injusta misión de conquistarla que les había encomendado su soberbio Emperador. Había, según expusimos en los primeros tomos de esta obra, contribuído al fracaso de Dupont en Andalucía con recursos de toda clase y fuerzas que su gobernador, el general Reding, había tan fructuosa y gloriosamente utilizado en la inolvidable jornada de Bailén. Ni cesó nunca de manifestarse pródiga en sus demostraciones de patriotismo, enviando á nuestros ejércitos en distintas circunstancias artillería, pólvora y municiones, víveres y dinero, de lo que hizo también remesa abundante para Cataluña cuando aquel general, por

(1) Lo consignó así un doctor ilustre, el Sr. M., al empezar la narración de los sucesos que tuvieron lugar en Málaga durante la guerra de la Independencia en un extenso manuscrito, cuyo original poseía un eruditísimo á la par que bizarro General, hijo del autor, que hace tiempo nos permitió sacar copia de tan peregrino escrito, que lleva á su frente el título de «Historia de Málaga durante la revolución santa que agita á España desde marzo de 1808».

tantos títulos ilustre, se trasladó para desgracia suya al Principado.

Pero con tales y tan gallardas muestras de su abnegación por la causa nacional, se confundieron muy pronto las de un desorden que nunca ya llegó á desaparecer de Málaga hasta la época á que nos vamos refiriendo, la de su ocupación por el 4.° cuerpo de ejército al mando del general Sebastiani. Nada de extrañar la formación de la Junta, la libertad de los presos no encausados por ladrones y la formación de fuerzas que, más que urbanas, parecían extraídas de los garitos inmundos de la truhanería más soez; las pasiones se habían de tal manera sobreexcitado que era de temer y de esperar diesen pábulo en Málaga para el incendio que abrasaba á toda la Península. Asomó, sin embargo, desde luego, el caciquismo su cabeza, produciendo los excesos más abominables, cometidos por la hez del pueblo, los indultados de la cárcel, que el día de su libertad se jactaban de ellos solos echar á los franceses de España, y los presidiarios sacados también de su encierro y de los de Melilla y los Peñones inmediatos. Fueron saqueadas varias casas de vecinos honrados con el pretexto de que eran de traidores á la patria; los franceses tuvieron que acogerse á la fortaleza de Gibralfaro para no ser atropellados; y aquella chusma, como la llama uno de sus cronistas, compuesta, dice, de charranes, revendedores, mandaderos y presidiarios, acabó con toda autoridad en Málaga, haciendo huir á unas y arrancando de la militar del castillo ¡ira y rubor causa el decirlo! al cónsul francés y á uno de sus compatriotas más distinguidos para arrastrarlos por la ciudad y clavar sus cabezas en las fachadas de sus

casas ó arrojarlas en las hogueras. Y por más que el horror causado por tales crímenes, y más aún el miedo que impuso en la Junta la noticia de que se recogían firmas pidiendo justicia de las autoridades de Granada produjeron la ejecución de varios asesinos en la cárcel misma de Málaga y en el Peñón de la Gomera, para donde fueron sigilosamente embarcados, sólo al saberse el éxito de la batalla de Bailén y al regresar Reding de tan feliz jornada recobró la ciudad su antigüo reposo; entregándose sus autoridades, desde entonces, á la tarea patriótica de organizar fuerzas, así para mantener el orden en el país como para enviarlas á los ejércitos con recursos de todo género en víveres y numerario (1).

Pero, aunque latente, puede decirse, todo ese tiempo, continuaba el caciquismo en Málaga y su tierra manteniendo el espíritu de rebelión en las masas populares y preparándolas para cualquiera de las ocasiones que no dejaría de ofrecer una lucha tan larga como la que mantenía España con el poderío más robusto de Europa en aquellos tiempos. Y esa ocasión se presentó al llegar á la ciudad la noticia del paso de Sierra Morena por las tropas francesas. Recibirla el 24 de enero de 1810 y aparecer en escena un señor Abello, oficial retirado y aunque de servicios en Orán, el Rosellón y los principios de la guerra de la Independencia, lleno de pretensiones de militar científico, pero igno-

(1) Hubo un carpintero, llamado Bernabé de Galvós, que se ofreció á levantar á sus expensas una compañía de artilleros urbanos, pagándoles tres reales diarios durante el tiempo de su instrucción, propuesta que fué rechazada por la Junta considerándola depresiva para sus vocales mucho más nobles y ricos que el patriota menestral.

rante á lo sumo, y los llamados Sanmillanes, cuatro hermanos, conocidos en Málaga por sus fechorías anteriores y su inclinación al robo y al pillaje, fué así como simultáneo, preparados, que parecían estar de antemano, en las conferencias que á cada paso celebraban para convenirse en sus proyectos de motines y saqueos (1). La Junta, citando á una asamblea á los generales allí residentes, entre los que había algunos tan caracterizados como D. Gregorio de la Cuesta, descansando de sus anteriores fatigas, y los condes de Colomera y de la Conquista, los tres capitanes generales de ejército, y varios otros tenientes generales, mariscales de campo y brigadieres, trató de mantener en orden la

(1) Abello era de la Habana, y había sido separado del servicio dos veces, á pesar de no ser las circunstancias para deshacerse de oficiales de alguna educación militar. No era un malvado ciertamente; pero su ambición le llevó á confundirse con los que no respiraban sino venganzas y el ansia de enriquecerse por cualquiera camino que se les presentara, ensangrentado ó no.

Tres veces fué encausado Abello, y en 1820 un Consejo de guerra celebrado en Granada el 28 de julio le absolvió, «considerándole, dice el acuerdo, como uno de los hombres más dignos de la Nación por sus relevantes méritos, así militares como civiles; y que la persecución que ha sufrido, ha debido proceder del demérito contra el mérito, de la ignorancia contra el saber, y del vicio contra la virtud; mandando ponerle en plena libertad, y que se publique en la orden del Ejército, no sólo su inocencia, sino su nuevo merecimiento por diez años de padecer.»

Mejor podría decirse que ese nuevo merecimiento sería el de haberse mostrado siempre Abello muy levantisco en política, según lo revela una representación que, por aquel tiempo dirigió al Rey, á quien el fiscal de la causa llama Fernando *el Grande*, sin duda por haber jurado la Constitución proclamada en las Cabezas de San Juan.

Esa Representación y la Nota que la acompaña dicen quién era Abello, cuyos *grandes* servicios se proclaman en ellas, uno de los cuales dice ser «las gloriosas operaciones de Málaga, en enero de 1810, que fueron las que salvaron la Patria, llamando sobre los moradores de esta benemérita y heróica ciudad una gran parte de las huestes invasoras»... etc., etc.

ciudad y aun prepararla para la defensa. Pero cuando empezó á celebrarse aquel especie de Consejo de guerra, ya Abello recorría la población á caballo rodeado de gentuza y con el padre Berraocal á su lado, un capuchino que, apoderándose del guión del Santísimo en la iglesia de Santiago, iba con otros, clérigos también, predicando una cruzada general y el levantamiento en masa contra los franceses. Con eso y con apellidar traidores á Areízaga y los centrales, correr la voz de que la Junta local iba á entregar Málaga á los enemigos, sacar del parque dos violentos, someter todos los puestos de la guardia urbana y remudarlos con los valientes que le acompañaban, acabó por nombrarse capitán general, ascender á teniente general al capuchino, y mariscales de campo ó brigadieres á los Sanmillanes, arrojando del salón de sus sesiones á la Junta y á los generales que allí se habían congregado. Fueron removidos todos los empleados dando sus destinos Abello á los que le proponía su solo capricho y le recomendaban sus amigos; acaparó cuantos caudales existían en las diferentes tesorerías de diezmos, correos, propios, consolidación y demás para reunirlos en una que llamó general del Ejército; secuestró los que las personas más precavidas trataron de salvar, entre otras el duque de Osuna arrebatándole dos millones al embarcarse con ellos, é impidió la salida de material de guerra destinado ya á la plaza de Tarragona. Había en la ciudad uno inmenso, abundante en artillería y municiones, á punto de parecer que aún conservaba Málaga la importancia que la habían dado los Reyes Católicos, constituyéndola en el principal centro de fundición y maestranza de que se abastecieron mucho

tiempo las escuadras destinadas á las expediciones que entonces y durante el imperio de Carlos V se verificaron á Italia y Africa. Con decir que ascendía á 5.000 el número de quintales de pólvora allí existentes, se comprenderá la riqueza de material que podría aprovecharse para la defensa, si se intentaba formalmente, ó embarcarse para que sirviese en la de Cádiz. Hízose, sí, un llamamiento á la población para que se armara; y con ella, con la que acudía de los lugares próximos y aun de Córdoba, Jaén y Granada, con los soldados de la guarnición y los dispersos de la Sierra que se dirigían á la de Ronda para introducirse en la isla de León ó en Gibraltar, creó Abello varios regimientos que, como á la guardia urbana, declaró de línea, dotándolos, por supuesto y como siempre se hace en tales casos, de planas mayores, más que sobradas, de un personal inútil y hasta pernicioso para toda organización regular. No hay para qué añadir que se formó una *Guardia de honor*, digna de tal autoridad (1), y un cuerpo de *cruzada* con los frailes llamados á ella y cuyo mando se dió á un Canónigo de la Catedral; cruzada que, proclamada, según ya hemos dicho, en los primeros momentos por el P. Berraocal, fué de nuevo, en los sucesivos, predicada sin cesar desde los balcones de Abello ó en las calles por otros frailes y clérigos que, de orden

(1) Hay, sin embargo, que decir en su honor que, al entrar José en Málaga, la quiso reorganizar para recibirle un afrancesado y, aun reducida por negarse los más de sus individuos á formar parte de ella, ninguno de los ocho que ya se habían convenido á servir al Intruso, apareció en el lugar señalado para su asamblea aquel día ni después.

del gobernador Sanmillán, enviaron los prelados de los conventos y de la diócesis (1).

Y no se crea que todo ese armamento, para cuyo personal se habilitaron los conventos y se hicieron construir hasta 3.000 tiendas de campaña, se destinaba tan sólo á resistir la entrada de los franceses en Málaga: no, sus generales aspiraban á más, á la formación de un ejército que saliera al camino para recibirlos en campal batalla. El día 27 salió para la Boca del Asno, punto de paso preciso en la carretera de Granada por Antequera, un gran destacamento, compuesto de 50 tiradores, 50 urbanos, 60 suizos de Reding con un violento y 20 caballos de la Guardia de honor que deberían establecer en aquella posición una batería de otras cuatro piezas. Mientras tanto 40 ó 50 frailes de la cruzada tratarían de levantar los pueblos del tránsito y unos cuantos agentes de las autoridades de Málaga irían recogiendo los caudales de la real Hacienda y procurarían sorprender al conde de Cartaojal, otro de nuestros generales, traidores para aquellos verdaderos y únicos patriotas (2). La gente de Antequera que comprendió que su independencia no les habría de venir por aquella parte, rechazó las imposiciones

(1) Y por si hubiese alguno que se opusiese á ella, se mandó levantar, al mismo tiempo, un patíbulo que en la mañana del 27 apareció, con efecto, en la plaza.

(2) En la hoja de servicios del Conde se dice que al entregar el mando á Venegas, en abril de 1809, se retiró á Cádiz *donde permaneció sin destino hasta 3 de mayo de 1813 en que fué de cuartel á la provincia de Granada.* Y, sin embargo, en decreto de 12 de marzo de 1810, dado en Málaga, se nombra al Conde consejero de Estado, al mismo tiempo que al de la Conquista capitán general de la costa de Granada y campo de Gibraltar.

Pero si se fué á Cádiz ¿cómo estaba al alcance de los malagueños en Antequera, quizás su patria?

de los malagueños y los obligó á retirarse á la Boca del Asno. Poco después que aquel destacamento, salió de Málaga otro mucho más numeroso y considerable con 1.500 infantes, 100 caballos y alguna pieza de artillería, tomando el camino de Vélez-Málaga á las órdenes de los generales P. Berraocal y Sanmillán; y para Las Pedrizas entre los caminos de Granada y Córdoba salió también el nuevo regimiento de Cazadores de la Montaña, regido por su coronel D. Juan Chumaquer, un pobre hombre que había sido procurador y, nuevamente, maestro de escuela.

Pero el 2 de febrero, y bien de madrugada, apareció ya huyendo el coronel Canónigo con toda su partida dispersa después de haber clavado la artillería de la Boca del Asno á la aproximación de los franceses, «alborotando el pueblo, dice el cronista que vamos siguiendo, en tales términos que se tocó generala, salió toda la tropa, las monjas y los pocos frailes que había en los conventos los abandonaron, infinitas familias se embarcaron sin saber ni en dónde ni para dónde, todos los buques se pusieron á la vela hasta fuera de tiro; toda la gente del pueblo conmovida y asustada corría hacia una y otra parte sin tino ni acierto formando una verdadera torre de Babel».

¿Y así se quería oponer á la invasión una resistencia que la escarmentara y aun la rechazase al otro lado de Andalucía?

No diremos nosotros con Schépeler que los andaluces no son los aragoneses. Muy lejos de eso, si nos comprometiéramos en una discusión histórica podríamos demostrar que no les ceden en valor y que aquella región, tan codiciada por todos los invasores de

nuestra España, ha ofrecido ejemplos de resistencia al extranjero como los de Illiturgis y Astapa, que en nada ceden en cuanto al heroismo de sus habitantes á los más decantados de las demás provincias, y que ha producido hombres de guerra que, como el marqués de de Cádiz, el Gran Capitán y cien otros, van á la cabeza de los caudillos más ilustres en la historia de nuestra patria. Sin ir tan lejos, en esa misma guerra de la Independencia descuellan, pero á gran altura, un Don Mariano Alvarez y un D. Andrés Pérez de Herrasti, granadinos, y un D. Martín de la Carrera, malagueño precisamente; héroes que, cada uno en su género militar, se han hecho legendarios y serán por siempre el orgullo de aquella tierra, patria después también, de Don Diego León, prototipo de la gallardía y la temeridad en los campos de batalla.

No: las causas de no defenderse Sevilla ni Málaga no dependen del valor de sus habitantes, sino del desorden en que cayeron por la sorpresa que les produjo la invasión que consideraban muy remota, acaso imposible, después de la victoria de Bailén, y más todavía por la indisciplina introducida en los pueblos dada la forma que desde un principio tomó el alzamiento nacional contra los franceses. Creer que sin una autoridad respetable y respetada, sin tropas en disciplina, siquier sean nuevas y aun colecticias, sin orden, en fin, el primero de los elementos militares para el combate, se pueden improvisar defensas con algunas probabilidades de éxito, es la mayor de las temeridades si no de las locuras. En Málaga se negó toda obediencia á las autoridades legítimas; se las arrojó, como suele decirse, por el balcón; aquellos generales, tan respetados

siempre por sus altas jerarquías, por sus muchos y grandes servicios á la patria, sufrieron igual suerte, siendo no pocos de ellos aprisionados por el pronto y despedidos después de la ciudad; y la fuerza pública, vilipendiada con asociarla á aquella masa de indultados, presidiarios, contrabandistas y ladrones, deshonraba á los habitantes, voluntaria ó forzosamente alistados, á la ciudad y á la nación. Sus jefes, ya lo hemos visto, eran, como el de la sublevación, oficiales despedidos del servicio por su conducta irregular, frailes ó curas sin conciencia alguna de sus deberes, escribanos ó maestros de escuela que todo lo sabrían menos manejar las armas y menos todavía á los hombres en el tráfago de la guerra.

¿Y con esos elementos, repetimos, se quería resistir á un ejército regido por tan experto capitán como el general Sebastiani? Bastóle á éste la caballería que llevaba de vanguardia para arrollar á los que salieron á oponérsele en las afueras y penetrar seguidamente en la ciudad, donde aún había gente creyendo que los dragones que las acuchillaban eran franceses cortados ó desertores.

Los fugitivos de las Pedrizas y de Oreja de Mulo, á cuya posición había sido también enviado un destacamento, llevaron muy de mañana la noticia de la aproximación de los franceses; pero hasta las dos de la tarde ni se tocó generala ni salieron de la ciudad las fuerzas que debían dar la batalla preparada por los eminentes estrategos, sus jefes, y eran más de las tres cuando se presentó á ellas el general en jefe Abello con su plana mayor y una escolta de 400 caballos próximamente. La infantería se situó en la altura de las

Ermitas á la derecha de la carretera de Granada; la caballería y, á su apoyo, una pieza de á 12, fueron establecidas á la izquierda en otra suave eminencia que domina la salida á la Vega; y la escolta de Abello formó detrás de la infantería, en una llanura limitada por un monte bastante áspero, un olivar que había á su derecha y un arroyo de márgenes escabrosas á su espalda. La posición de Abello se quería justificar por esperarse otra fuerza de 500 caballos que, enviada á caer sobre el flanco de los enemigos en el camino, vendría en todo evento á darse la mano con los que formaban la línea de batalla (1).

Antes de empezar el ataque, los franceses, que presentaron sus avanzadas en las alturas de Teatinos, enviaron por tres veces un parlamentario que fué rechazado á tiros; con lo que el general Michaud, que las mandaba, dispuso que la infantería ligera que acompañaba á los dragones se apoderase, como lo hizo, de los almacenes de pólvora y atacara inmediatamente á nuestros peones, situados, como hemos dicho, en las Ermitas. No cedieron éstos sin embargo de su inferioridad orgánica, hasta que, ya de noche, vieron la general derrota de las fuerzas de todas armas que debían apoyarlos. La caballería francesa, formando varias columnas, atacó á la nuestra, con la que penetró confundida en la ciudad, no sin que las precedieran los flamantes generales que debían defenderla (2). Sólo unos cuantos jinetes de la Guardia de Honor que servían de es-

---

(1) Esta fuerza se dirigió, por el contrario, hacia Marbella sin esperar á los franceses. Así lo dice el Dr. M.

(2) Los Sanmillanes fueron los primeros en huir: Abello los siguió muy pronto; y viendo que la ciudad no le ofrecería

colta al cañón de á 12, en batería sobre la eminencia de la izquierda del camino, dejaron bien puesto su nombre de ciudadanos honrados y patriotas, quedando de los 20, que eran, 4 muertos y otros tantos heridos.

Ya hemos dicho que los jinetes enemigos eran dragones, y esto basta para comprender los excesos á que se entregarían al penetrar en Málaga, los mismos que en Uclés, Arenas y en cuantas partes sorprendían á las poblaciones, indefensas ó no. El saqueo duró hasta el día siguiente, en que logró Sebastiani que cesara después de cien reiteradas y nunca obedecidas órdenes suyas, que, por lo visto, se supusieron hipócritas. Tan rigoroso fué que ni las casas en que se alojó Sebastiani se libraron de él, pues de la del Sr. Membiela, donde se estableció al principio, se llevaron los franceses por valor de 5.000 duros en dinero y plata labrada, y en la de Mauri, después, robaron y atropellaron á los criados hasta arrojar á un pozo al más anciano de ellos. Y eso fué lo de menos; porque las escenas que tuvieron lugar en las casas al tiempo del saqueo no tienen otro nombre que el del salvajismo más soez y repugnante.

El botín correspondió á la imprevisión de las autoridades que se había impuesto Málaga. Los caudales de que se habían apoderado, el inmenso material encerrado en el Parque de Artillería, víveres y efectos de comercio que hubieran podido substraerse á la rapacidad de los invasores, cayeron en su poder, y el saqueo y las contribuciones impuestas al día siguiente, consti-

asilo seguro, se dirigió con su escolta á Colmenar y más tarde á Cádiz.

tuyeron un botín de los más ricos que proporcionó á los franceses la resistencia española (1).

Se conoce que Sebastiani necesitaba aún más para consolidar la ocupación de Málaga, porque en la mañana del día siguiente al de su entrada hizo ahorcar á varios infelices de los paisanos llegados del campo, colgándolos, para mayor ostentación sin duda, de los balcones de las casas capitulares, y días después sufrían igual suerte en Málaga y Vélez los Sanmillanes y el Padre Berraocal. El general que más tarde llamaba á los españoles en la Cámara francesa «Los Turcos de Occidente», no se había de mostrar con ellos más humano que cualquier soberano de Constantinopla á quien se rebelasen sus esclavos (2).

**El Intruso frente á Cádiz.**

Ya se consideraban los franceses dueños de Andalucía y creían poderse entregar sin preocupación alguna al goce, por primera vez tranquilo, del fruto hasta entonces tan caro de sus victorias. El contraste era, con efecto, halagador; habían pasado de las frías y áridas regiones de la Mancha, tan inhospitalarias para ellos, á las risueñas y templadas del Guadalquivir y á

---

(1) Los caudales de la Tesorería fueron embarcados á última hora; pero sus administradores y el patrón del barco creyeron más conveniente arribar al puerto de Málaga que al de Cádiz, y Sebastiani se aprovechó de los 170.000 duros que se les había entregado.

(2) Indignado el Conde de Toreno al recordar tan cobardes ejecuciones, dice con harta razón: «Tratamiento sobradamente duro; porque si bien este General nos ha dicho haberse comportado así, siendo los tales frailes y fanáticos, su razón no nos pareció fundada, pues además de no estar en aquel caso todos los que padecieron la pena indicada, ¿por qué no sería lícito á los eclesiásticos tomar las armas en una guerra de vida ó muerte para la patria? Castigáraseles en buen hora, si cometieron otros excesos, mas no por oponerse á la conquista del extranjero.»

unas costas, la mediterránea principalmente, tan ricas y florecientes que los antiguos no habían vacilado en proclamar como las más privilegiadas del mundo. Ya no había temor al indígena feroz que, espiando sus pasos y hasta sus miradas, acechaba también el momento de sacrificarlos á su salvaje patriotismo; en Andalucía, no: salía á su encuentro y les ofrecía la hospitalidad que ellos, los invasores tomaron por cordial, seducidos de tan feliz cambio. Parecíales aquello efecto de una civilización más adelantada, de clima tan suave, de naturaleza tan espléndida en sus espectáculos y en sus producciones, que habrían necesariamente de llevar consigo otras costumbres más dulces y estímulos de sociedad que habrían de serles favorables para el establecimiento pacífico de su dominación en España.

Un punto negro se presentaba á su vista y á sus ilusiones en el horizonte. Ese punto era Cádiz que la torpeza de sus generales y la debilidad de su soberano habían dejado se les escapase de sus manos; Cádiz que, constituída así en torre del homenaje de la fortaleza española, mantendría vivo desde sus almenas el fuego santo de la insurrección, que acabaría por abrasarlos, destruyendo tantas esperanzas, tantas ilusiones como habían llegado á forjarse.

Era, pues, necesaria y urgente la destrucción de aquel último reducto; y pasados unos días de plácemes y fiestas, distraídos también por una serie de decretos con que pensó atraerse hasta las voluntades más rebeldes de los andaluces, el rey José creyó deberse dirigir á Cádiz para coronar su grande obra de la campaña que esperaba sería tan admirada por su exigente her-

mano (1). Y el día 12 de febrero se hallaba en Utrera, acompañado de su Guardia y de la de Honor acabada de crear; el 14 en Jerez, y el 18 presenciaba en el Puerto de Santa María una corrida de toros con que le obsequió la ciudad. Con esa misma fecha escribía al Emperador: «Señor: parece que Cádiz quiere defenderse; veremos dentro de algunos días lo que hará cuando hayamos montado algunas baterías. Si V. M. pudiera disponer de la escuadra de Tolón, la ocasión podría ser buena». José, acompañado de Soult, el ingeniero Leri y el artillero Sénarmont, recorrió las posiciones del 1.er cuerpo y las baterías levantadas por Víctor desde Puerto Real á San Lúcar de Barrameda, cubiertas á su retaguardia por la división de dragones de reserva, y otras fuerzas, de á caballo también y de infantería ligera, puestas á las órdenes de Latour-Maubourg. Entonces, y desde el cerro de Santa Ana, pudo comprender los obstáculos que le opondría la ciudad hercúlea, y pensó en buscar, por el camino de la seducción y las imposiciones, la manera de superarlos (2).

---

(1) El primer decreto que dió en Sevilla fué para conceder plena y entera amnistía á los autores, fautores y agentes de las turbulencias anteriores, que le prestasen el juramento de fidelidad ante las justicias de sus pueblos respectivos.

Con la misma fecha del 4 de febrero se dió otro para que se cantase un *Te Deum* en todas las iglesias del Reino por la pacificación de Andalucía; y con la del 5 se estableció la responsabilidad de los pueblos por los asesinatos que se cometieran en ellos.

Deseando proporcionar trabajo á las clases menesterosas dicen que pronunció estas palabras: «Porque yo tengo muy presente que soy rey, no solamente de los ricos y hacendados de España, sino también de los artesanos y de los pobres, que en todos los países forman la clase más numerosa de la sociedad, y exigen no menos que las otras la beneficencia y los cuidados paternales del Gobierno».

(2) Había hecho decir en la «Orden general del exército» del 1.º de febrero: «El Rei de España quiere que entre las co-

Intimaciones que la dirige.

Ya el mariscal Víctor había dirigido á la plaza un parlamento que contenía la intimación de que le fuese entregada, reconociendo á José Napoleón que olvidaría cuantos agravios se le habían inferido, y que perdonando á todos sus hasta entonces enemigos, conservaría para España Cádiz sus arsenales y la escuadra. La intimación tenía la forma de un oficio firmado por los generales Salcedo, Obregón y Hermosilla, de que fué portador el patrón de un barco, el cual volvió con la siguiente elegantísima y categórica respuesta: «La ciudad de Cádiz, fiel á los principios que ha jurado, no reconoce otro rey que al Señor Don Fernando VII.—Cádiz 6 de febrero de 1810.—Francisco Javier de Venegas».

El duque de Bellune que era hombre capaz de apreciar resolución tan patriótica, se limitó á preparar el bloqueo de Cádiz estrechándolo cuanto pudiese. Pero el Intruso no quiso desistir del propósito de someter á los defensores de la Isla por la persuasión y las amenazas, ya que veía cerrado, al menos por el pronto, el camino de la fuerza. Envía emisarios tras emisarios á la plaza; unos, secretos para que sobornen á los gaditanos más influyentes; otros, públicos con mensajes para el duque de Alburquerque, para la Junta de Gobierno, para el comandante de la Carraca y el del puente de Zuazo, y hasta para D. Ignacio María de Alava, jefe de la escuadra, á la que, además, dirige la intimación

---

lunas de Hércules se erija otra tercer coluna que conserve á la posteridad más remota y á los navegantes de ambos mundos la memoria de los gefes y de los cuerpos que han rechazado á los ingleses, salvado á 30.000 españoles, pacificado la antigua Bética y reconquistado á la Francia sus aliados naturales».

do que se rinda por medio del canónigo de Sevilla señor Moralés, que hubo de retirarse ante las amenazas de echar á pique la barca en que iba. Alburquerque, después de apostrofar duramente al emisario y su monarca, le dice no teme ni á 100.000 de sus secuaces; la Junta quema el pliego que se le ha dirigido en la plaza pública por mano del verdugo; Alava rechaza el mensaje como un insulto que se dirige á los marinos españoles, y todos anuncian su resolución de recibir á cañonazos á los emisarios que aún se intente enviarles.

No le queda, pues, al Intruso otro camino que el de las armas; y si en los primeros momentos cree le bastará el establecimiento de algunas baterías para someter á Cádiz, como escribía á Napoleón, no tarda en convencerse de la necesidad de establecer un sitio en regla para rendirla. Pero encomienda la empresa á sus mariscales, por mejor decir, á los mariscales sus auxiliares; porque le llama la, en su concepto, conveniencia de darse á conocer en las más importantes poblaciones de Andalucía y regresar á Madrid, donde sus aduladores le dicen se le espera con la mayor impaciencia por verle de nuevo y agasajarle.

Dejémosle emprender esa odisea por Ronda y Málaga, Granada y Córdoba, en que no han de faltarle tal clase de manifestaciones cómico-dramáticas propias de la gente andaluza; que urge ya conocer el estado de Cádiz al refugiarse allí el Gobierno de la Nación, las importantísimas variaciones políticas verificadas inmediatamente después de la entrada de sus vocales, y la nueva forma de su constitución, reclamada por la opinión pública, opuesta ya de un modo incontrastable á la continuación de la Junta Central.

La Central en Cádiz.

Recordamos la fuga de todos sus miembros, los trabajos que algunos de ellos pasaron al emprenderla, y su llegada, por fin, á la isla gaditana, gracias á la cautela de unos embarcándose en el Guadalquivir, y á la eficaz protección que los demás obtuvieron del general Castaños.

Ya había sido llamado el vencedor de Bailén confiando en que su valor, su prudencia y prestigio sacarían á la nación del trance arriesgadísimo en que iba á encontrarse. La idea de la Regencia, provocada en el seno de la Junta Central, se había hecho ya unánime en ella, y la proclamaba la opinión pública en Cádiz y en las demás provincias como la única salvadora, en unión con la de las Cortes, generalizada también y en vías de realizarse en el breve plazo anteriormente señalado. Así es que las deliberaciones á que tranquilamente se entregaban los centrales desde el día de su instalación en Cádiz, hubieron muy pronto de interrumpirse para, en satisfación á la impaciencia que observaban en su derredor, resignar muy pronto el poder. Entre los acuerdos tomados en aquellos días, eran los más importantes; el de resignar efectivamente el mando, sin reserva alguna ni pretender otra recompensa que la honrosa distinción del ministerio que habían ejercido los vocales de la Junta; el nombramiento de una regencia compuesta de cinco individuos, de los que uno representaría á nuestras posesiones de Indias, y de la que no formaría parte ninguno de los centrales, y la formación de un reglamento para el modo de instalarse y funcionar la regencia, así como para dirigir el llamamiento, la reunión y los trabajos preparatorios de las Cortes. Y como para no dejar arbitrio á las ini-

ciativas del futuro Gobierno, se dictó un real decreto, el de 29 de enero de 1810, acompañado de un reglamento, minuciosa instrucción de cuanto debería hacerse para las convocatorias, la constitución de los elegidos en los dos estamentos, el popular y el de dignidades, la manera de suplir la representación de las provincias ocupadas por el enemigo y de Ultramar, y varios otros detalles, cortapisas que la Regencia eludió después, no dando publicidad y, de consiguiente, validez á aquel canto de cisne de la Junta Central (1).

El nombramiento de los regentes, en otra ocasión no fácil y menos unánime, no ofreció en aquella dificultades ni dilaciones. Para recordarlo con los datos que su importancia exige, nos vamos á permitir la copia del párrafo que á él dedica nuestro ilustre Jovellanos. «Casi todos á una, dice, habíamos puesto los ojos, primero en el venerable Obispo de Orense por la alta opinión que de sus virtudes apostólicas, su sabiduría, su patriotismo y firmeza de carácter tenía la nación entera. Segundo; en D. Francisco de Saavedra (que envuelto en el torbellino de la insurrección de Sevilla, había ya logrado salir de sus vórtices y estaba en la bahía), por la íntima convicción y experiencia que teníamos todos, así de sus vastos conocimientos políticos, económicos y militares, como de su inalterable propiedad y amor público. Tercero; en el general Castaños, por la distinguida opinión que sus talentos militares, prudencia política y gloriosa campaña de Bailén

(1) No se publicaron en Cádiz; pero el decreto corrió impreso en algunas provincias, remitido por el marqués de las Hormazas con fecha de 5 de febrero. Tenemos á la vista la copia impresa que circuló la Junta de la Coruña el 19 de marzo.

le habían grangeado; opinión tan cruelmente perseguida, como modestamente vindicada en aquel manifiesto, que descubriendo el origen, é indicando los instrumentos de su difamación, hizo resplandecer su mérito con mayor brillo. Y cuarto, en D. Antonio Escaño, tan conocido en la Junta por su celo y constante probidad, como en la nación por sus grandes conocimientos marítimos, uno y otro realzado con su incesante aplicación y admirable modestia. Sólo se vaciló en cuanto á la elección del 5.° regente que debía entrar por representación de las Américas, no siendo acorde la opinión de los votantes acerca de las calidades que debían concurrir en la persona nombrada para tan alto cargo y representación. Algunos individuos de la Junta indicaron á D. Esteban Fernández de León, contador general de Indias, y ministro del Consejo reunido, aunque no nacido en América, pertenecía á una familia distinguida y arraigada en Caracas: había residido allí mucha parte de su vida, y desempeñado con buena reputación varios distinguidos empleos del real servicio; por lo cual y por la opinión que se tenía de sus recomendables prendas, se inclinó á su favor la mayoría de los votos y quedó nombrado para la nueva regencia.» Este último regente fué, sin embargo, sustituído casi inmediatamente por D. Miguel de Lardizábal y Uribe, natural de la famosa Tlascala de Nueva España.

Era el 2 de febrero el día señalado en el mencionado decreto de 29 de enero para la instalación de la Regencia; pero crecía en el público el anhelo por tener un Gobierno que hiciese frente á las complicaciones que eran de prever por las noticias que, á cada

momento más alarmantes, se recibían de los progresos del enemigo y la situación de Sevilla; por lo que se hizo indispensable el apresurar la instalación del nuevo, elegido ya por la Central. Hubo ésta de ceder; y el 31 de enero y con toda la mayor solemnidad que tan angustiosas circunstancias permitían, tomaron posesión de su cargo, Castaños, Escaño y Fernández de León, únicos que se encontraban aquel día en Cádiz.

Así terminó el Gobierno de la Junta Central, tan controvertido como entonces, en el calor de las pasiones políticas encendidas por tantas y tan diversas y eficaces causas, en tiempos después que, por lo remotos, han podido poner de manifiesto los obstáculos con que necesariamente habría de luchar una administración que no podía saber hasta dónde alcanzaba su autoridad; tan variable era la zona en que debía ejercerse como podían serlo las operaciones de guerra tan extraordinaria. Ni su composición proporcionaba la unidad ó la concentración tan necesarias para dar rapidez y energía á sus disposiciones, ni las circunstancias que atravesó y las desgracias que en el tiempo de su mando afligieron á la patria, la permitieron establecer sistemas, fijar al menos para su conducta una marcha que hiciera recaer sobre ella la gloria ó las responsabilidades que, de otro modo, pudieran tocarle.

A nosotros sólo nos incumbe la tarea de juzgar á la Junta Central respecto á la política y á las operaciones de la guerra. Que se mostró celosa por la dignidad de la patria lo demuestra hasta la saciedad su resistencia á las intrusiones que pretendieron el Gobierno inglés y sus generales, así en la política del país como respecto á la ocupación de algunos puntos de nuestro litoral y,

sobre todo, de la importantísima plaza de Cádiz; pero aún más en su correspondencia «al hacer rostro, como dice el Conde de Toreno, á las propuestas ó insinuaciones de los invasores, sustentando los intereses é independencia de la patria, sin desesperanzar nunca de la causa que defendía».

En la guerra, ¿qué más pudo hacer? Es necesario, para apreciar su conducta con imparcialidad, trasladarse á aquella época preñada de peligros á cual más inminente y transcendental, en la que las autoridades mismas subalternas, las que en circunstancias normales ejecutarían ciegamente las disposiciones del Gobierno supremo, tenían que someterse á las imperiosas exigencias que se ejercían en su derredor. Cada junta de provincia se consideraba soberana en cuanto á lo que á su territorio concernía; ella se destinaba el fruto de su administración, en todas distintamente organizada; levantaba tropas según su capricho ó las atenciones á que habría de subvenir para su sola defensa, casi nunca para la general de la nación, y hasta nombraba los jefes ó caudillos de esas fuerzas por la influencia que les atribuyera ó la sumisión que de ellos esperara para sus especiales fines.

En nada han podido hacerse más patentes los excesos del provincialismo como en la organización de la resistencia opuesta á los franceses en los comienzos de este siglo, no pudiendo contar el Gobierno Central con la cooperación unánime y uniforme de sus delegaciones ni aun con la obediencia, muchas veces, á sus órdenes en los distintos territorios que lo tenían reconocido. Y ¿cómo no, si en algunos de ellos y hasta en su mismo seno hubo quienes lo considera-

ban ilegítimo, según ya hemos hecho ver, por su orígen, disconforme con nuestras antiguas leyes?

Sólo en los grandes ejércitos se dejaba conocer la existencia de una autoridad suprema incontestable; y nadie podrá decir con justicia que la Junta Central no procurase por cuantos medios estaban á su alcance organizar los que pudo y creyó necesarios, dotarlos de fuerza numerosa y adecuada, y de generales y jefes los más distinguidos y de mayor prestigio que encontró en las filas del ejército nacional. Que generalmente nuestras armas, en vez de las victorias á que tan acreedoras eran por el patriotismo que las guiaba y la justicia de su causa, no hallaron sino la desgracia y los reveses en los campos de batalla, es cierto, es evidente; pero ¿había paridad entre los ejércitos napoleónicos y sus generales, y los destinados á combatirlos?

Precisamente porque no la había, ha sido tan ensalzada la resistencia española en la opinión de todas las naciones. Si algunas de ellas, mejor dicho, si todas, con tropas tan sólidas como las francesas y aun mejor organizadas fueron siempre vencidas, ¿qué podía esperarse de las en su generalidad colecticias al haber de contrarrestar la organización, la experiencia y el genio de la guerra que con fulgor tan terrorífico resplandecían en el campo enemigo?

Pero, en todo caso, ¿cómo culpar á la Junta Central de nuestras desgracias militares en su tiempo? «Que los pueblos, se dice, rara vez perdonan los Gobiernos desdichados:» es cierto; pero los perdoánan al advenimiento de los tiempos históricos, esto es, cuando cesan los efectos de la desgracia y la ira que engendran; cuando al fuego de las pasiones sustituye la reflexión

y el estudio detenido y frío de las causas que la produjeron. Ella misma explicó la misión que había recibido y su programa de gobierno, al final de su tantas veces citada exposición á las Cortes. «Esto supuesto, dice, y constituída la Junta en Gobierno legítimo representante de la soberanía del rei Don Fernando VII, ¿qué debió hacer para llenar la confianza que se puso en ella? Debió primeramente interesar en nuestra santa y justa causa á todas las naciones del mundo que pudiera; debió poner en movimiento toda la fuerza armada posible contra nuestro pérfido enemigo; debió resistir con fortaleza y ánimo heróico sus gestiones y amenazas; debió aplicar á estos objetos cuantos caudales y medios pudiera proporcionar, debió aliviar al pueblo de los gravámenes que fueran compatibles con las urgencias públicas; debió proteger la libertad y la seguridad del ciudadano; debió mantener siempre encendido el sacrosanto fuego del patriotismo; debió mantener las más íntimas y cordiales relaciones con nuestros hermanos americanos; debió sostener nuestras fuerzas marítimas, ya que no fuera posible aumentarlas; debió por fin no perder de vista la necesidad que el pueblo español tenía de la observancia de una buena constitución, la cual lo libertara en lo sucesivo de los efectos del despotismo, dándole parte en su administración y en la formación de las leyes que lo habían de regir en adelante.»

Y termina así: «Esto debió hacer la Junta: veamos si lo hizo.»

Nosotros creemos que si no realizó á satisfacción de todos tan halagador programa, dictado á *posteriori* para justificar su conducta al verse perseguida é ini-

cuamente maltratada en sus más conspicuos vocales, la Junta Central hizo lo que pudo, lo que le permitieron hacer la debilidad de su composición y el estado lamentable en que halló á la patria.

«¡Que los pueblos rara vez perdonan á los Gobiernos desdichados!»

Nadie, con efecto, puede demostrarlo mejor que los infelices centrales desde el momento en que dejaron las riendas del Gobierno. No ya el pueblo que, amotinado, apresuró la disolución de la Junta, sino aquel Consejo de Estado, que la debía su reconstitución como para desmentir las repetidas instancias que hizo para que se declarase ilegítimo un poder, que, además, elegía otro después, la Regencia, y hasta esta misma al día siguiente del de su instalación, perseguían con el encono de los improvisados vencedores ó advenedizos á los que podían haberse equivocado pero que el mundo habría de respetar como á varones insignes por todo género de virtudes cívicas. Aun hay más: una Junta formada en la plaza y que pretende ceñirse las ínfulas de la autoridad y negarse á reconocer la Regencia hasta verla apoyada por el embajador inglés, no sólo se une al pueblo para derrocar á la Central sino que persigue encarnizadamente á sus vocales (1). Se llegó hasta registrar los equipajes de los que ya se habían embarcado; se les quiso encausar autorizándolo el Consejo, siempre inspirado por la envidia y el despecho: y

(1) Fué preciso que el marqués de Wellesley indicase á la Junta de gobierno y defensa, como se titulaba, que no podría continuar en su puesto de embajador no habiendo en España un Gobierno único, siquier fuese interino. Así lo dice D. Adolfo de Castro en su *Cuadro histórico* sobre Cádiz.

fué necesario que aquellos mismos procedimientos inquisitoriales usados con los centrales hicieran resaltar su inocencia, desinterés y patriotismo para no ser objeto de nuevos y más temibles atropellos. Aún con mayor encarnizamiento que Jovellanos y Campo Sagrado que partían para Asturias, su país, fué perseguido Don Lorenzo Calvo, conduciéndole al castillo de San Sebastián mientras se metía en un convento á su mujer y á algunas de sus amigas que pensaban acompañarla á Mallorca. La persecución procedía principalmente de personas que, por cierto, no podían blasonar del patriotismo ardiente que caracterizaba al centralista representante de Aragón. «¡El candor resplandeciente de la lealtad, dice un historiador alemán refiriéndose á Calvo, ofende la vista de los seres manchados!» (1).

Y lo que sucede en casos y circunstancias semejantes; la disolución de la Junta Central y el ojeo, que así puede llamarse, contra sus vocales, dió ocasión y pretexto para perseguir á otros de quienes se sospechaba ó se tenía evidencia de muy distintos motivos de culpa. Entre la Regencia, el Consejo y la Junta de Cádiz, formando lo que hubo quien llamó gráficamente «El Trío», se cometieron en aquellos días errores, aunque patrióticos, por unos, venganzas no poco vergonzosas, por otros, y especulaciones por los demás que, sin el valor de los soldados de Alburquerque y la abnegación del pueblo gaditano, hubieran podido causar la ruina de aquel último baluarte de la independencia española (2). La Junta, sobre todo, extremó su acción contra

(1) Schépeler.

(2) El conde de Tilli fué otro de los perseguidos. Encerrado en el castillo de Santa Catalina, donde murió pocos meses

los centrales y sus amigos, hasta contra Alburquerque, más acaso para darse una importancia que sin duda apoyaría la población representada por ella, que por ambición de soberanía ú otros móviles que en tales circunstancias no la harían favor alguno. Que llegó á prestar buenos servicios, particularmente en la administración, es indudable; pero con disponer del dinero, pues la Regencia la encargó su tesoro, quiso muy pronto elevarse al rango de autoridad rival, si no superior á la suprema de la Nación (1).

Su conducta, no muy posterior á la época de su instalación el 29 de enero en las postrimerías de la Central, que tanto contribuyó á precipitar, justificará

---

después, fué objeto de un proceso acusándosele de intentar trasladarse á América con una fuerte división española si los franceses invadían las Andalucías. Creíase, ó al menos se quería hacer creer, que Alburquerque entraba en ese plan y aun que representaría antes el papel de Dictador deshaciéndose de aquellos gobiernos efímeros y que ningún resultado bueno darían para España. Ese papel obtendría carácter casándose el Duque con una Infanta cuñada de Godoy, con la cual, sometida España á los franceses, se embarcaría para América, acompañados de aquellas tropas cuyos oficiales serían, en su mayor número, naturales del nuevo mundo.

¿Fué ésta, sospecha ó realidad, ó más bien, como se cree, su desavenencia con la junta de Cádiz, la causa del nombramiento de Alburquerque para la embajada de Londres, donde también murió?

La Junta de Cádiz no permitió nunca el establecimiento del cuartel general del Ejército en la plaza.

(1) Llegó á conferírsele la administración de las rentas de la Corona de los fondos que iban llegando de América y los procedentes del crédito y de los impuestos y contribuciones, En cambio, era su obligación principal la de abastecer al Ejército con víveres, armas, sueldos, vestuario etc. A eso dice Schépeler sentenciosamente: «Ainsi, la Junte était trésorière de l'Espagne, et les avances des merchands de Cadix ne furent pas, bien entendu, mises en compte les dernières.» En su irritación contra la Junta llega el historiador alemán á calificar su patriotismo de *patriotisme juif*.

Nápier califica de *espíritu venal* el de la Junta.

no poco las censuras de que á su vez se hizo objeto entre los defensores de la patria.

Preparativos de defensa en Cádiz.

La entrada de Alburquerque en la Isla, salvadora como hemos visto, se significó desde el primer momento por la actividad con que aquel general ilustre emprendió trabajos de defensa en que no se había pensado hasta entonces. Ya había practicado el general Castaños un reconocimiento de las fortificaciones de la plaza y de las posiciones más importantes de la Isla, encontrando tales deficiencias como la de hallarse el puente de Zuazo vigilado por sólo un inválido. Esa revista, pesando, sin duda, en el ánimo del General Regente, había influido en el de sus colegas para la admisión, siempre tan repugnada por la Central y la nación entera, de tropas inglesas para la defensa de Cádiz. Las circunstancias apremiaban; se sabía la ocupación de Sevilla por los franceses; no se podían calcular con exactitud la llegada del ejército de Extremadura ni la influencia que podría ejercer; y el Gobierno, temiendo la inmediata presentación de los imperiales en las avenidas de la Isla, decidió acceder á la solicitud del marqués de Wellesley para que, si no en la plaza, se admitiese en sus inmediaciones una fuerza inglesa que rechazara los primeros ataques, ya inminentes, del invasor (1). Y cuando José Napoleón asomaba al cerro

Guarnición de ingleses en la Isla.

(1) D. Adolfo de Castro estampa en su libro de Cádiz los párrafos siguientes: «En medio del conflicto que á Cádiz se prepara, el marqués de Wellesley y varios generales ingleses solicitan que para salvar á está ciudad se permita el desembarco de tropas británicas y se les confíe su guarnición y defensa. La Junta de Gobierno oye con prevención estas instancias: teme por Cádiz; recuerda cómo los ingleses se apoderaron de la plaza de Gibraltar, y para no ofender á los aliados con sospechas de deslealtad, va entreteniendo sus esperanzas. Pero no dan

de Santa Ana, pudo distinguir los uniformes rojos de nuestros aliados brillando al sol en las nuevas fortificaciones levantadas por Alburquerque y en el castillo de Matagorda, confiado también á su custodia. Los ingleses no saben, sin embargo, hacer las cosas á medias; y, como de la guarnición de varias de las posiciones de la Isla, se encargaron de la de Ceuta, plaza que les pareció no debía quedar entregada á la chusma de presidiarios recogidos en ella. La Regencia en el grande apuro en que se miraba creyó que no era prudente rehusar el ofrecimiento que se la hacía, y el general Colin Campbell, gobernador á la sazón de Gibraltar, unió á la perseverancia de sus negociaciones, como dice Nápier, una actividad singular para guarnecer inmediatamente la plaza del litoral africano que tenía enfrente. Y gracias si se hubiera satisfecho con éso; porque á la vez hacía demoler la línea fortificada de San Roque y todos los fuertes y baterías que se habían levantado en Algeciras antes y después del famoso asedio de Gibraltar (1).

---

treguas el peligro y la impaciencia de los ingleses. Al fin el Marqués de Wellesley dice á los de la Junta: «Está visto: Cádiz quiere sucumbir á los franceses no teniendo fuerzas bastantes para su defensa. Pues Cádiz se obstina, nos retiraremos para no presenciar el espectáculo de que ante nosotros los franceses se apoderen de esta ciudad.»

»Uno de los miembros de la Junta responde con estas palabras al embajador británico: «Si V. E. no tiene buque que los lleve inmediatamente á Londres, puede V. E. mañana mismo disponer del navío *San Pablo.*»

»El general Castaños conoce la razón de la Junta; pero prudentemente quiere evitar el desacuerdo con los ingleses. Ofrece á éstos la defensa de las fortificaciones de la Isla de León y del castillo de Matagorda.»

(1) Véase cómo lo explica Napier. «El interés presente y futuro de la Inglaterra, dice, reclamaba aquellas medidas, sobre todo la primera (la demolición de la Línea) que dejaría

Medidas defensivas de Alburquerque.

Con malos comienzos se presentaba, pues, la Regencia á los ojos de quienes, amaestrados por la Central, creían rebajada la dignidad de la nación con meter tropas extranjeras en plazas españolas que, teniendo expedito el camino del mar, podrían ser en cualquier ocasión provistas y reforzadas. Y vino á demostrar la ninguna necesidad del socorro de los britanos la defensa ejecutada antes de su arribo por el duque de Alburquerque. Si allí se da poca importancia á la Isla y se concentra la atención toda en defender el recinto de la plaza, reconstruyendo con notables mejoras la llamada *Cortadura* línea de fortificaciones de mar á mar que ha de incomunicar á Cádiz con su Isla, el Duque, con mayor previsión y superior acierto, piensa que con los medios de que puede disponer el ejército francés en breve plazo, una vez dueño de San Fernando, derrumbaría muy pronto cuantos obstáculos pudiera oponerle una fortaleza, terrestre, de ese modo, y sometida, así también, á las leyes de destrucción de la poliorcética moderna. Busca, pues, en el perímetro de la Isla, el modo de cerrar al enemigo su acceso, acorde

---

despejada la vecindad de la fortaleza y daba un buen puerto. Gibraltar tenía entonces una población mixta y no benévola de más de doce mil almas y por dos millones de esterlinas en mercancías que un bombardeo podía destruir. Ceuta no tenía otra guarnición que de soldados castigados, la ciudad estaba llena de presidiarios; sus obras, abandonadas desde hacía mucho tiempo y con provisiones tan sólo para seis días, estaban á merced de los primeros mil franceses que pudieran cruzar el estrecho; y su posesión hubiera sido útil al enemigo, sobre todo para proporcionarse víveres de la costa de Berbería en que sus emisarios trabajaban con actividad.»

Lo de cruzar el estrecho junto á Gibraltar, en cuya bahía anclaba siempre una fuerte escuadra inglesa, es para hacer reir al hombre más hipocondriaco del mundo aun cuando fuese hijo de la nebulosa Albión.

en eso, al parecer, con el general Castaños, que días antes lo recorría, algo más experto en achaque de las cosas militares que los comerciantes de la Junta gaditana. La topografía, que más tarde describiremos, de las inmediaciones y avenidas de la Isla puede ser aprovechada con gran fruto por los defensores; existen en ella establecimientos que, como el de la Carraca y San Fernando, merecen ponerse á cubierto de la ocupación enemiga; el no utilizar aquella y abandonar éstos sería insigne torpeza; y antes de verse obligado á ello, si tal caso llegaba, era necesario hacer todo género de sacrificios para evitarlo.

Así lo entendía el Duque; y una vez en la Isla y nombrado Capitán general, gobernador y presidente de la Junta de Cádiz, se esmeró en estudiar el terreno, establecer un plan de defensa, comenzar varias fortificaciones y guarnecer la línea de modo que así pudiera mantenerla contra los enemigos como tomar en ocasiones favorables la ofensiva sobre ellos (1). Los pantanos inmediatos los caños que sirven para la Marina y las famosas salinas impiden el acceso al borde de la Isla á las tropas en formaciones de combate; y sólo dejan el paso libre por la gran carretera de Chiclana por donde penetró el ejército de Alburquerque; y aun cuando los franceses de Víctor trataron de utilizarla para acercarse á la ría de Sancti Petri, cuyo puente, el de Zuazo, había sido roto después de utilizado por las tropas españolas, el Duque los rechazó una y más veces hasta convencerlos de su impotencia

(1) Su antecesor el general Venegas fué nombrado virrey de Méjico.

de penetrar en posición tan gallardamente defendida.

Ayudábanle la Regencia con el patriotismo que es de suponer en sus ilustres miembros, y la Junta, muy luego lo demostró, más por deber que por simpatías á su presidente: el pueblo comenzó muy pronto también á ofrecer el espectáculo, tan frecuente en España, de una abnegación que si no puede compararse con la de los zaragozanos y gerundenses, merecerá siempre el elogio de la posteridad.

No tardará en presentarse la ocasión de recordar con los más minuciosos pormenores los servicios del vecindario de Cádiz junto á los del ejército español y de las tropas aliadas en el célebre asedio de dos años y medio, que fué quizás el incentivo mayor para reconstituir las leyes patrias y, con ellas, proporcionar á España la doble corona, militar y cívica, que representa desde entonces su regeneración política.

Viaje de José Napoleón.

Entretanto José Napoleón, impaciente, como ya hemos dicho, por regresar á Madrid, á donde le llaman sus aduladores ofreciéndole el triunfo por su brillante campaña, emprendió la marcha, aunque desviándose del camino recto para visitar las principales poblaciones de su nueva conquista (1). El 25 de febrero se trasladaba á Jerez para encaminarse desde allí, á caballo, á Ronda, de donde escribía el dos de mayo á su hermano una tristísima carta, lamentándose de las órdenes que acababa de pasar Napoleón á los mariscales, jefes de sus ejércitos en España, para la administración de los distritos en que operaban.

(1) Du Casse dice que hizo aquel viaje para atenuar la influencia que trataba de recobrar la Regencia en las provincias del Mediodía.

A su paso por Arcos y Zahara había mandado organizar algunas fuerzas de la guardia cívica, lo mismo que luego en Ronda; fuerzas que fueron como el gérmen de las guerrillas *josefinas* que sólo en Andalucía lograron mantenerse algún tiempo á pesar de los esfuerzos y el ejemplo, sobre todo, de los famosos alcaldes de Montellano y de Otivar que, con otros que también señalaremos más adelante, se sacrificaban heróicamente por la causa nacional. El día 4 se hallaba en Málaga *con la más robusta salud,* según decía la *Gaceta, á pesar de las increíbles fatigas del penoso viaje que acababa de hacer*, entrando rodeado de varias diputaciones y del ayuntamiento y seguido de su guardia. Un repique general de campanas, las salvas de la artillería, los vítores y aplausos de los más acalorados partidarios suyos y el ondear de los blancos pañuelos de las damas en los balcones, le satisficieron de tal manera que, lleno de alborozo, aclamó, á su vez, á los habitantes de Málaga por *la gente más civilizada que había visto* (1).

Es inútil decir que en Málaga, como en cuantas poblaciones visitó, hizo todo género de esfuerzos por captarse las voluntades de los habitantes, ya prometiendo fomentar las obras públicas comenzadas ó en proyecto, ya derramando á manos llenas la condecoración de la Orden de España, por él instituída, ya asistiendo

---

(1) Se había publicado un bando imponiendo pena de una gran multa y cárcel á todos los vecinos de las casas por donde pasase el Rey que no las tuvieran abiertas y con las señoras en los balcones dando vivas y echando flores. El Doctor M. dice que las señoras todas, por no decir *viva* meneaban los pañuelos. Del pueblo, añade, que sólo le vitoreaban los charranes; el resto se calló y si abrió la boca fué para maldecirle é injuriarle.

á cuantas fiestas y convites se le ofrecían, donde no escaseaba palabras, ademanes y promesas para atraerse las simpatías de los asistentes. Y no fueron las señoras las menos favorecidas, pues el día 5 hizo citar á las más principales de la ciudad, enterándose por ellas, particular y colectivamente, de la clase á que pertenecían sus maridos y la situación en que podrían verse por razón de las circunstancias que atravesaba la nación (1).

Desde aquella ciudad hizo una breve excursión á Vélez-Málaga el 9; y el 13 se dirigía á Antequera, Loja y Granada, donde entró el 16 después de pasar bajo un arco triunfal levantado en el sitio mismo en que Boabdil entregó á los Reyes Católicos las llaves del último baluarte de la morisma en España. También se las entregaron á él ante el mariscal Soult, Sebastiani, el Ayuntamiento, la Chancillería, el Cabildo, la Universidad y algunos de los principales personajes de Granada que si recordaban por sus títulos y apellidos aquellos célebres paladines que rodeaban á la noble Reina, orgullo y gloria de la monarquía castellana, no la inmortal hazaña que acababan de ejecutar ni su valor, su lealtad y patriotismo. Allí pasó el rey Intruso seis días, celebrados con la mayor pompa posible en toda la ciudad y principalmente en la catedral y su real capilla, donde oraría al pie de aquellos sepulcros venerandos que encierran los restos de Fernando é Isabel, *sus predecesores*. Diputaciones de Guadix, de Jaén, de Motril y Baza, de cuantos puntos no podría visitar por apartados de su camino, fueron en aquel día á rendir-

(1) No quedaría poco complacido de su audiencia por lo que dicen de las malagueñas Bory de Saint Vincent en su Guía y el general Bigarré en sus Memorias.

le pleito homenaje, contestando el Rey á sus discursos con los que siempre le dictaban su reconocido buen juicio y el deseo de mostrarse con todos benévolo y agradable. «Si pudiesen reunirse, decía el cronista de su viaje, las ideas luminosas que S. M. esparció en los varios discursos que el día 19 dirigió á las diferentes diputaciones, formarían el más brillante epílogo de política» (1). Sus providencias en aquel viaje son infinitas. Se había propuesto, ya que Andalucía no se le mostraba lo hostil que las demás provincias, librarla de la acción de un gobierno que tan próximo se hallaba y que haría, en cuanto las circunstancias se lo permitiesen, de sus campos el teatro de la resistencia más eficaz y por el pronto de una propaganda activa que ya empezaban á ejercer algunas partidas precursoras de las tan influyentes de Castilla, Aragón, Cataluña y Navarra en la opinión pública, soliviantada en aquellos distritos hasta el último grado. Iba, pues, por todas partes organizando la milicia cívica, ya en regimientos, ya en batallones ó compañías según el vecindario de cada población, proporcionándola, en lo posible, armamento y ofreciéndole, además del estímulo de las recompensas, recursos para fortificarse en las localidades respectivas. Y buena falta hacía; porque ya asomaban las que los delegados josefinos calificaron, primero, de partidas de contrabandistas sin otro objeto

(1) Ese cronista debió ser el canónigo de Toledo Estala, que en el tomo anterior dijimos había creado *El Imparcial* en Madrid, porque aparece en Málaga estableciendo un periódico cuya redacción hubo de encomendar á otro por seguir él á José Napoleón en su viaje de vuelta á la corte. Todas las correspondencias de la *Gaceta* parecen de una mano y ésa es, de seguro, la del Director de *El Imparcial*.

que el del lucro y, después, de ladrones, dedicadas al robo; ya asomaban, repetimos, por la Serranía de Ronda, las Alpujarras y la Sierra de Córdoba aclamando al Rey legítimo y la independencia patria.

Ayudábanle, no hay para qué negarlo, en su empresa de pacificación los ministros españoles que le acompañaban y, entre ellos principalmente, el marqués de Almenara, ministro plenipotenciario que era en Constantinopla al tiempo de la sublevación española y que, al volver á la Península á principios de 1809, creyó equivocadamente que, no en el campo de la insurrección, sino en el de sus enemigos estaban los verdaderos intereses y la conveniencia de la patria. Desempeñaba en el Gobierno de José Napoleón el Ministerio de la Gobernación, distinguiéndose por su templanza en las cuestiones políticas y por su mediación para evitar las violencias á que comunmente se entregaban los más furiosos partidarios de la causa extranjera, los generales franceses, sobre todo, afectos naturalmente á los procedimientos de la fuerza y del terror. En Ronda logró del Rey el indulto de varios infelices que la furia de las autoridades francesas había, sin causa para ello, destinado á la horca; en Málaga consiguió el perdón de los últimos cuatro millones de la contribución impuesta por Sebastiani, anuló secuestros anteriormente dispuestos por aquella misma autoridad, y allí y en Granada y en todas partes se mostró el protector más decidido de los pueblos, víctimas de la avaricia francesa (1).

(1) Entre los sentenciados á muerte en Ronda se hallaban Fray Miguel González y dos vecinos de Atajate, y Antonio García, á quien un ayudante del Intruso había aprehendido en su

Lo mismo que en Málaga y Granada, hizo el Rey José en Jaén y Córdoba, en que volvió á presentarse el 6 de abril, pasando en el momento de su llegada una detenida revista á la guardia cívica en el patio del palacio en que se alojó, y á las *compañías francas* recientemente creadas para la persecución de los que, como ya hemos dicho, eran allí como en el resto de España calificados de bandidos, ladrones y asesinos. Como en Granada la Alhambra, que mandó restaurar con las rentas de la corona, y antes en Sevilla, al restituir su antiguo nombre á Itálica y destinar fondos para nuevas excavaciones, fué en Córdoba objeto de su solicitud cuanto monumento notable encerraba una

---

casa una escopeta, crimen horrendo por el que se le quería ajusticiar.

Cuenta el Doctor M. que habiende Sebastiani echado en cara al Marqués, en Granada, el haber dado licencia para la publicación en Málaga de un Manifiesto de lo sucedido cuando la entrada y el saqueo de los franceses en aquella ciudad, y eso rodeado de su Estado Mayor, le buscó Almenara en la corte aquel mismo día «y le dijo que era un collón (así), que sólo se atrevía á hablar delante de su tropa; que si se decía que había sufrido Málaga un saqueo era porque una verdad tan manifiesta y un hecho tan público no debían ocultarse; que si se comprometía su honor, que no lo hubiese permitido, pues no se había de tener ese miramiento quando él tenía las talegas que le había producido (el saqueo) en sus cofres; y por último que si se encontraba agrabiado, que él estaba muy pronto á darle satisfacción con la espada y que saliese». «No trató de eso Sebastiani» añade el manuscrito; y que «sabido por el Rey Pepe el disgusto de Almenara y Sebastiani, los llamó y amistó, á lo que se avino éste á el instante dando un gran convite á Almenara».

La cosa es fuerte para, contada así, ser fácilmente creída, porque Sebastiani tenía dadas muchas pruebas de valor en su ya larga carrera. Pero que tuviera lugar la reyerta y que Almenara le reprochase duramente su conducta, rapaz hasta lo inverosímil, es muy probable porque en la información justificativa del Marqués se hace mención por diferentes testigos, muchos de ellos de excepción, de su celo *por reprimir la licencia militar y por oponerse á la insaciable codicia de los mariscales*, citando en alguna ocasión al mismo Sebastiani.

ciudad que, habiendo sido capital del Califato, debía encerrar tantos y tan notables. Continuaban también allí llegando diputaciones de los pueblos no visitados por el Intruso protestando de su fidelidad y sumisión; y á todas, como á las autoridades y á cuantas personas notables se le acercaban, seguía ofreciendo olvido de lo pasado y su constante celo por la religión y la integridad de la patria (1). Sus deseos se veia que eran excelentes y sus ofrecimientos sinceros: pesaba, sin embargo, sobre España un poder más alto y una voluntad cuyas manifestaciones aparecían tan súbita como impensadamente. Mientras el Rey José trabajaba con un ahinco laudable por asimilarse á los andaluces, sembrando, ya que el terreno se le mostraba fecundo, halagos y promesas, entre las que consideraba como las más capaces de producir frutos ópimos la de la independencia nacional y la de la integridad del territorio

(1) Rosseeuw Saint Hilaire describe así aquel viaje del Intruso: «José, entretanto, paseaba su pompa de una ciudad á otra de su nueva provincia, prodigando en todas las sonrisas y haciendo promesas bellísimas que se traducían en contribuciones de guerra y en impuestos. En todas partes se esforzaba por agrupar en su derredor algunos pocos partidarios que le llevaban el interés ó el cansancio de la guerra, y creía de buena fe que le sería tan fácil la conquista de toda España como la de las provincias meridionales, siempre abiertas á la invasión desde la de los fenicios á la de los vándalos. Siquiera hubiese caido en su poder Cádiz, si se hubiera conseguido cerrar una puerta más á los ingleses para entrar en la Península, aquella expedición de Andalucía, que el Emperador no se había dignado aprobar ni prohibir, habría hallado gracia á sus ojos; pero los resultados no alcanzarían á disipar sus recelos. ¿Qué quedaría de todas aquellas paradas teatrales, paseos por ciudades abiertas que se cerrarían bien pronto á sus huéspedes de un día? Nada. ¡El primer soplo de insurrección bastaría para barrer todas aquellas pretendidas conquistas, cuyo único resultado era tiempo perdido, algunas contribuciones de guerra impuestas aquí y allí, y operaciones militares más serias, descuidadas por una parada!».

patrio, en París se forjaba el rayo que habría de destruir cuantas esperanzas é ilusiones pudieran aquéllas despertar.

Ordenes de Napoleón sobre el gobierno de algunas provincias.

Desde los primeros días de febrero se ve al Emperador Napoleón dictando disposiciones para quitar á su hermano el mando de los ejércitos franceses que operaban en España y la administración de las provincias más próximas al Ebro, que, desde entonces, vienen á quedar como únicamente dependientes de los generales en jefe imperiales. Se camina visiblemente en París á la anexión de todas ellas al imperio napoleónico. El 8 de aquel mes se manda decir á los generales Suchet, Dufour, Thiebault, Bonnet, Kellermann y Ney que en adelante no cuenten con fondos de Francia para el sostenimiento de sus tropas que deben vivir sobre los respectivos países en que operan, Aragón, Navarra, Asturias, León y Salamanca. El 12 disuelve la división Reynier; agrega la brigada Montmarie al tercer cuerpo; divide la brigada Valentín en dos para unirlas al 6.° y á la división Bonnet, y destina la brigada Lamartinière provisionalmente á Burgos; mantiene, por fin, en Vitoria seis batallones auxiliares, enviados allí en espectativa de las grandes operaciones que se disponen para la campaña próxima de Portugal. El día 21 previene al duque de Castiglione que se dirija sobre Lérida á unirse al tercer cuerpo y dar actividad y energía á las operaciones de la guerra; le prohibe obedecer las órdenes del rey José, puesto que el séptimo que manda no pertenece al ejército de España sino al de Cataluña, donde debe montar una administración propia, aunque provisional, y enarbolar, en vez de la bandera española, la francesa y catalana sin permitir comunicación al-

guna entre los habitantes y el Rey. Aquel mismo día hace escribir á Suchet que, considerando á Aragón en estado de sitio, impida toda relación entre sus administrados y el Gobierno de Madrid; «porque antes de que los ministros del Rey ejerzan influencia en el país, es preciso que mis tropas estén pagadas y tengan cuanto les sea necesario, y porque, *además, hay partes de Aragón que son indispensables para la seguridad de la Francia.*» Al duque de Elchingen le hace decir que no opere hacia Madrid sin orden del Emperador, que debe atender á la guarda de sus fronteras y á la reconquista de Portugal *con un interés distinto del que pudieran tener los ministros españoles.* El 28, por último ahora, anuncia al general Thouvenot los refuerzos que envía á España y la distribución que hace de las tropas establecidas cerca de la frontera, en Navarra, Provincias Vascongadas y Logroño; manifestándole que, así, no pueden faltarle, y que «debe prever que las medidas que ha tomado podrán ser desagradables á los ministros del Rey, pero que eso no debe impedirle el seguir adelante con ellas, siempre alegando las órdenes del Emperador» (1).

Esto bastaba para comprender el estado de ánimo en que se hallaría el Emperador respecto al Gobierno de España; y el Intruso, al recibir los despachos en que se daban á conocer tan violentas y arbitrarias providencias, dispuso que Azanza, creado Duque de Santa Fe y Toisón de Oro, se trasladase inmediatamente á

(1) Estas noticias están sacadas de la correspondencia de Napoleón, como lo serán las posteriores mucho más graves, pero que no queremos anticipar como algunos historiadores, creyendo dar más unidad á un asunto verdaderamente vital para la España *josefina*, si es permitido decirse así.

París con la misión ostensible de felicitar á Napoleón por su enlace con la archiduquesa María Luisa y la secreta de hacer revocar aquellas órdenes. En España estuvieron reservadas como quería Napoleón y había recomendado á sus generales. Más interés tenía en eso José que el mismo Emperador, puesto que su descubrimiento le perjudicaría tanto en la opinión de los españoles que escuchaban promesas tan opuestas de los labios de su nuevo soberano (1).

Pero el efecto fué terrible: no hay más que leer la obra de Ducasse para comprenderlo. «José, dice, no pudo disimularse las consecuencias enormes y funestas de tal medida. Su autoridad se veía anulada, todo su anhelo por hacer bien y por atraerse sus vasallos, todas sus promesas de independencia para la patria y la integridad del territorio podían resultar ilusorias de un momento á otro. Los españoles se sublevarían por todas partes, creyendo amenazada de nuevo su independencia; y las llagas que principiaban á cicatrizarse en algunos puntos del reino llegarían á abrirse más y más.»

**Habilidades de José para neutralizarlas.**

Ya en Córdoba, sea por esas mismas noticias ó por las que recibiera de Cádiz, resolvió volver á Sevilla; si por las de París, para conocer la opinión del ejército de Andalucía y la de sus generales sobre todo; si por las de la isla gaditana, para dar impulso á los trabajos del sitio de una plaza sin cuya conquista quedaba

(1) El Emperador hacía decir á Suchet que era inútil el dejar que se transpirase nada de aquellas órdenes, y que, á todo lo peor, si el Rey le daba otras, quedaba autorizado para declarar que el mandaba en jefe en Aragón y que sólo dependía de S. M. I.

como manca la campaña, tan feliz hasta entonces. El 12 se hallaba en Sevilla; y, sin descansar puede decirse, dedicóse á la consolidación de su obra con medidas, así administrativas como militares.

Precisamente en aquellos días, el 27 de abril, falleció á su lado el ministro en que más confianza debía tener para aconsejarse en el estudio y aplicación de las primeras, el conde de Cabarrús. Aunque francés, puesto que había nacido en Bayona el año 1752, se había hecho español desde muy joven, elevándose rápidamente á los más altos cargos de nuestra administración por su relevante mérito y grandes servicios. Los más recomendables los prestó en el ramo de Hacienda pública restableciendo el crédito de nuestro país cuando la guerra de independencia en la América del Norte; como consejero, creando el banco de San Carlos y la compañía de comercio en las Islas Filipinas, como ministro plenipotenciario, en el Congreso de Rastadt en 1797 y desempeñando varias misiones importantes en Francia y Holanda, con sus obras, por fin, sobre intereses materiales, los más importantes para la prosperidad de nuestra patria.

Su origen principalmente y, acaso, su amistad con Godoy le arrastraron á la causa de José Napoleón y á servirle personalmente como ministro de Hacienda, puesto en que, como decía un patriota conocido suyo, «si no hizo el bien, tampoco hizo el mal que pudo.»

Aquellas medidas, así administrativas como militares, que dictó el Intruso, aun tomadas en consejo de ministros y, de consiguiente, meditadas, disgustaron mucho á Napoleón al verlas estampadas en la *Gaceta de Madrid*. La creación, particularmente, de la

Milicia cívica le irritó sobre manera; que lo que para José era una garantía de orden y comprometía más á los andaluces por su causa, la organización en aquellos reinos de varios regimientos y batallones y compañías sueltas á que brindaba la buena disposición de la mayor parte de las poblaciones, parecía á Napoleón nuevo germen de insurrecciones y pábulo para más tenaz y larga resistencia á las armas francesas (1). Se conoce, sin embargo, que José vacilaba en sus determinaciones por lo mismo que temía no mereciesen la aprobación del Emperador; y suponiendo que cuanto más lejos se mantuviese de Madrid, menos podría impedir la independencia en que las órdenes del Emperador constituían á sus generales, se puso, sin anunciarlo siquiera, en marcha, lo más precipitada posible, para la capital del reino, donde entraba el 13 de mayo sin anuncio alguno, frustrando, como decía la *Gaceta* del 15, á

(1) La creación de la Milicia cívica por el real decreto de 20 de julio, recibió en Andalucía un desarrollo extraordinario. El decreto de 15 de abril se dirigía á la organización en Sevilla de dos batallones, de á 10 compañías, en cada uno de los cuatro cuarteles en que estaba dividida la ciudad. El del 19 del mismo mes disponía que se formase sin dilación alguna en toda municipalidad en que no se hallase todavía establecida; y el 20 se les dió á todos los cuerpos de aquel instituto un reglamento especial para su servicio. Hay que decir que la Milicia cívica se componía principalmente de empleados que llevaba á las filas el miedo de perder su destino. Después se amplió su organización en Madrid hasta la de 10.000 hombres, haciendo matrículas forzadas con la sola exclusión de los transeuntes, jornaleros y criados de servicio. Excusado es el manifestar que la creación de la milicia cívica, en las provincias sobre todo, no hizo sino dar hombres al ejército español y más aún á las partidas de guerrilla.

También el 20 expidió José un decreto organizando cuatro regimientos de infantería de línea, los 5.º, 6.º, 7.º y 8.º, con la denominación de Sevilla, Granada, Córdoba y Jaén, y la de otros cuatro con los números siguientes y el nombre de Infante y los de Ciudad Real, Alcázar de San Juan y Toledo, que se

los buenos ciudadanos en sus deseos é inutilizando los preparativos de arcos de triunfo que empezaban desde media legua antes de Madrid (1).

Tan preocupado debía estar con las órdenes del Emperador, de que recibió un duplicado á los pocos días

---

reclutarían en la Mancha y Toledo. Para esa organización se había también expedido otro decreto reconociendo los años de servicio y los empleos á los soldados, cabos y sargentos que, dispersos de nuestros ejércitos, se presentasen á los jefes josefinos, ascendiéndolos si lo hacían con cierto número de soldados de igual procedencia. Y estampamos á continuación el despacho dirigido á Berthier el 8 de abril en que Napoleón condena esa providencia de su hermano.

Dice así: «Haced saber al rey de España que no apruebo el decreto por el que toma á su servicio á los desertores con los grados que les ha dado la Junta. En la orden del día que ha publicado con ese objeto hallo debilidad y falta de sentido político, porque es dar á la moneda falsa de la Junta un valor real y anunciar que los grados concedidos por la Junta serán como si se los hubiera dado el Rey; que es una inconveniencia dar grados superiores á los desertores, hombres sin honor, y en fin á los corifeos del partido: que esa medida es antipolítica y que la desapruebo; que jamás consentiré que se vea en los ejércitos españoles y sirviendo con nuestras tropas á hombres cubiertos con su sangre.»

Despacho núm. 16.228 de la correspondencia de Napoleón.

(1) El Ayuntamiento había hecho derribar la puerta de Toledo para elevar allí una nueva con figuras é inscripciones alegóricas á la conquista de Andalucía. El general Belliard alzó frente á su alojamiento, en la casa de los condes de Oñate, otro arco, todo él de ramaje y de muy mal gusto. En las casas Consistoriales se prepararon los salones con lienzos pintados, alusivos también á la entrada de José en las capitales andaluzas.

Pero ya que no pudieron utilizarse estos preparativos en la vuelta de José á Madrid, se aprovecharon para la fiesta del día 22 en que se celebraron los de la reina Julia, su mujer. Formó en el Prado la guarnición con 400 cívicos (cuyos fusiles no llevaban piedra y en cuyas cartucheras no iban cartuchos) y recibió al Rey, que fué por la ronda y la puerta de Atocha, dirigiéndose, después de la revista, por la calle de Alcalá y el arco de Belliard al Palacio Real. Por la noche hubo recepción de señoras en la corte, y al día siguiente un gran baile en el Ayuntamiento á que asistió el Rey aun que por corto rato. El relato de la parada con el séquito popular del Rey, las coplas que se le cantaron y la iluminación de la villa por la noche, no harían sino mover á risa á nuestros lectores.

de su llegada á Madrid, que en seguida se dedicó á continuar la obra, comenzada en Sevilla, de desvirtuar aquellas providencias con otras que parecieran resultado de anteriores y muy meditados pensamientos. Por real decreto de 17 de abril se divide España, para el gobierno civil, en 38 prefecturas, divididas, á su vez, en subprefecturas y éstas en municipalidades, para las que se señalan los límites en un plan geográfico, todo él puntualizado en aquella soberana disposición. Y como esas prefecturas comprendían el territorio todo español de la Península, estaban entre ellas las provincias que Napoleón había mandado administrar á sus generales. Habrían, pues, de luchar unas y otras autoridades entre sí, las delegadas por el rey José y las delegadas por el Emperador, con resultados que cualquiera comprende serían en descrédito de las primeras. ¿Qué papel habían de hacer aquellos prefectos en distritos declarados en estado de sitio, ni sus subalternos proporcionalmente ante los generales encargados, como ellos, del mantenimiento del orden público, de la consignación y recaudación de las contribuciones por cuenta del ejército francés, y, además, de las operaciones de la guerra?

Los gobiernos creados por el Emperador eran: 1.°, el de Cataluña, que sería administrado por el mariscal Macdonald, duque de Tarento, que acababa de relevar al mariscal Augereau; 2.°, el de Aragón con el general Suchet por gobernador; 3.°, el de Navarra con el general Dufour que, por no haber dado gusto á su amo y señor, fué muy pronto relevado por el general Reille, tan conocido de nuestros lectores por sus campañas en Cataluña; 4.°, el de las Provincias Vascongadas con Thouvenot, uno

de los que José tenía entre ojos por su tiránica conducta; 5.°, el de Burgos que se confió al general Dorsenne, recientemente llegado de Francia; y 6.°, el de Valladolid, Palencia y León encomendado al general Kellermann, á quien substituyó luego el de su misma graduación Seras, que también venía de Francia al frente de una fuerza que entraría en la combinación de las que destinaba Napoleón á la campaña de Portugal. Estos dos últimos gobiernos fueron creados posteriormente á los demás; dando, así, á entender que se aspiraba á la anexión de algunas provincias más que las de la izquierda del Ebro cuando se resolviese el ensanche del Imperio por el lado de la Península. Los gobernadores reunían la autoridad civil á la militar que tenían por el mando de las tropas francesas en su distrito; imponían, como ya hemos indicado, contribuciones á los pueblos, las cobraban y distribuían, con la facultad, además, de nombrar y destituir á los empleados españoles que sirvieran en el territorio de su administración.

Pero José hizo aún más; seis días después, el 23 de abril, se expedía también en Sevilla otro real decreto estableciendo en el mismo territorio peninsular quince divisiones militares en Madrid, Valencia, Zaragoza, Barcelona, Pamplona, Burgos, Vitoria, Astorga, Coruña, Valladolid, Cáceres, Sevilla, Málaga, Granada y Murcia. Como ahora las Capitanías generales abrazan varias provincias en sus distritos, las divisiones militares comprendían varias prefecturas, muchas de ellas, como si dijéramos, *in partibus infidelium*; no sólo en el concepto de mantenerse libres de la dominación francesa, sino en el de aparecer ya en el día del decreto acaparadas por el Emperador y regidas por sus mariscales.

Claro es que esos decretos eran así como una protesta, casi un reto al de Napoleón sobre la creación de los gobiernos militares; pero más todavía al de la organización de los ejércitos franceses en España, con la que el mando de armas del rey José quedaba reducido al de las existentes en Castilla la Nueva. Porque, según el decreto de 8 de febrero anterior, los ejércitos de Cataluña (7.° cuerpo), de Aragón (3.°), de Portugal (2.°, 6.° y 8.°) y de Andalucía (1.°, 4.° y 5.°), á las órdenes, respectivamente, de Macdonald, Suchet, Massena y Soult, serían independientes unos de otros y no acatarían otras disposiciones que las que directamente les dictara el Emperador. Estas fuerzas y las que luego conduciría el conde d'Erlon (9.° cuerpo) y dos divisiones de la Guardia que no tardarían en llegar, compondrían una masa total de 270.000 hombres de todas armas, con las que esperaba el Emperador hacerse dueño de toda la Península en aquel verano é imponer también su voluntad, tanto á su hermano como á los españoles, para la partición y destino del vasto territorio que tanto tiempo hacía pensaba en dominar (1).

Y ¿cómo resistir el deshecho huracán que comenzaba á descargar sobre la cabeza del infeliz José Napoleón?

Hubo, pues, de recurrir á otro expediente para mejor neutralizar las providencias de su hermano. Al crear las prefecturas, un sólo día después, se dispuso que cada prefecto hiciese formar las listas del vecindario de todos los pueblos de su demarcación. Y en el breve conside-

---

(1) «No sé qué haré de España», decía poco después al marqués de Almenara.

rando que precedía al articulado se decía: «Siendo necesario para la convocación de las Cortes, que han de celebrarse en el presente año, el conocimiento exacto de la población del Reino»... etc. La ocasión no podía ser más oportuna para hacer un censo de población: si los franceses habían logrado apoderarse de la mayor parte de las Andalucías, existían muchas provincias libres, como hemos dicho antes, de la dominación de sus ejércitos, y en las demás, en todas, no se ejercía sino en determinadas localidades, disputado el resto del territorio con una fuerza y un encarnizamiento que haría imposible todo género de operaciones estadísticas.

La constitución de Bayona prescribía, con efecto, la reunión de las Cortes una vez á lo menos cada tres años, y el de 1810 era el tercero de los en que José gobernaba á Madrid que era donde habrían de juntarse. Pero si aquellas Cortes serían, de haberse de celebrar, tan extrañas en su manera de constituirse y de discutir, según ya hemos hecho ver, ¿qué no serían en las desventuradas circunstancias en que se encontraba el aún más desventurado monarca que pretendía convocarlas? No era esa, sin embargo, la mayor dificultad: había otra superior á cuanto pudiera imaginar quien sólo se guiase por el estudio de aquella constitución y el del estado en que se hallaba España. José Napoleón y su hermano eran víctimas de la más extraordinaria de las alucinaciones; pensaban en nada menos que en atraerse á muchos si no á todos los que pronto serían diputados á las cortes de Cádiz y, ofreciéndoles la independencia de España y la integridad del territorio patrio, obtener de ellos que formaran parte de las cortes de Madrid para, con el rey francés, constituir el

país y sancionar la nueva monarquía. En otro capítulo veremos qué de ilusiones se hacía en ese punto el Intruso cuando, hallándose con un gobierno sólo nominal, sin súbditos ni soldados, envió á París al marqués de Almenara con la misión de recabar del Emperador que revocase las órdenes que había expedido sobre la organización de los ejércitos en España y la administración de las provincias por sus generales, la misma que había llevado antes el ministro Azanza desde Andalucía.

Lo que sucedió entretanto fué que el Emperador no vió en todos aquellos decretos de su hermano sino el propósito de contrariarle en la ejecución de sus grandiosos pensamientos, llegando en su cólera á amenazar con apropiarse la corona española ó devolverla á Don Fernando, de quien esperaba, con mayor sumisión, la cesión también del territorio con que pretendía redondear su soñado Imperio de Occidente.

**Consideraciones sobre la conquista de Andalucía.**

La invasión de Andalucía, si había ensanchado la esfera de acción de las armas francesas, inutilizaba en cambio un ejército de 80.000 hombres que Napoleón preferiría emplear en su proyecto favorito, el de arrojar á los ingleses de Portugal. No se había opuesto á los proyectos de su hermano, según hemos hecho observar al principio de este capítulo, aunque después lo dijera para exagerar la necesidad que sentía de aquellas fuerzas; pero el fracaso del mariscal Massena ante las líneas de Torres-Vedras, le sirvió para condenar más y más una campaña que sin la equivocación de Soult en Carmona y las dilaciones de Víctor, hubiera puesto nuestra patria á dos dedos de su total ruina. Es necesario cerrar los ojos á todo rayo de luz en el estu-

dio de aquella guerra, para no ver cuánto llegó á ensancharse la esfera de acción en el Gobierno del Intruso con la conquista de Andalucía, sin la cual y sin la ocupación de Galicia y Extremadura parecía empezarse entonces la grande obra iniciada, sin embargo, dos años antes. Así es que José la dió la importancia que merecía y nada más. Si los andaluces quedaron sorprendidos y, más que sorprendidos, admirados de la facilidad con que había sido salvado el que creían muro infranqueable de Sierra Morena, y la rapidez con que la invasión se había extendido hasta los confines más remotos de su provincia, no habían dejado tampoco de hacer efecto en lo interior de la monarquía, en donde hasta entonces se había creido hallarse paralizada la acción de los franceses por impotente, sin duda, para vencer del todo la resistencia de los castellanos. En Andalucía, aquella admiración había producido la sumisión inmediata, casi instantánea, del país; sólo la resistencia de Cádiz podría hacer salir á sus habitantes del estupor que les causara su vencimiento é impelerlos á distraer al enemigo de su empresa contra la ciudad hercúlea. En Madrid, la distancia había abultado el triunfo y muchos de los que, por lo menos, se mosban retraidos ó indiferentes, no vacilaron ya en rendirse al influjo de tamaño éxito y al de la gloria con que hubiera podido rodear la corona del vencedor (1).

(1) Se aumentó la Guardia Cívica en proporciones increibles hasta entonces, organizándose en 10 batallones mandados por personas de la grandeza más encopetada de España, ó próceres, de todos modos, de la mayor consideración é influjo en el pueblo de Madrid. No los nombraremos aquí por más que la *Gaceta* de aquellos días haya, estampándolos en sus columnas, pregonado á voz en grito sus títulos y apellidos.

No es, pues, extraño que el Intruso diera tanto valor á la campaña de Andalucía, elevando su mérito hasta á creerse, por ella, digno de tal hermano como el moderno César, irritadísimo, por el contrario, con tan presuntuosa y temeraria suposición. Menos extraño todavía el que pusiera todo su esmero en conservar tan preciada conquista, y en completarla si le fuese posible con hacerse dueño de Cádiz y aun de Gibraltar, la expugnación de cuya última plaza le congraciaría hasta lo sumo con sus nuevos súbditos.

Para lograrlo, estableció en su segunda permanencia en Sevilla un plan de ocupación y defensa que Soult se encargaría de realizar, ya que según las órdenes de Napoleón quedaría, tanto como de general en jefe del ejército del Mediodía de España, como de soberano de aquellas ricas provincias. Se destinó al sitio de Cádiz el primer cuerpo, compuesto, ya se sabe, de las divisiones, Leval, Ruffin y Villatte, y de la de dragones de reserva de Latour-Maubourg, á la que estaban unidos el quinto de cazadores á caballo y dos batallones de infantería para cubrir, según ya dijimos, la línea exterior del bloqueo desde la desembocadura del Guadalquivir á Sancti Petri. Víctor se había establecido en el Puerto de Santa María, centro de la línea en que sus tropas ocupaban, además de los puntos que se tenían por más propios para el ataque de la plaza, á Rota, Jerez, Puerto Real, Chiclana y Medina Sidonia donde estableció Latour Maubourg su cuartel divisionario.

El general Senarmont desde Sevilla y aprovechando el inmenso material de Artillería cogido allí, se encargó de formar el tren de sitio necesario, enviando con la premura posible los elementos de que había de componerse

á los fuertes y baterías que los ingenieros de Víctor iban levantando en su campo. Tenía á su disposición la maestranza que como la fundición de bronces, si habían sufrido algún desperfecto con los trastornos que sucedieron á la fuga de la Central, pronto se hallaron en estado de perfecto servicio, hasta el punto de poderse fundir y montar los después famosos obuses á la Villantrois, con que se bombardeó á Cádiz. No le faltarían ni pólvora, ya que abundaba el salitre en el suelo sevillano, ni municiones teniendo los plomos de Linares, ni bronce en fin, con los cobres de Riotinto de que podía abastecerse en abundancia. El abandono característico de los españoles había proporcionado al ejército francés cuantos recursos pudiera necesitar, sin que los trenes que hubieran, en otro caso, de mandarse de Madrid, tuviesen que exponerse á los riesgos de viaje tan largo por un país todo él infestado de enemigos.

El 4.° cuerpo, formado, como vimos al principio de la campaña, de una división de infantería polaca, de una brigada francesa de la misma arma y tres de Caballería, continuaría operando en el reino de Granada; estableciéndose Sebastiani, su general en jefe, en aquella capital, atento á lo que pudiera suceder en la parte de Guadix y Baza, por donde andaban los restos del ejército español del Centro, á las órdenes, ya de Blake, y en la Serranía de Ronda y las Alpujarras, teatro para entonces de las operaciones de varios partidarios que aparecieron en armas por aquellas asperezas.

El general Dessolles tendría reunida su división en Córdoba y Jaén, batiendo las inmediaciones para limpiarlas de los foragidos, como él llamaba en sus partes,

que ya se habían manifestado junto á Bujalance, Puente de Don Gonzalo y otros puntos próximos, contra los apasionados de José, y para mantener expeditas las comunicaciones con el ejército francés del Centro en el camino de Madrid.

El 5.°, finalmente, con dos regimientos de guarnición en Sevilla, tenía el resto de su fuerza, las divisiones Girard y Gazán y la brigada de caballería Beuregard, en los alrededores, y la mayor parte de ella por la parte de Extremadura, en que hemos visto á su general en jefe, el mariscal Mortier, buscar la unión con el 2.° cuerpo, de Reynier, y pretender de la guarnición de Badajoz se rindiese á tropas que no llevaban consigo un tren para sitiarla en regla y someterla.

El duque de Dalmacia atendería á todo desde Sevilla, su gran cuartel general; morada de delicias, más que de guerra y luchas, para él que la explotó en los dos años y medio que llegó á ocuparla, hasta hacer proverbial su fama de depredador de riquezas, especialmente de las artísticas, y acreditar la que ya gozaba de no detenerse ante obstáculo alguno para satisfacer sus concupiscencias de poder ó de oro, bien puestas de manifiesto en la campaña de Portugal.

Esta situación del ejército francés de ocupación en las Andalucías, hábil ó no, estaba impuesta por la marcha y las circunstancias de la invasión de aquellas provincias. La tranquilidad de los primeros momentos inspiró en el ánimo del Rey francés las ilusiones que le hemos visto forjarse de haber asegurado en sus sienes la corona española, que los castellanos tan reciamente le disputaban y que hacían siempre vacilar los

caprichos, para él inexplicables, de su hermano. Su conducta no pudo ser más humana ni atrayente, bien lo hemos visto en su viaje de Málaga, Granada y Córdoba; sus providencias fueron acertadas para el objeto que se había propuesto de una buena administración y en el concepto de ser cordialmente aceptado, según las manifestaciones de adhesión que en todas partes veía; pero el Emperador, por una parte, labrando su desprestigio con mermarle la autoridad que tan necesaria le era, y los mariscales, por otra, no obedeciendo sus órdenes y entregándose á todo género de violencias para con los pueblos, acabaron por hacerle tan extraño para aquel país como el día en que acometió la conquista.

Dice el alemán Schépeler en su magistral obra: «No parece sino que el rey José acompañó á los generales para hacer resaltar su conducta; porque si él procuraba atraerse á sus nuevos súbditos por la dulzura, los generales no veían en ellos sino corderos que les era conveniente esquilar. Contra lo prometido por José, los pueblos no llegaron á obtener la exención de tributos ni con reclamaciones ni con su voluntaria sumisión; les fué preciso rescatarlas con oro, y el secuestro de las propiedades inglesas fué motivo de opresión tan abundante como nuevo. Los satélites de Napoleón se hicieron ricos, y sólos José y su Gobierno quedaron pobres. Cualquiera representación de los mitros contra tan arbitraria conducta recibía esta respuesta: *Es necesario que el soldado viva; así lo quiere el Emperador*».

Y por añadidura, Napoleón contestaba á las quejas de Azanza con echar la culpa á su infeliz hermano y

decir que disipaba las rentas enriqueciendo á sus favoritos y admitiendo y ascendiendo á generales que para nada le hacían falta, pues el ejército francés, y sólo él, había hecho la conquista de España.

---

# CAPÍTULO II

## CAMPAÑA DE 1810

### En Asturias, Extremadura y Andalucía

**Preparativos de Napoleón.—Resolución de los españoles.—Campaña de Asturias.—Fuerzas españolas.—Porlier y sus proyectos.—Invade Bonnet á Asturias.—Entra en Oviedo.—Y lo evacua luego.—Acción de Pola de Siero.—Se reorganiza el ejército en el Nalón.—Combate del 19 de marzo y vuelta de los españoles á Oviedo.—Bonnet acomete de nuevo.—Situación del ejército y sus operaciones.—Los franceses rompen la línea del Nalón.—Y avanzan á la de Navia.—Sitio de Astorga.—Se presenta Loison ante la plaza.—Su gobernador y sus defensas.—Intimaciones á la plaza.—Tren de sitio.—Primeras operaciones.—Trabajos de sitio.—Situación de Astorga.—Llega Junot y da impulso á las obras.—Hace romper el fuego.—Nueva intimación rechazada también.—Asalto.—Capitulación.—En Extremadura.—El ejército español.—Intimación de Ney á Ciudad Rodrigo.—Operaciones de Reynier.—Las de Gazán.—Acción del Ronquillo.—La de Zalamea.—La de Barba de Puerco.—En Andalucía.—Reconquista de Ronda.—Ortiz de Zárate.—El Alcalde de Montellano.—Ataque á Tarifa.—Conducta de Soult.—El Alcalde de Otivar.—Ejército del Centro.—Invasión de Murcia.—En la cuenca del Guadalquivir.—Resumen.**

Preparativos de Napoleón.

En el tiempo transcurrido con la conquista de Andalucía por los franceses, los españoles de las demás provincias, valiéndose de la ausencia de los 60 ó 70.000 veteranos que habían realizado tan rápida y feliz campaña, se dedicaron á hostilizar á sus encarnizados enemigos con una tenacidad que dejaba atrás á la hasta entonces sostenida, con ser ésta ejemplo de valor y patriotismo nunca visto en otra parte ni superado después. La lucha entablada por nuestros compatriotas, simultá-

nea en las distintas regiones de la Península ocupadas por los imperiales, no sujetas, empero, ni mucho menos, á la autoridad del soberanó impuesto á España sino protestando de tan bárbaro atropello, hizo tener á muchos, y el primero á Napoleón, por imprudente y hasta infructuosa la invasión que á tan alto punto creía su hermano haber levantado su fama militar, ya que tenía por asegurada la de buen administrador, estadista y filósofo.

Porque si era verdad que el rey José había extendido la esfera de su acción al territorio más hermoso y feraz de la España peninsular y reclutado muchas voluntades, que él, ciertamente, ignoraría fuesen tan tornadizas, dejaba en pos de sí, al ocuparlo, un vacío que se apresurarían á invadir los que sólo cejaban ante el número y la disciplina de sus batallones. Era la lucha del viento en los frecuentes desequilibrios de la atmósfera; era, mejor aún, la de las olas del mar buscando su nivel, ya cediendo á la influencia irresistible de los astros, ya creciendo y atropellándose por inundar de nuevo el espacio perdido en sus periódicos y alternados esfuerzos y desfallecimientos.

Napoleón, sin embargo, dueño de atar y desatar los huracanes de la guerra sometidos á su imperio, seguía, por más de que en sus hipócritas arrebatos dejara sentir otra cosa á veces, seguía con el pensamiento de terminar la grande obra, tan meditadamente iniciada desde los comienzos de su fenomenal carrera; y no dejaría por mucho tiempo en el descanso y la inacción á los poderosos elementos con que le permitía contar su también extraordinaria fortuna. Y aunque parezca que debieran distraerle, por algunos días al menos, el pro-

yecto de su enlace con la archiduquesa María Luisa, que llevaba consigo su dolorosa separación de Josefina, los preparativos y las ceremonias, por fin, conque habría aquel de consagrarse, ahí están su correspondencia y los resultados militares de sus disposiciones para demostrar que, como él mismo decía, sujetaba siempre al cálculo los impulsos de su corazón (1). Vencedor del Austria y libre de toda otra preocupación en Europa que la de la guerra de España, natural era que á ella dirigiese sus cuidados; y si no la olvidaba en crisis tan laboriosas como la del revés de Essling, por ejemplo, no habría de hacerlo cuando la paz con el resto de la Europa continental le convidaba á terminar cuanto antes con la única resistencia que aún se le oponía, la de los españoles, tenidos por él en tan poco.

A los refuerzos enviados al emprenderse la campaña de Andalucía sucedieron inmediatamente varios otros: unos, para aumentar el ejército imperial de operaciones en España, los más, para completar los cuer-

(1) Ponemos aquí, por lo curiosos, el parte de su convenio de matrimonio á todos sus parientes y la contestación de José.

«París 23 fevrier 1810.—Monsieur mon Frère, le 7 fevrier, un contrat de mariage entre moi et l'archiduchesse Marie-Louise, fille de l'empereur d'Autriche, á été signé á Paris. J'apprends, au moment même, que les ratifications ont été échangées le 16 á Vienne. Je ne perds pas un moment à en faire part a Votre Majesté.—Napoleón».

«Monsieur mon Frère, contestó José, je reçois la letre de Votre Majesté Imperiale et Royale en date du 23 fevrier, par laquelle elle veut bien me faire part de son mariage avec l'archiduchesse Marie-Louise, fille de l'empereur d'Autriche. Votre Majesté connait l'intérêt que je prends á tout ce qui la regarde; j'espére qu'elle agréera mes sincéres felicitations. Sur ce, je prie Dieu, etc».

Y no hubo más comunicaciones sobre el asunto, porque los únicos á quienes dió Napoleón parte de su matrimonio, después del 2 de Abril, en que se efectuó, fueron Jerónimo y Elisa, y más tarde, el 22, Augusto, duque de Sajonia-Gotha.

pos que lo componían y ponerlos en el mejor pie posible de su organización. Desde principios de diciembre de 1809 se observan en Francia los preparativos de una gran campaña que, abrazando los territorios peninsulares donde la sublevación española tiene más vigor, y la portuguesa el apoyo de los ingleses, reduzca una y otra á someterse completamente á las miras del Emperador, alejando para siempre á su odiada enemiga, la Gran Bretaña, del teatro de la guerra, para no salir más de su inexpugnable guarida de la otra parte del Canal de la Mancha.

El príncipe de Neuchatel y de Wagram, mayor general del ejército de España, no descansa un momento de la tarea de, en cumplimiento de las órdenes que casi diariamente recibe de Napoleón, dictar las suyas para que de todos los puntos del Imperio se dirijan destacamentos que vengan á completar la fuerza orgánica de sus cuerpos respectivos, brigadas y divisiones que, estableciéndose en Burdeos y Bayona, se dispongan, armándose allí, además, é instruyéndose, á entrar en nuestro país, teatro de sus futuras operaciones. Ya son las brigadas Valentín y Lamartinière de la división Reynier, organizándose en Bayona, las que deben prepararse á operar en España en los primeros días de enero; ya la división Loison, en marcha para San Sebastián y Vitoria, la que, reuniendo y combinando fuerzas de unos y otros cuerpos de ejército, existentes en Madrid ó León, se establezca en Burgos en espera de nuevas órdenes; ya la 1.ª división de la Guardia imperial, que se hallaba en Chartres, quien se traslade á Burdeos con varios regimientos de caballería y las piezas que puedan corresponderle, dando, á la vez, igual destino á la divi-

sión Rivaud del 8.º cuerpo, que deberá hacer su marcha á cortas jornadas, y á la división Lagrange, cuya 1.ª brigada se encaminaba á Bayona; ya son los generales Augereau, Suchet y Junot, á quien se dirigen órdenes para levantar el bloqueo de Barcelona, destruir las guerrillas de Navarra y correr á Salamanca á unirse con Ney, como á Loison para que avance á Valladolid, á Bonnet para que se refuerce en Asturias y á Solignac para que reuna en Burgos otra división con tropas que están en marcha desde la frontera; ya, por fin, se expide el 11 de enero una instrucción muy detallada á que han de sujetarse todos los movimientos de las tropas francesas en nuestra patria. Y esto cuando están en plena ejecución las operaciones para la campaña de Andalucía y sin consideración á que se puedan perturbar ni mucho ni poco, y menos á la que se debe á un Rey, hermano suyo por añadidura, á quien nunca se nombra en tal derroche de órdenes é instrucciones, ni se le contesta en sus consultas, para después desautorizar sin responsabilidad de ningún género hasta sus éxitos (1).

Por no olvidar nada de lo tocante á la mejor organización de un ejército, que para sus intereses personales será de ocupación en las provincias que ya está en vías de adjudicarse, dispone Napoleón la entrada en España de 20 escuadrones de gendarmes, de los que 16 se establecerán, según sus números, en Irún, Herna-

---

(1) Para que pueda calcularse la autoridad que podría José ejercer sobre las tropas imperiales, damos en el apéndice número 3 la arriba mencionada instrucción del 11 de enero, muy instructiva, por otro lado, para conocer los preparativos de la campaña de 1810.

ni, Tolosa, entre Tolosa y Vitoria, en Vitoria, Miranda, Briviesca, Burgos, Lerma, Aranda, entre Aranda y Somosierra, Buitrago, Cabanillas, Alcobendas y Madrid, quedando los otros 4 de reserva en la línea ó en la misma capital, según fuere más conveniente. Porque el Emperador da una gran importancia á la comunicación de Somosierra por ser la más corta entre Francia y Madrid y la menos expuesta á las incursiones que pudieran verificarse desde Portugal. Por eso, dispone á la vez que se levante en Somosierra un fuerte con cuatro piezas y 300 infantes por guarnición, y se establezcan en Burgos, Aranda y Buitrago víveres suficientes; constituyendo, así, aquella línea en la de operaciones del ejército francés de España por fácilmente poderse interceptar la de Valladolid.

Ya Napoleón tenía todo eso previsto y lo había demostrado en 1808 al ordenar la construcción de aquel fuerte, olvidada después; pero no dejarían de sugerirle tan acertado pensamiento las campañas de John Moore y del duque del Parque, cuyo primer efecto, de haber resultado victoriosas, hubiera sido el de cortar las comunicaciones de Madrid con Francia.

Claro es que en esas permutas y combinaciones que disponía el Emperador con las tropas de sus ejércitos, habrían de entrar las auxiliares alemanas ó de Italia, de que echaba mano más de lo que pudiera interesar á sus respectivas naciones, escatimándolas, con todo, y cuanto le era dable, sus glorias (1). Y como

(1) Al mandar que se insertara en el *Moniteur* el extracto de los partes que le dirigían Loison y Solignac sobre operaciones suyas contra los guerrilleros, decía Napoleón á Berthier:

no eran las que menos bajas experimentaban, siendo de las primeras en combatir, aunque no fuese más que por la emulación que sentían en sus rozamientos con las imperiales, no eran tampoco las que menos necesitasen de refuerzos, siempre, por supuesto, de su misma nacionalidad. Así, pues, los regimientos de Baden, que operaban en España, los de Nassau y de Westphalia, fueron completados en el interior, como los italianos y los alemanes mismos, lo eran y lo habían sido en Cataluña durante el sitio de Gerona, tan mortífero para ellos.

De ese modo, y constituyendo los dos cuerpos de ejército de Ney y de Junot con la fuerza de 30 y 32.000 hombres para la invasión proyectada de Portugal por la frontera castellana, la Península volvió en febrero de 1810 á verse innundada de tropas que amenazaban dominarla rápida y completamente. Y, sin embargo, todavía veremos llegar nuevos y numerosos refuerzos, y con ellos al *niño mimado de la victoria,* á aquel mariscal, el más respetado hasta entonces de entre los tan famosos de Napoleón, y el más temido también de los enemigos de la Francia, á Massena, en fin, el de Rívoli, Zurich, Génova, Essling y Wagram.

**Resolución de los españoles.**

El miedo era lo único que no llegaba á España, acostumbrada hacía dos años á no medir las fuerzas del enemigo ni su propia flaqueza para, contando con

---

«Vous aurez soin que, dans ces notes, on ne prononce jamais le mot *Polonais* ou *Allemands.*»

Pero ¿qué hay en ésto de extraño si al mismo tiempo andaba negociando con el Emperador de Rusia la abolición del reino de Polonia, y si se rompieron las negociaciones fué por ser hasta humillante la convención, según se había redactado en San Petersburgo y firmó Caulaincourt sin previa consulta á Napoleón?

el cielo y la justicia de su causa, hacer rostro á cuantos peligros la amenazasen con la jactanciosa bravura y la incansable pertinacia de sus hijos. Y ciertamente que si la dirección dada á sus esfuerzos hubiera correspondido á la decisión conque los hacían, ni la conquista de Andalucía, ni el aumento extraordinario de las tropas imperiales, ni Soult, Ney ni Massena habrían logrado impedir el triunfo de los españoles en aquella primavera.

Vamos á demostrar tan, al parecer, arrogante y hasta temeraria aseveración, en el concepto de que ese triunfo consista en el fracaso y escarmiento del grandioso proyecto de Napoleón aun antes de sentirlos, y bien rudos, en Cádiz y delante de las célebres líneas de Torres Vedras.

El primer cuidado del Emperador es el de despejar al ejército invasor de Portugal sus dos flancos, el de Asturias y Galicia por su derecha, y el de Extremadura por la izquierda; contentándose, hasta que eso se verifique, con que Massena ocupe á Ciudad Rodrigo y Almeida, para después, allá en septiembre, marchar *metódicamente* al interior de Portugal.

Comencemos, pues, por narrar los sucesos de Asturias y de Extremadura, tan importantes, como se ve, para el éxito de aquella campaña.

**Campaña de Asturias.** Hallábase aquella provincia desguarnecida de fuerzas desde la marcha del general Ballesteros al ejército de la Izquierda, después de su, al fin, malograda expedición de Santander. El núcleo mayor era el mandado por el general Llano Ponte que se mantenía en Colombres en observación de la línea marítima, por donde los franceses amenazaban siempre la invasión de Asturias por su

parte oriental. Componíanle unos 4.000 hombres, ni bien organizados ni dirigidos con fortuna, pues que desde mucho antes tenía abandonado á aquel general la veleidosa deidad, no pocas veces enamorada de la fuerza y no de la virtud. En Oviedo se hallaba el general D. Antonio de Arce (1), sin más que 2.000 hombres y esos de los que no podían tomar parte en una campaña activa. En las faldas meridionales del Pirineo asturiano maniobraba la división Porlier, compuesta de unos 1.000 peones y jinetes, atenta siempre á los movimientos del enemigo, de los que su jefe daba parte casi diario á Oviedo, y á proporcionar recursos al Principado que carecía de ellos, de víveres sobre todo. Si durante el sitio de Astorga en octubre de 1809 se había allí mantenido, solicitado por el general García, temeroso de que la columna francesa tuviera por objetivo el atacar la 4.ª división del ejército de la Izquierda que, según dijimos, había quedado en El Vierzo, después, y al concentrarse los franceses para rechazar al duque del Parque, victorioso en Tamames y Salamanca, había invadido la ciudad de León y puéstose en observación y en constante lucha con las guarniciones de Mansilla, Valencia de Don Juan y hasta con la de Palencia, sobre las que consiguió no pocas ventajas. Su actividad sin límites, la pericia suya en las pequeñas operaciones de la guerra, el instinto político que tanto le alejaba del camino seguido por la mayor parte de los guerrilleros

Fuerzas españolas.

Porlier y sus proyectos.

(1) El general Mahy, por hallarse enfermo, entregó el mando de Asturias á Arce el 9 de noviembre de 1809, saliendo de Oviedo el 3 de enero siguiente para la Coruña, donde se le encargó del armamento de 20.000 hombres que había decretado la Junta de Galicia al tener noticia de la invasión de Andalucía, por un lado, y de la de Asturias por otro.

de aquel tiempo, y la confianza que llegó á inspirar al general Mahy, que entonces mandaba el Principado, hacían de Porlier un auxiliar sin segundo para la seguridad de aquel país y elemento más que necesario para la combinación de las tropas destinadas á defenderlo. Era un carácter, el suyo, eminentemente militar, observador de la disciplina y cuidando siempre de no permitir entre la gente de su mando demasías que, poniéndole mal con las poblaciones del territorio en que operaba, fuesen á impedirle desempeñar satisfactoriamente la misión que había recibido, la de adquirir todo género de noticias y comunicaciones, interceptar las del enemigo, batir á éste en cuantas ocasiones pudiera aprovechar, y proveer á Asturias de mantenimientos de que aquella provincia carecía (1).

El general Bonnet, sintiéndose sin fuerzas para invadir las Asturias según las órdenes que sin cesar le llegaban de Napoleón, tenía, por el contrario, como atalaya de las posiciones enemigas y lazo de unión con

(1) En una de sus entradas en León requirió del Obispo la entrega de la plata de la Catedral y de las demás iglesias de la ciudad, pasándole una exposición, sumamente respetuosa, con copia de las órdenes circulares de la Junta Central, para que los ornamentos de valor y las alhajas existentes en los templos se enviaran á los pueblos libres de la ocupación francesa. El Obispo, que pocos días después entregaba la plata á los franceses, se la negó á Porlier; y éste se satisfizo con dar parte á Mahy en un oficio que acababa de esta manera: «Si no empleamos el rigor quando convienen los exemplos, adelantaremos poco; lo digo porque, así como entre los militares, los que no temen la infamia se les debe hacer temer la muerte, así los paisanos que no obran bien por desconocer sus deberes conviene igualmente que hagan por el rigor lo que deben.»

¿Se hubieran satisfecho con eso el Empecinado y Merino?

Pocos días después cogía Porlier á un destacamento francés una carga de objetos de iglesias que acababa de saquear, distribuyéndolos religiosamente en otras iglesias que habían sufrido el mismo despojo que las anteriores.

las del general Kellermann, un gran destacamento en Guardo, destinado, además, á impedir las correrías de Porlier y cualquier movimiento, sobre todo de flanco, de las tropas españolas sobre la Liébana, de donde pondrían en gran alarma al resto de la provincia de Santander.

Ese precisamente era el pensamiento favorito de Porlier; y en su frecuente correspondencia con Mahy no dejaba nunca de manifestarle lo conveniente que sería una expedición en que, reforzado con algunas tropas y puesto de acuerdo con el general Llano Ponte, establecido siempre en Colombres, se dirigiesen los dos combinadamente sobre Santander. La atención de los franceses se hallaba fija en los movimientos de Parque en Castilla la Vieja y en los de Areízaga por el lado de la Mancha; todas sus fuerzas disponibles afluían á los centros de acción, que habrían de rechazarlos, Valladolid y Madrid; de modo que Bonnet se encontraría aislado entre la cordillera, ocupada por Porlier, y Llano Ponte, que marcharía á él directamente. Para que la incomunicación del general francés fuera completa, Porlier, después de atacar á sus destacamentos de Guardo, de Aguilar y Reinosa, cuidaría de interceptar, no sólo los correos que pudieran dirigirse á Santander y los refuerzos, nunca considerables en aquellos momentos, que le fueran enviados á Bonnet, sino de mantener en alarma á las guarniciones de Santoña y Laredo por medio de un gran destacamento de caballería que, de vuelta de Navarra, debía hallarse entonces en Rioja (1).

---

(1) Son curiosísimos esos oficios porque revelan el talento militar de Porlier, al que unía, según ya hemos dicho, un espí-

Pero las desgracias de Ocaña y Alba de Tormes, de una parte, y la llegada, después, de las numerosas fuerzas que Napoleón enviaba á la Península para la gran campaña que se había propuesto verificar en la primavera de 1810, cambiaron la situación de nuestras tropas de Asturias, al punto de abandonarse tan halagüeños proyectos como eran los de Porlier, y tenerse que pensar tan sólo en defender, como fuera posible, aquella provincia de una invasión que ya se veía, más que próxima, inminente.

Invade Bonnet á Asturias.

El 25 de enero, con efecto, el general Bonnet á la cabeza de unos 6.000 hombres, atacó la línea de Colombres, apoderándose del Puente de Purón después de cinco horas de combate y de una brillante resistencia por parte de la artillería española, cuyas piezas y oficiales quedaron en poder del enemigo (1). Llano Ponte se acogió en bastante desorden á su segunda línea, la de Cangas de Onís, que le fué necesario abandonar también para trasladarse á Infiesto por haber descuidado la posición de Rivadesella, por cuya inmediación y el vado de Llovio pasó un destacamento francés el Sella. Pero tampoco allí creyó el general español poderse mantener con sus fuerzas no poco desmoralizadas; y oblicuando á su izquierda, se retiró á la línea del Nalón, cruzando este río por muy bajo de Oviedo, y dejando así descubierta la carretera que desde Santander conduce á aquella capital. Arce dispuso que una fuerza del

---

ritu de disciplina que le llevaba á negarse á admitir en su fuerza á los guerrilleros de otras partidas, no queriendo á sus órdenes más que tropas del ejército regular.

(1) El despacho de Napoleón de 11 de enero dice: «La división Bonnet se compondrá de los 118.°, 119.°, 120.°, y 122.° regimientos.

Infante Don Carlos y 300 dispersos, que se logró reunir y volver á armar, se situasen con dos piezas de pequeño calibre en Pola de Siero para interceptar la carretera; pero, sorprendida aquella columna, tal era la actividad que desplegaban los franceses, se dispersó también, salvando las piezas después de mil esfuerzos y fatigas, los artilleros que las servían. Sucedió lo que Mahy tenía previsto y hasta escrito varias veces á Porlier; que, una vez rota la línea de Colombres, sería imposible evitar la invasión y la llegada de los enemigos á Oviedo, donde, efectivamente, entraban el 31 de enero sin oposición alguna. Si no lo hicieron antes fué por una circunspección que á todo el mundo admiró, pues se quedaron en las inmediaciones para observar, acaso, los movimientos de Llano Ponte, y sin trasladarse tampoco á Gijón hasta el 1.° de febrero, teniendo así los nuestros tiempo para retirar de aquel puerto varias embarcaciones, y de Oviedo la mayor parte del material de guerra, así como el de la fábrica de armas y los equipajes de cuantos no quisieron permanecer en la ciudad. Las tropas fueron las últimas en retirarse y se establecieron en la izquierda del Nalón, fortificando, en seguida, el puente de Peñaflor, á donde lograron también acogerse las dos piezas salvadas en Pola de Siero, perdidas y nuevamente recuperadas en el camino.

Entra en Oviedo.

Ya en el Nalón, y enviados el parque y la fábrica de Oviedo á Rivadeo, á donde iría aunque más tarde á parar también la Junta del Principado, se reformó la línea, dejando la principal fuerza en Grado y el puente de Peñaflor. Una considerable se situó entre aquel río y el Narcea, la que, en caso de un revés, podría retirarse por Cornellana y Soto de los Infantes; estableciéndose el

cuartel general en Salas, cubierto á su frente por aquella doble línea, y en el ala izquierda por fuerza de Fernando VII y algunas partidas que, al retirarse del Deva, se habían situado en la villa de Pravia junto á la confluencia del Nalón y el Narcea (1).

El general Arce, mejor dicho, el coronel Moscoso, cuya actividad no reconocía limites, procuró levantar el país excitando á la acción de las *Alarmas*, creadas en el Principado al tiempo mismo que en Galicia, y llamando, bien á la línea del Nalón ó sobre Oviedo y las comunicaciones de los franceses con Santander y Castilla, á Porlier, Peón, Escandón y Castañón que, con la fuerza que les quedaba, podrían á lo menos distraer á Bonnet de su pensamiento, si lo tenía, de atacar las nuevas posiciones de los españoles. Se logró así soliviantar un poco la opinión; y algunos oficiales, enviados á los concejos más próximos á la montaña, pudieron formar partidas que inmediatamente comenzaron á combatir á los franceses, de los que varios cayeron en su poder. Acudió también, como era de esperar, Porlier con gran parte de sus fuerzas, situándose, después de escaramucear con los franceses por la parte de Infiesto, entre Avilés y Oviedo con el doble objeto de hostilizar á Bonnet y darse la mano con la línea española del Nalón.

Y lo evacua luego. El Francés, se conoce que no las tenía todas consigo en la posición aislada en que se hallaba, con pocas fuerzas, con sus comunicaciones ni seguras ni breves, con el

(1) Estas noticias, tan importantes como nuevas, se deben á la correspondencia dirigida al general Mahy por su Jefe de Estado Mayor D. Juan Moscoso, comisionado por él en Asturias, quien apenas si dejó un día de escribirle durante aquella campaña, más interesante de lo que generalmente se cree.

conocimiento, sobre todo, de que en muchos días no podrían llegarle de León ó Santander refuerzos que le permitieran continuar la campaña con la rapidez y la energía que se le recomendaban. Ya antes de entrar en Oviedo, y al disponer desde Pola de Siero la conducción de la artillería cogida en Purón á puntos de la costa, el secuestro de los buques que se hallaban en los puertos, la conservación de los puentes de la carretera y la vigilancia del terreno ocupado, dirigiendo, además, reconocimientos á los pasos de la cordillera, el general Bonnet, en despachos que fueron interceptados por nuestras partidas, pedía á Berthier y á Kellermann, al darles parte de las operaciones anteriores, el envío de tropas que por el lado de Santander le permitiesen disponer de las que había dejado allí, y por el de León le cubrieran los caminos de Pajares y Tarna, por donde comunican las vertientes del Pirineo astúrico. La circunspección de Bonnet era muy fundada, ya que no contaba con más de 5 á 6.000 hombres para verificar la invasión de provincia tan importante é ir ocupando un país tan montuoso y poblado, con tantos puertos, además, por un flanco, el de la costas, y montaña, por el otro, inaccesibles para sus soldados, y de donde, á cada momento, podrían descolgarse sus ágiles y desembarazados enemigos. Y lo que le aconsejó su retraso en la ocupación de Oviedo con asombro de los asturianos, le movió pocos días después á buscar, á retarguardia de aquella capital, una posición donde, más concentradas sus fuerzas, pudiera esperar el resultado de aquellos despachos que nunca habrían de llegar á su destino.

**Acción de Pola de Siero.**

Si los asturianos hubieran comprendido la situación de Bonnet; si las autoridades de Galicia y el jefe de la

4.ª división del ejército de la Izquierda dispusieran el pronto envío de algunas de sus tropas en auxilio del Principado, y los generales de la línea del Nalón tuviesen la prudencia que aconsejaba su posición y la energía necesaria para imponerse á sus propios subordinados, Bonnet no hubiera podido, al evacuar á Oviedo el 12 de febrero, mantenerse tampoco en Pola de Siero, elegida por él como posición en que, al observar á sus enemigos mientras le llegaran los refuerzos pedidos, podría defenderse de ellos con ventaja (1). Pero no había acabado de evacuar á Oviedo, cuando las avanzadas españolas que, no sin éxito, operaban desde sus posiciones de Peñaflor y Soto sobre los franceses, las pequeñas partidas que nuestros oficiales habían formado y estaban siempre espiando los movimientos del enemigo, y hasta algunos de nuestros generales, los que con más escrupulosidad debían observar las instrucciones que les daba el en Jefe desde su cuartel general, todos, todos se lanzaron en montón á la ciudad, en un des-

(1) Bonnet tenía unos 1.500 hombres entre Oviedo y Grado, su principal campo y núcleo de fuerza; en Gijón, Pola y frente á Soto estableció destacamentos de 2.000 á 4.000, y contando con los que situó en Infiesto, los puertos más inmediatos y en la comunicación de Santander, no podía operar con fuerza mayor de 3.500 hombres.

Porlier con 300 infantes y 500 caballos había cogido muchos franceses junto á Infiesto, y el 10 se proponía con el total de sus fuerzas, unos 1.000 hombres de las dos armas, acercarse á Oviedo por uno y otro lado; varias partidas, situadas en Mieres, y la llamada de *Ordenanzas* se acercaban todos los días á aquella capital por la carretera de León escarmentando á las avanzadas que la observaban como en Pajares habían obligado á retirarse á dos batallones franceses enviados al puerto para comunicar con Bonnet, y el brigadier Bárcena por fin, había batido días antes á los imperiales en Puentes de Soto, matándoles 2 oficiales y 23 soldados, y causándoles muchos heridos que se llevaron á Oviedo en carros.

orden, no sólo impropio de tropas regladas sino muy perjudicial para una acción colectiva como iba á hacerse necesaria inmediatamente. Y es que las avanzadas del Nalón avisaron el 13 que los franceses se replegaban á Pola de Siero y, como acabamos de decir, todas las fuerzas de la línea, olvidando la parsimonia feliz, de que tantas pruebas habían dado en aquellos días, y desoyendo la voz y las órdenes del General en jefe, se lanzaron arrebatada é irreflexivamente en persecución del enemigo á quien suponían en plena retirada hacia Santander. Bárcena y la caballería de Porlier siguieron hasta el puente de Colloto para observar á Bonnet; pero, sin el apoyo de Llano Ponte, que tenía orden de no penetrar en Oviedo donde sus tropas se entretuvieron en representar una entrada triunfal, se hallaron solos ante la masa concentrada de los franceses que, aprovechando una densa niebla y fuerte nevada que ocultaban sus primeros movimientos, se lanzaron sobre nuestras tropas y las pusieron en precipitada fuga para Oviedo, donde, comunicando su pánico á las de Llano Ponte, se pronunciaron todas en una dispersión tal que no acabó sino en la orilla izquierda del Nalón. Bárcena, con eso, se remontó á sus anteriores posiciones de la montaña donde hallaría mil dificultades para sostenerse, y el resto se vió á punto de abandonar el puente de Peñaflor, cerca del cual fué herido el distinguido oficial de Estado Mayor Castellar que lo había fortificado y que, si no cayó prisionero en aquella jornada, fué por que los enemigos andaban cada día más recelosos de comprometerse en país tan accidentado.

Allí no hubo más que el brigadier Bárcena que se

manifestara á la altura de su deber; y cayó sobre los demás jefes el descrédito que, merecido ó no, hacen pesar con tan grave pesadumbre las masas, vencidas muchas veces por su misma indisciplina. Ponte disculpó su entrada en Oviedo con no haber recibido la orden en que se le prohibía; y Porlier su ausencia del campo de acción de Colloto, con haberse él indispuesto durante su estancia en la capital, lo cual, de todos modos, no debía impedirle el enviar á combatir los infantes, que eran unos 700, junto á sus camaradas los jinetes (1).

Tal fué el pavor que se apoderó de aquel abigarrado ejército asturiano y tal el desengaño que sintieron sus jefes, llenos días antes de ilusiones con los pequeños combates reñidos á vanguardia del Nalón, casi todos felices; tal, en fin, el desánimo en todos, lo mismo en las tropas que en los pueblos, que nadie creyó que pudiera mantenerse aquella línea y se pensó en la retirada á la del Navia, cuyas posiciones, que se comenzaron á fortificar, y la distancia que la separaba de

(1) Porlier sufrió aquel día un desvanecimiento que sólo pueden disculpar su juventud y la ambición que le inspirarían los éxitos que iba alcanzando en aquella guerra. En una carta reservada de Moscoso á Mahy le dice: «Tememos una peligrosa intriga de que se nos da aviso y tenemos algún antecedente; se nos hace saber que Porlier, que está en la capital, ha tenido diputaciones de algún Concejo para nombrarle Jefe de la Provincia; él mismo me lo escribe y me encarga le prevenga al General; se da por enfermo al mismo tiempo; y hoy, á pesar de la necesidad de sus tropas para perseguir al enemigo, parece mantiene allí su infantería. Se temen partidos, y los asturianos, con motivo de la comisión del General Arce, tienen mucha parte. Porlier es un joven; por consiguiente ambicioso y fácil de alucinar.»

Esto se escribía el 14 de febrero y el 9 de marzo se tenían temores de un movimiento de las fuerzas de Porlier hacia Luarca con todas las apariencias de una imposición.

Oviedo hacían esperar, con la mayor debilidad del enemigo, tiempo y recursos con que resistirle mejor que en el Nalón y Narcea. Ni aun eso se creía bastante, temiéndose que no tardaría en verificarse la invasión de Galicia; de un lado, por el Vierzo, donde el general García no tendría con su 4.ª división fuerza suficiente para rechazarla, y de otro por Grandas de Salime, que muy pronto sería el único asilo de las tropas asturianas (1). Pero como los enemigos no prosiguieron el alcance de los asturianos, pronto renació la confianza y se decidió continuar sosteniendo el terreno que antes se ocupaba. Bárcena se estableció en Tineo y Porlier en Salas, con destacamentos en Cornellana y Soto Infantes; Peón quedó observando las avenidas de la costa con la pequeña fuerza que había quedado de su mal llamada división; Ponte tuvo que retirarse al

**Se reorganiza el ejército en el Nalón.**

(1) Son interesantes las prevenciones que Moscoso aconsejaba para ese caso; pero curiosísimo sobre todo un detalle para la fortificación de las posiciones de Salime, y como tal lo trasladamos de la carta de 18 de febrero de aquel brillante jefe al general Mahy. Dice así: «Que se hagan aproximar algunas bombas y granadas para enterrarlas en los pasos precisos, y darles fuego, en el momento que se quiera, por medio de dos llaves de fusil que se acomodan dentro de un caxoncito que se entierra inmediato á las bombas, mina, etc.; de los gatillos sale un cordel que se hace prolongar, unas veces por encima del terreno y otras por un encañado de madera, de texa ó por canutos, hasta un paraje reservado donde esté oculto el que ha de dar fuego. López puede hacer armar inmediatamente alguna de estas cosas, con lo que se consigue volar cualquier comboy, carruaje, etc., en el momento que conviene y pasar por encima. Al paso de los puentes es muy conveniente en su salida; cuando el terreno forzase á hacer variar la dirección del cordel se pone una garrucha ó una anilla».

Navia á reunir los dispersos de la suya, y el Cuartel general pasó á Luarca para mantener el espíritu del país que, de alejarse aquél, hubiera decaído aún más de lo mucho que ya estaba con el revés del día 14. Para levantarlo entre las tropas, se dió el retiro para sus casas á varios jefes de los cuerpos asturianos y se impusieron castigos y reprensiones á varios oficiales que. ó no supieron batirse, ó se separaron de las filas, no olvidando por eso el premiar á los que habían dejado bien puestos su honor y nombre. La consideración que el general Arce merecía por sus servicios y ancianidad, hizo que los oficiales de su Estado Mayor trabajasen con todo ahinco por remediar el daño sufrido, reuniendo dispersos, reorganizando los cuerpos y supliendo, en lo posible, la falta del armamento perdido en la reciente derrota. Así se logró tener unos 3.000 hombres y 150 caballos de las tropas asturianas de Bárcena, Ponte, Porlier y los partidarios que operaban por el camino de Castilla y hacia Cangas de Onís. A esa fuerza se pudo agregar el 4 de marzo la de unos 1.700 infantes que componían la división de Galicia. enviada por Mahy atendiendo á las repetidas instancias de su jefe de Estado Mayor el Sr. Moscoso, ascendido por aquellos días al empleo de Brigadier (1). La de los franceses se había reducido también algo; mucho si se considera la situación aislada en que se encontraban. Consistía en 3.500 hombres, medianamente concentrados en Oviedo y puestos inmediatos, y algunos más

(1) Tan avergonzado estaba del estado de aquellas tropas, que mantuvo sin mostrar á nadie el despacho de su nuevo empleo recibido el 5. ¡Si le parecería triste la ocasión para ostentarlo.

que habían subido á la cordillera para darse la mano con los refuerzos que esperaban de León.

En aquellos días se instaló también en Luarca la nueva Junta del Principado, en sustitución de la establecida en mayo anterior por el marqués de la Romana. Las condiciones en que se había formado la habían hecho estéril en sus providencias y hasta odiosa para cuantos creían ilegítimo su origen, como efecto que era de la fuerza, y que aquélla, como todas las corporaciones de su índole, debían ser resultado de la elección de los mismos pueblos que habría de administrar y dirigir. El general Arce era de esa opinión; y si en los primeros días de su mando no procedió á lo que decía él ser su cometido, el de disolver la Junta de Romana, fué por lo premioso de las circunstancias que hubo de atravesar; las de una invasión que le sorprendió, y las peripecias de una lucha que mal podría superar con los medios puestos á su disposición. Vencido, como le hemos visto, por los franceses y penetrado de que el espíritu de las tropas asturianas ni el del país en general correspondía á las esperanzas que hicieran concebir su gallarda iniciativa en los comienzos de la sublevación española y su patriótica conducta en los primeros combates, quiso abandonar el mando del ejército, tan malparado en sus manos, pero dejando la Provincia en las de una nueva Junta que, en representación de la antigua, violentamente disuelta, eligieran los diputados de los concejos. Una de las primeras providencias de esa junta debía ser, por consiguiente, el nombramiento del nuevo general, que recayó en D. José Cienfuegos, natural, como era de esperar, de la misma provincia, ayudado en las cosas

militares por un Consejo de guerra compuesto de los jefes de mayor graduación presentes en el Cuartel general (1).

Ya se sabe que toda autoridad nueva ha de inaugurar su mando con actos que la den prestigio entre sus administrados; y la Junta de Asturias deseó hacerlo con un esfuerzo que la devolviese su asiento á la capital. Convidaba á ello la presencia de la división de Galicia en el Principado, considerada como un refuerzo que podría hacerse decisivo en el primer combate. Componíase por el momento de dos fuertes batallones, formados con fracciones de cuerpos de los establecidos en Galicia, y que el general Mahy había organizado deseoso de contribuir á la defensa del Principado en que acababa de ejercer el mando. Con decir que el batallón Provisional de Zamora estaba compuesto de dos compañías que le pertenecían desde su creación, una del regimiento de Aragón, una del de la Corona, dos del de la Unión y tres de Cazadores del Rey, se comprenderá qué fuerza de cohesión, qué espíritu de cuerpo ni qué disciplina habría logrado adquirir aquel cuerpo en los pocos días que llevaba de organizado y reunido (2). Otra cosa era el batallón de Mace-

(1) Decía Morcoso: «Yo no sé que se adelantará de bueno con estas juntas, pero yo ya les he dicho que en ellas no se debe hablar más que de pólvora, fusiles, soldados y dinero. Estos congresos para tratar del bien y defensa de la Patria sin haber apenas un militar, son lo mismo que una reunión de hombres para tratar de hacer zapatos sin haber un zapatero entre ellos».

Por eso, sin duda, se estableció la Junta militar ó Consejo de Guerra.

(2) En las acciones á que asistió aquel batallón, el jefe de la división nombraba las compañías, no por su número sino por el nombre del regimiento de que procedían. La amalgama no se hizo, pues, nunca homogénea.

da, si formado de voluntarios, con oficiales veteranos, en cambio, suficientes en número y acreditados en toda la campaña de Galicia, con prestigio, de consiguiente, en su tropa, que siempre los siguió con el mayor entusiasmo contra el enemigo.

Algo más tarde, llegó á Asturias el batallón de Rivero, con gente toda sin instrucción alguna, con pocos y medianos oficiales que nunca lograron formar un cuerpo que pudiera resistir la acción de los franceses. Zamora y Maceda reunían unos 1.400 hombres; y con Rivero, cuando se les incorporó, pudo la división poner en la línea española unos 1.700 combatientes, necesitados de todo, de vestuario, calzado, cananas, municiones, de consiguiente, y hasta bayonetas, sin dinero, por fin, suficiente, ni mucho menos, para prest y pagas. Mandaba la división un teniente coronel, D. Luis Díaz, que, por su carácter, pero más aún por su corta graduación, nunca logró alcanzar la autoridad necesaria sobre su tropa y oficiales, ni aun captarse sus simpatías.

La división que se presentaba en Grandas de Salime el 24 de febrero, fué avanzando lentamente por Gera y Obona hasta situarse en Belmonte el 17 de marzo, con destacamentos puestos ya en contacto con las tropas asturianas de la línea del Nalón.

Se habían exagerado la fuerza de la división gallega y la calidad de las tropas que la componían, y esa voz habíase extendido al campo francés que, conociendo el destino que se las daba á la extrema derecha de la línea española, reforzó su izquierda todo lo posible para contrarrestar los esfuerzos que por allí se hicieran el primer día de combate, muy próximo, sin duda, según

menudeaban las escaramuzas como para ensayar los asturianos sus medios de acción y la consistencia que creían haber recuperado.

Combate del 19 de marzo y vuelta de los españoles á Oviedo.

Así las cosas, el día 19 al amanecer comenzaron los nuestros el combate en toda la línea; Bárcena en el centro con los asturianos, Díaz á la izquierda con los gallegos, y Porlier sobre la izquierda con toda su fuerza, infantes y caballos. El paso de Peñaflor fué reciamente disputado. La división gallega halló la mayor resistencia en las alturas inmediatas; pues si en un principio las guerrillas del Rivero y Zamora llevaron arrolladas á las francesas hasta ponerse á tiro de pistola, reforzadas éstas considerablemente, no fué posible darlas una carga á la bayoneta que Díaz tenía ya dispuesta con otras compañías de Zamora que las seguían en reserva y de muy cerca. Por el contrario, los franceses que, como hemos dicho, tenían muy reforzada aquella ala, cubrieron de fuego á los gallegos; y éstos, no sabiendo contestarlo por su poca instrucción y ninguna práctica, comenzaron muy pronto á perder terreno, dispersándose, algunos, hasta las inmediaciones de Bayo y Sama, donde sus oficiales los reunieron de nuevo para dirigirse á Grado con el fin de formar la segunda línea de los asturianos.

Este combate, no poco reñido, de la división de Galicia decidió, aun resultando desgraciado, la victoria de los españoles en la línea; porque Bárcena no halló á su frente la masa mayor de los enemigos que andaban distraídos por su izquierda; y aunque Porlier llegó retrasado al campo de batalla por los obstáculos que le oponía el terreno, los asturianos avanzaron triunfantes hasta las posiciones francesas, ocupándolas con la ma-

yor energía. Los enemigos, vencidos á su frente y viendo cómo los hostilizaban de todos lados las partidas que acudían al llamamiento del cañón, se retiraron la mañana siguiente con los muchos heridos que habían tenido, á Oviedo, que abandonaban por la noche tomando el camino de Infiesto y Cangas de Onís (1).

Los españoles siguieron el alcance del enemigo con más cautela que en la reconquista anterior de Oviedo, avanzando los asturianos á Pola de Siero é Infiesto, los gallegos á Noreña, y Porlier por la costa con el fin de atacar la línea del Sella cuya defensa parecían intentar los franceses. Bonnet se estableció en Cangas de Onís á esperar los refuerzos que con la mayor urgencia había pedido á Santander y Castilla, resuelto, sin embargo, á repeler cualquiera agresión de los españoles que, como acabamos de decir, se dirigían á él con tal género de precauciones, que el día 26 no habían llegado todavía á ponerse al alcance de su vista.

Bonnet acomete de nuevo.

Los refuerzos llegaron, con efecto, y debieron llegar de Santander el día 27, porque el 28 (2) avanzaba de nuevo el general Bonnet con mucha fuerza, toda muy concentrada y con la mayor resolución, irresistible, de consiguiente, para nuestros noveles y descuadernados

---

(1) La división gallega tuvo 12 muertos, 28 heridos, 26 prisioneros, de los que 4 oficiales, y 73 extraviados de los dispersos en el primer ataque. Bárcena experimentó pérdidas insignificantes. Los franceses tuvieron más de 30 muertos de los que 4 oficiales, y se llevaron á Oviedo 30 carros de heridos. Se supone que en toda la campaña perdieron los franceses más de 40 oficiales.

(2) Aquel día 28 estaba Porlier en Gijón y escribía á Mosco-so que iba á salir para la línea de Rivadesella. Que los refuerzos procedían de Santander y no de Astorga como dice Schépeler, lo prueba una carta de Bárcena anunciando la entrada de franceses por Colombres.

batallones. Entró en éstos, como en las ocasiones anteriores, el pánico; la retirada se convirtió muy pronto en dispersión; los fugitivos, al llegar á Oviedo, introdujeron en los demás el mayor desorden; y los dos vocales de la Junta que allí se hallaban, los Estados Mayores, cuantos, creyendo como definitiva la evacuación de Asturias por los franceses, se habían instalado en aquella capital, volvieron á tomar el camino del Nalón; las autoridades, para restablecer su residencia en Luarca, y las tropas, á los puestos de la línea que les fuera preciso defender de nuevo. El día 1.° de abril, la división de Galicia cubría el puente de Peñaflor, Bárcena los de Soto y la derecha de la línea, y Porlier, á la izquierda, ocupó con su caballería la costa, esto es, lo que menos falta hacía.

**Situación del ejército y sus operaciones.**

Ya así, se fijó en el cuartel general el plan de tener en constante alarma á los franceses, no consintiéndoles un momento de reposo. El ingeniero Castellar acabó de asegurar el puente de Peñaflor, que fué artillado convenientemente, y se dedicó á la construcción de uno de barcas en Cornellana para facilitar el paso del Narcea á los que pudieran un día retirarse del Nalón. Los puentes de Gallegos, Olloniego y Brañas fueron también fortificados, dándoles, además, salidas fáciles á la margen ocupada por el enemigo, y se situaron, por último, las tropas de manera que pudieran maniobrar con seguridad y aun sin ser advertidas hasta los momentos decisivos. La división gallega pudo, así, operar el 6 de abril con el batallón de Maceda por el puente de Gallegos, y el del Rivero y varias compañías de Zamora y la partida de Mondoñedo, con que había sido poco antes reforzada, lo hicieron por el de Nora des-

alojando de sus posiciones al enemigo y procurando envolverlo hasta que la presencia de dos gruesas columnas francesas los obligó á retirarse. Las pérdidas ascendieron á la de 4 muertos, 6 heridos y 30 prisioneros; pero habían asaltado los parapetos de la salida de uno de los puentes y arrojado á los franceses de una casa en que se habían hecho fuertes. Otra acción, y de las más reñidas, tuvo lugar el día 14. La gente de Bárcena se batió admirablemente cerca de Padrum, nuestra extrema derecha, avanzando contra el enemigo, á quien causó pérdidas que se hicieron subir á la de 360 bajas entre muertos y heridos, y retirándose, después, á sus posiciones con el mayor orden. No sucedió lo mismo en el centro, donde los gallegos, muy bravos en el avance, se dispersaron al retirarse; dejando en poder de los franceses sobre 100 hombres, la mayor parte del batallón del Rivero, el más desdichado en las condiciones de su oficialidad. Las partidas no cesaban tampoco de hostigar á los franceses en toda ocasión favorable que se les presentase, espiándolos todos los días y por todas partes. Las de Escandón combatieron varias veces sobre Cangas de Onís causando al enemigo bastantes bajas y aun algunos prisioneros, y las de Castañón y Cuéllar se dieron á interceptar las comunicaciones que Bonnet insistía en mantener con Castilla, de donde, con la noticia de la rendición de Astorga, sitiada por Junot, esperaba refuerzos para acabar su empresa de someter el Principado en toda su extensión. Mientras llegaban la noticia y las tropas que habrían de seguirla inmediatamente, lo cual no podría retardarse según iban de adelantadas las operaciones del sitio de Astorga, que muy luego describiremos, las orillas del Nalón

continuaron ofreciendo esa serie de combates en que, sin ningún decisivo, sólo se logra ejercitar el valor de los beligerantes. De los franceses, puede decirse que, no habiendo de desmentir su espíritu de disciplina en el campo de batalla, se mantenían, como acontece á todas las tropas en país extranjero, unidas y en espectativa de lo que dieran de sí las operaciones de los numerosos ejércitos que iban entrando en España. Los asturianos también esperaban refuerzos, que no era fácil les llegasen estando los núcleos de fuerza de donde habrían de venirles, Galicia y el Vierzo, amenazados de una nueva invasión por su lado, y, de todos modos, procurando aliviar, ya que no otra cosa mejor, la situación cada día más apurada de la vecina plaza de Astorga. No había, pues, que esperar del mal llamado ejército asturiano más esfuerzo que el de mantenerse en sus líneas, con el temor siempre de que un contratiempo cualquiera acabase con la poca moral que aún conservaba. Porque tampoco debía esperarse que la fortificara la nueva junta de la Provincia, si entusiasmada en los primeros días de su instalación con la última reconquista de Oviedo que hizo creer en Asturias y Galicia que obligaría á los franceses á evacuar el Principado, abatida después, en querella constante con los jefes de las tropas y más ocupada en sus propios intereses que de los generales de la defensa (1). Se ela-

(1) Escribía Moscoso á Mahy: «Tenemos, mi general, muchos trabajos con esta Junta Superior; nos hemos enfriado mucho porque no se activan las cosas como quisiéramos ni se toman las providencias necesarias por relaciones y conexiones, etc., etc.; pero yo espero que hablaremos claro dentro de poco.» Esto era el 19 de abril.

Días antes había elegido la Junta por su Presidente al obispo de Santander.

boraba una quinta en la provincia para reforzar el ejército que cada día iba menguando por los combates y más aún por la deserción y las dispersiones. El Estado Mayor, como el más interesado en que diese resultado la conscripción, proponía medidas enérgicas que la hiciesen efectiva inmediatamente; pero todas hallaron oposición en la Junta, temerosos, sin duda, los vocales de malquistarse con sus paisanos. Estos ocultaban á los desertores de los regimientos y á los prófugos de sus concejos con excusas y por medios hasta vergonzosos; y las tropas que se mantenían al frente del enemigo hallaban en la impunidad motivo más que sobrado para desanimarse en lucha tan desigual. Se hizo ver á la Junta lo errado de aquel camino para la liberación de la Provincia, hasta se la amenazó con publicar un Manifiesto que la dejaría en mal lugar: todo inútil.

**Los franceses rompen la línea del Nalón.**

Y llegaron los días de prueba, los en que podría la Junta convencerse de que se necesitaban mayor abnegación de su parte, esfuerzos más enérgicos y recursos más poderosos que los desplegados por ella. La capitulación de Astorga, sabida en el cuartel general de Luarca el 27 de abril, permitió á los franceses reforzar su ejército de Asturias; y el general Bonnet no perdió momento para poner en acción las tropas que en número considerable se le iban cada día incorporando (1). El mismo 27 era atacado el puente de Soto y roto el pequeño cuerpo que lo defendía; sobre el ca-

(1) Bonnet había manifestado á Berthier la conveniencia de que se le enviase alguna caballería ligera; pero no habiéndola recibido reunió los caballos que pudo del país y con malas sillas y hasta albardas los presentó en el combate del 27 montados por soldados de su infantería.

mino de Castilla, las fuerzas procedentes de Astorga cargaban sobre los españoles que allí había, haciéndolos retroceder á un brazo del Nalón que corre á retaguardia de Mieres; y ni un combate feliz, en que Escandón hizo bastantes prisioneros cerca de Calunga, ni la acción constante de las demás partidas sobre los flancos del enemigo lograron distraer al general francés del que desde entonces se vió era su pensamiento fijo, el de continuar la conquista y ocupación de toda la parte occidental de Asturias. A un primer ataque, dado al centro en Peñaflor y resistido por la división gallega, sucedió poco después su retirada sobre Cornellana, cuyo puente y vados inmediatos pudieron ser defendidos gracias á la llegada de Porlier en su auxilio.

Y avanzan á la del Navia.

El 30 de abril todavía se conservaba la línea del Narcea por alguna fuerza del Provincial de Laredo que interceptó el paso de aquel río á las órdenes de su comandante Calera y por los refuerzos de Porlier; pero el 1.° de mayo, al salir de Luarca el brigadier Moscoso, á quien se confirió el mando de la división gallega para evitar las escisiones gravísimas suscitadas entre Díaz y los jefes y oficiales de los cuerpos que la componían, supo que la línea había sido forzada y que las tropas que la debían defender estaban en plena retirada á la del Navia. Hubo, pues, Moscoso de seguir el movimiento de los demás, abandonando su propósito de establecerse en Cornellana; y el 2 entraba en Coaña donde se reunieron el Cuartel general, la Junta y las autoridades todas de la Provincia, que muy pronto se trasladaron á Grandas de Salime, el carril usual de Asturias á Galicia. Bárcena se enriscó con unos 1.000

hombres que le quedaban á las asperezas de la cordillera; Porlier tomó la dirección de Tineo para ganar tambien el puerto de Leitariegos, camino del Vierzo, donde debía hallarse el general Mahy organizando las fuerzas destinadas á la defensa de Galicia; y Castañón, reuniendo las partidas que cubrían las comunicaciones de Castilla y Santander, se fué al concejo de Allés con el fin de llamar la atención de los franceses por su retaguardia.

Se acabó toda ilusión sobre la eficacia del patriotismo de los asturianos para la defensa de aquel territorio, abrigo clásico de la independencia española; y á su único mantenedor aquellos días en las márgenes del Navia, el brigadier Moscoso, se le podía disculpar una de sus últimas cartas al general Mahy, á quien decía el 30 de abril: «No hay que esperar nada de esos malditos portugueses; nada de los ingleses; nada de nadie, y sólo con lo poquísimo que cada uno tiene en cada provincia se puede calcular, y aun así con mil trabas, con mil contrariedades; no se trata más que de autoridades, y de mantenerla aunque sea un solo día; todos quieren mandar, aunque las provincias no se salven. ¡Qué sistema tan contrario al de la utilidad de la Nación! ¡Estas Juntas! en que todo es conversación y confusión, nadie sabe lo que es cada uno y todo vá embrollado» (1).

(1) Hay que advertir que Moscoso había estado todo el tiempo de la campaña solicitando la ayuda de los portugueses de la frontera de Galicia para impedir la salida de las tropas francesas de Castilla hacia Asturias, y la intervención activa de los ingleses para mantener concentrados los ejércitos que iba enviando el emperador Napoleón á España.

El apóstrofe de Moscoso es duro; pero no es fácil rechazara

Dejemos á los asturianos defenderse en su nueva línea para, mejor aún que antes, demostrar su patriotismo; que nos llama ya, y con urgencia, el examen del sitio de Astorga, tan relacionado, como hemos visto, con los sucesos del Principado.

**Sitio de Astorga.**

Recordarán nuestros lectores la breve relación que hicimos del ataque dado por los franceses á la plaza de Astorga el 9 de octubre de 1809 (1). Aquel fué un golpe de mano de los á que nuestros vecinos del Pirineo se muestran muy aficionados, haciéndoles creer su exagerada arrogancia que les basta con mostrarse para que todos los denuedos cedan al suyo y todas las constancias á su furia incomparable. El escarmiento fué severo, más que por las pérdidas sufridas, por lo que pudiera herir su orgullo y el de su jefe, sobre todo, general Carrier, que hubo de volverse á sus cantones anteriores vencido y humillado. Ahora, pues, que el ejército imperial iba tomando las enormes proporciones que hemos visto le daba Napoleón, no había de quedar olvidado un punto absolutamente necesario para la consolidación del dominio francés en tierra de León, y para servir de apoyo á las operaciones proyectadas sobre Asturias y Galicia. El general Loisón fué el destinado á la conquista de Astorga, sobre cuyas condiciones de fuerza no sabemos qué idea tendría el Emperador, porque, al fijar el plan de la futura campaña, sólo designó aquella plaza como lugar de acantonamiento, sin alusión alguna á la derrota sufrida

---

su espíritu el asturiano Conde de Toreno, porque en su obra dice de aquel jefe: *que en el arte de la guerra era entendido y aun sabio*.

(1) Capítulo IV del tomo VII.

por Carrier ni á la circunstancia esencialísima de que, para ocuparla, era antes necesaria su conquista (1). Más tarde, el 16 de marzo, fué cuando dispuso que el duque de Abrantes hiciese atacar inmediatamente á Astorga.

Se presenta Loison ante la plaza.

Loison se presentó, con efecto, ante la plaza el 11 de febrero de 1810, ocupando inmediatamente unas alturas poco distantes, por cuyo pie y por toda la vega hizo á la caballería extenderse para interceptar las principales comunicaciones. Constaba la división francesa de dos brigadas: la 1.ª, del general Simón, compuesta de nueve batallones con 5 ó 6.000 hombres; y la 2.ª, del general Montmarie, con otros nueve batallones y 6.000 hombres: fuerza á la que se unieron 1.000 caballos y 8 piezas de artillería (2). El 12, y á cosa de la una de la tardé, hizo Loison el reconocimiento de la plaza, deteniéndose principalmente frente al arrabal de Reitibia, pero fuera del alcance de nuestra artillería, y retirándose después hacia Celada, seguido de cerca por algunos exploradores que envió el gobernador de Astorga tras él para observar sus movimientos.

Su gobernador y sus defensas.

Era ese gobernador el mismo que en octubre del año anterior había defendido la plaza, el coronel Don José María Santocildes, ascendido á brigadier por la Junta Central, pero sin haber recibido aún el despacho correspondiente, á causa, sin duda, de las preocupacio-

(1) Decía Napoleón en uno de sus despachos, el de 11 de enero, «Loisón podrá establecer su cuartel general en Benavente ó Astorga».

(2) Al acercarse á Astorga no debía estar reunida toda la división, porque Santocildes, en su «Resumen histórico» del sitio, dice que Loisón llevaba 8.000 infantes, 1.000 caballos y 6 piezas.

nes que debían asaltar y tener distraida á aquella corporación en los últimos días de su existencia oficial. En el tiempo transcurrido entre uno y otro sitio, Santocildes había procurado mejorar las condiciones de la plaza, fortificando, en lo posible, el arrabal de Reitibia, su lado débil por hallarse al mismo nivel y estar hueca la parte de muralla que da á él, donde se abrieron fosos y pozos de lobo, se levantaron parapetos y estacadas y hasta se hizo alguna que otra cortadura en sus calles; obras todas construidas por la guarnición y los paisanos que la ayudaron con el mayor entusiasmo. En los otros dos arrabales, los de Puerta del Rey y San Andrés, se ocuparon algunas casas, las más sólidas, y nada más porque su situación humilde respecto á los muros de la plaza, alejaba de ellos un peligro tan inmediato y grave como el que amenazaba por Reitibia. La guarnición era la misma de antes, reforzada con el regimiento de Lugo, 14 Húsares asturianos, un oficial de Artillería, D. Pablo Puente, un mortero de á 12, un obús de á 7 y dos cañones de á 12, con municiones para diez ó doce días de un fuego regular. Reducíase, en suma, la fuerza total de la plaza á la de 2.700 hombres y algunas *cuadrillas* de paisanos, de entre los que acompañaban en su servicio á las tropas los tiradores más diestros, y piezas de todos calibres (1). La cartuchería y víveres eran tan escasos que, aun sin contar con la población, reducida de 600 á cosa de 200 habitantes, sólo bastarían para 18 ó 20

(1) Esas fuerzas consistían, así, en los regimientos de Lugo, de Santiago y Voluntarios de León, el batallón de Cazadores de León, las dos compañías de tiradores del Vierzo, los Húsares y las cuadrillas de paisanos.

días. Ni había que esperar socorro alguno de fuera de la plaza; porque la 4.ª división del ejército de la Izquierda, acantonada en el Vierzo, no contaba con más de 2.000 combatientes, y con otros tantos la fuerza reunida en Lugo por el general Mahy, destinada á defender las entradas de Galicia por aquella parte (1).

Estos eran los recursos con que podía contar para su defensa la plaza de Astorga, fuera del patriotismo de su vecindario el valor, la disciplina y la abnegación de las tropas que la guarnecían, y los talentos militares y la energía de su gobernador.

**Intimación á la plaza.**

Los franceses que, al retirarse de Astorga, se habían

(1) M. Belmas dice que el general García Velasco estaba inmediato con una división española; á su izquierda, el general Mahy ocupaba Asturias con 10 ó 12.000 hombres, y á la derecha vigilaba las avenidas de la Puebla de Sanabria, con 3.000 españoles y algunas tropas portuguesas, el general Echevarría.

No cabe en menos renglones mayor número de inexactitudes.

Oficio del general García el 10 de febrero: «.....pero el miserable estado en que se halla esta división de resultas de las enfermedades y mortandad ocasionada por los rigores del invierno; y no teniendo en el Vierzo más de 2.000 (hombres) disponibles, por estar desmembrada mi tropa en Astorga, Puebla de Sanabria y aun en Lugo donde está el regimiento de Compostela, que aun no he podido reunir por no haberse nombrado tropa para aquella guarnición en su reemplazo y.....»

Oficio del general Mahy á García el 11: «Yo, á quien el Reyno de Galicia ha querido encargar su defensa obrando según lo pidan las circunstancias, me encuentro aun en el día con fuerzas tan insuficientes para combinar y menos emprender operación alguna como que apenas puedo contar con 3.000 hombres armados».

¿Quiere el Sr. Belmas datos más fehacientes contra su aserción? La división 4.ª estaba, pues, diseminada y cubriendo puntos que el historiador francés atribuye sin duda á otras; Mahy no estaba en Asturias con 10 ó 12.000 hombres, sino en Galicia con 3.000; y en cuanto al apoyo de las tropas portuguesas, nos referimos á aquel apóstrofe de Moscoso que comenzaba: «No hay que esperar nada de esos malditos Portugueses; nada de los Ingleses; nada de nadie».

detenido en la Bañeza, de un lado, y en Orbigo, del otro, volvieron á asomar el 16 por las alturas de Celada para, al corto rato, envíar á la plaza un oficial que, anunciándose como del Estado Mayor de Loisón, según va á verse, y precedido de un trompeta, entregó á Santocildes un mensaje con la intimación de que le entregase la plaza (1). Decíale que deseaba entrar en correspondencia con él por las ventajosas ideas que le había inspirado aquel oficial del carácter y concimientos suyos (de Santocildes); que el rey José había entrado en Sevilla entre las aclamaciones de los habitantes; que Andalucía se había sometido; la Junta Central estaba disuelta; el duque del Parque había sido separado del mando; que todos los españoles se ponían bajo la clemencia del nuevo soberano y que, aprovechando la guarnición de Astorga tal ejemplo, sería deudora al gobernador de su conservación y seguridad, como los vecinos de verse con quietud establecidos en sus casas. Añadíale, por fin, que si dudara (que no lo podía creer) de la exactitud de aquellos hechos, el oficial portador del mensaje le haría las aclaraciones que estimase convenientes; y terminaba diciéndole: «Espero, pues, que V. S. se sirva venir á hablarme con aquella confianza que la lealtad militar inspira, ó señalarme paraje donde ambos podamos conferenciar. Así se lo ruego á V. S. con la sinceridad de mis sentimientos, mientras tengo el honor de ser su humilde y obediente servidor.—El Conde del Imperio, general de división,

(1) El oficial, D. Saturnino Agnós, era un sobrestante de caminos que se había afiliado al partido francés en la primera invasión de Galicia.

Gobernador del Palacio imperial de St. Cloud.—Loison.»

La contestación de Santocildes fué la siguiente: «Astorga 16 de febrero de 1810.—Excelentísimo Señor: Aunque no deba dejar de creer sea verdad cuanto V. E. me manifiesta en su escrito de hoy, conducido por el oficial de Estado Mayor D. Saturnino Agnós, me creería indigno de los honores que me tributa V. E. si no le contestase diciendo no es tiempo de entrar en negociaciones con V. E.; y respecto á hallarme decidido á llenar hasta el último momento de mi vida los deberes de un buen militar, puede V. E. dignarse evitar nuevas proposiciones; y si la suerte le fuere más propicia que á mí, podrá en este caso hacer lo que guste de una valerosa guarnición y obediente pueblo, que, inspirados de su valor y patriotismo, y gobernados por mí, cumplirán con lo que tienen jurado.—Con este motivo me repito de V. E. su más atento y seguro servidor Q. B. S. M., *Josef María de Santocildes,* Gobernador de Astorga, y Coronel del regimiento de Santiago.—Señor Comandante en Jefe Loisón.

Parece que á la intimación y á su respuesta debería seguir el apretar el bloqueo y el señalamiento del campo y de las obras ofensivas y defensivas para el asedio; mas, por el contrario, Loisón volvió á retirarse de la vista de Astorga, seguido de las guerrillas que sobre su retaguardia lanzó Santocildes y que le causaron bastantes bajas en muertos, heridos y prisioneros. No se sentía el general francés con fuerzas suficientes para establecer un bloqueo rigoroso, y carecía aún del tren de sitio necesario, á lo visto, para la expugnación de una plaza de donde se le despedía tan enérgica

como cortesmente. Eso que ya estaba en la Bañeza el general Clausel, jefe de la 3.ª división del 8.° Cuerpo de ejército que iba á reunirse en Castilla bajo el mando del duque de Abrantes. Su servicio en aquellos días tenía que reducirse al acopio de víveres en todos los pueblos vecinos, para lo que Clausel no escatimaba amenazas y vejaciones por hallarse todo aquel país exhausto; tan recorrido y explotado estaba por los ejércitos beligerantes en las campañas anteriores (1). Las guerrillas, además, los disputaban á los franceses reciamente; y no fué de las que menos se distinguió en eso la de caballería que Santocildes destacaba de la plaza, formada con los húsares que hemos dicho se quedaron para su guarnición y los caballos de los oficiales que la elevaron al número de 18. Clausel avanzó el 26 del mismo febrero; pero, como Loisón el 16, se limitó á enviar á Santocildes un nuevo parlamentario, con pliegos ya del general Junot, y que ni siquiera fueron abiertos, contestándose al portador que no se admitiría ninguno, *á menos que tratase de asuntos que no fuesen relativos á la entrega de la plaza*. Y vuelta á retirarse á la Bañeza las tropas francesas, satisfechas con aquel bloqueo que habían formulado, mejor que establecido, desde el primer día de su aparición frente á Astorga, si distante en verdad, efectivo, con todo, por lo empobrecido del país comarcano. Ni remotamente pensaron los franceses en otro ataque á viva fuerza como el de Carrier, manteniéndose inactivos hasta que les llegara la artillería necesaria para emprender el sitio

(1) Esa precisamente es la razón de por qué la plaza de Astorga no pudo nunca ser abastecida más que para 20 ó 25 días.

en toda regla de arte polémica. La fuerza de aquella arma que tenían á su disposición, era la de una compañía de á caballo, un destacamento de á pie y algunas piezas de á 4; pues la mayor parte de la del cuerpo de ejército permanecía aún en Bayona por falta de ganado para su arrastre. Si los generales Loison y Clausel hacían aquellas visitas, que sólo así pueden llamarse, á Astorga, era para dar testimonio de su proyecto de sitiarla y para que el ingeniero del Cuerpo, comandante Valazé, formara su plan de ataque y el de las obras que se le mandaron trazar con el pensamiento de que pudieran servir, no solamente contra los sitiados, sino que también contra todo género de tropas que pudieran venir de fuera (1).

El proyecto de Valazé exigía ocho ó diez piezas de grueso calibre, otros tantos morteros ú obuses, dos mil palas, quinientos picos y sacos á tierra, material no fácil de adquirir en los momentos en que se estaba verificando el movimiento de traslación de tal masa de tropas como la que el Emperador enviaba á España.

**Tren de sitio.**

Pero, á todo esto, había pasado más de un mes sin que los franceses hubieran puesto una pieza en batería ni hecho más que el trazado, en parte ideal, de su campo en derredor de aquella *bicoca*. Y era que la experiencia les había enseñado que en España las poblaciones cuya ocupación desatendían por abiertas, y los puntos fortificados que despreciaban por incapaces de defensa, se convertían en plazas formidables por virtud del patriotismo de sus presidiarios y vecinos. ¿Qué no debía temer un Junot que después de haber asistido á

(1) Belmas estampa íntegra la orden de Junot.

los famosos sitios de Zaragoza, rasgos singulares de nuestra raza, acababa de verlos confirmados por el ejemplo, más reciente todavía, del de Gerona? (1). Las precauciones, pues, que se tomaban para llevar á éxito feliz el sitio de Astorga, exageradas en otros generales y en luchas con nacionalidades distintas, parecían pocas para Junot y sus tenientes del 8.° cuerpo, temerosos de estrellarse nuevamente en aquellos viejos muros que tantas veces había echado por tierra la en éstos tiempos impotente tormentaria de la Edad Media. Para ellos lo sería también la moderna artillería de campaña afecta á sus divisiones, eficaz, sin embargo, en aquel caso, y trabajaban por adquirir un tren que, por razón del número de las piezas y de sus calibres, resultaría formidable. Oponíase á su formación en las proporciones deseadas la de otro tren, más considerable todavía, que se andaba reuniendo para el sitio proyectado de Ciudad Rodrigo, prólogo que debía ser de la gran campaña de Portugal, de que se esperaba en Francia la expulsión de los ingleses del territorio peninsular y, con ella, el término de la guerra. Buscando, pues, y rebuscando en los parques españoles, tan abundantes en material de artillería al tiempo en que tan arteramente los habían sorprendido las tropas imperiales, se pudieron sacar de Segovia y Burgos cuatro piezas de á 24, una de á 16, cuatro de á 12 y un mortero de á 6 pulgadas, que con ocho obuses de este mismo calibre, pertenecientes al cuerpo de ejército sitiador, compondrían un tren más que suficiente, como se demostró

(1). «Que se trabaje con precaución, escribía á Clausel, y no dejeis matar un solo hombre inútilmente.»

al poco tiempo, para la empresa á que se destinaba.

Primeras operaciones.

Interin se ponía en marcha y llegaba aquel tren á la vista de Astorga, el general Clausel se ocupó en inutilizar los molinos de que se proveía la plaza, situados al Norte de ella sobre el arroyo que corre á espaldas del Alto de Santa Colomba, base, ya estudiada, para las operaciones del sitio. Pues aunque habría de rodearse la fortaleza de caminos cubiertos ó trincheras con espaldones para incomunicarla, y de baterías por el lado más accesible y por donde pudiera acercársele algún socorro, se había elegido aquella posición como opuesta y dominante del frente que se iba á atacar y del barrio ó arrabal de Reitibia, muy inmediato y cuyo asalto, probado en el sitio anterior, podría ser ahora decisivo para el del frente occidental contiguo. La destrucción de los molinos, que redujo á los sitiados á proveerse de harina en las tahonas y artefactos manuales del interior de la ciudad, no era lo fácil que supondrían los franceses, pues que, al intentarla el 26 de marzo, cinco días después de haber establecido su campo y sus acantonamientos en las aldeas inmediatas de Sopeña, Carneros, San Román, San Justo y Val de Viejas, fueron rechazados por la gran guardia que ocupaba los molinos, teniendo el enemigo que inutilizarlos cortando por lo alto del arroyo el agua que los ponía en movimiento. Los retardos que sufría el tren y las recomendaciones de Junot para que no se derramase la sangre de sus soldados inútilmente, hicieron á Clausel adoptar un sistema, si dispendioso en cuanto al tiempo, verdaderamente económico de sacrificios y de trabajo. «El general Clausel, dice el más autorizado historiador francés de aquel sitio, y el comandante Valazé se deci-

dieron á no atacar á viva fuerza los puestos exteriores que aún ocupaba la guarnición, sino á caminar paso á paso por medio de pequeñas obras, de modo que fueran estableciéndose cada noche en el terreno desde el que al día siguiente se debiera obligar al enemigo á retirarse más y más (1). Se convino igualmente en que para no llamar la atención de los sitiados sobre el verdadero punto de ataque, no se abriera la paralela en la meseta de la Tejera (el alto de Santa Colomba) sino en el momento en que se viese ya próxima la llegada de la artillería.» Y en la noche del 29 al 30 de marzo empezaron á trabajar los franceses en las eminencias próximas de Santa Clara y punto de la Huerta del Rulo, al Mediodía de la plaza y sobre el convento de Santa Clara á media distancia de ella, de Val de las Viejas frente á Reitibia é interceptando el camino de Galicia, y de la Tejera ó las Tejeras, posición, esta última, que, constituyendo la base mejor para las operaciones del sitio, servía eficacísimamente para cubrir los depósitos del material de trincheras y el parque de artillería. La ocupación de ese último puesto no fué, con todo, lo económica de sangre que recomendaba Junot y se habían propuesto Clausel y Valazé. Al notarse la mañana del 30 el trabajo de los franceses en las Tejeras, salieron de la plaza unos 300 hombres, sacados de todos los regimientos de la guarnición, con el coronel de León

(1) Escribía Santocildes á Mahy el 26 de marzo por la noche: «La guarnición está animosa y así ella como yo preferimos el ataque al bloqueo que sufrimos. En las acciones de guerrillas he tenido tres heridos quando los enemigos, así por el fuego de éstas como por el de bomba y granada han perdido mucha gente.»

Don Félix Álvarez Acevedo á su cabeza, y dos piezas de á 4 que mandaba el teniente del arma D. César Tournelle, los que á la carrera y sin disparar un tiro asaltaron el parapeto alzado por los franceses, arrojándolos del otro lado de la altura y arrebatándoles sus armas, mochilas y útiles (1). Con éstos y con los que llevaban á prevención varios vecinos de Astorga que voluntariamente acompañaron á la tropa, el parapeto fué arrasado en corto tiempo, el que se calculó necesario mientras acudiesen los sitiadores á repeler la salida y vengar el revés sufrido. Y, con efecto, terminaba la obra de destrucción, tan felizmente emprendida, cuando se vieron extenderse por la llanura varias columnas procedentes de los cantones más próximos, alguna de las cuales, con una compañía de tiradores en vanguardia, se dirigía rectamente á las Tejeras. Los españoles, al verlas y observar las maniobras de la caballería que las acompañaba para cortarles la retirada, se acogieron tranquilamente á la plaza, cumplida su misión y entre

(1) Tan escasos andaban los franceses de útiles, que no llegándoles de Valladolid y no habiendo podido requisar en la comarca sino muy pocos, trabajaban en las trincheras con las manos, procedimiento que, según Belmas, les enseñó el general Taupín con el ejemplo en las obras emprendidas sobre la carretera de Galicia.

Pero una gran parte de aquellos trabajos eran ejecutados por los paisanos de los pueblos inmediatos, á quienes amenazaban de muerte si no acudían á las trincheras con sus útiles de labranza. Existe una representación del cura de Lucillo que, en nombre de los de otras varias localidades, dice «...á esto (los apremios y robos de todos los días) se añade la inaudita tiranía de obligar crecida porción de vecinos de cada pueblo á ir con palas, azadones, hachas y carros á trabaxar á las obras del sitio, haciendo de este modo que perezcan (y fueron muchos los muertos) á manos de nuestros hermanos, los valerosos defensores de la Plaza, amenazando, en caso de no compareeer, con la muerte, saqueo é incendio de los pueblos.»

los vítores del vecindario que desde los muros había estado presenciando su hazaña (1).

La noche siguiente, la del 1.° al 2 de abril, fué perfectamente aprovechada por los franceses que, no satisfechos con reparar el trabajo destruído de las Tejeras y perfeccionar los practicados en el huerto del Rulo y frente á Reitibia, reconocieron el convento de Santa Clara y se apoderaron de la fuente conocida por el nombre de la *encalada*, única de que se surtía la ciudad (2). Ya quisieron también enseñorearse del convento, rodeándolo Valazé con la tropa que llevaba y tratando de forzar la puerta; pero, advertidos los de dentro, rompieron un fuego tan vivo que los asaltantes hubieron de emprender la retirada á su campo. Mejor fortuna alcanzaron la mañana del 2 en el ataque del convento de Santo Domingo que como tan inmediato á las Tejeras les interesaba mucho ocupar, así por quitarse aquel estorbo para la conquista del arrabal de

(1) Belmas dice que una compañía de tiradores (voltigeurs) que acudió, obligó á los españoles á retirarse á Reitibia ¿Quién va á creer que 400 hombres con 4 piezas (porque ésta es la fuerza que les señala) van, una vez ocupada la altura, y con tal arrojo, van á retroceder ante una sola compañía francesa? La salida, una vez destruida la obra de los franceses, había llenado su objeto y, al acudir éstos á reconquistarla con cuantas fuerzas tuvieran á la mano, se retiró prudentemente y según se le tenía ordenado. El teniente de Lugo D. José Nouba fué herido gravemente al asaltar el primero la trinchera enemiga.

(2) Véanse dos párrafos que también reconocen una sola fuente. Dice Santocildes en su *Resumen histórico* «Igualmente ocuparon la fuente encalada, única de que se abastecía la ciudad, cuyos vecinos y guarnición se surtieron en lo sucesivo de los pozos potables, aunque salobres».

Belmas dice por su lado: «On s'empara de la fontaine située vis-à-vis du château: c'était l'unique source d'eau potable qui alimentait la ville, en sorte que la garnison et les habitants furent réduits à se servir de l'eau des puits, quoiqu'elle fût salée.»

La obra de Belmas es de 1837 y la de Santocildes de 1815.

Puerta del Rey, como por hallarse delante del frente elegido para el ataque. Por esas mismas razones comprendía Santocildes que su mantenimiento por las tropas de la guarnición les habría de ser costoso, además de estéril, privándose de una fuerza que no tardaría en serle necesaria para resistir las crisis supremas á que muy pronto iba á verse abocado. Así, después de alguna defensa, más por punto de honra que por lo útil ejecutada, hizo evacuar el convento, retirando también la gran guardia que presidiaba el de Santa Clara, al que hizo pegar fuego, como á algunas casas inmediatas, para inutilizar su ocupación por el enemigo.

**Trabajos de sitio.**

Los trabajos de sitio tomaron desde entonces un gran desarrollo. Había en derredor de la plaza sobre 16.000 hombres, y una gran parte de ellos se ocupaba en zapar abriendo trincheras y levantando parapetos en cuantos puntos creían sus ingenieros más propios para ofender á la plaza ó adelantarse á los muros que se habían propuesto derribar (1). Habían llegado, además, al campo francés dinero y útiles que llevaron de Rioseco los ingenieros que aún faltaban de la compañía de

(1) Ese número lo dieron tres soldados que salieron de la plaza las noches del 27 y el 28 de marzo con el fin de conocerlo y con el de trasladarse á la división García del ejército de la Izquierda, que, como saben nuestros lectores, se hallaba acantonada en el Vierzo. Estaba allí también el general Mahy que, al recibir el mensaje de Santocildes, le contestó con la siguiente lacónica carta. «He llegado, le decía, bueno y pienso ver á usted pronto, deme V. noticias de su salud, y si puedo servir en algo, pues tal es el objeto que me ha traido aquí.—Hoy 31 en Villafranca.»

Al traducir Belmas esta carta añade que Mahy anunciaba su llegada á Villafranca con un refuerzo de 3 á 4.000 hombres. No sabemos de donde saca el anuncio, pero entonces ¿qué queda de aquellos 10 ó 12.000 hombres que antes atribuía á aquel general?

zapadores del cuerpo de ejército, con lo que las obras avanzaban á ojos vistas, si bien ejecutándose siempre de noche como si se tratara del ataque á una plaza de guerra de primer orden. Se comenzaron los aproches al frente de ataque partiendo del convento de Santo Domingo por el arrabal inmediato; se atrincheró fuertemente la Fuente encalada y se levantó en ella una batería contra un imaginario castillo que no era sino el palacio del Marqués, todo él en ruinas; se construyó un rediente en las alturas de Santa Clara, de las que se hizo también arrancar un camino de comunicación con el barrio de San Andrés, y la artillería principió dos baterías en Val de Viejas; una, para tirar de rebote sobre el frente de ataque que cogía de flanco, y otra para lanzar granadas sobre la ciudad y el inmediato Reitibia. La obra, sin embargo, más importante fué la ejecutada en la noche del 7 de abril, el rediente, que entonces se acabó, del alto de las Tejeras y la comunicación, por su derecha, á la paralela proyectada en que habría de construirse la batería de brecha.

El sitiado, con la corta fuerza y los pocos recursos que estaban á su disposición, no podía oponer á tantas obras del enemigo más que algunas, todas negativas podríamos decir, si bien de resultado, las de incendiar cuantas casas había adosadas á los muros de la plaza ó que pudieran ocultar á los sitiadores en sus ataques á los arrabales. Esta operación producía á veces combates entre las avanzadas contrarias, tenaces las nuestras en proteger el incendio y decididas las francesas á estorbarlo en los edificios cuya ocupación pudiera servirles para hacerse dueños de los arrabales ó acercarse á la muralla que también pretendían minar. La mañana del 9, por

ejemplo, con el objeto de despejar el barrio de San Andrés, amenazado desde un mesón situado en una de sus extremidades, se hizo una salida que comenzó á incendiar las casas vecinas, haciendo retirar á los franceses que ya las ocupaban, y que hubieran quedado en poder de los nuestros, según los iba envolviendo una guerrilla de caballería que salió por un postigo inmediato, sin el nutrido fuego de fusilería que rompió la guarnición del puesto de Santa Clara, armado y guarnecido días antes (1).

**Situación de Astorga.**

La situación de la plaza se iba, así, haciendo más y más crítica. Ni era posible contener el avance de los trabajos hacia el muro por el frente, que ya Santocildes comprendía iba á ser el de ataque, ni las municiones que quedaban eran las suficientes para pensar en otra cosa que en reservarlas para los últimos momentos, los del asalto que no se haría esperar. Por mucho que fuera el optimismo de los sitiados, no se hacían tampoco ilusiones sobre la posibilidad de obtener socorro alguno de fuera, sabiendo cuán escasas eran las fuerzas con que contara Mahy para prestárselo y, sobre todo, cuál era el golpe de enemigos establecidos á su frente ó vigilando las avenidas, más que sobrado para permitirles abrigar esperanza alguna de salvación.

El general Mahy había obtenido el mando en jefe de todas las tropas y voluntarios que debían defender á Galicia en la nueva invasión de que se hallaba ame-

(1) Los franceses sufrieron varias bajas; los españoles, la de un soldado, un paisano y una mujer muertos y seis soldados heridos. Belmas dice que los franceses volvieron á avanzar hasta cerca de la muralla que se proponían minar, «pero que el enemigo arrojó desde lo alto del muro tantas piedras que fué necesario abandonar el trabajo».

nazado aquel reino. Entre esas tropas se hallaban comprendidas las de la 4.ª división del ejército de la Izquierda de que su general en jefe, el marqués de la Romana, había el 28 de febrero y desde Badajoz, encargado al general García, hiciera entrega á Mahy; y no hallándose éste presente en el Vierzo lo había hecho al brigadier D. Esteban Porlier, su segundo. Este se mantuvo, como su antecesor, en Villafranca, atento á lo que pasaba en Astorga pero limitando su acción militar á defender los pasos del Manzanal y Fuencebadón que lo separaban de los enemigos y rechazándolos con sus avanzadas siempre que trataron de superarlos. Ni era posible que la extendiese á más, sin fuerza, como se hallaba, para arrollar las numerosas que había situado Clausel frente á aquellas avenidas del Vierzo y Galicia. No contando con el regimiento de Benavente que estaba en la Puebla de Sanabria, Porlier tenía en Valdeorras el de Monterrey con 1.200 hombres y cuatro piezas de á 3, en Villafranca los batallones de Marina, el regimiento de Castilla y Buenos Aires con 1.160 hombres en su total, y en Ponferrada, por fin, el batallón ligero del Ribero con 850. ¿Qué podía, pues, hacer con poco más de 3.000 infantes contra más de 20.000 y 3.000 caballos del 8.º cuerpo de ejército francés que se iban concentrando en derredor de Astorga? Ni cabía al general Mahy, investido ya con el mando de Galicia y el de la 4.ª división del ejército de la Izquierda, el prestar socorro alguno á Astorga, pues todo el aumento de la fuerza acantonada en el Vierzo consistió en menos de 2.000 hombres llevados de Lugo sin caballería alguna ni artillería. Tuvo, pues, que reducir su acción á moverse mucho,

figurar fuerzas considerables acudiendo á cuantos parajes ofreciesen, al parecer, condiciones para tomar una ofensiva en que nunca pensó, y pidiendo raciones para miles de hombres que ni soñaba en tener, con tal éxito, sin embargo, que los enemigos, no sólo no se atrevieron á atacarle en sus acantonamientos, sino que llevaron sus preparativos de defensa á punto de hacer grandes cortaduras en los caminos que conducían á su campo (1).

Esto no excluía el combatir á los franceses siempre que se ofreciera á nuestras avanzadas y destacamentos una ocasión favorable. En Combarros, por ejemplo, tuvo lugar en los primeros días de abril un combate en que los enemigos cargaron con fuerzas considerables pero sufriendo graves pérdidas, entre ellas la de un oficial que, según lo suntuoso de los funerales que se le hicieron, debía ser de alta graduación ó de mérito relevante. En Pinilla también, cerca de Castrocontrigo, los franceses salieron escarmentados, á pesar de haber el enemigo verificado grandes cargas con la mucha caballería que llevaba y que resistieron con admirable sangre fría nuestros infantes de Sevilla, Toledo y Benavente que mandaba el coronel Nava, de este último regimiento. Esta acción hizo suponer al general Sainte-Croix, que no sólo en Alcañices y la frontera próxima á donde se dirigía estaban concentradas muchas fuerzas españolas y portuguesas, sino que en la parte

(1) Mal impresionado fué, además, á Villafranca el general Mahy cuando en una Memoria suya, que tenemos á la vista, se lee: «Desde luego tuve el disgusto de considerar aquella ciudad indispensablemente presa de los franceses, por no tener medios interiores para defenderse ni fuerzas exteriores que la sostuviesen».

del Vierzo tenía Mahy reunidos de 10 á 12.000 hombres.

La impresión de Sainte-Croix se comunicó al duque de Abrantes que, al recibirla, decidió aproximarse á Astorga con todo el 8.º cuerpo de su mando y la artillería que ya se estaba reuniendo con la mayor premura en Valladolid. Y, con efecto, el 17 de abril llegaba á su campo Junot que inmediatamente hizo el reconocimiento de la plaza, rodeado de un brillante Estado Mayor y seguido de una escolta de caballería numerosa. El mismo día ocuparon los pueblos más inmediatos toda la infantería que llevaba, resto de la del Cuerpo de ejército que había tomado parte en el sitio, y un gran convoy de furgones militares y carros del país que acompañaban á la artillería que también llegó con él. Regía el tren el comandante del arma, general Foucher, que lo había formado é iba á distribuirlo en las distintas baterías que los ingenieros le tenían ya construidas en los días anteriores, mejor dicho, en las veinte noches de los nunca interrumpidos trabajos desde la del 29 al 30 de marzo, en que se habían comenzado. Había habido sus dificultades en labor tan delicada, ya por el fuego con que los sitiados intentaban entorpecerla y las salidas que frecuentemente hacían, como por un temporal de lluvias con que la estación les favoreció. Varias veces quisieron los sitiadores obviar aquellas dificultades y aun la de la tardanza de su artillería apelando á la mina para abrir la anhelada brecha que les diera entrada á la ciudad; pero la vigilancia del presidio y su valor les demostraron siempre con elocuente escarmiento la inutilidad de aquel recurso. Porque si en la noche del 12

Llega Junot y da impulso á las obras.

comenzaron á construir hornillos al pie de la muralla que da al barrio de San Andrés, ocupado por ellos, las enormes piedras que los defensores arrojaron sobre la casa en que se guarecían y trabajaban los zapadores franceses, les hizo desistir de su arriesgada tarea. No había, pues, otro medio para abrirse paso que el de la artillería; y para cuando llegó al campo sitiador había preparadas á recibirla varias baterías, la de la huerta de Rulo para enfilar el frente de San Andrés, las que habían de enfilar también el de ataque y bombardear el arrabal de Reitibia, y la de brecha, construida á continuación y en el extremo derecho de la paralela que ya dijimos se había abierto en las Tejeras desde el convento de Santo Domingo, su extremidad izquierda. Ni las lluvias, volvemos á decir, que á veces inundaron las trincheras y deshicieron sus parapetos, ni el fuego de la plaza, falta de municiones y procurando reservarlas para la suprema crisis de la abertura de la brecha y el asalto, lograron impedir el término de aquellos trabajos, como, no en Astorga sólo, sino hasta en las fortalezas más formidables sucede por esas leyes de la poliorcética imposibles de contrarrestar. Ya intentaba hacerlo la guarnición y no perdonó su Gobernador sacrificio alguno para conseguirlo. Escasa la artillería de que le era dado disponer y, aun esa, de cortos calibres, era necesario reunirla si habia de hacer algún efecto sobre la gruesa del enemigo; y vista ya la intención en él de abrir brecha en la Puerta de Hierro, extremo occidental del frente amenazado y junto á la catedral, allí y en la huerta del palacio del Obispo, donde se elevó una batería para cuatro piezas, se reunieron casi todas. Las demás se destina-

ron á la defensa de Reitibia donde se había construído también un atrincheramiento cuyos fuegos, en combinación con los que pudiera proporcionar la inmediata casa de los Niños de Coro, aspillerada convenientemente, ofenderían á las columnas que saliesen de la paralela para el asalto.

Hace romper el fuego.

Todo eso y más era necesario; porque en la mañana del día 20, poco después del amanecer, rompieron los franceses el fuego con 18 piezas; cuatro de á 24, una de á 16, dos de á 12 y dos obuses en la batería de brecha, y las demás en la de la huerta del Rulo frente á Reitibia y á la nuestra del palacio episcopal. Estas hicieron poco efecto, contestadas por las de la plaza ó por la mucha distancia á que disparaban; pero las de la batería de brecha trabajaban con más éxito en la labor lenta pero eficaz de destruir el muro y poner fuego á la catedral, cuya magnífica sacristía comenzó muy pronto á dar señales de su rápida y completa destrucción.

La plaza contestó con una energía superior á la que permiten calcular los pocos medios con que contaba. Con decir que tenía que aprovechar los proyectiles enemigos de calibre igual al de sus piezas, y que la carga de los morteros se hacía á veces con piedras que se labraron á propósito, basta para que se comprendan el denuedo de los defensores y su resolución de resistir hasta los límites en que se acaban las fuerzas y se hace insuficiente el heroísmo. El muro, con todo, sin ser robusto, era más tenaz de lo que se calculaba y no cedió en aquel día al impulso de las balas, necesitándose esperar al siguiente para que ofreciese á la vista el ancho boquerón por donde lo pudieran asaltar las columnas enemigas.

Nueva intimación, rechazada también.

Antes de formar en la trinchera y sus plazas de armas las tropas destinadas al asalto, Junot creyó deber dirigir á la plaza la intimación de rendirse. Valiose, para hacerlo, de un cabo de los batallones del Rivero, cogido en Fuencebadón días antes, el cual, agitando una bandera blanca, se presentó en las obras avanzadas del arrabal de Reitibia. El duque de Abrantes le había encargado dijese al Gobernador que, no debiendo esperar socorro alguno de las tropas del Vierzo, batidas en todas partes, ni éxito tampoco en la defensa de una brecha que iba á ser atacada con fuerzas tan numerosas como las sitiadoras, sería gran temeridad el continuar la resistencia, por lo que le invitaba á rendirse, en el concepto de que, si no lo hacía en el término de dos horas, pasaría á cuchillo á cuantos se mantuvieran en la ciudad, y eso sin excepción de edad ni sexo. Ni la forma del mensaje era la usual en tales casos al confiarlo á un cabo español, ni fortaleza que resistía con tan valeroso empeño había de rendirse con la brecha abierta, es cierto, y anchurosa hasta poder dar paso á 25 ó 30 hombres de frente, pero no asaltada todavía. Así es que Santocildes contestó que la guarnición de Astorga esperaba el asalto resuelta á defenderse; y contestó por medio de un oficial que desde las avanzadas comunicara la respuesta al comandante de la primera enemiga que hallase en su camino (1).

(1) Una mala inteligencia llevó á aquel oficial hasta el sitio donde se hallaba Junot contra la voluntad de Santocildes que no pudo contestar al mensaje por el cabo que se lo había comunicado ni por un prisionero francés que se negaron terminantemente á desempeñar tal comisión. Belmás cuenta el suceso de una manera, á todas luces, inexacta y como en desdoro de la lealtad española. Dice así: «Pronto salió de la plaza un oficial español para tratar; pero como exigía condiciones inad-

El oficial, á quien se hizo reconocer las tropas francesas dispuestas para el asalto, dijo á Santocildes que en las trincheras y formados en varias columnas estaban unos 14.000 hombres esperando la orden de atacar la brecha y las obras exteriores de Reitibia. No eran éstas las por donde más debía temerse el ataque, pues que su asalto no había de afectar inmediatamente á la salud de la plaza por estar allí, puede decirse que intacto el muro; así es que el Gobernador á lo que principalmente y con la urgencia que el caso requería se hallaba dedicado, era á reforzar la brecha con cuantos obstáculos pudieran proporcionarle los pocos medios con que contaba y el talento de un oficial del regimiento de Santiago, D. Alejandro Benisia, que, por no haber ninguno de Ingenieros, se había empleado en desempeñar su servicio en cuanto le fuese dable. Se hicieron dos cortaduras, una á cada costado de la brecha y en el grueso de la muralla, cubriéndolas con costales y barricas, ya que no había sacos á tierra, gabiones ni faginas; y otra en la par-

---

misibles, se le despidió inmediatamente con la prevención de decir al Gobernador que á las dos horas se daría el asalto y que habitantes y guarnición serían tratados sin piedad. Por toda respuesta, los españoles dispararon un cañonazo sobre el punto de la trinchera en que el oficial parlamentario había sido recibido por el General en Jefe en medio de su Estado Mayor, donde se pensaba se hallaría aquel todavía. Este proceder dió la medida de la exasperación del enemigo. El fuego recobró nueva actividad de una parte y otra.»

Esta relación, volvemos á decir, no es exacta ni mucho menos. El fuego no había cesado por parte de los sitiadores, y se comprende muy bien porque en dos horas que se daban de plazo para resolverse á capitular ó nó, se podía trabajar en la brecha para dificultar mucho su acceso. ¿Es creible, además, que, dando al disparo del cañonazo la intención que hace suponer el relato de Belmás, hubiera Junot demostrado la consideración que manifestó á Santocildes al ocupar la plaza?

te interior, apoyado el parapeto en el muro por un lado y, por el otro, en la catedral para, así, cerrar el paso de los asaltantes al interior de la ciudad. Pero, como es fácil comprender, las cortaduras del muro no tenían foso, consistiendo en un espaldón de cuatro á cinco pies de altura y doce de longitud, esto es, la del grueso de la muralla. La baja, ejecutada en el interior y en mayor espacio naturalmente, tenía foso y parapeto con banqueta, pero, como las altas, sólo era capaz para el fuego de la fusilería.

Llegado el término del plazo dado por el duque de Abrantes; esto es, á las dos y media de la tarde del 21 de abril, se vieron dos columnas francesas, como de unos 1.000 infantes cada una, dirigirse al arrabal de Reitibia, decididas, al parecer, á ocuparlo, con el propósito, sin embargo, al decir de los historiadores de su nación, de distraer hacia aquella parte la atención de los sitiados (1). O no quisieron ó no lograron pasar de los puestos de nuestras primeras avanzadas, apoderándose tan sólo de uno de ellos, de que fueron muy pronto rechazados por la guarnición del arrabal que, al apoyo de las tres únicas piezas que lo artillaban, los acometieron á la bayoneta y los obligaron á retirarse. Otra cosa fué en la brecha, donde, aun vencidos los franceses, pudieron mal que bien establecerse. Media hora después de iniciado el ataque del arrabal, salieron de las trincheras opuestas á la brecha otras dos co- **Asalto.**

(1) Así podría calcularse; pero no debió ser un sólo batallón, como dice Belmás, el destinado al ataque de Reitibia, porque acometiéndolo por los dos frentes N. y O. del arrabal, cual se hizo, no hubiera podido imponer con tan escasa fuerza á los defensores.

lumnas de menor fuerza que las anteriormente mencionadas, como que no tendrían tanto espacio para hacer eficaz su acción militar. Componían entre las dos una fuerza de 700 á 1.000 hombres, sacados de los diferentes batallones de la división encargada aquellos días de las operaciones del sitio, y que se pusieron á las órdenes del capitán Lagrave, ayudante de campo del Duque, bajo la dirección, sin embargo, del general Thomières establecido con las correspondientes reservas en las trincheras de que iba á partir el ataque.

Dada la señal, salió de la trinchera la primera de las dos columnas con una sección de zapadores á la cabeza; pero, al llegar al pie de la brecha, ya necesitó que la reforzaran dos compañías de la segunda que acudieron en su auxilio desde uno de los edificios del barrio de la Puerta del Rey donde se habían establecido. El talud era todavía muy escarpado y, formado por los bloques de la mampostería del muro falto de terraplén,ofrecía mil dificultades para montar la brecha con el desembarazo que exige un asalto si ha de dar resultados inmediatos. Pero aun superadas á favor de la mútua ayuda de los asaltantes y de las escalas y demás útiles de que iban provistos, tenían ellos que subir uno á uno y en el desorden y la confusión y vacilaciones que son de suponer en hombres azotados, además, por el fuego incesante de los defensores que los diezmaban á su sabor. Aun así, llegaron varios franceses á coronar la brecha; y al ver el precipicio que se presentaba tras de ella, formado por el muro que caía al especie de plazoleta circunscripta por él y el nuevo atrincheramiento en contacto con la catedral, trataron de correrse á las cortaduras laterales y, no ganándolas, á una casa en

ruinas pegada también á la muralla, donde fueron muertos á bayonetazos cuantos lograron introducirse en ella. Aumentaban, entretanto, las fuerzas del enemigo, acudiendo más y más según veían los pocos progresos de los asaltantes y el riesgo que iban á correr los que aún se conservaban en la brecha merced á que los sitiados carecían de granadas de mano y proyectiles incendiarios de los que suelen ponerse en acción para casos tales. Nuestra artillería estaba reducida al silencio por falta de municiones, y el atrincheramiento de Reitibia y la casa de los Niños de coro, que tanto ayudaban á la defensa por lo próximos y flanqueantes de las columnas de ataque, estaban arruinados al fin de la tarde, de tal modo se había cebado en ellos la artillería francesa. Aun así, los franceses llegaron á cobrar tal respeto al paso desde sus trincheras al muro de la plaza, que á no sobrevenir la noche, hubieran concluído por abandonar á su suerte á los que, llevados por el honor militar, su denuedo y su deseo de terminar cuanto antes y felizmente sitio ya tan largo, se mantenían al pie y en los accidentes de la brecha (1).

Favorecidos, en fin, por la noche, aun siendo de lu-

---

(1) Dice Belmás: «El resto del batallón escogido para el asalto, había acudido al socorro de las primeras compañías; pero toda aquella gente, agrupada al pie de la brecha, no hacía sino aumentar la confusión. Nuestras tropas, detenidas ante el fuego del enemigo, sin poder desembocar (de las trincheras), se encontraban en una situación sumamente crítica. Pedíanse sacos á tierra y escalas, pero la comunicación de los ramales de trinchera más avanzados con la brecha estaba interceptado por los fuegos de la plaza y del arrabal de Reitibia, sobre todo por el de la casa llamada de los Niños de coro, exterior al recinto y que el enemigo había aspillerado y guarnecida con sus más hábiles tiradores. Se hizo imposible el hacer pasar un solo hombre; cuantos salieron de la trinchera, cargados de escalas y sacos á tierra, fueron muertos ó heridos».

na, y llegándoles las mochilas con que un granadero inventó el cubrirse, pudieron los franceses mantener la brecha, en la que acabaron por crearse un alojamiento con algunos tablones y hasta con los cadáveres de sus camaradas muertos en el asalto. Más tarde, no sólo perfeccionaron aquel establecimiento con cestones y extendiéndolo hasta la casa arruinada que volvieron á invadir, sino que abrieron á la zapa volante una comunicación, doble caponera que unió la plaza de armas de que habían salido con el pie de la brecha, pudiendo, de ese modo, reforzar á todas horas á los asaltantes. Muchas bajas tuvieron en el ataque de la brecha confesando los cronistas franceses más de 300, y muchas también, si no tantas, en el trabajo de la citada comunicación, tan vivo era el fuego que se les hacía de todas partes, especialmente desde la casa á que antes nos referíamos, de los Niños de coro (1). Pero ya había que desechar toda esperanza de salvación para Astorga. Se habían agotado las municiones de la artillería y quedaban muy pocas de fusil: no faltaban víveres para la guarnición aun privándose los vecinos de los suyos, y hasta se había desvanecido ilusión que hiciera forjar un aviso, pocos días antes recibido, de ir á ser muy pronto socorrida la plaza (2).

(1) A pesar de estar arruinada, dice Santocildes que se trataba de conservar todavía algún tiempo cuando se observó el trabajo de la comunicación que también la flanqueaba.

(2) Quedaban 20 tiros de cañón de á 4 y de á 8, una bomba, una granada y 30 de fusil por plaza; y lo que era peor, las piezas estaban inútiles, unas por desfogonadas y otras por haberse roto las cureñas, para las que no había reemplazo en el parque. En el parte de Junot puede verse esto confirmado con la relación del material recogido al tiempo de la entrega de la plaza.

El aviso era del brigadier de Marina D. José Meneses, que

Viendo, pues, á media noche que terminaba fatalmente y sin poderlo impedir el trabajo de la trinchera que iba á inundar de fuerzas la brecha, cuyo asalto y el inmediato después de la ciudad serían inevitables, Santocildes convocó á los jefes de la guarnición á fin de que, atendidas tan críticas circunstancias, le aconsejaran la conducta que, en su concepto, debería observar antes del amánecer, en que iba á tener lugar el último y ya decisivo ataque. Capitulación.

La opinión fué unánime en cuanto á ser imposible continuar la resistencia y más difícil aún el abandono de la plaza por las tropas que la habían defendido: no había tiempo para disponerlo en condiciones de éxito ante ejército tan poderoso como el francés, mucho más ignorándose dónde se hallaba el español, si es que existía en las inmediaciones; y aquel abandono, sobre todo, implicaba el de los habitantes de una ciudad que, habiendo mostrado tan heróica abnegación, serían sacrificados por sus implacables enemigos. Acordóse, en consecuencia, enarbolar bandera blanca en los muros al romper el alba y dirigir al campo de los sitiadores un jefe de los de la plaza que propusiera á Junot una capitulación honrosa, rechazando cualquiera otra que no dejara á salvo la reputación militar de las tropas y la

---

decía en él: «Sr. Gobernador: Luego, luego tendrá V. un socorro poderoso.—El Comandante general de la vanguardia de Galicia.—J. M.»

¿Si sería destinado este aviso á ser cogido por los franceses? Porque no se comprende que Meneses se propusiera animar con una mentira, á todos manifiesta, á hombre tan denodado y pundonoroso como Santocildes, que verdaderamente no necesitaba de estímulos para cumplir con su deber. Ni podía tampoco engañar á Junot que, aun exagerándose las fuerzas de Mahy, sabía perfectamente que le sobraban á él para impedirlas prestar toda clase de socorros á Astorga.

salud y hacienda de los habitantes de Astorga. Comunicado después ese acuerdo al Ayuntamiento por el mismo Santocildes, fué aprobado, convencidos los concejales de que no cabía otra resolución, ni más prudente y digna ni más favorable á los intereses del vecindario que representaban (1).

Al punto de amanecer del 22 y cuando los sitiadores, alojados sólidamente en la brecha, se disponían á un nuevo asalto, se enarboló la bandera blanca y salió de Reitibia el teniente coronel D. Pedro Guerrero, del regimiento de Lugo, que á las dos horas volvía á la plaza con la capitulación escrita, tal como había sido estipulada con el duque de Abrantes.

Concedíanse en ella á la guarnición los honores de la guerra, deponiendo las armas á cien pasos de la plaza y quedando como prisionera, pero con sus mochilas la tropa y con sus equipajes los oficiales; se respetarían el culto de la religión católica y los objetos todos á él destinados en los lugares mismos en que se veneraban, y fuera de las cajas de fondos militares y civiles del Estado, las armas de las compañías de voluntarios y los almacenes de la artillería é ingenieros, todo se haría respetar, culto, propiedades é individuos (2).

Aún hubo más: al salir Santocildes, acompañado del corregidor y dos regidores, á avistarse con el duque de Abrantes para recomendarle los habitantes, pedirle permiso para enviar al general Mahy copia de la ca-

(1) Uno hubo, el licenciado Costilla, que, viejo y todo, y aun reconociendo la imposibilidad de continuar la defensa, exclamó en un momento de exaltación patriótica que le arrancaba la idea ó el temor de ver atropellada su ciudad natal: «Muramos como los Numantinos.»

(2) Véase la capitulación íntegra en el apéndice núm. 4.

pitulación y rogarle además que no dejase entrar en la plaza tropa alguna francesa hasta haberla evacuado completamente los soldados españoles, á todo accedió el francés menos al envío del oficial á Mahy con la noticia de las estipulaciones firmadas. Y escribía después el general Junot en su parte á Berthier: «Una hora después el gobernador mismo salió de la plaza á entregarme su espada, pidiéndome para la guarnición y para él los honores de la guerra. Yo se los concedí, devolviéndole la espada por el comportamiento de la guarnición en la tarde y la noche de ayer.» (1).

«Así cayó Astorga, dice Belmás, después de veinticuatro días de trabajos (2). Se había considerado aquella plaza como una bicoca, de la que pronto se daría cuenta porque no estaba cerrada sino por una sencilla muralla; pero esa muralla era sólida (¡qué había de serlo!) y la guarnición estaba muy decidida á defenderse. Sin embargo, si desde la apertura de los trabajos se hubieran tenido útiles y artillería, es probable que la plaza no se hubiera sostenido diez días apenas.»

Tomado por los franceses el castillo de Montjuich de Gerona, decía Verdier á su ministro de la Guerra que no se necesitarían sino ocho ó diez días, á lo más, para someter el resto de la ciudad. De ese modo también Loison ofrecía á Berthier tomar Astorga á los seis días de que le llegase la artillería.

¿Por qué, pues, se apresuró tanto el general Junot

---

(1) Según Schépeler, Junot, al devolverle la espada, dirigió á Santocildes las siguientes palabras: «Un si vaillant soldat ne doit pas en être privé.»

(2) Fueron más y llevaba de bloqueo desde el 11 de febrero.

á conceder capitulación tan favorable á los defensores de Astorga?

En la ignorancia en que estaba de los recursos con que contarían en víveres y municiones de fusil que no le era dado conocer, ya que el fuego, harto lento, de cañón le demostraba la escasez de las de artillería, temió la guerra, que tan experimentada tenía, de las calles. Era imposible que á ningún francés de los que se habían hallado en los sitios de Zaragoza se le olvidasen los terribles episodios, llenos de horror y sangre, que habían presenciado en las calles de la ciudad heróica. La misma elección del frente de ataque en el de la plaza de Gerona, era debida á la circunstancia de que, verificado por el Mercadal, se hacía precisa la ocupación de la ciudad casa por casa y calle por calle, con lo que no sólo se haría más lenta sino costosísima y quizás problemática, lo cual no sucedería por los procedimientos del arte militar por los sitios de donde todo se dominaba, fortalezas, población y campo,

¿Quién le aseguraba á Junot que después de un 22 de abril semejante al 4 de agosto de Zaragoza, no vendría una lucha igual en las calles de Astorga, tan terrible y bochornosa como la que había, repetimos, presenciado en la ciudad del Ebro?

El caso es que, contra lo que los mismos defensores de Astorga temían, el duque de Abrantes, tan arrogante y despótico como se le consideraba, no sólo se apresuró á aceptar convenio tan honroso para los españoles sino que lo hizo respetar religiosamente á sus subordinados (1).

(1) Si hizo fusilar á un soldado español, Tiburcio Alvarez, después de la capitulación, fué por haber atentado á la vida

Bien elocuentemente revelaba sus temores al recomendar al general Clausel que no dejase matar un sólo hombre inútilmente.

A pesar de eso, las bajas de los franceses en Astorga fueron considerables, más de las de 160 muertos y 400 heridos que confesaron, ascendiendo las de los españoles á las cifras de 49 de los primeros y 90 de los segundos (1).

Finalmente, á las dos de la tarde de aquel día 22 de abril de 1810 salió la guarnición de Astorga por la puerta del Obispo, formada en columnas, con banderas desplegadas y tambor batiente, y por vanguardia la sección de caballería espada en mano; siendo, después, conducida á la Bañeza y más tarde á Francia (2).

El sitio de Astorga obtuvo los aplausos de toda la

---

de un ayudante del general Boyer, no se sabe si con razón ó sin ella.

(1) Véanse en el apéndice núm. 5 los estados de fuerza y de bajas de franceses y españoles, así como el de los principales objetos de artillería encontrados en la plaza el día de su capitulación. Santocildes eleva á 5.000 el número de las bajas de los franceses. Nos parecen muchas, Schépeler dice que 2.000, Príncipe que 3.000.

(2) En su marcha fueron tratados los prisioneros con la mayor inhumanidad. El camino quedó sembrado de cadáveres de los infelices soldados á quienes las enfermedades contraídas en el sitio, la fatiga ó el hambre hacían detenerse un momento ó procurar su evasión, ya que eran tratados tan cruelmente. Y aun cuando no necesitamos buscar testimonios para los que recuerden cómo se trató á los prisioneros de Zaragoza, Gerona, Uclés y Ocaña, vamos á aducir el de una de las personas más interesadas en ofrecerlo favorable á los franceses. La célebre duquesa de Abrantes, mujer de Junot, que se halló en Valladolid durante el sitio de Astorga, nos describe la marcha de los prisioneros españoles de un modo tan elocuente que hemos creído deber trasladar á nuestros lectores la interesante narración que hace de ella en el libro que publicó con el título de «Souvenirs d'une Ambassade et d'un séjour en Espagne et en Portugal, de 1808 á 1811».

Véase el apéndice núm. 6.

Nación que recompensó á sus mantenedores con una cruz de honor, y á la ciudad añadiendo á sus títulos de *Noble y Leal,* que ya ostentaba, el de ***Benemérita de la Patria*** y la autorización para elevar en su Plaza Mayor un monumento que perpetuase la memoria del valor y la constancia de sus hijos. En cambio no debieron satisfacer en Madrid las condiciones de la capitulación, porque en la orden del día 3 de mayo hacía el general Belliard estampar la siguiente frase, á todas luces inexacta, que hizo pública la *Gaceta:* «La plaza de Astorga se ha rendido á discreción el 22 de abril. Tres mil prisioneros, que han sido cogidos en ella, están en camino para Francia. El Sr. Duque de Abrantes. Comandante del 8.° Cuerpo de exército, mandó dar el asalto á la plaza y nuestras tropas se apoderaron y penetraron por la brecha con el mayor valor, perdiendo poquísima gente.»

**En Extremadura.**

Por activa y cruenta que fuera la lucha en Asturias y su antigua y clásica metrópoli, había entablada otra en Extremadura que imponía más á los enemigos de España por lo próxima á su nueva conquista de las provincias andaluzas. Ya vimos en el capítulo anterior cómo el mariscal Mortier, burlado en su intento de apoderarse de Badajoz, se había retirado á Llerena, observando al mismo tiempo que aquel país no se sometería á la dominación francesa con la facilidad que el andaluz. Los extremeños, aun con el ejemplar del año anterior y el abandono en que se veían del ejército inglés que había trasladado su campo á la cuenca del Tajo, seguían mostrándose más y más decididos por la causa nacional.

Se hallaba entre ellos el marqués de la Romana,

nombrado nuevamente, como también dijimos, por la que pudiéramos llamar efímera Junta revolucionaria de Sevilla para el mando del ejército de la Izquierda que, después de algunas dificultades, le entregó el duque del Parque, destinado á Cataluña. Romana, renunciando á que se le incorporase la 4.ª división, acantonada en el Vierzo á las órdenes del general García, por lo distante sin duda y por lo transcendental de la misión que se la tenía encomendada, distribuyó las tropas, ya medianamente reorganizadas desde su descalabro de Alba de Tormes, en una extensa línea que, partiendo de Ciudad Rodrigo, donde quedó también la división de vanguardia que mandaba Carrera, iba por Alburquerque, Campo Mayor y Badajoz, á Olivenza, formando su extrema derecha la división Ballesteros, 3.ª del ejército, la cual observaría las avenidas de Sevilla. Ese ejército, organizado en cuatro grandes divisiones, podía contar con unos 26.000 infantes, 3.000 caballos y alguna, aunque muy poca, artillería; pero nunca para maniobrar reunido contra los imperiales que se iban aglomerando á su frente, por el estado, sobre todo, de la caballería, falta de ganado hasta el punto de deberse reducir á unos 1.000 los caballos y esos diseminados por los pueblos de Extremadura para irse poco á poco reorganizando en los regimientos de su procedencia (1). Mas por el pronto, para no dejar en reposo ni un momento á las tropas francesas con que Mortier operaba en las comunicaciones de Andalucía, apoyadas en la cordillera de Sierra Morena

El Ejército español.

(1) Véase en el apéndice núm. 7 el estado de fuerza de aquel ejército.

y en último término en el Guadalquivir, se brindaron al Marqués varias partidas extremeñas y á su cabeza, principalmente, D. Antonio Morillo, individuo de la Junta de Badajoz que salió al campo con muchos de los que componían la famosa Cruzada que tantas veces hemos citado en esta historia como digna de imitación y, con efecto, imitada por los gerundenses con el éxito más brillante. La acción de Valverde al sorprender el 19 de febrero en aquel pueblo al general Beauregard, que mandaba cerca de 1.000 caballos, hace mucho honor á Morillo, entre cuyos jinetes tanto se distinguió la guerrillera María Catalina López, que citamos en el tomo precedente, herida en el combate nocturno calificado por un historiador de *salvaje* según el encarnizamiento que en él mostraron los extremeños.

La hazaña de Morillo llevó á Mortier á los Santos y luego á Llerena, pero procurando, á la vez, escarmentar al valiente guerrillero que, así, fué rechazado el 1.° de marzo por el coronel Musnier en Jerez de los Caballeros, al tiempo que otra columna francesa perseguía al teniente coronel Valladares que, al frente también de una fuerte guerrilla, maniobraba en Sierra Morena sobre las comunicaciones de los imperiales con Sevilla (1).

---

(1) Con tanto calor se tomó en Extremadura el imitar el sistema de guerra de las demás provincias invadidas, que, como en ellas, tomó también su parte y muy importante el clero. El día 5 de marzo cuatro religiosos del convento de San Agustín de Jerez de los Caballeros presentaron al marqués de la Romana 21 franceses, hechos prisioneros por una partida nuestra de caballería en Fuente de Cantos; recibiendo, como es de suponer, del General y de la Junta de Badajoz todo género de muestras de gratitud por su patriotismo y de consideración por sus servicios.

Pero, aun ofreciendo aquella lucha los caracteres de la entablada por nuestro pueblo en todas las provincias, las tropas de Romana eran allí las llamadas á, observando el nublado que se condensaba hacia la parte de Salamanca, evitar por lo menos que ejerciese su exterminadora acción sin obstáculo alguno sobre Ciudad Rodrigo y la frontera de Portugal.

De ese destino para el ejército de la Izquierda resultó la situación eminentemente estratégica que le había impuesto el marqués de la Romana al tomar su mando. La del Ibor, que ocupaba antes para hacer frente al 2.º cuerpo francés establecido en Talavera y sus inmediaciones de la derecha del Tajo, era insostenible ahora que el 5.º de Mortier, saliendo de Andalucía, podría envolverla y hasta cortar la retirada á las tropas españolas que se empeñaran en sostenerla. Había, pues, que elegir nuevas posiciones en que no se corriese tal peligro y desde las que, espiando los movimientos del enemigo por sus dos avenidas del Guadalquivir y el Tajo que se le dejaban despejadas, se pudiera, no sólo proteger las comarcas extremeñas, cuya dominación se conservaba, sino impedir en cuanto fuera posible la invasión del vecino reino entendiéndose con el ejército inglés que parecía no estar llamado á otra misión que la de defenderlo. La línea, pues, anteriormente señalada de Ciudad Rodrigo á Olivenza, con sus jalones, puede decirse, en Alburquerque, sostenido por la 2.ª división que mandaba el mariscal de campo D. Carlos O'Donnell, Campo Mayor y Badajoz por la 1.ª del de igual graduación D. Francisco Xavier Losada, y Olivenza y la frontera hacia Huelva que mantendría Ballesteros, y al apoyo, toda ella, de la divi-

sión inglesa de Hill, establecida en Elvas, contribuiría á paralizar la acción de Mortier y Reynier en Extremadura, evitando á la vez que éstos prestasen ayuda alguna á Ney y Massena en sus proyectos contra Portugal.

Intimación de Ney á Ciudad Rodrigo.

Había sido, con efecto, atacada la plaza de Ciudad Rodrigo por el duque de Elchingen que acababa de regresar á Salamanca á consecuencia de aquel despacho, que ya trascribimos, en que Napoleón atribuía la derrota de Tamames á la ausencia del mariscal. No se le había incorporado el general Loison, que el mismo día 11 de febrero, en que Ney avistaba á Ciudad Rodrigo, se ponía delante de Astorga; pero, aun así, el 6.º cuerpo que esperaba reunir muy pronto una fuerza de 30.000 infantes y 6.000 caballos, contaba entonces con cerca de 20.000 de los primeros y 2 ó 3.000 de los segundos. Y, caso raro, el procedimiento que usaba Loison en Astorga; esto es, el de enviar al gobernador un parlamentario con la intimación de que entregase la plaza para, contestado como vimos en su lugar, retirarse, era el que seguía Ney en Ciudad Rodrigo, aunque no sin ensayar también el de imponerse con un cañoneo que debía suponer infructuoso tratando con españoles, estimulados, además, con tan instructivos ejemplos como acababan de dar sus compatriotas en todas partes.

El día 11, pues, aparecieron las avanzadas de Ney ante los muros de Ciudad Rodrigo, y el 12 y al presentarse en el llano próximo dos fuertes columnas de infantería y caballería que esparcieron por todas las avenidas de la Ciudad numerosas partidas de ambas armas, llegó á una de nuestras grandes guardias un oficial

francés que entregó un pliego que, con efecto, iba dirigido al gobernador de la plaza y contenía la consabida intimación.

Era el gobernador D. Andrés Pérez de Herrasti, brigadier desde 1795, «militar antiguo, dice el conde de Toreno, de venerable aspecto, honrado y de gran bizarría, natural de Granada como Alvarez el de Gerona, y que, así como él, había comenzado la carrera de las armas en el cuerpo de guardias españolas.» Brindábale la fortuna con la ocasión de inmortalizar su nombre, y la aceptó gustoso con el propósito, mejor dicho, con la ambición de ejecutar una hazaña que, si no pudiera tomar las proporciones aterradoras de las de Zaragoza y Gerona, sería por las condiciones de la plaza y la masa enorme de los enemigos que iban á atacarla, pero nunca por falta de heroismo y resolución, iguales en él y sus subordinados. Así es que la contestación que Herrasti dió al mensaje de Ney fué tan enérgica, lacónica y elegante como las de Palafox y Alvarez. Decía así: «Como Presidente de la Junta Suprema de Castilla la Vieja, como Gobernador de Ciudad Rodrigo y como militar, tengo jurada la defensa de esta plaza por su legítimo Rey D. Fernando VII hasta perder la última gota de mi sangre: así pienso cumplirlo, y toda la guarnición y habitantes de ella están resueltos á lo mismo, que es la única contestación que da á la propuesta que se le hace.»

Los franceses se pusieron á alardear en derredor de la plaza con su caballería, particularmente, fraccionada en grandes partidas, algunas de las cuales llegaron á veces al alcance de nuestros cañones cuyo fuego logró dispersar á las más audaces. Pero lo que más contuvo

la natural petulancia de los jinetes enemigos fué la salida de los lanceros de D. Julian Sánchez que, apoyados en otras partidas de guerrilla que organizaron algunos oficiales de la guarnición, los escarmentaron rudamente y, todos juntos, hasta los desalojaron de una eminencia próxima desde la que parecían atalayar la plaza y el campo, teatro aquel día de tantas y tan accidentadas escaramuzas. Parece, sin embargo, que Ney no quería retirarse sin haber saludado á la plaza; y en la noche del 12, valiéndose de la obscuridad, hizo plantar una gran batería en la falda del Teso de San Francisco, de donde rompió un fuego violentísimo con los cañones y obuses de campaña que llevaba. Contestóle la plaza con ventaja por el mayor calibre de su artillería; con lo que, á las dos horas de haberlo roto, cesó la enemiga en su cañoneo, que ni siquiera la sirvió para imponer al bello sexo que en Ciudad Rodrigo se manifestó dotado del mismo valor é igual abnegación que el de las demás comarcas y ciudades españolas. Resultado; que, al amanecer del día 13, desaparecieron los franceses de la vista de la plaza, retirándose por el camino de San Felices, seguidos de nuestros guerrilleros que causaron bastantes bajas en la retaguardia que iba cubriendo su marcha (1).

(1) El oficial de Ingenieros M. de Maltzen, citado anteriormente en esta obra y cuyas cartas sobre su estancia en España publicó no hace mucho el vizconde de Grouchy, cuenta así aquel ataque: «El 10 de este mes salimos de aquí (Salamanca) con 12.000 hombres de infantería y 2.000 caballos para reconocerlas posiciones del enemigo y en la creencia de que presentarnos delante de Ciudad Rodrigo y venírsenos á las manos las llaves de la plaza iba á ser todo una misma cosa. Llegamos allá el 12, bien entrada la mañana. En seguida se ordenó el cerco; pero antes de hacer un solo disparo, el general envió al

Aquel intento de ataque tenía, mejor aún que éso, el carácter de un reconocimiento de la plaza que muy pronto sería objeto de agresión formal y decisiva; y combinado con las exploraciones hechas en la frontera por destacamentos que, al dirigirse á Ciudad Rodrigo, esparció Ney por toda ella, parecía como si quisiera el experto mariscal anticiparse á las previsiones del Emperador, manifestadas en uno de sus despachos el mismo día precisamente en que el 6.° cuerpo estaba satisfaciéndolas (1).

El ejército de la Izquierda tenía, pues, una misión muy importante que desempeñar, la de defender á Extremadura de la ocupación francesa amenazándola siempre, cubrir la frontera de Portugal que no tardaría

---

gobernador un parlamentario con proposiciones de capitulación. Como la respuesta del gobernador fué la que correspondía á un hombre pundonoroso, avanzaron nuestros tiradores y se rompió el fuego por todas partes. A la noche el mariscal mandó á la plaza cien granadas y un segundo parlamentario: todo inútil, pues, al fin y al cabo, como no teníamos artillería de batir ni medio alguno de imponer al enemigo, hubo que desfilar pocas horas después.»

No es exacto lo del segundo parlamentario ó no llegó á la plaza.

(1) En su despacho de 12 de febrero, Napoleón hacía decir á Ney: «que no había un momento que perder para inundar en lo posible, las avenidas de Portugal con fuertes patrullas de caballería á fin de saber lo que pasaba, alarmar á los ingleses é impedirles que se dirigiesen al Mediodía, anunciando también su llegada (la del Emperador) con 80.000 hombres».

Du Casse dice: que el rey José había dado á Ney la orden de sitiar á Ciudad Rodrigo y que, no pudiendo hacerlo por falta de un tren y por no hallarse todavía en disposición de oponerse á la acción de los ingleses que podrían atacar al ejército sitiador, se limitó á presentarse ante la plaza é intimar la rendición al gobernador. En ninguna parte aparece tal orden y, dando asenso á la aseveración de Du Casse, habrá que suponer que el Intruso daría á Ney la orden verbalmente al volver el mariscal á ponerse á la cabeza del 6.° cuerpo desde Madrid, donde se hallaba cuando las jornadas de Tamames y Alba de Tormes.

mucho en ser invadida según los preparativos que se observaban, y sobre todo, las plazas de Badajoz y Ciudad Rodrigo, las dos puertas, que son, del vecino reino por aquella frontera. La mayor parte del 2.° cuerpo de ejército francés, poco después de la intentona de Ney sobre Ciudad Rodrigo, abandonó el Tajo con el fin de trasladarse al Guadiana para, como dijimos antes, darse la mano con el 5.°, estableciendo su jefe, Reynier, el cuartel general en Mérida, no, empero, sin escalonar algunas fuerzas en Trujillo, donde fortificó un convento, y en Puente del Arzobispo para mantener la comunicación con el Tiétar y Toledo por medio de un cuerpo móvil.

Operaciones de Reynier.

Pero acosado Mortier por Ballesteros y las guerrillas que no cesaban de hostilizar á sus destacamentos, y en vilo Reynier entre dirigirse á Badajóz, inconquistable para él, ó volverse al Tajo y al Duero para servir de reserva al ejército de Massena, en vías de formación, las operaciones de uno y otro de aquellos generales adolecían de una flojedad, si impropia de franceses, justificada por las circunstancias y la situación de nuestro ejército en Extremadura. Si el destacamento de Trujillo se resolvía á una expedición á Cáceres con la probabilidad, que le deban sus noticias, de sorprender á la tropa española establecida en aquella capital, pronto tendría que retroceder, aun mandándola el hábil general Foy, rudamente escarmentada por la división O'Donnell, puesta, según tenemos dicho, en la fortaleza de Alburquerque.

El 12 de marzo, con efecto, salió camino de Cáceres el general O'Donnell con 2.500 infantes y 200 caballos, avistando á los enemigos junto al Salor, cuyo puen-

te hubieron éstos de pasar precipitadamente, temerosos de verse antes alcanzados y envueltos por nuestras tropas. Los choques en la larga marcha que los franceses hubieron de emprender para no ser cortados, fueron varios y á veces sangrientos, teniendo no pocas que formar en cuadro para resistir los ataques de los jinetes españoles, y sufriendo bajas que debieron elevarse á más de 150 entre muertos y heridos.

Así se contrabalanceaba la fuerza de unos y otros en las tierras altas de la divisoria entre el Tajo y Guadiana, sin ventaja conocida de las dos partes. Alguna, sin embargo, obtuvieron los españoles con paralizar la acción de Reynier, impotente para emprender ni la más insignificante contra Badajoz (1). Más viva era la lucha en la margen izquierda del segundo de aquellos ríos. Si los acontecimientos, que luego referiremos, de la serranía de Ronda, donde, como en Córdoba y Jaén, habían aparecido partidas de guerrilla en número considerable á los pocos días de haber el rey José visitado aquellos lugares, llevaron á Sevilla al mariscal Mortier, quedó en Extremadura el general Gazán con 3.000 infantes y 500 caballos, concentrados generalmente en Santa Olalla, atento á lo que, como en los términos de Badajoz y Mérida, pudiera ocurrir en la provincia de Huelva, tan importante para el abastecimiento y hasta para la defensa de Cádiz. El gene-

Las de Gazán.

(1) Du Casse dice: «Las dos partes libraron en aquel país diversos combates de que no hablaremos porque no dieron resultados. El 2.° cuerpo recibió más tarde nuevo destino, y el duque de Treviso se aproximó á Sevilla, renunciándose por el pronto al sitio de Badajoz». Es una manera, como otra cualquiera, de anunciar el fracaso de un proyecto no poco importante.

ral Ballesteros tenía precisamente señalada aquella zona estratégica para teatro de sus operaciones, con la misión de hostilizar, por un lado, á Gazán y distraer, por otro, á las fuerzas francesas de Sevilla que no dejarían de acudir á su encuentro. Y tan acertado era el pensamiento de Romana y Ballesteros en esa parte de su acción militar que, después de atacar Ballesteros al general francés en el Ronquillo y vencerle el 26 de marzo llevándole hasta la ribera del Huerva, amenazaba al coronel príncipe de Ahremberg en su camino á Moguer, obligando al mismo mariscal, jefe del 5.º cuerpo, á abandonar Sevilla para acudir al socorro de aquellos, sus más inmediatos subordinados.

**Acción del Ronquillo.**

La acción del Ronquillo fué muy reñida. Gazán se había retirado de Santa Olalla temiendo el ataque de los españoles que sentía muy próximos y que, al llegar ya de noche á la vista del Ronquillo, trabaren con los franceses una fuerte escaramuza con el objeto de que se detuviesen allí hasta el día siguiente en que pudieran atacarlos á la luz del sol. La tres guerrillas destinadas á aquella operación cumplieron como buenas; y á las nueve de la mañana del 26, acalorado ya el combate, los franceses emprendieron la retirada hasta abrigarse con la ribera del Huerva, donde formaron para recibir de nuevo á los nuestros y acometerlos al ver que se detenían ante el obstáculo que los separaba. Tres horas duró el combate sin adelantar un paso ni unos ni otros; pero quedando los españoles dueños del campo conquistado, donde Ballesteros firmaba su parte el día siguiente.

**La de Zalamea.**

Arrojado así Gazán del territorio de Extremadura, señalado á su mando, Ballesteros se dirigió contra

Ahremberg, á cuyo socorro, según tenemos dicho, acudió Mortier desde Sevilla con cuantas tropas había allí reunidas de su cuerpo de ejército. En su marcha halló á Ballesteros junto á Zalamea la Real cuando el 15 de abril verificaba éste el paso del río Tinto que tendría el francés que atravesar. Eran las fuerzas muy desiguales: pero, aun así y dirigidas las francesas por tan experto general, las de Ballesteros resistieron el paso del río y, si fuera verdad el parte publicado por la *Gaceta de Madrid*, con el denuedo y la obstinación que haría suponer la pérdida de hasta 800 de los soldados españoles que en aquel se le atribuye. La verdad es que Ballesteros se retiró con corta pérdida á la sierra de Aracena donde lo perdió de vista el duque de Treviso. Con esa diversión ejecutada por el mariscal, el príncipe de Ahremberg invadió á sus anchas el condado de Niebla y las tierras de Ayamonte, poniendo en huída á la Junta nueva de Sevilla y ejerciendo todo género de exacciones y violencias en un país que, por eso, se mostró en adelante sumamente hostil á los franceses.

**La de Barba de Puerco**

También tomaron parte en aquella lucha los ingleses que tenían sus acantonamientos en la frontera portuguesa, avergonzados, sin duda, de permanecer impasibles á la vista, puede decirse, de los enemigos, ó atacados por ellos; que no los habían de respetar los franceses cuando estaban reuniendo fuerzas para, según la frase de Napoleón, arrojarlos al mar. En la noche del 19 al 20 de marzo, por ejemplo, atacaron los franceses la posición de Barba de Puerco, ocupada por un destacamento inglés y dos partidas españolas, una de 40 infantes y la otra de 16 caballos. Con su primer ímpetu de siempre, los franceses arrollaron nuestras

avanzadas; pero, al acercarse al pueblo, vieron á los ingleses formados en batalla con los españoles en el centro y en su flanco izquierdo, que los rechazaron gallardamente, aun siendo el número de los aliados muy inferior al de los enemigos que era de más de 1.500 hombres. Estos volvieron á San Felices, de donde habían salido, con pérdidas graves, sobre todo en oficiales que con su ejemplo querían resistir la activa persecución que sobre ellos ejercieron á porfía ingleses y españoles.

Pero ni esos combates por frecuentes y reñidos que fuesen, ni los que algo más tarde volvieron á entablar por Ayamonte, Niebla y la sierra de Aracena los generales Ballesteros, Copóns y Montijo, como hacia Badajoz y Cáceres el marqués de la Romana, O'Donnell, D. Carlos de España y Morillo, daban otro resultado que el de entretener á las tropas francesas en su espera de los ejércitos que les enviaba de refuerzo el Emperador.

En Andalucía.

Otro tanto sucedía en la serranía de Ronda, que no había acabado de atravesarla el Intruso en su viaje á Málaga cuando ya se hallaba infestada de guerrillas, y en la sierra de Córdoba y las comarcas de Baeza, Bujalance y Jaén, donde los patriotas tenían muchas veces que pelear con sus mismos convecinos, seducidos ó amedrentados por los invasores. En tierra de Ronda, particularmente, la lucha ofrecía un carácter tan rudo qne acabó por atraer á Sevilla al duque de Treviso cuando más engolfado estaba en sus operaciones contra Ballesteros, y por producir medidas de represión que, más que resultados beneficiosos y gloria, valieron á Soult una fama de crueldad poco envidiable.

Decimos en uno de nuestros trabajos históricos (1): «De contrabandistas en un principio, habituados á las alarmas y peleas; de aldeanos después, enrojecidos con la ira de ver cómo se atropellaba sus intereses y personas; de soldados, por fin, salidos de las fortalezas del litoral, fueron muy luego formándose partidas que atacaban á los destacamentos franceses establecidos á retaguardia del ejército sitiador (de Cádiz). Unas estaban compuestas de jinetes que, si no lograban sorprender al enemigo, podían burlar su venganza por la velocidad de sus caballos; otras, de unas cuantas docenas de peones buscando en las emboscadas ó con estratagemas, rudas y todo, el castigar la arrogancia y las depredaciones de que eran víctimas ellos mismos ó sus paisanos de las aldeas próximas; y las había también compuestas de las dos armas con guerrilleros á su frente, que lograron adquirir fama entre los propios y respeto de los contrarios por su osadía extraordinaria é instinto militar. Sin contar los célebres cabecillas de las Alpujarras, entre los que descollaba por sus excelentes y, á veces, contradictorias condiciones el tan celebrado alcalde de Otivar, D. Francisco Caridad, el Pastor, Juan Soldado, la Cruzada y otros varios, cuya enumeración sería larga, se mostraron tan incansables en acechar los movimientos del enemigo, en impedirlos ó castigarlos, como en infundir aliento á los serranos con su patriótico ejemplo».

**Reconquista de Ronda.**

Antes que esos heróicos partidarios de la independencia española, divididos luego entre sí y contrapues-

(1) **«Nieblas de la Historia patria». «El alcalde de Montellano».**

sus salidas les procuraban víveres y provisiones de ningún género. Al traspasar el dintel de las puertas de Ronda se encontraban ya al alcance de las balas de los serranos y media hora después, se veían abrumados por un sinnúmero de ellos, verdadero enjambre de las que llamaban *moscas de la montaña* que no cesarían de hostilizarlos hasta que se acogieran á sus fuertes y alojamientos. Cada convoy, á cuyo encuentro tenían que salir, les costaba bajas de consideración por su número ó la calidad de ellas que los serranos podían elegir cubiertos con las peñas y la costumbre, que allí tiene todo el mundo, de las armas de fuego. Con decir que los franceses nunca pudieron reducir á su devoción á los habitantes de Montejaque, á media legua de Ronda, y que Grazalema resistió el asalto de tres regimientos de infantería y algunos húsares del 10.°, haciendo una gran matanza en ellos, se comprenderá la tenaz y pa-

---

balcón que estaba junto á mi cama, que la trasladaron á la pieza inmediata. Mis patrones vinieron á anunciarme, esforzándose á conservar serenidad, que los montañeses estaban al fin de la calle, que ganaban terreno y que iban á tomar por asalto la ciudad vieja; añadieron que tomarían precauciones para ponerme al abrigo del furor de los serranos hasta la llegada del general Valdenebro, que era su pariente, y escondieron apresuradamente mis armas, mis uniformes, y todo lo que podía llamar la atención de los enemigos. Sus criados me trasladaron en seguida á lo alto de la casa, detrás de una capilla dedicada á la Virgen María, mirando este lugar sagrado como un asilo inviolable. Buscaron también dos curas para que me protegiesen en caso necesario. Una señora anciana, madre de mi patrona, quedó sola conmigo, y se puso á rezar; daba vueltas con más ó menos viveza á las cuentas de su rosario según que los combatientes y el ruido de las armas de fuego anunciaban que el peligro se aumentaba ó disminuía. Hacia medio día se alejó poco á poco el fuego y luego cesó del todo. El enemigo fué rechazado en todos los puntos y mis compañeros luego que se apearon vinieron á contarme la acción».

No diría Víctor Hugo que aquellas paredes decían á Rocca *¡Vete!*

triótica defensa que desplegaron los rondeños en sus montañas. Es necesario trasladarse con la memoria á las antiguas sublevaciones de los moriscos para formarse una idea aproximada de la clase de guerra que allí hubieron de resistir los franceses. Las fogatas que anunciaban la proximidad de los serranos; la algarada á los pocos momentos con sus gritos de guerra, sus imprecaciones y retos; su sequito de mujeres y muchachos animándoles al combate y provocando á la venganza y al saqueo; la osadía de todos, el arrojo de los más bravos, y hasta la prontitud de sus resoluciones, lo mismo para avanzar que para entregarse á la fuga más desordenada, en todas partes deshonrosa menos en España para tales ocasiones; todo eso, y cuanto la fantasía puede concebir de original y extraordinario en la guerra de los años posteriores á la reconquista de Granada, se representaría allí á los franceses, por poco instruidos que se hallaran de la historia de nuestra patria.

Y lo que pasaba en Ronda y su serranía, el mismo género de guerra, hazañas semejantes y hecatombes parecidas tenían lugar, hacia Antequera y Málaga por un lado y hacia Arcos, Vejer y Tarifa por otro, tierras asaltadas y puestas á tributo por los franceses, defendidas con el mayor encarnizamiento por sus naturales y las tropas que de Cádiz y Algeciras corrían en su ayuda. Pero en todas partes también y como entre moros y cristianos españoles de los antiguos y nuevos tiempos, la misma discordia é iguales rencores se abrigaban en los jefes que regían las partidas encargadas de alarmar, vencer y destruir á los enemigos que ocupaban nuestras más importantes poblaciones.

**Ortiz de Zárate.**

El que más simpatías había sabido inspirar á los patriotas era D. Andrés Ortiz de Zárate, conocido generalmente por «El Pastor», hombre activo cuyo talento ó instinto guerrero atrajo á su lado á los contrabandistas más famosos de la comarca y á los naturales que, en tratos con ellos, tenían mayor afición á la vida aventurera. Era muy conocido en Gibraltar y pronto entró, además, en las gracias del general Jácome á quien había enviado la Regencia al campo de San Roque para dar calor á la insurrección en el país, pero enviando á Cádiz cuantos desertores encontrase allí del ejército del Centro y de los cuerpos batidos por los franceses desde Sierra Morena á Sevilla y la Isla. Era Ortiz, por otra parte, de carácter muy independiente y no ambicioso; por lo que, y hallando en los serranos cierta animosidad hacia los oficiales del Ejército, enviados por Jácome para atender á su organización, pronto se indispuso también con esos mismos oficiales y con los que, llevados de otros propósitos, se mostraban sus rivales, considerándose tan capaces como él ó más para dirigir la naciente sublevación, que se estaba verificando, contra la invasión francesa. Antes que él habían visitado la serranía inmediata al campo de San Roque los generales Echavarri y Conde del Montijo; pero, sea por no hallar á los habitantes dispuestos en su favor, ó por la expedición de Latour Maubourg desde Medinasidonia hacia Aljeciras, la cual coincidió con otra de las tropas de Málaga á Marvella, aquellos abandonaron la tierra para acogerse á Gibraltar y Cádiz. Quedó, pues, sólo Ortiz en Jimena, donde estableció su cuartel general, llamando á sí á los dispersos de los distritos inmediatos de la Sierra con el aliciente de los socorros que se le ha-

bían ofrecido en la plaza inglesa y el mayor aún de una pequeña victoria que consiguió sobre los franceses de Medinasidonia en una de sus expediciones. De los ingleses era, con efecto, de quienes Ortiz esperaba protección más eficaz, pues, además de algún armamento y municiones que le proporcionaron, consiguió le acompañasen dos oficiales de la guarnición de Gibraltar que, visitando la Serranía y haciéndose cargo del fruto que podría sacarse del estado de insurrección en que se hallaba, inclinarían al gobernador del Peñón á estimularle á la lucha con nuevos y más poderosos socorros. Eso daba á Ortiz cierta independencia respecto á los jefes militares que Jácome sostenía; con los que, sin embargo, después de la expedición á Ronda á las órdenes del brigadier González, y de otra á Arcos con los oficiales ingleses, que acabaron por abandonarle al ver las profundas divisiones suscitadas entre los jefes españoles, hubo de distribuir el territorio, teatro de las operaciones, estableciendo el centro de las suyas en Jimena mientras el general Serrano Valdenebro se situaba en Gaucín con el mando de la parte oriental de la tierra en su caída al Mediterráneo.

Pero, acaso por eso mismo, se produjo en la Serranía toda, desde Tarifa y Gibraltar hasta Antequera y Málaga, una situación que, por lo caótica, era imposible que diera resultado alguno para la defensa, ni aun para distraer al enemigo de sus operaciones sobre Cádiz, Extremadura y Murcia. Porque, aun habiendo en toda aquella tierra cerca de 4.000 hombres alzados en armas entre fuerzas móviles, urbanas y regulares del ejército, unos obedecían al Pastor, otros á Valdenebro y otros, en fin, á una Junta que se había establecido

también en Jimena, más propia para debilitar que para dar energía á la sublovación. La fuerza de Ortiz estaba en las guerrillas, y él, no sólo procuraba aumentar la suya, sino que formaba otras nuevas, las ya citadas de Juan Soldado (D. José Ruiz Falcón) y la de la Cruzada, reunión de frailes y legos reclutados en los conventos de toda aquella tierra y que en ocasiones prestaron servicios de alguna importancia (1). La de Valdenebro consistía principalmente en oficiales y tropa del ejército y estaba apoyada en parte por el general Jácome que, aun apreciando el mérito de Ortiz y animándole en sus empresas, no podía prescindir de su carácter militar para comunicarlo á cuantas operaciones tenía á su cargo en el distrito que la Regencia le había confiado. La Junta de Jimena era, peor que nula, perturbadora, á punto de haberse concitado como autoridad el odio de sus administrados, quienes hubieran un día dado cuenta cruel de los que la componían si no hubiera corrido á salvarlos el mismo Ortiz que, por fin, la disolvió con aplauso de todos y no poco beneficio para el país (1).

**El Alcalde de Montellano.**

Pero la situación, repetimos, de la Serranía era caótica, ineficaz para producir los resultados que debían

---

(1) La escolta del general Rey fué cerca de Antequera dispersada por ellos, salvándose él á fuerza de correr y de lo próximo de sus cantones.

(1) La Gaceta del 22 de mayo publicó un llamamiento *A los patriotas de las serranías de Ronda*, en que después de elogiar la conducta que observaban por lo patriótica y esforzada, les decía: «¿Queréis ser enteramente dignos de la gloria que habeis adquirido? Olvidad toda semilla de agitación y de discordia y no ajeis con un rencor, impropio de hombres valientes, los lauros que os adornan. ¿Qué os importan esos corazones pusilánimes que vencidos del desaliento y del miedo se han condenado á la inacción? Abandonadlos á su degradante

esperarse del entusiasmo de sus habitantes por la causa nacional y de la debilidad que, á pesar de sus 80.000 soldados, imponían al enemigo su inacción delante de Cádiz y las atenciones suyas respecto á los ejércitos de Romana y Blake sobre sus flancos y retaguardia.

Uno de los rasgos más sublimes de la abnegación patriótica que, contra lo que se esperaba al ocupar los franceseses las provincias andaluzas, se despertó en algunos de sus distritos, en los más montuosos por supuesto, fué el que ha hecho ilustre y eternamente memorable á D. José Romero, alcalde de Montellano, villa de alguna importancia situada en la margen del Salado de Morón, afluente del Guadalquivir por bajo de Sevilla.

Ese rasgo, decimos al describirlo en otro libro, merecería un poema; tan digno es de admiración por el heroismo y la lealtad que revelan en su autor, por su caracter, sobre todo, peculiar de la nación que ha elevado el personalismo hasta hacerlo la fuerza más viva, más eficaz para la conservación de sus fueros y de su independencia.

Romero había asistido voluntariamente y á sus espensas á las jornadas de Alcolea y Bailén con dos de sus hijos, los mayores, uno de los que había de morir

---

nulidad y vosotros marchad fieramente á vuestro fin. Este es uno, uno solo para los bizarros españoles: perseguir, matar franceses...».

¿Se escribiría esto para condenar la conducta de Ortiz que en sus desfallecimientos frecuentes por efecto de las discordias con sus rivales de la Serranía y los jefes de las tropas, solía retirarse á Gibraltar? ¡Vaya, pues, un modo de alentar al patriota más encendido y habil de cuantos combatían por la causa nacional en las tierras de Ronda!

después en la de Ocaña, defendiéndose solo y largo rato de seis coraceros franceses. El general Castaños, considerando la falta que haría á su familia, compuesta de la madre de Romero, ya octogenaria, de su mujer, cinco hijas, y otro hijo, de doce años entonces, le obligó á retirarse á Montellano, donde, como hemos dicho, ejercía el cargo de alcalde. La muerte de su hijo en Ocaña y la nueva invasión, después, de los que habían de matarlo en Andalucía, debió aumentar, si era posible, la ira patriótica que abrasaba su corazón: y al presentarse el 14 de abril de 1810 en su pueblo un destacamento de 300 enemigos que se dirigían á vadear el Guadalete por encima de Arcos, se decidió á resistirlos con los vecinos que, igualmente entusiasmados, se ofrecieron á ello. Los franceses, al verse hostilizados, apelaron á su habitual sistema de guerra en tales casos, al incendio del pueblo, deteniéndose ante la casa del alcalde, donde dejaron siete de los suyos muertos al pie de las rejas del piso bajo, con otros 17 en las afueras al retirarse, con el propósito firme, sin embargo, de vengar tamaña afrenta. Y con efecto, el 22 de aquel mismo mes invadía la villa el coronel Bonnemain del 5.° de Cazadores á caballo, con muchos de infantería y un cañón que llevaba para arrasar, si fuese necesario, la casa de nuestro alcalde. Ardió el pueblo, pero la casa de Romero resistió como la primera vez; y el enemigo, en vista de la inutilidad de sus esfuerzos y sintiendo la aproximación de las guerrillas que acudían de Puerto Serrano y Algodonales al socorro de sus compatriotas, volvió á retirarse con más de 150 bajas en muertos y muchas más de heridos que le causaron los de Montellano. D. Gaspar Tardío, jefe de la ca-

ballería, y D. Francisco Salcedo, que mandaba á los peones que fueron al socorro de Montellano, necesitaron mucho tiempo y de argumentos de gran peso para convencer á Romero de que abandonase una población toda ella arruinada por el incendio y en cuyas calles no quedaban sino cadáveres, miseria y desolación. Romero contestaba siempre: «Alcalde de esta villa, este es mi puesto». La *Gaceta* del 5 de junio de aquel año explica, con todo, el por qué de la traslación de Romero á la inmediata villa de Algodonales, donde, por último, iba á hallar el gloriosísimo término que á tan heróica conducta correspondía. Dice así el órgano oficial de la Regencia, copiando el parte de las autoridades de Algodonales:

«Viendo Tardío la total ruina de Montellano, pues el enemigo había convertido sus edificios en escombros; y que Romero se hallaba en su casa con su mujer y seis hijos, expuestos á ser víctimas del furor de los bárbaros, le propuso que se viniera á esta villa, á lo que respondió que de ningún modo abandonaría á Montellano por ejercer en él la real jurisdicción; pero haciéndose cargo de que era inútil su presencia por no haber vecindario, cedió, finalmente, y fué traido con su familia á esta villa, que le ha recibido con el mayor júbilo, gloriándose de abrigar á tan acendrado patriota».

Algodonales como Olvera, inmediatos al Guadalete, eran los pueblos de más fácil tránsito, y por consiguiente, los más frecuentados por los franceses en su paso de Utrera y Morón á Ronda, los en que, como en el también próximo Puerto Serrano, se apostaban nuestras partidas de guerrilla para cubrir la Serranía por aquella

parte (1). Lo que habían hecho con Puertollano que era la población que los franceses hallaban en esa marcha, tenían, pues, que hacerlo con las que acabamos de mencionar; y el 1.° de mayo se presentaron ante ellas en mayor número y mejor pertrechados de artillería que en las expediciones anteriores. Fuesen 3 ó 4.000, según sus historiadores, ó 6 y hasta 10.000 según los nuestros, es indiferente para el caso: iban á la Serranía donde se habían propuesto despejar de enemigos las inmediaciones de Ronda, y esto abona el aserto último, pero les sobraba el número para la *hazaña* que ejecutaron en Algodonales. Allí no existía más fuerza que la de los vecinos, eso sí, resueltos á defenderse animados con la presencia del héroe de Montellano. La artillería francesa y el incendio produjeron su natural efecto, y en la mañana del 2 se hacía verdadera la frase empleada por el Prefecto de Sevilla de que *en adelante en el mapa de aquel hermoso reino se vería señalado como desierto el lugar que ocupaba la fértil villa de Algodonales*. No quedaba, efectivamente, en pie, aunque agujereada por todas partes y presa de las llamas en alguna, más que la casa de D. Carlos Marcos Martel que habitaba su amigo Romero con toda su familia, hecha objetivo único de la furia francesa, pues que el vecindario todo había abandonado el pueblo y refugiádose en los montes inmediatos.

Romero no quiso huir y, rodeado de llamas y entre

---

(1) Bory de Saint-Vincent dice en su *Guía* y con referencia al año de 1812 en que se retiraba con su jefe, el mariscal Soult, de Cádiz: «Aún blanquean por allí esparcidos los huesos de gran número de franceses sorprendidos por los guerrilleros en aquel paso peligrosísimo» (el de Zaframagón).

varios de sus hijos y parientes que no se habían tampoco decidido á abandonarle en tan terribles momentos, dió su último aliento por la patria que tiene hoy olvidada hasta la memoria de sacrificio tan sublime en sus aras (1).

Ataque á Tarifa.

También Tarifa había sido objeto de un ataque de los franceses en las expediciones que, partiendo del campo sitiador de Cádiz, habían dirigido á lo largo de la costa extendiéndose por Conil y Vejer hasta Aljeciras y el campo de Gibraltar. Era gobernador de Tarifa el coronel D. Manuel Dabán cuando el 21 de abril se presentaron los franceses á la vista en número de unos 600 infantes y 100 caballos, emprendiendo á las nueve de la mañana la entrada en la plaza, cuyos muros coronaba una gran parte del vecindario. Pronto conocieron los franceses la imposibilidad de franqueár-

(1) Fernando VII debió encargar á D. José de Madrazo un cuadro que representara la catástrofe de Romero, porque existía en poder del ilustre pintor una carta autógrafa de la viuda, destinada á dar cuantos detalles se pudieran creer necesarios para la obra. Hela aquí para que nuestros lectores satisfagan la curiosidad que han de sentir por conocer los últimos momentos de nuestro heróico compratriota. «En la villa de Algodonales, dice, á donde se fué con su familia, fué atacado por todo el pueblo por más de cuatro á cinco mil hombres de infantería; él estaba en casa de D. Marcos Martel, que da frente al Norte, en una calle ancha que llaman la Plaza. Duró la acción desde la mañana temprano del 1.º de mayo hasta las nueve de la mañana del día 2. En el primer día fué tomado todo el pueblo, y desde la tarde del 1.º hasta la hora de las nueve, sólo atacaban su casa; le prendieron fuego y continuaba la más vigorosa resistencia, hasta que por la ventana principal de la pieza interior que baja al jardín, fué herido de muerte, que espiró en los brazos de su mujer, quedando la defensa de la casa sólo á cargo de D.ª Gerónima Romero, su hija, de 17 años, y al de su hermano D. José María, de 12; ellos dos se batieron por más de una hora en la misma pieza y ventanas donde fué muerto el padre, hasta que cayó doña Gerónima, herida de bala, por un Quadril, entonces, desplomándose ya la casa su-

sela; pero aún pudieron convencerse más al sentir la salida de unos 60 ingleses que, mandados por el mayor Brown, que se había metido en Tarifa con un fuerte destacamento procedente de Gibraltar, los rechazaron valientemente hasta hacerles abandonar la empresa y acogerse al abrigo de otra fuerza de 400 hombres que habían dejado en reserva lejos de la plaza.

Conducta de Soult.

Tal cúmulo de trabajos, tantos intentos de pacificación frustrados, y reveses que mal podían esperar los que, al entrar en Sevilla, considerábanse dueños tranquilos del Mediodía de España, irritaron á los franceses á un grado que bien pronto dejaron ver sus autoridades con medidas, más que arbitrarias, draconianas. El mariscal Soult, por conducto de un comisario regio que, para mayor vergüenza, llevaba apellido español conminaba de una manera bárbara á los pueblos que careciendo de guardia cívica no tuvieran, por con-

---

bieron las tropas y se apoderaron de ésta. Habían ya muerto antes Antonio Arenilla, su criado; D. Francisco Ascanio, que le acompañaba, de 70 años; la hija mayor de Romero, la 3.ª, y una pequeñita de pecho; quedaron vivos: D.ª Ana Dorado, su mujer, gruesa, de 42 años, de estatura regular; D.ª Gerónima, de estatura mediana, rubia, delgada; D.ª María del Rosario, de 7 años, morena, y su hijo D. José María, de 12 años, de buena estatura. D. José Romero, que era de edad de 45 años, grueso, redondo de cara, de 5 pies y dos ó tres pulgadas, buen color, pero tomado, y ojos azules. La pérdida de los franceses en esta acción fué grande, pero no se sabe fijo; pero arrastraron muchos muertos de la casa de Romero. El cadáver de Romero fué echado en una porción de trigo que ardía, por la mujer é hijos para que no lograsen tomarlo los franceses.»

La viuda de Romero anduvo mucho tiempo solicitando una recompensa que no sabemos que obtuviese aun reconociendo las Cortes su perfecto derecho á ella; el hijo mayor, á pesar de sus servicios en la época de 1820 al 23 y de cuatro lanzazos recibidos en Graa, era teniente graduado de capitán en 1839, y el menor, D. José María, alferez de Artillería en 1817, moría en Logroño el año de 1865, retirado del servicio, después de haberlos prestado eminentes en la anterior guerra civil.

siguiente, fuerza con que resistir la entrada de las tropas y guerrillas españolas, sino que también á cuantos facilitasen recurso alguno de los que ellos pidieran; y eso con multas que mal podían pagar en su situación, y castigos que no era fácil lograran eludir sino acogiéndose á las filas mismas de sus compatriotas. El artículo 9.° da la medida de la rabia que llegó á producir la resistencia de los rondeños en el ánimo del mariscal francés que Napoleón decía haberle concitado más enemigos con sus robos. Estos son sus términos: «No hay ningún ejército español fuera del de S. M. católica el REY D. JOSEF NAPOLEÓN; así, todas las partidas que existan en las provincias, cualquiera que sea su número, y sea quien fuere su comandante, serán tratadas como reuniones de bandidos, que no tienen otro objeto que los robos y el asesinato. Todos los individuos de estas compañías que se cogieren con las armas en las manos, serán al punto juzgados por el preboste, y fusilados: sus cadáveres quedarán expuestos en los caminos públicos (1). Y no satisfecho con ese bando, que llevaba la fecha del 9 de mayo, publicaba Soult el 15 otro señalando recompensas pecuniarias á los que pre-

(1) Precisamente donde no había ejército español era en el campo de José Napoleón: allí no militaban más que cuatro ilusos, sin conciencia de sus deberes ante una nación tan traidoramente invadida, y los prisioneros de nuestros reveses que se alistaban en los regimientos del Intruso para evitar su marcha á Francia y con la intención de desertar de ellos á la primera coyuntura que se les presentase.

La Regencia, esperando que Soult desistiría de la ejecución de sus amenazas, no contestó por el pronto á su bárbaro bando; pero, burlada en sus esperanzas, dictó el 15 de agosto otro, considerando al duque de Dalmacia indigno de la protección del derecho de gentes; añadiendo que por cada español que pereciese á consecuencia de las órdenes de Soult, serían ahorcados tres franceses.

sentaran desertores de las tropas del Rey José, y castigos severísimos á los pueblos y hasta á los padres que los ocultaran. ¡Decretos ineficaces contra el patriotismo y que sólo revelan la impotencia de un partido que se vé rechazado por todos los pueblos, sin otro apoyo que el de una fuerza extranjera, de todos también aborrecida como su bastardo representante y sus inicuos satélites!

El efecto de aquellas violentas medidas fué el que la previsión más vulgar debía haber adivinado: las fuerzas populares crecieron en los territorios de Andalucía propios para la resistencia; las tropas leales acudieron en su auxilio según lo permitían el sitio de Cádiz y las atenciones que estaba llamado á cubrir el ejército de Extremadura, y los generales franceses, Soult principalmente, no pudiendo desconocer que sus providencias se volverían contra él mismo y los suyos, hubo de revocarlas, sin evitar ya, empero, que la historia las juzgase como indignas de un hombre á quien la fortuna había elevado á tan grande altura.

El alcalde de Otívar.

El alzamiento en la Alpujarra no fué tan inmediato como el de la serranía de Ronda á la invasión de los franceses en Andalucía. El general Sebastiani, si había tenido que acudir á algunos puntos de la costa de Málaga antes y después de recibir la visita del rey José, nada le obligaba á distraer sus fuerzas en la áspera cordillera que separa á aquella ciudad y su feracísima comarca de la ciudad y comarca granadinas, rivales suyas en belleza, fertilidad y renombre. Hasta los primeros días de junio no ardió en aquellas montañas, nevadas varios meses del año como las más altas que son de la Península, el fuego de la insurrección, prendido y

luego fomentado por un alcalde, también, como el de Montellano, heróico cual él, lleno de entusiasmo é inspirándose del mismo modo en el patriotismo más puro. El alcalde de Otívar, D. Juan Fernández y Cañas, apodado *Caridad* «por la mucha, según decimos en otro libro, que usaba para con sus compatriotas, ó por la ninguna, quizás, que ejercía en sus aborrecidos enemigos los franceses», tuvo más suerte que Romero, pues que llegó á ver independiente el patrio suelo, á lo que con abnegación tan sublime había contribuído. En otro capítulo veremos los eminentes servicios que prestó en los principios de su aventurada carrera de guerrillero; ya que la cronología de los sucesos históricos que vamos narrando nos lleva á parte distinta en que por aquel tiempo se estaban desarrollando otros también trascendentales para la guerra en que se veía comprometida España.

Ejército del Centro.

En los días que iban corriendo entonces, el ejército del Centro, derrotado en Sierra Morena y mal que bien, en mayor ó menor número de sus elementos, reconstituído, según dijimos, en Guadix y Baza á las órdenes del general Blake, fué reforzándose con los contingentes que le llegaban de las provincias próximas hasta reunir sobre 12.000 infantes, 2.000 caballos y varias piezas de artillería (1). Al reorganizarse, había quedado como parte del que ocuparía á Cádiz, com-

(1) Ese ejército se organizó después apareciendo varias divisiones suyas en Cádiz y las demás, las de que ahora se trata, en Murcia. En el apéndice núm. 8 puede verse la fuerza que tenía en septiembre de 1810, y se pone su estado íntegro para que sirva también al estudio del sitio de Cádiz, como ahora á fin de que se conozca la organización de la parte existente en Baza y Murcia, aun cuando no esté completa su fuerza.

puesto de tres divisiones de infantería, las 1.ª, 3.ª y 5.ª, mandadas por el general Elío y los brigadieres Sanz y Creagh, una de reserva, á las órdenes del brigadier Ríos, y dos de caballería que mandaban los también brigadieres Ladrón de Guevara y Osorno. Después se creó un depósito de instrucción con cerca de 2.000 hombres y 800 caballos, inclusos en esa suma los de algunas compañías de artillería y del tren.

Esa fuerza, imposibilitada por el pronto de tomar la ofensiva contra el ejército enemigo más próximo, que era el del general Sebastiani, se dedicó á impulsar el alzamiento de partidas en las montañas de Cazorla y Úbeda y proteger á las que desde un principio recorrían las tierras de la izquierda del Guadalquivir por Bujalance, Jaén y otros pueblos, de donde amenazaban las comunicaciones de Granada con Córdoba y el centro de la Península. Hasta se dirigió alguna correría por la costa haciendo punta sobre Almería y Motril, la que fué rechazada por los generales Bélair y Godinot que acudieron inmediatamente desde Vélez Málaga y Granada. También hubo el general Blake de trasladarse con una gran parte del ejército hacia Valencia, amenazada, como luego veremos, por Suchet; pero, conjurado el peligro, volvió á la frontera de Granada para reunirse á Freire que había quedado cubriéndola con otra parte, la menor, de las tropas españolas.

No habían pasado muchos días de ésto cuando, llamado á Cádiz el general Blake para dar una organización, todo lo robusta que las circunstancias exigían, al ejército, y mandando Freire en Murcia, decidió Sebastiani invadir aquella provincia al frente de 8.000 hombres de todas armas. El general español de-

bió considerar que el ejército, cuyo mando acababa de confiársele, no podría oponerse con éxito á la marcha de los franceses, por más que en el camino que habrían de seguir hubiera posiciones ventajosas, como se probó después con el establecimiento del campo de la Venta del Baúl en las alturas que separan á Guadix de Baza. El caso es que Freire no quiso esperar á Sebastiani que, á mediados de abril, emprendió la invasión de Murcia por Baza y Lorca, y, por el contrario, se retiró á Alicante, metiendo, sin embargo, 4.000 hombres de sus tropas en Cartagena á las órdenes del brigadier Otedo que mandaba entonces la 3.ª división.

Invasión de Murcia.

Así, y con la fuga de las autoridades, de los sujetos de mayor distinción, lo más granado del vecindario y hasta las monjas y frailes de los conventos, no halló oposición de ninguna clase el general Sebastiani, quien el 23 de aquel mes hacía su entrada en Murcia con alguna autoridad municipal que salió á recibirle para obtener, como lo hizo, de él la promesa de respetar la vida y las propiedades de los habitantes, el culto y sus objetos. Pero, empezando por la casa misma en que fué alojado donde, aun hallándose gravemente enfermo el dueño, cometió toda clase de exacciones y atropellos, y siguiendo por la catedral, que despojó de cuantos fondos poseía con alardes de irreverencia harto escandalosos, y por cuantos establecimientos civiles y religiosos contenían también dinero y alhajas, no respetó Sebastiani nada, absolutamente nada de cuanto había prometido, ofreciendo á sus subordinados el ejemplo, que imitaron muchos, de la mayor rapacidad y desenfreno. No acabaríamos nunca de dedicarnos á recordar los inicuos procedimientos puestos allí en jue-

go por aquel general, nada sorprendentes, sin embargo, en quien los había usado tan torpes y ultrajantes en Málaga, su anterior conquista, para saciar la sed de oro que le devoraba y sus instintos brutales (1).

Al día siguiente, 25, salía de Murcia Sebastiani en dirección de Lorca, pero después de haber anunciado que iba á establecer en Orihuela su cuartel general; y el 26 desaparecía de la comarca hasta el último rastro de franceses. Y es que las noticias que le llegaban de Granada y Málaga eran no poco alarmantes. En Málaga habían entrado los serranos al partir Peiremont en auxilio de la guarnición de Ronda que, como antes dijimos, se le reunió en Campillos el 19 de marzo; y aunque, al regresar de su jornada, restableció la tranquilidad y no sin provecho personal suyo por los regalos que obtuvo de los malagueños, sin duda por las venganzas á que se entregó y los asesinatos que, como en desagravio de la invasión de los patriotas en la ciudad, ejerció con insólita crueldad, las partidas de guerrilla no dejaron de acercarse y de interceptar los caminos de Granada, Ronda y Marbella.

Por este último lado era por donde las partidas ejercían su principal acción. Combinadas con las de Ronda y las fuerzas de Valdenegro establecidas en Gaucín y Es-

(1) «En la misma noche (la del 24), dice una relación de lo sucedido en Murcia, fueron cinco oficiales á la casa de Misericordia y trataron de exigir del director 100 onzas de oro, que por último quedaron reducidas á 10, á que se añadieron más de 20 arrobas de plata perteneciente á la iglesia. Llevaron al director á presencia de Sebastiani y ambos con los oficiales volvieron á la Misericordia, donde escogieron una muchacha que llevaron al alojamiento del general, y devolvieron á la madrugada».

Y dice Schépeler: «Era una costumbre turca, es verdad, pero introducida por extranjeros civilizados».

tepona, se hicieron tan temibles que fué preciso destinar varias columnas francesas para perseguir á nuestros guerrilleros, los cuales no dejaron á veces de escarmentarlas. El coronel Berton, gobernador de Málaga después de Peiremont, se dirigió el 3 de mayo con unos 600 hombres á Marbella, y el 6 volvía sin haber hallado á los serranos pero con algunos soldados de menos que habían desertado á nuestro campo. Y no fué éso lo peor sino que, al llegar, supo que se estaba fortificando el castillo de Marbella, que tan gallardamente había luego de defender el célebre sargento mayor de Málaga, D. Rafael Ceballos, y ante el que comenzaron por estrellarse; primero, el general Noireau, á mediados de mayo, sufriendo graves pérdidas, y después el general Rey que, al ir por Ronda y Mijas, fué también batido y se desvió, avergonzado, de su empresa. No era para menos cuando un General que ya había alcanzado merecido crédito, veía su escolta y ayudantes dispersos por una que bien pudiéramos llamar bandada de frailes; y él mismo, con un gran cuerpo de las mejores tropas, era maltratado por los á que su jefe amenazaba con los castigos señalados á los ladrones, asesinos y traidores, nombres con que únicamente designaba á los mantenedores de la causa española.

Y que esas noticias, las de los primeros sucesos que acabamos de mencionar por supuesto, debieron producir la resolución en Sebastiani de regresar inmediatamente á su gobierno del reino de Granada, lo demuestran los caminos que tomaron sus tropas al retirarse de Murcia. Cerca de la mitad de ellas emprendió la marcha por Lumbreras y Almería, dividiéndose allí para seguir algunas por la costa y cruzar las demás la Alpujarra,

no sin ser hostilizadas seriamente por los guerrilleros, enriscados en las asperezas, teatro histórico de las rebeldías y hazañas de los moriscos. El resto del ejército francés expedicionario volvió á Granada por el camino directo usual, á fin de, en combinación con las tropas de Córdoba y Jaén, contener la insurrección, también allí creciente, de que antes hemos dado alguna, aunque somera, noticia. Si junto á Bujalance, Puente de Don Gonzalo, según dijimos en el capítulo anterior, y otros pueblos, los habitantes leales trataban de castigar á los obcecados que se adherían al Gobierno del Intruso, teniendo siempre en alarma al general Dessolles establecido con su división en Córdoba, ahora recorrían la loma de Úbeda y las tierras de Marchena, Pegalajar, Bélmez, Tocina y Rute, las comarcas todas, en fin, regadas por el Guadalquivir y sus afluentes de ambas orillas, interceptando convoyes, escarmentando á sus compatriotas infidentes y levantando el espíritu público, no poco decaido, en aquellas provincias.

**En la cuenca del Guadalquivir.**

Porque, y eso es una triste verdad, en ninguna parte de España tuvo el rey José más adeptos; y es raro el pueblo de alguna importancia, siquier relativa, en que no se hallara organizada la milicia cívica y, lo que es mucho peor, en que esta fuerza no contribuyese con su acción al afianzamiento, si hubiera sido posible, de la ocupación francesa en país tan favorecido por la naturaleza. Los que delirantes de entusiasmo ofrecieron en julio de 1808 aquel hermosísimo espectáculo de su resistencia á la invasión que preparó la jornada eternamente memorable de Bailén, sometíanse en 1810 á las armas francesas y hasta ayudaban á remachar las cadenas con que

veían aherrojados á sus compatriotas y hermanos (1).

Si no tantas ni tan numerosas, las partidas del reino de Granada, que ya hemos dicho al mencionar al alcalde de Otívar tardaron algo á propagarse por Sierra Nevada y sus ramales más abruptos de una y otra de sus vertientes, ya empezaban también á asomar contra Bélair por un lado y Godinot por otro, saliéndoles al camino en su regreso de Murcia é ilustrándose luego con más útiles y gloriosas hazañas á las órdenes de Calvache, Moreno, Uribe y de Bielsa, que asumió el mando de cuantos volvían en tierra de Jaén por la honra de sus conciudadanos y la independencia de la madre Patria.

**Resumen.**

Tal era el estado de toda la vastísima región occidental de España, desde su extremidad septentrional en Asturias hasta la meridional de Andalucía, en los primeros meses del año de 1810. Por parte de los franceses, ese estado era el de preparación para la grandiosa campaña de Portugal, de que esperaban el término de la guerra, arrojando de la Península á los ingleses que suponían, bien erradamente, únicos capaces de resistir á Napoleón cuando ya parecía postrada á sus pies la Europa toda.

Que aquella campaña, por ruda y sostenida que fuese, no había de dar resultados que influyesen de un modo decisivo en la suerte de las armas de uno ú otro de los beligerantes, estaba lo mismo en la conciencia de los franceses que en la de los españoles. No podían

(1) La *Gaceta* josefina de Madrid está llena de los partes de Dessolles sobre la acción de las guerrillas en su distrito y la de los cívicos que las contrarrestaban; y, aun cuando exagerados, encierran tales detalles que hay que darles fe en algún grado.

éstos aspirar á que los sacrificios que se imponían, generosos, sublimes por lo cruentos y empobrecedores, produjeran la liberación inmediata de su tierra solariega, ni los franceses esperaban ya acabar en pocos días con aquella hidra de mil cabezas, clásica representación de un pueblo resuelto á defenderse no dejando brazo ocioso de los de sus hijos, arte ni maña que no se dedicara al solo, al único objeto de desarmar los brazos y las perfidias de un enemigo, en todos conceptos aborrecible. Si los franceses hubieran podido imaginarse que no una campaña, breve y fácil como esperaban, pero que ni un año ni seis les bastarían para vencer á un pueblo ignorante, supersticioso y desarmado en su concepto, ellos acostumbrados á en una sola batalla dominar cualquiera de las naciones más poderosas y cultas, los franceses, repetimos, y su mismo Emperador habrían retrocedido de sus jactanciosos propósitos. Los españoles combatían lanzados á la lucha al impulso arrebatador de sus pasiones, al de la ira y la venganza: si hubiera entrado en tal decisión el menor cálculo, por poco egoista que pudiese parecer, habrían renunciado á una resistencia que tanta sangre y tantos tesoros iba á costarles.

Y á eso se deben fracaso y desengaño tan elocuentes como los sufridos por los franceses; á eso hay que atribuir el cansancio que en ellos revelan las operaciones militares de aquel año. Su fácil entrada en Andalucía, ni la ocupación mal disputada de provincias tan ricas bastaron á inspirarles confianza en un porvenir lisonjero y próximo para sus armas: el cándido, mejor que el filósofo, de su instrumento en España, aquel, ni soberano ni general, que representaba su causa, fué el

único que llegó á forjárse tales ilusiones. ¿A qué otra cosa que á la desconfianza de ese porvenir obedecen las vacilaciones de Bonnet, acometiendo hoy á los asturianos y apoderándose de Oviedo para mañana abandonarlo y retirarse ante enemigos que bate al día siguiente, y volver á ocupar aquella capital que evacuará y recuperará otras veces y siempre sin resistencia que no deban vencer sus tropas, las que pasan por las mejores del mundo? ¿A qué el ataque de líneas formadas por hilos de agua, que no otra cosa son los ríos asturianos lejos del mar, y defendidas por hombres en su mayor parte imbeles que acababan de dejar la esteva, ajenos días antes á todo género de arte y disciplina; atacadas, sin embargo, flojamente y sin entusiasmo por veteranos, avergonzados, acaso, de la sola idea de que la injusticia, que todos reconocían, de su causa pudiera esterilizar cuando no vencer sus esfuerzos? ¿Cómo podrían convencerse de que los flacos muros de Astorga detuvieran más de un mes á tal ejército como el del duque de Abrantes, como los de Ciudad Rodrigo á un Ney y los de Badajoz á un Mortier que, cual varios otros de sus colegas y su mismo soberano en España, reducirían su en otras partes terrorífica acción á vanas amenazas, á bombardeos inútiles y á maniobras más propias de *condottieri* que á los que pudiéramos llamar *pares* de Napoleón, tan célebres é igualmente desgraciados que los de Carlomagno en esta tierra tan funesta para ellos?

Pues, ¿y la lucha entablada en Extremadura donde cuerpos tan numerosos y expertos como los del ejército de Reynier y el duque de Treviso corrían de un lado á otro, siempre burlados en sus empresas conquistado-

ras, rotos y dispersos si llegaban á fraccionarse para abarcar mayor espacio ú ocupar posiciones algo apartadas de los caminos trillados de comunicación entre los núcleos de sus fuerzas? Y ¿para qué? Para acabar por verse escarmentados casi siempre por hombres obscuros á quienes hasta se les negaba el carácter militar para llamarlos ladrones y asesinos. «No hay ningún ejército español fuera del de S. M. Católica el *Rey Don Josef Napoleón*», decía su más distinguido mariscal. Pues bien aquellos foragidos y cuadrilleros se reían de sus amenazas, conminándole, á su vez, con tales represalias que le obligaban á renunciar á sus bárbaras ejecuciones, ya que no á la satisfacción de aquellos mismos instintos *léstricos* que tan injustamente achacaba á los patriotas más sublimes que conmemora la Historia.

Y es el caso, muy notable por cierto, de que esos capitanes de bandoleros habían establecido sus líneas de defensa con un arte que, estudiadas desde el punto de vista del de la guerra, aun profesándolo entonces el más esclarecido de los generales modernos, nada dejaba que desear. A las líneas, débiles y todo por la naturaleza de los obstáculos que las señalaban, defendidas por los asturianos, sucedía en su misma dirección de N. á S. la del Vierzo que mantenía una corta fuerza del ejército de la Izquierda y unos cuantos batallones gallegos sin organización todavía ni armamento completo. Con el mismo rumbo se acercaban á la frontera de Portugal cerrando su acceso por la Puebla de Sanabria que, guarnecida por un cuerpo no considerable de nuestras tropas, mantuvo, como el Vierzo, inatacada tan importante vía de invasión sobre el Miño y el Due-

ro. Seguían Ciudad Rodrigo y Badajoz en la misma dirección, con otras pequeñas fortalezas, mejor dispuestas para la defensa de Portugal en aquella guerra que para la de España, en cuyos términos occidentales asientan con objeto muy distinto del á que en tales circunstancias debía aspirarse. Y que Ciudad Rodrigo, primero y Badajoz después, llenaron cumplidamente la misión á que entonces estaban llamadas, lo demuestran con la elocuencia de hechos que hacen honor á las armas españolas, las defensas de las dos plazas, obstinadas y heróicas como no tardaremos á ver, muy diferentes de las que opusieron los portugueses en su propia frontera. Es un hecho incontestable el de que la invasión de Portugal en 1810 fué contenida largo tiempo, todo el que pudiera el ejército anglo-portugués necesitar para prepararse á impedirla, fué contenida, repetimos, por la resistencia de aquellas plazas españolas que, así, fueron la mejor defensa del reino lusitano en los principios de la campaña á que nos vamos refiriendo.

Pues, si á eso se agrega que las operaciones de Romana, las de Ballesteros y las emprendidas con tanta fortuna como ardimiento por las guerrillas de Extremadura, mantuvieron libre toda la frontera portuguesa del bajo Guadiana, se vendrá á demostrar que la situación de las tropas españolas en la vastísima línea de Asturias á Andalucía, y que la distribución dada al ejército de la Izquierda en Extremadura, son para honrar la memoria de aquellos generales que los franceses no acababan nunca de ennegrecer con los epítetos más bochornosos, de ignorantes y foragidos. ¿Por qué, si no, en vez de vencerlos, apoderarse de sus plazas y abrirse paso al reino vecino, se contentaron con

amenazar y nada más que amenazar y al fin verse obligados á reunir sus fuerzas y defenderse de los que, en vez de intimaciones vanas, les dirigían verdaderos ataques un día y otro según la medida de sus escasos recursos?

Que se estaba verificando por parte de los franceses un movimiento general de preparación para la campaña de que se esperaba el fin de la guerra, es verdad y lo tenemos por la razón más valedera que nos pueden ofrecer de su parsimonia en algún lado, de la debilidad de sus esfuerzos en otro, de su impotencia, en todos, para coronar la grande obra de su invasión de Andalucía, si feliz sobremanera en un principio, contenida y como dejada en el aire ante los muros de la ciudad hercúlea.

---

# CAPÍTULO III

## CAMPAÑA DE 1810

### En Cataluña, Aragón y Valencia

**Situación de Cataluña.—Operaciones de los franceses en la Montaña.—En Arán y el Llobregat.—Ocupan á Vich.—Acción de Collsuspina.—Sitio de Hostalrich.—El bloqueo.—Asalto de la población.—Derrota de Duhesme.—Augereau en Barcelona.—Continúa el sitio de Hostalrich.—Bombardeo de Hostalrich.—El castillo es socorrido.—Continúa el bombardeo.—Nuevo socorro al castillo.—Nuevo gobierno de Cataluña.—Expedición de los franceses á Tarragona.—Ataque de los españoles á Villafranca.—Ataque á Manresa.—Desastre de Schwartz.—Retirada de Augereau y Severoli.—Juramento al gobierno de Cataluña.—Prosigue el sitio de Hostalrich.—Ultima intimación.—Es rechazada.—La guarnición evacua el castillo.—Es hecho prisionero Estrada.—Se salvan los demás.—Entrega del castillo.—Lérida.—Suchet se decide por la expedición á Valencia.—Sus primeras operaciones.—Acción de Alventosa.—Se pone sobre Valencia.—Estado de la ciudad.—Intimación de Suchet.—Levanta el campo.—Preparativos para el sitio de Lérida.—Prisión de Mina.—Fuerzas destinadas al sitio.—Se concentran en el Cinca.—Se ponen sobre Lérida.—Condiciones de la plaza.—Primeras operaciones para el sitio.—Acción de Margalet.—Ataque de los fuertes de Gardeny.—Intimación de Suchet al gobernador.—Apertura de la primera paralela.—Ataque á la cabeza del puente.—Salida de la guarnición.—Los franceses continúan sus trabajos.—Rompen el fuego.—Otra salida.—Segunda paralela.—Las brechas.—Nuevo ataque á Gardeny.—Asalto de la plaza.—Maquiavelismo de Suchet.—Se rinde el castillo.—Suchet hace reparar las fortificaciones.—Sitio de Mequinenza.—Las fortificaciones.—Salida de la guarnición.—Ataque del pueblo.—Se rompe el fuego sobre el castillo.—Se rinde.—Consideraciones.**

Cuando en toda la región occidental de España se combatía, según los medios escasísimos con que podía contarse en tan tristes circunstancias, para salvar á Cadiz, paladión, simbólico en ellas, de la independencia española, é impedir al mismo tiempo la conquista de

Portugal, cuyo vencimiento, arrastrando consigo el de la intervención inglesa, dejaría sin contrarresto el poder napoleónico en Europa, peleábase también con igual ó mayor energía en las provincias orientales, donde, como más próximas á Francia, eran más eficaces aún los medios contra ellas enviados. La conquista de Gerona había dejado disponible un gran ejército para la sumisión del Principado catalán, y los refuerzos que recibía y la cooperación que esperaba del de Aragón, hacían temer los más graves peligros para la causa española en aquel país. No era, pues, infundado el recelo, ya que no el temor, producido en Cataluña por la caída de Gerona que, en el Ampurdán particularmente, causó en los primeros momentos el estupor consiguiente á un suceso acompañado de tales y tan tremebundas peripecias. Ya los ánimos se habían hecho á ver enhiesta en lo alto de aquellos gloriosos muros la bandera de la patria, aun envuelta en las llamas y el humo en que trataba el enemigo de hacerla desaparecer, esperándose que, como en alguno de los sitios anteriores, acudiera el Cielo á mantenerla incólume. Así es que al ver que desaparecía y que en su lugar flotaba su rival tricolor, decayó notablemente aquel entusiasmo ingénito de los catalanes, tanto más ardiente cuanto más próximos moraban de la frontera. Los franceses, que observaron inmediatamente aquel cambio, trataron de aprovecharlo, procurando atraerse á los habitantes, ya con el establecimiento de relaciones comerciales, ya protegiéndolos de las violencias de las partidas y somatenes que los arruinaban con sus correrías al verlos transigir con los enemigos y hasta someterse á ellos. «La presencia de un buen patriota, escribía el capitán D. Narciso Manuel

Massanas á la Junta del Principado, podría cambiar esta situación, revistiéndole de autoridad y fuerza en aquellos pueblos para que apagase la llama seductora que procura avivar el enemigo, restableciese la seguridad perturbada por la Brivalla, é hiciese cesar las relaciones comerciales con el país enemigo, y renacer aquel amor patriótico que tan á su costa experimentó el ejército francés el año pasado (1)».

El del ejemplo era, con efecto, el único remedio á estado tan deplorable de la opinión pública en aquel país, afligido, además, por la miseria que forzosamente había de devorarlo en tales circunstancias, y por el abandono en que viera á Gerona por parte del resto del Principado y de las autoridades que más interés debían demostrar en su liberación. No era de esperar ese ejemplo de los somatenes ni aun de los migueletes, entregados á la mayor indisciplina, tan pronto acudiendo al llamamiento que se les hacía como desertando de sus filas, ni de los expatriados y el tercio de Figueras, reducidos en aquellos días á un número insignificante. Se lo darían, sin embargo, tres célebres patriotas, Rovira, Clarós y Torrá, que ya conocemos por sus hazañas, y en quienes no produjo desánimo la rendición de Gerona, sino el deseo, por el contrario, de vengarla por cuantos medios pudieran proporcionárseles.

Establecidos en Buscaros, Campmany y los bosques próximos á Costarosa, esperaron aprovechar el regreso

(1) D. José María de Ferrer y de Lloret en su opúsculo «El Ampurdán durante la guerra de la Independencia», estampa la comunicación de Massanas, sacada del *Archivo de la Corona de Aragón.*

Brivallas llamaban á las cuadrillas de bandoleros.

de Augereau que había ido á Francia por unos días; y el 18 de diciembre Rovira atacó á Palombini, que escoltaba al mariscal con el 4.° regimiento italiano y algunos caballos. Pero Augereau logró salvar el puente de Campmany al galope de sus caballos, mientras Palombini sostenía á sus flanqueadores en las faldas de las montañas por entre las que se abre paso la carretera. El combate fué rudo; los italianos sufrieron pérdidas considerables, y no hubieran logrado salvar á su general en jefe sin su propio sacrificio y la habilidad con que se condujo el que más inmediatamente los mandaba (1).

El peligro que había corrido el duque de Castiglione no era para despreciado y, al llegar sano y salvo á Gerona, procuró vengarlo. Cuando se trasladó á Perpignan había dejado establecidas las tropas de su mando en las inmediaciones de Gerona y sobre la comunicación de Francia, en La Bisbal, Báscara y Figueras. El general Amey, gobernador de la plaza acabada de conquistar, la guarnecía con el cuerpo de ejército de Verdier; Souham se había situado con su división entre Bascanó y Bruñola; Pino, con la suya, en Fornells y La Bisbal, y aun con alguna otra parte vigilaba el camino de Figueras bajo la dirección de Palombini, ó andaba con Fontane hacia Caldas y Hostalrich. En vista, con todo, de que la conquista de Gerona no producía la sumisión de la provincia, según de ella esperaba el Mariscal, y del riesgo, repetimos, que había corrido y le pro-

(1) Vacani dice que perdieron 14 muertos y 44 heridos entre los que varios oficiales. En cambio exagera notablemente el mérito de la acción por parte de Palombini. Es verdad que dependía de ella la salud nada menos que de su general en jefe.

dujo gran cólera y deseo de vengarlo, Augereau dispuso un vasto plan de operaciones hacia la Montaña, acompañado de un manifiesto á los catalanes, amenazador en la proporción misma dél sobresalto que acababa de experimentar y de la ira que le había producido. «Os lo repito, les decía, Catalanes, os han engañado hombres astutos y os harán víctimas de su perfidia; empuñasteis de nuevo las armas contra el ejército francés y seréis castigados. Caerán sobre vuestra cabeza las mayores desgracias; el hierro herirá al culpable; el fuego destruirá sus casas y su hacienda. Los malvados que os armaron saben perfectamente que no podréis resistir al victorioso ejército francés: ¿qué podéis esperar, pues, sino la muerte?

Pero si el estupor de tamaña catástrofe como la pérdida de Gerona había por un momento paralizado el brazo de los catalanes del Ampurdán, pronto se alzaron miles para continuar la resistencia con el impulso de la opinión en el resto de Cataluña, el ayuda que comenzaron á prestarles la Junta del Principado y el nuevo Capitán general, marqués de Portago, y la acción incesante, arrebatadora y sangrienta de los que, de sacerdotes, menestrales ú oficiales subalternos, se estaban ya elevando al rango de jefes ilustres por su valor, su constancia y pericia militar. Ya dijimos que el llamamiento de la Junta resultaría para la liberación de Gerona nulo ó tardío, como al fin sucedió; la pugna entre el ejército y los catalanes, histórica y de época remota, según manifestamos en el tomo anterior, impidió el arranque general, simultáneo y decidido de que había menester la ciudad heróica, y aun cuando los migueletes y somatenes simpatizaron más con las

tropas por sufrir privaciones semejantes y correr iguales peligros, sus esfuerzos se perdieron en el vacío del fracasado pensamiento de las autoridades de Manresa y de Sevilla. La Junta superior, libre de la presencia de Saint-Cyr en la derecha del Llobregat, había trasladado su residencia de Poblet á Manresa, para donde convocó á un congreso general á las demás de Cataluña, y allí también acudió Portago, al suceder en el mando de aquel ejército al general Blake que, creyéndose desairado por la Central en sus proyectos de reorganización militar, había hecho dejación del mando (1). Así continuó en Cataluña el mismo espíritu, es verdad, de independencia de los primeros días de la insurrección, pero acaso menos concentrado y menos uniforme en el empleo de su fuerza. El ejército continuaba en Vich, de donde había estado animando con su presencia á los defensores de Gerona y procurando, como vimos antes, socorrerlos; pero así también como olvidado después y, por su parte, retraído en vista de la tendencia marcadamente catalanista de las resoluciones de la Junta. Los somatenes creados por el llamamiento del congreso creyeron casi terminada su misión con la caída de Gerona, y aunque algunos pensaron deberse unir á los de Rovira y Clarós que combatían en primera línea para darle más fuerza, como efectivamente y para gloria suya se la dieron, una gran parte se retiró á sus casas, otra supuso que sólo para la de-

(1) Blake proponía que el levantamiento del Principado se tradujese en la creación de cuerpos regulares con que se aumentara el ejército; y como la Central aprobó el somatén de 40.000 hombres, nada menos, pero somatén en suma, se marchó de Cataluña, dejando el mando á Portago que, enfermo al poco tiempo, hubo también de abandonarlo.

fensa de sus respectivos distritos habían sido convocados, y, en general, se resistieron á la unión que era necesario reinase entre ellos y á la obediencia al plan, á las órdenes y á las operaciones que hubieran de imponerles los generales del ejército.

A Portago, enfermo de cuerpo y espíritu, aun con tenerlo tan entero, sucedió el general García Conde, por sucesión reglamentaria del mando, en el del Principado; relevándole luego Henestrosa que, desde Extremadura, según dijimos, se había trasladado á Tarragona, donde se hallaba en aquella sazón. De modo que en muy pocos días había visto el ejército de Cataluña cuatro generales á su cabeza, y esto, que era perniciosísimo para el mantenimiento ó el recobro de su moral en las tropas, lo era también en alto grado para la confianza que hubiera de inspirar á los catalanes la estabilidad de jefes dotados del prestigio necesario en situaciones tan difíciles y hasta críticas.

**Operaciones de los franceses en la Montaña.**

Y tanto como lo eran: Augereau, al regresar de Francia, había dispuesto una que podría llamarse gran batida de sus tropas en la Montaña, por la parte, principalmente, próxima á sus posiciones de Gerona y de la frontera que tanto le interesaba mantener despejada. Siguiendo un sistema de guerra opuesto al de Saint-Cyr, tan apasionado de la concentración de sus fuerzas para dar golpes decisivos, como maestro, que era, tan hábil en el arte de la guerra, Augereau destacó á la parte de Vich y Olot varias columnas de las divisiones Souham y Pino, esperando envolver los puestos españoles y, si no destruir las grandes partidas de somatenes, dispersarlas, por lo menos, hasta reducirlas á la impotencia lejos de aquel territorio. Ya antes, á los

pocos días de la capitulación de Gerona, el general Fontana se había dirigido á Hostalrich donde la intimación, verdaderamente de moda entre los franceses de aquellos días en España, que hizo llegar por manos de un mendigo al gobernador de la fortaleza, recibió la natural respuesta de algunos cañonazos que le obligaron á volver á su campo de Gerona. Pero, más que eso, las noticias de los movimientos que Rovira, Clarós y Torrá no cesaban de verificar sobre la comunicación de Francia y la frontera, aconsejaron á Augereau el enviar parte de sus tropas hacia aquel lado. El afán de hacer lo contrario que su antecesor acabaría por llevarle á contratiempos que además de herir su orgullo causarían su desgracia, la posición, á lo menos, desairada en que llegó á verse para con el Emperador. En uno de aquellos movimientos de los catalanes, el general italiano Pignatelli había sido también arrojado de las posiciones que ocupaba entre Figueras y la Junquera; con lo que Souham y Verdier tuvieron que correr á Besalú y Báscara con 5 y 3.000 hombres respectivamente y operando según su costumbre, con la aspiración de envolver y derrotar á sus ágiles y avisados enemigos. Iba como en reserva Fontana para apoyar á los generales franceses, y acaso para cubrir los claros que aquellos pudieran dejar en su marcha sobre el alto Fluviá; de modo que, como hemos dicho hace poco, la operación afectaba la forma toda de una batida. Pues bien; aun con ser tantos, ir, al parecer, tan bien guiados, y moverse con un actividad que les hace honor, aquella expedición no obtuvo otro resultado que el de destruir las fábricas y cuantos establecimientos militares é industriales halló en su ca-

mino (1). Verdier y Souham, siempre en combinación y ayudándose, se remontaron hasta San Lorenzo de la Muga. Tan arrebatado iba Verdier con la esperanza de cortar el grueso de los catalanes, que, cerca de Darnius en las márgenes del arroyo de Masanet, estuvo para perder toda su fuerza el famoso general francés que, con 400 hombres de menos, muertos, heridos ó prisioneros, tuvo que bajar á la carretera de Figueras para reunirse luego á su colega en Besalú. Este, que al día siguiente, 24, retrocedía á Bañolas para, con el apoyo que podía proporcionarle su comunicación con el cuartel general, establecido en Gerona, emprender la marcha sobre Olot, no consiguió, sin embargo, sino, después de rudos combates en San Miguel y Santa Pau, acercarse á aquella villa, pero ya al anochecer, no atreviéndose á penetrar en ella hasta la mañana siguiente, la del 25, por haber observado que la ocupaban todavía unos cuantos suizos y migueletes de Clarós. ¿Cómo habían éstos de resistirle llevando él consigo sus fuerzas, las de Verdier y Fontana reunidas, y el propósito de acometer de nuevo la subida al Pirineo por los valles del Ter y Rivas?

Entrada, con efecto, Olot y apoderado el francés de algunos infelices que se habían mantenido en la población no considerándose dignos del honor de ser prisioneros de guerra, Souham se remontó á los altos valles

(1) Decimos que iban bien guiados porque, al darles el «¿Quién vive?» el somatén de Berga en el puente del Ter, junto á Ausiñá, la noche del 20 de diciembre, le contestaron en muy buen castellano «Regimiento de Granada», con lo que pasó la caballería francesa el puente, sorprendió la guardia y después la posición de Besalú, que hubo de abandonar Clarós con la mayor precipitación y en desórden.

acabados de mencionar, donde se hizo dueño de San Juan de las Abadesas y Camprodón, por un lado, y de Rivas por el otro; aventando siempre las fuerzas de Clarós y Rovira que, ante las infinitamente superiores de su adversario, hubieron de limitar su acción á la de tirotear de continuo á los invasores, causándoles no pocas bajas y excesivo cansancio. Pero, entre tanto, Fontana, que había quedado en Olot con la misión de apoderarse del Grao como posición avanzada hacia Vich. y preparando así el ataque ya meditado sobre esta ciudad, cuartel general entonces de las divisiones de vanguardia de nuestro ejército, obtenía por resultado de sus esfuerzos un revés de no pequeña transcendencia. En vano el 2.° ligero de su brigada trató de asaltar la posición, defendida por algunos somatenes y parte de los habitantes de Vich que acudieron á la refriega recelosos del peligro que corrían sus hogares; aquel esforzado regimiento y la brigada entera se vieron obligados á retroceder á Olot con pérdidas graves, en oficiales, sobre todo, de un mérito sobresaliente. De tal transcendencia, repetimos, fué aquel combate del 28 de diciembre en el Grao de Olot, que Souham, que había pensado descender de Rivas y Ripoll por la margen derecha del Ter para, en combinación con Fontana. intentar el ataque de Vich, hubo de desistir de una maniobra que, de ese modo, creía decisiva y complemento y término de la grande que acababa de ejecutar en la alta montaña. Había hallado en ella grandes obstáculos que vencer por lo áspero del terreno y la resistencia de los pueblos; había tenido muchas bajas por el fuego constante de los voluntarios de Rovira y Clarós desde los montes próximos á su camino; y, consi-

derando los trabajos que aún tendría que soportar y el aislamiento en que iba á verse sin la ocupación del Grao por Fontana, se decidió á volver á Olot para reforzarse también allí con las nuevas tropas que había pedido al mariscal Augereau (1).

En Arán y el Llobregat.

No se limitaban los franceses á operar en las altas cuencas del Ter y del Fluviá, cual acabamos de ver, sino que, con el objeto de llamar la atención de los catalanes por todos lados para dividir sus fuerzas, invadían de nuevo los valles, también, del Llobregat y del Segre, así como el encumbrado de Arán, de donde esperaban ayudar á los que de Aragón se proponían acometer muy luego la conquista de Lérida. Mandaba la expedición á Arán el general Willamond con tropas suficientes para relizarla con toda felicidad, muy superiores en número al de los somatenes que pudieran pensar en contrarrestarla. El primer ataque, dirigido contra el puente del Rey, límite de ambos territorios francés y español, fué rechazado valientemente por los catalanes, que se arrojaron sobre el enemigo hasta encerrarlo en Torrasa, posición que tenía cubierta de artillería y bien guarnicionada. Pero aún fué mayor el

(1) Vacani lo consigna terminantemente en los siguientes renglones de su excelente libro. «Pero en medio, dice, de tales sucesos, prósperos é infelices alternativamente, no podía aquel general lisonjearse bastante del éxito de su proyecto de operar en la forma en que lo había pensado el ataque de Vich. Había podido medir los obstáculos que le esperaban por los que había encontrado hasta entonces, ya en lo escabroso del terreno, ya en el valor de los que lo defendían, y pensó muy juiciosamente que la audacia de una operación aislada sobre Vich no quedaría impune por parte de los españoles. Renunció, pues, á ella y dejó la ejecución de tal proyecto para otra época, sobre todo para cuando le llegasen de Gerona ó Figueras los refuerzos pedidos, con los que no quedaría dudoso el éxito ni se compraría con la sangre de número tan considerable de sus soldados.»

escarmiento cuando, reforzado el francés, acometió la entrada en el valle, no sólo por el mismo puente del Rey, sino que por sus flancos, por El Postillón y Bausen, por donde esperaba sorprender á los nuestros y envolverlos. Tres días duró la lucha, desde el 12 al 15 de enero de 1810, empeñada y dudosa hasta que con un supremo esfuerzo del teniente coronel Ducrós, que hacía de general de los catalanes, hubieron los imperiales de retirarse con graves pérdidas y perseguidos en su mismo territorio, en el que las sufrieron aún mayores en gente, haciendas y ganado.

En el Llobregat, sea como diversión militar, según acabamos de decir, sea por necesidad de merodeo en el estado de penuria en que debía hallarse la guarnición de Barcelona, se había dado una verdadera batalla como tantas otras de que había sido teatro el puente de Molíns de Rey (1). Habíanlo querido flanquear unos 1.400 franceses mandados por el General Schvartz el 11 de diciembre, cruzando el Llobregat frente á San Boy y apoderándose, además, de Prat y Vila de Cans que defendían cien migueletes tan sólo que hubieron de retirarse á la montaña que domina á la primera de aquellas poblaciones, tantas veces citada en esta historia. El brigadier Bejines de los Ríos, que mandaba las fuerzas

(1) Barcelona se hallaba aquellos días en el estado más aflictivo respecto á mantenimientos, y la guarnición francesa carecía, sobre todo, de municiones de guerra. Un gran convoy de pólvora y proyectiles de artillería, escoltado por la escuadra del almirante Baudin, había sido sorprendido y disuelto por la del inglés Collingwood junto al cabo de Creus, y las naves francesas que no se estrellaron en las rocas de la costa como tres navíos y una fragata, tuvieron que acogerse á Collioure, Rosas y Marsella, excepto también casi todos los transportes que perecieron incendiados.

españolas puestas en observación del bajo Llobregat, comprendió el objeto que se llevaba el enemigo al pasar el río en tres columnas, una de las cuales emprendía el camino de la costa con el fin de merodear en ella, mientras las otras la apoyarían por su flanco derecho, envolviendo, para mejor efectuarlo, el puente de Molíns. Y creyendo que mejor que atacar á las columnas enemigas, sería el amenazarlas en sus comunicaciones con la margen izquierda, envió el 12 300 somatenes sobre San Felíu, base, puede decirse, de las operaciones de los franceses, y de la que, con efecto, los desalojaron nuestros catalanes en un abrir y cerrar de ojos, para luego retirarse, á su vez, á Molíns de Rey. Ese era el modo de pelear en Cataluña, sobre todo en aquella zona, obedeciendo á la necesidad de mantener sus puestos del Llobregat y precaverse de las salidas de la plaza, tan próxima, de Barcelona. Pero si había para qué preocuparse de la guarnición de Barcelona, no se podía prescindir de los franceses que habían cruzado el río, y esto produjo la evacuación inmediata de San Felíu que, sin embargo, volvieron á ocupar algunas tropas de infantería de línea y de húsares españoles al mando del coronel D. Santiago Montero, al saber que otras muy numerosas enemigas se dirigían á aquel punto, en tales momentos, importantísimo. No tardaron, con efecto, en aparecer los franceses, pero, no sólo fueron rechazados de San Felíu, sino que hubieron de retirarse al Hospitalet, de donde, completamente victoriosos, hubieron de retroceder, á su vez, los nuestros, preocupados naturalmente con la estancia de las primeras columnas enemigas en la derecha del Llobregat. Andaban allí el coronel Ordonneau y el comandante italiano Rossi

forrajeando según ya hemos dicho; pero el 13, las noticias que recibían de los sucesos de San Felíu y el deseo de asegurar el botín recogido les llevó á, en combinación con las fuerzas acogidas al Hospitalet, emprender un ataque decisivo contra los españoles que cerraban la salida del puente de Molíns y cubrían los pasos del río por los dos flancos. Reuniéronse, pues, sobre 3.000 infantes y 100 caballos que, con el apoyo de dos piezas de artillería, se empeñaron en forzar las posiciones españolas del puente y las de Sierrapelada y Puig-Castellá que se levantan á retaguardia, custodiadas por las tropas de Bejines, los somatenes de Manso y el destacamento de Montero que, al abandonar San Felíu, se había situado cerca de San Boy sobre el ala derecha, tan dispuesto á correr en ayuda de los de Molíns como sobre la izquierda enemiga, que distinguía y amenazaba desde la orilla del Llobregat.

Cinco horas duró el combate; el empeño de los franceses para romper los obstáculos que los españoles les oponían al desembocar del puente, les salió siempre frustrado. Manso, por una parte, y el capitán Fernández, por otra, con sus soldados y migueletes mezclados en ambas, rechazaron siempre al enemigo que, creyendo poderse vengar en las tropas de Montero, se dirigió á ellas con la mayor furia. También se vió en aquel lado vencido y obligado á retirarse, con graves pérdidas, á su inexpugnable guarida de Barcelona (1), recogiéndose

(1) Según los partes oficiales las bajas de los españoles consistieron en 11 muertos, 47 heridos y 9 contusos. Las de los franceses fueron mayores, naturalmente, como que casi siempre atacaron á pecho descubierto y salieron vencidos. El P. Ferrer dice: «A pesar de tanta bulla (la con que generalmente entraban los franceses en Barcelona para disimular sus reveses), han

también á ella algunos barquichuelos que, después de presentarse en la boca del Llobregat, habían cargado cereales, algarrobas particularmente, en Castell de Fels, que se había negado á proporcionárselos.

Ocupan á Vich.

Estos sucesos, como los que ocurrían en las márgenes del Cinca y del Segre, harto insignificantes para obtener mención especial en esta historia y reducidos á ligeros tiroteos entre las avanzadas del ejército francés de Aragón y nuestros somatenes y migueletes de Lérida y Balaguer, no podían distraer á los combatientes de uno y otro bando en Olot y Vich. Separábalos la gran posición del Grao que lleva el nombre de la primera de aquellas poblaciones, en que el general Fontana había sufrido el revés de que no hace mucho dimos cuenta, teniendo que volver á Olot á esperar el regreso de Souham de su jornada á Ripoll y Rivas. Ya reunidos Souham y Fontana, y en combinación con Palombini que, desde las inmediaciones de Gerona, debía remontar el Ter por la orilla derecha para envolver el Grao en Roda, se dispusieron á marchar sobre la posición española, si formidable, con efecto, por los accidentes del terreno, no defendida por fuerza suficiente para contrarrestar la de más de 10.000 franceses que iban á acometerla.

El resultado no podía ser dudoso en tales condiciones; pero el error cometido por Palombini al variar la

---

entrado varios carros con heridos, y entre ellos un oficial de graduación, y á mas un cañón desmontado. A las 5 (del 13) he presenciado la entrada de otra partida de franceses (sería como de unos 200), los quales llevaban escrito en su rostro y porte lo desgraciado de la función. Los oficiales todos cabizbajos y llenos de sobreceño; los soldados muy estropeados, y varios con dos fusiles, y además una acémila con fusiles y mochilas».

marcha que se le había ordenado lo frustró en parte, quitándole las proporciones que, de otro modo, hubiera alcanzado. Por que Palombini, siguiendo la derecha del Ter, no halló dificultad alguna hasta Anglés; pero el camino cruza allí el río para continuar por la márgen izquierda hasta Esquirols y Manlleu, donde lo vuelve á cruzar por un puente próximo al de Roda, para dirigirse á Vich ya sin embarazo alguno. Desde Anglés, por el contrario, no hay camino despejado por la derecha del Ter; sólo sendas impracticables para tropas que debieran llevar algún órden en la marcha, por si encontraban algunas enemigas cubriendo un terreno asperísimo como muy pocos en aquel país. Palombini, pués, dando á las órdenes de Augereau una interpretación geográfica torcida, á pesar de las observaciones que le hiciera Vacani en la marcha, vadeó el Ter entre Anglés y Sellera, tomó el camino de San Felíu de Pallerols, y en la mañana del 11 de enero de 1810 acometió el asalto de la inmensa roca en que se alza el Santuario de Nuestra Señora de la Salud. No sabía, pero debía presumírselo, que el general Souham se hallaba muy cerca, no sospechando, sin embargo, su presencia en aquellos lugares, ya que le suponía en la otra parte del Ter amenazando cortar su retirada á los defensores del Grao. El fuego de los italianos de Palombini le advirtió de su presencia junto á la posición á cuya conquista se dirigía, y la ocupación del Santuario puso á Fontana en el caso de atacar el Grao sin temor á una resistencia que esperaba sería muy larga y sangrienta. A la sorpresa se unió en Souham el despecho de un accidente que, sin favorecerle para la empresa, puesto que la superioridad de sus fuerzas se la hacía de todos modos fácil, le pri-

vaba de obtener en ella un gran éxito al cortar Palombini la retirada á sus enemigos si se hubiera encontrado en tales momentos interceptándoles el paso desde la orilla del Ter. (1) Por lo demás, Palombini atacó enérgicamente la posición de Nuestra Señora de la Salud, que los españoles, por su parte, conocedores de la marcha de los franceses é italianos de Souham, que así resultaba simultánea, sobre el Grao, y comprendiendo se hacía incontrarrestable, defendieron con flojedad, retirándose á los puentes del Ter y después á Vich sin temor á un desastre, cual hubiera resultado de ejecutar los enemigos el plan tal como lo dictara el Mariscal, su general en jefo.

Souham acampó aquella noche en las alturas del Grao y, al día siguiente, pasó el Ter precedido de la brigada Palombini, á la que, sin embargo, quitó el honor de entrar la primera en Vich, haciéndola detenerse antes en el camino y dirigiéndola después hacia San Julian, donde se creía ó se quería hacer creer recogidos los españoles. Estos se habían situado en los dos caminos que, partiendo de Vich, dirigen á Centellas, en el de Barcelona, y á Moya en el de Manresa. En el pri-

---

(1) «No se maravilló poco el general francés al ver tan cerca á Palombini cuando le creía operando al otro lado del Ter y á espaldas del enemigo; lisonjeábase con la idea de no sólo batirlo, sino con la de encerrarlo y hacer prisionera la mayor parte de las tropas españolas que campaban en aquel monte para defender el valle de Vich. Así es, que no pudo contenerse en sus exclamaciones sobre el error cometido por el general italiano, sin tomar en cuenta los motivos que pudieron decidirle á aproximársele y á no aventurarse por senderos impracticables en la otra orilla del río».

Así lo dice Vacani sin, por su parte, tomar en cuenta que él había aconsejado á Palombini lo opuesto de lo que ahora disculpa.

mero, y cubriendo las posiciones de Centellas y Collsuspina, se hallaba la división del brigadier Porta, compuesta de unos 1.500 hombres, mezcla abigarrada de tropa de línea, migueletes y somatenes; y, en el segundo, el general O'Donnell, á la cabeza de la división de Vanguardia del ejército. Aquella situación de nuestras tropas era hábil, porque, al cubrir los dos caminos más importantes que se abrían á los franceses, según sus planes de concentración hacia la capital, en aquellos momentos bloqueada, ó de conquista hacía Manresa, centro, por aquella parte, de la resistencia catalana; al cubrir, repetimos, los dos caminos, se lograba la mutua protección de los cuerpos que la mantenían en la divisoria del Besós y el Llobregat, serie de alturas de muy difícil acceso, por cuyas espaldas podrían, con todo, comunicar rápida y cómodamente. Y el día mismo de la ocupación de Vich por los imperiales, se reveló, con efecto, la excelencia de aquella posición, proporcionando un triunfo no poco importante á nuestras armas y gloria envidiable á los jefes que la regían.

**Acción de Collsuspina.** El general Souham eligió para su jornada el camino de la izquierda, que acabamos de decir conduce á Barcelona, sea por mejor ligar sus operaciones con la línea de las de Augereau en sus futuros planes de darse la mano con las tropas de Duhesme, sea por tener noticia de que en él encontraría la división Porta que consideraba la más fácil de arrollar. Es posible que ignorase la posición de O'Donnell, á la que, de otro modo, hubiera puesto en jaque con alguna fuerza por el camino de Moyá ó, por lo menos, hecho observar con parte de su excelente caballería. Y dispuesto así el movimiento, lo emprendió inmediatamente después de haber ocupa-

do á Vich, llevando de vanguardia el 1.º ligero francés, precedido, á su vez, de un gran golpe de jinetes que le iban despejando el camino. Así llegaron las fuerzas reunidas de Souham y Fontana á la vista de Centellas que los españoles de Porta abandonaron para establecerse en las alturas próximas á Collsuspina, en disposición de obtener en cualquier momento el apoyo ó refuerzo de O'Donnell. El regimiento francés, encendido á la vista de los nuestros, los acometió con el entusiasmo propio de sus compatriotas, aumentado, si cabía, con retirarse aquéllos y sin calcular por qué lo hacían ni las dificultades que les iba á oponer el terreno, cada vez más pendiente, de la montaña. Según los españoles subían por ella con la lentitud de su confianza en lo duro y áspero de la pendiente y en lo próximo ya de los refuerzos que esperaban, crecían el ardor de los franceses y su audacia, hasta que, á la mitad de la altura, se vieron detenidos por el fuego de nuestros cazadores del frente, y atacados súbitamente en sus flancos por las tropas de O'Donnell, que se arrojaron sobre ellos con gran vocería y la bayoneta calada. El choque fué terrible y decisivo: los franceses no supieron resistirlo; y todo el regimiento francés hubiera perecido ó caído prisionero sin el socorro del 2.º ligero italiano de la brigada Fontana, que corrió en su ayuda. Fueron muchos los muertos y heridos, más de 200; no pocos los prisioneros, hasta 10 oficiales y 100 soldados; y, aun salvados los demás por el arrojo de los italianos y la habilidad de su coronel Cotti, todos se vieron precisados á acogerse á Tona, perseguidos por O'Donnell que, con un fusil en la mano y mezclándose con ellos, llegó á apoderarse personalmente de tres de los oficiales enemigos.

Aquel combate resultó muy glorioso para las armas españolas y su bizarro jefe, y sin la desigualdad de fuerzas entre los combatientes, habría producido la total evacuación del país por los franceses. Pero eran éstos más de 10.000 de todas armas, y si la jactancia de Souham le había llevado á combatir á los de Centellas y Collsuspina con sólo su división y la brigada Fontana, tenía á su inmediación la de Palombini, distraída, en mal hora para él, sin más objeto que el de mortificar á su jefe por su conducta en el Grao. Con llamarla á su lado, Souham podía repetir el ataque de aquel día con gente más que sobrada para no dudar del éxito, aleccionado, además, por el revés sufrido para emprenderlo en dirección y con maniobras que no le hiciesen temer otro nuevo.

Palombini, pues, citado la noche del 12 para Tona, apareció al amanecer del 13 junto aquella población, anunciando por montes y valles la marcha con las músicas de sus batallones, así como para celebrar la necesidad que se debía haber sentido de su fuerza en la funesta jornada del día anterior. La siguiente no podía ser, así, dudósa en cuanto á su resultado, y menos al, esquivando el ataque de las formidables posiciones de Collsuspina, dirigirlo á la ocupación de Moyá por terreno accesible á la caballería y aun á la artillería ligera que Souham llevaba. Mientras los infantes franceses amenazaban á los españoles con el asalto, otra vez de frente, de las posiciones en que habían fracasado el día antes, la caballería, acompañada de las piezas y sostenida de la infantería italiana, se dirigió por el flanco á ganar la alta meseta que domina á Centellas y Collsuspina en un lado, y á Moyá en el otro, cruzada por el ca-

mino de comunicación entre aquellas poblaciones. Al observar O'Donnell y Porta tal maniobra que comprometía su posición, hubieron de abandonarla prontamente, retirándose primero á Moyá, hostigados de cerca por la caballería francesa, y después á Cellent y el puente de Cabrianes, con el fin de cubrir á Manresa, en cuya dirección se hallan. El revés de Centellas lo pagó Moyá, donde los imperiales ejercieron el saqueo más escandaloso, confesado más tarde por ellos mismos, ya que no pudieron vengarse en los habitantes que, como es de suponer, huyeron á la montaña.

Pero Souham debía tener instrucciones para no continuar su marcha á Manresa, si en ella encontrase graves obstáculos, y por eso, sin duda, había tomado antes el camino de Barcelona á, como hemos dicho, darse la mano con Augereau en su proyectada expedición á aquella capital, por lo que el día 14 se retiró con toda la fuerza de su mando; estableciéndose por la noche él con los franceses y los dragones italianos en las inmediaciones de Vich, y Palombini y Fontana con sus brigadas en Tona y Centellas.

El movimiento retrógrado de los franceses obedecía al plan que venimos indicando en toda esta relación de la campaña, sugerido al duque de Castiglione por la conveniencia de apoderarse inmediatamente del fuerte de Hostalrich y comunicar luego con Duhesme, bloqueado por nuestras tropas del Llobregat en Barcelona. Así es que iba muy pronto á desvanecerse el fuerte nublado que había amenazado á la alta comarca del Ter, y últimamente á la de Manresa, de donde, con la conquista de ciudad tan importante en aquellos días por todos conceptos, quedarían envueltas todas nuestras

posiciones del Llobregat, el Montserrat, Martorell y Molíns de Rey. Las tropas italianas marcharían el 16 á estrechar más y más el sitio de Hostalrich, y las francesas quedarían con Souham en Vich, más que para mantener en la obediencia aquel territorio, con la misión de impedir que desde él pudieran los catalanes flanquear la marcha del Mariscal sobre Barcelona.

De todos modos, aquella campaña, aun en las cortas proporciones que se la pueden conceder, honra sobremanera á las tropas y voluntarios de Cataluña. No pasando de 5.000 hombres, sin caballería apenas y ningún cañón, se batieron gallardamente con más de 10.000 imperiales de las tres armas, todos veteranos y mandados por generales expertos, los vencieron en una acción campal que los obligó á concentrarse, y, lo que es más, les impidió seguir el curso de sus proyectados planes que, como de un general francés, aun siéndolo tan experimentado Augereau, adolecían de esa confianza, que los embarga, en la propia habilidad y el valor irresistible de sus tropas. O'Donnell adquirió con su brillante conducta de soldado y general un prestigio que, por mucho tiempo, nadie se atrevió á disputarle en Cataluña, y pocos días después obtenía el mando, aunque interino, del Principado con general y merecido aplauso.

La marcha de los italianos dejó á Souham bloqueado en Vich por O'Donnell y Porta desde la parte de Manresa, y por el coronel Rovira desde la de Olot, ocupando el Grao y las posiciones todas del Ter en los caminos que pudieran seguir los franceses para marchar á su cuartel general. Palombini quería ocupar el Monseñy con un destacamento que mantuviese expe-

dita la comunicación de las tropas de Souham; pero encontró desiertas las villas de Viladrau y Arbucias, cuyos moradores, encaramados en los montes próximos, rechazaron sus proposiciones de paz, y hubo de cejar de su propósito dejando aislado en Vich á su general (1).

Sitio de Hostalrich.

Tres días antes de salir de Tona y Centellas los italianos, habíanse puesto á la vista de Hostalrich sus compatriotas de la brigada Mazzucchelli. Componíanla, según puede recordarse, el primer regimiento ligero, el 5.° y el 7.° de línea y zapadores, artilleros y cazadores á caballo, hasta constituir una fuerza de 3.000 hombres, que ocupaban el 13 la altura de Masanas, no distante de la fortaleza. Dirigíanse en primer lugar á establecer el bloqueo, preliminar obligado del sitio de aquel castillo, y en segundo, el principal acaso en tal ocasión, á la apertura de un camino que, sin los peligros que ofrecía la carretera y sin las dificultades que había tenido que vencer el general Saint Cyr en su paso para Barcelona en 1808, se hiciese fácil y seguro para el convoy que con igual destino había ya preparado en Gerona el duque de Castiglione. El Mariscal exigía el cumplimiento, á la vez, de esos dos objetos; y Mazzucchelli hubo de atender á ellos ocupando el estribo contrapuesto á la población entre ella y Masa-

(1) Para que se vea cuál era el espíritu que animaba á aquellas poblaciones, trasladamos aquí la contestación de un Regidor de Viladrau á la intimación que un mes después le dirigió el teniente coronel francés Perceval. Dice así: «Para que toda la nación francesa conozca el grande amor que este pueblo profesa á su religión, á su rey y á su patria, está contenta toda la gente de quedar sepultada entre las nieves de Monseñ, antes que rendirse á la ingrata dominación de las tropas francesas.—San Segismundo 20 de febrero de 1810».

nas, y comenzando el trabajo del camino, trazado por el ingeniero coronel París, desde un puente que se echó sobre el Coloma y la altura ocupada por los italianos, á la de San Jacinto y Griòns para, cruzado el Arbucias al pie de esa última posición, unirse luego á la carretera general sin quedar en todo su largo trayecto al alcance de la artillería de Hostalrich. Ese trayecto era próximamente el mismo seguido por Saint Cyr para evitar los fuegos del castillo; pero aquel general no llevaba artillería ni más municiones y víveres que los con que sus soldados podían cargar, y Augereau, por el contrario, iba á recorrerlo con tan numerosa como grave *impedimenta*. El trabajo sería largo y penoso para las tropas de Mazzucchelli que tenían que cargar con él por no hallarse á su alcance un solo habitante de Hostalrich ni de las inmediatas masías y aldeas, todas desiertas desde la aproximación de los enemigos. Así es que inmediatamente se sintió la necesidad de que fuesen nuevas tropas en ayuda de la brigada italiana, á la que, según acabamos de decir, se unieron el 17 las de Palombini y Fontana, procedentes del campo de Vich.

Ya tenemos, pues, frente á Hostalrich las mismas fuerzas que, en noviembre del año anterior, habían intentado un golpe de mano sobre la fortaleza que ahora, para no desmentir su antigua fama y dársela justa y honrosa también á su gobernador y presidiarios, las burlaría en sus incesantes esfuerzos por cuatro meses cumplidos y no sin estrago y decepciones tan amargas como repetidas (1).

(1) Vacani que, al llegar con Palombini, fué encargado de lo que, por corrupción, suele llamarse la *investidura* del fuerte,

Ya al recordar el ataque de noviembre dimos una idea, aunque muy ligera, de la situación de Hostalrich y de sus fuertes; pero no los detalles necesarios respecto, sobre todo, del castillo, para formarla cabal de las obras de fortificación que lo constituían, sus propiedades defensivas y sus defectos. Ahora vamos á darla con el fin, no sólo de seguir la marcha del sitio, sino de aquilatar con la exactitud posible el mérito sobresaliente de los defensores, superior á todo encomio.

Sobre una traza próximamente rectangular con sus lados mayores de NE. á SO., se alza, por uno de ellos, el más oriental, una gran cortina apoyada en el borde superior del enorme y escarpado talud que cae á uno como canalizo derivado del Tordera, cuyo caudal corre algo más apartado, figurando la cuerda del arco formado por la montaña donde asientan el arrabal, la villa y la fortaleza. Cierra el lado opuesto, por donde es más accesible la cresta del monte, un frente abaluartado que se adapta á la configuración del terreno, que además exige en el baluarte de la izquierda una contraguardia bastante avanzada, y al frente de la cor-

---

se cura en salud de ese estrago y de esas decepciones que esperaban á sus compatriotas, diciendo al comenzar la relación de aquel sitio: «A todo eso (la ocupación del arrabal y de la villa y la construcción de fuertes en la derecha del Tordera), se puso mente y corazón por todos los oficiales y soldados italianos para que se efectuase lo antes posible la toma del castillo. Pero sucesos posteriores, promovidos sagazmente por el general O'Donnell, trastornaron los trabajos y distrajeron ó debilitaron las fuerzas empleadas para conseguir en corto plazo el fin deseado, lo cual será causa de muchas reflexiones en los lectores. Ahora toca el ver en qué consistía aquel fuerte, cuál era su antigua importancia y qué obstáculos tuvieron que arrostrarse para su bloqueo y conquista; cuáles de ellos fueron superados y cuáles no por falta absoluta de medios, por la habilidad de los defensores ó la llegada de los socorros».

tina una media luna para descubrir bien los aproches del enemigo y reforzar la defensa exterior del cuerpo principal de la fortaleza por donde naturalmente se presenta más accesible y débil. En la parte central se alza el caballero, obra robustísima con almacenes y pabellones á prueba, dominando todo el recinto y batiendo, con las seis piezas de grueso calibre de que es capaz, los contornos hasta distancias bastante considerables. Rodea las fortificaciones un foso tan profundo, que la escarpa y la contraescarpa se hacen imposibles de escalar; y el camino cubierto que, además, las envuelve, ofrece una buena defensa, tanto por su desarrollo como por lo robusto de la estacada y de los rastrillos. El castillo tiene dos entradas: una por la parte de la población, y la otra, que da al campo, en el lado opuesto, donde se halla una fuente de que se surte la guarnición, hasta que, ocupada por los sitiadores, tiene que recurrirse á dos aljibes muy capaces construídos en el interior.

Continuaba gobernando el fuerte el teniente coronel de Iliberia, D. Julián de Estrada, con unos 2.000 infantes de su regimiento ó miqueletes y los artilleros necesarios para el servicio de 40 piezas, mandados por el entonces comandante D. Miguel López Baños, general, después, tan célebre en uno de los campos de nuestros partidos políticos.

**El bloqueo.** Ya el 13, al asomar los franceses á las alturas de Coll-furmi y apoderarse de la de Masanas, los habían saludado la fortaleza y las avanzadas, más que á otra cosa, dirigidas aquel día á contar el número y medir los recursos con que iban los enemigos á emprender el sitio. El modo de establecer su campo, las fuerzas que

iban sucesivamente llegando, el número de las piezas de artillería, 18 ó 20, y los carros y objetos de campamento que llevaban, revelaron bien pronto el objeto de los imperiales, no limitado, por otra parte, al del sitio de la fortaleza, puesto que se observó desde ella que varios oficiales, ingenieros al parecer, verificaban reconocimientos con otro distinto, que no podía ser sino el de facilitar el paso de algún convoy por fuera del alcance de la artillería española. Cada choque de los varios que acometieron las avanzadas y los miqueletes de dentro y fuera de Hostalrich, confirmaron al gobernador en esa opinión, corroborada el 17 al avistar las brigadas Palombini y Fontana que, inmediatamente, se pusieron á estrechar el bloqueo y á la obra del nuevo camino ideado por el ingeniero París.

La guarnición, pues, se preparó á la defensa, estimulándose mútuamente oficiales y tropa á dar muestra gallarda de su patriotismo y á no desmentir la fama, harto fundada, del ardimiento español, encendido entonces con la ocasión bien próxima del sitio de Gerona, que ya proclamaba el mundo como el más obstinado y glorioso de los tiempos modernos. El gobernador se lo decía en su orden del día 15: «Gerona libra en vuestro valor su venganza, y os enseña con su exemplo el camino de la inmortalidad. Esta fortaleza es hija suya y debe imitar á su madre en la resistencia.» Y á éste apóstrofe que, por lo elegante, han copiado los historiadores de aquella lucha, añadía luego Estrada: «¿Preferiréis la obscura muerte, que en pro del tirano habréis de sufrir en lexanas y desconocidas regiones, ó la muerte gloriosa que reanime la Patria en el seno de vuestras familias, y en la tierra que os vió nacer? Morir ó

vencer ha de ser la perpetua resolución de Hostalrich, y tal en la que espero encontraros á todo trance.»

Asalto de la población.

Hasta el 18, las operaciones del sitio se redujeron á preparar el asalto de la población, encerrada, como dijimos antes, en un débil muro antiguo y aportillado, incapaz de defensa La única posible se hallaba en la tantas veces mencionada Torre de los Frailes, que continuaba guarnecida por 25 hombres del tercio de Gerona ó artilleros, y las dos mismas piezas de Artillería que en noviembre del año anterior. Pero al anochecer de aquel día y en la misma forma que la otra vez, fué asaltado el arrabal por los italianos, quienes, viendo después desamparado el muro de la villa, penetraron en ella hasta ocupar las casas más próximas al castillo. La única resistencia que hallaron, esa si invencible, fué en la Torre de los Frailes que, ya que no se rendía á sus intimaciones, se pusieron á minar bajo unos cobertizos pegados á las casas inmediatas y que construyó su ingeniero al capitán Lafaille. No hay para qué decir cuál sería el estrago causado por los imperiales en la villa; la costumbre militar de aquellos ejércitos lo autorizaba todo, y los italianos tenían el doble motivo de esa costumbre y el de no tener que procurar por el honor de una causa que, después de todo, no era la suya.

Aquella noche trabajaron también en cerrar las entradas de las calles por la parte del castillo, aunque con graves pérdidas por el fuego que se les hacía, no tantas como al pie de la torre de los Frailes, donde fué, entre otros, herido el capitán Lorenzi por las bombas, granadas y el fuego de fusil que hacían llover los defensores sobre los que trabajaban para minarla. Pero el 20, algunos disparos de cañón dirigidos contra el

castillo desde aquella torre, pusieron de manifiesto su pérdida, causando el mayor asombro y hasta la duda de acontecimiento tan inesperado en el ánimo de los mismos que estaban experimentando sus fatales consecuencias. El capitán Oliver había muerto reventándosele en las manos una granada al quererla arrojar sobre los enemigos, y el sargento de Artillería que le sustituyó en el mando y los demás presidiarios de la torre la habían cobardemente entregado (1).

Y lo que sucede en tales casos; Augereau, que se hallaba en Massanas de marcha á Barcelona con el convoy para cuyo paso se estaba concluyendo el camino de que tantas veces hemos hecho mención, creyó que, como la de la Torre de los Frailes, se le rendiría la guarnición del castillo á la primera amenaza que la dirigiera él, *Mariscal del Imperio, Duque de Castiglione, Gran Aguila de la Legión de Honor, Dignitario* (así), *de la Orden de la Corona de Hierro, Gran Cruz de Carlos III, y Comandante en Jefe del exército de Cataluña,* etc., que eran los títulos con que encabezaba el oficio que el día 21 envió al gobernador de la fortaleza. Ofrecíale en ese mensaje los honores de la guerra, amenazándole, de no aceptarlos, con la pena capital, tratando á él y á sus subordinados como si no fuesen militares. Se conoce que Augereau estimaba como no militar al que se atre-

(1) «Se vieron cubiertos de vergüenza, dice Vacani, cuanto lo habían estado de terror intempestivo, viendo, cuando entregaron su importante baluarte, cuán pocas líneas había penetrado la obra de los minadores enemigos, después de dos días y dos noches sin interrupción alguna, en aquel marmol casi impenetrable de que estaba, sobre todo, construído el macizo de la base».

viera á resistirle defendiendo una plaza hasta sepultarse en ella.

La contestación de Estrada fué igual á la que habían dado Palafox, Alvarez, Santocildes y Herrasti á los colegas del Mariscal, todos, como él, equivocados respecto á la firmeza de nuestros generales y al carácter de la guerra en que les había comprometido su ambicioso emperador. Rechazó sus proposiciones y aconsejó á Augereau se ahorrara el trabajo de repetirlas.

La guarnición no decayó en su moral por la pérdida de la torre, cuya plataforma destruyó en un momento la artillería del castillo, encendiéndose más en ira por la conducta del sargento Merino, que había substituído á Oliver, y por el concepto que los enemigos hubieran podido formar de los demás defensores de Hostalrich (1).

Derrota de Duhesme.

En cuanto al Duque de Castiglione, furioso hasta disponer el inmediato bombardeo del castillo haciendo llevar de Gerona más artillería y cuantas provisiones de guerra fuesen necesarias para hacerlo lo más terrible y eficaz que se pudiese, continuó su marcha á Barcelona con cerca de 9.000 hombres, comprendidos dos regimientos de Infantería y los dragones italianos de los destinados al sitio de Hostalrich, que también se llevó consigo. Con eso, y con imponer á Mazzucchelli, que quedó mandando, la tarea de estrechar más y más el bloqueo del castillo, la de conducir y escoltar los con-

(1) «El gobernador, dice Vacani, habló con voz firme á su presidio, el cual, en vez de amilanarse con la lectura del mensaje, renovó con las armas en la mano el juramento de defenderse hasta la muerte». La respuesta fué acompañada de una salida de la guarnición que, aunque repelida, costó á los italianos 28 bajas.

voyes de Gerona y la de restablecer sus comunicaciones con el general Souham, la inacabable, en fin, de atender á tanto y tanto objeto como exige un sitio, acabó por debilitarse la acción de los sitiadores de un modo bastante tranquilizador para los sitiados.

Ni aun con todo el aparato de las fuerzas que constituían el ejército francés, y de las que personalmente guiaba su general en jefe, creyó éste garantida la empresa del convoy destinado á Barcelona; y, á fin de que no sufriese interrupción alguna, dispuso la cooperación de Souham y la salida de Duhesme á su encuentro con tropas suficientes para lograrlo. El día 16, con efecto, había partido de la capital el general Duhesme con un gran golpe de infantería y caballería, que iba á reunirse con otro establecido días antes en San Andrés de Palomar. Y aunque regresó poco después, sabedor, sin duda, del retardo del Mariscal en su marcha, salió de nuevo el 21, para volver por la noche precedido de algunos coraceros, *quién con caballo, quién sin él,* como cuenta el P. Ferrer; *unos heridos, otros sin sombrero ó morrión* y rodeado *de varios oficiales y soldados, heridos* también, y denotando en su continente la derrota que acababan de sufrir. Aquella columna, compuesta de más de 2.000 hombres, peones y jinetes, y dos piezas de campaña, se había adelantado hasta Santa Perpetua y Mollet á esperar al Mariscal. La noticia de que Augereau se encontraba ya en San Celoni, hizo avanzar á los de Duhesme con el objeto de despejarle los desfiladeros de Trentapasos y Cardedeu, donde podrían esperar su tránsito los españoles. De San Andrés se adelantó la columna, estableciéndose por el pronto parte de sus fuerzas, un grueso destacamento, en Granollers, la

vanguardia, en Santa Perpetua, y la restante escalonada en Mollet y á lo largo de la margen derecha del Besós. Pero coincidía aquella marcha con la que, por orden del general Henestrosa, había emprendido el brigadier Marqués de Campoverde con el fin de impedir y, cuando no, incomodar, la del convoy de Gerona que conducía el Mariscal. Y al descender Campoverde de las alturas de Tarrasa, donde campaban los españoles en observación de Vich, por un lado, y de Barcelona por otro, atacó, según se le tenía prevenido, á los 400 franceses acabados de situarse en Santa Perpetua. Tan rápida fué su marcha y tan brusco y violento su ataque que, á los pocos momentos, sólo podían salvarse dos de los soldados del regimiento francés núm. 112 que componía aquel destacamento, quedando los demás en poder de los nuestros, muertos ó prisioneros (1).

La fuerza que había en Mollet era muy numerosa para que la atacase Campoverde con la que él llevaba; pero, no bien acabada su victoria de Santa Perpetua, se presentó la división Porta, que hubo de hacer una gran jornada desde las posiciones de Castelltersol y San Feliu de Codinas, en que, como O'Donnell, estaba observando al general Souham. Puestos de acuerdo Campoverde y Porta, atacaron, aquél por la derecha y éste por la izquierda, á la gran masa de los imperiales, compuesta de tres fuertes batallones, el 7.° y 37.° de

(1) Así lo dice Campoverde en su parte y lo confirma el diario francés de Barcelona con esta frase. «Un batallón del 112, de menos de 300 hombres, que habían sido destacados en Santa Perpetua contra las instrucciones del general Duhesme, se vió sorprendido y envuelto á las ocho y media de la mañana».

línea franceses y el 5.° italiano, de 250 coraceros y las piezas á que antes nos hemos referido. El combate allí fué mucho más obstinado y más disputada la victoria de los españoles, que necesitaron tres largas horas y no cortos sacrificios para conseguirla. Pero herido y prisionero el coronel Guery; derrotados completamente los coraceros, de los que un gran número cayeron también en poder de los nuestros, y perdidas las dos piezas, después de hacer un fuego sumamente mortífero, un águila y muchos equipajes, el jefe del 7.°, M. Miocque, no halló otro medio de salvación para la poca gente que le quedaba que el de abrirse paso á la bayoneta hasta juntarse con el coronel Ordonneau que corría en su auxilio (1).

Aún hubieran los españoles proseguido su victoria si no se hallara ya casi á la vista el mariscal Augereau que, al tener noticia del ataque de Santa Perpetua, procuró acelerar su marcha á Granollers, donde todavía pudo salvar alguna fuerza de la de Duhesme, mandada por el capitán Delivani y que se había encerrado y se defendía en un convento. A su aproximación, Campoverde y Porta se internaron de nuevo en la montaña, hacia Manresa y Vich, así para acudir á la defensa del Llobregat, seriamente amenazado desde la llegada del Mariscal á Barcelona, como en observación del general Souham, que avanzaba por el Congost flanqueando el convoy.

La entrada de Augereau en la capital del Principa- **Augereau en Barcelona.**

(1) Con las corazas de los franceses, dice Schépeler que el general O'Donnell armó varios escuadrones de los que el mandaba. No irían poco arrogantes nuestros jinetes al cubrirse con trofeos tan gloriosos y útiles.

do constituía, con efecto, un acontecimiento de gravedad para todos, franceses y españoles. Duhesme, que apenas había podido salvar su posición de comandante en jefe de la división de los Pirineos Orientales ante el poco lisonjero concepto que mereciera al general Gouvión Saint Cyr, se encontraba con el duque de Castiglione en la ocasión para él más desairada, la de una derrota, como la de Mollet, tan transcendental y funesta. Y aun cuando, como dice en sus Memorias, fuera ese revés el único que hubiese experimentado en aquella campaña quien parece imposible que así olvidara los del Bruch, el Congost y Gerona, las quejas de los barceloneses por su conducta arbitraria y sórdida, al llegar á los oídos del Mariscal que, en memoria, sin duda, de su antigua estancia en Cataluña, se jactaba de escucharlas con benevolencia, produjeron la resolución de que se retirase á Francia destituído del mando (1).

La providencia no podía ser más justa; y lo demostró, mejor que con la diferencia de procedimientos de que Augereau comenzó á usar para con los barceloneses y su clero, queriéndoselos atraer á su devoción con hacerse el cortés y complaciente, la mala opinión que en su larga dictadura se había adquirido el general Duhes-

(1) Schépeler dice que Augereau había estado en Barcelona como soldado walón, según unos, y como tambor, según otros. No hemos podido comprobar este aserto, señalándole sus principales biógrafos destino muy distinto en su juventud. Hijo de un albañil y de una frutera, se alistó en Francia como carabinero, pasando después, como soldado también, al servicio de Nápoles hasta 1787, en que regresó á Francia, para en 1792 hacerse voluntario. En España, ya lo hemos dicho, hizo la guerra de la República en 1794 como general de brigada y de división.

me (1). Ya expuso éste en su defensa que en una guarnición compuesta de partes tan heterogéneas y cuerpos de todas armas y varias naciones, habría quienes desearan vengarse de la severidad de su mando con calumnias y murmuraciones, y que en tan populosa ciudad como Barcelona, donde los habitantes trataban de seducir á los soldados procurando su deserción, y no pocos de los empleados, enemigos del gobierno y del Emperador, cometían, de propósito, violencias y exacciones, eran de esperar lamentos, calumnias también y denuncias en gran número; pero, por encima de esa exculpación, se hacían escuchar el clamor general y las censuras de los más interesados en el honor y el triunfo de las armas francesas (2).

Mostróse el Mariscal en España entre conciliador y tirano, según las facilidades ó la oposición que encontraba para su mando. Comenzólo poniendo en libertad al presbítero Guitart y á otros sujetos que Duhesme había hecho prender la noche del 18 sin motivo alguno

---

(1) Al reseñar los sucesos del 30 de enero, dice el P. Ferrer: «A eso de las 9 y media de la mañana ha empezado á desfilar por la puerta Nueva el convoy, yendo á su frente el general Duhesme, quien aseguran parte á Francia para dar razón de su conducta en los dos años menos 14 días que ha mandado en esta capital. Nadie duda que se defenderá prontamente de quantos cargos le hagan, pues á donde no lleguen las razones, llegarán las onzas que ha recogido á millares en este tiempo.»

(2) La expulsión de Duhesme no pareció bien á Napoleón, según puede verse en el despacho de 24 de abril al general Clarke. «Después, dice, de la denuncia del mariscal Augereau contra el general Duhesme, el cónsul de Francia y otros individuos, se hace necesario pedir datos precisos, los nombres de los vocales de la comisión formada por el mariscal Augereau, los resultados de la indagatoria, los interrogatorios del general Duhesme y de los otros acusados. Había que hacer algo más que dar esa especie de satisfación á los españoles con esa reacción.»

justo, dictando decretos, como otros expedidos antes en Gerona, que se dirigían á tranquilizar á los habitantes ofreciéndoles *sus paternales desvelos*, y á animarlos á reconocer el nuevo gobierno despreciando las sugestiones de sus enemigos. «Catalans: les decía, porque hasta quiso usar del idioma del Principado, creyendo, así, atraerlos mejor; dexen las armas; vos parlo como á pare. Si espereu que lo senyal del combat siga donat, desgraciats qui las portará¡¡¡» Y no sólo en aquellos primeros días de su entrada en Barcelona, sino que después y durante el tiempo todo de su mando, continuó dando proclamas y órdenes para que se unieran los catalanes á los franceses, bajo la protección del Emperador, y se acogieran al perdon general que les ofrecía. Pero esas muestras de su benevolencia y de su política conciliadora iban mezcladas con actos tan severos, contra todo aquel que llegara á rechazarlas, que las desautorizaban completamente. Había entrado Augereau en Barcelona el día 24, y ya el 29 gestionaba, como Duhesme y Saint-Cyr, la prestación del juramento al Intruso por el clero, y el 30 por la Audiencia y los regidores. Y negándose muchos á pronunciarlo, aquel último día salían deportados para Francia con 200 soldados españoles, prisioneros de guerra, y, según ya hemos indicado, con el general Duhesme, en un convoy á que el 1.° de febrero se unía el Mariscal de vuelta á Gerona. De modo que de sus halagos y de sus promesas se borró completamente la impresión favorable causada en los primeros momentos, y quedó la triste y, más que triste, odiosa de sus contradictorias violencias que hacían decir á la *Gaceta de Cataluña:* «Este es el predilecto de Bonaparte, y aun el dedo de su blasfema

omnipotencia, porque naturaleza lo formó conforme al corazón Napoleónico. Entró tronando y relampagueando, con aspecto saturnino, avinagrado, amenazante, feroz; y para imponer más, y sofocar hasta el aliento que resuellan aquellos extenuados cautivos, vomitó la siguiente proclama. (La de la prestación del juramento).

No sin razón decíamos hace poco, que la entrada de Augereau en Barcelona constituía un acontecimiento de gravedad para franceses y españoles.

Quedó mandando interinamente las armas el general Rey, su jefe de estado Mayor, y á los pocos días se hacía cargo del gobierno de la plaza el jigantesco Lacombe Saint Michel, uno de los que habían llegado con Augereau. Los dos siguieron la política del Mariscal; pero como ésto se había llevado la mayor parte de la fuerza, pronto comenzaron á sentir los efectos de la ira catalana á las puertas mismas de la ciudad. El Mariscal había comprendido los obstáculos que iba á hallar de internarse en el áspero territorio de la derecha del Llobregat, al que, después de su reciente victoria, se trasladaría la mayor parte de las tropas que la habían conseguido (1).

Cuando, después de dejar en Hostalrich la brigada

(1) Dice Vacani al describir la marcha de Augereau de Hostalrich á Barcelona: «Pero el Mariscal mismo, sea atravesando el campo de batalla de Mollet, en el que leyó los rasgos, todavía ardiendo, del valor poco antes desplegado por los españoles; sea al entrar en Barcelona, antes populosa y rica, escuálida, ahora, y muda; sea al recibir los partes de Souham y Mazzucchelli sobre la imposibilidad de sostenerse en sus posiciones, sin muy pronto reunir todas sus fuerzas, comprendió la dificultad de llevar al lado del Llobregat el ejército, y de dirigir aquella guerra hacia el Ebro con la rapidez con que hubiera deseado conducirla».

Palombini, llegó á Gerona escoltado por los cazadores reales, volvió el ejército de su mando á quedar en el estado mismo de antes de su jornada: la división Souham en Vich; la italiana sitiando á Hostalrich; la de Verdier en Gerona y el Ampurdán, y el resto en Barcelona con los generales Rey y Chabrán. Había desobedecido las órdenes del Emperador que le mandaba extender su acción al Ebro para facilitar la expedición de Suchet á Valencia; había dejado la antigua guarnición de Barcelona á las manos con los que sin cesar la bloqueaban, y la esterilidad, mejor aún el fracaso de las operaciones por él y sus tenientes ejecutadas, ponía de relieve lo erróneo de su sistema de diseminación de fuerzas en el territorio comprendido entre el Fluviá y el Llobregat. Adoptado por el espíritu de contradicción, innato en el hombre, que le lleva á desairar los métodos y las enseñanzas de los que le preceden, adoptó ese sistema enteramente opuesto al de concentración que nunca abandonó Saint-Cyr con una fortuna que sólo consiguió superar después el general Suchet por procedimientos muy semejantes.

Valentísimo en el campo de batalla, Augereau debía á esa cualidad y á su adhesión, más tarde desmentida, á Napoleón, desde la jornada, sobre todo, de Arcole, en que había con él pasado el, desde entonces, célebre puente, y las, más políticas que militares, de Fructidor del 97 y Brumario del 99, la gracia del Emperador, y con ella, el bastón de Mariscal y el título que llevaba. Pero no le había Naturaleza dotado de las condiciones precisas para el mando en jefe, y las enfermedades le impedían ejercer la actividad y la energía que en parte pudieran suplirlas. Aun cuando Napoleón, al felicitarle

por la toma de Gerona, se lamentara de que no hubiese dirigido antes el sitio, tampoco tenía de él otra opinión que la que acabamos de consignar, y no tardaría en reprocharle su inercia y destituirle.

Continúa el sitio de Hostalrich.

La división italiana era, verdaderamente, la única puesta en acción; las francesas no hacían sino observar á los españoles, atenidas á una defensiva que desmentía la misión de conquista que les estaba designada desde el momento en que el 7.° cuerpo de ejército pisó el territorio de la Península. Los italianos estrechaban en cuanto les era dable el bloqueo de la fortaleza de Hostalrich, ya cerrando sus salidas por el lado de la población, ya levantando reductos que cubriesen los campamentos que cada día establecían en derredor y en las avenidas de la montaña, á que no cesaban de afluir tropas, migueletes y somatenes en auxilio de los sitiados. Y como los italianos, careciendo de víveres, tenían que forrajear en un país por demás exahusto, los choques con los catalanes eran diarios, su resultado nulo para aquéllos y la marcha del sitio tan incierta como lenta. No había que pensar en el ataque de la fortaleza; por el contrario, las tropas que ocupaban la villa no atendían sino á cubrirse y defenderse de las salidas que los sitiados pudieran verificar, y las del bloqueo, en el campo, tenían harto que hacer con resistir los obstáculos que les oponía un fuerte temporal que por entonces azotó á aquel país inundándolo de agua é impidiendo la comunicación entre los distintos puesto de la línea. ¿Qué habían de lograr las brigadas italianas encargadas de la construcción de la batería de morteros destinada al bombardeo del castillo, de los transportes procedentes de Gerona, de la formación de los puentes en

el Santa Coloma, el Tordera y el Arbucias, cuyas aguas se reunen allí; de la fortificación de la villa y perfeccionamiento y conservación de los caminos, fuertes y establecimientos con que debía hacerse efectivo el bloqueo? Esto sin contar con la necesidad de sostener un fuerte destacamento hacia Arbucias y Viladrau, con el que pudiera mantenerse la comunicación del general Souham, siempre receloso de habérselas en Vich con las fuerzas de O'Donnell que acampaba á su vista en los caminos de Manresa y Barcelona, acechando el momento en que pudiera arrojarse sobre la división francesa y aniquilarla.

**Acción de Vich.**

Porque á nada menos que eso aspiraba aquel general, á quien su buena fortuna hasta entonces y las recientes victorias de Collsuspina y Mollet, tenían de tal modo excitado que cada día que pasaba inactivo se le figuraba perdido para justificar el nombramiento de comandante en jefe de las operaciones de las tropas españolas en Cataluña. El plan de tal empresa estaba bien calculado, como por un general que, apoyándolo en buenos principios militares, conocía perfectamente y podía aprovechar con habilidad los accidentes del terreno en que iba á operar. Mientras él, según acabamos de decir, observaba á Souham y le atacaría de frente en Vich, dispuso que una fuerza de miqueletes de la alta montaña, situados en el Grao de Olot, amenazaran cruzar el Ter con igual fin, y que otro grupo, de miqueletes también, situado en los montes de San Hilari y Viladrau, impidiese á Palombini correr desde Arbucias en auxilio de Souham, y mandó también que las fuerzas de Granollers y Mataró se pusiesen en combinación con las de Llobregat para, en tanto que las

primeras atacaban á los bloqueadores de Hostalrich, las otras lo hicieran á los bloqueados de Barcelona. La escuadra inglesa, por fin, mantendría en alarma constante á los de Barcelona y en jaque á la división Verdier para que ni aquéllos abandonasen la plaza, ni Verdier se separara un momento de sus cantones de Blanes, Palamós, Calella, Bagur y La Bisbal. A eso añadió O'Donnell la expedición de órdenes terminantes á una división ligera, que acababa de organizarse en tierra de Olot, y que se puso al mando del comandante D. Angel Alvarez Sotomayor, para amenazar las comunicaciones con Francia, esperando, así, aislar á Souham más y más de sus compatriotas, de quienes, á pesar de pedirlos con instancia, no recibía refuerzos. Y de seguro que, sin esos obstáculos que siempre ofrecen la combinación de fuerzas un tanto heterogéneas y operando en terreno quebrado y por varias direcciones, el golpe intentado en Vich sobre la división Souham hubiera dado los resultados más felices.

O'Donnell había logrado en parte lo que el Congreso de Manresa no pudo conseguir con toda la fuerza que debían darle su orígen, sus procedencias y la causa y el objeto que se había propuesto defender y llenar. Había, por medio de una quinta, reforzado de un modo considerable el ejército de Cataluña; impreso con su actividad y su celo una acción hasta entonces desconocida á las fuerzas todas, así de línea como populares, que combatían en el Principado, y adquirido un prestigio que, así como le hacía ser llamado al mando en jefe por los pueblos y sus autoridades, le hacía también ser obedecido con un entusiasmo que no acostumbraban á sentir los catalanes para con los ex-

traños á su país por nacimiento, idioma y costumbres.

Llegó, así, á reunir en las inmediaciones de Vich una masa de fuerzas que no bajaba de 12.000 hombres, con la que, no hay para qué negarlo, se lisonjeaban él, sus oficiales y tropa, de dar un golpe terrible, casi decisivo, á la dominación francesa en Cataluña.

Había, sin embargo, en todo eso, no sólo un espíritu jactancioso, muy natural, por otra parte, en nuestra manera de ser española, harto optimista, sino la precipitación, natural también, en el general que allí mandaba, impuesta, además, por sus valientes, pero levantiscos subordinados (1).

Por esa precipitación cometió O'Donnell un error no poco transcendental para su empresa de aquellos días, iniciándola con dos reconocimientos demasiado significativos para que no pusiesen en alarma á Souham, inspirándole el temor de un próximo y serio ataque. El primero de esos reconocimientos salió del campo español el 11 de febrero, dirigido por Sarsfield con 1.000 infantes y 60 caballos de la división volante de su

(1) Es bien conocida la figura militar y política del conde de La Bisbal que tanto brilló entonces y después en ambos conceptos. Vamos, á pesar de eso, á transmitir aquí la opinión de un extranjero imparcial sobre el general D. Enrique O'Donnell, al narrar, precisamente, este mismo episodio de su vida. Dice Schépeler: «Joven emprendedor y ardiente, su ambición, estimulada por tan rápida elevación á los más altos puestos militares, le empujó á precipitar demasiado su marcha en tal camino; y la facilidad y la fortuna con que la emprendió influyeron del mismo modo en su conducta, no sostenida por la firmeza de su carácter, porque, queriendo ser el primero en cada partido, los abandonó todos siguiendo los giros de la fortuna. Su ligereza de carácter se puso frecuentemente de manifiesto por su falta de reflexión ó su temeridad en las operaciones militares, pero, sobre todo, por su arbitrariedad en la Administración».

mando, atacando al destacamento francés de Malla, al que causó bajas considerables y persiguió hasta las inmediaciones de Vich. Pero, ya allí, sucedió lo que debía esperarse; que, tocada la generala, salieron de la ciudad varias columnas que obligaron á la nuestra á retirarse precipitadamente á los montes de donde procedía, acosada particularmente por los jinetes franceses é italianos que las acompañaban.

El otro reconoçimiento, á que nos venimos refiriendo, tuvo lugar el 13, ejecutándolo el coronel Miláns con otra fuerza de 1.200 infantes, 50 caballos y los suizos de Kaiser en reserva. Puesta en alarma la división francesa con el ataque del día 11, recibió este nuevo perfectamente preparada y con fuerzas mucho más numerosas. No había acabado de establecer Miláns su línea, mandando el regimiento de Granada y la caballería por la derecha á fin de envolver la posición de Malla, y uno de los batallones de América por la izquierda con otro en reserva, cuando se presentaron al otro lado del pueblo, y en su apoyo, hasta 4.000 infantes y 500 caballos; esto es, toda la división Souham, excepto la parte que quedó en Vich para su custodia y para refugio de los demás si llegaban á tenerse que retirar. Ante fuerzas tan imponentes, Miláns hubo de retroceder á sus primeras posiciones de Collsuspina, pero no sin verse tan acosado y oprimido en la maniobra que no corriera el peligro de una grave derrota. Sacóle de él O'Donnell, que acudió animando á los combatientes con su presencia y la esperanza del inmediato arribo de la 4.ª división que corría en su auxilio. Los mismos regimientos que se retiraban tomaron entonces posiciones que les señaló su general; y de tal mane-

ra y tan rápidamente supieron rehacerse que, á la voz de O'Donnell y al grito de «Viva Fernando VII», cargaron á su vez á los imperiales y los hicieron volver á su campo.

Pero aquel reconocimiento estuvo para terminar en una acción general que hubiera trastornado por completo el plan del general O'Donnell, en que, según ya hemos dicho, entraban muchos otros y muy diversos elementos de que debía esperarse una acción más oportuna y acaso decisiva. Y, lo que era peor, se dió lugar á que el general Souham pudiera alarmarse y, con eso, perderse la esperanza de sorprenderle hallándole así como adormecido y confiando en su fuerza. No le envió refuerzo alguno el mariscal Augereau, á pesar de pedírselo, y con la mayor instancia, el general Souham; por lo que éste, sin perder instante, debió prepararse para una ocasión que era de pensar estaría ya próxima y acabaría por ser de graves y transcendentales consecuencias. Eso que O'Donnell, reconociéndolo así, trató, después de aquellos dos inoportunos avisos, de neutralizar sus probables efectos con una calma, con una inacción de su parte la más tranquilizadora posible, hasta hacer creer á sus adversarios que, convencido de la inutilidad de sus esfuerzos ó de la insuficiencia de sus medios, desistiría de cualquier proyecto ofensivo que abrigara. Llegó á amenazar á Palombini en su campo de Arbucias, y con tales apariencias de hostilidad, que el general italiano pidió y obtuvo de Hostalrich un batallón, creyéndose ya á las manos con todo el ejército español y, de todas maneras, imposibilitado de acudir en socorro de Souham si en tal ocasión era éste atacado.

Así las cosas en derredor de Vich, y sobre aviso todos los que habrían de concurrir á la realización del plan, antes indicado, del general O'Donnell, llegó el 20 de febrero y su primera luz alumbró las maniobras preliminares de la batalla que iba allí inmediatamente á reñirse.

El primero que, acudiendo á la cita, se presentó á la vista de los franceses fué Rovira que, con demasiada precipitación, acaso, y furia, atacó al destacamento francés de Gurp, un batallón situado en aquel pueblecillo y que hubo de retirarse á todo correr á Vich. Souham formó al primer aviso sus tropas á vanguardia de la ciudad, dejando en ella dos batallones para defenderla de Rovira y de cualquier otro ataque, también envolvente, que pudiera dirigírsele por la parte del Ter. Su línea apoyaba la derecha en Vich; y extendiéndose á su frente hasta Santa Eugenia, ya cerca de Malla, por donde asomaban las columnas españolas, situó la caballería sobre su flanco izquierdo, así para no dejarse desborbar ó envolver por aquel lado, como para conservar libre su comunicación con las brigadas italianas de Arbucias y Hostalrich.

O'Donnell bajaba, con efecto, de Tona, Munter y Montañola con tres columnas; la de la derecha, que en persona regía, compuesta de una parte de la infantería y la caballería toda; la del centro de infantería sólo, y la de la izquierda, que sea por poca diligencia de su jefe el brigadier Porta, sea, y ésto pasa como lo más cierto, por obstáculos del terreno desatendidos ó mal estudiados, iba muy retrasada. De modo que adelantándose Rovira en la ejecución del plan acordado y lejos todavía Porta, no comenzó la batalla con aquel

conjunto táctico, con la simultaneidad tan recomendable para sorprender al enemigo en todos los puntos de su línea é impedir la ayuda mutua de sus fracciones en ellos.

Las avanzadas de O'Donnell hallaron á los de Souham al pie de las alturas y trabaron un combate de guerrillas, al que muy pronto sucedió el general de las tropas de uno y otro campo. El nuestro, contra lo que exigían la ocasión y el carácter emprendedor de su general, se detuvo á responder al fuego de los franceses, en vez de formar en masa y romper con las bayonetas la línea enemiga. La superioridad numérica, el ímpetu que llevaban al descender al llano de Vich y la confianza misma con que habían emprendido aquel movimiento, aconsejaban no detenerse un instante en él, abriéndose al paso de ataque el camino hasta penetrar en la ciudad, objetivo, hacía tantos días, de sus aspiraciones (1). O'Donnell, sin embargo, destacó sobre su derecha la caballería, para entretanto que sus peones, los suizos de Kaiser sobre todo, puestos los primeros de frente, distraían á los franceses más próximos, envolviese la izquierda de éstos, no desplegada todavía. La carga tuvo comienzo feliz y la izquierda francesa corrió grave peligro de verse rota y desordenada; hasta hubo de perder una de las piezas, cuyos sirvientes cayeron á su inmediación acuchillados. Pero reunida la caballería francesa de aquella ala, compues-

(1) A esa confianza, precisamente, atribuyen casi todos los cronistas de aquellos sucesos la lentitud de las maniobras ejecutadas por los españoles en la acción de Vich. No sólo tenían por cierta y segura la victoria, sino que querían, sin duda, alcanzarla con la dignidad del mejor de los ejércitos.

ta de un regimiento entero, el 24.° de dragones, y de varios escuadrones del de Napoleón, y de concierto con otras piezas de artillería, salió al encuentro de la nuestra y, rechazándola, logró conmover nuestra infantería más próxima, haciéndola perder la solidez, «que, al decir de un escritor militar, es la primera base del valor en que se fundan las victorias» (1).

El ataque de la derecha española había fracasado; pero no era O'Donnell hombre que por eso cejara pronto, y formando en columnas el centro de la línea, que había bajado á su altura de Munter y las últimas estribaciones de aquellos montes, se lanzó sobre el de los franceses con el mayor ímpetu. Si en aquel momento hubiera podido entrar en acción nuestra columna de la izquierda, de seguro que se hubiera decidido el combate en favor de los españoles. Desgraciadamente, Porta no había llegado todavía al campo de batalla, y sosteniéndose en sus puestos los franceses, más que por denuedo propio, por la desesperación, el ataque de O'Donnell ni tuvo el éxito deseado ni hizo más que inutilizar sus tropas para esfuerzos sucesivos (2).

Cuando Porta pudo tomar parte en la acción, pue-

---

(1) Parece, pero sólo lo hemos visto en Schépeler, que los españoles hallaron en lo más resuelto de su carga una ancha zanja que la descompuso. Algo indican la lámina que el señor Blanch dedica á aquel suceso y aun algunas de sus palabras.

(2) Dice Vacani: «Entonces, precisamente, fué Souham herido y se experimentaron muchas bajas en la línea francesa; pero el temor de perderlo todo, hasta el honor, en aquella batalla, convirtió en desesperación el valor de los regimientos 42.°, 93.° y 1.° ligero, mandados por los coroneles Espert y Bourgeois, y respondiendo con su constante inmobilidad al fuego, contuvieron el ímpetu del enemigo y triunfaron de sus repetidos ataques».

de decirse que estaba decidida en favor de los franceses; su participación, además de tardía, resultó débil é incapaz de dar resultado alguno próspero á las armas españolas; lo cual, unido á la floja también que tomaron los miqueletes de Rovira, tan diligentes y temerarios en su ataque de Gurp, inutilizó los nuevos y bruscos intentados todavía por O'Donnell en otros varios puntos de la línea. Hecha la primera cura de su herida en Vich, Souham volvió al campo de batalla con nuevos bríos y con tropas que la parsimonia de nuestros miqueletes le permitía sacar de la ciudad, y tras de otra carga de los dragones franceses é italianos, los españoles emprendieron la retirada á los montes de donde habían salido aquella mañana tan confiados en la victoria, seguros, puede decirse, de ella.

Las pérdidas fueron graves; ascendieron á cerca de 2.000 entre muertos, heridos y prisioneros, siendo muchos los que se contaron de estos últimos; y aun cuando las bajas de los imperiales fueron, en cuanto á los primeros, más numerosas quizás, el triunfo las compensó sobradamente, pues de la derrota hubiera resultado la destrucción de toda la división francesa. Sin otro refugio que la ciudad de Vich, la rendición de los franceses tenía que ser inmediata por la completa carencia de recursos en que se hubieran visto.

Venciendo, se hallaron, por el contrario, desembarazados de todo peligro en bastante tiempo, y aun en estado su general en jefe de, en cumplimiento de las órdenes de Napoleón, internarse de nuevo en Cataluña y extenderse, por el pronto, á la línea del Llobregat, reparo de los españoles y asiento de sus autoridades. Hubo, como dijimos antes, precipitación por par-

te de O'Donnell y hubo flojedad por la de Porta; que de haber concurrido todos simultáneamente al campo de batalla, ni los miqueletes de Rovira, tan impetuosos en su primer arranque sobre Gurp, hubieran tenido que moderar sus bríos al encontrarse tan madrugadores, ni O'Donnell habría combatido sólo en el frente de batalla ni, por fin, llegara Porta cuando sólo podía recoger la vergüenza de su pereza (1).

**Bombardeo de Hostalrich.**

El día de la acción de Vich fué, precisamente, el en que los italianos comenzaron el bombardeo de la fortaleza de Hostalrich. Habíase establecido la batería de morteros á espaldas de la muralla septentrional de la ciudad, á cubierto de los fuegos del castillo y de las salidas de su guarnición. Muy próxima, por consiguiente, al blanco, había sido necesario calcular con la mayor exactitud posible las cargas, pequeñas, como es de suponer, de los morteros y, por el contrario, su mayor elevación; pero se hizo con tal acierto que, aun siendo tan reducido el recinto, fué rarísima la bomba que cayese fuera de él. Los estragos, con eso, fueron desde un principio muy considerables; y si se hubiera previsto la constancia de los españoles en su defensa, y allegado mayor número de proyectiles al romper el fuego, éste habría producido muy otros resultados (2).

(1) Corrieron por Cataluña los rumores más injuriosos para Porta, á quien se acusó hasta de traición por su tardanza en llegar al campo de batalla, cargos calumniosos, pero que siempre acogen los vencidos para tener sobre quién descargar la responsabilidad de los reveses, debidos generalmente á otras causas.

De todos modos, Porta fué destinado á Valencia, donde tampoco tuvo fortuna.

(2) Persuadidos los sitiadores de que á los pocos disparos se rendiría la fortaleza, y esto consta oficialmente, no prove-

La infalibilidad que se atribuían los ingenieros franceses, respecto á su éxito contra las fortalezas españolas, les hizo emplear mucho tiempo en otras obras de sitio, á su sentir, más urgentes. El puente sobre el río de Santa Coloma debía resultar un monumento de elegancia y solidez; el camino nuevo por detrás de los montes de Massanas á Grions, y su junta al antiguo de Barcelona, recibió mejoramientos que contrastaban con la seguridad de la próxima conquista del castillo; la destrucción de la Torre de los Frailes distrajo por varios días la atención de los ingenieros con cálculos que, en sus escritos, más parecen dirigidos á la ruina y asalto de una gran fortaleza que á la tranquila destrucción de un torreón que para nada les estorbaba ya; y entretanto permanecían silenciosos los cuatro morteros llevados de Gerona y caminaban sus proyectiles con una lentitud inexplicable.

Resultado: que el día 20 se arrojaban sobre Hostalrich 160 bombas, cesando el fuego á las cinco de la tarde para continuarlo por la noche, pero muy lentamente. La algazara y los *vivas* que los sitiadores oían en el castillo les puso de manifiesto que, en vez de aterrar el bombardeo, aun siendo tan certero y activo, encendía á la guarnición en entusiasmo para proseguir y hacer más y más gloriosa la defensa.

En esto llegó al campo imperial la noticia de la situación difícil en que ponía al general Souham el ataque emprendido por los españoles junto á Vich; y te-

---

yeron la batería sino de muy pocas bombas. Desde el primer día se vió que eran insuficientes. El mismo general Taviel se equivocó como los demás.

meroso Mazzucchelli de un revés, y apremiado por Palombini desde Arbucias, creyó deber enviar á su socorro los dos batallones del primer regimiento ligero, los cuales emprendieron inmediatamente la marcha. Pero no estaban todavía muy lejos, cuando por la parte de San Celoni se dejó oir fuego de fusilería que se fué luego graduando, hasta, en seguimiento de las avanzadas italianas que apresuradamente se retiraban, descubrirse las españolas coronando las montaña y laderas de Orsaviñá. No tardó tampoco en verse invadido todo el llano, y á los catalanes preparándose á vadear el Arbucias cerca de su desembocadura en el Tordera para acometer el molino atrincherado de la Farga y la subida al castillo. Mandábalos el teniente coronel D. Manuel Fernández Villaamil que, con alguna, muy poca, tropa y las compañías del Vallés, regidas por el comandante D. Esteban Pagés, en todo unos 700 hombres, había salido el 20 de Areñs de Mar, y pernoctando en Montnegre, aunque sin convoy alguno en pos, trataba de comunicar con el castillo y porporcionarle noticias y aun los socorros posibles.

El castillo es socorrido.

Las avanzadas italianas comenzaron á retirarse ante los españoles, llevándolas su comandante Fabalelli á los altos que cubría en la derecha del Tordera; con lo que los de Villaamil, reunidos ya á los que Estrada destacó del castillo, ocuparon las dos orillas de aquel río y el molino de la Farga que servía de comunicación entre ellas, ni bien defendido por su presidio, ni auxiliado por las fuerzas inmediatas de su campo. A pesar de haber las suficientes para impedir el socorro del fuerte, el jefe de las más próximas vacilaba sobre el partido que convenía tomar, considerando insu-

ficiente la del regimiento que tenía á la mano y no debiéndose llamar los batallones destacados en ayuda de Palombini. Necesitaba, además, órdenes precisas del jefe encargado del sitio, temeroso de cargar con la responsabilidad de un ataque, tanto más aventurado cuanto que ignoraba á qué número ascendían las fuerzas de los españoles. Sacóle de aquellas dudas y vacilaciones el jefe de Estado Mayor de Mazzucchelli con la orden de atacar enérgicamente á los españoles, quienes, viendo que marchaban hacia ellos más de 2.000 hombres, y tomando en cuenta que sin convoy alguno que meter en el castillo nada tenían que hacer allí, emprendieron la retirada por el mismo camino que habían llevado, satisfechos, eso sí, de su jornada y resueltos á repetirla con más fuerza y con provisiones para sus valientes camaradas de Hostalrich. Nuestra pérdida se redujo á la de dos heridos, en tanto que la de los italianos fué de cinco muertos y dos prisioneros, que proporcionaron á Estrada todo género de noticias sobre el número de los enemigos y su material.

Continúa el bombardeo.

Repuestos de su pánico del 20 los sitiadores, continuó el bombardeo con más violencia cada día, habiendo llegado al de unas 1.000 el número de las bombas que el 27 llevaban arrojadas sobre el fuerte, con un acierto que sólo se comprende sabiendo que Vacani, ingeniero tan hábil, había construído la batería, y el comandante Clement no cesaba de adiestrar á los artilleros en el servicio de las piezas y particularmente en las punterías, para las que allí mismo inventó curiosos y eficaces procedimientos. Para no interrumpir un solo día el fuego, llegaron sin cesar al campo de los sitiadores municiones que se les enviaba desde Gerona en

carros que, las dos noches anteriores á la del citado día 27, oyeron los sitiados dirigirse á Hostalrich sin conocer, con todo, la importancia ni el destino del material que llevaba en toda su extensión.

Y era que el mariscal Augereau necesitaba abastecer de él en abundancia á los sitiadores para la pronta rendición del castillo, y poder entregarse con todas las fuerzas de que le fuese dado disponer al proyecto que, de tiempo atrás, revolvía en su mente, de arrojar á los españoles de toda la zona marítima de Cataluña y obligarlos á acogerse á la montaña, á fin, además, de que no opusieran obstáculos á las nuevas operaciones que le imponía el Emperador. Pero en su impaciencia de llevar á cabo este plan, y para que sus movimientos fueran todo lo ejecutivos que deseaba, distrajo aún más fuerzas de las del sitio de Hostalrich, dejando sólo para proseguirlo dos batallones de infantería con los zapadores y artilleros indispensables. Y aun cuando luego envió otros 800 hombres á las órdenes del ayudante general Devaux, que asumió el mando del sitio, era evidente que en tales circunstancias, y con el escarmiento del 20 de febrero, no podrían 2.000 hombres ofrecer garantía alguna, no ya de llenar su misión poliorcética, pero ni la de impedir siquiera la repetición de empresa como la ejecutada por Villaamil en aquella fecha.

**Nuevo socorro al castillo.**

Con efecto, los catalanes aparecían de nuevo el 4 de marzo en las mismas posiciones de antes, provistos ahora de un convoy considerable, compuesto de unas 40 acémilas cargadas de víveres. Villaamil iba entonces á las órdenes de D. Esteban Pagés, jefe de las compañías de reserva del Vallés, que en aquel día ga-

naron el uso de un distintivo militar y del uniforme que propusiera su valiente y digno comandante. Y para que no se atribuya á arrogancia española la descripción de jornada que tanto debe lisonjear el orgullo patrio, vamos á copiar el relato de Vacani, allí presente, que ni siquiera puede disculpar la derrota de sus compatriotas». «Mientras se mantenía, dice, el nervio del ejército inactivo en Vich y el general O'Donnell parecía ocuparse únicamente en atraerse la atención de Augereau, que ni aun se cuidaba de interrumpir su inmovilidad en Gerona para trasladarse, como tenía pensado, á Barcelona, el coronel Villaamil guió el convoy de la costa de Mataró á Orsaviñá, y haciéndole seguir el camino mismo que ya había recorrido días antes, unas veces ocupado y otras desatendido por las tropas sitiadoras, ganó el monte, esguazó el río, rompió los puestos enemigos y lo introdujo en el fuerte. Es verdad que por aquella parte las selvas y la naturaleza misma de los montes, á que se sube ocultamente de la vertiente de la marina y se desciende por revueltas escondidas al llano, favorecían la llegada repentina sobre los puestos temerariamente debilitados en aquella ribera; de tal modo, que siempre que se encontraron sin vigilancia se vieron fácilmente sorprendidos y arrollados. Al primer ataque de los españoles sucedió el desorden en las guardias, las cuales se reunieron al débil batallón de Favalelli para renovar su movimiento de concentración en lo alto de la montaña, abandonando aquel fondo de valle tan peligroso para él y abriendo así su acceso á los españoles para cruzar el río. Todos los demás puestos pequeños se desbandaron también, cediendo un terreno que reputaban imposible

defender por sí solos. Es también de advertir que el día apareció cubierto de espesísima niebla, que las guardias estaban muy distanciadas por escasez de tropa y sin la esperanza, que tanto aviva el valor, de refuerzos inmediatos, hallándose el ejército todo repartido del lado de los montes hasta Vique y del lado del río hasta *Blanes;* que, en suma, no se hallaban los puestos suficientemente atrincherados para resistir los ataques de dentro y de fuera, ya que la multiplicidad de las obras y la falta de brazos lo habían hasta entonces impedido. No es, pues, maravilla que aquella vez el coronel Villaamil, con una fuerza de más de 1.600 combatientes (consta que eran 1.000 justos), y secundado por la guarnición que estaba avisada de su arribo, pudiese salir vencedor de 600 soldados (antes ha dicho que eran 800 y que les llegó Devaux con otros tantos), diseminados en posiciones expuestas á todos los fuegos y á tantos ataques de frente, de flanco y de espaldas y sin reservas próximas para socorrerlos. En el primer ímpetu de la pelea quedaron muertos algunos italianos, otros heridos, y pocos prisioneros, y el convoy de víveres penetró sin pérdida alguna en el fuerte entre las dobles filas de tropa de Villaamil y Pagés. Poco después, Villaamil, no obstante el fuego de mortero con que Devaux trató de molestarle, emprendió de nuevo la retirada á la costa y llegó ileso á ella, llevándose consigo á cuantos no se encontraban en estado de pelear en defensa del castillo. En esta ocasión las reservas que fueron enviadas por Devaux llegaron tarde para que Balabio pudiese renovar el combate desde sus campamentos de Grions é impedir la libre comunicación de los socorros con el fuerte, trabajando luego por inquie-

tar á Villaamil en su retirada, aunque inútilmente». (1)

Los españoles no experimentaron en función tan gloriosa otra pérdida que la de 6 muertos y 10 heridos, en tanto que los imperiales dejaron en el campo 47 muertos y pudieron retirar muchos heridos á la población y á sus campamentos.

Pero no sirvió á Augereau de lección este nuevo fracaso de los sitiadores de Hostalrich, como no había servido el anterior del 20 de febrero. Creyendo que con pasar él por frente del Castillo con todo un ejército impondría á la guarnición y á su gobernador lo suficiente para que se rindiesen, se presentaba el 14 de marzo, aunque para al día siguiente continuar con otro gran convoy á Barcelona, donde entraba el 16 á las dos y media de la tarde entre el estruendo de las salvas que saludaban su regreso (2).

Nuevo Gobierno de Cataluña.

Una vez allí, el duque de Castiglione creyó llegada la ocasión de hacer público el decreto de 8 de febrero en que el Emperador declaraba la Provincia de Cataluña como gobierno particular, con el título de *Gobierno de Cataluña;* al General en jefe de aquel ejército *Gobernador de la Provincia,* con poderes civiles y militares, y encargado también de la administración de jus-

---

(1) Esta relación está conforme en su fondo con los partes de Pagés y las de Schépeler, tan bien enterado siempre, y Roca que, sin embargo, equivoca la fecha trasladándola al 5.

(2) Dice el P. Ferrer: «Han venido también de Francia, al abrigo de estas tropas, muchas familias y comerciantes franceses con sus carros llenos de mercaderías y efectos de comercio. Sin duda piensan estas gentes que está el comercio floreciente y la comunicación libre».

Esto, acaso haga decir á Schépeler: «Su campo recordaba la guerra de 30 años; porque pululaban en él las vivanderas, mercaderes y judíos para traficar con el botín de los soldados, haciendo la usura olvidar los peligros de la vuelta.»

ticia y de la Real Hacienda, puesto que quedaba el territorio todo catalán en estado de sitio.

Ese decreto se relacionaba con aquellos despachos á que nos hemos referido en el capítulo primero de este volumen, y que tanto trabajó el Intruso por desvirtuar desde Andalucía, ya que no le sería posible impedir del todo su ejecución por tener el carácter de reservados y emanar, sobre todo, de su inexorable hermano (1).

La proclamación del decreto fué todo lo fastuosa que era dado hacerla al duque de Castiglione y á sus satélites los afrancesados de Barcelona; celebrándola en las plazas de Palacio, del Borne, San Jaime y la Ciudad. Pero por más esfuerzos de aparato y de violencia que hicieron regidores, maceros y alguaciles por comunicar á los barceloneses el júbilo y el entusiasmo de que parecían poseídos, con sus vivas al Emperador y al Mariscal, el público, que los escuchaba con muestras y risas las más despreciativas, permaneció mudo, á excepción, con todo, de un individuo que escondido entre la multitud lanzó en el Borne el grito de «¡viva Fernando VII!» No pudo ser habido porque no hubo en aquella muchedumbre uno solo que le denunciara, ayudándole, por el contrario, todos á escabullirse de las garras de los esbirros que procuraron atraparle.

(1) Ni ese decreto ni el que publicó la Gaceta extraordinaria de la Regencia el 2 de mayo de 1810 aparecen en la Correspondencia de Napoleón en aquel tiempo. La razón es obvia: es que, como se dice en los despachos citados, se querían mantener secretos por entonces. Pero ¿por qué publicar con tanto boato el referente á Cataluña?

En los despachos se habla como de pasada de un decreto de igual fecha que la de ellos; pero sin dar la menor idea de su contenido.

Augereau no dejó tampoco nada por hacer para atraerse á los catalanes, ya prendiendo á varios de los agentes españoles de Duhesme, que tan odiosos se habían hecho, ya mandando fuese oficial el idioma del país en unión con el francés, y hasta creando un periódico, órgano de la autoridad imperial, con el título de *Diari de Barcelona y del gobern de Catalunya* (1).

**Expedición de los franceses á Tarragona.**

Contaba ya Augereau con más de 30.000 hombres de todas armas, habiéndole llegado por aquellos días la división alemana de Rouyer con 6.000, y sobre 3.000 reemplazos que también se le enviaron de Francia. Y siendo tan apremiantes las órdenes del Emperador para emprender las operaciones sobre Lérida, tenía que ponerse en comunicación con el general Suchet, que había por su parte recibido el encargo de sitiar aquella plaza y todas las que asientan junto al Ebro en los confines de Aragón y Cataluña. Napoleón desconocía lo que diremos luego; los pasos en que, por orden de su hermano José, andaba Suchet para la conquista de Valencia, y creía á Augereau con fuerzas más que suficientes para sujetar en pocos días el Principado, puesto que á la vez ordenó se le reforzara con 14.000 hombres sacados de otros ejércitos.

Ahora bien; el duque de Castiglione, con los que tenía ya á la mano y divididos en varias columnas, di-

(1) Cuenta Schépeler que Augereau repartió el decreto y la proclama, que también dirigió al pueblo catalán, con los miqueletes que había hecho prisioneros en la marcha, y que uno de ellos, al ser puesto en libertad, se volvió al francés que le había acompañado hasta las avanzadas y le dijo: «Camarada, te debo la vida y te devolveré el favor en otra ocasión; pero no soy ningún traidor y todos mis compatriotas harán de vuestras ofertas lo que yo, y echó á volar las proclamas después de hacerlas pedazos».

rigió la fuerza de Souham, de que se había hecho cargo el general de brigada Augereau, á Manresa, para caer sobre el Llobregat, que cruzaron también las de Severoli y Schwartz saliendo el 20 de marzo de Barcelona. Y viendo que O'Donnell no se atrevía á resistir, temeroso de hallarse envuelto por fuerzas tan superiores en número, el Mariscal le hizo seguir al campo de Tarragona, á que se había acogido el general español, dando á Schwartz la comisión de establecerse en Manresa, abandonada, como era de suponer, por sus habitantes. Esta operación causó por el pronto un gran trastorno en las de los catalanes, cuyos miqueletes y somatenes hubieron de apelar á su habitual sistema de dispersiones; pero O'Donnell, activo como nunca en tan difíciles circunstancias llevó sus gentes á Tarragona, haciéndolas abandonar, por un lado, las obras, sólo aún empezadas, del Ordal, y cubriendo, por otro, la montaña con sus más aventajados guerrilleros para aislar á Schwartz en la zona precisamente de su primera derrota de 1808. Los franceses salvaron el Ordal, llevando por delante á cuantos, en la confianza de que no volvería á ser pisada de enemigos aquella comarca, se habían establecido en los pueblos del litoral, huyendo muchos á Mallorca y Cádiz, transfiriéndose otros con las autoridades, la Junta de la Provincia, llegada de Manresa, su habitual residencia, y gran parte del Clero de Villafranca, á las poblaciones más apartadas de la acción militar que veían operarse allí. En Ordal, la brigada Augereau, hermano, se nos ha olvidado decir, del Mariscal, cometió toda suerte de atropellos y robos: los altares de San Pablo fueron destruídos; las vestiduras sacerdotales rotas, enlodadas y dispersas, y el taber-

náculo profanado; no quedó en el pueblo casa sin saquear ni habitante que saliera indemne de las manos del feroz invasor. El 20 se reunía á aquella fuerza la de Severoli en Villafranca, de donde, y dejando allí una guarnición numerosa, continuaban las dos brigadas á Vendrell para, con más precauciones ya por saberse la llegada de O'Donnell á las inmediaciones de Tarragona, situarse el 27 en Valls, establecer destacamentos en el país aledaño y vivir sobre él, pues que, confiando en su abundancia, iban las tropas desprovistas de todo (1).

Ataque de los españoles á Villafranca.

Pero allí quedaría paralizada su acción ofensiva. Porque O'Donnell, seguro en su campo, al que había hecho acudir las fuerzas irregulares que se dispersaron ante la enérgica embestida de los franceses, y bien enterado de los movimientos que éstos andaban ejecutando y de las posiciones que habían ocupado, se dispuso muy pronto á hostilizarlos. En Villafranca, ya lo hemos dicho, había un grueso destacamento de 900 hombres, perfectamente resguardado, en concepto del general Augereau, desde que la línea francesa se extendía desde el mar, en Arc Dembarra, á Vendrell, Valls y Reus. Pero las tropas españolas que sabían abrirse paso por todas partes, dueñas, como eran, de las voluntades de los naturales de aquel país, lograron, en número de unos 6.000 hombres al mando del general Caro, deslizarse por entre las posiciones enemigas, y el 30 de aquel

---

(1) Napoleón hacía decir á Augereau que «encontraría en los llanos de entre Lérida y Barcelona, y de entre Barcelona y Tarragona, con qué alimentar abundantemente su ejército.» Se sabe, además, su axioma de que 20.000 hombres hallan con qué alimentarse hasta en el Desierto.

mes de marzo acometían la entrada en Villafranca y el ataque á su guarnición. Presumía ésta, al avistar á los nuestros, de poder resistirlos en el campo, pero luego comprendió su temeridad y fué corriendo á encerrarse en el fuerte cuartel en que se alojaba, el que, después de dos horas de un combate obstinadísimo y sangriento, fué ocupado por Caro y los suyos, haciendo unos 600 prisioneros, pues los demas habían perecido.

**Ataque á Manresa.**

Era necesaria mucha diligencia para inutilizar las fuerzas imperiales que, destacadas en otros puntos, debían mantener á las divisiones Augereau y Severoli libres completamente en su acción ofensiva de los peligros que pudieran ofrecerles las guerrillas, los miqueletes y somatenes que campeaban por la montaña; y Caro, aunque herido, y su segundo el coronel Gasca, se dirigieron inmediatamente sobre Manresa, esperando reunirse en el camino á Campoverde y llamar á sí también á Miláns y Rovira que se mantenían en observación de lo que pudiera suceder en Hostalrich. El general Schwartz se sostenía muy trabajosamente en Manresa, cuyo vecindario, al abandonarla, no le había dejado medio alguno para subsistir. Necesitaba merodear por el terreno inmediato; y disputado éste por sus iracundos habitantes, cada salida suya de la población daba lugar á un combate del que no siempre salía airoso. Pidió á Barcelona refuerzos que el Mariscal se apresuró á enviarle, pero no habían ganado aún el Bruch los 1.200 infantes y dos obuses que los componían cuando avistaban á los de la Gasca establecidos en la excelente é histórica posición de Casamasana. Verlos los españoles y lanzarse á su encuentro fué todo uno. El combate resultó lo breve que era de esperar entre fuerzas

tan desproporcionadas; y por la tarde de aquel día, el 1.° de abril, lograban entrar en Martorell y huir luego á Barcelona unos 400 franceses sin artillería alguna ni bagajes. Los otros 800 habían sido muertos ó hechos prisioneros.

Desastre de Schwartz. La consecuencia más inmediata de aquel nuevo desastre de las gentes del duque de Castiglione, se sintió, como era de presumir, en Manresa, donde Schwartz se halló bloqueado por Caro, Campoverde, Miláns, Rovira y la innumerable muchedumbre de catalanes, rabiosos de ver ocupada su ciudad y rotos ó quemados los pocos haberes que hubieran dejado en ella. La situación de Schwartz era, con eso, sumamente crítica, y se comprende que no le abatiría poco la idea de verse ahora en trance no muy desemejante de los dos desgraciadísimos en que se había hallado en lugar tan próximo al que por su fatal sino estaba ocupando. La salida en armas llevaba á una ruina más segura aún y desastrosa que las anteriores del Bruch. Así es que después de distraída la atención de Rovira, con quien parece tenía concertado el capitular, pero sólo ante tropas de línea, si no era socorrido para el día 5, apeló al expediente, honroso es verdad, de una evasión nocturna que, sin duda, creyó podría resultarle feliz. Y en la noche del 4 al 5 levantó silenciosamente el campo dirigiéndose, para mejor ocultar su marcha y, acaso, huir del Bruch, al Llobregat, que cruzó por el puente de Villamara, y, de allí, á Coll Daví, á fin de bajar á Moncada burlando la vigilancia de Caro y Campoverde en Montserrat, y de Miláns y Rovira en el camino opuesto de Vich. No era fácil la empresa y menos el engaño con que pretendía zafarse de sus enemigos; y

en Barata, ya en la vertiente meridional de Coll Daví, fué alcanzado por las fuerzas de Rovira y Llovera que le fueron batiendo hasta Sabadell, y luego por las de Campoverde que le causaron una tal derrota que llegó á Moncada y Barcelona herido, con solos 800 hombres, sin artillería ni equipajes y en el desorden más completo.

**Retirada de Augereau y Severoli.**

Entonces pudo Augereau comprender que si era aventurada la orden de Napoleón para combinar las operaciones del ejército de Cataluña con las del de Aragón, no lo era menos su plan para ejecutarla, adoleciendo de muchos errores, y el mayor, entre ellos, el que le hacían cometer el desconocimiento de aquella parte del Principado y el del carácter de los catalanes y de su general, muy propio para conducirlos en aquella guerra. Aisladas, así, las divisiones Augereau y Severoli, de las que ni noticias lograba tener su general en jefe, se les envió por mar la orden de retroceder; cumplimentándola ambos después de, por una breve excursión del coronel Vilatta á Falset y Mora, haber comunicado con las tropas del ejército de Aragón que mandaba Musnier á lo largo del Ebro. La marcha fué lenta á causa de la obscuridad de la noche del 7 en que la emprendieron las divisiones, y del inmenso botín que se llevaban con ellas, fruto de sus depredaciones. Así es que, al llegar á Villafranca, las alcanzaba la vanguardia de O'Donnell, cayendo sobre su campo con tal ímpetu que, sin la carga que con su regimiento de caballería la dió el coronel Delord, hubieran sido inmediatamente arrolladas y quizás destruídas; tal fué el desorden y el pánico que nuestros cazadores y miqueletes introdujeron en ellas. Sólo por eso y por la muerte

de Ory, el jefe de la vanguardia española, lograron salvarse los franceses y pudieron llegar al Ordal donde los esperaba una gran parte de la división Verdier que Augereau, temeroso de algún nuevo desastre, había hecho adelantarse al encuentro de Severoli (1).

Juramento al Gobierno de Cataluña.

Entretanto, y confiando el mariscal Augereau en que el número de las tropas que había dirigido al Ebro y el prestigio que suponía las acompañaba por todas partes, eran bastante para dominar el territorio vecino á Tarragona, á que se había O'Donnell acogido, y para cumplir con la misión de combinar sus operaciones con las de Suchet, se entregaba en Barcelona á la ejecución de las providencias de Napoleón respecto á la suerte de las provincias catalanas. Tenía que recibir el juramento de los barceloneses á las que, según el decreto ya proclamado en las principales plazas de la ciudad, se iban á constituir en autoridades independientes del Gobierno de Madrid. Y, con efecto la ceremonia se celebró el 1.° de abril en la Catedral, á la que concurrió el duque de Castiglione recorriendo, montado en un soberbio caballo blanco y seguido de sus ayudantes y Estado Mayor, los Encantes, las calles de la Fustería, Ancha, Dormidor de San Francisco, la Rambla, Puerta Ferrisa, la Cocurulla, la calle dels Boters, la plaza Nueva y la calle de Santa Lucía. El trayecto estaba poco concurrido y los curiosos ni siquiera se cuidaban de saludar al Mariscal, cuya arrogancia y maneras nada

(1) Severoli salió de Reus dejando encendidas las hogueras de sus campamentos para desorientar á O' Donnell. En la marcha iba delante la brigada Palombini, seguida de la de Mazzucchelli, y continuaba la *impedimenta* resguardada por la división Augereau que cubría la retaguardia, que se incorporó en Valls.

elegantes, parecidas, al decir de un distinguido historiador, á las de un burdo charlatán, no provocaron en el público que asistió al tránsito de tan fastuoso cortejo sino dichos de esos que la plebe toma por los más significativos y gráficos. «Mira al Tambor Mayor», dijo un barcelonés al pasar el Mariscal, y, corriéndose la voz, se hizo la frase general y se repitió por muchos como en coro entre otras tan graciosas y la chacota de los demás. Ya en la iglesia, y situado en la parte del Evangelio con los generales y jefes del ejército á su lado, el prefecto, los tribunales y el Municipio en el de la Epístola, y los otros empleados y dignidades eclesiásticas en bancos establecidos al pie del presbiterio, se leyó la fórmula del juramento y se hizo la pregunta de si se juraba. Nadie contestó á ella, y se procedió á su ejecución individual por los que no podían eludirla en tal y tan solemne y pública ocasión (1).

Acabóse la misa, que se había interrumpido para el juramento, y la fiesta toda terminó con un *Te deum*, cantado á escape y oído por los franceses, según testigos presenciales, con la misma devoción con que dice la duquesa de Abrantes vieron los de París las ceremonias del Concordato y de la Coronación en 1802 y 1804; con lo que se volvió Augereau á su palacio, perfectamente convencido de las simpatías que inspiraba

(1) El P. Ferrer cuenta así esa parte de aquel acto: «Puesto Don Cayetano Font y Closas, como á Substituto del Comisario General de Policía, en la barandilla del Presbiterio, mirando hacia la Iglesia, gritó en alta voz en catalán y dixo: *Oiu*; *oid*. Leyó en seguida la fórmula del juramento en tono de interrogante y, no respondiendo nadie, añadió: *¿Jureu tots fidelitat y obediencia al Gobern de Cataluña?* Y no habiendo respondido nadie, dixo su Secretario, *Sí, sí: ja juran tots.*»

á los catalanes y el amor á la Francia que el decreto de Napoleón había provocado en ellos.

Prosigue el sitio de Hostalrich.

Las noticias que llegaban de Gerona y la frontera próxima exigían la presencia del ejército francés en aquel lado de Cataluña, la conquista, sobre todo, del castillo de Hostalrich, en cuyo auxilio se precipitaban las tropas españolas, vencedoras recientemente en las demás partes del Principado. Mientras cubriera el estandarte nacional aquellas ya informes ruinas del castillo, ejemplo, como tantas otras fortalezas en la Península, del genio belicoso y de la incansable pertinacia de nuestros compatriotas, era inútil esperar el dominio de región alguna de Cataluña, ni aun la tranquilidad en derredor de Barcelona y las demás, bien pocas, localidades ocupadas por los franceses. Aunque tarde para su crédito personal, acabó el duque de Castiglione por comprenderlo así al sentir los desastres sufridos por las tropas de su mando en Villafranca y Manresa; y abandonando el plan de operaciones sobre el Ebro en combinación con Suchet, se decidió á acabar en Hostalrich con lo que él consideraba el foco que mantenía las últimas esperanzas de los catalanes. No había conseguido dar á O'Donnell uno de los golpes decisivos con que acostumbraba su Emperador vencer en breve plazo la resistencia de los más poderosos ejércitos, escapándosele de entre las manos, puede decirse, su hábil y activo adversario, y como evaporándose á su vista las nubes de los patriotas que sin cesar revoloteaban en su derredor. Oídos, pues, el consejo y las reclamaciones de sus subordinados, más prácticos que él en tal género de guerra, encaminaba el 12 de abril la mayor parte de sus tropas á Hostal-

rich, dejando tan sólo en la capital una guarnición de 4 á 5.000 hombres á las órdenes del general de artillería La Combe Saint-Michel.

El 13 pernoctaba en Massanas, cuando ya Severoli se había establecido en Hostalrich y Verdier en Gerona, cuya plaza ocupó el Mariscal la tarde del 14. Precedíale la brigada Palombini y caminaba á retaguardia su hermano el general Augereau; en el centro iba el bagaje con el enjambre de aquellos mercaderes y judíos, que dijimos le habían acompañado á Barcelona, presurosos de salvar las ganancias y el botín que se llevaban á Francia. Una gran masa de él pertenecía al Mariscal que en Barcelona extremó el espíritu de rapacidad que, como á muchos de sus colegas, le dominaba (1).

Ya el 23 de marzo el general Verdier había dirigido á Estrada una nueva intimación en que, dulcificando las condiciones impuestas en la anterior por el duque de Castiglione, ofrecía las de *dejar salir la guarnición con los honores de la guerra para ser conducida á Francia después de haber depuesto sus armas, conservándoles á los señores oficiales, sargentos, cabos y soldados*

(1) El P. Ferrer recuerda así aquel espolio después de manifestar que el Intendente francés se llevaba catorce carros cargados de dinero. «No parece, dice, tan extraña esta operación como la que se ha executado en el palacio de la Capitanía general en donde ha estado alojado el Mariscal Augereau, pues se han quitado de sus salones y piezas todos los adornos de valor; hasta la batería de cocina ha sido empaquetada y ha marchado con la retaila de carros que puede considerarse consequente á una general rapiña. Otro tanto (con relación á muebles de valor), han executado en varias casas muchos oficiales que estaban alojados en las mismas, y también han partido hoy con el interesantísimo comboy, digno ciertamente de ser escoltado por todo el exército que tienen los franceses en Cataluña.»

*todos los bagajes y caballos de su propiedad;* amenazándole, de no aceptarlas, con otras *que le parecerían duras, pero dictadas por la justicia, en vista de que prolongaba una resistencia, que ni estaba autorizada por el honor ni por la razón.* Estrada le contestó el mismo día con un oficio tan digno como los demás suyos y en cuyo último párrafo le decía: «Por tanto, señor general, permitidme refundir en esta contestación las ideas y resoluciones que he manifestado en las anteriores, y contad siempre con la constancia y deber militar de esta tropa...»

Pero ahora había cambiado mucho el estado de las cosas. La guarnición de Hostalrich podría rechazar las intimaciones de Devaux y las mismas de Verdier, que sólo contaban con el efecto de las bombas que hacían diariamente arrojar sobre la ya desmantelada fortaleza, pero no con la esperanza de un asalto que el segundo, sobre todo, de aquellos generales tenía la amarga experiencia de no obtener fácil éxito al intentarse contra españoles. La marcha, además, de Verdier á Barcelona para ir en ayuda de sus camaradas del campo de Tarragona daba respiro á los valientes presidiarios del castillo, y como un punto de espera para las resoluciones que más pudieran convenirles en la que ya presumían no remota é inevitable y crítica situación suya. Al ver pasar á su vista el ejército casi entero de Augereau y que tropas muy numerosas de él se detenían en el campo sitiador, debiéronseles desvanecer cuantas esperanzas abrigaran, lo mismo que en sus propias fuerzas, en las del socorro que le fuera dable enviarles á su General en jefe.

Sin embargo, aun habría de transcurrir un mes an-

tes de que la guarnición de Hostalrich se decidiera á abandonar la defensa de aquellos muros que, por lo mismo, sin duda, de que no presentaban otro aspecto que el de un montón de escombros, debían hacérsela más caros y animarla á cubrirlos con su gloriosa bandera hasta sepultarse en ellos. En ese mes, en que no se cesó de combatir, por una parte de los contendientes para apretar más y más el sitio, ya que tan torpes y flojos se mostraban para acabarlo, y de la otra con atrevidísimas salidas, á todas luces temerarias, y con tenacidad estóica no desemejante á la de los gerundenses, tuvieron lugar en el resto de Cataluña sucesos que no influyeron poco en la suerte de Hostalrich.

Nos referimos al sitio de Lérida, acometido por el general Suchet después de su desdichada expedición á Valencia, y que, llamando con preferencia la atención de O'Donnell, le movieron á no sostener con toda su fuerza y con el influjo que ejercía sobre las demás del Principado la heróica defensa de Hostalrich. Por el contrario, tan pronto como el tercer Cuerpo de ejército francés se estableció en las márgenes del Segre, O'Donnell, que creería irremediable la ruina de Hostalrich teniendo tan apretado su asedio el mariscal Augereau con tal golpe de tropas que á él le sería imposible vencer, puso todas sus miras, como veremos muy luego, en rechazar las de Suchet, cuya misión se le figuraría también mucho más importante y funesta para la causa patria en aquellas provincias. Tan es así, que el mismo O'Donnell, comprendiendo la inminencia del triste desenlace del sitio de Hostalrich, había aconsejado á Estrada una resolución que podría ofrecer éxito igual al por él obtenido en Gerona; la de

abandonar el castillo rompiendo por entre los enemigos para poner á salvo aquella guarnición, digna de tal fortuna. Aprovechando ocasión propicia, los defensores verificarían su salida, que Cuerpos de somatenes y voluntarios estaban destinados á proteger bajo la dirección del incansable Villaamil, por la parte de Orsaviñá, y del coronel Andriani, por la de Breda en las faldas del Monseny para que pudieran trasladarse á la marina, donde hallarían también barcos que los acogieran.

Ultima intimación.

No era fácil se escapase á la penetración de los sitiadores la probabilidad de tal proyecto en gentes tan arriscadas como las que defendían la fortaleza; y además de ejercer sobre ellas una gran vigilancia, no se cansaban de humillarse á cada día ofrecerles las condiciones mejores posibles, en caso tan apurado ya, para que se la entregasen. Sabían los enemigos que más que hambre, con ser tanta desde que cesaron los convoyes, se padecía sed en el castillo habiéndose inutilizado los algibes é interceptado el camino á las fuentes y el rio; que, por consiguiente, llegaría luego el momento de hacerse insoportable la permanencia allí de los defensores. Pero impaciente Augereau por dar cabo á una empresa que tanto le deshonraba ya á los ojos del mundo militar, y sobre todo á los de su Emperador, se decidió á ensayar el efecto de una última intimación que era de suponer no sería desairada. Y el día 11 de mayo se presentó al pie de la fortaleza un jefe francés portador del pliego en que había escrito el Mariscal: «Señor Gobernador: Os intimo la rendición de vuestro castillo. Ya lo habéis defendido bastante para vuestra gloria y la de esa valerosa guarnición. Sin duda habréis por-

dido la esperanza de ser socorrido con víveres. Os ofrezco la misma capitulación que he concedido á Gerona; os doy dos horas para determinar. Si en este término no me entregáis el fuerte seréis pasado á cuchillo con toda la guarnición sin excepción ninguna».

**Es rechazada.**

No era muy lisonjera, que digamos, la oferta, puesto que la manera de cómo había Augereau dado cumplimiento á la capitulación de Gerona y la bárbara conducta de Napoleón para con el general Alvarez, quitarían á Estrada y á sus subordinados toda ilusión de que fueran respetados su valor y patriotismo. Así es que después de deliberar detenidamente Estrada con los demás jefes, pesando el pro y el contra de las resoluciones que se pudieran tomar, se acordó la de contestar al mensaje del duque de Castiglione en estos términos. «Señor Mariscal: Agradezco en nombre de esta guarnición la comparación que os dignáis hacer de ella con la de la inmortal Gerona. Sin embargo, no admito vuestras proposiciones, pues no estoy todavía en términos de rendirme.—Julián de Estrada (1)».

**La guarnición evacua el castillo.**

Y confesados y comulgados los enfermos y heridos que habrían de quedar en la fortaleza á merced del sitiador, sacramentos que tambien recibió la mayor parte de la guarnición, y dispuesto el personal que iba á hacer la entrega, tanto respecto al que debería ejecutarla como á los médicos, practicantes, farmacéuticos y cape-

(1) Al ayudante general S. Paúl, que fué el portador de la intimación del Mariscal, se le hizo en la fortaleza una acogida sumamente cortés; se le demostró, se procuró, al menos probarle con un *sumptuoso*? banquete que no se sentía allí aún privación alguna respecto á víveres, y se le dijo, según Vacani, que todos estaban resueltamente decididos á ganarse la voluntad del enemigo prolongando una defensa que ya había superado la expectación general.

llán destinados al socorro de cuantos no estaban en situación de huir, los demás se dispusieron á hacerlo en las mejores condiciones posibles.

Las posiciones tomadas por Villaamil y Andriani provocaban la sospecha de que á ellas se dirigirían los fugitivos para salvarse de sus perseguidores. Así lo creyeron los imperiales y no cesaban de vigilar el terreno todo en aquellas direcciones. Más aún el desconocimiento de las localidades indujo á Augereau á dejar descubierto el espacio que media entre Hostalrich y San Jacinto; pero Vacani llamó la atención de Severoli sobre tal descuido, y llevándole con otros varios al sitio, le convenció de la necesidad de cubrirlo con alguna fuerza, que la ligereza de un oficial de Estado Mayor estableció sin ocultarla debidamente ni seguir las instrucciones que le había indicado el ilustre ingeniero italiano:

Los sitiados no pudieron advertir esta circunstancia y creyeron, de consiguiente, poder emprender su retirada, sin que en los primeros momentos, los más comprometidos, se sospechara el rumbo que iban á tomar; augurando así un éxito, cuan satisfactorio cupiera en tan excepcionales condiciones. Salieron, pues, la noche del 12, á eso de las diez, saltando la estacada por la parte occidental del castillo para internarse por los montes en dirección de San Jacinto, la misma precisamente que había previsto Vacani tomarían al verificar su evasión hacia Juanet y San Hilari. Iban de descubierta dos fuertes guerrillas de á 50 hombres cada una, con el encargo también de correrse, después de su salida, por los flancos; guerrillas que, al arrollar los primeros centinelas enemigos, de los que algunos fueron degollados, provocaron unos cuantos disparos que los sitiadores, con

todo, desatendieron por ser cosa común el oirlos todas las noches á lo largo de las trincheras y de la línea de los escuchas. El grueso de la fuerza formaba una columna de 900 hombres, poco más ó menos, á cuya cabeza iba el teniente coronel López Baños, comandante de la artillería; y á la retaguardia, como puesto en tal función de honra y peligro, el coronel Estrada, el heróico gobernador de la fortaleza. Ya habrían recorrido cosa de una legua y rebasado la línea que debió ocupar el destacamento italiano establecido por Severoli, cuando, hecha general la alarma en el campo sitiador por los centinelas que había atropellado nuestra vanguardia, salieron de sus respectivos campamentos diferentes cuerpos de tropas, cuantas los imperiales creyeron poder destacar sin el riesgo de dejar desguarnecidos el frente de ataque del castillo y los puntos de más severa y escrupulosa observación, puesto que en él seguían dándose las voces de *alerta* con la misma regularidad de antes.

López Baños avanzaba rápidamente animado con la fortuna de haber salvado los primeros obstáculos que suponía hallarse en las inmediaciones del fuerte, y los que de más cerca le seguían se consideraban ya libres de un trance, tanto más glorioso cuanto que era extraordinario en la historia de los sitios, particularmente cuando el de Hostalrich había dado tiempo de sobra á los enemigos para sospechar tal determinación, digna, decía después uno de ellos, del carácter español. Pero los esfuerzos hechos ya tenían que agotar el vigor de hombres castigados de tan largo ayuno como el que llevaban sufrido por la carencia de víveres desde bastante tiempo atrás; y algunos de ellos, no pudiendo seguir el compás de los más adelantados en marcha tan fatigosa

y precipitada, se separaron del camino buscando descanso en puntos que no iluminara la luna, radiante de luz aquella noche. Varios de aquellos habrían de caer en manos de los enemigos, como es de presumir; los demás, esto es, el mayor número, continuaron la retirada, aunque divididos ya en dos grupos, resultado, por una parte de la precipitación y el desorden irremediables en tales operaciones, y del alarma, por otra, que ya escuchaban difundida en sus flancos y rezaga.

**Es hecho prisionero Estrada.**

Porque, con efecto, el destacamento italiano próximo á San Jacinto se había enterado ya del paso de los españoles, y para corregir el yerro de su posición, corría á atacar á nuestra retaguardia, mientras las fuerzas de Arbucias, de Griónsy hasta de Massanas, bien dirigidas y con la luna por guía, iban por momentos acercándose para envolver á cuantas pudieran de las fugitivas. Hasta dió la fatal circunstancia de que el guía que llevaba el Gobernador en su grupo equivocase el camino, metiéndolo, puede decirse, en el terreno en que ya se movían los enemigos para alcanzarlo. Al poco tiempo cruzábanse los fuegos sobre él obligándolo á detenerse para intentar una defensa, así, imposible; y después de sufrir pérdidas considerables y sin esperanza alguna de salvación, tenía Estrada que capitular con cerca de 400 de los suyos (1).

---

(1) Las relaciones españolas, aunque de testigos presenciales, carecen de esa propiedad que da á conocer con exactitud las acciones militares. Por eso no vacilamos en incluir en esta nota la descripción con que Vacani recuerda el interesante episodio final de aquella hazaña de nuestros compatriotas. «El primero, dice, que alcanzó á los españoles con solas dos compañías del 7.º de línea fué el capitán Olini, que acababa de salir de la ciudad, donde el capitán Mombelli, esperando una añagaza del enemigo más bien que creyendo en su fuga, quiso

Los que iban á vanguardia, aun cuando extraviados también por el aturdimiento, sin duda, de sus guías, y teniendo que resistir el fuego de los imperiales que tan ahincadamente los perseguían, llegaron, por fin, á Juanet en la mañana del 13, trasladándose, después de unas dos horas de descanso, á San Hilari y de allí á Vich. Al entrar en aquella ciudad, López Baños llevaba unos 500 hombres, á los que en el mismo día 14 se unieron varios de los dispersos la noche del 12, y el comandante del batallón de Gerona, D. Juan Dalmanza, que también había logrado zafarse de los enemigos con 122 de sus soldados y 16 oficiales. Todos, en seguida, 800 según las relaciones más dignas de fe, se dirigieron en busca de O'Donnell, su General en jefe, que los recibió con el júbilo y la distinción que merecían, concediéndoles, además, el uso de una medalla de honor que, al inmor- Se salvan los demás.

para rechazarlo mantenerse allí sobre las armas con el resto del batallón. Olini atacó y descompuso la retaguardia formada de tropas del regimiento de Iliberia con su jefe el capitán Pozo é hizo algunos prisioneros; pero no hubiera bastado él sólo á arrollar el resto de aquella tropa, y cuando la lucha se hacía más viva por la rapidez en el correr de los fugitivos y sus perseguidores, llegó el batallón de Bianchi desde el fondo del valle en que acampaba, atacó su centro y lo separó de la vanguardia que, inclinándose á la izquierda para acogerse á San Feliu de Buxaleu, caía inadvertidamente en el 6.º regimiento. La derrota se hizo entonces general en aquella columna, y muchos equivocaron el camino al huir con mayor premura creyendo haber elegido el mejor. Llegaron á la vez sobre la derecha de los españoles algunos cuerpos de reserva de Massanas, y juntos todos decidieron el desorden y la derrota de aquella tropa fugitiva. El Gobernador Estrada quedó prisionero del primer batallón y con él tres oficiales de Iliberia y cinco de Gerona, Morger, Jonama, Jáuregui, Rodríguez, Vidal y Bou, y se cogieron unos 400 soldados, más fusiles y una bandera; otros pocos fueron muertos, y esos, de las tres compañías de vanguardia que no quisieron deponer las armas al encontrarse, por una gran equivocación del camino, con los puestos avanzados del 6.º italiano.»

talizar la memoria de el sitio de Hostalrich, sirviese de justo galardón á sus heróicos defensores (1).

Entrega del castillo.

¿Qué era, entretanto, de los que se quedaron en el castillo?

D. Manuel Miguel Mellado, contralor del hospital á quien Estrada confió de palabra y por escrito la misión de cuidar, con los médicos y practicantes á que antes nos hemos referido, no sólo de los enfermos y heridos que allí quedaban sino de que no se descubriese la salida de los fugitivos hasta el día siguiente, por lo menos, cumplió exacta y fielmente el importante cometido encomendado á su lealtad y patriotismo. Hizo cubrir los puestos de los centinelas con los amputados y heridos á medio restablecer para que no dejara de correrse la voz de *alerta* durante aquella noche; pero á eso de las once y media, la alarma producida en el campo se extendió naturalmente al pie de la fortaleza, y los sitiadores pretendieron penetrar en ella desde luego. Púdolos contener Mellado hasta que fuera de día, manifestándoles que ya la considerasen como suya, pero que vieran cuán expuesta sería su entrada á atropellos que habrían después de repugnar sus jefes, tratándose como se trataba de infelices enfermos, incapaces de dañar ni aun de defenderse. Logró después ser conducido al puesto del comandante del frente de ataque, el cual llevó su cortesía y humanidad al punto de enviar fuerza que impi-

(1) Esto demuestra que Vacani se equivocó en el cómputo de los que sus compatriotas hicieron prisioneros; y se comprende que, siendo la acción nocturna y tan sagaces y ágiles nuestros soldados, se escaparan muchos en lo más encendido de la lucha.

La medalla era de oro y su geroglífico un castillo con el lema: «Valor y Fidelidad Constante, Hostalrich 12 de mayo de 1810.»

diese el asalto del castillo, y luego al alojamiento del general Palombini, en su campo de Grións, quien, á su vez, cuando se hizo de día, se dirigió á Hostalrich con tropas de todas armas y los comandantes de Ingenieros y Artillería, quienes después fueron encargados por Mazzucchelli de la entrega de la fortaleza y de todo su material de guerra.

Allí no se atropelló á nadie; y fuera de algún robo, muy difícil de evitar en tales circunstancias y en el calor de la ira que debería producir una decepción como la de apoderarse de un fuerte que tanto tiempo y tanta sangre les costara, sin lograr vengarla con la de sus tenaces defensores, los oficiales y soldados italianos respetaron la desgracia como hombres de honor y valientes que la comprendían en toda su extensión.

No se mostró tan generoso el mariscal Augereau que se hallaba en Gerona, adonde fueron transportados los enfermos y sus médicos y guardianes, algunos de los que, por negárseles sus pasaportes, hubieron de fugarse; pero tampoco llevó al extremo que antes sus rigores, á pesar de llegarle por aquellos días la orden del Emperador para su relevo en el mando del ejército de Cataluña (1).

Va á ofrecer contraste lamentable con la conducta Lérida.

(1) Decía el despacho de su destitución: «Compiégne 24 abril 1810.—Señor duque de Feltre (General Clarke, Ministro de la Guerra): haced conocer mi disgusto al duque de Castiglione por su retirada á Gerona. Si en vez de quedarse en Barcelona entre acciones y reacciones se hubiera puesto á la cabeza de sus tropas, no confiándolas á generales sin experiencia, habría arrojado á Caro al mar, barrido cuanto encontrase delante y hallado víveres en las llanuras de Lérida. No he llegado á ver en eso el celo que siempre había manifestado por mi servicio y por la gloria de mis armas. No es en las capitales distantes del ejército

heróica del pequeño castillo de Hostalrich la de la plaza de Lérida, una de las fortalezas de mayor importancia en el sistema militar defensivo de España. La posición de Lérida es de aquellas que nunca podrá quedar desatendida al tratarse de impedir el mayor peligro que representa su pérdida para la comunicación de los ejércitos que invadan la Península por los extremos de la cordillera pirenáica que señala nuestra frontera con Francia. Es el punto de unión de las dos regiones que más importa mantener separadas en la general de la izquierda del Ebro, donde, si no se resuelve la suerte de la gran masa central de la Península, evita su consolidación, y más el que se haga ésta difinitiva en sentido adverso á la independencia de nuestra patria. De ahí el sinnúmero de sitios que ha sufrido Lérida, registrados en los fastos de la historia, y dando muestra harto elocuente de las condiciones estratégicas de una localidad de que, como de ninguna otra, puede mejor decirse que atrae los huracanes de la guerra.

No es lugar éste en que deban recordarse todos esos sitios, y menos aún las comparaciones que quepa hacer entre ellos para el estudio con que convidan, mejor que á los procedimientos poliorcéticos, al examen de las causas origen de esa multiplicidad de éxitos y reveses que

---

donde los generales en jefe pueden adquirir gloria y merecer mi estimación.»

«Dad al mariscal Macdonald la orden de marchar en plazo muy corto á hacerse cargo del mando del ejército y del gobierno de aquella provincia. Ponedle al corriente de lo que allí ha pasado. Os será fácil hacerle comprender que el mariscal Augereau, cascado ya y enfermo, en vez de mandar él mismo sus tropas, las ha confiado á su hermano, oficial muy mediano, y se ha vuelto cuando aún tenía enemigos que combatir; que las llanuras entre Lérida y Tarragona son buenas y abundan en víveres, y que lo que hace falta es energía y movilidad.»

han presenciado unos muros cuya ruina abre puerta anchurosa y accesible para la ocupación y servidumbre de la zona más estratégica de España (1). Bastará decir aquí que cuando los Pompeyanos y César elegían á Lérida para teatro de su contienda, y la Francia después enviaba á generales como D'Harcourt y el gran Condé para consolidar, con la conquista de aquella plaza, la ocupación de Cataluña á que la había convidado la sublevación del Principado en 1640; cuando tan disputada era en la guerra de Sucesión por los partidarios, respectivamente, de las casas de Borbón y Austria, y por fin en 1808 había sido objetivo de las expediciones de Schwartz y Chabrán, tan rudamente escarmentadas en el Bruch, la antigua Illerda debía ofrecer á todo invasor de nuestra Península por la parte del Pirineo un interés militar grandemente excepcional.

En la época á que nos vamos refiriendo, Napoleón comprendía que mientras subsistiera la separación existente desde el principio de la guerra entre los ejércitos de Aragón y Cataluña, ni podía considerar sometidos á su autoridad ó á la de su hermano ambos países, ni contar con la, por lo mismo, urgentísima ocupación de las plazas que los aíslan entre sí. Le preocupaba tanto más esa idea, cuanto que, resuelto á que todas las provincias regadas por el Ebro formaran parte de su vasto Imperio, necesitaría constituir con ellas, con las de la margen izquierda especialmente, un todo lo homogéneo

(1) El que desee recordar ó conocer ese estudio puede pasar la vista por el apéndice núm. 9, sacado de la «Geografía Histórico Militar de España y Portugal» del mismo autor, y en que se ponen de manifiesto, aunque muy brevemente, las condiciones estratégicas de Lérida, corroboradas por la historia de tan importante plaza.

posible, para mejor dominarlas, y para más fácilmente asimilarlas á las instituciones y á los intereses de la Francia. La correspondencia del Emperador con Augereau y con Suchet; sus despachos, en particular los de 11 de enero, 12 y 17 de febrero, así como el de 20 de abril entre los varios transcriptos anteriormente, están demostrando el empeño que ponía en la unión de aquellos dos ejércitos y en la conquista, sin eso impracticable, de Mequinenza, Lérida, Tortosa y Tarragona, para la ejecución de su plan político en España.

Ya hemos visto cuán torpemente le ayudaba en él su antes hábil y enérgico teniente de Castiglione, Arcole y la Favorita, á quien le fué preciso relevar del mando de Cataluña, y ahora vamos á ver que tampoco Suchet le secundó como debía esperar en una, para su jefe, tan interesante empresa.

Suchet se decide por la expedición á Valencia.

Suchet pretende en sus Memorias sincerarse del error de su expedición á Valencia á principios de aquel año de 1810 con las órdenes contradictorias que había recibido. Las de Napoleón, ya lo hemos visto, eran lo terminantes y repetidas que solían ser todas las suyas; las del rey José ni eran tan apremiantes ni llevaban la autoridad que las de su hermano. José había ejecutado la invasión de Andalucía con toda felicidad; esperaba acabarla muy pronto con la conquista de Cádiz; y, creyendo con eso fácil la ocupación total de España, quería apresurar la de Valencia y Murcia con la combinación de las tropas de Suchet y Sebastiani desde Aragón y Granada. Napoleón andaba elaborando su pensamiento de anexionar al Imperio las provincias españolas de allende el Ebro, para lo que urgía su completa sumisión, aunque lenta y difícil, bien lo consideraba, por no ser

todavía pocas las plazas en que ondeaba el pabellón nacional. ¿A qué atender, pues, con preferencia? Si cabía dudar respecto al interés de una ú otra de aquellas tan distintas empresas, nunca desde el momento en que las instrucciones del Emperador asignaban á un general francés la independencia que en el distrito de su mando se había señalado á Suchet desde el 21 de febrero. No es dable servir á dos señores, inspirándose en miras tan opuestas, y al empeñarse en tal aventura se comete una verdadera temeridad (1).

Pero Suchet repugnaba ya servir á las órdenes de nadie, principalmente acaso, á las de Augereau que tomaría el mando general desde que las tropas del tercer cuerpo penetraran en Cataluña, y en las órdenes de José halló pretexto, ya que no motivo, para en vez de cruzar el Ebro dirigirse al Turia.

Y como los generales franceses seguían creyendo fácil toda empresa en España, á pesar de los escarmientos recibidos por sus colegas, cuando no por ellos mismos, Suchet se encaminó á Valencia sin fuerzas suficientes ni el material necesario para la conquista de ciudad tan populosa, á pesar, repetimos, del fracaso, bien ejemplar por cierto, del mariscal Moncey.

Había logrado tranquilizar los ánimos en Aragón después de las jornadas de Alcañiz, de María y Belchite, con lo que podía darse, si no por pacífico, sí por muy

(1) Es verdad, como dice Suchet, que tenía también orden de Napoleón para ir á Valencia, pero ¿de cuándo y cómo? Del 9 de diciembre de 1809 y al entrar el Emperador en España, preparando, entretanto, para ese caso los medios con que llevar á ejecución el sitio de aquella ciudad. Además, la orden de José llevaba la fecha del 27 de enero, muy anterior á las terminantes de Napoleón.

mejorado en su espíritu público aquel reino. Los cuerpos de Perena, García Navarro y Villacampa, que maniobraban en el alto Aragón, el Algas, cerca de Tortosa, y en el país de Albarracín y Cuenca respectivamente, se veían reducidos á un total insignificante, puesto que lo reduce al de unos 7.000 hombres el mismo Suchet, tan interesado en aumentar el número de las fuerzas enemigas. Navarra, donde Mina el Mozo parecía dominar en absoluto fuera de los muros de Pamplona, á cuyo Gobernador había logrado imponer á punto de tratar con él como de potencia á potencia, según suele decirse; Navarra, repetimos, había también sentido el peso de las armas y de la autoridad de Suchet, que se presentó en aquella capital, hizo se reanudasen las buenas relaciones entre el jefe francés y el duque de Mahón, Virrey nombrado por el Intruso, y cuanto pudo, en fin, para perseguir y dispersar á nuestros patriotas hasta la llegada del general Reynier, que asumió el mando de la provincia por orden expresa del Emperador (1).

Tranquilo, con eso y con saber que el coronel Plicque había batido á Sarasa en el alto Aragón, que Habert estaba terminando las fortificaciones de Monzón para resguardar la línea del Cinca, sobre cuyas aguas

(1) De Mina, dice Suchet: «Sin plazas fuertes, sin depósito, ni puntos de apoyo conocidos, las bandas del interior se habían formado, crecido impunemente y extendídose por todas partes; en aquella época interceptaban los caminos, cogía nuestros correos, y puede decirse que la autoridad del Gobernador de Navarra no pasaba del glacis de la capital». Y añade luego: «Llegó (Mina) á hacerse muy pronto tan dueño del país, que el Gobernador de Navarra en enero creyó deber entablar negociaciones con él, como si fuese general de un Ejército, para el canje de prisioneros, y hasta admitió en Pamplona oficiales provistos de poderes suyos como parlamentarios».

había reconstruído el puente de Fraga, y que Musnier, rechazado un ataque de las tropas de García Navarro y de la guarnición de Tortosa, podía tenerse por dueño de la margen derecha del Ebro junto á su desembocadura, Suchet preparó su tan deseada expedición á Valencia.

**Sus primeras operaciones.**

Comenzó por despejar el camino que se había propuesto seguir, obligando á Villacampa, situado en Villastar, á correrse á las montañas de Cuenca y Guadalajara, y después se trasladó á Teruel, donde entraba el 25 de febrero. La división Laval y la brigada París, allí reunidas, con un total de doce batallones; un regimiento de coraceros y tres escuadrones de húsares y lanceros, debían marchar directamente á Valencia, mientras el general Habert, con seis batallones y 150 caballos, iría por Morella, San Mateo y Castellón á reunirse al cuartel general cerca de Murviedro. En Zaragoza quedó Musnier con ocho batallones y 250 caballos, Verges en el Cinca y Buget en la derecha del Ebro, se dejaron además guarniciones en los castillos de la capital, de Alcañiz, Monzón y Venasque.

¡A tal grado de pacificación y mansedumbre se habían reducido los héroes de Tudela, Alagón y Zaragoza!

Romper en campo abierto á las desorganizadas tropas de Valencia no sería empresa difícil ni arriesgada para el entendido y experto general Suchet. Así es que, dejando en Teruel á Plicque con un grueso destacamento que guarneciese el cuartel, que para ese objeto fué suficientemente fortificado, salía de aquélla ciudad el 1.º de marzo, en el momento mismo en que le alcanzaba el duplicado de la orden del Emperador para que emprendiese los sitios de Lérida y Mequinenza,

orden que, en su concepto al menos, ya no podía obedecer.

Acción de Alventosa.

Un pequeño, casi insignificante, choque, al que da las proporciones de una batalla, proporcionó á Suchet la ventaja de proseguir su marcha con la holgura y los aires de quien espera no hallar otras resistencias que vencer en su jornada. La acción de Alventosa no fué, en efecto, otra cosa que un choque con la vanguardia de la división valenciana que, establecida en el borde de un hondo y escarpado barranco, creyó poder impedir el paso de tal obstáculo á todo el ejército francés. Así la describen los partes oficiales españoles; pero si pudieran tenerse por inexactos, ya que no por falsos, ahí está la narración de Schépeler que vino mucho después á confirmarlos. «Suchet, dice, marchó el 1.° de marzo con 8.000 hombres y Artillería contra Alventosa, donde la vanguardia de los valencianos, desanimada por las órdenes de Caro que llamó la masa de las tropas á Valencia, se hallaba establecida en atrincheramientos y talas de árboles detrás del Mijares». «El 3, continúa el historiador alemán, Suchet la rechazó *(la repousa)* se apoderó de 4 cañones y prosiguió rápidamente su avance por Jérica, desfiladero que encontró abandonado. Aquella noche el enemigo entró á saco en Segorbe, y el 5 reunía Suchet 12.000 hombres y 20 piezas en Murviedro (1).»

Se pone sobre Valencia.

Esa es la relación exacta de aquella marcha que Suchet pinta triunfal y recogiendo por todas partes las

(1) El parte dice así: «El general en xefe, Conde de Suchet, se encamina con otra (división) á Alventosa; encuentra con la vanguardia de la de Valencia, que iba á observar sus movimientos; practica varios reconocimientos sobre esta posición, y son rechazados por dos veces sus tiradores; pero cargan-

trofeos de una victoria que nadie más que él ha reconocido como tan brillante y gloriosa. Lo mismo con ella que sin ella hubiera penetrado en *el país,* según describe, *delicioso, en que la primavera es eterna, donde es admirable la vegetación y el cultivo rivaliza con la fertilidad natural; en las llanuras, en fin, de Valencia, en que los campos de naranjos y limoneros ofrecían el golpe de vista más agradable y embalsamaban el aire con sus perfumes.*

Pero nada más que ese espectáculo y el, aunque de otro género, conmovedor también de las estupendas ruinas de Sagunto, iba á ser el fruto que sacaría de una expedición acometida temerariamente contra las instrucciones terminantes de su verdadero jefe y contra todas las reglas del arte de la guerra. Porque ni bastaban las fuerzas que llevó para la conquista de una población de más de 50.000 habitantes, que ya sabían lo que era defenderse, ni su Artillería, toda de campaña, reunía condiciones para abrirle paso por entre fortificaciones que, antiguas y como tales endebles, habían sido, sin embargo, mejoradas y robustecidas notablemente desde 1808.

Así fué que al asomar á la vista de Valencia estaba la ciudad toda en armas, con tropas más numerosas que las sitiadoras de Suchet, si se contaban entre ellas los muchísimos guerrilleros que las reforzaron y las gentes del vecindario dispuestas á repetir su anterior

---

do de nuevo con todas su fuerzas, se ve precisada á ceder á la superioridad de ellas la vanguardia de la división valenciana, y en cumplimiento de las órdenes que se le habían comunicado se retiró á Valencia, habiendo executado lo mismo las tropas que guarnecían á Morella y San Mateo».

hazaña. Pero con la resolución de defenderse, estallaron también las pasiones que la victoria sobre las tropas de Moncey y el largo período de inacción militar de que había disfrutado aquella hermosa población no habían logrado acallar. Ni se ocupó en tarea tan patriótica el general D. José Caro en el mucho tiempo que llevaba allí de mando, sino que, por el contrario, se distrajo más en exacerbar que en contener esas pasiones; achaque no extraordinario en autoridades nacidas y educadas en la localidad misma que gobiernan. Y con el pretexto, pues se le ha negado el carácter de motivo, con el pretexto de que Suchet tuviera en la ciudad inteligencias y hasta tratos para contribuir con su acción á la de las tropas francesas en momento dado, envió á Játiva la Junta superior de la provincia, creó una comisión militar, instrumento, dice Toreno, de sus venganzas, y, después de arrestar á los que él tomaba por conspiradores, excepto el arzobispo, que nadie se prestó á prender, acabó sus tropelías con la ejecución del conde del Pozoblanco, á quien se dijo habérsele cogido papeles que le comprometían demasiado.

Intimación de Suchet.

El general Habert ocupó las avenidas de la puerta de Serranos y en ellas se estableció, extendiéndose además por toda la orilla izquierda del Guadalaviar; un batallón del 117.°, fué dirigido al Grao, donde se apoderó de cuantas mercancías nacionales y extranjeras había en los almacenes del puerto; el general Leval se acantonó en Benimaclet, á la parte, también, de la marina y, una vez situadas así las tropas y dispuesta la artillería á romper el fuego sobre el recinto, Suchet intimó la rendición á la ciudad el día 7, no sin antes

ofrecer á las autoridades y habitantes todo género de protecciones y bienandanzas. La intimación fué rechazada con la mayor energía, conforme á las circunstancias en que se hallaba Valencia bajo el terrorífico mando de Caro y la licencia que dominaba en las masas del pueblo, irritado por las sospechas de traición que se le habían inspirado y el temor de las represalias que le pudieran sobrevenir.

**Levanta el campo.**

Convencido, pues, de la inutilidad de sus intimaciones, así como de la ineficacia de los medios con que contaba para la conquista de ciudad tan populosa dispuesta á defenderse; alarmado con el temor de que las tropas españolas de Cataluña pudieran, pasando el Ebro, dirigirse sobre sus comunicaciones con Zaragoza, y, más aún, con la presencia en su derredor de cuantas gentes de armas tomar se alzaban en los pueblos inmediatos, exasperadas por los robos y atropellos que cometían los franceses, se decidió á emprender el 10 la retirada, haciéndolo de noche para mejor encubrir su vergüenza y burlar la venganza de los valencianos, que no dejarían de perseguirle con su característica saña, tan justa entonces como patriótica. Debieron también contribuir poderosamente al levantamiento del sitio de Valencia las noticias, nada favorables, que recibiría Suchet sobre el peligro que corrían la guarnición dejada en Teruel á las órdenes del coronel Plicque, un grueso destacamento de coraceros, que no logró dispersar en la comarca de Castellón á la masa de paisanos allí sublevados, y el puesto de Alventosa que, por jactancia verdaderamente temeraria, en vez de encerrarse en el fuerte, quiso probar la suerte de las armas en campo abierto, donde fué vencido y hecho pri-

sionero. Y era que Villacampa, rehecho de sus anteriores reveses y comprendiendo lo propicio de la ocasión que le ofrecía la marcha de Suchet á Valencia, se propuso aprovecharla atacando cuantas posiciones y destacamentos había dejado el general francés en su camino. Merecía naturalmente su preferencia la guarnición de Teruel, y contra ella se dirigió el día 7, atacándola el 8 con tal energía, que logró encerrarla en el cuartel fortificado que antes mencionamos, rechazando luego cuantas salidas intentaron los sitiados con el objeto de oponerse á los trabajos de nuestros compatriotas, ya que éstos carecían de cañones con que abrirse paso á la fortaleza. Pero no se satisfizo Villacampa con eso, sino que, teniendo noticia de que se dirigían fuerzas enemigas al socorro de Plicque, se adelantó, según se iban acercando, á su encuentro, y en Caude aprisionaba aquél mismo día 200 franceses con dos piezas de montaña y varios carros de municiones; el 9 hacía, según ya hemos dicho, prisionero el destacamento de Alventosa, y caía también en su poder una partida de 30 coraceros que intentó abrirse camino hasta el Cuartel general de su Cuerpo de ejército.

La guarnición francesa de Teruel se vió, por fin, libre el día 12 con la llegada de la vanguardia de Suchet que, según iba recibiendo las para él tristes noticias de que acabamos de dar cuenta, apresuraba la retirada hasta convertirla en violenta, y casi casi desastrosa, por su resultado y consecuencias para la fuerza moral de sus tropas. Dejando después la división Laval cubierto todo aquel país con puestos en Teruel, Daroca y Calatayud para hacer frente á las tropas valencianas, que le habían seguido perezosamente, y á las

de Villacampa, que permanecían puede decirse que á la vista, Suchet se trasladaba á Zaragoza, donde entró el 17, á fin de preparar el sitio de Lérida, cuya necesidad le hizo, sin duda, patente el fracaso que acababa de experimentar en Valencia.

**Preparativos para el sitio de Lérida.**

Pero antes de emprender aquella jornada necesitaba Suchet dejar completamente tranquilo el distrito de su mando que, una vez hecho público el decreto de 8 de febrero en que Napoleón lo declaraba independiente de la monarquía española, exigiría vigilancia extraordinaria y superiores recursos de fuerza con que pudiera contenerse cualquier manifestación del general descontento que habría de producir tan desatentada medida. Habían vuelto á pulular y repetían sus anteriores hazañas los guerrilleros del alto y bajo Aragón; Perena, en las riberas del Cinca, atacando la fortaleza de Monzón y, rechazado por el general Vergés, ocupando Fraga y quemando el puente restablecido hacía poco sobre aquel río, y Hernández, Mallén, el Barón de Hervés, Benedicto y Alonso el Hombre combatiendo sin descanso á los invasores hacia Belchite, Daroca y Cariñena, Aliaga, Calanda y cuantas comarcas creían propias para el género de guerra á que se dedicaban.

**Prisión de Mina.**

El más temible, sin embargo, de todos aquellos patriotas, el que tenía casi completamente dominado el campo de sus correrías, era Mina, señor, bien pudiera llamársele así, de Navarra, y cuyas atrevidas empresas, en combinación con las de Perena por las vertientes del Pirineo, podrían turbar no pocas veces las operaciones proyectadas por los franceses para la sumisión de Lérida. Así es que Suchet puso todo su conato en apoderarse del ya famoso partidario navarro; lográn-

dolo, por fin, á merced de una combinación en que, el gobernador de Jaca, desde las fuentes del Aragón; el general Harispe, que salió de Zaragoza con tropas numerosas y de refresco, y Dufour, sucesor de Regnier en el mando de Navarra, que tenía ocupados todos los pasos de la derecha de aquel río, consiguieron atajarle en sus salidas, cercarle, después, y hacerle prisionero para luego llevarlo á Francia.

Y vamos á trasladarnos de nuevo á la tierra catalana, favorecida entonces por Napoleón con sus cuidados para llevar á cabo el gran proyecto de anexión que revela su decreto, tantas veces citado, de 8 de febrero de 1810.

Dice Suchet, á propósito de esto, en sus Memorias.

«La excursión del 3.er cuerpo á Valencia, que disgustó al gobierno francés sin satisfacer las miras del de Madrid, había sido para el general Suchet consecuencia casi forzosa de su posición. Al volver á Aragón después de su movimiento excéntrico, y habiendo de reanudar con el sitio de Lérida el curso de las operaciones que estaban dentro de su esfera especial, ya no pensó sino en dar impulso rápido al sitio y recuperar el tiempo perdido.»

Fuerzas destinadas al sitio.

Y, con efecto, con los refuerzos que le habían llegado durante su fracasada expedición y los nuevos que recibió en Zaragoza, el 3.er cuerpo de su mando pudo contar con una fuerza de 22.000 hombres, organizados en 33 batallones, 9 escuadrones y el número suficiente de artilleros é ingenieros para sus servicios especiales (1). Diez de aquellos batallones y una parte considera-

(1) Véase en el Apéndice núm. 10 el estado que Suchet incluye en sus Memorias, todo lo detallado que puede desearse.

ble de la caballería hubo de quedarse en Aragón con el general Laval, para la conservación y guarda de los varios puestos establecidos contra los ataques de nuestros guerrilleros, y de Villacampa, sobre todo, que no cesaba en sus correrías desde los confines de Valencia y Castilla. No era bastante numeroso aquel ejército para emprender la magna operación del sitio de una plaza de guerra, á cuyo socorro debía esperarse acudirían las fuerzas, así de línea como irregulares, de Cataluña; pero se abrigaba en el cuartel general de Suchet la confianza de que, obediente el mariscal Augereau á las órdenes é instrucciones del Emperador, apoyaría el de Lérida con el 7.º cuerpo de su mando. Con que avanzase una parte de él hasta el Ebro para darse la mano con las tropas encargadas del sitio, creía Suchet no deber albergar temor alguno de que trataran los españoles de turbarle en su empresa. Pero ya hemos visto el fracaso de las operaciones encomendadas por el duque de Castiglione á sus tenientes en el campo de Tarragona, y cuánto tiempo le hiciera perder el sitio de Hostalrich con lo heróico de la resistencia que le opusieron los defensores de aquella pequeña fortaleza; y hubo de satisfacerse el arrogante Mariscal, para cumplir las órdenes del Emperador, con la farsa de comunicación verificada en el Ebro por el coronel Vilatta.

Iba, pues, Suchet á encontrarse solo en su jornada de Lérida. Afortunadamente para él le bastarían las fuerzas de su Cuerpo de ejército, siendo tantas las atenciones á que habrían de acudir los españoles del Principado, que no consentirían á su general en jefe disponer de recursos militares suficientes para ayudar

eficazmente y á la vez á los sitiados de Hostalrich y Lérida. No sería, con eso, poco eficaz la cooperación que Suchet iba á recibir de Augereau en su nueva empresa.

Se concentran en el Cinca.

Estableciendo su base de operaciones en Monzón, que acabó de fortificar convenientemente, Suchet hizo que las divisiones Habert y Musnier, después de algunas maniobras dirigidas á inutilizar la acción que pudieran emprender los españoles por el bajo Ebro y á intentar la comunicación con los franceses de Augereau, fueran concentrándose en el Cinca al tiempo mismo en que llegaba á su margen derecha el tren de sitio que había preparado en Zaragoza. Allí también, en Monzón, estableció sus depósitos de víveres y forrajes, el hospital, hornos, cuanto pudiera necesitar para el sitio de Lérida; y como nuestros guerrilleros habían inutilizado el puente de Fraga, con lo que le impedían el uso de la carretera general, se decidió por el camino de Monzón á Balaguer, cuyo punto, mal fortificado, hizo Habert desalojar á Perena que lo ocupaba. Amenazado de verse envuelto por el coronel Robert que había cruzado el Segre por Camarasa, agua arriba de Balaguer, el patriota aragonés hubo de bajar por la orilla izquierda para, repasando el río por el puente de Lérida, situarse de nuevo en Corbíns á fin de interponerse con sus fuerzas entre Habert y la plaza (1).

Se ponen sobre Lérida.

Esto sucedía el 4 de abril, y el 13 se ponía Suchet sobre Lérida por el camino de Almacellas, tranquilo

(1) Para cuanto haya de referirse á las operaciones de Suchet, tal como las consideran los franceses, hay que atenerse á las Memorias del célebre Mariscal. La obra de Belmás, magistral en el estudio de los sitios emprendidos por los franceses en España durante la guerra de la Independencia, no hace sino seguir al pie de la letra, puede decirse, la narración de Suchet.

ya respecto á sus comunicaciones con Monzón y dueño de pasar el Segre cuando pudiera convenirle. Había hecho lo que César y, si hubiéramos de dar fe á D. José Goya y Muniaín, el traductor de los Comentarios, en igual dirección y con la misma previsión estratégica. Aquel mismo día, el 13, Habert bajaba desde Balaguer empujando á Perena, que se metió en Lérida; París, con la vanguardia de Musnier, llegaba desde Flix, donde había cruzado el Ebro, frente al puente del Segre, donde se le unía Harispe con tres batallones y un regimiento de húsares; y á favor de esas maniobras, el general Suchet, estableciéndose en las alturas de San Rufo, daba por realizado el bloqueo, lo que impropiamente han dado algunos en llamar la *embestidura* de la plaza.

**Condiciones de la plaza.**

Lérida distaba muchísimo de reunir las condiciones polémicas que merecen su situación geográfica y la importancia que el mundo militar la concede y acabamos de señalarle por las lecciones, harto elocuentes, de su historia. El recinto consiste en una muralla antigua sin foso ni camino cubierto; con algún baluarte en sitios, y torres, en otros, de tierra apisonada ó mampostería, para el flanqueo de las que así resultaban cortinas, antes desprovistas de tan eficaz defensa. Ni aun con esos reparos podía contar por la parte del río, cuyo cauce abundoso protegía, en cambio, de un ataque á la ciudad, accesible así tan sólo por el puente, cubierto en su cabeza hacia el campo con una luneta rodeada de su correspondiente foso. La fortaleza que mejor protegía á la plaza era una interior, el castillo, que la servía de ciudadela, construído en la cima del monte que ocupa una gran parte del área de la

ciudad y la domina á una altura de unos 70 metros sobre el nivel del Segre. Consiste en un cuadrado irregular de poco más de 200 metros de lado, con baluartes en sus ángulos, y cuyo frente occidental es el único que tenga fosos y alguna obra exterior que lo cubra de los primeros ataques de aquel lado, que es el más accesible por lo suave de la pendiente que da á la población. Los frentes del Sur y el Este que miran al Segre y al camino de Balaguer, que se extiende por la orilla derecha de aquel río, asientan sobre un escarpado de muy difícil acceso, imposible tratándose de un ataque, sea brusco, sea por los procedimientos polémicos. El del Norte tiene condiciones muy semejantes á los anteriormente descriptos, así por sus pendientes como por la naturaleza del terreno, todo de roca (1).

Ese castillo contiene en su interior al antiguo, que fué alguna vez residencia de los reyes de Aragón, fábrica robustísima de sillería situada en el punto más elevado de la fortaleza, algún cuartel y almacenes á prueba, hospital, hornos y cisternas con agua abundante, cuanta se pueda necesitar en un sitio. Hay también dentro del recinto del castillo un edificio de mérito artístico tan extraordinario, que no ha faltado quien haya propuesto el desarme de toda la plaza para no exponer tal joya á las injurias de la guerra. Nos referimos á la primitiva iglesia, llamada la Catedral vieja, puesto que existe otra moderna en la ciudad construída por el célebre ingeniero Sabatini á expen-

(1) Véase el plano levantado por los oficiales de Estado Mayor y que publica el Depósito de la Guerra, mucho más instructivo que los de Suchet, Vacani y Belmás, que carecen de las curvas de nivel, tan elocuentes para señalar las dominaciones.

sas de Carlos III. La antigua, en que cesó el culto al ser Lérida conquistada por las armas de Felipe V en 1707, es una iglesia, como del siglo XIII, del gusto más puro románico y una de las más importantes de Europa, acaso única por la magnífica colección de capitales que ostenta (1).

Para mayor resguardo del castillo, por sus frentes oriental y meridional, se creó sobre el ángulo que forman un sistema de fortificación que, impidiendo la entrada en la ciudad por aquel lado, que todos los sitios demostraban ser el preferido para atacarla, fuese á su vez defendido por los fuegos de la fortaleza que á tan gran altura se eleva sobre él. Ese sistema afecta la forma de un pentágono abaluartado, cuya gola, naturalmente sin cerrar, aparece cubierta por el empinado escarpe del monte y los dos salientes fortificados del castillo que de tan cerca la atalayan. Y ése, precisamente y según acabamos de decir haberlo demostrado la historia, es el lado más vulnerable de la plaza de Lérida. Porque, del opuesto, está defendida por el fuerte de Gardeny y sus avanzadas de San Fernando y del Pilar, asentado en una colina distante de la plaza 800 metros, donde tuvieron su campo Afranio y Petreyo, los célebres tenientes de Pompeyo. Para atacar por su frente del Oeste á Lérida hay que apoderarse antes de Gardeny y sus reductos exteriores, lo cual, además de dilatar el sitio, debilita mucho la posición del campo sitiador, cuyas mayores ventajas están en la dominación del curso superior del Segre.

---

(1) Mr. Street del libro *Gothic arquitecture in Spain*, manifiesta que este solo monumento merece el viaje á España desde Londres.

El punto, pues, de ataque, está terminantemente indicado por el saliente oriental formado con el baluarte del Carmen; el mismo por donde había asaltado en 1707 la plaza el duque de Orleáns, cuyos procedimientos se propuso Suchet seguir por consejo de su comandante de Ingenieros.

La guarnición de Lérida constaba de 4.070 infantes y 80 caballos, en su mayor parte de tropas consideradas como de línea por su organización, y un número no corto de guardias urbanos y artilleros instruídos para el servicio de las piezas que se hallaban montadas en las fortificaciones (1). No faltaba material de artillería, puesto que el número de piezas llegaba al de 130 con municiones suficientes, y había los fusiles necesarios y cartuchos para la tropa y los voluntarios que quisieran valerse de ellos en la defensa de su ciudad.

Era gobernador de la plaza D. José González; pero se había establecido en ella el también Mariscal de campo D. Jaime García Conde, comandante general del Cantón del Segre y Cinca, á quien se celebraba entonces mucho por su entrada en Gerona con el con-

---

(1) En el apéndice núm. 11 puede verse el estado de las fuerzas que publicó la sección de Historia Militar en 1821, así como el de las que entraron en la capitulación, dado á luz por el generel Suchet.

Los «Apuntes de Historia de Lérida» de D. José Pleyan de Porta, consignan sobre este punto lo siguiente: «Además, la gran concurrencia de gente del campo que á la proximidad del invasor acudía á refugiarse en la ciudad; lo escaso de su guarnición, pues sólo contaba dos ó tres hombres por pieza de artillería; la poca instrucción de los artilleros, y también de los oficiales improvisados en Lérida; la falta de hospitales de sangre, y demás elementos indispensables para tales casos, comprometían de tal modo la resistencia, que cuasi podía tacharse de imprudente y temeraria.»

Esta noticia está sacada de la obra de Blanch y de revelaciones anteriores de los periódicos catalanes de la época.

voy del 1.° de septiembre y se le suponía ansioso de ocasiones en que emular el valor y la entereza de ánimo del inmortal defensor de la ciudad del Ter.

Primeras operaciones para el sitio.

El general Suchet, puesto ya sobre Lérida, dilataba la apertura de las trincheras hasta que llegase el tren de sitio, esperando el apoyo que se le había prometido de algunas de las fuerzas de Augereau, á quien, no por haberse alejado del bajo Ebro, consideraba tan distante del Segre y menos sin ánimo de ayudarle con su cooperación. Por eso, y no queriendo perder tiempo, se ocupó en establecer, á cosa de una legua agua arriba de Lérida, un puente que le facilitase el paso á la margen izquierda del Segre que necesitaba dominar para el bloqueo completo de la plaza, el mejor abastecimiento de las tropas y la observación de los caminos por donde pudiera presentarse un cuerpo de socorro para el de los sitiados. El general Vergés se situó con tres batallones en los caminos de Almacellas y la Sierra de Canelín, donde se formó un atrincheramiento frente á los fuertes de Gardeny. Cubriendo el camino de Monzón, se estableció Buget con otros tres batallones, todas las tropas de ingenieros y su parque, después, en el molino de Gualda, delante de Villanueva de Alpicat, en que puso Suchet su cuartel general. Próximo al Segre y sobre el camino de Corbíns y Balaguer tenía su campo Habert con cuatro batallones de su división. Se destacaron de ella otros tres batallones, á las órdenes de Harispe, con el encargo de cubrir la orilla izquierda del Segre en unión de las tropas de Musnier y la caballería, que constituyeron el cuerpo de observación, á la vez que el de reserva para el ataque de la cabeza del puente de la plaza. Estas tropas tenían, para

el caso de un accidente que cortara su comunicación con Habert por el puente acabado de establecer, accidente en otros sitios acontecido, la orden de utilizar el puente de Balaguer, adonde, con efecto, se trasladó Musnier el 19, llamado por Suchet que, con la noticia de la presencia de Campoverde en Cervera, creyó deber asegurar aquel paso fortificándolo y guarneciéndolo convenientemente, sin, mucho menos, olvidar la ruptura del puente de Camarasa, por el que podía ser envuelto su campo.

Desde allí hizo varios reconocimientos en la izquierda del Segre que le dieron la certeza de aquella noticia, y la de que, en vez de acercársele Augereau, se había alejado nada menos que hasta Hostalrich y Gerona (1). Una casualidad le proporcionó también el saber que había salido de Tarragona con fuerzas considerables hacia Montblanch el general O'Donnell que, si llegaba á unirse, como era de presumir, con Campoverde, se dirigiría indudablemente á intentar el levantamiento del sitio de Lérida.

**Acción de Margalef.**

La noticia resultó cierta, aunque no lo era la suposición de que se unieran los generales españoles á quienes se acaba de aludir, porque Campoverde se había remontado á los desfiladeros del alto Segre y del Noguera.

O'Donnell había partido de Tarragona el día 20 con 7.000 infantes de la 4.ª división y la de reserva, 400 ca-

(1) Dice Suchet: «Era muy difícil el espionaje en un país nuevo para nosotros y en que cada habitante era un enemigo. El odio estaba en todos y fingía y disimulaba todo; y si alguna vez les hacían traición el orgullo y la confianza en el éxito, casi eran tan impotentes las promesas como las amenazas para arrancarles un secreto útil.»

ballos y poco más de 1.500 miqueletes (1). El 21 se hallaba en Montblanch y la Espluga; el 22 en Albí, y el 23 aparecía á la vista de Lérida en la llanura fatal de Margalef. Suchet, al aproximarse O'Donnell, situó á Musnier en Alcoletge para, sin perder la comunicación con la derecha del Segre, apoyar á Harispe, así contra las salidas de la plaza como contra el ejército español de socorro que ya veía tan próximo. Con esa maniobra logró desorientar completamente á O'Donnell que, avisado por García Conde de la dispersión del ejército francés y de la vuelta de Musnier á la derecha del

(1) Según el informe dado posteriormente á los franceses por el brigadier García Navarro, hecho prisionero en Mora á fines de aquel año, la composición de aquellas fuerzas era la siguiente:

1.ª *División, Ibarrola Mariscal de campo*

| BRIGADA GARCÍA NAVARRO | BRIGADA DESPUIG |
|---|---|
| 1.er batallón de Aragón..... | 1.er batallón de Guardias Walonas. |
| 2.º Idem de íd.............. | 2.º íd. de íd. |
| 1.º Idem de Valencia........ | 1.º íd. de Santa Fé. |
| 1.º Idem de Daroca......... | 1.º íd. de Fieles Zaragozanos. |

2.ª *División, Pérez Mariscal de campo*

| | |
|---|---|
| 2 batallones suizos de Kaiser. | Otros 6 batallones. |

*Caballería*

1.ª Compañía de Coraceros
1.ª Idem Maestranza de Valencia
2 Escuadrones de Húsares de Valencia y de Granada

Según García Navarro, la 1.ª división tenía 4.000 hombres y la 2.ª, 3.000.

Segre, suponía no tener que habérselas más que con Harispe y los jinetes del general París. En esa confianza, O'Donnell hizo avanzar por la llanura la división de reserva y la caballería que, sin duda, creyó suficientes para establecer la comunicación con la plaza, quedándose él con la demás fuerza en Juneda para apoyarlas si se hacía necesario.

¡Cuán engañado iba en sus noticias el caudillo español y cuán errado en sus cálculos!

Mientras la vanguardia se adelantaba por el llano despejándolo de las avanzadas enemigas y en la persuasión de que llegaría sin obstáculo hasta el puente, el general Harispe esperaba el momento de atacarla por su ala izquierda, al tiempo que Musnier lo haría por la derecha, sorprendiéndole ambos en su avance. Y, con efecto, Harispe, á la cabeza de los húsares y de las compañías de cazadores de los cuerpos que con ellos campaban en la izquierda del Segre, sale de sus posiciones á reconocer á los nuestros y, viendo lo escaso de su fuerza, los ataca y carga con el mayor ímpetu. Sorprendida la vanguardia de O'Donnell por tan violenta é inesperada acometida, se detiene y trata de resistirla aun sufriendo pérdidas considerables. Se hace necesario el refuerzo de la división que viene detrás, entretanto que los sitiados, de su parte, intentan una salida vigorosa por el puente para ponerse en comunicación con sus camaradas del ejército de socorro. Pero el coronel Robert, encargado de bloquear la cabeza del puente, sintiéndose apoyado por Harispe, que le cubre las espaldas, rechaza la salida de los leridanos que, con la protección de la artillería de todos los fuertes y el ánimo que les debían infundir las aclamaciones

de los demás defensores y habitantes de la ciudad, consideraban ya como suya la victoria.

Entretanto, Musnier dejaba su posición de Alcoletge para caer, como hemos indicado, sobre la división española, que marchaba formada en varias columnas al auxilio de su vanguardia, con un obús á su derecha y la caballería á la izquierda. Y mientras los franceses avanzan en dos columnas, también con la rapidez que les es posible, enardecidos á la vista de un enemigo cuya cabeza está ya batida, despliegan los coraceros al apoyo de su artillería, que rompe el fuego con la mayor violencia. El efecto es casi instantáneo; y los coraceros, sin detenerse más á esperar á la infantería, que les sigue ya de muy cerca, se precipitan á la carga después de haber rechazado á nuestra caballería que intentó salirles al encuentro. La derrota fué completa, más por el desorden que introdujo en los infantes su caballería al ser rechazada, que por la acción de la francesa en su primera carga. Rotos nuestros batallones les fué imposible formar en líneas ni cuadros en que resistir á los coraceros imperiales, que continuaron su avance arrollando á uno de suizos que se adelantó de Juneda en apoyo de sus camaradas.

El general O'Donnell que, como hemos dicho, confiaba en no encontrar obstáculo alguno formal para la entrada en Lérida, se vió sorprendido al oir el nutrido fuego de su vanguardia y, más aún, al tener noticia de los estragos que había hecho en ella la caballería de Harispe. Y creyendo así comprometida la división Ibarrola entera, con tal imprevisión adelantada, envió inmediatamente la orden de que se retirase á su campo de Juneda; orden ya tardía, puesto que no llegó á

tiempo de impedir la catástrofe que acabamos de recordar. Formando, sin embargo, la división Pírez, acogió á los fugitivos de Margalef; retirándose después con el mayor orden en dirección de Tarragona y por el camino mismo que en sentido inverso había seguido para su fracasada empresa.

Y aquí vamos á poner á descubierto las inexactitudes y contradicciones cometidas por el general Suchet en sus Memorias.

Reconoce en ellas que O'Donnell no llevaba más que las dos divisiones Ibarrola y Pírez, y que sólo la primera, compuesta de 4.000 infantes, según la relación de García Navarro, que acepta, fué la completamente batida en Margalef con la caballería también y las piezas que la acompañaban. Reconoce, además, que O'Donnell se mantuvo en Juneda con la otra división, la de Pírez, de la que sólo adelantó los suizos en apoyo de los fugitivos, que fueron acogiéndose á su posición; y que después se retiró en buen orden sin que la siguiera la caballería francesa más allá de Borjasblancas, cuatro kilómetros á retaguardia de Juneda (1). ¿Cómo, pues, han de ser 483 los españoles muertos en aquella acción, y 5.617 prisioneros, 6.100, de consiguiente, la totalidad de sus bajas? Pase la pérdida por nuestra parte de la bandera, los tres estandartes y

---

(1). Dice textualmente: «El general O'Donnell, arrollado con los fugitivos, que no se rehicieron sino junto á la 2.ª división, reformó su tropa y se apresuró á alejarse. A pesar de la vivacidad de la persecución ordenada por el general en jefe y ejecutada hasta Borjas-Blancas por el jefe de escuadrón Saint-Georges, se retiró en buen orden, y antes de la noche ocupó en el camino de Montblanch posiciones que le pusieron en seguridad».

otras tantas piezas de artillería; pero si fueron 6.100 los muertos y prisioneros, ¿cómo sólo 4.000 los fusiles cogidos en el campo de batalla?

¿Quién se cuidó de recoger los demás y llevarlos al campo de O'Donnell?

¡Descuido imperdonable en un historiador del fuste de Suchet y que, como nadie, puede dar testimonio de la acción y resultados de la de Margalef!

Más acertado y verídico se muestra el imparcial Schépeler al decir: «Los franceses consignan haber hecho 5.617 prisioneros, contados por regimientos, cuando toda la división de reserva ascendía á 4.000 hombres. La orden del día de O'Donnell, la del 27 de abril, demuestra que la división no había sido cogida como en un saco, y elogia su firmeza, etc., se muestra satisfecho de la conducta de la 4.ª y anima á sus tropas á distinguirse como ella, hasta por su disciplina, que el mismo enemigo respetó al perseguirlas».

El historiador alemán manifiesta que fueron 1.000 los prisioneros españoles, y no muy desigual por ambas partes el número de los muertos y heridos (1).

Ya podía Suchet entregarse sin preocupación alguna á las operaciones del sitio de Lérida. El ejército español de Cataluña quedaba desarmado para intentar de nuevo un esfuerzo como el que fracasó en Margalef, esperando, por lo menos, á que la resistencia de Lérida, si llegaba á tomar las proporciones de acción

(1) El mismo Suchet dice que «el combate de Margalef fué como todas las acciones de caballería, brusco y decidido en poco tiempo».

En el apéndice núm. 12 puede verse la orden del día del 26, en que O'Donnell elogia la conducta de las tropas de su mando en Margalef.

y tiempo que la de Hostalrich, le permitiría reorganizarse para repetir su proyecto de socorrer aquella plaza.

Ataque de los fuertes de Gardeny.

El general francés tenía la opinión opuesta: consideraba como tan decisivo el efecto producido en la guarnición de Lérida por el triste espectáculo que había presenciado desde los muros y torres de la plaza, que creyó bastaría un ataque brusco para hacerse dueño de algunas de las fortalezas exteriores que la cubrían. Y en la noche de aquel mismo día 23 lanzó dos de los batallones que, según ya indicamos, mandaba el general Vergés, sobre los reductos del Pilar y San Fernando de Gardeny, que impedían el bloqueo tan completo como lo creía Suchet necesario para la más rápida ejecución de sus planes de ataque. Si en el del primero de aquellos fuertes obtuvo resultado el batallón francés, sorprendiendo al destacamento que lo guarnecía y arrojándolo de él, no así en el segundo, en el de San Fernando, donde los 30 hombres de su presidio, aun careciendo de otros más eficaces medios de rechazar un asalto que el fuego de sus fusiles, lograron frustrar cuantos pusieron los franceses en juego para efectuarlo (1). Al abandonar los asaltantes el fuerte de San Fernando lo hicieron también los del Pilar, en consideración á que no podrían sostenerse en él al hacerse de día, reocupándolo inmediatamente los es-

(1) Singular sería y muy curioso lo que pasó allí, si fuera exacto lo que cuenta Suchet y copia Belmás. «Encontrando cerrada la barrera, dice, nuestros soldados se lanzaron sin vacilar al foso; pero carecían de hachas y escalas, y hubieran tenido mucho que sufrir si los fosos hubiesen estado mejor flanqueados ó los españoles tuvieran granadas. De la imposibilidad de chocarse y de hacerse daño resultó un especie de ar-

pañoles que salieron de Gardeny, á cuyos muros se habían acogido al retirarse.

**Intimación de Suchet al gobernador.**

Desde aquel momento comprendió Suchet que le era indispensable recurrir á las operaciones de un sitio en regla, tal como las prescribe el arte de atacar las plazas de guerra; no sin antes, empero, dirigir al gobernador de la de Lérida la intimación que podríamos llamar *de rúbrica* en tales casos. Para dar fuerza á su mensaje, y después de los argumentos de humanidad, lugares comunes de todos los de su género, Suchet proponía la visita de uno ó más comisionados de la plaza al campo de batalla de Margalef, á fin de que allí contasen los muertos, heridos y prisioneros. La respuesta, él mismo lo dice, «fué lacónica y pinta el carácter de una Nación á la que no puede negarse la grandeza ni la elevación de sentimientos».

«Lérida 24 de abril de 1810.—Señor General: Esta plaza jamás ha contado para su defensa con socorro alguno de fuera.—Tengo el honor de saludar á V. E. con la más alta consideración.—Jaime García Conde».

Con eso se resolvió la reunión del tren de batir al pie de Lérida, y la de las ambulancias y cuanto material se creyó necesario para proceder á la apertura de las trincheras y construcción de las obras de sitio. El coronel Haxo, de ingenieros, y el general Valée, de artillería, tan expertos en ese género de operaciones, prin-

misticio, durante el cual se verificó un parlamento. El español (¿quién había de ser?), temiendo que un esfuerzo supremo de nuestros valientes pudiera serle funesto, ofreció bajo su palabra de honor no hacer fuego sobre los que quisieran retirarse. Aceptada la oferta, nuestras gentes volvieron á su campo antes de amanecer». ¡Preciosa anécdota! El subteniente Don Juan Puig, que mandaba en San Fernando, rechazó y sin contemplaciones el ataque de los 400 valientes del 121.º francés.

cipalmente desde el sitio de Zaragoza á que habían asistido, llevaban ya estudiados sus trabajos para en el momento preciso aplicarlos á las obras más urgentes; y en la noche del 26 al 27 hacían despejar todos los puestos exteriores del frente de ataque, elegido que fué entre los baluartes de la Magdalena y del Carmen, el mismo en que el Duque de Orleáns se había hecho abrir paso á la plaza. El muro allí no tenía foso ni camino cubierto y podía practicarse en él brecha desde las primeras baterías que se construyeran para batirlo. Consecuencia de la elección de aquel punto para el ataque de la plaza fué el establecimiento del parque de artillería y de las ambulancias junto al molino de San Rufo, el de ingenieros cerca de Villanueva de Alpicat donde, según tenemos dicho, se situó también el cuartel general.

**Apertura de la primera paralela.**

Aquellos días llovió mucho y hubo que esperar al 29 para proceder á la apertura de las primeras trincheras, con tanto más motivo cuanto que era necesario comenzar el trabajo desviando varios canales de riego derivados del Segre que inundaban el terreno, precisamente, donde se iba á operar. Aprovechóse el tiempo, sin embargo, en reconocer el terreno próximo á la muralla; con lo que la noche del 29 pudieron los ingenieros franceses trabajar en el trazado de la primera paralela sin producir alarma en los sitiados, hechos al ruido de las patrullas que oían á su pie todas aquellas noches. El trazado, de 600 metros de desarrollo, se hizo, así, sin dificultades á unos 260 ó 280 metros del frente de ataque; y cuando los sitiados comprendieron que el enemigo había comenzado á trabajar, ni sus fuegos de iluminación ni sus disparos á metralla logra-

ron estorbarlo ni aun interrumpirlo. Al hacerse de día el 30 es cuando pudieron observar toda la extensión y la importancia de la trinchera acabada de abrir, pero ya ni el fuego de los baluartes atacados ni el del castillo bastaron á impedir el término de la obra. El general Suchet, muy satisfecho de ella, acordó con los jefes de artillería é ingenieros el establecimiento de tres baterías, suficientes, en su concepto, para preparar y proteger la de ellas destinada á abrir brecha (1). La primera de las baterías, que había de armarse con cuatro morteros, se formó en el extremo derecho de la paralela; la segunda, con cuatro cañones de á doce largos, se destinó á batir la cresta del ángulo del baluarte de la Magdalena para inutilizar su flanco, y la tercera, de seis piezas de á 16, á abrir brecha en la cara izquierda del baluarte del Carmen.

La noche siguiente se prolongó por la izquierda la paralela hacia el Segre, y por la derecha hasta cerrar los caminos del castillo por su lado septentrional y abrir una comunicación á los campamentos y parques de San Rufo y Villanueva. La imprevisión y falta de experiencia, sobre todo, de los franceses, nunca hábiles en esa clase de operaciones, causaron la inundación de las trincheras por efecto de una tempestad, tan abundosa de agua que á los trabajadores les llegaba á la cintura. Afortunadamente para ellos, nuestros compatriotas de la plaza tiraron poco, y los sitiadores salvaron el arroyo ó rambla principal, causa de la inun-

(1) Nada mejor que el plano puede señalar la distancia, direcciones y posición de la paralela y de las baterías, así como los ramales de trinchera, en cuya descripción se hace inútil detenerse.

dación, con un puente de caballetes y pudieron prolongar la paralela por su izquierda hasta envolver la cara derecha del baluarte del Carmen. A pesar de otro nuevo temporal los franceses continuaron sus obras, llegando, por un lado, al río y, por el otro, al pie del castillo sin apenas recibir daño de los sitiados, que se satisficieron con un corto y lento fuego de fusil.

**Ataque á la cabeza del puente.**

No así en el ataque intentado por el general Harispe el 3 de mayo contra la cabeza del puente en la izquierda del Segre. Todos los fuertes de la plaza contestaron con un fuego nutrido al que hizo Harispe con dos obuses de su artillería á caballo sobre nuestros puestos, teniendo que desistir del ataque y resguardarse en su campo. Siguiéronle los nuestros para hostilizar también á los trabajadores de la paralela, á los que cogían de revés con su fuego desde la orilla opuesta del río; pero duró poco la acción, porque marchando un regimiento francés hacia la cabeza del puente rechazó á los españoles y los obligó á acogerse también á sus posiciones.

**Salida de la guarnición.**

El 4 de mayo fué cuando la guarnición dió señales de que no se limitaría á una defensa meramente pasiva ante un enemigo tan emprendedor, confiado, sin duda, en lo difíciles que eran las salidas de una plaza que carecía de foso y camino cubierto donde prepararlas. Reconocidas al amanecer las obras francesas de la paralela en su extrema izquierda, donde la noche anterior se había procedido á la construcción de una batería contra la cara derecha del baluarte del Carmen, una columna de 600 hombres salió de la plaza á las cinco de la tarde, y momentos después se apoderaba de la batería y de toda la parte de paralela próxima al

Segre. Tan enérgico fué aquel arranque y tanto lo fué también el de otra columna, de fuerza casi igual, contra las obras de la derecha francesa, apoyados ambos en un fuego muy nutrido de cuantas baterías tenían la plaza y el castillo por aquella parte, que los sitiadores se vieron obligados á reducirse á la defensa de sus trabajos del primer día. Los fugitivos de las trincheras hallaron pronto fuerzas que los auxiliasen y revolvieron con ellas sobre las columnas españolas que, como sucede siempre en las salidas, hubieron de tornar á la plaza, llevándose, empero, algunos prisioneros, muchos útiles, armas y hasta vestuarios de los enemigos, á quienes ni tiempo se les había dejado para retirarlos (1).

**Los franceses continúan sus trabajos.**

Aquella salida, que no esperarían los franceses, armados del prejuicio jactancioso del terror que creían infundir al mundo entero, les enseñó á tomar precauciones para cualquiera otra que se atrevieran á hacer nuestros compatriotas, y emplearon los dos días siguientes en la construcción de una plaza de armas al costado de la batería última, que evitase nuevas empresas como la tan felizmente ejecutada el 5 por los sitiados. Continuaron, como es de suponer, sus trabajos, ya de zapa, ya cubriéndose con cestones, favorecidos por la obscuridad de la noche, muy profunda en

(1) En aquel combate, dice Suchet que «el capitán Bugeón (Belmás dice Bugeaud) mató con su espada á un español que luchaba cuerpo á cuerpo con el teniente de Zapadores Leclerc». Pues es hazaña; porque, al cabo, eran dos contra uno.

Los franceses confiesan que en aquella acción tuvieron ocho muertos, once heridos y nueve prisioneros. De nuestras pérdidas no dicen una palabra: se satisfacen con la del *español* muerto por el capitán Bugeón ó Bugeaud.

aquéllas, aunque incomodados por los defensores del puente que salían en guerrilla á hacerles fuego desde la orilla izquierda. Para evitarlo se conoce que no bastaban los destacamentos y avanzadas de Harispe, porque el ingeniero francés del sitio se decidió á abrir en aquella misma margen del Segre una gran trinchera que pudiese á la vez hacer el servicio de primera paralela contra la cabeza de nuestro puente. En ese trabajo, otros de aproche á los baluartes atacados y el armamento de las cuatro baterías, se emplearon aquellas noches hasta el día 7, en el que rompieron su fuego diez cañones de grueso calibre y ocho morteros ú obuses, con gran violencia y no sin efecto, sobre la Magdalena y el Carmen. Pero si las baterías francesas, ayudadas por muchas piezas de campaña que dirigían sus tiros, unas veces sobre aquellas fuerzas y otras sobre el castillo, la ciudad y el puente, hicieron algún daño en las de la plaza, no se descuidaban tampoco las nuestras, logrando acallar el fuego de las suyas después de desmontarles tres cañones, matar un número considerable de sus artilleros é introducir un gran desorden en todos (1).

**Rompen el fuego.**

**Otra salida.**

Hubo más: enardecidos los sitiados con triunfo tan decisivo, hicieron otra salida sobre las nuevas obras francesas de la orilla del río; sorprendieron la fuerza que las custodiaba, y, corriéndose por la paralela, llegaron al ramal que servía de camino de ataque al baluarte de la Magdalena. Y pasaran adelante, tan grande era el terror que habían infundido en los trabaja-

(1) Belmás dice: «En fin, hacia las cuatro de la tarde, todas nuestras baterías se hallaban reducidas al silencio».

dores de las obras, si no hubieran acudido en socorro de éstos un batallón polaco y las reservas más próximas de las por allí establecidas. Considerables fueron las bajas experimentadas por los franceses, la de un ayudante de campo de Suchet, entre ellas, algún otro oficial y muchos granaderos polacos ó del 114.°; las nuestras consistieron en seis ú ocho muertos y otros tantos prisioneros, los más temerarios en tan hermosa jornada.

Segunda paralela.

Desde entonces menudearon las precauciones en el campo francés. Los trabajos de sus ingenieros tendieron, tanto como á acortar la distancia que los separaba de las murallas de la plaza, á impedir la acción ofensiva de los sitiados que así retardaban el avance y los, de otro modo, ineludibles progresos del sitiador. Este prodigó las trincheras que cerrarían las avenidas desde las puertas contiguas á los baluartes amenazados, y los ramales de comunicación entre sus obras, hasta que, seguro de haber logrado tan importante objeto, terminaba el 10 de mayo la segunda paralela, operación difícil que le costó un no pequeño número de bajas. Las baterías ya construídas fueron reforzadas con más grandes espesores y con piezas de mayor calibre; levantáronse otras nuevas, una de morteros y otra de obuses, para abrumar con sus fuegos á los defensores de la ciudad, y otra, por fin, designada con el número VIII, de otros cuatro obuses, dirigidos contra el castillo y para la protección de las que se destinaron á la apertura de las brechas.

Las brechas.

Así, á las nueve de la mañana del 12 rompían el fuego sobre Lérida 34 piezas, de las que 15, cañones de grueso calibre, y 19, morteros y obuses. Para contraba-

tirlas tenían dispuestos los defensores 30: 4 en los baluartes atacados, 6 en el puente, y 20 en el castillo; pero de tal manera, con tal habilidad se habían cubierto los franceses, que, sin ser gravemente ofendidos, sus artilleros desmontaron muy pronto nuestras piezas de la Magdalena y el Carmen, y por la tarde dejaron abiertas dos anchas brechas en ambos baluartes. Contribuyó á ese resultado la voladura de un repuesto de municiones en el baluarte Louvigny del castillo, la cual impidió la acción de las piezas montadas en él sobre las baterías enemigas.

**Nuevo ataque á Gardeny.**

Ya no quedaba más que asaltar las brechas, bien anchurosas, por cierto, y accesibles. Las noticias, sin embargo, que dieron á Suchet algunos suizos escapados de la plaza sobre las obras que construían los defensores á espaldas de los baluartes amenazados y en las plazas y calles de la ciudad, haciéndole temer una lucha interior tan larga y costosa como la acontecida en Zaragoza y Gerona, le inspiraron la idea de, antes del asalto, apoderarse de los fuertes de Gardeny, donde los habitantes podrían hallar asilo y fuerza con que resistir mejor. Al plan siguió inmediatamente la ejecución, bien fácil en las circunstancias en que la apertura de las brechas y la inminencia de su ataque debían tener á las fuerzas todas militares de la guarnición atentas, sobre todo, á lo que parecía amenazar de más cerca. Y contra las reglas de la poliorcética moderna se aplazó el asalto para atender á una que el general Suchet consideró como apremiante y perentoria necesidad; la de quitar á los leridanos toda esperanza de evasión, si eran, como esperarían, vencidos en las calles y atropellados en sus casas. Aquella misma noche

envió, pues, á la eminencia que algunos han dado en llamar de Afranio, tres columnas con la misión de asaltar simultáneamente las tres fortalezas que en ella asientan, la de Gardeny y sus avanzadas del Pilar y San Fernando. Como en el ataque de la noche del 23 de abril, el reducto del Pilar cayó inmediatamente en poder de los franceses. La corta fuerza española que lo guarnecía, al observar á favor de la claridad de la luna el número de los asaltantes y sus preparativos, se retiró á Gardeny, dando en su camino con un grueso destacamento de ingenieros franceses, cuyo ataque al hornabeque de aquel fuerte debía coincidir con el de la columna principal del general Buget. Españoles é imperiales llegaron al mismo tiempo al foso del hornabeque, defendido por muy pocos de los nuestros. Asaltados por el enemigo, que había conseguido también penetrar á favor de sus escalas y hachas por el muro y la barrera, hubieron, como los del Pilar, de acogerse al cuerpo de la fortaleza, que se mantuvo firme ante las intimaciones y los ataques que se la dirigieron. En el reducto de San Fernando el combate ofreció proporciones y tuvo resultados superiores y más sangrientos. Al primer avance de la columna destinada á su ataque, dos compañías del 121.° francés lograron establecerse en la contraescarpa, abriendo en seguida un nutrido fuego sobre el parapeto con que cubrían el suyo los defensores. Otras dos aplicaron al muro las escalas de que iban provistas y, después de una lucha sumamente encarnizada, en que sufrieron pérdidas considerables, lograron por fin penetrar en el cuerpo de la obra, de la que sólo se apoderaron matando á la mayor parte de los valientes que la defendían. «Después de un com-

bate obstinado, dice Suchet, en que fué mortalmente herido el capitán de ingenieros Montauban, nuestros soldados penetraron en el reducto, no haciéndose dueños de él sino después de haber pasado á cuchillo su guarnición que, acorralada y sin poder retirarse, hizo una defensa desesperada. Al fin, á pesar de eso, un teniente y una veintena de hombres rindieron las armas.» Ese número fué el que quedó del de 300 que guarnecía el fuerte de San Fernando, no sin antes haber puesto fuera de combate á más de 100 de sus enemigos.

De todos modos en Gardeny continuó ondeando la bandera española hasta la completa rendición de Lérida.

Suchet, no pudiendo detenerse ya más en la conquista de aquel fuerte, que, sin duda, había creído más fácil, volvió, como dice en sus Memorias, á las trincheras para dar el golpe decisivo á la plaza, sobre la que no había cesado su artillería de disparar en toda aquella noche.

**Asalto de la plaza.** A mediodía del siguiente, 13 de mayo, expidió, con efecto, la orden de asalto; pero los escarmientos recibidos allí y en sitios anteriores le hicieron dilatarlo hasta el anochecer, empleando la tarde en elegir y disponer las cuatro columnas que habrían de darlo y en preparar y poner á la mano los materiales necesarios para asegurar su establecimiento en los baluartes, una vez que fueran conquistados. Cupo el honor de ser elegidas para aquella peligrosa acción á las compañías de preferencia del 5.° ligero y del 116.° de línea, á buen número de ingenieros y á los trabajadores del 115.° y del 1.° del Vístula, apoyados, naturalmente, de impor-

tantes reservas, con las que se estableció su general en jefe en la parte central de las trincheras.

Dada la señal, aquellas tropas se lanzaron al asalto, no tardando en superar las brechas del Carmen, para lo que se había allanado en lo posible el acceso, y en vencer la resistencia de los defensores, que mal podía ser muy vigorosa con la lluvia de proyectiles que no cesaban de arrojar los artilleros franceses sobre ellos. Tampoco lograron los nuestros mantenerse en un reducto interior acabado de construir en aquel mismo baluarte, porque fué envuelto por otra de las columnas de ataque; con lo que se vieron obligados á retirarse á la ciudad, cuya entrada más próxima, la de la calle Mayor, disputaron á los invasores haciéndoles sufrir pérdidas enormes. Tantas y tan graves debieron ser que hubo un rato, no corto, de vacilación entre los franceses, interrumpido luego por la voz y el impulso del general Habert que los lanzó de nuevo al ataque.

Mientras dos columnas asaltaban y se hacían dueñas del baluarte del Carmen, otra, que iba por su derecha, lograba, aunque con grandes y costosos esfuerzos, penetrar por la puerta de la Magdalena, y las cuatro, por fin, se reunían en las calles con la del general Harispe, que asaltó, á su vez, la cabeza del puente, y, arrollando al batallón de Perena que la detenía, cruzó sin dificultad el Segre (1).

(1) En la obra del Sr. Blanch se hace resaltar la conducta del batallón de Perena, pero no con la propiedad militar de Vacani, que dice: «En tanto que huían hacia el fuerte (soldados, mujeres, viejos, vecinos mal armados, chicos, magistrados, sacerdotes y generales, amontonándose en los fosos, en el camino cubierto y la esplanada), el teniente coronel D. Juan Pedrosa fué quien solo, á la cabeza del regimiento de Perena,

Y allí donde parece que deberían oponerse al ejército sitiador los obstáculos más robustos, los que en otras partes le había ofrecido la resistencia popular, característica de los españoles tanto ó más que sus guerrillas, Suchet tuvo la fortuna de superarlos con un ataque vigoroso y algunos cañonazos. ¿Qué pasaba en la ciudad de aquellos fieros Ilergetes que tanto habían dado que hacer á Escipión para mostrarse ahora tan flacos del espíritu y del patriotismo que habían hecho su gloria? El primer elemento de debilidad que tenía Lérida en su recinto era la Junta Corregimental, tan torpe y extraviada en sus opiniones militares como el pueblo que administraba, más decidido por sus propios intereses que por los generales de la Nación. Aquella, la Junta, ponía estorbos á la defensa del castillo negándose á facilitar recursos con que prepararla; y no había que contar con el pueblo, según el testimonio de un historiador del sitio y actor en él, porque los mercaderes hasta se negaron á proporcionar lanilla para los cartuchos de cañón, los paisanos á trabajar en las obras de fortificación si no se les pagaba, y llegaron á quitar de las manos á nuestros soldados los troncos de árboles cogidos para interceptar las calles con pretexto de que eran de su propiedad. Se mantenía también, aunque latente, en la ciudad otro elemento más funesto aún que el egoísmo de una parte

---

se sostuvo largo tiempo y con gravísimas pérdidas en la calle principal que conduce al puente. Pero sobreviniendo siempre tropas frescas en apoyo de las francesas y, para colmo de daños, habiendo sido en aquel instante asaltada impetuosamente y pasada á cuchillo la guarnición de la cabeza del puente, se hizo mayor el desorden, por cuanto por la orilla izquierda del río el coronel Robert con su tropa se unía á la columna de asalto de la derecha».

de los habitantes, el de la traición, pues no á otro sentimiento debe atribuirse la indiferencia que se reveló en algunos. Y no en todos latente, como acabamos de decir, sino que se hizo harto manifiesto en muchos y, si ha de creerse al sesudo é imparcial Schépeler, en el mismo Corregidor que la Junta del Principado había enviado á Lérida con plenos poderes para dirigir la defensa. Los *Josefinos*, que se mantenían ocultos, no atreviéndose á pronunciar la palabra *Rendición* mientras las tropas se batían valerosamente en el recinto y en sus salidas contra los sitiadores, al verlas arrolladas salieron de su retraimiento para predicar la sumisión y el desarme. Con eso se hizo imposible proseguir en las calles la defensa que en los primeros momentos detenía al enemigo y le hacía temer no poco estrago en sus filas; y las tropas de la guarnición, que con tal energía la iniciaran, tuvieron que irse recogiendo al castillo, su único punto de retirada.

**Maquiavelismo de Suchet.**

Pero no les valió á los egoistas su cobarde indiferencia ni á los traidores su intervención para el desarme de sus conciudadanos; porque los franceses, que no deseaban otra cosa, se entregaron así á practicar la idea, establecida principalmente por ellos, de que toda población tomada por asalto debía ser presa legítima de la soldadesca; «resto de barbarie, dice Napier, deshonra de la profesión militar, que no establece el derecho de colocar á una población desarmada en situación tal que la obligue á perecer si el gobernador continúa cumpliendo con su obligación». De tal naturaleza fueron los atropellos cometidos por los franceses en su entrada por la ciudad, que ninguno de los habitantes se consideró seguro en sus viviendas, y todos,

magistrados, sacerdotes, menestrales y aldeanos, viejos, niños y mujeres, se precipitaron tras los soldados que se retiraban al castillo, invadiendo la esplanada, el camino cubierto y los fosos aquellos que no tuvieron la fortuna de penetrar inmediatamente en la fortaleza.

Suchet había conseguido cuanto deseaba ó, al menos, dijo después que era resultado de sus planes, no limitándolos al obtenido por sus tropas con el asalto de la ciudad. Quería evitar el sitio del castillo, suponiendo, y con razón sobrada, le sería más difícil y largo que el del cuerpo de la plaza, así por su situación dominante como por la regularidad y robustez de sus fortificaciones. Así es que su primera providencia se dirigió é interceptar las salidas de la ciudad, la de la puerta de San Antonio por lo pronto, frente al fuerte de Gardeny; y las órdenes sucesivas á empujar hacia al castillo á la población toda, hostilizándola de calle en calle y de casa en casa hasta obligarla á refugiarse en él. El general Suchet sabía perfectamente las dificultades que había hallado el duque de Orleáns para hacerse dueño de aquel castillo, y aspiraba á ahorrarse los 25 días que para conseguirlo gastó el príncipe francés. Y en vez de, como éste, organizar el saqueo en la ciudad acabada de conquistar, le imprimió tal carácter de violencia y de inhumanidad que, por eludir sus atroces efectos, los leridanos contribuyeron inconscientemente con su terror al éxito de tan maquiavélico proyecto.

Las escenas de que fueron teatro el interior y las obras exteriores del castillo de Lérida no tienen precedente en historia de sitio alguno de los tiempos modernos. El general García Conde y el gobernador

hicieron cuantos esfuerzos les fué posible para convencer á aquella multitud fugitiva de la conveniencia de entregarse á los enemigos antes de que éstos se apoderasen del castillo, en cuyo caso se agravaría aún más su desdichada suerte. Pero ni esas exhortaciones convencían á los refugiados, ni los sitiadores se hallaban dispuestos á consentir un acto que iba á privarles de la mayor ventaja que habían conseguido en el asalto, la de hacer imposible la defensa de la principal fortaleza de la plaza. Por el contrario, continuaron con más violencia todavía los horrores del saqueo en las casas próximas al castillo, y no interrumpieron ni por un momento el fuego de mortero y de fusil, dirigiéndolo, más que al interior, á los establecimientos exteriores, donde era más numerosa la multitud y mayores la desolación y el espanto.

La situación del castillo y la de los generales que lo gobernaban se hizo con eso insostenible (1). Era inútil intentar la defensa de la fortaleza, teniendo todas sus obras encombradas de gente que la estorbaría; y ni García Conde, por el estado de su ánimo, ni González por el de su salud además, eran hombres en quienes la superioridad de carácter y de inteligencia se sobrepu-

---

(1) Se dice en una relación, nada hostil, es cierto, á García Conde, pero verídica: «A la vista de las mujeres, niños, ancianos y demás gentes nadando tristemente en su sangre, ó llenas de asombro y pavor con la proximidad de su fin, flaqueaba contra su voluntad el valor de los más esforzados. El mismo general vacilaba en medio de tanto conflicto, pues si su decisión y heroísmo le arrastraban á morir con honra, disparando el último cañonazo, recordábale su deber, como jefe, que la patria y la humanidad le pedirían un día cuenta de tantas preciosas, vidas como á su temeridad sacrificaba, á despecho de la prudencia y aun del mismo valor, prenda que, como todas las demás tiene señalados sus límites».

siera al riesgo y á las consecuencias de situación tan extraodinaria y aflictiva. No hallando salida á ella, reuniéronse en consejo con los jefes de la guarnición y algunos vocales de la Junta, quienes, después de una larga conferencia, opinaron por que se enarbolase en la muralla la bandera blanca, signo fatal de la última de las resoluciones militares en el sitio de una plaza. En aquel consejo no presidía un Don Mariano Alvarez que ahogase la voz de los débiles, ni los junteros corregimentales eran de la estofa de aquellos antepasados suyos, los régulos Indíbil y Mandonio, incansables en la lucha por la independencia de su ciudad nativa. García Conde era un soldado valiente ¿por qué negarle esa cualidad que tantas veces había demostrado? pero faltábale la más esencial en un jefe, la del talento unido á la energía para arrostrar impávido las responsabilidades del mando. No cabía la traición, de que en la efervescencia de aquella lucha le acusaron entonces y le han acusado después algunos historiadores, porque hubo de impedírsela el medio en que vivía. Lo que sí le condena es la debilidad que nunca podría justificar con sus sentimientos humanitarios, vituperable en el más alto grado por su imprevisión al no impedir la invasión del pueblo en el castillo que, con ella, quedó incapaz de toda defensa. Esa misma flaqueza de carácter, haciéndole temer las iras de sus compatriotas, le llevó á las filas del Intruso, provocando el desprecio y la venganza de los leales á la causa nacional con acento tan acusador contra su nombre y memoria.

Se rinde el Castillo.

La consecuencia inmediata de aquel consejo fué la presentación del brigadier D. José Beguer en el campo francés. Suchet le recibió con la altanería caracte-

rística de su raza y una aspereza muy impropia de quien, además de haber vencido en poco tiempo, lo había hecho sin grandes sacrificios que lamentar ni injurias de qué vengarse. Depuesta, empero, al poco tiempo la actitud dramática que le hacía tomar la imitación á su maestro el grande hombre que regía los destinos de la Francia, y dejándose llevar de sentimientos más humanitarios, no muy ajenos á los de su corazón ni tampoco á sus cálculos, acordó las condiciones de una capitulación que le fué presentada, si no demasiado honrosa para las tropas de un fuerte sin brecha abierta en sus muros, muy aceptable para los habitantes de una ciudad asaltada y presa del enemigo. En esa capitulación, á que siguió luego la de Gardeny, se concedieron á la tropa los honores de la guerra, rindiendo las armas y pasando como prisionera á Francia, excepto los oficiales que ofreciesen bajo su palabra no volver á tomarlas. El gobernador, sin embargo, quedaría en España hasta su curación, y él, como todos los demás oficiales, conservarían sus armas, caballos y equipajes. Se permitiría el uso libre de la religión católica, se respetaría á sus ministros y se garantizaban sus propiedades á los vecinos, á quienes, como á cuantos habían tomado las armas para la defensa de la ciudad, se concedió plena amnistía (1).

Las bajas fueron numerosas en los dos campos; pero corto relativamente el sitio y sin los accidentes, siempre mortíferos, del hambre y las enfermedades, las de los

(1) Véase la capitulación en el apéndice núm. 13. Napoleón censuró agriamente el artículo referente á la libertad de los Oficiales que, bajo su palabra de honor, se comprometiesen á no volver á tomar las armas contra la Francia.

sitiados, como las de los sitiadores, no pasaron en mucho de unos mil muertos y heridos por cada lado. Las mayores pérdidas de los españoles fueron en el asalto del puente en que, obstinándose valientemente en rechazarlos el batallón de Perena, quedó destrozado; la de los franceses lo fué en las salidas de los nuestros contra sus trincheras.

**Suchef hace reparar las fortificaciones.**

El general Suchet se ocupó seguidamente en asegurar la posición de Lérida, reparando las brechas y cubriendo las trincheras; y después de bien guarnecida la plaza y de establecer fuertes destacamentos de observación en sus avenidas, por la parte del alto Segre, principalmente, para despejarlas de somatenes y miqueletes, regresó á Zaragoza, para allí también atender á la seguridad de Aragón, amenazado por Villacampa, Caro y Lazán en todas sus fronteras. No era esa la opinión del Emperador, que quería arrasar las fortificaciones de Lérida, fundado, quizás, en que, perteneciendo al Imperio, aquella plaza no tendría la importancia estratégica que, siendo española, ha revelado en todas nuestras contiendas con Francia. Después de redondeado su inmenso poderío lo creería invulnerable (1). Y como acababa de expedir los decretos de anexión de todas las provincias ribereñas del Ebro al Imperio, consideraría Lérida como posición tan francesa, y tan incluída en el sistema militar que se hubiera

(1) La orden dirigida á Berthier decía así: «Enviad un oficial de Estado Mayor al general Suchet con la orden de demoler Lérida, empleando la pólvora que ha encontrado en aquella plaza en volar las fortificaciones de modo que no se las pueda restablecer. Se conservará solamente una ciudadela ó fuerte capaz para dominar la población y en que 500 ó 600 hombres

forjado, como cualquiera otra plaza del otro lado de los Pirineos, pero interior, desprovista, por consiguiente, del interés que ofrecen las de la frontera.

El general Suchet no debió participar de esa opinión, porque, aun después de recibida la orden del Emperador, conservó la plaza de Lérida con las mismas fortificaciones que tenía al conquistarla. Tomadas aquellas medidas dictó cuantas disposiciones le parecieron convenientes para el sitio de Mequinenza, cuya conquista, satisfaciendo las aspiraciones por entonces del Emperador, completaría su obra en aquella parte del Ebro, para con todo desahogo dedicarse á la más ardua todavía que le esperaba en las regiones más bajas de aquel caudaloso río. **Sitio de Mequinenza.**

Las dificultades que opondría el fuerte de Mequinenza para su conquista eran de otra índole que las superadas por los franceses en Lérida. Consistirían, más que en la extensión de la plaza y en la robustez de sus muros, en lo elevado de su situación y en lo áspero, largo é intrincado del camino que se necesitaba abrir para el establecimiento del campo sitiador y de su artillería. Porque si era fácil el sitio y sería inmediata á su cerco la conquista de la población, defendida por débiles é improvisadas fortificaciones, esa conquista no conducía á nada decisivo para el dominio y la ocupación de puesto tan importante, entonces sobre todo, en **Sus fortificaciones.**

---

basten para mantenerse largo tiempo en él. Se armará esa ciudadela y se meterán en ella provisiones para seis meses. Espero el informe que se me dé para aprobar la conservación de esa ciudadela. El resto del material se traerá á Francia por el camino más corto.» Dieppe, 27 de mayo de 1810.

la cuenca del Ebro; era indispensable la del castillo, situado en una roca elevada 200 metros sobre el nivel de aquel río en su confluencia con el Segre. Para llegar á aquel fuerte, inaccesible por la parte del pueblo, era necesario abrirse camino por un áspero ramal de Monnegre, montaña cubierta de rocas y matorrales en cuya extremidad está fundado el fuerte generalmente conocido por el *Macho de Mequinenza*. La gran dificultad del sitio era, pues, la de subir la artillería á la cumbre del monte para allí practicar la brecha por donde asaltarlo.

Los franceses, dirigidos por el coronel Haxo, abrieron, con efecto, un camino que por el revés del Monnegre les condujo á lo alto, en el que el 31 de mayo aparcaba la artillería frente al hornabeque del castillo, primera y principal obra que cubría el cuerpo de la fortificación, consistente en un vasto edificio torreado, palacio antiguamente de los marqueses de Aitona. Reparado en lo posible y guarecido del peligro de un ataque brusco por un pequeño recinto exterior, se le había después cubierto por la parte más accesible de la montaña con un hornabeque precedido de foso y camino de circunvalación abiertos en roca viva, constituyendo la obra más importante de la fortaleza. Había en él unas 50 piezas, la mayor parte de hierro y no de las mejores; municiones, no puede decirse que escasas, y una guarnición de poco más de 1.000 hombres, mandados, eso sí, por un oficial de mérito, el coronel Don Manuel Carbón, á quien ayudaba otro de no menor, el artillero D. Pascual Antillón.

**Salida de la guarnición.** El día, ya citado, del 31 de mayo, la guarnición del castillo hizo una salida que fué rechazada, con lo

que, y consolidándose la posición de los sitiadores, comenzaron éstos á abrir su primera trinchera la noche del 2 al 3 de junio. Al mismo tiempo los franceses atacaban la población por el camino próximo al Ebro, mientras en la orilla derecha establecían puestos con el objeto de impedir á los habitantes la fuga en barcas; pero en el pueblo sufrieron pérdidas importantes los que lo asaltaron, y los del río no pudieron apoderarse más que de dos de las once embarcaciones que, con efecto, se habían entregado á la corriente, allí bastante rápida, del río. Continuaron las noches siguientes los trabajos contra el fuerte y los ataques á la población. Esta fué tomada en la noche del 5, y el 8 rompieron el fuego sobre el fuerte tres baterías, una de cuatro morteros, otra de dos obuses y dos cañones de á 16, y la tercera de dos del mismo calibre y cuatro del de á 24. Los sitiados, que en todo aquel tiempo no habían cesado en su fuego contra las trincheras y baterías enemigas, y en la mañana del 8 disputaban la superioridad desmontando hasta tres piezas de las destinadas á abrir brecha en sus muros, se vieron luego envueltos en ruinas, arrasados sus parapetos y sus cañones inutilizados. Todavía intentaron la recomposición de sus obras bajo el fuego cada vez más violento de artillería y fusilería de los franceses; pero á las diez les fué imposible proseguir en su defensa; tan terribles eran los efectos producidos en el palacio por las bombas y en las demás fortificaciones por los proyectiles de la batería de brecha.

**Ataque del pueblo.**

**Se rompe el fuego sobre el Castillo.**

A esa hora fué, pues, preciso izar la bandera blanca; y el gobernador y la guarnición toda del fuerte, excepto unos 400 hombres que resultaron muertos ó

**Se rinde.**

heridos gravemente en el sitio, salieron á entregar las armas para inmediatamente ser llevados á Francia como prisioneros de guerra (1).

**Consideraciones.** Conquistadas Lérida y Mequinenza, la región central del Ebro quedó, puede decirse, que completamente sujeta á las armas imperiales. Y eso sin la cooperación del séptimo cuerpo de ejército, cuyo jefe, el mariscal duque de Castiglione, se había desentendido de las órdenes de Napoleón, para no experimentar en Hostalrich un fracaso superior á los varios que había sufrido en su mando de Cataluña después de la rendición de Gerona. Pequeña compensación era de ellos la toma de Hostalrich, tanto tiempo hacía sitiado y ocupándolo por abandono de sus defensores, no por la fuerza de las armas y el asalto de sus enemigos que, teniendo víveres y municiones, hubieran rechazado cien veces. Pequeña fué también la de la ocupación de las Islas Medas mediante una sorpresa de que nunca se hubiese creido fuese víctima, ni menos cómplice, su descuidado gobernador, tan vigilante hasta entonces y leal con España á pesar de su cualidad de francés. Augereau cayó en un descrédito del que le fué imposible rehacerse en los mandos sucesivos que obtuvo, y volvió á Francia desairado por el Emperador y llevándose, si rico botín de sus escandalosos robos, las maldiciones también de los catalanes y la reprobación de todos, súbditos y enemigos.

El general Suchet tuvo mejor suerte. Porque si

(1) No pocos lograron después fugarse; y entre ellos el bravo coronel Carbón, que dos años más tarde perecía gloriosamente en la acción de Bornos.

bien desplegó habilidad suma en el sitio de Lérida, puesto que no se halló más que un día en el de Mequinenza, favorecióle la fortuna con las discordias y torpezas de sus enemigos. Temeroso O'Donnell de una reacción ofensiva de Augereau sobre Tarragona, llevó pocas fuerzas á Margalet, donde esperaba se le reuniese con las de su mando Campoverde que, por el contrario, se trasladó con ellas al alto Segre pensando herir desde allí mejor á los sitiadores de Lérida. Si se hubieran, pues, juntado aquellas fuerzas; si el marqués de Lazán, que, libre ya de su destierro en Peñíscola, regía las que operaban en las inmediaciones de Tortosa, hubiera remontado el Ebro decididamente, y si el ejército de Caro, en lugar de mantenerse inactivo después de su perezosa persecución á Suchet cuando se retiró de Valencia, se hubiese dedicado á hostilizar las posiciones encomendadas á Laval en Aragón, es indudable que Suchet no habría continuado el sitio de Lérida, trasladándose inmediatamente á defender el territorio de su mando. Pero ninguno de aquellos generales quería abandonar el del suyo, donde imperaba sin cortapisa alguna y á su capricho, dejando á los demás que se defendiesen como pudieran, y no pesándole casi nunca de un revés que los desacreditase, para él hacerse más necesario.

De ese modo se hacía imposible evitar las desgracias que nos obligaba á sufrir la habilidad de los generales franceses, y menos aún el repararlas en mucho tiempo. Refiriéndonos á aquella ocasión, vemos que, merced á esa falta de acuerdo entre los nuestros y á su indiferencia, genial ó calculada, Cataluña quedó con la pérdida de Hostalrich y las Medas, por un lado,

y de Lérida y Mequinenza por el otro, en una situación sumamente difícil y peligrosa. Por aquél, se presentaba expedita la comunicación con Francia, tan necesaria para la defensa de Barcelona y su abastecimiento, al que también contribuiría la mayor facilidad del cabotaje desde los puertos franceses, impedido antes por nuestro establecimiento de las Medas. Por el lado del Segre, además de los recursos hallados por Suchet en Lérida, logró con la ocupación de Mequinenza, no sólo la ventaja de poder comunicar con el séptimo cuerpo establecido en el Principado, sino que el dominio también del curso del Ebro en la región precisamente en que es navegable y por donde cabría se trasladase á Tortosa, segunda etapa de la misión que con tanto empeño le había confiado Napoleón por entonces.

Mas no por eso desfallecieron los catalanes. Es verdad que la rendición de Lérida produjo en los ánimos el mal efecto que siempre causa, aun en los más fuertes, un suceso tan sorprendente y triste como inesperado. Esperábase de un momento á otro la noticia de la pérdida de Hostalrich; pero por lamentable que fuese, se vería en parte compensada con la gloria de resistencia tan tenaz y gallarda, con la valiente resolución, sobre todo, de no entregar el presidio sus armas al enemigo, burlando con la evacuación del fuerte la vigilancia, los esfuerzos y los sacrificios de tiempo y sangre de sus sitiadores. En Lérida nada podía justificar lo transcendental de tamaña desgracia. Asi es que desde el general en jefe del ejército español encargado de la defensa de aquellas provincias, á la Junta Superior del Principado y al Gobierno Supremo de la Regencia, no se oyó en todo España más que un grito unánime, te-

rrible, de reprobación por la conducta del gobernador, autoridades civiles y el pueblo todo de Lérida. «De infame y cobarde» calificaba el general O'Donnell la entrega de aquella plaza, y de «pérfida también y resultado de la cobardía de sus defensores», la Junta. Pero al mismo tiempo que esas calificaciones, expresaban una y otra de aquellas autoridades su confianza de que no por eso decaería en los habitantes de Cataluña su tan acreditado espíritu patriótico. «Cayó Lérida, se leía en la proclama de O'Donnell á los catalanes, pero no está conquistada Cataluña, ni lo estará nunca, mientras no se abatan los ánimos de sus invencibles habitantes.»

«Tarragona, Tortosa, Cardona, Berga, Seo de Urgel Coll de Balaguer y Mequinenza, son aún los baluartes, del Principado, y estas plazas, mandadas por jefes patrióticos, inteligentes y valientes, serán una barrera impenetrable al enemigo.»

«Y aunque después de muchos años cayeran estas plazas, las inaccesibles montañas de Cataluña son otros tantos puntos de apoyo para los que prefieran su mansión á su esclavitud.»

Y concluía así: «Catalanes: el Bruch, Manresa, Esparraguera, Villafranca y Mollet, os recuerdan que el enemigo no es invencible. Animo pues: peleemos todos para asegurar la independencia de nuestra Patria; perezca el vil egoista que la mira destruir con indiferencia; quede condenado á eterno desprecio el que se desanima por un solo revés de la fortuna y formemos el firme propósito de ser españoles hasta el último momento de nuestra vida.»

En la proclama de la Junta se leían conceptos tan

sentidos como éstos: «Pero esta pérdida puede repararse con vuestro valor y sacrificios. Pérdida que debe avivar de nuevo vuestro patriotismo, y debe excitar vuestra constancia hasta haberla reparado. ¿Y creéis que Cataluña, cuyas fuerzas físicas son inmensas, puede sucumbir, si quereis cumplir con los sagrados deberes á que os habeis sujetado con repetidos juramentos? ¿Deberá quedar sin castigo un enemigo que ha martirizado á vuestros hermanos, derramando injustamente su sangre, que todavía está humeando, y clama vuestra venganza? ¿Podréis prescindir de tomar todos las armas y apurar todos los recursos para conservar vuestra existencia? ¿Qué diría de vosotros la Europa, si viese que los enemigos os oprimen y que vosotros mirais con indiferencia los ultrajes que han sufrido vuestras familias?

Y que esas exhortaciones, y más todavía la soberbia catalana, produjeron en los habitantes del Principado el efecto á que iban dirigidas aquellas proclamas, se pudo observar inmediatamente en el recrudecimiento de la ira patriótica y el anhelo de la venganza que los caracterizaba. La mejor demostración de esa nueva furia que se apoderó de los catalanes podremos darla al ocuparnos en las operaciones militares y en el modo de gobierno del mariscal Macdonald, duque de Tarento que, observando desde el momento de su llegada el cansancio y el decaimiento de espíritu de que adolecían las tropas de su mando, inauguró un nuevo sistema militar y conducta muy distinta de la que había usado su predecesor el duque de Castiglione.

O'Donnell, para sacar fruto de esa disposición de los catalanes y aprovechando el tiempo de reposo que

l enemigo le ofrecía, se dedicó á la magna tarea de eorganizar su ejército, reclutando gente aun de la ya costumbrada á la manera de hacer la guerra en aquel aís, para meterla en los regimientos de línea y hacerla la disciplina militar, y por fin á proteger las obras e fortificación con que quiso reforzar las de Tarragona, unto de contacto, según ha dicho un historiador in- igne, entre Cataluña, las islas Baleares y la escuadra nglesa del Mediterráneo.

No por eso vaya á creerse que se hizo completo el lencio de las armas en Cataluña; porque hubiera sido uy difícil, casi imposible, el mantenerlas ociosas en anos de los catalanes, mucho más cuando veían que n Aragón no descansaban un punto de su manejo s que, con Lazán por la parte de Alcañiz y con Vi- acampa por la de Daroca y Calatayud, se habían pro- uesto aprovecharse de la ausencia de Suchet para sus, nas veces inútiles y otras afortunadas, correrías, ha- añas pudiéramos decir, cuando más triste, más tene- roso parecía presentarse el porvenir de la causa spañola.

# CAPÍTULO IV

## TERCERA CAMPAÑA DE PORTUGAL

### Ciudad Rodrigo y Busaco

**Líneas de invasión en Portugal.—Ejército francés.—Su general en jefe.—Fortificaciones de Ciudad Rodrigo.—La guarnición.—El gobernador.—Se presentan los franceses.—Parlamento.—Preparativos para el sitio.—Conducta de Wellington.—Llega Massena.—Salida de la guarnición.—Primera paralela.—Entusiasmo en la plaza.—Las baterías de sitio.—Estratagema de los franceses.—El ejército inglés de socorro.—D. Julián Sánchez abandona la plaza.—Ataque al convento de Santa Cruz.—Se rompe el fuego sobre la plaza.—Ataque al arrabal de San Francisco.—Otra intimación.—Los franceses cambian de plan.—Insistencia de Wellington en el suyo.—Ocupación del arrabal de San Francisco.—Segunda paralela y batería de brecha.—Nueva salida.—Situación de la plaza.—Los franceses avanzan sus obras.—La brecha.—Consejo de guerra.—Capitulación de Ciudad Rodrigo.—Conducta de los defensores.—Juicios sobre la de Wellington.—Preparativos para el sitio de Almeida.—Fuerte de la Concepción.—Acción del Coa.—Sitio de Almeida.—Salida de la guarnición.—Las fortificaciones.—Primeros trabajos.—Se rompe el fuego.—Capitulación de Almeida.—Conducta del gobierno portugués.—Opiniones de Wellington.—Situación del ejército aliado.—La del francés.—Representaciones de Massena.—Penetra en Portugal.—Medidas tomadas por Wellington.—Su posición en Busaco.—Formación de los aliados.—La de los franceses.—La batalla.—Ataque de la izquierda.—El de la derecha.—Bajas.—Cambio de plan.—Se retiran los aliados á Coimbra.—Abandonan la ciudad.—La entran los franceses.—Término de la primera parte de la campaña.—Reflexiones sobre ella.**

**Líneas de invasión en Portugal.**

Vamos á emprender la narración de la que, sin hipérbole, pudiera titularse *la campaña magistral de la guerra de la Independencia*. Y la calificamos así, más por las enseñanzas que encierra que por los resultados que produjo, aun siendo éstos muy importantes en sus pri-

meras operaciones, y hasta decisivos para el éxito de aquella lucha en las posteriores á que dió lugar por todos los ámbitos de la Península. Poca fué, al parecer de muchos, la participación que tuvo en ella España; sus procedimientos militares correspondieron en primer término al ejército inglés ó, dicho con más propiedad, anglo-portugués, aunque la causa principal de su feliz resultado haya de reconocerse en la conducta del pueblo lusitano. Sin esa conducta habríanse esterilizado los esfuerzos de las armas británicas, cuyo jefe, para hacerlos eficaces, no vaciló en el uso de los medios, ya que los más útiles iban á tener su fuente en el patriotismo de ese mismo pueblo sobre el que irían á pesar los sacrificios sin cuento que se le exigieron.

España podía contribuir á tan magnífico espectáculo con fuerzas que, aun pareciendo, repetimos, por lo menos indirectas, lo completarían; y lo hizo, según veremos, iniciándolo con una hazaña que sólo Zaragoza y Gerona pueden vanagloriarse de haberla superado en aquella guerra. Porque sería injusto negar á Ciudad Rodrigo el que desempeñara entonces el oficio de así como coraza de los ejércitos aliados, en que fué á despuntarse la espada del *Hijo mimado de la Victoria* al acometerlos, lo mismo que la parte que con los portugueses tomó también en privarle de los recursos que más necesarios le eran para llevar á cabo la grande empresa, que se le había encomendado, de arrojar al Océano á los más poderosos enemigos del imperio napoleónico.

El nombre de Ciudad Rodrigo y la noticia de su célebre asedio en esta ocasión, provocan un estudio que, si no es nuevo en la presente historia, tampoco

recibido el desarrollo que merece, aun tratándose de una campaña cuyo teatro en general fué el territorio portugués. Al describir la invasión de los ejércitos, entonces aliados, de España y Francia, dijimos que el general Junot había seguido el camino peor para su objeto, llevado Napoleón de las falsas ideas que le habían inspirado la inspección del mapa y la absurda de *que por donde pasaba un hombre podía transitar un ejército*. Nada expusimos sobre este particular al meterse el mariscal Soult en Portugal en 1809, por haber obedecido, al hacerlo desde Galicia, á circunstancias especiales, á la particularísima, sobre todo, de su estancia en aquella provincia al perseguir á los ingleses de John Moore hasta obligarlos á embarcarse en la Coruña después de la batalla, por ellos ganada á las puertas de aquella plaza. Mas ahora que nos hallamos abocados á la ocasión más solemne de cuantas se han ofrecido últimamente para el examen práctico de un problema que, planteado por tantos, sigue siendo objeto de estudio detenido para los que buscan su resolución en cada caso que se presenta, geográfica ó militarmente considerado, vamos á dar nuestro dictamen, no sólo para el presente, sino para los no pocos que recuerda la historia de las anteriores invasiones de Portugal, todas en alto grado instructivas.

Varias son las que suelen llamarse líneas de invasión en el vecino reino, más frecuentadas unas que otras según las miras del invasor y según el objetivo á que la acción debía dirigirse. De todas, sin embargo, dos son las que ofrecen paso á una irrupción de carácter general, esto es, que se encamine á la conquista de Lisboa, que es tanto como decir al dominio y ocupación mili-

tar de toda la monarquía portuguesa en nuestra Península. El más conocido, por haberlo autorizado la historia con una de las hazañas más ruidosas y útiles de las armas españolas, es el camino que, partiendo de nuestra plaza de Badajoz, conduce á Lisboa por Elvas y Estremoz, donde pueden tomarse, como más recomienden las circunstancias de la campaña, los de Abrantes, Santarén ó Aldea Gallega para cruzar el Tajo, condición por cualquiera de ellos ineludible. El gran Duque de Alba siguió ese rumbo en 1580, pero contando con la cooperación de la escuadra de D. Alvaro de Bazán, que le transportó con todo el ejército desde Setúbal á la derecha de aquel río, para, ganada la magistral batalla de Alcántara, establecer el dominio de España en Portugal, aunque, desgraciadamente, por sólo el espacio de 60 años.

La línea, muy conocida también y superior á la precedente en condiciones ofensivas, la de Ciudad Rodrigo por las márgenes del Mondego hasta Coimbra, y por la costa después hasta la capital lusitana, ofrece, repetimos, ventajas que á ninguna otra le es dado disputarle. No se necesita por ella atravesar río tan caudaloso como el Tajo, y recorre terrenos propios para el manejo de los ejércitos invasores con todas sus armas y todo género, también, de elementos auxiliares, de los que siempre deben acompañarlos en las guerras modernas. El triste ejemplo de Aljubarrota no debe influir para el abandono de tal camino; que fueran muy otras las causas de aquel desastre, locales y técnicas, de las que pueden mover á la elección de caminos por donde herir más ejecutiva y decisivamente á la nacionalidad portuguesa, ya que no debamos ahora negarla ese carácter que

la geografía, la etnología y la historia se resisten á reconocerle.

Se ve que Napoleón, aleccionado con la jornada de Junot en 1807, se dedicó á estudiar mejor la topografía de Portugal y, con la historia también en la mano, se decidió por una dirección que, además, le proporcionaría atender con recursos de más rápido envío al sostenimiento y refuerzo del ejército, ya que era esa vía como continuación de la recta, expedita y usual de Francia hasta Salamanca y la frontera del Agueda y del Turones, su más notable afluente. Desde ella se determinaría el camino propio para emprender la invasión con más ventajas, el de la derecha ó el de la izquierda del Mondego, que por las dos lo hay; pero la operación de que no se podía prescindir, cualquiera que hubiera de ser el elegido, era la de la conquista de la plaza española de Ciudad Rodrigo y seguidamente la de la portuguesa de Almeida, centinelas que parecen vigilarse una á otra desde los lados opuestos de la frontera, aliadas, sin embargo, en aquella ocasión para defenderse y auxiliarse mutuamente.

La primera que debía oponerse á la marcha de los futuros invasores de Portugal era la española, y ambos ejércitos beligerantes, el francés y el aliado, se prepararon á la expugnación ó defensa, según su caso, de la plaza de Ciudad Rodrigo.

Ejército francés.

Componíase el francés, según el decreto expedido por Napoleón el 17 de abril de aquel año de 1810, quince días precisamente después de su casamiento con la archiduquesa María Luisa, de tres cuerpos de ejército; el 2.°, mandado por el general Reynier, el 6.° de que volvió á hacerse cargo el mariscal Ney; y el 8.°

puesto á las órdenes del ya duque de Abrantes, aquel general Junot tan deslucido en sus varias jornadas por la Península, pero siempre hallando protección en la familia Bonaparte. Añádanse una gran división de caballería, regida por el bravo é inteligente general Montbrún, y una artillería numerosa, tanto divisionaria como de reserva, y se podrá formar idea de tal masa de fuerzas como era la activa destinada á la conquista de Portugal en 1810. Esa fuerza, que se acercaba mucho á la de 70.000 hombres de todas armas, no era, sin embargo, la total puesta á las órdenes del que iba á ser su general en jefe; porque lo estarían además 13.000 hombres que ocupaban las provincias de Asturias y Santander, unos 4.000 del gobierno de Valladolid, 8.000 de la división Seras maniobrando entre Zamora y Benavente, 9.000 con que el general Drouet estaba organizando el 9.° Cuerpo de ejército y que entraron más tarde, en agosto, reemplazados en Bayona por una fuerte reserva mandada por el general Caffarelli. En suma, eran 110.000 próximamente, repartidos por el vasto territorio que ya constituía la gran región N. O. de la Península, independiente, según ya dijimos, de la mal llamada autoridad del Intruso.

**Su general en jefe.**

Debía mandar el ejército uno de los mariscales de mayor prestigio, en opinión, por supuesto, del Emperador, vacilante entre elegir á Ney, como conocedor de la guerra de España, ó á Massena, que acababa de añadir la de Wagram á la brillante aureola de sus triunfos en Italia y Suiza, el general, en fin, ya conocido por el título, más esplendoroso aún, de *L'enfant gaté de la Victoire*. Napoleón estaba por el vencedor de Zurich, quien, de su parte, repugnaba el mando de un

ejército en que iban á servir á sus órdenes el duque de Elchingen, hombre lleno de celos y de carácter el más difícil, como se había podido observar y ya manifestamos en la campaña anterior de Galicia y Talavera, y el duque de Abrantes, con las pretensiones y la susceptibilidad de quien de tanto favor, repetimos, gozaba en la corte imperial. El mismo Massena había procurado eludir tal compromiso, disculpándose con lo avanzado de su edad y la falta de salud que le impedirían desplegar sus dotes antiguas; pero Napoleón logró superar su resistencia, haciéndole ver que nadie como él allanaría los obstáculos que podrían oponerse á tan difícil y arriesgada empresa (1).

Massena, si no en los argumentos expuestos al Emperador, tenía razón en cuanto á sus previsiones respecto al mando de unas tropas á quienes, aun cuando con carácter de subalternos, iban también á regir los dos generales ya citados puestos á sus órdenes; y el día de las circunstancias difíciles que Napoleón le anunciaba, se las harían sentir, el primero, principalmente, de ellos, de una manera tan brillante como mortificadora. «Fué, pues, una grave falta, dicen los autores de «Victorias, conquistas, etc.», la de poner dos jefes de la misma graduación á la cabeza del ejército de Portugal,

(1) El general Koch denuncia en sus *Memorias de Massena* el resultado de la entrevista del Mariscal con el Emperador. «¿A quién, le dijo éste, puedo yo enviar á Portugal para restablecer mis asuntos allí, tan comprometidos por la torpeza, sino al que ha sabido siempre repararlos? ¿No sois ya el hombre de las circunstancias difíciles y de los casos desesperados? ¿Y, por otra parte, iriáis á abandonarme cuando sólo vos podéis sacarme de este apuro? ¿Puedo así dejar París? ¡Os envío á Portugal á hacer mis veces y lo rehusáis con pretextos fútiles é imaginarios!»

rompiendo así *la unidad del mando*. Aquellos dos ilustres guerreros fueron constantemente de opinión opuesta, y el mariscal Ney se negó casi siempre á obedecer las órdenes del general en jefe (1)».

En esa falta hay que reconocer, efectivamente, una de las más eficientes causas del fracaso de aquella expedición que, puede decirse, determinó la decadencia de las armas francesas en la Península y anunció para un plazo relativamente corto la ruina de las combinaciones napoléonicas sobre ella. El ejército recibió el nombre de *ejército de Portugal,* para que no pudiera dudarse de su destino, que tampoco se ocultó á sus enemigos que se apercibieron á la defensa; los españoles, guarneciendo la plaza más inmediatamente amenazada al inaugurarse la campaña, y los anglo-portugueses, ocupando las posiciones de donde pudieran observar y cubrir la próxima de Almeida, aunque, como luego veremos, sin comprometer acción de socorro aún y, menos, otra cualquiera ofensiva que pusiera en riesgo la defensa de Lisboa, su último reducto. En él cifraban los ingleses la esperanza de mantenerse en la Península, único teatro ya de sus operaciones militares contra Napoleón, puesto que habían fracasado, y tan desastrosamente, en su empresa de la isla de Valckeren. Los preparativos hechos en el promontorio en que asienta aquella capital, ignorados por Massena, aunque su noti-

(1) El comandante Baron Fririón al publicar el *Journal historique de la Campagne de Portugal*, sacado de los trabajos de su padre, jefe de E. M. de Massena, dice en su *Introducción:* «Sus órdenes (las de Massena) eran con frecuencia desoídas, sus planes criticados y mal ejecutados, y tuvo la pena de ver á uno de sus compañeros de armas, sobre el que tenía la autoridad del mando y la prioridad de la gloria, olvidar todo, hasta negarse á obedecerle...»

cia hubiera llegado, siquier vaga y misteriosamente, á oídos de los franceses que combatían de tiempo atrás en España, eran para inspirar al general en jefe británico esa esperanza, como había sucedido á sus antecesores en la defensa de Portugal desde 1808, en que fueron iniciadas las formidables líneas que luego veremos completadas y defendidas por Lord Wellington.

El primer obstáculo que el ejército francés iba á encontrar al emprender su grandiosa jornada, ya lo hemos dicho, era la plaza de Ciudad Rodrigo; y su primera operación se dirigiría naturalmente á salvarlo cuanto antes con su conquista, que supuso también no sería de las que fueran á detenerle mucho tiempo ni á costarle sacrificios extraordinarios.

**Fortificaciones de Ciudad Rodrigo.**

La plaza de Ciudad Rodrigo no era, con efecto, de las que pudieran ofrecer á los cálculos de los militares más entendidos en el arte polémica una resistencia suficiente para burlarlos, aun contando con las que España acababa de recordarles en Zaragoza y Gerona. Aquella fortaleza tiene su asiento, como la ciudad que la da su nombre, en una eminencia cuyos escarpes meridionales, tan pendientes como abruptos, lamen las aguas del Agueda. En los demás lados son las inclinaciones más suaves y hacia un terreno bajo, cubierto del gran arrabal de San Francisco y de varios edificios y casas de campo esparcidas por él hasta las orillas del río, agua arriba y agua abajo del único puente que comunica la ciudad con la margen izquierda y con otro barrio ó arrabal llamado de Santa Marina. Las defensas de Ciudad Rodrigo consistían en unaantigua muralla sin baluarte alguno, flanqueada de torres construídas, como todo el recinto, en la Edad Media, y sin

otro reducto interior que un castillejo completamente inservible entonces, y más para tal ocasión. Ese muro estaba precedido de una falsabraga, única obra moderna, extensa línea de redientes con un mal foso, desprovisto de camino cubierto, sin revestimientos ni nada que pudiera dificultar su paso, y dominada por el Teso de San Francisco y otra pequeña altura, la del Calvario, más inmediata aún. Estas, no sólo descubrían la falsabraga, sino la muralla misma, de manera que era imposible cubrir sus fuegos de los del enemigo, una vez situado fuertemente en aquellas posiciones, verdadero padrastro de la plaza, reduciéndola á un rango muy inferior en los sistemas de la defensa militar.

Las embestidas que había rechazado en los primeros meses del año y de que hemos dado cuenta en capítulos anteriores habían provocado, como era de suponer, la idea de restaurar en lo posible las obras, no poco deterioradas, de la plaza, y aumentar sus defensas cuanto aconsejaran circunstancias tan difíciles y dieran de sí las localidades más próximas y los edificios de que se hallaban éstas salpicadas. Así es que, y á pesar de la escasez de recursos con que podía contar su gobernador, se emprendieron trabajos que, no por parecer al pronto de poca consideración tratándose de resistir el ataque que ya se preveía, dejaron de servir y mucho para proporcionar á la guarnición medios con que prolongar una defensa que ha eternizado su gloriosa memoria. El arrabal de San Francisco fué puesto á cubierto de un ataque brusco á favor de un ligero recinto, apoyado, en su centro, por el convento de Santa Clara, en su extrema derecha, por el de Santo Domingo y en la izquierda por el de San Francisco, tres como reduc-

tos representando para aquel extenso barrio lo que él para toda la parte oriental de la plaza. Queríase poner la línea fortificada del arrabal en comunicación con el Teso de San Francisco, y cuando se vió esto difícil por falta de tiempo y de recursos, se ideó hacerlo con el tesillo del Calvario; pero tampoco pudo realizarse tan útil pensamiento por haberse presentado antes los franceses. Aun así no se pudo perfeccionar la línea, reduciéndose las obras á la del parapeto y foso medianamente acabados, á la construcción de algunas barricadas en las calles y de apostaderos que impidiesen el acceso inmediato á los conventos que, esos sí, fueron perfectamente aspillerados. De las puertas de la ciudad, la llamada del Conde, única existente en el frente septentrional, tenía delante y en posición sumamente perjudicial para su defensa otro convento, el de la Trinidad, que fué necesario demoler, con cuyos materiales se construyó el rebellín de San Andrés, uno de los dos que se añadieron á la falsabraga, y se rellenaron huecos del terreno ocultos en aquel mismo frente al fuego de la plaza. Se compusieron banquetas en los dos recintos, el antiguo y el moderno; hízose gran acopio de tierras en cuantos puntos se creyó necesario; se establecieron cuerpos de guardia; abriéronse pozos de lobo en unos sitios y cortaduras en otros, y se recorrieron los ya fuertes escarpados que caen sobre el río hasta dejarlos inaccesibles. Se pidieron además á Lisboa bombas de incendio que nuestro ministro, el celosísimo Sr. Pérez de Castro, envió oportunamente; se cubrieron varios puestos, y entre ellos la bóveda de la torre de la Catedral, de materiales que resistieran á las bombas y demás proyectiles del sitiador, y se hizo gran provisión de ellos en

las baterías dònde llegaron á montarse sobre 100 piezas de artillería de todos calibres (1).

**La guarnición.** Constaba la guarnición de 5.879 hombres, de los que 340 eran de caballería, de la célebre guerrilla de D. Julián Sánchez, 390 artilleros, casi todos reclutas apresuradamente instruídos, 60 zapadores y 23 inválidos. No eran veteranos más soldados y oficiales que los regimientos de Mallorca y Provincial de Segovia; los de los del batallón de Avila no habían logrado uniformarse hasta pocos días antes, y los demás pertenecían á cuerpos de Urbanos acabados de organizar, y de Voluntarios de Ciudad Rodrigo que se andaban creando desde el año anterior (2).

La primera y más urgente necesidad era la de los víveres; y aunque los depósitos, previsoramente formados por el gobernador, habían tenido mormas considerables por atenciones del ejército de la Izquierda, y las que exigió el desastre de Alba de Tormes, todavía se procuraron bastantes, ya con los enviados por el marqués de la Romana, ya con los procedentes de la provincia y sobre todo de Portugal. La Regencia, por su lado, remitió hasta dos millones de reales, y el vecindario de la ciudad hizo algunos préstamos, además de proveerse de cuantos recursos logró reunir en sus casas para no privar á la guarnición de los imprescindibles si había de mantener la defensa el tiempo mayor posible.

**El gobernador.** Seguía gobernando la plaza D. Andrés Pérez de

---

(1) Véase el plano formado por el Depósito de la Guerra para su Atlas de la Independencia.

(2) Véase en el apéndice núm. 14 el estado de fuerza que Herrasti estampa en su *Relación histórica* de aquel sitio.

Herrasti, el mismo de quien dijimos en el capítulo II había rechazado tan enérgicamente las intimaciones de Ney en febrero y obligádole á retirarse con el cuerpo de ejército de su mando, á cuya cabeza volvía ahora para ya ejecutar las amenazas que en vano había antes proferido. El éxito de la jornada anterior, dando nuevos alientos á la guarnición; la esperanza de un apoyo tan eficaz como el del ejército inglés, cuya vanguardia se hallaba cerca; pero, más que todo eso, su propio espíritu y el de la emulación que en él había necesariamente de provocar el ejemplo de Alvarez, su compañero de armas desde el principio de su carrera, hacían esperar de Herrasti otro, si no igual, por ser diferentes las condiciones de una y otra plaza, las del Ter y el Agueda, digno siempre de militar tan distinguido y de la nación que allí representaba. En todo el tiempo que la retirada de Ney le dejó libre no se había permitido ni un momento de distracción, ocupado siempre en la tarea de allegar recursos y organizarlos para resistir el huracán que bien veía le amenazaba, según iba observando los preparativos que sus enemigos andaban haciendo en Salamanca, punto á la sazón de las concentraciones del grande ejército presupuesto por Napoleón para su proyectada empresa sobre Portugal. En los suyos andaba también Herrasti, cuando el 25 de abril por la tarde supo que aparecían los franceses á la vista por el camino de Valdecarros en número y con todas las apariencias de establecer el cerco y el sitio, después, de la plaza confiada á su lealtad.

**Se presentan los franceses.**

Allí, con efecto, se presentó el duque de Elchingen; con el ansia de vengar la reciente afrenta; y sin esperar la llegada del tren de sitio preparado en Salamanca y

sin fuerza bastante para impedir las comunicaciones de Ciudad Rodrigo con Portugal, se establecía en Pedro de Toro sobre la derecha de una línea que en el ala opuesta llegaba á Valdecarros. Destacó además al general Mermet para que con dos de sus brigadas se pusiera frente á la plaza, mientras otras fuerzas se dirigieron á ocupar en el Agueda los pasos que desde Almeida y Gallegos vigilaba el general Crawfurd con la vanguardia del ejército inglés.

La impaciencia de Ney le proporcionó escarmientos, si no lo eficaces de los de febrero, ya que su movimiento obedecía al plan general de la invasión del reino lusitano é iba apoyado por la masa de fuerzas teunidas á su retaguardia, bastante importantes para despertar en la plaza un entusiasmo que no llegó á enfriarse nunca; tan gloriosos fueron para sus defensores. El comandante Belmás deja pasar como desatendidos los primeros hasta el 12 de mayo, diez y seis días después de haberse presentado sus compatriotas al frente de la plaza; pero es lo cierto que el 30 de abril se había batido con ellas D. Julián Sánchez, cargando á los dragones enemigos y causándoles no pocas bajas, y que al día siguiente los nuestros entablaron con las avanzadas francesas, que protegían la construcción de algunas barracas, una escaramuza que, encendiéndose por momentos según llegaban refuerzos á unos y otros, y haciendo uso los sitiados de dos morteros ligeros que habían llevado en carros «se formó, como dijo Hèrrasti, una acción de las más brillantes que pueden verse, y en todos los movimientos que hicieron los enemigos se conoció el desorden y confusión que les había causado tan bien combinado é impetuoso ataque». Las bajas

fueron considerables en las filas francesas, y tal entusiasmo produjo en las nuestras su pequeña victoria, que no pasó desde aquél un sólo día en que no se verificara alguna salida contra las descubiertas del sitiador.

Parlamento.

El 12 de mayo fué el día en que el general Mermet dirigió á Herrasti una comunicación ofreciéndole proposiciones, en su concepto ventajosas, para la entrega de la plaza, pues se conservaría á los oficiales sus empleos militares ó la facultad de retirarse, lo mismo que á la tropa, á sus casas, y la consideración á las autoridades y á los habitantes de la ciudad. Y después de pintarle el estado lastimero de España, sometida en su casi totalidad, y la fortuna que podría alcanzar bajo el cetro del Rey José, le aconsejaba pasara él mismo á su servicio, seguro de que sería tratado *con todos los miramientos y respetos debidos á sus servicios y á su mérito personal.*

Herrasti, sin acabar de leer la larga epístola de Mermet, hizo decir al oficial francés que la había llevado «que se abstuviesen de hacer más intimaciones, pues la respuesta del gobernador estaba ya dada para siempre, y era invariable; y que, en lo sucesivo, no se recibirían más parlamentarios, pues no teníamos que tratar sino á balazos».

Preparativos para el sitio.

Si durante aquel mes tuvieron lugar nuevas refriegas entre las avanzadas de uno y otro campo, la mayor parte de él transcurrió ocupándose, los franceses en establecer su línea y acopiar efectos de sitio que les llegaban de Salamanca con gran retraso por el mal estado de los caminos en aquella estación, siempre lluviosa, y los sitiados en perfeccionar sus obras del

arrabal de San Francisco, del baluarte de San Andrés y del interior de la plaza (1). Y como al mismo tiempo llegaban tropas y más tropas de las del 6.° cuerpo francés, encargado del sitio, y del 2.° que también se iba concentrando más que para apoyarlo, á fin de estar dispuesto, al caer aquella plaza, á proseguir la campaña ideada contra Portugal, fueron ocupados los pasos del Agueda, que vigilaba la división Crawfurd, y se echaron puentes en la proximidad de Ciudad Rodrigo, con el objeto de incomunicarla de los ingleses, cuyo núcleo se hallaba desde el 27 de abril situado con su cuartel general en Celórico. La intención que parecía informar esa situación de lord Wellington era la de animar á los sitiados y, según se manifiesta repetidamente en los despachos del ilustre general británico, la de socorrerla y aun compeler á los franceses á levantar el sitio cuando llegaran á ponérselo. El país se

Conducta de Welligton.

(1) Visitábala con alguna frecuencia el general Crafwurd, y en un reconocimiento que hizo el 17 de mayo, escoltado por D. Julián Sánchez y 60 de sus partidarios, se vió de pronto acometido por gruesos destacamentos de caballería, alguno de los cuales intentaba cortarle la retirada al apoyo de más de 200 infantes que salieron inmediatamente de un puesto próximo. Prudente el inglés, quería retroceder; pero el guerrillero, tranquilizándole, volvió caras á los franceses y los cargó con tal furia al toque de degüello, que hubieron ellos de entregarse á la fuga más desordenada y dejando en tierra sobre 50 dragones y algunos de sus jefes y oficiales que habían intentado resistirle. Reforzados los enemigos se rehicieron y volvieron á atacar; siendo, por fin, rechazados de nuevo por el certero fuego de la artillería de la plaza y las descargas de 300 infantes que el gobernador mandó salir en ayuda de D. Julián. La admiración de Crawfurd ante la hazaña del célebre guerrillero fué grande; y comunicada á sus camaradas del ejército aliado, atrajo á nuestro compatriota las simpatías de todos, y particularmente la de lord Wellington, que desde entonces se propuso utilizar tan brillantes cualidades de valor y habilidad militar como las reveladas por nuestro impertérrito paisano.

mostraba convencido de ello, y los defensores de Ciudad Rodrigo tenían una esperanza bien legítima, mejor todavía, el derecho de creerlo así cuando se preparaban á dar nuevo ejemplo de una abnegación patriótica, si no extraordinaria en España y menos en aquella guerra, digna siempre de los sacrificios que pudiera exigir su liberación. Y así lo manifestaba Wellington, pues tanto el despacho de 7 de mayo como el de 6 de junio á Herrasti señalan el propósito de socorrer la plaza, llegando en el primero á indicar lo favorable de la situación del ejército de su mando para lograrlo en aquellos días; aunque protestando, como siempre, de no ser sola esa la misión que le estaba confiada (1).

La prudencia, harto conocida ya, de lord Wellington no le consentía ofrecer en eso ni en nada seguridades respecto á sus proyectos; y si dejaba de cuando en cuando y en ocasiones solemnes conocer sus sentimien-

---

(1) «Mucho me complacería el poder auxiliar á V. E. y á Ciudad Rodrigo; y el ejército aliado de mi mando está al presente en situación de poderse mover en ayuda de esa plaza si las circunstancias me permitieran verificarlo. V. E., sin embargo, debe saber que la protección de esa plaza no es el solo objeto que se me ha encomendado, y que necesito valerme de cuantos medios pueda disponer con la prudencia y la circunspección que exige el estado de los asuntos actuales».

Eso dice Wellington en la primera de aquellas cartas; que en la del 6 de junio, añade lo siguiente: «El ejército de mi mando está anhelante por avanzar en vuestro socorro si yo encontrara medio de conseguirlo. No me decido, empero, á hacerlo mientras no vea si adelantando el enemigo todas sus fuerzas, se hace posible el movimiento que yo emprenda en vuestro favor».

«Os aseguro que me intereso sinceramente por la suerte de Ciudad Rodrigo, no sólo en obsequio de V. E., la guarnición y los habitantes, sino por un sentimiento fortísimo de la importancia de la liberación de esa plaza para la causa general; y espero creeréis que si no me encuentro capaz de salvaros, se deberá á la superior fuerza del enemigo y á la necesidad de atender yo á otros objetos importantes».

tos, era, mejor que para descubrirlos, para que le sirviesen como de instrumento agudo, estimulante, en los que él consideraba agentes eficaces de sus bien meditados y egoístas cálculos. Necesitaba que Ciudad Rodrigo resistiera mucho tiempo á fin de tenerlo él para reunir sus fuerzas y organizar la defensa de Portugal, su misión principal, ya lo hemos dicho, la única según lo proclama en sus despachos á los generales y al gobierno de España, y con ese objeto prometía su ayuda al gobernador y á la guarnición de aquella plaza que, viéndole tan cerca y con golpe tan poderoso de tropas, confiarían en él para cuando se hallaran más apurados y en peligro ya de perecer.

Un escritor portugués, Da Luz Soriano, ha disertado largamente sobre las intenciones y los planes del general británico; deduciendo de sus estudios sobre aquella guerra y más en la ocasión á que nos estamos abocando, la de la invasión de Portugal por Massena, que no eran la causa española ni la portuguesa las que tenía que servir con preferencia, sino otra más general, de superior alcance, la de todos los paises y gobiernos de Europa aliados para derrotar el imperio napoleónico. Y como para justificar su opinión, copia en su obra el despacho dirigido por Wellington al conde de Liverpool el 27 de junio, que vamos á reproducir porque confirma también las que nosotros acabamos de indicar. «Es evidente, dice, la imposibilidad en que me hallo de socorrer á Ciudad Rodrigo y mucho menos hacer levantar el sitio que la tienen puesto los franceses sin una acción general contra fuerzas que, debo creerlo, y no por oídas sino por cartas y respuestas interceptadas, son infinitamente superiores en número á

cuantas puedo yo oponerle. Por grande que sea el deseo y fuerte el interés de salvar esta plaza, no puedo concebir que en las miras y los intereses de los aliados quepa el preferir ese empeño en que corro el riesgo de una derrota al acometerlo con tales circunstancias; y *aunque he animado al gobernador á perseverar en la defensa y le estimularé todavía á continuarla manteniendo mis posiciones en la inmediación todo el tiempo que pueda para obligar al enemigo á tener reunida su fuerza para el ataque,* he manifestado repetida é invariablemente al gobernador que las medidas que yo adopte cuando Ciudad Rodrigo esté para caer, dependerán necesariamente de miras más vastas y sobre intereses de los aliados, superiores al de la liberación, siquier importante, de esa plaza» (1).

La parte, pues, que se refiere á la conducta del Lord para con España está revelada por él mismo con la elocuencia fría del egoísmo inglés y, particularmente, del propio suyo. Antes que exponerse al trance de una batalla dudosa, creía deber sacrificar cuanto más pudiera interesar á la suerte de una Nación que tantos sacrificios estaba haciendo, si en favor de su independencia, por la causa general también de que la Inglaterra sería la más favorecida el día del triunfo.

Pero es el caso que, de haber operado Wellington más previsoramente y con mayor actividad ó energía, hubiera logrado para España la salvación de Ciudad Rodrigo, y para él los laureles de un triunfo tan

(1) Da Luz Soriano pone en vez de Ciudad Rodrigo, Almeida, sin duda porque cuadra mejor á su propósito, sin calcular que el 27 de junio no se había puesto tal sitio á la plaza portuguesa y sólo sí á la española.

glorioso como seguro y regularmente fácil. Porque para las fechas en que escribía á Herrasti animándole con sus despachos y la aproximación de sus tropas á Ciudad Rodrigo, Lord Wellington tenía á la mano fuerza más que suficiente para haber obligado á Ney á levantar el sitio de aquella plaza.

Ya hemos dicho que el 6.° Cuerpo de ejército, del mando del duque de Elchingen, constaba de 27.712 hombres, comprendidos los artilleros é ingenieros, ocupados durante la primera quincena de junio, á que en éste caso debemos referirnos, en el sitio de Ciudad Rodrigo, y en impedir las comunicaciones de la guarnición y el paso del Agueda por los ingleses hasta distancias muy considerables de la plaza. Tan lejos estaba aún el 2.° Cuerpo, acantonado hasta entonces en Extremadura y á las manos todos los días con Ballesteros y La Romana, que, muy entrado julio, tenía su jefe, Reynier, el cuartel general en Plasencia, haciendo pasar la artillería el 14 por el puente de Almaraz.

El cuerpo más próximo era el 8.°, de Junot; y la división Clausel ocupaba á Ledesma, la de Lagrange permanecía en Salamanca con algunos batallones en el puerto de Baños, y la de Solignac seguía en Zamora y Toro, más atenta que al sitio de Ciudad Rodrigo, á despejar de guerrilleros los pueblos inmediatos. De ser acometido el 6.° cuerpo por el ejército anglo-portugués, corría el peligro de no poderse concentrar inmediatamente, de no ser socorrido á tiempo por las tropas del 8.°, muy separadas de él y por caminos inundados por los temporales de la estación, y de, si se apartaba de la plaza para combatir, encontrarse con la guarnición sobre cualquiera de los flancos de su

línea de batalla, según donde la quisiera formar (1).

El ejército anglo-portugués se componía de 23.400 ingleses y un número de portugueses que, según veremos detalladamente luego, no bajaría en junio de 18 á 20.000; y fuera de la división Hill, que andaba espiando á Reynier y seguía sus movimientos paralelamente por la frontera, las demás se hallaban en Vizeu, Guarda, Pinhel y Celórico, esto es, en disposición de reunirse el día que quisiera su general en jefe, situado en la última de aquellas poblaciones y muy luego en Alverca con su división ligera ó vanguardia en la margen misma del Agueda. ¿Qué ocasión mejor para haber materialmente aplastado al Cuerpo de ejército de Ney? El golpe hubiera sido contundente, y si Massena lo podía reparar con los poderosos medios que el Emperador le había facilitado, el efecto moral, por el pronto, hubiera sido grande y el espíritu de los aliados se habría elevado á gran altura. El honor, sobre todo, del general británico quedaría bien puesto y hubiérase restablecido por completo el prestigio suyo, y más aún la confianza que inspiraba su presencia en el teatro de la lucha, con tanta abnegación sostenida por sus aliados españoles y portugueses.

Pero bien claro se ve que sus estímulos para que Ciudad Rodrigo resistiera hasta la mayor extremidad,

(1) Escribía Massena á Berthier el 5 de junio: «El sexto cuerpo no es bastante fuerte para hacer al mismo tiempo el sitio y cubrir la plaza. El octavo no puede prestarle apoyo más que con una división, porque tiene que guardar varios puntos esenciales, y porque no es posible adquirir una fanega de trigo sin llevar escoltas considerables. Las bandas de *brigantes* engruesan por todas partes y no cabe duda de que, una vez comenzado el sitio, los cuerpos de la Carrera y de la Romana tratarán de hostilizarnos por nuestras espaldas.»

no tendían á realizar la idea generosa de acudir en su auxilio, sino la egoista, refinadamente cruel, de que se le diera tiempo para reunir más y más fuerzas y conservarlas intactas. No necesitaban esos estímulos Herrasti ni la guarnición de la plaza de su gobierno; que bien probado está que aun allí donde se había perdido toda esperanza de socorro exterior, las españolas se defendían con un heroísmo, si costoso, salvador también de la honra militar de una Nación que los enemigos habían encontrado desarmada al invadirla, además, tan pérfidamente. El 30 de mayo Ciudad Rodrigo, como Gerona en circunstancias parecidas, celebró la festividad de San Fernando con triple salva como en los días más felices de la patria, secundándola las tropas con descargas generales de fusilería, cuyo ruido, como el de las aclamaciones y regocijos populares, llegaría al campo francés con los proyectiles con que se hizo la tercera salva y dispersaron á los que por curiosos se pusieron más cerca de las fortificaciones de la plaza.

**Llega Massena.** Un día después llegó Massena al campo sitiador, que encontró muy atrasado en cuanto á su establecimiento y á los trabajos que en su concepto debieran ya haberse emprendido, á pesar de, en cambio, comprender que no debió acometerse ton pronto el sitio y las dificultades que se oponían á su ejecución. «Os debo decir, escribía á Berthier en la carta ya citada, que creo que el mariscal duque de Elchingen se ha precipitado. Se necesita mucho para que todo vaya bien, y es muy sensible que su Cuerpo de ejército esté ya establecido por entero en las inmediaciones de Ciudad-Rodrigo; es verdad que no se han visto de memoria de hombre lluvias tan copiosas y continuas

en esta estación y sobre todo en España. Tenemos muchos enfermos; el calzado está deshecho y nos faltan recursos para el pienso de los caballos. El verde no es suficiente para los de arrastre que están muy lejos de llegar en el número necesario para un sitio que ofrecerá bastantes dificultades.» Pero si Massena quedó descontento de su conferencia con Ney, no lo quedó menos el fogoso duque de Elchingen. Así se lo manifestó al de Abrantes, de quien solicitó nada menos que su cooperación para un movimiento de avance contra los ingleses, á quienes así esperaba vencer, obteniendo de un sólo golpe la pacificación del país y la gloria de batir á tan odiados enemigos ó la muerte gloriosa de los valientes. Ese acto de temeridad, ó quizas de envidia, quedó sin efecto porque Junot lo resistió, temeroso de cargar con su responsabilidad; y el sitio continuó sin otra variación que la de echar sobre el Agueda dos puentes, por los que no tardaron en trasladarse á la márgen izquierda las divisiones Marchand y Mermet para cerrar el bloqueo de la plaza y cortar á ésta todas sus comunicaciones con el ejército inglés. No tardaron tampoco en reforzar esas divisiones dos brigadas de infantería y una de caballería del 8.° cuerpo, cuyo mando general tomó Junot, mientras que Reynier, que ya hemos visto operaba entre el Tajo y el Guadiana, iba acercándose á su vez á Plasencia, de donde, así aseguraba la comunicación por el puerto de Baños como espiaría los movimientos de Hill por si este trataba de reunirse á la masa central de su ejército para intentar el levantamiento del sitio de Ciudad Rodrigo. Ya quiso Herrasti destruir los puentes haciendo arrojar al río grandes troncos de arboles

**Salida de la guarnición.**

cortados en la orilla, pero que no surtieron efecto alguno por haberse detenido la mayor parte en los recodos á pesar de lo precipitado de la corriente, aumentada en aquellos días por una gruesa y violenta avenida. Fué necesario recurrir á una salida de la guarnición, que el día 6 verificaron 400 infantes, á fin de que, ya que había de renunciarse á la rotura de los puentes, se despejaran de enemigos las inmediaciones, arrojándolos del molino de Barragán, que habían ocupado, y de una alameda que los encubría por aquella parte de los fuegos de la plaza. Todo salió como se deseaba; y en las cuatro horas largas que duró la salida, los franceses no lograron reunir las fuerzas necesarias para rechazarla inmediatamente, ni aun situando, como lo hicieron, en el Teso de San Francisco algunas piezas de campaña, cuyo fuego neutralizó con éxito la artillería del frente opuesto de nuestras fortificaciones (1).

**Primera paralela.** Mas ya para entonces, calmado el temporal, iban llegando al campo francés las piezas de grueso calibre destinadas al sitio. El 8 de junio llegó el primer convoy que las conducía, y el mismo día trazaba Ney con sus comandantes de ingenieros y artillería la primera paralela, que luego se procedió á abrir en el Teso de San Francisco. Para mejor ocultar á los tiradores el momento de la apertura, se ocuparon los principales

---

(1) Belmás dice que sus compatriotas rechazaron á los de la salida, pero que no lograron impedir la tala de los árboles más próximos al recinto ni la destrucción de algunos de sus cobertizos. ¡Pues no faltaba más sino que no hubieran acabado los sitiadores en cuatro horas y media por meter á los sitiados en la plaza! Ni éstos podían ambicionar más de lo que consiguieron.

puntos por donde debía pasar la trinchera y en la noche del 11 al 12 se construyeron varios espaldones y pozos de lobo desde los que hacían sus tiradores un fuego mortifero sobre las avanzadas españolas sin que éstas pudieran contestarlo con resultado. Fué necesario, para contrarrestarlo, formar en lo alto de la torre del convento de San Francisco un puesto de urbanos, tiradores hábiles que, con mosquetes de parapeto, ya que no pudo establecerse allí un cañón, retardaron no poco las obras de la paralela enemiga.

Ya se sabe la marcha de un sitio desde que, provisto el sitiador de los medios necesarios para emprenderlo, comienza sus obras con la regularidad que enseña la ciencia, no interrumpida por un ejército decidido al socorro de los defensores. El 15 de junio tenían los franceses al frente de la plaza un tren de diez piezas de á 24, siete de á 16, doce de á 12, once morteros, ocho obuses y dos pedreros, con 700 tiros para cada una de ellas. Los ingenieros se habían provisto de herramientas en los pueblos de su tránsito á Ciudad Rodrigo y en los depósitos de artillería de Salamanca, y sólo esperaban las ordenes del Mariscal para emprender el trabajo que, una vez dada, comenzó la noche del día acabado de citar en el famoso Teso, padrón entonces de aquella plaza, sustentáculo que será el más robusto de ella cuando se apliquen á su localidad los procedimientos modernos del arte de fortificar. La primera paralela, abierta, hemos dicho, en la cresta del Teso de San Francisco, se extendía por su derecha hasta cerca del río, bajando al llano, cubierto allí de huertas; y por la izquierda, hasta el frente é inmediación del convento que da nombre á la eminen-

cia, con ramales de comunicación á uno y otro lado para proteger la obra y asegurarla de los ataques de los sitiados. No se descuidaron éstos en emprenderlos, causando bastantes bajas á los enemigos; pero uno simulado por los franceses la noche del 14 sobre el recinto opuesto al del verdadero que se intentaba acometer, y el real y efectivo del barrio de Santa Marina en la izquierda del Agueda, distrajeron á la guarnición, á punto de hacérsele imposible el empleo de muchas fuerzas para rechazarlos todos. Los sitiadores pudieron así establecerse fuertemente en su paralela, desaguar algunos de sus más importantes puestos innundados por el temporal; y si bien sólo mantuvieron una actitud amenazadora por la derecha del arrabal de San Francisco, izquierda suya, y hubieron de evacuar el de Santa Marina, dominado de cerca desde los encumbrados muros de la plaza próximos al puente, habían dado el primer paso de todo sitio con el éxito que hacen siempre presumir las reglas del arte acompañadas de la fuerza. En la ciudad reinaba el entusiasmo, el mismo que en las tropas de la guarnición, cuyos cuerpos se disputaban los puestos de mayor peligro, distinguiéndose en aquellos primeros días del sitio el batallón de Avila, si de creación reciente, acreditado muy pronto á las órdenes del teniente coronel D. Antonio Vicente Fernández y el comandante D. Antonio Camargo, y á punto de con aquel cuerpo y los cazadores de los demás formar una sola masa que se encargó de toda la defensa exterior. Herrasti la dispuso de manera que los puntos en que habría de hacerse se apoyaran unos á otros sin descuidar cada uno la misión particular suya, y el primero de los jefes citados, secun-

**Entusiasmo en la plaza.**

dó con tal eficacia las instrucciones del gobernador, que los mismos franceses la reconocieron y elogiaron. «Porque, dice Herrasti en su *Relación,* habiendo los enemigos emprendido en las noches inmediatas varias sorpresas y ataques á nuestros puestos avanzados, fueron siempre vigorosamente recibidos y rechazados por todos; y posteriormente, en la noche del 17 de junio, se portaron con el mayor valor las tropas del expresado regimiento de Avila, que cubrían la avanzada de las huertas de Céspedes, conteniendo con un fuego el más vivo y bien dirigido á una columna enemiga que, apoyada de otra de caballería, vino á atacarles y llegó sobre ellos hasta tiro de pistola, á cuya distancia les dió la primera descarga; pero firmes en sus puestos y llenos de espíritu y confianza, á pesar de su inferioridad, se sostuvieron hasta hacer retroceder de su empeño á los enemigos y obligarlos á retirarse desordenada y precipitadamente, dexando muchos cadáveres y despojos en el campo de la refriega, que á la mañana siguientes se recogieron y traxeron á la plaza (1)».

**Las baterías de sitio.**

El 20, siempre de noche á pesar de ser plenilunio, se había comenzado á construir seis baterías: la número 1 en la extrema derecha, la cual con cuatro obuses debía batir el saliente del recinto que mira al Teso y el convento de Santa Cruz en el exterior, pero fortificado en lo posible; la 2, armada con diez morteros para bombardear la ciudad; la 3, con seis piezas de á

(1) Belmás recuerda este ataque; y, aun cuando le concede poca importancia, reduciendo sus bajas á la de ocho hombres, dice: «Aquella salida, aunque insignificante, hizo sentir la necesidad de prolongar la paralela con un recodo sobre la izquierda; fué, por otra parte, la única á que se resolvió la guarnición durante todo el sitio.» ¿Y la del molino de Barragán?

12 destinadas á arruinar las obras defensivas del frente de ataque, é inmediatamente después, en el orden de derecha á izquierda, la 4, dirigida á abrir brecha en el saliente antes citado, conocido en la plaza con el nombre de Torreón del Rey; la número 5, de nueve piezas de á 24, que, en el centro de la paralela, debía secundar la obra de las dos anteriores y hacerla, más que ninguna otra, eficaz; y la 6, por fin, en la izquierda, de figura de rediente, con fuegos de flanco sobre el frente de la plaza y directos contra el convento de San Francisco. Esta línea de baterías que abrazaba toda la parte del recinto que se pretendía atacar, iba, pues, á comenzar su acción contra los referidos conventos, dos así como baluartes del frente constituído por el saliente septentrional de la plaza y que, aun no teniendo los medios defensivos de tales baluartes, ofrecían sus principales caracteres de flanqueo en todo el campo que el sitiador habría de recorrer para acercarse al recinto. La mayor parte de esas baterías se hallaba en las alturas del Teso; pero aun cuando estaba constituída por más de cuarenta piezas de grueso calibre con que los franceses se proponían abrir brecha en el recinto é incendiar la ciudad que desde allí dominaban, adolecían sus fuegos del defecto de no tenerlos de rebote, tan esenciales para apagar los de la plaza; causando esa circunstancia, al decir de un francés, cronista de aquel sitio, un gran atraso en la marcha y ejecución de las obras de aproche. Y aun cuando pudo suplirse luego ese defecto al llegar un nuevo convoy que conducía muchas otras piezas de artillería, la torpeza característica de los franceses en el arte polémica lo tuvo algún tiempo sin utilizar, supliendo su falta los

ingenieros con nuevas trincheras, precedidas de líneas de pozos de lobo, de donde sus tiradores ofendían bastante á nuestras avanzadas y particularmente á los artilleros de la plaza.

**Estratagema de los franceses.**

En ese tiempo las tropas de la guarnición no permanecieron inactivas, vigilando continuamente á los enemigos y rechazando sus reconocimientos y los pequeños ataques emprendidos para cubrir los trabajos que se practicaban en la paralela y en las baterías de su espalda. Una noche tenían lugar esos asaltos por el lado del arrabal de San Francisco, y otra por el del convento de Santa Cruz, que bien se veía procuraban sorprender, siendo constantemente escarmentados por nuestros cazadores y soldados de Avila. La noche del 20, por ejemplo, una fuerza bastante numerosa de la caballería francesa llegó inadvertida hasta cerca de las avanzadas de Avila, que vigilaban las inmediaciones del convento últimamente citado; y, contestando al ¿quién vive? en buen castellano y anunciándose como *Lanceros de D. Julián,* algunos jinetes de los que la componían rodearon é hirieron al oficial que salió á reconocerla, y se hubieran apoderado del puesto si los de la guardia española, alarmados á tiempo, no hubiesen resistido la carga y rechazádola con grande y feliz energía (1).

**El ejército inglés de socorro.**

¿Qué hacía entretanto el ejército inglés? Su van-

(1) Nada dicen de esto los escritores franceses, ni se mencionó en los partes ni diarios de sus generales; pero es tan cierto, que produjo el uso de una contraseña particular para los lanceros de D. Julián Sánchez en evitación de estratagemas de esa clase, facilitadas por algunos de los traidorzuelos ó afrancesados que acompañaban á los franceses ó militaban en sus filas.

guardia se hallaba á la vista, animando, es verdad, con su presencia á los defensores de Ciudad Rodigo, pero sin intentar siquiera su comunicación con ellos, interrumpida desde el establecimiento de los franceses en la izquierda del Agueda. Esa vanguardia, compuesta de las mejores tropas del ejército, como que habían estado varios años á las órdenes de John Moore, esmeradamente educadas, al decir de uno de sus jefes, en la escuela peculiar de aquel grande hombre, prototipo del valor con el orden y la disciplina, ardía en deseos de asistir con su esfuerzo á los denodados campeones de la plaza. Había sido antes reforzada con 400 húsares alemanes y algunas piezas de artillería á caballo para, según deseaba Crawfurd, habérselas con los destacamentos franceses de todas armas que operaban á su frente. Hasta obtuvo la comunicación con las fuerzas de la Carrera que se establecieron en el puerto de Perales; y, con ellas, las que ocupaban el fuerte de la Concepción sobre el Turones y las divisiones de Cole y Pictón, acantonadas en Guarda y Pinhel á espaldas de Almeida, se había formado un establecimiento militar, un campo, tan hábil para socorrer á Ciudad Rodrigo como para resistir cualquier agresión que, secundando las intenciones de Ney, se aventurase contra el ejército aliado. Almeida debía ser la base de toda operación que tuviera por objeto la defensa de aquella interesante zona fronteriza; y Crawfurd la dirigió tan hábilmente desde aquella plaza y luego, según apremiaban las circunstancias, desde Gallegos, que con muy pocas tropas observaba y cubría los principales pasos del Agueda, tranquilas respecto á su seguridad por lo fácil y expedito de su concentra-

ción en el cuartel general particular suyo, la fortaleza portuguesa acabada de citar. Tan hábilmente, repetimos, había establecido Crawfurd su división ligera y de tal modo adiestrádola para evitar cualquier sorpresa cuando el Agueda fuese vadeable por muchos puntos, que, según dice Napier, «siete minutos bastaban á la división para ponerse sobre las armas á media noche, y un cuarto de hora, de noche ó de día, para situarla en orden de batalla en los puntos de alarma con los bagajes cargados y reunidos á conveniente distancia á retaguardia». «Y eso, añade el historiador inglés, no á señales concertadas ó como por ensayo, sino en todo tiempo y siempre perfectamente». Apretado ya el cerco de Ciudad Rodrigo, la Carrera se unió á Grawfurd en la Puebla de Azaba é Ituero formando con los ingleses de Gallegos, Espeja y Barba de Puerco una línea opuesta á la que los franceses establecieron por encima de Ciudad Rodrigo en Zamarra y la Caridad y, por abajo, en Saelices el Chico, Villar del Rey y San Felices. El paso del Agueda por las divisiones francesas, que cerraron toda comunicación con la plaza, hizo variar también la situación de la vanguardia inglesa; pero sólo para retirar sus avanzadas de la margen del río, vadeable ya por todas partes, concentrándose en Gallegos con el doble fin de seguir dando esperanzas á los sitiados y poder, en su caso, oponer una masa bastante fuerte al enemigo si éste trataba de extenderse hacia la Concepción y Almeida.

Estaba muy lejos de intentar Massena semejante empresa, atento tan sólo, por el pronto, á hacerse dueño de las plazas de Ciudad Rodrigo y Almeida que constituirían su base de operaciones cuando las co-

menzara con la invasión de Portugal (1). Así es que Crawfurd podía mantener sus posiciones de entre el Agueda y el Coa, aun cuando no sin precauciones tan exquisitas como las que hemos dicho había tomado y con la seguridad de verse inmediatamente apoyado por el ejército, cuya vanguardia mandaba. Conseguía lord Wellington, de ese modo, cuanto está visto que deseaba, tener á la guarnición de Ciudad Rodrigo en la creencia de que iba á ser socorrida en el momento más oportuno, con lo que extremaría su defensa, y paralizar las operaciones de los franceses con gran resultado para la mejor disposición de sus anglo-portugueses en la frontera.

**Don Julián Sánchez abandona la plaza.**

Los sitiadores continuaban, efectivamente, inquebrantables en su resistencia; pero, sometidos ya á un bloqueo tan apretado que hacía imposible toda comunicación con el exterior y tan de cerca que inutilizaba la acción que pudiera esperarse de la caballería encerrada en la plaza, pensó Herrasti, y lo aprobó la junta de autoridades reunida al efecto, que sería conveniente saliese de la plaza la guerrilla montada de D. Julián, inútil ya para la defensa y en peligro de caer entera en poder de los franceses que nunca la perdonarían sus hazañas. Y el 22 por la noche, los famosos lanceros, con excepción de unos 30 que tenían enfermos ó inútiles sus caballos, abandonaron la plaza abriéndose

(1) No sólo Thiers, que diserta largamente sobre este tema y considera como muy prudente el plan de Massena, sino la mayor parte de sus compatriotas son de la misma opinión, excepto los entusiastas de Ney. Las instrucciones de Napoleón eran terminantes. En su despacho de 29 de mayo hacía decir á Massena que era necesario emplear el verano en la toma de Ciudad Rodrigo y Almeida, y no operar en forma de expedición sino metódicamente.

paso por las tres líneas de vigilancia que ocupaban los enemigos, quienes fueron sucesivamente arrollados con muerte de muchos de ellos y salvación completa de los que, con su valiente jefe á la cabeza, se presentaban poco después á D. Martín de la Carrera, á cuyas tropas habían recibido la orden de incorporarse (1).

**Ataque al convento de Santa Cruz.**

Los franceses, á su vez, emprendieron el asalto de los reductos que dificultaban su ataque al frente de la plaza que habían tomado por objetivo, los conventos de San Francisco y Santa Cruz, los que no hace mucho dijimos representaban el papel de baluartes en aquel caso. El de Santa Cruz era el que urgía más destruir, siendo, al mismo tiempo, el que ofrecía mayores facilidades por su aislamiento y las condiciones del terreno en que se alzaba; y á él se dirigieron la noche del 23, y después de haberse puesto la luna, 150 granaderos, Thiers dice 300, á las órdenes del capitán François, seguidos de otros muchos cargados de ramaje seco y faginas embreadas con que el capitán de Ingenieros Maltzén, tantas veces citado por nosotros en el sitio de Zaragoza, debía pegar fuego al convento después de echar por tierra las puertas con barriles de pólvora que

---

(1) Belmás es el que da más importancia á este suceso. «Era necesario, dice, para eso, abrirse paso por entre los puestos franceses, lo cual no era fácil; pero Sánchez había observado que el destacamento que vigilaba el camino de Fuente Guinaldo, en la izquierda del Agueda, se cubría mal del lado de la ciudad, del que creía no era de temer ninguna sorpresa por hallarse el río por medio. Y por allí precisamente fué por donde resolvió Sánchez pasar. Durante la noche, y puesto á la cabeza de su corta fuerza, cayó bruscamente sobre el piquete que guardaba el camino y tuvo tiempo de ganar los bosques próximos antes de que aquel piquete montara á caballo y se pusiese en disposición de detenerle». No está mal disfrazada la derrota.

usarían á guisa de petardos unos cuantos zapadores, subordinados suyos. Maltzén hizo saltar la puerta de entrada, penetrando seguidamente en el patio meridional del convento, por donde, volada otra puerta, invadieron los granaderos la iglesia y el piso bajo en medio de una lluvia de balas y granadas de mano que les lanzaban los soldados de Avila al retirarse á los pisos superiores. François fué muerto al asaltar la escalera, sable en mano, con sus granaderos, varios de los cuales cayeron con él por una cortadura que habían practicado los nuestros, cubierta con algunas tablas que se hundieron al paso de los asaltantes. Poco después salía herido su camarada Maltzén para luego fallecer en los hospitales de Salamanca (1). En vano acudió en auxilio de los invasores otro capitán, M. Freussart, que había intentado, aunque infructuosamente, abrir un boquete en la tapia del convento por otro lado; los esfuerzos de todos no dieron otro resultado por aquel día que el de incendiar la iglesia, retirándose los franceses al amanecer perseguidos por el fuego de los defensores, el de la infantería situada en la falsabraga y el de las piezas del recinto que no cesaron durante el combate de azotarlos con su metralla. Las bajas fueron considerables de una y otra parte; muy superiores las de los franceses, aun cuando las quiten importancia sus

(1) He aquí la última carta del barón de Maltzén refiriéndose á este suceso: «El 23 del mes pasado (la escribía el 16 de julio), recibí orden del Mariscal para apoderarme, á la cabeza de 150 granaderos, de un convento situado á tiro de pistola de Ciudad Rodrigo, desde el cual los españoles nos molestaban hacía días. Abandoné la primera paralela á media noche, y llegué á la puerta del convento sin sufrir grandes pérdidas. Así que la hube volado con un saco de pólvora, penetramos en el interior, donde el enemigo nos esperaba atrincherado, ocupando el primer piso».

crónicas que, sin embargo, confiesan su fracaso y que *los españoles se defendieron con un encarnizamiento extraordinario*.

El ataque al barrio y convento de San Francisco se redujo á una demostración encaminada á distraer á los sitiados del principal de Santa Cruz; siendo rechazada también y ocupando á los que la hacían parte del material incendiario que llevaban y abandonaron en su fuga. El del arrabal del puente se limitó de igual modo al incendio de algunas de las casas que lo componían, pero alejándose luego de él para no experimentar los efectos del fuego del recinto que, al ser de día, hubiera escarmentado rudamente á sus autores. La acción resultó, así, sumamente gloriosa para los defensores de Ciudad Rodrigo, entre los que se distinguieron particularmente los voluntarios de Avila, al mando de sus capitanes D. Ildefonso Prieta y D. Angel Castellanos, secundados por otros ocho oficiales subalternos que se condujeron con el valor que ya los distinguía desde los comienzos del sitio. Hasta las obras que, á favor de aquellos ataques, se pusieron á ejecutar los sitiadores

---

«Viendo que nos era imposible alcanzarle á la bayoneta, y el mucho daño que nos causaban sus fuegos, tomé el partido de hacerme dueño de todas las avenidas del convento, y después ponerle fuego. Salió todo á las mil maravillas, pues los españoles perecieron en su mayor parte ahogados ó achicharrados vivos. Mas como no hay cielo sin nubes, uno de mis amigos, capitán en el Estado Mayor del 6.º cuerpo, murió junto á mí, y yo recibí dos heridas; la una, de granada, en el pie derecho, y la otra, de bala, en el muslo izquierdo».

Conducido Maltzén al hospital de Salamanca, sacóle de allí un sacerdote español que antes le había tenido alojado en su casa, el que, ayudado de un sobrino suyo catedrático de la Universidad, prodigó al herido toda clase de cuidados. En brazos de ambos compatriotas nuestros murió Maltzén el 29 de agosto de aquel año de 1810.

se vieron muy pronto interrumpidas por la artillería de la plaza, sirviéndose, con el mayor acierto, de la iluminación, precisamente, que producía el incendio de la iglesia de Santa Cruz, única gloria que lograron ostentar los franceses en su nocturna jornada.

**Se rompe el fuego sobre la plaza.**

Ya era tiempo de que la artillería enemiga abriese el fuego, contruídas y armadas como se hallaban sus baterías; y al aparecer la aurora en la mañana del 25, lo rompieron todas, presente el mariscal Massena, llegado el día anterior y que estableció su cuartel general en el convento de la Caridad que los defensores no habían querido ocupar por lo distante que estaba agua arriba de la plaza. Los morteros y obuses de las baterías 1 y 2 se cebaron en la población, produciendo incendios que los habitantes se dedicaron á sofocar, aunque en muchos edificios inútilmente, tan activos eran los mixtos de que iban cargadas las bombas y granadas que disparaban (1). Los cañones de las demás obras se de-

(1) Véase cómo pinta Schépeler las escenas de aquel día: «El tronar espantable de la artillería enemiga y la explosión de las bombas y granadas que le sucedían inmediatamente, pusieron en movimiento á todos los habitantes de ambos sexos de Ciudad Rodrigo, de todas clases y edades. Los niños seguían el ejemplo de sus padres apagando las materias inflamables dispersas después del estallido de las bombas y los incendios que se producían por todas partes ó conteniendo sus progresos. Se quemó el parque, voló un depósito de pólvora y, para poner á cubierto el gran almacén en la catedral (á espaldas del frente atacado), se veían filas de mujeres llevar allí los colchones. Ellas hacían también con un valor sublime el servicio de los hospitales, transportando allí á los heridos y hasta ayudando á llevar las municiones á las baterías».

Entre las mujeres se distinguió una llamada Lorenza que, herida, no quiso retirarse de los sitios de peligro hasta serlo por segunda vez y no poderse tener en pie. Hasta dos mendigos ciegos se ocuparon en socorrer á la tropa con agua en los sitios más peligrosos al grito de ¡Vivan Fernando y Ciudad Rodrigo!

dicaron á batir las murallas que, aun siendo antiguas y por eso desprovistas del grueso terraplén que forma el cuerpo principal de las modernas, resistieron por aquel día. En cambio al siguiente, 26, se descubría una gran brecha, que el 27 se completaba con la ruina del Torreón del Rey á que las baterías francesas habían dirigido todos sus fuegos de cañón.

No por tanto estrago, ni por el que hacía presumir la intención, bien manifiesta, de los enemigos de abrirse camino para el asalto de la plaza, allanado con el terror que esperaban impondría el bombardeo de noche y día, incesante y á cada hora más y más violento, se acobardaron la guarnición ni el vecindario. Eso que el espectáculo no podía ser más pavoroso, no bastando el valor para impedirlo ni las fuerzas para contrarrestar los efectos que lo producían (1). El ejemplo de las tropas revelando el espíritu que las animaba al verse en ocasión de poderlo poner de manifiesto, cundió á los habitantes que, sin distinción de clases, de edad ni sexo, según se ha dicho, se esmeraron en demostrar en aquella tan solemne que no había degenerado su raza

(1) Dice Herrasti en su *Relación* .....las repetidas desgracias que por todas partes ocurrían con tan incesante diluvio de tiros de todas clases, que era de la primera obligación socorrer; el servicio de las baterías, que era forzoso sostuviesen un fuego vivísimo para contrarrestar el de los enemigos, como constantemente se executó; el reparo de las ruinas que de contínuo sucedían, y, últimamente, el cuidado de que en aquella indispensable confusión y general trastorno no se dexase de atender á las faenas necesarias para la subsistencia y alimento, así de la guarnición como del vecindario, formaban un conjunto que sólo podía desempeñarse estando animados todos de un espíritu firme y determinado, pues no había oficina ni punto seguro en la plaza donde pudiesen executarse á resguardo los amasos y cochuras del pan, las matanzas y distribuciones de la carne, ni ninguna otra operación perteneciente á estos ramos».

de la á que debían su antigua fama de leales y valientes. Nuestra artillería contestó con vigor extremo desmontando varias piezas de la francesa, produciendo bastantes destrozos en las baterías y la voladura, en las números 4 y 5, de repuestos de pólvora que contenían hasta 9.000 libras y cuya formidable explosión causó sobre cien bajas en sus mantenedores. Accidente parecido aconteció en la plaza; pero no impuso á nadie en ella ni llegó á disminuir la eficacia de sus fuegos, conservando, sobre todo, los de mortero y obús con gran estrago para los enemigos (1).

En la noche siguiente, la del 25 al 26, y mientras la artillería francesa trabajaba en las reparaciones que exigía el estado en que la nuestra había puesto las obras de sitio, su infantería volvió á atacar el convento de Santa Cruz, que fué completamente evacuado por sus presidiarios de Avila quienes, en cumplimiento de instrucciones dictadas por el gobernador, no opusieron resistencia alguna. Había mucho á que atender en la plaza, y era de prever crisis muy tremenda en ocasión ya

(1) Todo esto lo confiesa Belmás, que dice además que fué muerto un teniente y cayeron heridos un comandante y un capitán de artillería.

No así el príncipe de Essling que, aun habiendo sido testigo de la explosión de los depósitos de pólvora, reducía después en su parte las pérdidas del ejército sitiador á la de dos oficiales y diez individuos de tropa muertos, un oficial y cuarenta y uno, respectivamente, heridos. Pero ahí está el texto de Belmás que dice: «La explosión hizo grandes destrozos en aquellas baterías, en las que tuvimos cien hombres fuera de combate». Y añade después: «Conservó (el sitiado), sobre todo, un gran número de morteros y obuses que, bien cubiertos con los parapetos de las murallas, atormentaron mucho á nuestras baterías y trincheras».

Nada hace conocer mejor la veracidad de los generales franceses en sus partes oficiales.

inminente para que no se reconcentrasen las fuerzas de la guarnición, abandonando puntos que, importantes y todo, no habían de decidir de la suerte del sitio á la altura en que se hallaba.

Ataque al arrabal de S. Francisco.

Aún ofrecía más interés á los sitiadores la ocupación del arrabal de San Francisco, desde cuyo saliente septentrional cogerían de flanco cuantos trabajos se construyeran al marchar contra el frente de ataque. Deseaban, con eso, los ingenieros franceses que se intentara el asalto de aquel barrio y el del convento, principalmente, su más robusto sustentáculo; y si lo difirieron hasta la noche del 26 al 27 fué para que, arruinada una gran parte del recinto y de la falsabraga que le precedía, se considerara en Ciudad Rodrigo como, según acabamos de decir, innecesaria la defensa de sus obras exteriores. Pero lo verificaron tal cual lo habían hecho en Santa Cruz, creyendo Ney y sus subalternos, directores del sitio, ¡franceses habían de ser!, que, tratándose de otros que no fueran ellos, bastaba un puñado de granaderos para apoderarse de una obra que no presentara los caracteres de la fortificación permanente. Trescientos, con efecto, y unos veinte zapadores acometieron la empresa de arrebatarnos aquel convento; pero no habían llegado á tocar las tapias cuando tornaban á su campo en el más vergonzoso desorden, espantados del fuego de fusilería que se les dirigió y sin dar lugar á que las hachas, los petardos y demás mixtos incendiarios, de que iban provistos, hicieran su oficio.

Otra intimación.

Volvieron, pues, á ejercer el suyo los cañones y morteros sin el apetecido efecto siempre, y teniéndolos que reemplazar á cada momento; tal era el acierto de

nuestros artilleros para desmontárselos y cubrir de fuego las cabezas de las zapas que los sitiadores no cesaban de practicar para el establecimiento de nuevas baterías. El sitio, sin embargo, había de seguir el curso de todos, esto es, progresando; y el día 28 llegó al punto de considerarse expedita la brecha del Torreón del Rey por verse arruinados los salientes de la falsabraga y de la escarpa que estaban á su pie. Tan lo consideró así el mariscal Ney, que antes de proceder al asalto, y teniéndolo por de éxito seguro, envió una nueva intimación á Herrasti, á quien, como demostró después, principiaba á respetar por su bravura y pertinacia. Decíale en nombre del general en jefe que se complacía en hacer justicia á su hermosa defensa y al valor de la guarnición; pero que tales consideraciones, siempre recomendables para las tropas francesas, se perderían si persistía en defenderse por más tiempo. Amenazábale con el rigor de las leyes de la guerra; tratando, á la vez, de persuadirle de que perdiera toda esperanza de socorro por parte de los ingleses, puesto que, de tener esa intención, no habrían aguardado á tal extremidad como la en que se veía. «Vuestra situación, acababa, podéis estar convencido, Señor Gobernador, no puede ya sino empeorar. Teneis, pues, que elegir entre una capitulación honrosa y la venganza terrible de un ejército victorioso».

Pero el ayudante portador de la intimación debió autorizar á Herrasti, en nombre por supuesto de Ney, para despachar un correo á Lord Wellington á fin de conocer sus intenciones sobre el socorro de la plaza, y, aprovechando la oferta, contestó en los términos siguientes: «Señor Mariscal: Después de quarenta y nue-

ve años que llevo de servicios sé las leyes de la guerra y mis deberes militares».

«La plaza de Ciudad Rodrigo no está en estado de capitular, ni tiene brecha formada que obligue á hacerlo».

«En consecuencia, aunque debiera decir á V. E. decididamente siguiese sus operaciones contra ella, pues yo sabría muy bien en consideración y respeto á la humanidad (si las circunstancias me obligasen á hacerlo), pedir la capitulación por mí mismo, después de puesto en salvo mi honor, que aprecio más que la vida; habiendo indicado el edecán de V. E. tendría la condescendencia de convenir en que se despache un correo al general inglés Lord Wellington, acepto este partido, y podrán quedar en suspensión las hostilidades, y todas las cosas *in statu quo* hasta su vuelta, en que, según la contestación que traiga, daré á V. E. la que corresponda.»

«Tengo el honor, etc.»

**Los franceses cambian de plan.**

Ney volvió á romper el fuego, cuya suspensión habían los españoles aprovechado, siquier de tres horas tan sólo, en reparar la brecha y limpiar de escombros las baterías, abasteciéndolas, además, de municiones y cubriéndolas en lo posible. La resolución de Herrasti había sorprendido á los franceses, cuyos generales y oficiales pensaban que con bombardear la ciudad (la chauffer) y abrir una brecha, buena ó mala, en sus viejos muros, tenían de sobra para que se rindiese. ¡Qué obstinación! Ni la fama de los españoles para la defensa de las plazas, ni los ejemplos, bien recientes, de Zaragoza, Gerona y Astorga, lograban arrancar de sus ojos la espesa venda con que los habían traído cu-

biertos, y les impedía ver en nuestro pueblo y en nuestro ejército patriotismo, valor, cualidad ninguna con que cupiera resistir á su *furia* tan decantada. Thiers ha sido el único en hacer justicia á los sentimientos de Herrasti y al excelente espíritu de la guarnición; y eso quizás, ya que es hasta en él extraño, para razonar las causas que movieron al príncipe de Essling á, sin respeto ni consideración á Ney, entregarse á nuevos procedimientos, más eficaces en su sentir y en el de los oficiales de su Estado Mayor.

Para eso los reunió; y en una larga conferencia con el del mariscal Ney, en que se dejó, no ya traslucir, sino ver con toda clarida del espíritu que los dividía, vino á resolverse que el general Eblé se hiciera cargo del mando de la artillería toda allí empleada, y el coronel Valazé, á quien, recordará el lector, estuvieron encomendados los trabajos del sitio de Astorga, tomara la dirección de los que aún debían emprenderse para acabar el de Ciudad Rodrigo (1). Massena exigía una gran rapidez en la ejecución del nuevo plan allí resuelto, que consistía en, aprovechando las obras ya construídas y siguiendo los ramales comenzados, llegar á la cresta del glasis, meterse en galería á destruir la contraescarpa y establecer la batería de brecha, no en el borde de la contraescarpa como aconsejaban los

(1) Dice Thiers resumiendo cuanto Belmás y otros relatan difusamente sobre este incidente: «Los oficiales del 6.º cuerpo dijeron para disculparse que se había querido andar demasiado aprisa y que, habiendo emprendido el abrir brecha antes de arruinar la contraescarpa, se encontraban con no haber ganado mucho tiempo. Tenían razón, pero no era, por eso, menos verdad que se hacía necesario acometer de nuevo los trabajos de aproche y dirigirlos desde el Teso sobre la cresta del glasis y el borde del foso».

artilleros, ni en el Teso de San Francisco como la anterior, sino en la altura del Calvario, llamada por los franceses *el pequeño teso*. Así por fin se determinó con la opinión de Valazé, después de un prolijo reconocimiento y una discusión que parecía inacabable. Pero para todo eso se necesitaba tiempo, y hubo de concederse á Valazé, sin que, ni con la mayor diligencia, lograra limitarse al de ocho días que exigía á lo sumo el impaciente Mariscal. Ya se habían perdido dos días en esas discusiones que, como dirigidas por Massena y acaloradas con la parte que en ellas tomaron Junot y Ney, muy unidos desde el principio de la campaña, dieron lugar al recrudecimiento de las relaciones, nada afectuosas, entre el primero y el último, sobre todo, de aquellos generales, entorpeciéndose, así, una acción cuyo resultado, para ser completo, debía buscarse en la energía y en la actividad.

**Insistencia de Wellington en el suyo.**

Porque no hay que olvidarse de que allí cerca se hallaba el ejército inglés, si inmóvil siempre por no tener su general en jefe por buena la ocasión que le había deparado la suerte, rogado sin cesar por muchos de sus oficiales, que la encontraban oportuna, y por Don Martín de la Carrera, entre los españoles, y el marqués de la Romana, que se trasladó de su campo de Badajoz para hacérsela ver como la mejor para, salvando á Ciudad Rodrigo, cubrirse él de gloria.

Lord Wellington estaba tan lejos de pensar en el levantamiento del sitio de esta plaza, que no hay un solo despacho, entre los numerosísimos suyos, en que no manifieste lo contrario. Tan admirado se muestra cada día de que no haya caído ya Ciudad Rodrigo en poder de los franceses, que no parece sino que lo desea

para evitar, sin duda, los compromisos que pudiera acarrearle tan gallarda defensa. En sus cartas á Crawfurd, como en la del 28 de junio dirigida á su hermano, el general británico no hace más que lamentarse de no poder acudir en auxilio de tan valiente guarnición y de un pueblo cuyo incendio y desgracias había presenciado el 26 desde las avanzadas del cuerpo de vanguardia (1). Pero aún hay más: el 29 retiraba su cuartel general á Alverca, citando para este punto á Romana, á quien suponía en su busca, y el 2 de julio daba detalladas instrucciones á los generales Pictón, Cole, Slade, Campbell y, como es natural, á Crawfurd, para, supuesta la rendición de Ciudad Rodrigo, retirarse paulatina pero d· cisivamente en dirección de Vizeu. Esto es que pensaba observar para con Almeida la misma conducta que con la plaza española; porque, á su decir, *la pérdida de ésta le ponía en una nueva situación,* como si hubiera hecho algo por salvarla y hubiera experimentado por su causa algún revés. La incomunicación con Ciudad Rodrigo le libraba de repetir al bravo general, su gobernador, las protestas, ya que no promesas formales, que antes le hacía; y, de consiguiente, sin distingos ni anfibologías comunicaba á Londres, como á Lisboa, sus planes y órdenes, sin consideración más que á los intereses que, decía, le estaban exclusivamente confiados. En vano el marqués de la Romana instaba porque, ya que no se pudiera lograr el levantamiento del sitio vista la desproporción

(1) En la segunda de esas cartas dice: «La guarnición sostiene siempre un fuego vigoroso. La ciudad ardía por dos lados antes de ayer cuando yo me hallaba en los puestos avanzados que estaban á la vista de ella».

de fuerzas entre los dos ejércitos enemigos, se intentase, por medio de una diversión hacia uno de los flancos del francés, la evacuación de la plaza por las tropas que la guarnecían; el Lord veía el 5 de julio esa empresa como muy difícil y arriesgada y, en todo caso, la daba largas manifestando á Crawfurd que no se había abierto aún brecha practicable ni faltaban en la plaza víveres y municiones por 17 ó 18 días. Era el colmo del egoísmo el llevarlo, puede decirse que al descrédito de una guarnición que tanto tiempo antes suponía y esperaba se rindiese de un momento á otro (1). La admiración del Lord por los defensores de Ciudad Rodrigo no traspasaba los límites de su conveniencia, según lo hemos demostrado con sus propios escritos. La plaza, á pesar de todo, continuaba resistiendo y con éxito hasta entonces, ya porque se la veía no desmayar un momento, ya por la torpeza de sus enemigos. Puesta de manifiesto esa torpeza por Valazé á los ojos de Massena, iban á presentarse, con nuevas combinaciones de los ingenieros franceses, peligros aún mayores que los ya corridos para el mantenimiento de una fortaleza,

---

(1) En los despachos de Wellington y por vía de apéndice, existe una carta de Romana en contestación al interrogatorio que se le hizo en enero de 1811, manifestando que el Lord no había prometido á la Junta de Castilla ni á Herrasti *sino hacer cuanto estuviese de su parte en favor de aquella plaza, según se lo permitiesen las circunstancias*. Y, con efecto, no le permitieron hacer nada.

Hay que advertir que esa carta se escribió cuando no cabía remedio y era necesario procurar el mayor prestigio posible al noble Lord. Volveremos sobre ella.

Wellington calculaba el 5 que en Ciudad Rodrigo existían recursos para resistir aún varios días, cuando el 2 había escrito á Stuart: «Ciudad-Rodrigo se mantenía siempre firme la noche última, pero temo haya de rendirse hoy».

tan flaca, por otra parte, y sin esperanzas ya de socorro alguno.

Entre esas combinaciones tenía que ofrecerse al talento de Valazé, como la primera, la ocupación del arrabal de San Francisco, desde el que se flanqueaban cuantas obras de aproche pudiera intentar al recinto de la plaza; y desde el día en que tomó la dirección facultativa del sitio se dirigió á tal objeto, tanto más importante para él cuanto que, desde luego, pensó en construir junto al convento que da nombre á aquel barrio una batería á rebote, con fuegos de flanco, á su vez, sobre los salientes de la plaza. Y tanto insistió en la ejecución de su proyecto que, al comenzar la noche del 2 de julio y después de haber batido el convento con cuatro cañones de á 12 y dos obuses que no interrumpieron su fuego durante todo el día, penetraban tres columnas en aquel edificio, previsoramente abandonado por la guarnición española que con tanta bizarría lo había defendido hasta entonces. Y es que, como dice Herrasti en su *Relación*, se hizo así «porque estando ya la brecha muy adelantada y viendo claramente que sus verdaderos ataques (los de los franceses) habían de ser por aquella parte, y necesitando reforzarla para contenerlos en cualquier acontecimiento, tuvimos que retirar la tropa que guarnecía dicho arrabal, y dexando sólo en él una partida de 50 hombres con dos oficiales para observación, empleamos los 550 restantes en aumentar la guarnición de la falsabraga sobre los dos costados de la brecha, comenzando al mismo tiempo un retrincheramiento por derecha é izquierda de ella». Los franceses se apoderaron del convento sin disparar un tiro, é inmediatamente procedieron á construir ba-

**Ocupación del arrabal de San Francisco.**

icadas en las puertas, abriendo en algunos puntos bo-
ıetes por donde pudiera comunicarse la numerosa
ıarnición que allí se estableció á las órdenes de un jefe
ıperior. Tal importancia habían dado á aquel barrio
ıe, despuès de todo, no lograron ocupar entero hasta
noche siguiente en que se retiró á la plaza el desta-
ımento español, que se había quedado en el convento
Santo Domingo, después de causar á los enemigos
ıa pérdida considerable de hombres y de tiempo (1).

Entretanto, los sitiadores principiaron una segunda ıralela y el reconocimiento y construcción de la bate-a proyectada en el Calvario que, á pesar del fuego de plaza, se acabaron la noche del 2 al 3. Al mismo empo que se armaba aquella batería con ocho piezas á 24, se iniciaba la de rebote que dijimos había assena designado junto al convento de San Francisco, establecía una fuerza importante en el de Santa Cla- del mismo arrabal y se rompía la marcha á la zapa lante sobre el borde de la contraescarpa del recinto. l deseo en el Mariscal de acabar cuanto antes un sitio ıe, tras de deshonrar á sus tropas, le impedía em-ender las grandes operaciones á que principalmente taba llamado, daba á las obras un impulso que hacía ıgurar la pronta conquista de la plaza. **Segunda paralela y batería de brecha.**

Bien lo comprendían todos en ella, lo mismo las **Nueva salida.**

(1) Belmás lo dice terminantemente: «fut emporte sans 'on tirât un coup de fusil». Y, sin embargo, y escribiendo ıcho después, Thiers se atreve á asegurar con su acostumbra- *sans façon*: «Quoique le général Simon eût enlevé á la ıonnette, et avec une rare bravoure, le faubourg et le couvent San Francisco, ...» La habilidad está manifiesta, porque, spués de todo no dice que se disparase un tiro; pero para eso se necesitaba esa frase de rara bravura que tan bien debió ıarle.

tropas que el vecindario, á pesar de las exhortacio del. Gobernador y de las esperanzas que, de vez cuando, les inspiraban los movimientos que veían e cutar á los franceses en la izquierda del Agueda, cios, en su concepto, de los de las tropas inglesas niobrando para su socorro (1). Herrasti, para infun mayor confianza, dispuso el 6 una salida, cuyas f zas, dos compañías de voluntarios de Ciudad-Rodr 85 cazadores de las guerrillas, unos cuantos Urbano los 30 lanceros de D. Julián que habían quedado e plaza, obligaran á alejarse á las enemigas, que se ac caban demasiado para impedir nuestros forrajes en izquierda del río y abastecerse, á su vez, de agua. acometida fué tal junto al arrabal del puente y hábil, que los franceses, después de sufrir muchas ba en muertos, heridos y prisioneros y á pesar de los r fuerzos que les enviaban los puestos vecinos, se en garon á la fuga, azotados, no sólo del fuego que les h cían los de la salida, sino del de metralla de la plaza q se les dirigía desde el recinto que por aquella par domina toda la llanura de la margen izquierda del r No satisfechos con eso los nuestros, repasaron el Ag da y sin detenerse en la plaza más que para reponer municiones, salieron por la parte de San Francisco y acometiendo á una gran fuerza de enemigos que com zaba á construir otra batería junto al convento de S

(1) El día 4, efectivamente, había marchado el gener Junot con 1.200 caballos y cinco batallones á reconocer en l márgenes del Azava á la vanguardia inglesa y observar cu podrían ser las intenciones de Wellington por los puestos y fuerzas que hallara en su camino. Un ligero tiroteo y sus ob vaciones le hicieron comprender que el grueso de los ingl continuaba al otro lado del Coa.

Domingo y sorprendiéndola, mataron muchos de que la componían, les cogieron sus armas y útiles, irándose, después de rechazar un gran golpe de graderos que salieron del arrabal contra ellos, ante fuer- muy superiores con que los franceses acudieron sde el campamento más próximo.

Situación de la plaza.

La hazaña fué muy aplaudida en la plaza, y el Gornador ofreció premiarla con recompensas iguales á que prometió á los defensores del convento de Santa uz (1). Pero, repetimos, andaban las esperanzas de orro tan por el suelo, que ni aquella salida, por oriosa que apareciese, ni la actitud de Herrasti, tan rena siempre como noble, ni sus palabras tampoco, e bien se veía eran pronunciadas tan sólo para diszar el peligro, ya inminente, en que se hallaba la aza, servían á devolver la calma y el entusiasmo que usaban antes la comunicación con la vanguardia inesa y las ofertas, siquier ambiguas, de Lord Welling-. Había, pues, la duda asaltado todos los ánimos para salir de ella, se procuró ponerse en comunican con el general británico, único que podría desvacerla en un sentido ú otro. Ofrecióse á buscarle en campamento un sacerdote, D. Sebastián Gallardo, lividuo de la Junta y que, disfrazado convenienteente, prometía burlar la vigilancia de los franceses y lver con la tan deseada respuesta, profundo misterio ya revelación devolvería la confianza á los sitiados es convencería de lo irremediable de su desgracia.

1) Como Belmás había dicho que la salida del 17 de junio la única que se había atrevido á hacer la guarnición, pasa silencio esta del 5 de julio, tan depresiva para sus compaotas en día ya próximo al de la rendición de la plaza.

Aunque con repugnancia, por considerarlo estéril peligroso para su autor, aceptó Herrasti tan patriót ofrecimiento; y, con efecto, días después, el 6 de juli descubrieron nuestras avanzadas una carta dirigida un capellán del batallón de Voluntarios de la Ciuda sobrino del valeroso y digno expedicionario D. Sebastián. Contaba en ella cómo, perdido al querer atrave la línea enemiga, fué preso y sentenciado á muerte, de la que le había libertado Massena, quien, sin duda hizo escribir aquella epístola, dirigida, mejor que animar á sus convecinos de Ciudad Rodrigo, á estim larlos á entregarse á la generosidad del Mariscal. A día obedeciendo al no, por lo común, menos efica estímulo del miedo: «Las fuerzas de los franceses formidables; el socorro del inglés imposible, como saben todos, y aun lo han ahuyentado de Gallegos.— Luego que recibas esta carta te presentarás al señ Gobernador y Junta, y les dirás que *el peligro es dente.*—El señor general en jefe es el más benigno has cierto punto; pero dicen que es inexorable quan pierde la paciencia.—Que hagan reflexión y que arriesguen á una desgracia infalible á esa mi ama ciudad; tú tomarás este encargo como debes; ya v mi situación, para que pidas por la salud de éste tío.» (1).

---

(1) La estructura de esta carta es completamente franc y es de presumir que fué traducida al castellano para ser viada á Ciudad Rodrigo. Belmás no dice una palabra de pero Thiers sí; puesto que, al manifestar que Herrasti rec las intimaciones de Massena, *no por fanatismo, sino por h militar, decidido á llenar su deber en toda su extensión*, añade la plaza envió un emisario á Wellington pidiéndole auxil

Nápier dice que el 29 «un español, pasando por los pu franceses, llevó á Carrera una nota que contenía estas pala

La carta de Gallardo hizo, como es de suponer, un malísimo efecto en Ciudad Rodrigo, efecto que era imposible contrarrestase el Gobernador por esfuerzos que desplegara al explicarla, ya que no la pudo esconder ni negar. Andaban los trabajos del enemigo muy adelantados; se veía cómo aumentaba por momentos el número de los sitiadores hasta hacerse, como decía el cura, formidable, y, lo que era más importante para la plaza, que no asomaba un inglés por las inmediaciones: nada, pues, más natural que el que los recelos y el temor, en algunos, de los días anteriores creciesen y se pusieran de manifiesto en aquellos que ya podían considerarse últimos del sitio.

La mayoría, con todo, de los vecinos y las tropas, sin excepción de un solo soldado, secundaban á Herrasti que siempre se mostró resuelto, más bien á perecer que á entregar la plaza una hora antes de que viera como imposible su salvación y, con ella, la de tantos intereses morales y materiales que tenía encerrados en su recinto.

**Los franceses avanzan sus obras.**

En la noche del 6 al 7 y continuando los sitiadores sus obras de aproche desde la segunda paralela, así de frente como por los flancos, construyeron la batería núm. 12, trasladaron las piezas de las antiguas á las nuevas, muy próximas ya á la falsabrága, y la contraescarpa, ya coronada, fué acometida en galería para ser inmediatamente volada. El fuego no cesó un mo-

---

O (oh) *venir luego! luego! luego! á socorrer esta plaza*: y el 1.º de julio, añade, aquel valiente anciano repetía *luego, luego, luego, por última vez.*»

Es verosímil pero no consta en ninguna relación española auténtica.

mento de una parte y otra, si causando nuestra artillería daño considerable á los enemigos, destruyendo la muy superior de los franceses los reparos que los ingenieros y artilleros españoles oponían á los estragos que hacía en los muros. En la noche del 9 se preparó la voladura de la contraescarpa; la brecha presentaba un ancho de más de 40 metros; y aun cuando el fuego que partía de ella y de las obras inmediatas había hecho callar el de algunas de las piezas francesas, no logró impedir que las demás lanzaran contra la plaza hasta 689 balas de cañón y 420 bombas. La falsabraga y el muro antiguo del recinto, desde la puerta del Conde hasta Sancti-Spíritus, ofrecían el espectáculo de una línea de ruinas, imposibles de limpiar, incapaces de servir de emplazamiento para pieza alguna de mediano calibre y, por consiguiente, de defensa para en adelante (1). Como el frente atacado, caían por tierra los traveses construidos para desenfilarlo del fuego de la nueva batería levantada junto á San Francisco y cuantas obras se procuraba hacer á espaldas de la brecha para resistir un asalto que ya no podía retardarse mucho. El cañoneo se hizo el 9 tan violento desde las cuatro de la mañana, en que lo comenzaron 45 piezas del más grueso calibre, que por la tarde, destruidos todos los obstáculos de empalizadas y parapetos alzados sobre la brecha, se hallaba ésta accesible y puede decirse llana, tan suave era y cómoda su pendiente hacia el campo y lo mismo por la parte de la ciudad. ¿No

La brecha.

(1) Herrasti dice que no se pudieron retirar de las ruinas un mortero cónico que se había hundido en ellas y dos cañones de á 24 que, desmontados, habían caído rodando hacia el foso.

aparecia, dice un cronista francés del sitio, un hombre en la brecha y en las cortaduras inmediatas que no fuese muerto;» y «fué necesario, según otro español, replegar sobre derecha é izquierda las compañías de granaderos y demás tropas que guardaban la brecha, por no ser posible ya sostenerse en aquel punto en fuerza del diluvio de balazos de artillería y fusilería, polladas, metralla, bombas y granadas de obús y de mano que caían sobre él y lo enfilaban por todas partes, sin haber un solo paraje donde colocar un hombre que no fuese en el momento pasado por las armas.» Así, era de todo punto imposible continuar la defensa de la plaza con un asomo, siquiera, de esperanza y menos de probabilidad de éxito; y el Gobernador convocó á junta general á todas las autoridades militares, civiles y eclesiásticas para que examinasen y discutieran la situación de la plaza, resolviendo después lo que creyeran más conveniente á los intereses de la patria.

**Consejo de guerra.**

Antes de celebrarse aquella asamblea, el día anterior, se había presentado en la plaza un lancero de los de D. Julián Sánchez, á favor de un disfraz de pastor que le facilitó el paso por entre los franceses, y expuso al Gobernador y á cuantos quisieron oirle que la vanguardia inglesa, retirándose, como se ha indicado, de Gallegos, campaba entre el fuerte de la Concepción y Almeida, como consecuencia del abandono de toda aquella zona fronteriza por las divisiones de su ejército hacia el interior de Portugal. Ya hemos visto que la noticia era cierta según los movimientos ordenados por Lord Wellington á sus tenientes, que también citamos á su tiempo, y aquel mismo día estaba pensando el célebre general en no defender el fuerte de la Con-

cepción y mucho menos, por consiguiente, en socorrer á Ciudad Rodrigo. Lo que sí pretendía era que esta plaza continuase su defensa, sin contar con otros obstáculos para que lo hiciera que el de la falta de víveres, como si no fuera mucho mayor el de su impotencia ante la inmensa superiorioridad artillera del sitiador y la que él, al retirarse, no podía negar de la masa de fuerzas que la cercaban y se veían preparadas para asaltarla. Tan decisiva era su resolución de abandonar el campo al enemigo, que en su despacho del 9 al general Hill le prevenía cruzara el Tajo para comunicar con el ejército desde Abrantes por medio de una columna puesta á las órdenes de Leith quien, además, apoyaría á la que maniobraba en las montañas del alto Zezere y la ocupación de Punhete en la desembocadura de este río. Ciudad Rodrigo no debía, pues, esperar socorro alguno del ejército anglo-portugués, ni la Junta contar más que con las solas fuerzas que encerraba en su recinto, muy mermadas por el fuego de tantos días como llevaban sufriéndolo de contínuo y la fatiga de servicio tan frecuente y penoso como el que esas mismas bajas hacían suponer. La resolución, pues, de la Junta fué de que, al emprender los enemigos el asalto, se llamase á capitular, salvando así al pueblo de las consecuencias de una acción en tales condiciones, ya que las tropas podían mostrarse satisfechas de su comportamiento verdaderamente honroso (1).

(1) No se puede en ocasión tan solemne, como ésta, para la gloria de Ciudad Rodrigo y la de su guarnición en el famoso asedio de 1810, dejar desatendida la narración que su Gobernador hizo de aquella Junta al decidir la entrega de la plaza al mariscal Massena. Héla aquí:

«En esta situación, y habiendo en la madrugada de la del

A las cuatro de la tarde de aquel infausto día, 10 de julio de 1810, se acercaron al recinto varias columnas de ataque con músicas á su cabeza, manteniéndose en las trincheras en espera de la orden para el asalto. El mariscal Ney, tan receloso en aquellos momentos supremos como ligero y confiado en los primeros del sitio, quiso todavía explorar el estado de la brecha haciéndola montar á tres soldados que la dieron por practicable disparando desde lo alto sus fusiles al grito de *viva el emperador* (1). Las columnas se pusieron, de

---

10 volado los enemigos una mina en la contraescarpa del foso exterior de la falsabraga, para facilitar el paso á ella, no quedándonos ya defensas, ni arbitrio, ni medio para establecerlas, ni teniendo esperanza remota de socorro de parte de nuestros aliados (que, por el contrario, tuvimos noticia por un lancero de D. Julián disfrazado de pastor que pudo introducirse en la plaza el día antes, de que se habían retirado de la posición inmediata que ocupaban desde Gallegos, y tomado situación defensiva entre Almeida y el fuerte de la Concepción); considerando que las amenazas hechas contra nuestra obstinación en la intimación última, podrían efectivamente tener cabida sobre el vecindario, si se daba lugar á la discreción militar consiguiente al asalto; que éste no podíamos resistirlo de forma alguna en el estado en que nos hallábamos, y con fuerzas tan desiguales; y que, últimamente, todo el fruto que podíamos sacar de esperarlo sería morir matando, ó dilatar por pocas horas una rendición que ya era indispensable; habiéndose desechado también el intento de que se trató de probar á abrirnos paso por las líneas enemigas á toda costa, para salvar la guarnición, lo que repugnaba el vecindario, como era regular, por el riesgo á que quedaba expuesto, y no era fácil tampoco realizarlo siendo tan desproporcionadamente inferiores en número, y no teniendo Caballería se determinó (muy á nuestro pesar, y no sin repugnancias) en la junta general de todas las autoridades militares eclesiásticas y civiles que se celebró á las diez de la mañana, que luego que los enemigos indicasen ir á executarlo, se llamase á capitular y redimiésemos al pueblo del sacrificio que le amenazaba, cumpliendo con los deberes racionales, después de haber llenado (en quanto había estado á nuestro alcance) tan completa y gloriosamente los militares.»

(1) En rigor eran dos las brechas, una en la falsabraga y otro en el recinto; pero la voladura de la contraescarpa ha-

consiguiente, en movimiento; y ya iban á emprender el asalto cuando apareció sobre la brecha la bandera blanca, signo de capitulación, izada de orden del gobernador de la plaza. Al mismo tiempo salió al campo un oficial que entregó el oficio en que Herrasti manifestaba que, habiendo *cumplido con todos sus deberes militares según se proponía y era de su obligación, estaba pronto á capitular, y para executarlo, esperaba se sirviera* (Ney) *determinar la persona y parage donde y con quien debía executarse.*

Entonces penetró en la plaza el general Simón, á quien Ney encomendara el mando de las columnas que debían asaltarla, á decir á Herrasti que le esperaba en persona al pie de la brecha, donde, efectivamente, se veía cortos instantes después al *valiente de los valientes* prodigando las muestras más calurosas de su consideración al anciano y venerable gobernador de la ciudad, émulo desde aquel dia de los más brillantes defensores de la Independencia española puestos en su caso.

Pocos ejemplos habrá de una capitulación como aquella de Ciudad Rodrigo, verbal, sin condiciones limitadas, con la única á que no podía negarse una guarnición colocada en extremidad tan grande, y hecha, puede decirse, que á espaldas del general en jefe, el solo en el ejército que pudiera dictarlas. Porque Ney, al dar la mano á Herrasti y colmarle de elogios por

---

bía hecho de las dos una inmensa, montón de ruinas accesible por todas partes.

De aquel acto, innegablemente bizarro de los tres franceses, se ha querido hacer uno excepcional, sin parar mientes en que no hay ejemplo en ejército alguno de haberlo resistido la tropa en ocasión semejante para mostrar su buen espíritu y el valor de sus soldados.

su conducta, le dijo que no había á qué estipular nada para la capitulación, pues que concedía por el pronto á la guarnición cuanto estaba en derecho de obtener por su hermosa defensa; que serían respetadas las personas y las propiedades de los habitantes de la ciudad; los jefes y oficiales conservarían sus espadas, equipajes y caballos, la tropa sus mochilas y efectos, y todos, muy bien tratados, serían conducidos á Francia, teniéndoseles cuantas consideraciones y respetos eran debidos al valor y singular constancia que habían acreditado durante sitio tan largo y vigoroso. Todo eso dijo y prometió el mariscal Ney á Herrasti á presencia de varios de sus generales y Estado Mayor, dándole en voz alta su palabra de honor de que así se cumpliría en todas sus partes (1). Como prueba de la seguridad de aquellas condiciones, dice Belmás, le apretó la mano *(lui serra la main)* y le dió su palabra de honor, con lo que el Gobernador volvió á la plaza subiendo por la brecha. Las tropas francesas ocuparon inmediatamente las puertas y murallas; las nuestras, formando tres columnas, abandonaron la ciudad en los días sucesivos del 11 al 13 con su gobernador el último, para ser llevados á Bayona.

Las bajas fueron muchas en un campo y otro durante los dos meses y medio de bloqueo y 24 días de violentísimo fuego que se cruzó entre ellos; ascendien-

---

(1) Esta es la versión que publicó Herrasti, igual, casi con las mismas palabras, á la que da Belmás, lo cual prueba la buena fe del defensor de Ciudad Rodrigo. Es verdad que el historiador francés le sigue en cuanto no corresponde al diario del sitio tal como lo consignaron los Ingenieros sus compatriotas, circunstancia que da mucha fuerza á la relación del general español.

do las de los franceses á 182 muertos y 1.048 heridos según sus partes, y á 401 de los primeros y 994 de los segundos, las de los españoles, según el estado que estampó Herrasti en su escrito, harto más verídico que el de sus adversarios (1). La pérdida más lamentable, si cabe, después de la de tanto valiente como cayó en aquella gloriosa jornada, fué la que produjo el bombardeo, pérdida que, para ser calculada con alguna exactitud, no necesita más que esta frase del príncipe de Essling al dar noticia á Berthier del espectáculo que ofrecía Ciudad Rodrigo al entrar los franceses. «No se puede formar idea, le dice, del estado á que está reducida la ciudad; todo en ella son ruinas y destrozo, y no ha quedado una sola casa intacta.»

La capitulación se cumplió excepto en dos de sus cláusulas, en la de que serían respetadas las personas del vecindario, pues fueron presos los individuos de la junta y llevados después á Francia, y nuestros prisioneros tuvieron que sufrir en el camino los vejámenes

---

(1) Está incluído el de Herrasti en el de fuerza del apéndice núm. 14.

Si comparásemos los dos partes de Massena, veríamos las enormes contradicciones que contienen, tanto más censurables cuanto que están redactados en un mismo día. Por ejemplo; dice con toda falsedad que Herrasti había declarado que él y la guarnición se hubieran rendido antes de no haber sido maltratados por los habitantes, confesión que no hace nadie y menos después de pasado el peligro. Y ¿para qué?: para decir luego que esa misma guarnición abrumaba á los franceses con su terrible fuego de balas, bombas y granadas, que; como gente determinada á todo, resistía los ataques, en los de Santa Cruz y San Francisco, con la mayor viveza, y que su gobernador rechazaba toda capitulación al intimársela el día 28. Por supuesto que el número de nuestros *muertos* pasaba de 2.000 soldados y paisanos, todo por declaración de Herrasti, que ya hemos visto nunca pudo darla.

y atropellos, si no en grado tan alto, que los de Ocaña y Astorga.

Conducta de los defensores.

Tal fué el sitio de Ciudad Rodrigo, uno de los que han procurado mayor honra á la nacionalidad española. Militar en sus rasgos más característicos, según los principios del arte polémica, ofreció, á la vez, y como en el de Gerona, el de la cooperación más decidida por parte de los habitantes, resueltos á correr los mismos peligros y soportar iguales fatigas que la tropa, principalmente encargada de la defensa. Lord Wellington, tan parco en alabanzas para los que no pertenecían á su nación, manifestaba al conde de Liverpool, en su despacho de 11 de julio, una opinión muy lisonjera para nuestros compatriotas, que vamos á traducir por encerrar, además, el resumen de aquel sitio célebre. «El enemigo, dice, se estableció al frente de la plaza el 26 de abril (fué el 25); la embistió completamente el 11 de junio (la cercó, hubiera escrito el general Almirante); comenzó los trabajos el 15 de junio, y rompió el fuego el 24; y tomando en cuenta la naturaleza y situación de la plaza, la deficiencia y los defectos de sus obras, las ventajas que tenía el enemigo para su ataque y el numeroso y formidable tren con que lo efectuaba, considero la defensa de Ciudad Rodrigo como la más honrosa para su gobernador, D. Andrés Herrasti, y la guarnición, y como de crédito igual para el ejército español que las tan acreditadas de otras plazas con que su nación se ha ilustrado durante la actual lucha por su independencia (1)».

---

(1) Schépeler cuenta que «cuando Massena vió la destrucción espantosa de la ciudad, que no ofrecía á la vista más que ruinas, se volvió hacia Herrasti y le dijo: *ese espectáculo prueba*

Y tanto como lo fué: el gobierno español, al conceder á los defensores de Ciudad Rodrigo la condecoración que la conmemora, no hizo sino rendir á su valor y á su constancia y abnegación el tributo de justicia que no ha de negarles la historia en sus inapelables fallos, y el homenaje de admiración que en su día les prestaron cuantos españoles y extranjeros, aun los enemigos de entonces, tuvieron noticia de su conducta ó sufrieron sus efectos. Y nadie como Lord Wellington, nuestro conspicuo aliado, debió sentirlos también: el abandono en que, después de tantas demostraciones y ofertas, ya que no seguridades, como hizo al gobernador de Ciudad Rodrigo, á nuestro gobierno y al suyo, dejó aquella plaza, defendiéndose tan bizarramente á su vista, produjole las censuras de todos, hasta las de sus oficiales, interesados, más que nadie, por su gloria, que en tal ocasión era la de la Gran Bretaña entera. El Lord se mantuvo inconmovible ante tan amargas quejas como las que llegaron á sus oídos; sincerándose con su gobierno é imponiéndose á sus subalternos con argumentos, razonables en aquellos días últimos en que tenía á su frente un ejército enemigo ya formidable, destituídos de fundamento, como antes hemos indicado, en los primeros del sitio en que hubiera arrollado fácilmente al 6.° cuerpo francés, aun mandándolo Ney. Y no por efecto de ira patriótica, aunque sentara siempre bien en el general D. Martín de la Carrera, sino por el convencimiento de que, al abandonar él la Ex-

**Juicios sobre la de Wellington.**

*lo valiente de la defensa*; *pero ha ido demasiado allá y hubiera podido economizarse mucha sangre;* á lo que el español había contestado con viveza: *entonces no hubiéramos cumplido con nuestro deber*».

tremadura para unirse á Crawfurd en la vanguardia del ejército aliado, era posible, además de conveniente, la liberación de Ciudad Rodrigo, se apartó, al saber su pérdida, de los que creía llamados á salvarla, impidiendo así las consecuencias que eran de prever si no se detenía á los franceses á las puertas de Portugal cuando iban á intentar la expulsión de los ingleses del suelo de la Península (1).

**Preparativos pra el sitio de Almeida.**

La conquista de Ciudad Rodrigo no dejaba aún del

---

(1) El mismo Wellington manifestaba al gobierno británico en su despacho de 25 de julio el disgusto producido en Castilla por la pérdida de Ciudad Rodrigo, atribuída allí a la falta de socorros por su parte. «Ese disgusto, dice, combinado con el efecto que ya he escrito, causa la conducta inverosímil (por lo tolerante) de los oficiales franceses hacia ellos (los castellanos); ha sido probablemente causa de que hayan interrumpido toda correspondencia con nosotros, cesado de procurarnos noticia alguna y aun negádose á continuar la comunicación de los empleados en adquirirlas. Es probable que estos sentimientos y la consiguiente conducta del pueblo en esta parte de España en general sea de corto tiempo; pero he creído deber manifestar al gobierno de S. M. su existencia. Ya no tengo noticia de las operaciones de las guerrillas en Castilla».

El autor de esta historia tiene en su colección de autógrafos una correspondencia seguida en aquellos días por los generales Lord Wellington, O'Lawlor y Alava con D. Manuel Antonio de Echevarría, Director general de Provisiones, situado entonces en Alcañices, que prueba cuanto se expone anteriormente en esta nota. Para no alargarla más vamos á transcribir una de las cartas de Alava. «Estamos, dice, á ciegas sobre los movimientos de los enemigos, y voy á salir para nuestra frontera para ver si hay medio de saber alguna cosa. Algo podría Vmd. hacer también, pues tiene medios para ello, y si le falta á Vmd. dinero no tiene Vmd. mas que librar que á la vista se le pagará».

«Importa pues saber: 1.º Si viene Napoleón. 2.º Si hay tropas de Aragón que vienen á reforzar á Massena. 3.º Si han llegado ó esperan nuevos refuerzos de Francia».

«Pido á Vmd. pues haga V. averiguar esto sin perdonar gasto alguno y que me crea su mejor amigo. Memorias del Mylord. M. de Alava».

Esta carta es del 4 de agosto en Celórico, donde también está escrita otra del día anterior. La de O'Lawlor es del 22 en Alverca, donde Wellington escribió también la suya del 27, un día antes de la rendición de Almeida.

todo libre la acción del mariscal Massena para su empresa de Portugal. Necesitaba además hacerse dueño del fuerte de la Concepción, que no tardó en ocupar por haberlo volado los ingleses que antes lo habían reparado, y de la plaza portuguesa de Almeida, que se preparaban á defender. De esas dos fortalezas pensaba él, y se lo había encargado Napoleón, hacer la base de sus operaciones futuras, aumentando, en cuanto cupiera, sus defensas y guarniciéndolas fuertemente para el evento de un revés que, aun temido por un hombre de guerra tan sagaz y experto, no prevería seguramente en toda la magnitud que llegó á adquirir. Pero como si el esfuerzo que acababan de hacer las tropas de su ejército exigiera algún reposo y nuevos alientos con que proseguir la lucha recién comenzada, á la manera del atleta que se recoge un momento para lanzarse por último sobre su adversario y derribarlo en la arena, Massena, una vez dueño de Ciudad Rodrigo y mientras se reparaban las derruídas obras de su fortificación y los enormes desperfectos causados por las bombas en sus casas y edificios públicos, se volvió á Salamanca para, mientras pasaban los grandes calores de la estación, reorganizar sus depósitos exhaustos, reunir medios de transporte que deberían ser considerables para tal jornada, y atender, sobre todo, á la creación de un tren más numeroso de artillería de sitio, creyendo que el de Almeida, por la circunstancia, sin duda, de haberlo de mantener los anglo-portugueses, habría de exigir más poderosos medios de ofensa y tiempo y sacrificios superiores á los empleados en Ciudad Rodrigo. La cuestión de fondos y la de víveres eran las que más le preocupaban; y aun cuando exigió en Ciudad Rodrigo

una contribución de dos millones de reales, enorme para los que acababan de perder sus casas y bienes de todo género, se dedicó á reunir en los pueblos de la gran cincunscripción señalada al ejército de Portugal, dinero y granos, bueyes y ganado de arrastre y carga con que entrar en el reino vecino provisto de víveres para veinte días por lo menos. No estaba tan exhausto el país como se lo pintaba Massena y lo han pintado después los escritores franceses de aquella campaña; así es que el 21 de aquel mismo mes de julio se adelantaba ya Ney á reconocer las posiciones de las tropas inglesas en las márgenes del Coa (1). El reconocimiento tropezó con algunos destacamentos de la vanguardia enemiga que, al retirarse, volaron el fuerte de la Concepción, haciendo inútiles los trabajos y las provisiones que Lord Wellington había dispuesto para oponer un estorbo más á la marcha de los franceses (2). Al acercarse á la frontera había reconocido el general inglés el fuerte; lo había considerado útil y dispuesto para una resistencia que

---

(1) Fririón, que en este punto es irrefutable, dice: «En aquella quincena el servicio del racionamiento del pan se hizo mucho mejor; el 6.° cuerpo halló mieses abundantes en el terreno que ocupaba; los transportes se hicieron, así, inútiles; se organizaron brigadas de segadores y de trilla (*batteurs*) y con los hornos que nuestras tropas habían recompuesto, se llegó, no sólo á hacer pan, sino aun galleta para algunos días en adelante». Lo mismo pudo hacerse en los demás cuerpos, porque la cosecha estaría en igual sazón en todos los lugares de aquel país.

(2) Son muchos los despachos de Wellington que se refieren al fuerte de la Concepción y, entre ellos, el de 27 de mayo revela el cuidado que le inspiraba su defensa. Es un *Memorandum* dirigido al brigadier general Cox, gobernador de Almeida. «Enviad, le dice, inmediatamente desde Almeida cuatro piezas portuguesas de á 6; preparad carruajes para cuatro españolas de á 8 y ocho de á 4; enviad también de Almeida é inmediatamente dos obuses y municiones hasta cien tiros por pieza. Que los

podría covenirle para sus planes, y hasta había ordenado, temiendo el retardo de la artillería de Almeida, la marcha de una brigada de la de campaña al fuerte, no fuera á ser sorprendido por los franceses. Si después, al ver próxima la catástrofe de Ciudad Rodrigo, modificó sus opiniones, á punto de destinar la reparación del fuerte á proteger la salida de la guarnición de aquella plaza, según el consejo de Romana, no por eso dejó de atender á su mantenimiento, aun cuando no sirviera más que para asegurar la retirada al Coa de las tropas de Crawfurd que, una vez efectuada, lo volarían. Y así lo hicieron el referido día 21 de julio, situándose Crawfurd después bajo el cañón de Almeida, pero decidido á aprovechar la primera ocasión en que tomar el desquite.

Acción del Coa.

No pasaban sus fuerzas, después de haberse Carrera separado, de 4.000 hombres, de los que dos batallones de cazadores portugueses, algunas piezas de campaña y poco más de 1.000 caballos, situados, además, en una posición sumamente comprometida, pues que tenían á su espalda el Coa, debiéndolo pasar, en caso de retirarse, por un solo y mal puente. Las de Ney contaban sobre 10.000 hombres con una muy numerosa caballería regida por el general Montbrún, y muchas más piezas que las de la división ligera, vanguardia del ejército de Wellington, que tenía encargado á Crawfurd no acometiese ninguna acción ofensiva en condiciones tan

---

ingenieros de Almeida se encarguen de reparar lo antes posible la brecha; 1.° la del cuerpo de la plaza, y 2.° la del rebellín de la Concepción.

Y después le encarga la limpieza de los fosos, la construcción de las estacadas de las puertas de los caminos cubiertos y rehabilitación de las casamatas, indicándole la manera de hacerlo y los recursos en dinero y raciones de que puede disponer.

desfavorables. Pero tanto Crawfurd como su gente ardían en deseos de medirse con los franceses en un combate más formal que las escaramuzas que habían reñido con las descubiertas enemigas durante el sitio de Ciudad Rodrigo; y el día 24 se empeñaron en una función que era imposible diera resultados. El mariscal Ney con la división Loisón, formando dos grandes columnas, apoyado por la de Mermet y varios regimientos de la de Marchand, se dirigió rectamente contra los ingleses y los atacó con la mayor energía, obligándolos á ceder uno á uno todos sus puestos hasta la proximidad de Almeida, con la esperanza, ya allí, de que el fuego de la plaza y el apoyo que pudiera prestarle Pictón desde Pinhel, impondrían á los franceses para no proseguir su victoria. Pero ni éstos se detuvieron, ni el fuego de la plaza estuvo bien dirigido ni, finalmente, cooperó, como era de su deber, Pictón al sostenimiento de Crawfurd en su nueva posición; y ya la brigada de Ferry estaba á punto de envolver la derecha de la división inglesa cuando su jefe decidió retirarse á la izquierda del Coa, cuyo puente defendió gallardamente hasta la noche. Las pérdidas de uno y otro campo fueron considerables: los ingleses tuvieron más de 1.000 bajas entre muertos y heridos, bastantes prisioneros, dos piezas de artillería y aun se dice que una bandera; los franceses no hubieran perdido tanta gente sin el empeño de apoderarse del puente, que les costó mucha (1).

(1) Crawfurd, además del sentimiento de esa pérdida y del fracaso de una acción dada sin su anuncio y la aprobación de Wellington, tuvo el de un fuerte altercado con Pictón por no haberle éste socorrido.

Con ese motivo hace Napier la pintura de aquéllos dos generales, cuyos caracteres no eran para que se entendieran cor-

**Sitio de Almeida.**

Desde aquel día pudo darse por sitiada la plaza de Almeida, cuyo bloqueo era completo al siguiente, 25, interceptada, como quedó, su comunicación con la orilla izquierda del Coa, por la que se extendieron los cuerpos avanzados del ejército francés hasta la villa de Pinhel, que también les abandonaron los ingleses. La ocasión no era para perdida, y la que ofreció á los franceses el alarde temerario de la vanguardia inglesa dió por resultado la agresión, acaso anticipada á la plaza de Almeida que Massena, según ya hemos dicho, no pensaba atacar tan pronto. Libre ya de toda traba con el escarmiento impuesto á Crawfurd y en la creencia de que lord Wellington, que no le había opuesto ningún obstáculo á la toma de Ciudad Rodrigo, no habría de presentárselo para la tan próxima fortaleza portuguesa, apresuró la llegada al frente de ésta de los elementos que ya tenía antes reunidos, lo que le pudiera proporcionar su reciente conquista y otros nuevos que hizo llevar de Salamanca, su depósito general. Con todo eso, el general en jefe del ejército de Portugal pensaba, y con razón, que lograría anticipar las operaciones de la campaña que ya creía no poder reanudar hasta el otoño; tanto las había retardado

---

dialmente. «El aspecto exterior, robusto organismo y genio saturnino, lenguaje cáustico y austera conducta de Picton, ofrecía escasas simpatías con la pequeña y gruesa figura, ojos centelleantes, rápidos movimientos y temperamento altanero de Crawfurd... Y, sin embargo, había muchos puntos de semejanza en sus caracteres y destinos. Los dos eran inclinados al rigor en el mando; los dos á la desobediencia, exigiendo empero á sus inferiores la mayor sumisión, y los dos igualmente ambiciosos é insaciables de gloria. Poseían innegables talentos militares, siendo emprendedores y valientes; pero ni uno ni otro se hicieron notar por su habilidad en el manejo de las tropas en el fuego».

la inesperada resistencia de Ciudad Rodrigo. El ejército inglés hizo un movimiento general de retirada, pasando la división Pictón, que ya hemos dicho se hallaba en Pinhel, á establecerse en la nueva línea de Guarda á Trancoso, con el centro en Celórico, donde se situó el Cuartel general el día 2, y estableciendo sólo una fuerte vanguardia en Alverca para observar á los franceses y mantener la comunicación telegráfica con Almeida. La nueva posición le dejaba tan dispuesto para socorrer la plaza portuguesa, según se prometía su general en jefe, con la misma sinceridad que respecto á Ciudad Rodrigo, como para seguir su movimiento de retirada, apoyado en Guarda, donde mantendría una fuerte división de infantería. Lord Wellington pensaba que el ejército francés no sitiaría formalmente Almeida, sino que avanzaría buscando una acción general con el de su mando; pero Napoleón y Massena eran de distinto parecer, ya lo hemos dicho, y tenían determinada la conquista inmediata de aquella plaza.

**Salida de la guarnición.**

La vanguardia francesa tomó, de consiguiente, posición en las márgenes del Pinhel, observando los caminos de Guarda y Celórico, y el resto del 6.° cuerpo se dedicó al bloqueo de Almeida, que Ney dirigía desde Malpartida, su cuartel general. El primer episodio de aquella jornada lo proporció la guarnición de Almeida, haciendo salir 1.200 hombres para inutilizar los molinos más próximos; operación en que, como es de presumir, fueron rechazados y aun perdieron alguna de las piezas que habían llevado consigo. Apretóse así más el bloqueo y con gran desahogo de las tropas francesas, que hallaron en el terreno nuevamente conquis-

tado entre el Agueda y el Coa mieses abundantes y sazonadas, medios de establecer campos á cubierto de la intemperie y de todo futuro asalto, cuantas comodidades podía desear para su descanso y reparación de las fatigas sufridas en el sitio de Ciudad Rodrigo.

El 28 llegó Massena, aunque para volver de nuevo á la plaza española acabada de citar, á fin de imponer su enérgica iniciativa para los servicios que exigía el sitio de la portuguesa, que reconoció muy detenidamente acompañado de Ney y los generales Eblé y Lazowski de Artillería é Ingenieros.

**Las fortificaciones.** Almeida, que es una de las plazas de guerra más fuertes de Portugal, si no la más importante, se halla situada en una meseta de suelo rocoso como el de todas sus inmediaciones, dominadas desde ella. Sus fortificaciones consisten en un recinto exagonal de muros muy altos y robustos, con seis baluartes, medias lunas, fosos y camino cubierto, construído todo con la mayor regularidad y según los principios más sanos del arte en aquel tiempo. Servía de reducto interior á la plaza una gran torre cuadrada, si no dotada de grandes condiciones para el papel que le tocaba representar, con establecimientos á prueba que podían constituirla en punto excelente de depósito de municiones y víveres y, en último extremo, de refugio para el caso de un asalto feliz de las brechas abiertas por el enemigo en el recinto. La guarnición se componía de un regimiento portugués, el 24 de línea, y tres de milicias, los de Arganil, Trancoso y Guarda, mandada por el inglés William Cox, coronel, al mismo tiempo, del primero de aquellos cuerpos, que en total reunían una fuerza que

pasaba de la de 4.000 hombres. Estaban los muros y demás obras de sus fortificaciones bien provistos de Artillería, con 30 piezas de calibre propio para su mejor defensa, á la que también podría contribuir en circunstancias dadas un destacamento, aunque corto, de caballería, también portuguesa. Lord Wellington no aventuraría en operaciones como la de un sitio un soldado suyo; y si ponía en Almeida un oficial inglés era para que inspirase en los sitiados el espíritu que sólo concedía á los de la Gran Bretaña.

Designados como punto de ataque el baluarte de San Pedro y los dos rebellines colaterales por tener descubiertas sus escarpas y presentar el terreno de donde iban á ser batidos mayor facilidad para la apertura de las trincheras, tardóse mucho, sin embargo, en emprenderla por la falta de cestones y faginas que era preciso llevar de puntos distantes y con medios muy escasos de transporte. Tan falto de ellos se hallaba el ejército francés, por haberlos agotado en el sitio de Ciudad Rodrigo, que fué necesario construir en Salamanca los sacos á tierra con tela que Reynier requisó en sus posiciones del Tajo; que tuvieron que llevarse hasta de Bayona útiles de zapadores minadores, y hubo que echar mano de una fuerte suma, parte de la contribución impuesta á la plaza recientemente conquistada, para atender á varios otros servicios del arma de ingenieros que deberían ejecutarse. Así es que, á pesar de la impaciencia de Massena y de los apremios de Napoleón, el material destinado al sitio y el de artillería reunido en Ciudad Rodrigo, no se ponían en movimiento hacia la plaza portuguesa hasta el 5 de agosto, y sólo haciendo esfuerzos extraordina-

rios pudieron celebrarse los días del Emperador comenzando los primeros trabajos.

El 15 de aquel mes se empezó, con efecto, á abrir la primera paralela á 400 metros del camino cubierto del mencionado baluarte, aprovechando, para encubrir el trabajo de aquella noche, iluminada por los resplandores de la luna, un ataque falso por la parte del Alvercas, al NE. de la plaza, que logró atraer sobre sí la atención de los artilleros portugueses por varias horas. A las tres de la mañana del 16 estaban ya los que construían la paralela á cubierto de los fuegos de la plaza en una extensión de más de 1.000 metros, de los que en algunos, como en parte de los ramales de comunicación abiertos á derecha é izquierda, fué necesario valerse de cestones y faginas por el entorpecimiento que oponía el terreno, todo él de roca, y exigiendo el uso frecuente del barreno y la pólvora. El trabajo era ímprobo; el cansancio, de consiguiente, en la tropa, extremo; y si el 18 se señalaban los emplazamientos de once baterías á vanguardia, sería necesario esperar al 25 para establecerlas en condiciones de recibir la artillería. Sólo, pues, el 26, y cuando se daba también principio á la obra de la segunda paralela, que hubo de abandonarse durante el día, rompieron el fuego cincuenta y dos piezas francesas sobre la plaza, que á las cuatro de la tarde contestaba ya débilmente con las suyas. Varias casas caían á la vez arruinadas entre las llamas y volaban algunos repuestos de municiones en el recinto, sin que lograran evitarlo, ni los esfuerzos de la tropa y del paisanaje que acudía á apagar los incendios causados por las bombas del sitiador, ni la previsión de los oficiales encargados de la

**Se rompe el fuego.**

defensa de las fortificaciones. Pero si eso revelaba ya la superioridad del fuego de los franceses desde el primer momento, fué á ponerla de manifiesto por modo asaz terrorífico la voladura de la gran torre que hemos dicho servía en el interior de la plaza para depósito general de víveres y municiones. «A punto de anochecer aquel mismo día 26, dice un historiador portugués, á cosa de las ocho, tembló repentinamente la tierra, saltando por los aires el castillo y sus almacenes, levantados en el centro de la plaza, en medio de un torbellino de fuego y humo. Tan terrible explosión convirtió la villa toda en un miserable montón de ruinas; las piezas de artillería quedaron casi todas desmontadas ó cayeron precipitadas al foso. Murieron quinientas personas; muchas otras resultaron heridas, no permaneciendo más de seis casas en pie». (1) El revés era tremendo y constituía una verdadera catástrofe para los defensores de Almeida; que si las fortificaciones del recinto sufrieron poco, según afirmó Beresford en su información sobre aquel suceso, y lo han asegurado después otros que lo historiaron, el desánimo se apoderó de los defensores y la desconfianza de su valiente gobernador. En el parte que dió éste al general acaba-

**Capitulación de Almeida.**

(1) Sobre la causa de la explosión hay varias versiones, no todas acordes. Hay quien dice que un proyectil francés pegó fuego á uno de los barriles que, imprudentemente, se hacían rodar por el camino del fuerte á las baterías á que iban destinados, comunicándose á los que se conducían detrás, y de ellos al almacén general. Un oficial de artillería de la plaza, Juan de Sousa Moreira, aseguraba, con el testimonio de uno de sus soldados, que uno de aquellos barriles tenía un agujero que iba produciendo tal reguero que, incendiado por una bomba enemiga, fué transmitiendo el fuego hasta el depósito de la torre.

do de citar, dejó ver de una manera elocuente el efecto causado por aquella voladura en el caserío y las defensas de la plaza, en el ánimo de los habitantes y en el suyo, también, ante un espectáculo que le hacía desesperar de las fuerzas morales y materiales con que contaba para corresponder á los fines para que se le había destinado en la defensa de aquel punto tan importante.

Quedábanle, sin embargo, casi el total de la fuerza en hombres y en piezas de artillería; las murallas casi intactas, sin brecha alguna en ellas; víveres en abundancia y hasta municiones, ya que muy disminuídas, suficientes para prolongar la resistencia por algunos de los días que tanto parecía desear el Lord, su general en jefe. ¿Por qué no llegó el general Cox á satisfacer esos tan legítimos deseos y su propia ambición de adquirir una gloria que le pusiera al nivel del digno gobernador de Ciudad Rodrigo, cuya hazaña había podido admirar de tan cerca? Por una cosa con que no había contado Lord Wellington, tan previsor en todo, ni tampoco el que se encargó de llenar sus miras, siendo tan valiente y enérgico; la buena voluntad de los portugueses, presidiarios de Almeida, dándola Cox por segura y firme, rechazó el 27 las proposiciones que con dos oficiales le dirigió Massena para la entrega de la plaza, aun siendo *honrosas* para la guarnición; proponiéndose él prolongar la defensa por dos ó tres días, los necesarios para recibir los socorros pue pudiera enviarle el ejército aliado que tan próximo estaba. Cedió, con todo, de su generoso propósito algunas horas después de haberse renovado el fuego el día 27, muy flojo por parte de la fortaleza, violen-

tísimo por la de los sitiadores, y de convencerse de que no le llegaba ni le llegaría el apetecido socorro (1). Y es que se había equivocado en su concepto del espíritu de la tropa que se le dió á mandar. Los defensores de Almeida no eran los de Ciudad Rodrigo, ni mucho menos los de Zaragoza y Gerona; la sola presencia de algunos compatriotas al lado de los oficiales franceses negociadores de la capitulación bastó para que, estableciéndose corrientes de simpatía entre ellos y la guarnición que les miraba desde los muros, se crease en la plaza un movimiento de insurrección que, con el pretexto del abandono en que la dejaban los ingleses, se impusiera á su gobernador, á su patriotismo y

(1) Da Luz Soriano, pretende disculpar á los ingleses de su inercia, diciendo que no le fué suministrado el socorro á Almeida «por una nueva fatalidad que se reunió con la de la desgraciada explosión, la de que en la tarde del 25 y en la mañana del 26 no se podía alcanzar con la vista lo que pasaba en Almeida por la obscuridad de la atmósfera.» Lo que esto produjo fué la interrupción del telégrafo, así lo escribía Wellington; pero el ruido de la artillería y el estruendo de la voladura del castillo, que, de seguro, retumbaría hasta muchas leguas á la redonda, y la vista, después, de los más altos edificios ya en ruinas, las torres y el castillo, debieron hacer comprender á los ingleses que algo muy grave sucedía en la plaza que estaban encargados de observar, y el peligro, también grave, que correría. Lo que hay es que, ya lo hemos probado, Wellington, á pesar de sus protestas y ofrecimientos en contrario, nunca pensó en acudir al socorro de Almeida. ¿Ni por qué, después de no haberlo proporcionado á Ciudad Rodrigo?

Fririón dice que él fué quien llevó á Cox la intimación de Massena, y traslada á su Diario histórico la conversación que sostuvo con el jefe inglés para demostrarle su conocimiento del triste estado de la plaza, del error en que estaba al esperar el socorro de Wellington y de la necesidad en que, por consiguiente, se veía de rendirse. Massena, en su parte á Berthier, señala á su primer ayudante como portador de la carta que dirigió al gobernador de Almeida, y á Alorna como intermediario para con los sitiados mientras duraba la entrevista de los dos primeros. Al nombre de Alorna añaden algunos historiadores el del general Pamplona, portugués también y al servicio del Emperador.

á sus deberes. El teniente Rey de la plaza, Francisco Bernardo da Costa de Almeida; y el comandante de la Artillería, Fortunato José Barreiros, que dicen se entendía con el Marqués de Alorna, general, ya conocido de nuestros lectores y jefe de los portugueses que servían en el ejército de Massena, dirigieron el motín que Cox no pudo resistir, sólo, como se hallaba, y envuelto, como se vió, en la multitud de sus soldados, que le amenazaban con franquear las puertas de la plaza á las tropas francesas. A las once de la noche enviaba, así, al campo del sitiador firmada la capitulación que horas antes había rechazado, y el 28 de agosto por la mañana salían de la plaza y deponían las armas cerca de 5.000 hombres. Los que pertenecían á los cuerpos de milicias fueron despedidos á sus casas, autorizados por la capitulación, y de los demás, no pocos, para no ser conducidos á Francia como prisioneros de guerra, tomaron plaza en el ejército imperial, reorganizándose el regimiento núm. 24 de línea con oficiales adictos á Napoleón y entrando más de 200 entre artilleros y soldados de caballería á formar parte de los cuerpos franceses de su arma respectiva. La precaución de no ocuparlos en servicios importantes resultó inútil, porque tardaron muy poco en abandonar las filas francesas para volver á las del ejército anglo-portugués. Alorna, aduciendo el ejemplo de los que en 1807 habían sido incorporados al ejército imperial y seguían en él, logró de Massena la formación de una brigada portuguesa á las órdenes del general Pamplona, á la que, después de prestar sus individuos el juramento de fidelidad á las nuevas banderas, se le dieron armas de las conquistadas en Almeida; pero, como acabamos de

indicar, á los ocho días servía casi toda ella junto á sus camaradas de Lord Wellington, que fácilmente disculpó aquella deserción de la tropa, inspirada por el patriotismo y la falta de lo ofrecido por los franceses en las estipulaciones de Almeida (1).

Conducta del gobierno portugués.

No pensaba lo mismo respecto á los oficiales, cuya expulsión del ejército portugués propuso; «porque esos, decía, deben exponerse á todo género de trabajos, deben sufrir las mayores crueldades y hasta la muerte antes que hacerse cómplices de un acto que yo debo considerar deshonroso, como el de su alianza ó trato con el enemigo, aun con el intento y la firme resolución de engañarlo (2). En Lisboa hizo peor efecto aún la conducta de los presidiarios de Almeida, atribuyéndola á las sugestiones de los afrancesados del campo de Massena, y más todavía á la de los que se mantenían en el Reino, tan poco animosos como faltos del patriotismo necesario para hacer frente á circunstancias tan difíciles. Y mientras el gobierno recompensaba á las familias de los muertos en Almeida y de los que habían pre-

(1) Da Luz Soriano ofrece, con ese motivo, en su obra una serie de consideraciones sumamente discretas para demostrar el derecho que tenían y la obligación en que se hallaban los defensores de Almeida para abandonar las filas francesas, así como la falta de patriotismo en los que servían en ellas desde la primera ocupación de Portugal por Junot. Alorna y Pamplona salen muy mal librados en la disertación de Da Luz, acusándolos éste, y con justicia, de no haber aprovechado ocasiones tan propicias como el paso por el territorio español y la entrada en su país para, como el Obispo de Coimbra, reunirse á los enemigos de Napoleón.

(2) Se conoce que Lord Wellington no se había hecho aún cargo de la naturaleza de aquella guerra para los españoles y portugueses. Pues medrados hubieran quedado de observar las leyes del honor militar con ese rigorismo, cuando sus respectivos países fueron asaltados por los franceses valiéndose de la más negra traición y, mejor que de las armas, de sus intrigas.

ferido marchar prisioneros á Francia á servir en los ejércitos imperiales, con sueldos que la penuria del Erario hizo luego ilusorios, se entregó á medidas inusitadas de rigor para con los que, fraternizando en ideas con los afrancesados del ejército de Massena, pudieran en el interior poner en peligro la patria con sus comunicaciones y con su acción también, si se les daba lugar á ella. Fueron públicamente declarados traidores Alorna y cuantos le acompañaban en la invasión de la patria; se tomaron providencias eficacísimas contra las sociedades secretas, la masónica especialmente, consideradas como partidarias de la causa francesa, y los anteriormente deportados á varios puntos de Portugal, recibieron nuevo destino fuera de la Península. La fragata Amazona los llevó á la Isla Tercera de las Azores, donde desembarcaron con el mismo aparato de fuerza, precauciones y escándalo con que se les había sacado de Lisboa, entre filas de soldados con sus armas cargadas y al son de sus tambores. Entre los deportados, cuyo número en aquella remesa ascendió al de 48, los había de todas las clases sociales y carreras ú oficios, y con los afrancesados iban confundidos hombres á quienes sólo se podía acusar de secuaces de los principios políticos, más ó menos afines de los de la revolución francesa, liberales en una palabra y aspirando á la constitución de un gobierno representativo. Ya fueron después exceptuados algunos por el favor del ministro inglés en Portugal, Sir Carlos Stuart, soltándolos en las Azores para embarcarse con rumbo á la Gran Bretaña, lo cual hizo suponer que tanto aquel diplomático como Wellington habían tomado parte en la medida asaz rigurosa de los gobernadores portugueses, como en

las excepciones á que accedieron los mismos y que fueron desaprobadas en Río Janeiro. Desmintióse luego la noticia de esa connivencia del general y el ministro en las medidas del gobierno, y se negó que tuvieran conocimiento siquiera de ellas hasta después de ejecutadas; pero la opinión siguió atribuyéndosela, por aquello, sin duda, de que no se movía una hoja de los árboles de Portugal sin el permiso de los prepotentes delegados del Reino Unido.

Daba lugar á esos y otros procedimientos de rigor una proclama de Massena publicada el 1.° de agosto en que, afectando las ideas más conciliadoras para con los portugueses, les prometía la protección del Emperador á todas sus legítimas aspiraciones y más caros intereses que, en vez de amparar, tendían á sofocar los que, llamándose sus aliados, no procuraban sino fomentar los suyos propios. Trataba de demostrárselo con el ejemplo dado en Ciudad Rodrigo, para cuya liberación no habían quemado los ingleses un solo cartucho, y con el que les estaba dando en Almeida, donde no habían querido comprometer más que uno solo de sus compatriotas, Cox, para que alentase á toda la guarnición á una defensa de que su ejército era el único que habría de aprovecharse. Y terminaba así: «Tomad, pues, una resolución que os ofrece todas las ventajas de la paz. Permaneced en vuestros hogares; entregaos á vuestros habituales trabajos, y no miréis como enemigos sino á los que os aconsejan una guerra cuyas probabilidades serán todas contrarias al bien de vuestro país.»

**Continúan las operaciones.**

Tomado Almeida, Massena hizo, como en Ciudad Rodrigo, reparar las fortificaciones en lo poco que ha-

bían sufrido, y hubiera hecho otro tanto con los edificios de la población sin la falta absoluta en que se encontró de materiales, teniendo, aun para las obras indispensables, que recurrir á los pueblos próximos si había de procurarse alguna madera, tejas y cal, y eso echando á tierra no pocas de las casas mejor construídas. Y nombrado gobernador de la plaza al general Brenier, hombre de prendas militares que acreditó allí mismo algo después, y puestos de presidio dos buenos batallones del cuerpo de Ney, el Príncipe de Essling se preparó á penetrar en el interior de Portugal, rompiendo la marcha el 15 de septiembre, antes de que le llegaran nuevas y apremiantes instrucciones de Napoleón, impaciente por ver á los ingleses arrojados, como él decía, al mar.

Opiniones de Wellington.

No estaban ellos lejos de hacerlo, puede decirse que voluntariamente, creada en el ejército una atmósfera que sólo la energía de su general en jefe lograría disipar. La conquista de Ciudad Rodrigo y Almeida, la fama de lo numeroso y disciplinado del ejército que iba á la jornada de Portugal; y más, acaso, la de su caudillo, arquetipo entonces de un hombre de guerra, el de Zurich, Rivolí, Génova y Wagram, sirvieron de motivo para una correspondencia de la tropa y de los oficialos ingleses, tan copiosa, que en las islas Británicas esparció rápidamente y generalizó la idea de la necesidad de abandonar la Península á su suerte, ahorrándose así la sangre, el oro y la honra de los insulares, comprometidos en una lucha estéril, á lo visto, á intereses tan caros. El mismo gobierno inglés vacilaba en sus resoluciones, escarmentado con el triste éxito de la expedición de Walckeren y la pérdida del

apoyo que había tenido en el Austria, tan rápida y completamente sometida á Napoleón. Pero, ya lo hemos dicho, la energía de Wellington se sobrepuso á las quejas de sus subordinados y á las indecisiones y recelos de su gobierno. Después de lamentar la situación personal en que había quedado en el país por sus operaciones últimas, y en la alternativa de lo que la ignorancia pudiera atribuirle en cuanto á sus planes y su deber, si éstos habrían de dar el resultado apetecido; comprendiendo que hasta en el gobierno mismo parecía faltarle la confianza necesaria para las medidas que se estaban adoptando en el país, pues que los oficiales que iban de Inglaterra, creían hallar el ejército á punto de embarcarse, idea que se le había dicho abrigaban algunos de los ministros de la Corona; y después también de manifestar que todo eso no era para darle alientos y, por el contrario, podía atribuirse la corta acción ejercida últimamente á la falta de confianza en los miembros del gobierno, le recomendaba, para el caso de permanecer firme en su resolución de continuar la guerra, las providencias siguientes:

1.ª La orden positiva á los jefes que mandaban en Sicilia y Malta de enviar sus tropas, puesto que no era de temer ningún ataque á aquellas islas.

2.ª Que se dirija la misma orden á Halifax.

3.ª Hacerle responsable de la salvaguardia de Cádiz y Gibraltar, dejando á su discreción el repartir las guarniciones de aquellas plazas según mejor le pareciese.

4.ª Enviar á Lisboa cuanta infantería haya disponible de la de Walckeren que se halle en estado de servir. No se moverá de las inmediaciones de aquella ciudad donde podrá reponerse completamente.

5.ª Enviar al Tajo, sin pérdida de tiempo, armas, vestuario, calzado, herraduras, grandes capotes y mantas, y autorizarle para darlas á los españoles y portugueses como mejor crea.

6.ª Enviar algunos factores y transportes de víveres á Lisboa con provisiones, armas, municiones, pólvora, herraje y abrigos, autorizándole también para remitirlos á lo largo de la costa oriental de la Península para proveer á las guarniciones, etc.

7.ª Autorizarle para facilitar á españoles y portugueses algunas cantidades de dinero, si lo tuviese, ó transportes y provisiones si fuera necesario.

Ultimamente, y por P. S., manifestaba el Lord deber llamar la atención del conde de Liverpool sobre la necesidad de una flota considerable en el Tajo, tanto de navíos de línea, como de fragatas y de embarcaciones pequeñas (1)».

No había, pues, más que organizar la defensa de Portugal que Wellington, una vez perdida la plaza de Almeida, tan prematuramente en su concepto, y después de reunir cuántas noticias pudo obtener de las fuerzas y situación de los diferentes cuerpos franceses por sus mejores agentes, los generales y guerrilleros españoles, se dispuso á realizar con sus propios recursos militares y, mejor aún, con los que le proporcionara el patriotismo de sus aliados, los portugueses con especialidad, los más interesados en ella.

Sabía, y toda su correspondencia lo demuestra, el pensamiento de Napoleón en aquella campaña por los pliegos que cada día interceptaban nuestras partidas

(1) Despacho de 19 de agosto de 1810, desde Celórico.

y que, á pesar de todo, volvieron á enviarle, y la distribución que se había dado á los ejércitos franceses y su destino respectivo, el golpe, de consiguiente, de los que amenazaban al suyo y las direcciones que habían de seguir para combatirle; conocía mucho mejor que los enemigos el terreno en que iban á buscarle y donde, como muy luego veremos, tenía apostadas divisiones suficientemente fuertes para impedir las maniobras de flanco ó envolventes que pudieran emprender, y confiaba, además, en que por último hallaría un refugio bastante seguro para combatir con las mayores probabilidades de éxito, ya que en él podría recibir todo género de refuerzos, así de España como de Inglaterra.

**Situación del ejército aliado.**

Las fuerzas inglesas de su mando en aquel teatro de la guerra consistían en cinco divisiones de infantería y una de caballería, con un total de 23.400 hombres, según hemos antes indicado aunque á la ligera. Mandaba la primera de esas divisiones, compuesta de 6.000 hombres, el general Spéncer, situado entonces en Vizeu, á retaguardia de las posiciones inglesas de primera línea. La segunda, con 5.000, se situó en Abrantes, regida por el general Hill, destinado á observar los movimientos de Reynier é impedir su paso por el Tajo sobre el flanco de aquellas mismas posiciones. La tercera, de Pictón, reunía unos 3.000 hombres en Celórico, cuartel general de Wellington en primera línea, y en observación, también, y espera, hasta entonces, de los sitios de Ciudad Rodrigo y Almeida y, después, de las maniobras con que Massena rompiera su marcha invasora al corazón de Portugal. La cuarta estaba á las órdenes del general Cole en Guarda, *el Escudo de la Estrella*, con 4.000 infantes, un poco inclinada á la

derecha, así para mantener esta ala del ejército como para poderse dar la mano con la división Hill por Belmonte y Sobreira-Formosa. Crawfurd con las tropas ligeras, unos 2.400 hombres, continuaría, como se le ha visto, siempre á vanguardia á la vista del enemigo, entorpeciendo, en cuanto le fuera posible, los reconocimientos, los forrajes, las operaciones todas de los franceses en sus servicios de avanzadas. La caballería se mantenía acantonada en los puntos del valle del Mondego más propios para apoyar al ejército y poderse mantener. Tenía sobre 3.000 caballos; y si, como dice Napier, es inferior á la francesa, y ya hemos dicho en otra parte de esta historia el motivo, ninguna la supera en la calidad de los caballos ni en el ardimiento de sus jinetes. Su misión acabamos de decir cuál era, y no tardarían sus destacamentos en dar pruebas de la utilidad de sus servicios (1).

Con las tropas inglesas iban las portuguesas que, cambiando su verdadero papel en una campaña cuyo teatro era su propio solar, aparecían como auxiliares de las de la Gran Bretaña, extrañas á él. No podemos entrar en su más detallada clasificación, porque la hecha por sus aliados, tan exclusivistas y altaneros, las rebaja á punto de ser irritante para las de un país como Portugal que, además de poner sus hijos bajo la autoridad y la dirección del generalísimo inglés, hacía los

(1) Dice Napier: «El resultado de cien combates, y el testimonio de escritores imparciales, han señalado á la infantería inglesa el primer lugar entre las de otras naciones; pero comparando las tropas de la Francia con las de Inglaterra, sería injusto no reconocer que la caballería francesa supera á la inglesa».
No es poco reconocer.

mayores sacrificios por ayudarle en una empresa que es muy difícil asegurar para quién sería más útil, si para la independencia lusitana ó para la supremacía británica en los destinos del mundo, para la salvación, quizás, suya en la gravísima crisis por que estaba atravesando.

Las tropas portuguesas afectas, mejor dicho, anexas al ejército inglés de operaciones en la Beira, no sumaban, si ha de creerse á Lord Wellington, más de 20.000 hombres, número muy inferior, y así nos lo parece también, al consignado por los historiadores lusitanos con datos, en concepto nuestro también, irrefutables (1). Su número debió pasar de 25.000 combatientes, con lo que puede elevarse el del ejército aliado que iba á oponerse al francés de Massena al de unos 50.000 hombres, y eso sin contar los cuerpos ó divisiones que pudiéramos llamar volantes de Bacellar, Silveira, Miller y Trant que, aun operando más al Norte, en Tras-os-

(1) El asunto es tan interesante para el estudio de aquella campaña, en que no hubiera vencido Wellington sin la generosa abnegación de los portugueses, y tan interesante para la honra militar de éstos, que se nos permitirá consignar aquí los cálculos del Sr. Da Luz Soriano en demostración de sus patrióticos asertos.

Dice así en una nota de su obra· «Lord Wellington, en la relación de sus operaciones en la campaña de 1810, enumera las fuerzas del ejército portugués de la siguiente manera, refiriéndose á la situación de 1.º de junio de aquel año, diciendo que constaba de 23.000 hombres disponibles de caballería, infantería y artillería. Dice, además, que de ese número, cosa de 1.200 hombres de caballería, 5.000 de infantería y 300 de artillería, se hallaban con el general Hill; quedándole así á él 23.000 efectivos. Cinco regimientos portugueses estaban empleados en guarniciones y otro en Cádiz. Tres regimientos más de infantería y dos batallones de la leal legión lusitana, impropios para el servicio de campaña, formaban con la caballería, igualmente impropia para ese mismo servicio, un número no inferior al de 10.000 hombres disponibles. Por consiguiente, en la Beira no había, según él, más que 15.000 por-

montes, el Minho y O'Porto, prestarían importantísimos servicios á Lord Wellington en aquella campaña. Beresford continuaba organizando nuevos cuerpos portugueses y puesto en comunicación con Hill para el caso, eso sí improbable, de que el enemigo tomara la dirección de Castello-Branco ó acudiera por el Alemtejo sobre el puente de Abrantes. Aún acudiría algún cuerpo de refuerzo enviado por entonces desde Inglaterra, y siempre se conservaría en Thomar una división portuguesa, así para caer sobre Abrantes, si por allí atacaban los franceses, como para apoyar la retirada de Wellington en la línea, que por fin siguió, de Coimbra á Lisboa.

**La del francés.** El ejército francés al penetrar en Portugal era formidable, y su general en jefe, después de ocupadas las

---

tugueses disponibles, poco más ó menos. En suma, así de la fuerza inglesa como de la portuguesa, apenas si se llegaba en el citado mes de junio de 1810 á un total de 32.000 combatientes, incluso la artillería. De éste y otros casos semejantes sacamos, por conclusión, que el señalamiento de las fuerzas beligerantes, sea por parte de los franceses, sea por la de los ingleses, resulta siempre deficiente, no merece confianza. En un estado que existe en la página 264 de un almanaque de Valdés, ó lista general del ejército portugués en el año de 1842, se ve la fuerza del referido ejército, relativa al año de 1810, señalada del modo siguiente: cuatro regimientos de artillería con 4.929 hombres; doce regimientos de caballería con 6.678 hombres y 4.469 caballos; veinticuatro regimientos de infantería con 36.356 hombres; doce batallones de cazadores con 3.878 hombres, llegando así el ejército portugués de primera línea á ser de 51.841 hombres en su totalidad, y esto sin contar con la fuerza de cincuenta y tres regimientos de milicias ó tropa de segunda línea, cuyo número de hombres andaba entre los de 50.000 y 52.000. Ignoramos las fuentes de que haya Lord Wellington sacado los guarismos que consigna en su citada relación; pero, según unos estados que hemos visto en nuestra Secretaría de la guerra, sólo la fuerza del ejército portugués que entró en la batalla de Bussaco era de 29.065 hombres, entre oficiales y soldados, como luego veremos al especificar los cuerpos y la fuerza de cada uno de ellos».

plazas de Ciudad Rodrigo y Almeida que iban á constituir su base de operaciones, lo dispuso, como él sabía hacerlo, para emprender resueltamente la conquista de aquel reino. Constaba, según dijimos también, de tres cuerpos de ejército, que seguían mandando Reynier, Ney y Junot, con la fuerza total de 74.119 hombres y caballos, en la revista del 15 de septiembre, día en que puede considerarse comenzaron las operaciones de la invasión (1). Ese ejército, sin embargo, tenía que pro-

---

(1) Estas cifras están sacadas del «Diario histórico de la Campaña de Portugal» por el Barón Fririón, hijo del general Jefe de E. M. de aquel ejército, tan celebrado por sus servicios y talentos militares y de quien ya hemos dado alguna noticia en esta historia. En ese libro existe un cuadro completo y detallado de la fuerza del ejército de Portugal; pero creemos baste para nuestro proposito el resumen que aparece á su pie. Héle aquí:

**Recapitulación general**

| | | | | | Oficiales | Tropa | Caballo |
|---|---|---|---|---|---|---|---|
| Estado Mayor General | | | | | 66 | » | 870 |
| Gendarmería imperial | | | | | 6 | 171 | 200 |
| Equipajes militares | | | | | 21 | 626 | 868 |
| Ingenieros. (Nota. La Artillería de sitio quedó repartida en Almeida y Ciudad Rodrigo.) | | | | | 4 | 117 | 11 |
| 2.º Cuerpo | 1.ª División de Infantería | 242 | 5.615 | 370 | 642 | 14.717 | 2.720 |
| | 2.ª Idem id. | 278 | 7.162 | 394 | | | |
| | División de Caballería | 102 | 1.192 | 1.269 | | | |
| | Artillería é Ingenieros | 20 | 748 | 687 | | | |
| 6.º Cuerpo | 1.ª División de Infantería | 227 | 6.331 | » | 810 | 22.230 | 2.814 |
| | 2.ª Idem id | 234 | 6.789 | » | | | |
| | 3.ª Idem id | 243 | 6.673 | 111 | | | |
| | Brigada de Caballería ligera | 57 | 885 | 980 | | | |
| | Artillería é Ingenieros | 49 | 1.552 | 1.723 | | | |
| 8.º Cuerpo | 1.ª División de Infantería | 243 | 6.413 | 217 | 616 | 16.129 | 3.508 |
| | 2.ª Idem id | 246 | 6.964 | 198 | | | |
| | Brigada de Caballería | 92 | 1.654 | 1.942 | | | |
| | Artillería é Ingenieros | 35 | 1.098 | 1.151 | | | |
| División de Dragones | | | | | 171 | 3.480 | 3.822 |
| TOTAL GENERAL | | | | | 2.836 | 57.470 | 14.818 |

Da Luz Soriano supone el ejército francés de más de 80.000 hombres; Schépeler, de 60.000 infantes y 6.000 caballos; Thiers, que Massena al penetrar en Portugal no llevaba más de 50.000 combatientes; Napier, que 65.000, pero dejando á retaguardia en España cerca de 30.000.

veer á las guarniciones de aquellas fortalezas y á la observación de las avenidas de ambos flancos por donde podrían ser atacadas sus comunicaciones con ellas que, como llevamos dicho, constituían su más próxima y mejor base de todos sus movimientos sucesivos.

Representaciones de Massena.

Esta, la de la interrupción de sus comunicaciones, debía ser la más grave preocupación de Massena, pues es la que resalta en sus despachos al Emperador, en uno de los cuales le dice que son insuficientes las tropas que lleva para vencer á las incomparablemente superiores de los ingleses; que son infernales los caminos que va á recorrer; que no hallará víveres, siendo un gran problema el de saber cómo podrá subsistir ante un ejército como el aliado, provisto de todo, aumentándose en número mientras disminuiría el suyo, si no se le enviaba para apoyarle un cuerpo considerable con abastecimientos, municiones y arrastres. Y lo que Massena, lo declaraban también sus tenientes, murmurando de la ligereza con que se hacían en París tales proyectos, irrealizables para los encargados de ejecutarlos, y sobre los que se debían dirigir á Napoleón las más formales representaciones, y hasta oponerse á avanzar si no eran atendidas. Napoleón, con todo, exigía la ejecución de sus planes y, como siempre, inmediatamente; y Massena, contando con la próxima llegada del general Drouet con 20.000 hombres, y la de Gardanne con otros 8 ó 9.000, no se atrevió á insistir en sus observaciones á un hombre que le había colmado de favores, ni á que se le atribuyera una debilidad ó un temor que no sentía. Confiando, sobre todo, en su

Penetra en Portugal.

buena estrella y atendiendo á la inmensa influencia que el éxito de su empresa podría tener para la pacifi-

cación general de la Península, lanzábase el 16 de septiembre con sus tropas á través de la frontera, decidido á arrostrar, como los peligros, las responsabilidades que pudieran echar sobre él sus envidiosos subalternos y la opinión de sus más prudentes compatriotas.

Conveníale por aquellos primeros momentos mantener á Wellington en la duda de cuál sería el camino que iba á tomar el ejército francés, si el de la derecha ó el de la izquierda del Mondego, de que hemos dado noticia al principio de este capítulo. La situación de los anglo-portugueses, acaba también de verse, era la más propia para atender á todo, así para resistir la invasión por el de la derecha, como por el opuesto, y aún por el que, arrancando de éste, va de Guarda á Sobreira-Formosa y Abrantes.

Claro es que en aquella fecha el Mariscal había tomado su resolución, para lo que tenía, como suele decirse, carta blanca del Emperador; pero conveníale, repetimos, tener en suspenso el ánimo de su adversario, por si lograba así que no reconcentrase sus fuerzas donde se proponía batirle. Porque Wellington, aun descartando de sus cálculos la posibilidad de que los franceses siguieran en su irrupción el valle del Duero, por separarse demasiado de la línea que debería llevarlos á Lisboa, habría de atender á cerrar los tres caminos que, sea por el Mondego, sea por el Tajo, conducen á aquel principal, único objetivo, así debía pensarlo, de sus enemigos (1).

(1) En un despacho de Napoleón, interceptado en España, se decía á Massena: «El Emperador está demasiado lejos y

Fuera de los dos que siguen las aguas del Mondego, que eran los que probablemente tomarían los franceses, la situación del 2.° Cuerpo de ejército en el Tajo podría hacerle temer que Massena se dirigiera á Abrantes, para desde allí, reunido con Reynier que, cruzando el Erjas y el Ponzul, le acudiría por el camino de Castello-Branco, continuar su marcha á Santarén y Lisboa. Pero no; eran tales las dificultades que Reynier tendría que vencer en aquel camino, sabidas desde el tiempo de la expedición de Junot, y tales las que también podría ofrecer el de Belmonte y Sobreira-Formosa, por entre posiciones de buena defensa, que un general como Wellington, de sus talentos y experiencia, más se preocuparía de cerrar las avenidas de Coímbra. La duda estaría en conocer cuál de los caminos, si el de la derecha ó el de la izquierda del Mondego, que conducen á aquella célebre ciudad, sería el elegido por Massena para su ya inmediata invasión. El general inglés, una vez resuelto á, mientras no iniciasen los franceses un movimiento hacia Abrantes, mantenerse en las altas regiones de la Beira, necesitaba también algún tiempo, el preciso para dejar el país desprovisto de recursos para los enemigos, y á fin de atender al refuerzo y mejor or-

---

cambian con harta frecuencia las posiciones del enemigo para que os pueda decir el cómo debeis atacarle».

Napier copia ese despacho que, efectivamente, aparece en la correspondencia de Napoleón, aunque bastante desfigurado. Es de 19 de septiembre.

Por más que Napier y aun Thiers metan en la esfera de sus consideraciones la posibilidad de que los franceses se dirigieran á Oporto por Castilla ó Galicia, hay que descartar ésa, en vista de la situación de las cosas en aquellos días, de las instrucciones del Emperador, de la aglomeración, sobre todo, de tropas francesas junto á Almeida y del corto interés que en tal campaña ofrecía la Ciudad del Duero.

ganización de las tropas, así inglesas como portuguesas, que pudiera reunir (1). Y para eso tenía distribuído, según hemos visto, el ejército de su mando en observación de los franceses, aun después de haber estos tomado las plazas de Ciudad Rodrigo y Almeida. Pero si en los primeros momentos de la invasión pudo seguir en sus incertidumbres, no tardó Massena en sacarle de ellas al ponerle de manifiesto que ya tenía á su lado, en Guarda, el 2.° cuerpo que, destruyendo las barcas del Tajo, se había encumbrado á las posiciones de su cuartel-general, y que el ejército entero descendía por el Mondego hacia Coimbra.

Con efecto; el 17, Reynier ocupaba á Celórico; alguna de las divisiones de Ney se establecía en el puente de Juncais, y el 8.° cuerpo, de Junot, cerca de Trancoso. Aún no se había determinado en ese itinerario cuál de las dos orillas del Mondego sería la preferida para la marcha de los franceses; pero el día 18, á causa, se dice, de noticias y observaciones de los portugueses que iban con Massena, éste hizo que sus tropas pasaran el Mondego, y el 19 se establecía en Vizeu, seguido de la *impedimenta* y de la artillería, que llegaron en los días sucesivos con su material en gran parte destrozado.

«Los caminos, dice Fririón, son muy difíciles en aquel país hasta para las carretas de que hacen uso los habitantes, cuánto más deberían serlo para las piezas

(1) «Todas sus disposiciones, dice Napier, tuvieron por objeto el de obligar á los franceses á marchar en masa y ganar el tiempo necesario para coger las cosechas, completar sus líneas (las de Torres-Vedras), perfeccionar la disciplina de las tropas nacionales, completar el armamento y la organización de las Ordenanzas y, sobre todo, consolidar en el espíritu público el ascendiente moral que iba en él adquiriendo de día en día».

y sus armones; el ejército encontraba además innumebles obstáculos y le era necesario ensanchar ciertos pasos demasiados estrechos, franquear montañas, pendientes excesivamente rápidas, barrancos profundos y torrentes encajonados, tales como el Coa, el Pinhel, el Mondego, etc.»

Por mucho que trabajaron los artilleros recomponiendo su material en la marcha, no fué posible seguirla hasta el 24, en que, despejado de enemigos el campo á vanguardia de Vizeu, pudo el ejército avanzar hasta Mortagoa, cuyas posiciones ocupaba el 25 al frente ya de las tomadas por Lord Wellington en la desde entonces célebre sierra de Bussaco. Los generales Loisón y Montbrún, que iban de vanguardia, habían habilitado los puentes del Dao y del Criz, rotos por los ingleses, y recompuesto los caminos; con lo que la artillería pudo llegar á Mortagoa en disposición de hacer su servicio en cuanto el enemigo se decidiera á reñir una batalla cual ya la deseaban una y otra parte de los beligerantes.

**Medidas tomadas por Wellington.** Necesitaba darla cuanto antes el general británico si había de asegurar y hacer un tanto tranquilamente su retirada al gran campo atrincherado con tal previsión establecido delante de Lisboa, y la necesitaba también para dar tiempo á que los habitantes del país, que lo iban abandonando con cuanto, animales, víveres y enseres, podían llevarse, no encontraran en su fuga más obstáculos y dificultades que lo que representa una emigración tan repentina é inesperada como la que se les obligaba á ejecutar. Porque el Lord, como antonomásicamente se le llamaba, era inexorable en la realización de sus proyectos, costara mucho ó poco. Así

como no había querido comprometer nada de su parte para hacer levantar los sitios de las plazas fronterizas, conquistadas por los franceses á su vista sin que las prestara el menor auxilio, no conmoviéndole tan lamentable espectáculo, ni las súplicas, representaciones y hasta amenazas que se le dirigían, así también conminaba con las penas más graves, hasta con la de muerte, á los portugueses, pobres moradores de los campos y los pueblos, si no se retiraban delante del ejército inglés destruyendo cuanto no pudieran llevarse consigo para dejar así desierto y sin recurso alguno el teatro de la guerra. Fueron inútiles cuantas objeciones le hizo la Regencia de Portugal, preocupada con el estado en que iba á quedar el país, de llevarse á cabo tal sistema de guerra; Lord Wellington la presentó la disyuntiva de obedecerle ó de ver el embarque de las tropas inglesas y sufrir las consecuencias de la ocupación del Reino por los franceses; y los Gobernadores, usando la frase de un historiador, *se callaron maldiciendo al aliado casi tanto como al enemigo.*

**Su posición en Bussaco.**

En cuanto á las consecuencias de una batalla en el campo elegido por Wellington para darla, serían muy diferentes en uno y otro ejército, nunca, sin embargo, las que nos representan los historiadores ingleses, Napier, principalmente, entre ellos. «La victoria, dice éste, daba á Massena todas las ventajas posibles; una derrota le hacía poco daño á causa de su inumerable caballería y de la excelente composición de su ejército. Un revés grave podría conducirle á fijar su atención en Oporto en vez de en Coimbra, satisfaciéndose así con la toma de aquella ciudad y de las provincias del norte, hasta que preparativos más formidables le pusieran en

situación de volver á su primer plan. El tiempo ganado de esa suerte por los aliados no se emplearía nunca tan útilmente para la defensa como lo emplearía el enemigo para el ataque. Las fuerzas de los franceses podían aumentar indefinidamente, mientras los recursos del general inglés serían muy limitados, y era dudoso el que la Inglaterra y aun el mismo Portugal quisieran soportar largo tiempo la guerra sin alguna ventaja palpable que compensase tantos males y gastos».

No caben más desaciertos en tan pocos renglones.

¿Es posible que un general tan entendido y experto como Napier, presente, además, en aquellas operaciones y conocedor, por lo tanto, del país en que se ejecutaron, halle fácil y sin gravísimos inconvenientes un cambio de base en ellas al verse el ejército francés rechazado y sin probalidades de refuerzos inmediatos y poderosos? Y ¡qué cambio! Situado Massena en Oporto, perdía su comunicación con Ciudad Rodrigo y Almeida, su única y excelente base de operaciones, la que le había recomendado Napoleón, la cubierta por todas las tropas que quedaron en Castilla y las que, ya lo hemos dicho, estaba esperando de Francia. En Oporto se vería más comprometido aún que lo había estado Soult en la campaña anterior, porque éste al fin tenía á su espalda las tropas de Ney, que entonces ocupaban Galicia, y caminos para cuya interceptación significaban poco las del marqués de la Romana. La línea del Duero es muy larga y accidentada para que pueda servir de comunicación con Almeida y Ciudad Rodrigo; y no hacía sino cuatro días que el coronel Trant, que dijimos formaba parte de la división portuguesa del norte, saliendo de Moimenta

da Beira con 2.000 hombres de milicias, un escuadrón y cinco piezas de artillería, había asaltado un grueso destacamento francés que le anunciaron custodiaba parte del parque del ejército. No era verdad, y la carga de los jinetes portugueses, que en un principio les valió algunos prisioneros, fué luego escarmentada por Montbrún; pero esto significa que el valle del Duero estaba vigilado y en armas y que el ejército de Massena, al retirarse á Oporto, perdía sus comunicaciones desde el primer día y, después, toda esperanza de salvación cuando Wellington, vencedor, se pusiera en su pista y sobre ese mismo valle, único camino que le quedaría para unirse con sus compatriotas del Coa y del Agueda. En cuanto al aumento de fuerzas que pudiera recibir Massena en Oporto, suponemos que de las de Seras y Kellermaun, atravesando parte de Castilla y Tras-os-Montes, nunca sería lo considerable que el de los aliados, porque al ruido de su victoria acudirían á éstos, no sólo cuantos portugueses se hallaban en su línea de Lisboa, sino que españoles también de los que con Romana se dirigían ya desde Extremadura y por el Alemtejo á reforzar el ejército inglés que suponían en completa retirada.

¿Eran de esperar, repetimos, tales desaciertos en un Napier?

Por el contrario, las consecuencias de un revés no podían ser para Wellington otras que las de su triunfo en Bussaco. Se hallaba en su línea normal de operaciones, la misma para su retirada que para su avance; tenía á su retaguardia, no sólo á los portugueses armados, el país todo á su devoción, dispuesto á los mayores sacrificios, y lo que él creía valer más que eso, la división

Hill, procedente de Santarén, y otra de los ingleses llegados de Walckeren que mandaba el general Leith, establecida en aquellos momentos en Thomar. Nada, pues, tenía que pudiera preocuparle á punto de temer la pérdida del ejército de su mando y mucho menos desde que penetrara en las líneas de Torres-Vedrás, su inexpugnable reducto de seguridad.

Así es que Wellington pudo establecerse en las crestas de la sierra de Bussaco, sin más preocupación que la de asegurar los flancos de su línea de batalla, con lo que siempre tendría expedita la de su retirada á Coimbra y luego á Lisboa.

La sierra de Bussaco ó de Alcoba es parte, la más austral, de la extensa y elevada de Caramulo que separa los valles del Vouga y del Mondego, casi perpendicularmente y en la dirección de N. á S. Quiere decir esto que esa línea de montes, alguno de los cuales alcanza la altura de más de 500 metros sobre el nivel del mar próximo, forma una como barrera áspera y empinada entre aquellos ríos, tanto más formidable cuanto que se une á otra de condiciones nada inferiores al otro lado del Mondego que, en época desconocida, debió abrirse paso por ellas rompiéndolas con la pesadumbre y la violencia de sus aguas. La de Caramulo en su unión con la de Bussaco presenta algunos collados, ásperos también y erizados de rocas como el resto de la montaña, pero que ofrecen el único paso mediano entre los dos valles que acabamos de mencionar, paso cuyo conocimiento importa mucho para el estudio de aquellas operaciones. De haber los franceses seguido por la márgen izquierda del Mondego, la parte de la sierra que hubieran tenido que defender las tropas anglo-portugue-

sas habría sido la que lleva el nombre de Murcella, contrafuerte muy notable de la Estrella, vasta meseta árida y destemplada que divide aguas con el Tajo, y cuya descripción, así como la de los grandes ramales que lanza al Mondego, tendrá lugar cuando el camino que los corta sea el que Massena elija para su retirada. Si el valle del Mondego, recorrido hasta entonces, ofrece el carácter de una gran concavidad que contendría el inmenso lago que acabó por romper, según hemos indicado, la sierra de Alcoba que era dique contra la fuerza de sus aguas, el que se extiende detrás es en general muy suave hasta el Océano, donde la costa, que Lord Wellington llamaba de hierro, se presenta sumamente dura, con particularidad junto á la cala de Figueira, donde desembarcó en 1808.

Aquel general describía así en su parte la posición que ocupó para rechazar á los franceses: «La sierra de Bussaco es una alta cresta que se extiende desde el Mondego en dirección septentrional unas ocho millas. En el punto más elevado, á unas dos millas de su terminación, están el convento y huerta de Bussaco. La sierra se liga por un espacio de terreno montañoso con la Serra de Caramula, la cual se extiende hacia el NE. más allá de Viseo, y separa el valle del Mondego del valle del Duero. En la orilla izquierda del Mondego, próximamente en una línea con la Serra do Bussaco, existe otra cumbre de igual carácter, llamada Serra da Murcella, cubierta por el río Alva y ligada por otros puntos también montañosos con la Serra d'Estrella. Todos los caminos á Coimbra desde la parte oriental pasan por una ú otra de estas sierras. Son muy difíciles para el paso de un ejército, por ser muy montuosos los apro-

ches á la cima de las sierras por ambas orillas (1)».

La posición, como se ve, es formidable si se defiende cual saben hacerlo los soldados británicos, mucho más estando regidos por quien siempre se distinguió por el tino con que las elegía todas y la prudencia y la habilidad con que procuraba su más eficaz defensa. Conocedor del ímpetu que es la primera de las excelencias del ejército francés, no difícil, sin embargo, de amortiguar si se le oponen obstáculos materiales que logren detenerlo, siquier por breves momentos, y el más resistente aún de la serenidad y la solidez del que él mandaba, hecho ya á combatirlo, Lord Wellington tenía muchas probabilidades en su favor para conseguir allí resultados iguales á los alcanzados por su talento hasta entonces. Todo consistiría en la colocación que diera á sus tropas, y en eso también era maestro, y en las precauciones que tomara á fin de no verse con la amenaza de ser envuelto en sus excelentes posiciones. Más há-

(1) Ni la descripción de Wellington ni la del autor del presente libro pueden dar idea bastante clara de aquel terreno. Quien la dará es el plano formado por el Depósito de la guerra que acompaña á este tomo. No parece, con todo eso, que esté fuera de lugar la copia de un párrafo de Napier que, como actor en aquel combate, es, á la vez, testigo de excepción en cuanto á detalles del terreno. «El camino, dice, que recorría la cresta de Bussaco proporcionaba una comunicación expedita; y justamente á espaldas de la extrema derecha se veía un vado por el que era fácil pasar las tropas en pocas horas á Murcella, detrás del Alva. La vertiente de Bussaço es escarpada, desigual y propia para la defensa. Establecida en puntos favorables, la artillería de los aliados podía obrar libremente sobre todo el frente de la posición, y la cima de la montaña, formando una especie de meseta, permitía situar en ella un pequeño cuerpo de caballería. La del enemigo, lo mismo que su artillería, estaban, por el contrario, comprometidas en un camino muy malo; la infantería tenía que luchar con todo género de dificultades, y la aproximación del puesto era muy desfavorable para el ejército que lo atacase».

bil en lo primero que en el arte de maniobrar y de impedir la acción táctica del enemigo, luego podremos motivar nuestros juicios sobre las causas que más influyeron para que su victoria no fuera todo lo completa que merecían el acierto en la elección del campo de batalla y el valor y consistencia de las tropas de su mando.

**Formación de los aliados.**

Tres eran entonces los caminos que desde Mortagoa conducían á Coimbra; uno, el de la izquierda, próximo al Mondego; el que cruzaba la sierra por su punto culminante, donde tenía asiento una gran fábrica, el convento de Bussaco, servido en aquella época por los carmelitas descalzos del reino; y otro intermedio que, al separarse del primero, su inmediato, se dirigía también á Coimbra por la aldea de Santo Antonio do Cántaro, situada en una altura próximamente paralela á la sierra, de la que la separa un gran barranco, nuevo obstáculo que era necesario salvasen los franceses bajo el fuego, ya próximo, del enemigo. El primero de aquellos caminos estaría luego defendido por la división inglesa de Hill, establecida en una altura desde la que lo barrería con los fuegos de sus piezas. A la izquierda de Hill se situó la fuerza con que Leith había acudido á reforzar el ejército en aquel campo de batalla, teniendo á su retaguardia la legión leal lusitana. La división Pictón cubría el camino de Santo Antonio de Cántaro, y, aun cuando muy separada de la de Leith por lo desigual y áspero del terreno que mediaba entre ellas, la situación un poco avanzada de Leith ofrecía la ventaja de descubrir perfectamente y flanquear los movimientos que pudieran hacer los franceses sobre las posiciones centrales de la línea inglesa. También Pictón tenía su reserva portuguesa como las demás divisiones,

para que las tropas británicas resistiesen las primeras el empuje de los franceses, siempre tan violento y ejecutivo.

Seguía la división Spéncer, en cuya extrema izquierda formó la brigada lusitana de Pack tocando á las paredes ó tapias del convento de Bussaco que, por el otro lado, tocaba la división ligera de Crawfurd, apoyada á retaguardia por la real legión alemana que estaba en columnas. Bien se conocía que aquel tránsito de la sierra era el más importante y se quería guardar mejor, así por lo expedito de la vía como por su altura y el edificio que la coronaba. Más á la izquierda aún se hallaba la división Cole, terminando la línea con otra brigada portuguesa que, además de servir de atalaya en la vasta concavidad que allí forma la sierra, podría coger de flanco cualquier ataque intentado para penetrar en ella y en dirección al convento. En los claros que dejaban los cuerpos en la línea ó en los puntos de la meseta que se consideraron más convenientes se establecieron las piezas de artillería y algún escuadrón de dragones; y sobre otros diversos, como dice Soriano da Luz, «á retaguardia de la línea defensiva, se situaron, como reserva de la línea general del ejército, la mayor parte de las tropas portuguesas con el fin de sostener al cuerpo principal de batalla (1)».

Massena, una vez en Mortagoa, recompuesto el material de su artillería y hechos los reconocimientos ne-

(1) Ese mismo escritor valúa en 60.000 hombres los que Wellington tenía á sus órdenes en aquella jornada; y dice en una nota que no da fe á los estados de los ejércitos de una y otra parte de los beligerantes porque ha visto que el mismo Lord disminuye sus fuerzas, especialmente respecto á las portuguesas, y eleva, por el contrario, las del enemigo.

cesarios, preparó el ataque de las posiciones de Bussaco para la mañana del 27. Y se propuso verificarlo de frente, sin dar importancia al terreno, todo cubierto de rocas y matorrales, ni á la gran distancia que habrían de recorrer sus columnas antes de llegar hasta el enemigo, bajo el fuego de artillería y de fusil que mal podrían contrarrestar en su ataque. No valieron las reflexiones que hubo de oir de los generales Fririón y Eblé, haciéndole observar la conveniencia de envolver aquella tan formidable posición para que la abandonasen los ingleses y no atacar, según la frase francesa, *le taureau par les cornes*. «El niño mimado de la victoria, escribía después su jefe de Estado Mayor, se satisfizo con responderles: *Vosotros sois del ejército del Rhin y preferís las maniobras; esta es la primera vez que Wellington está dispuesto á dar batalla y quiero aprovechar la ocasión*».

¡No parece sino que Napoleón había dejado de maniobrar, y como más convenía, en sus grandes batallas de Italia!

La división Merle del 2.° cuerpo (Reynier) ocupó las alturas de Santo Antonio con un regimiento ligero en la Venda, sostenido por la brigada Foy; la artillería en la meseta de aquella misma montaña, y su caballería y el resto de la división Heudelet en reserva. **La de los franceses.**

El mariscal Ney formó las tropas del 6.° cuerpo frente á la posición del convento de Bussaco; la división Loisón, en masa por brigadas; la de Marchand, dispuesta á desembocar por la izquierda para apoyar á la anterior en su ataque, y la de Mermet en reserva.

El 8.° cuerpo (Junot) quedó á retaguardia con su 1.ª división; la de Clausel, en disposición de reforzar á

Reynier en Santo Antonio, y la de Solignac con la caballería preparada para unir sus esfuerzos á los de Ney si era necesario.

La batalla. Ataque de la izquierda.

Merle avanzó con su división en columna cerrada, á pesar de los obstáculos que le presentaba el terreno y los no menos poderosos que le iba ofreciendo el enemigo á cada paso con el fuego de su artillería y, más aún, con el de sus tiradores, apostados, como es de suponer, en los accidentes de todo su frente. Tal era, sin embargo, el ímpetu de su marcha desde el primer arranque, que ni la metralla ni las balas de las avanzadas inglesas impidieron el acceso de los franceses á la cumbre de la sierra, donde lograron romper la derecha de la división Pictón y hacer pedazos á un regimiento portugués que pretendió también detenerlos.

Si este ataque lograba tal resultado, mucho mayor debía esperarse cuando llegara á reunirse en lo alto de la sierra toda la fuerza de la división imperial, que no podía subir concentrada por las dificultades del terreno y el fuego enemigo. Pero una vez entera en la cumbre de la montaña asaltada, se abrió en dos alas; la derecha, para acabar con la división Pictón, y la de la izquierda para resistir á la de Leith que acudía á sostenerla. En defensa de Pictón corrió el mismo Wellington desde la posición central en que se había situado; y asestando dos piezas contra la cabeza de la columa francesa y oponiéndole, además, el fuego de las reservas portuguesas, logró arrojarla por la montaña abajo, confundida con sus perseguidores que la causaron multitud de bajas. La parte de la división de Merle que había variado á la izquierda, ocupó las rocas y cumbres más altas de aquella parte de la sierra

y se creyó dueña ya de la posición, con tanto más fundamento cuanto que, envuelta en una espesa nube, no descubría enemigos que la disputaran su momentáneo triunfo. Y era que la división Leith, establecida, según ya hemos dicho, en la derecha inglesa y separada de Pictón por un espacio muy considerable, ya lo hicimos también notar, aunque observó el ataque de los franceses y su éxito, necesitaba media hora por lo menos para llegar en auxilio de sus camaradas. Leith, pues, formando su primera brigada en columnas de ataque y haciéndola seguir de la segunda, se dirigió sobre los enemigos apoderados de la montaña. Si los franceses hubieran maniobrado como debían; si los de Reynier, establecidos en las posiciones de Santo Antonio, hubieran acudido á reforzar á sus victoriosos compañeros de la división Merle ó marcharan contra la inglesa de Leith para impedir su movimiento de flanco, que pudieron observar, otra habría sido la suerte de aquellos en su valiente y afortunada acción. Es verdad que, al dejar la división Leith su puesto en la línea, entraba en ella la de Sir Rowland Hill; pero, de todos modos, distrayendo á una ú otra, los de Merle no se hubieran visto hechos blanco de tantas y tantas fuerzas cual cayeron sobre ellos hasta precipitarlos de la sierra como á los de su derecha.

Llegados á la cumbre después de ascensión tan fatigosa y sin el auxilio que esperarían de sus reservas, era imposible que pudieran mantenerse en las posiciones conquistadas á tropas que, si en un principio les ofrecían una resistencia puede decirse que pasiva, no así al recibir refuerzos considerables de ambos lados de la línea. Los regimientos ingleses 45.° y 88.°

lanzados por Wellington por el derecho, y el 9.° que cargó por el izquierdo, no necesitaban desplegar toda la energía que les atribuye su general en jefe para recuperar las posiciones momentos antes perdidas.

**El de la derecha.** No llegó á hacerse tan pertinaz ni violento el ataque de las tropas imperiales del cuerpo de Ney.

Las tropas de Loisón acometieron la subida al convento de Bussaco por el camino que á él conduce y dos sendas ó atajos que lo acompañan por uno y otro de sus lados, difíciles, por consiguiente, de recorrer aun sin marchar combatiendo, mucho más azotadas de la lluvia de metralla y balas que se les arrojaba desde lo alto de la sierra. El terreno era más áspero todavía y escabroso que el del camino de Santo Antonio do Cántaro, y sus accidentes todos estaban aprovechados por los tiradores anglo-portugueses para entorpecer, si no impedir absolutamente, el ataque de los imperiales. Así es que á pesar de haber comenzado su movimiento de noche aún y roto el fuego, cuyo ruido repercutía en las escabrosidades de la montaña, cuando los soldados de Loisón, los de la brigada Simón en particular, que iba en cabeza, se presentaban á distancia de entablar decisivamente el combate, el sol lucía ya bastante alto dejando á los ingleses distinguir todas las maniobras y ataques de sus columnas. Metidos en la concavidad á que antes aludimos, especie de anfiteatro que allí forma la sierra, cuyas cimas ocupaban las tropas aliadas, no podían dar un paso sin ser hostilizados tanto de frente como por sus dos flancos. A pesar de eso subían la montaña con aire tan resuelto, hasta con la alegría del entusiasmo, característica de los franceses, y con tal orden y mostrando tal despre-

cio al fuego enemigo, que más parecían marchar á una victoria fácil y segura que á la derrota que les esperaba. No es, pues, de extrañar que la artillería inglesa, establecida á vanguardia de la división Crawfurd para, aprovechando los accidentes de la montaña, azotar de más cerca á los atacantes, se viera en peligro sumo y en la precisión de remontarse á la cresta, al abrigo de los cuerpos que la coronaban (1). El general Crawfurd, que observaba todo desde una de las rocas, lanzó entonces sobre los franceses dos de los regimientos que tenía en reserva, cuyos *hurras,* primero, y sus 1.800 bayonetas, inmediatamente después, los contuvieron en su ataque. Allí se entabló un asalto que hace mucho honor á los combatientes de uno y otro ejército, que se cuidaban más de matar enemigos que de defenderse personalmente. Pero no eran socorridos los franceses y, por el contrario, los aliados hacían vomitar un fuego violentísimo á sus camaradas de las posiciones inmediatas y de sus flancos; con lo que, rechazados aquellos de la cresta de la montaña, perseguidos y envueltos en su descenso y recibiendo, por fin, terribles descargas de los anglo-portugueses que bajaban empujándolos en su retirada, hubieron de correr la vuelta de su primera línea de combate.

(1) Al decir de Fririón, estuvo á punto de ser cogida, impidiéndolo la herida del general Simón que, además, fué hecho prisionero. Y debe ser verdad, porque Napier dice: «La artillería de Rosi tiraba con una actividad increible; y, sin embargo, á cada descarga era necesario apuntar menos lejos. El fuego de fusil del enemigo se dejó entonces oir; sin aliento y ennegrecidos por el humo los tiradores ingleses se precipitaron á la cresta de la vertiente; pero en aquel momento la artillería se retiró súbitamente y se oyeron á algunas toesas de la cima los gritos de victoria de los franceses».

La división Marchand no llegó á tanto. Empeñada en aquel asperísimo terreno para sostener el ataque de Loisón por la izquierda de éste, ni aun pudo mantenerse á su altura; tantas fueron las fuerzas enemigas que desde el principio se le opusieron y tales los obstáculos que se le hizo imposible superar (1).

Parece, al leer ó escuchar este relato, que la acción de las divisiones de Ney debió ser tan breve como fué ejecutivamente desgraciada; y, sin embargo, hubo regimiento, el 69.° de línea, mandado por el coronel Fririón, que, habiendo empezado la pelea á las siete de la mañana, la terminaba á las tres de la tarde con la pérdida de 480 de sus 1.500 hombres (2).

**Bajas.** Era inútil y, más que inútil, cruel insistir en el ataque, y Massena, comprendiendo cuán juiciosos habían sido los consejos de su jefe de Estado Mayor y de su Comandante general de Artillería, desistió de su idea de atacar *o boi pelos paus*, como dice uno de los historiadores portugueses traduciendo la tan celebrada frase de los franceses. Pero el escarmiento de la iniciativa, no pocas veces temeraria, de Massena, y en eso quizás consistía su mayor mérito, fué terrible, porque las ba-

---

(1) Al descender rechazada el monte, se detuvo, sin embargo, para repeler á su vez á los anglo-portugueses que la perseguían, y algo debió conseguir cuando se convino entre las dos partes contendientes en una tregua, siquier corta, para recoger sus heridos. Fririon no menciona esa tregua, ni Wellington tampoco en su parte; pero sí Napier que dice: «Las tropas ligeras cesaron de hacer fuego y dos horas después, habiendo Crawfurd consentido en una tregua de momentos, los dos ejércitos se mezclaron buscando sus heridos».

Auguste Amic, en su «Histoire de Massena», dice que la tregua fué de dos horas.

(2) Era tan pendiente el terreno en que maniobró aquel regimiento que muchos de sus heridos rodaron por ella hasta el pié del monte.

jas del ejército de Portugal en aquella función ascendieron á la suma de 4.486 hombres entre los dos Cuerpos que tomaron parte en ella; siendo las del 2.° mucho mayores en el número de jefes y oficiales que las del 6.°

Las del ejército anglo-portugués consistieron en la de 197 muertos, entre ellos 11 oficiales; 1.014 heridos, de los que 62 oficiales, y 58 extraviados (1).

**Cambio de plan.**

Establecidas las tropas de uno y otro campo en las posiciones que ocupaban por la mañana, se abandonó en el francés la idea de atacar de frente otra vez el de los aliados. Massena había perfectamente comprendido su error, hijo del deseo de batallar que le dominaba y del más ardiente aún de combatir á los ingleses cuando la que él consideraba su brillante estrella se los ponía á su alcance. Ni había dejado algo que hacer para atraérsela en aquel campo para él funesto, ni las tropas de su mando desmintieron la proverbial reputación de que gozaban en el mundo, de valientes en el ataque y de hábiles en las maniobras. Sus mismos enemigos tenían que reconocerlo; lo confesabán entonces según

(1) Estos son datos procedentes de los Estados Mayores de Massena y Wellington.

Fririón estampa el cuadro siguiente:

| | | | | | |
|---|---|---|---|---|---|
| 2.° cuerpo. | Oficiales | 23 | 99 | 15 | 2.081 |
| | Sargentos y soldados | 183 | 1.362 | 349 | |
| 6.° cuerpo. | Oficiales | 58 | 90 | » | 2.455 |
| | Sargentos y soldados | 297 | 2.050 | » | |
| | | 521 | 3.601 | 364 | |
| | Total general | | | | 4.486 |

Fué muerto el general Graindorge, y resultaron heridos Merle y Foy, del 2.° cuerpo, y Maucune y Simón (éste también prisionero) del 6.°.

sus propias declaraciones oficiales, y lo proclamaron luego en sus Memorias históricas. Lord Wellington califica de atrevidos, desesperados, los ataques de los franceses á su línea, que declara rota en lo alto de la montaña á que lograron llegar; y Napier reconoce que el fuego de seis piezas inglesas que barrían la pendiente de la sierra no pudo impedir que los imperiales llegasen á la cima en menos de media hora; tal rapidez, resolución y valor habían desplegado para arrollar cuanto se opusiera á su marcha. Como su General en jefe, dice también Londonderry que los dos ataques de los franceses fueron hechos con gran denuedo y resolución; que Merle, á quien dispensa muchos elogios, no dejó nada que hacer para acreditar más y más su fama, y que las divisiones de Ney avanzaron con gran intrepidez. Todos, franceses, ingleses y portugueses, declaran lo mismo en honor de las tropas de Massena, lo cual fortifica la opinión de alguno de ellos al manifestar que los primeros pretendían ganar la batalla con la resolución y la audacia, antes que por sus armas, esto es, por su buen uso y manejo (1).

---

(1) Napier, sin embargo, al hacer resaltar el mérito de sus compatriotas en aquella jornada, comete todo género de inexactitudes y contradicciones. Allá va algún ejemplo, ya que no podemos distraer á nuestros lectores con todos los que ofrece la lectura de su libro en esta parte.

Las inexactitudes más patentes versan sobre el número de combatientes en uno y otro campo, atribuyendo á los franceses uno muy superior al efectivo, y á los aliados otro muy inferior al que los mismos portugueses declaran.

De las contradicciones basta la siguiente para que se comprenda la intención de esa inexactitud y el valor que debe darse á una historia que hay quien pone por modelo de imparcialidad y de estudio y arte militares. Dice en una de sus *Observaciones*: «En cuanto al ataque, 65.000 veteranos franceses debían creer que una posición defendida por 50.000 hombres

De todos modos, se prueba con eso lo que Fririón y Eblé trataron de demostrar á Massena con sus argumentos científico-militares, la inconveniencia de embestir la posición de Bussaco de la manera con que se hizo. El maniobrar para flanquearla ó envolverla, no quitaba nada al valor, á la furia de las tropas de su mando, que ya tendrían ocasión, y próxima, de revelar aquellas sus sobresalientes cualidades, y ofrecía la de hacer gala de los talentos tácticos que debían atesorar los que tal maestro como Napoleón les había dado la fortuna de la Francia en sus días.

Una casualidad les proporcionó el medio de efectuar la maniobra, su único recurso ya si habían de proseguir con alguna esperanza de éxito la jornada que se les había impuesto. Un aldeano portugués que se resistía á abandonar su casa como los demás del país, según las órdenes de Wellington, se presentó á los generales y oficiales compatriotas suyos que acompaña-

*de tropas mezcladas y en su mayor parte sin experiencia*, nunca sería inexpugnable para ellos».

Napier se olvida de que ocho páginas antes, en el calor de su narración de la batalla, dice terminantemente: «Los esfuerzos de valor que hicieron los franceses en esta batalla de Bussaco fueron todos rechazados, como se debía esperar, vista lo fuerte de la posición y *la excelencia de las tropas que la defendían*.»

De estas contradicciones podríamos señalar tantas en la obra de Napier como en la de Thiers, que es cuanto cabe decir.

El portugués Da Luz Soriano, dice: «La batalla de Bussaco fué dada por el mariscal Massena con poca unidad y sin madurez en las combinaciones, pareciendo más cuestión de capricho personal por su recíproca rivalidad con el mariscal Ney, que obra de necesidad y razón; pero aun no extrañando semejantes faltas, la empresa casi excedía á las fuerzas humanas, porque, después de todo, la sierra de Bussaco es muy difícil de acceso, una vez que esté defendida por un ejército regular, valiente y disciplinado *como lo era ya entonces el luso-británico*».

¿Qué queda, así, del aparato literario-histórico de Napier?

ban á Massena y después de manifestar su admiración por el empeño puesto en atacar las, en su concepto también, inexpugnables posiciones de Bussaco, se ofreció á servirles de guía en un camino por donde las envolverían con la mayor facilidad y sin oposición formal por parte de sus enemigos. No es probable que Massena conociera la historia de España á punto de poder comparar aquel golpe de fortuna con el que proporcionó á Alfonso VIII el paso de Sierra Morena á Las Navas; pero lo aprovechó del mismo modo, pues que, cerciorado como el rey de Castilla de las ventajas que podía proporcionarle aquella tan feliz como inesperada noticia, tomó las disposiciones convenientes para salir airoso del trance en que su jactancia le tenía comprometido (1).

---

(1) Todos los más fidedignos historiadores, así franceses como ingleses, portugueses y alemanes, consignan la acción del aldeano como guía del ejército de Massena al flanquear las posiciones del de Wellington en Bussaco. Fririón concede á la presencia de aquel rudo portugués un carácter que bien podría compararse con el providencial del pastor de las Navas, aunque en causa nada semejante.

Auguste Amic, sin embargo, en su «Histoire de Massena», dice sobre ese punto lo siguiente: «Aunque los jefes del 6.º y 8.º cuerpo afirmaron á Massena, antes del combate de Bussaco, que no existía salida alguna hacia la derecha que ofreciera paso á un ejército, parecíale, con todo, imposible que no la hubiese en las cumbres ó mesetas que se humillan entre la sierra de Alcoba y la de Caramula. Mandó, pues, que el general Montbrún, acompañado del coronel Sainte-Croix, buscasen aquella noche, con algunos regimientos de dragones, los desfiladeros que se pudieran hallar en aquella dirección. El reconocimiento de Montbrún y Sainte-Croix dió por resultado, como había previsto Massena, el descubrimiento de un camino en la parte más baja de las sierras de Alcoba y Caramula. Ese camino, practicable para la artillería, se extendía desde la aldea de Boialvo hasta la rica y magnífica llanura de Coimbra, en que iba á reunirse, cerca del lugar llamado Sardao, con la carretera general de Oporto á Lisboa».

Al anochecer, pues, del 28, hizo partir al 6.° cuerpo en dirección de Boialvo; y el 8.°, escoltando á los heridos, llevados en camillas improvisadas, en caballos, de que se desmontó á sus dueños y jinetes, y hasta en asnos del país, así como el 2.°, constituyéndose en retaguardia del ejército, emprendieron el mismo camino más tarde, muy de noche ya, y disimulando, cuanto era posible, el levantamiento de sus respectivos campos.

**Se retiran los aliados á Coimbra.**

No era fácil el engaño: y Lord Wellington, que tenía sus avanzadas muy próximas á las de los franceses, supo inmediatamente la marcha de éstos y la dirección que tomaban, comprendiendo, de consiguiente, los propósitos que debían llevar. Y sin vacilaciones de ningún género, con la fría pero enérgica resolución que le caracterizaba, levantó, á su vez, el campo de Bussaco, dirigiendo órdenes á las divisiones de la derecha para que cruzasen el Mondego, que tenían inmediato; á las demás, para que bajasen á Mealhada, Fornos y Coimbra; á la caballería y las fuerzas de Crawfurd, para que, constituyéndose en cuerpo de retaguardia, observaran la marcha del enemigo en su operación envolvente, y al coronel Trant, por fin, para que, acudiendo á Boialvo ó puntos inmediatos más convenientes, estorbara en cuanto pudiera aquel tan peligroso movimiento de los franceses. La falsa interpretación que dió á esta última orden Bacellar, jefe, según ya hemos dicho, de las tropas portuguesas que operaban en el norte, y el cansancio de las de Trant por ganar después el tiempo perdido, impidieron su acción, difícil y arriesgadísima de todos modos, y hasta causaron un ligero revés que hizo repasara el coronel británico las aguas del Vouga que inprudentemente había cruzado ante fuerzas tan

numerosas como las francesas. Estas, arrollando también á las de la caballería británica que las observaba en el valle de Mealhada, prosiguieron, así, su marcha hasta Fornos, y bien puede decirse que hasta ponerse á la vista de Coimbra cuando ya la estaba evacuando el ejército inglés.

El día 30, con efecto, Massena, que esperaba reñir nueva acción general en el Mondego, cuyo paso seguía creyendo le había de ser disputado, tenía la mayor parte de sus tropas en posición de bajar al llano que media entre Fornos y Coimbra. Pero, convenciéndose de que no era esa la intención de su adversario, lanzó el día 1.° de octubre la caballería de Montbrún sobre la que descubría protegiendo la entrada de las últimas tropas británicas en aquella ciudad. No iban éstas en el mejor orden; y aunque su artillería causó bastantes bajas en las francesas que emprendieron el ataque, no bastó su fuego para que Montbrún tomase el desquite en la caballería británica, acuchillando á alguno de sus últimos regimientos y haciendo prisioneros á no pocos de los que, sin tiempo para poder salvar el puente, creyeron mejor repasar el Mondego por un vado próximo.

Abandonan la ciudad.

Resultado: que aquel mismo día ocupaba Massena á Coimbra, abandonada por los ingleses que, cubriendo con su retaguardia el desfiladero de Condeixa, continuaron con relativa tranquilidad su marcha en dirección á Lisboa, su punto de refugio, reducto de seguridad, robusto, inexpugnable, como vamos á ver muy pronto.

El espectáculo que ofreció Coimbra á sus conquistadores no podía ser más desastroso y lastimero. Las órdenes de Wellington, generales para todo el país que

iba evacuando, no eran, como es de suponer, ejecutadas sino con tanta pereza como pena. La clase acomodada las había cumplimentado inmediatamente y sin dificultad, ya que no le faltaban medios y recursos para hacerlo. Entre las demás populares las había de la localidad misma y forasteras, llegadas de los pueblos ya invadidos ó de los que veían próximo el momento de su ocupación por los franceses. Y como no sólo por conservar sus haberes muebles, de cualquier género que fuesen, como porque se les exigía su transporte para que no sirviesen al enemigo, habían tenido que deshacerse de ellos ó con ellos cargar en su forzosa y dolorosísima emigración, las calles, las plazas de la ciudad y los caseríos y campos inmediatos, más que el aspecto de la animación propia de lugar tan poblado, floreciente y rico, presentaban el de un inmenso campamento de hordas nómadas, sólo desemejantes de las antiguas en sus trajes y en algunos de los enseres de que iban cargadas. La presencia del ejército aliado, entre cuyas tropas las había que, como de compatriotas, eran para los de Coimbra y los emigrados garantía de salud y protección, les inspiró motivo de confianza, creyendo que, si no regresar inmediatamente á sus casas, podrían, por lo menos, mantenerse allí; y la victoria de ese mismo ejército en Bussaco les hizo pensar que su esperanza era fundada y que no tardaría en llegar el momento de volver á su anterior y tranquilo estado con sus familias, ganados y aperos, con cuanto constituye la patria, el hogar, la felicidad posible en la tierra. Así es que la jornada del 27 produjo en Coimbra una explosión de alegría y de entusiasmo, sólo comparable con la de la gratitud en todos

los portugueses hacia el valeroso ejército que las provocaba y su invencible general.

Pero vese de improviso cómo ese ejército y el caudillo que con tal éxito lo regía invaden la ciudad, y no ya en son de victoriosa marcha ni en ademán siquiera de defenderse en la ciudad y protegerla de los derrotados de la víspera, sino con la cautela del fugitivo y la escéptica y cruel indiferencia del que, por asegurar su suerte, abandona los demás á la terrible que les espera en tan angustiosas condiciones y tan críticas circunstancias. Detrás de las tropas nacionales y de las de sus aliados asoman por Fornos las francesas, y no tarda en verse la caballería enemiga cargar á la británica y precipitar al puente la que por él cabe, y la demás á las aguas del Mondego que teñirán con su generosa sangre aquellos soldados tan brillantes por sus hazañas como por los ricos y vistosos uniformes que los distinguen. El espanto, con eso, cunde por toda la ciudad; crece la angustia en todos los corazones, y las lamentaciones los gritos que la revelan contrastan con los mil ecos de alegría y de entusiasmo que días antes provocaba la victoria alcanzada en las cumbres inmediatas. Dice un testigo presencial: «Cual un campo de espigas se balancea al mas ligero viento como las olas del mar, así flotaba aquella multitud según las noticias frecuentemente contradictorias que la llegaban». Y ahora que, no ya las noticias más ó menos tristes, sino que los enemigos eran los que con su presencia anunciaban los horrores que hacía presentir la repetición de los cometidos por los soldados de Junot y de Soult en Lisboa y Oporto, el miedo á la invasión se hizo tan general en los infelices habitantes de Coimbra, como general era

el que les imponían las severidades de Wellington al exigirles el abandono de sus casas y haberes; mayor aún, puesto que, no sólo la hacienda, sino que hasta la vida veían en peligro.

«Allí, exclama Schépeler, el testigo presencial á quien acabamos de aludir, con paso firme, puesta su esperanza en Dios y en otra vida, anda un hombre con los objetos queridos de su ternura; va cargado de un saco voluminoso sobre el que lleva á un niño que mira tranquilamente en derredor suyo; y junto á él marcha su fiel esposa con otro chico en sus maternales brazos y confortando su valor con la tranquila mirada de su marido. Pero ¿quién es aquélla mujer con la vista fija, de cabellos negros y espesos flotando libres, y que, casi privada de conocimiento, llama á su hijo separado de ella en el tumulto de la muchedumbre? Encuentra por fin su precioso tesoro, y sus lágrimas de contento la hacen olvidar la pérdida de cuantos bienes poseía. ¡Ay! no fué tan feliz aquella otra madre que para siempre quizás perdió á su queridísimo hijo; la furiosa pena que la embarga desfigura su semblante; sin fuerzas ya para seguir sus investigaciones entre la multitud, la sigue exánime, y un dolor á la par sombrío pesa como plomo sobre su corazón sin que halle palabras con qué expresarlo hasta verse presa también de la mayor miseria».

«El pueblo se amontona y empuja en el largo y estrecho puente del Mondego. *El enemigo está encima,* murmura la muchedumbre, y grandes masas de ella se precipitan al río para llegar antes á la otra orilla. El ruido que se escucha aturde, pero menos que el de los gritos de los presos en la torre de la Puerta, que temen

más que su castigo la venganza de los enemigos. Wellington, que detuvo allí su caballo, manda que se les ponga en libertad. Habría entre ellos culpables, pero una sola gota de sangre inocente pesa decisivamente en la balanza de la humanidad».

«Llegó la retaguardia; hubo gritos de que avanzaba el enemigo, y los últimos fugitivos se precipitaron por las calles de la ciudad. Allá se abren las puertas de una casa, y mujeres y chicos llevan gimiendo un enfermo al último grupo de húsares que pasan á galope, rogándoles que salven á su padre. Sale huyendo veloz de su casa un hombre; pero se detiene súbitamente hecho una estatua: era rico y queda pobre, porque los ladrones, ejerciendo su infame oficio aun en tal desastre, le han robado cuanto poseía. Este cambio repentino le trastorna el juicio y le hace sentarse tranquilamente á la puerta de su casa esperando al enemigo y la muerte (1)».

**La entrada de los franceses.** Los franceses no hallaron obstáculo de ningún gé-

(1) No queremos seguir la narración del inteligente y bizarro oficial de la legión alemana, impresionado con el triste espectáculo que vieron sus ojos en la desdichada Coimbra, que, acaso por ser ciudad portuguesa, debió afligirle más que los que después le ofrecieron las españolas de Badajoz, Ciudad Rodrigo y San Sebastián. Los estragos, sin embargo, que lleva consigo el asalto de una plaza son más aflictivos que los de la invasión de una localidad que no ha opuesto resistencia alguna; y los de que fueron víctimas las plazas españolas superan con mucho en lástimas, en horror y sangre, y en lo cruel é inmundo y salvaje de la furia de los asaltantes, á los atropellos de los franceses en Coimbra.

Hay, con todo, que hacer justicia al oficial que más tarde llegó á representar á su país en la corte de España. Nunca disculpó las tropelías de sus aliados en aquella guerra, en que no fueron tampoco escasos los servicios que prestara, siendo, además, su legión la que más se distinguió, entre las inglesas á cuyo lado combatía, por el valor y la disciplina que la dieron tan justo renombre.

nero al penetrar en Coimbra. Las tropas anglo-portuguesas se retiraban, ya lo hemos dicho, precipitadamente; los habitantes habían abandonando la ciudad, y los franceses, con el pretexto de rebuscar los víveres que aquellos no hubieran podido llevarse, se entregaron, mejor que al merodeo, al pillaje, al saqueo, de costumbre en ellos. Es verdad que población abandonada de sus moradores es inmediatamente objeto de toda clase de depredaciones; pero aun cuando Massena pareció mostrarse severo contra los que las intentaron en los primeros momentos, pronto comprendieron sus subordinados que ó no tenía fuerza para impedirlas, ó sólo buscaba un pretexto que, si eso cabe, las autorizara á gusto de ellos. Con eso, las provisiones que los fugitivos no habían podido llevarse, y que bastaban para el consumo del ejército francés por varios días, fueron inutilizadas en el momento sin otro fruto que el de satisfacer el brutal capricho de destruir, aspiración siempre urgente en todo conquistador si no tiene la responsabilidad de la previsión en su mando.

Fué en vano que Massena nombrara gobernador de Coimbra al general Pamplona, interesado, como portugués, en dulcificar la amarga suerte de la infeliz ciudad, desamparada de sus aliados y objeto de los atropellos de sus enemigos. La brigada Taupín, puesta á sus órdenes, fué, con efecto, distribuída por los principales y más importantes puntos para la guarda y conservación de museos, observatorio y bibliotecas, en que es tan rica aquella ciudad, centro el más expléndido y acreditado de las ciencias y cultura intelectual del reino lusitano. Pero, aun con la orden expresa del general en jefe para que no se establecieran dentro del re-

cinto de Coimbra los demás cuerpos del ejército, entró Junot con los de su mando; y no habían acabado de dejar las armas en pabellones cuando se lanzaron, lo mismo los soldados de Junot que los de Taupín, á abrirse paso á las casas, las iglesias y los conventos para destruir, como dice un patriota portugués, robar y quemar cuanto encontraron. «De ese modo, añade el historiador á quien aludimos, la ciudad de Coimbra quedó, en el corto espacio de dos horas, reducida al triste espectáculo de la más lamentable desolación. Cuantos eran objetos de plata y paramentos de valor fueron robados en las iglesias, conventos y capillas, inclusa la de la universidad, no escapando á la codicia de los devastadores las escribanías de aquel metal que caían en sus manos. En el observatorio astronómico robaron cuantos intrumentos vieron; telescopios, lentes, péndulos, metros, graphometros y mirómetros, todo absolutamente fué presa de aquellos nuevos vándalos que se llevaron cuanto era un instrumento. En los templos nada escapó al pillaje. Lo menos que hicieron fué excavar los altares, destruir los sagrarios, mutilar y quemar las imágenes, romper y profanar las vestiduras, poner sus sacrílegas manos en los vasos sagrados, sin que para nada de eso fuera obstáculo la presencia de las santas formas. Los santuarios fueron convertidos en caballerizas, mataderos de reses y repugnantes lupanares. Casi todos los templos quedaron desguarnecidos de sus ornamentos y quemados sus altares, habiéndolos en que sólo escaparon de tal destrucción las paredes (1)».

(1) Da Luz Soriano, que en parte y para demostrar su imparcialidad se refiere á escritos de los mismos franceses, al de Guingret, particularmente, en su «Relation historique et militaire de la campagne de Portugal sous le maréchal Masséna.»

Término de la primera parte de la campaña.

Resultado de eso: la falta de bastimentos para el ejército al día siguiente del de su entrada en Coimbra; la necesidad de merodear en los campos y pueblos inmediatos, eso sí, exhaustos por la emigración de sus pobres habitantes, y el retardo ineludible de las operaciones cuando más necesario y urgente era perseguir al enemigo en su retirada. Dos días de paralización en el ejército francés significaban en el anglo-lusitano el recobro del orden y de la confianza que había perdido en su bajada de Bussaco; y al llegar á Leiria, su movimiento retrógrado tomó ya el carácter de reposo y seguridad propio de las tropas acostumbradas á la victoria, aun en las circunstancias más críticas. Entre las imperiales corría la voz de que iban á hallar cerca ya de Lisboa obstáculos que les sería muy difícil superar; un campo fortificado donde sus adversarios se proponían hacer el último esfuerzo y, en caso extremo, poder embarcarse tranquilamente como lo habían hecho dos años antes en la Coruña sus camaradas do Jonh-Moore. Ignoraban las proporciones que Wellington había hecho dar á las desde entonces famosas líneas de Torres Vedras; creyendo, de todos modos, que no serían lo suficientemente robustas para resistir su empuje. Massena era el primero en abrigar esa opinión; así es que desoyó cuantos consejos se atrevieron á darle algunos de sus generales, tomándolos por interesados en anublar sus glorias haciéndole desistir de aquellas enérgicas, hasta bruscas iniciativas que la fortuna le había siempre recompensado con sus favores.

Porque, efectivamente, se le había propuesto establecerse en Coimbra, donde, abiertas sus comunicaciones con Ciudad Rodrigo y Oporto, reanudando

aquéllas y ocupando esta última ciudad, de donde podría sacar tantos recursos, conservara una posición siempre amenazadora y propia, á la vez, para obtener pronto los refuerzos ya urgentes y que el Emperador no tardaría en enviarle. Manifestaban aquellos generales que así se hacía de Coimbra una plaza de depósito para el ejército, se montaba un hospital considerable que ya contenía 4.000 enfermos ó heridos (los de Bussaco), destinado á recibir aun más, y se ponía aquella ciudad al abrigo de todo golpe de mano, rodeándola de obras de tierra y empalizadas á fin de tenerla al abrigo de las bandas portuguesas que recorrían las inmediaciones. Pero el plan de que esas consideraciones forman una pequeña parte, no obtuvo, según consigna su jefe de Estado Mayor, la aprobación de Massena; «firmemente resuelto á seguir al enemigo, puso el ejército en marcha desde el 3 de octubre, no dejando para guardar el hospital de Coimbra más que una compañía de marinos.» (1)

Dejémosle caminar en busca de su desgracia, que es tiempo ya de atender á otros de los innumerables sucesos, varios importantísimos, que ocurrían en las demás regiones de la Península; en aquella, sobre todo, en que residía el Gobierno español, de donde emanaban los impulsos más vigorosos para la resistencia nacional, nuestra mayor gloria en el presente siglo.

Reflexiones sobre ella.

No terminaremos, sin embargo, este capítulo sin

(1) El hospital se hallaba establecido en el grandioso é histórico monasterio de Santa Clara; y, como veremos más adelante, las milicias portuguesas de Trant se hicieron dueñas de Coimbra á los pocos días de haber emprendido Massena la marcha en seguimiento de los ingleses.

ofrecer á nuestros lectores en brevísimo resumen algunas de las muchas reflexiones á que provoca el examen de la primera parte de las operaciones del ejército francés de Portugal en 1810.

Había alcanzado éxito completo en la apertura de la campaña con la expugnación de las plazas de Ciudad Rodrigo y Almeida, si á costa de mucho tiempo y sacrificios no escasos en la de la primera, tan gallardamente defendida, en pocos días y puede decirse que sin bajas de consideración en la segunda. Todavía era de más importancia ese resultado al obtenerse á la vista del ejército anglo-portugués, mandado por quien pasaba por el más inteligente y experto general de entre los mantenedores de la causa peninsular en la ya dilatada lucha contra los ejércitos franceses y sus acreditados mariscales. Esto daba á la invasión en el territorio portugués tal prestigio y fuerza tan considerable, que no parecían infundados ni la confianza de Massena en acabarla felizmente, ni el temor en sus adversarios de que, al fin, se verían constreñidos á abandonar un país para cuya liberación llevaban gastados cerca de tres años, tesoros y sangre tan abundante y generosa. Para evitar catástrofe tamaña sería necesario un esfuerzo supremo, representado por la abnegación más sublime de parte de los habitantes del país invadido, y por la no menos costosa de la del ejército, que debía secundarla para que fuese útil. Y así fué; porque el invasor no halló medios con que superar ese esfuerzo tan felizmente combinado del pueblo portugués y las tropas británicas. Entorpecida su marcha por la escasez de recursos para reponer los estragos que en su material causaban los temporales y el estado pésimo de los

caminos, dieron tiempo más que sobrado para la organización de la retirada en los aliados y para que pudieran éstos, una vez elegidas, preparar posiciones donde detener, combatir y aun escarmentar la audacia y arrogancia de los que tanto deseaban encontrar una ocasión donde hacer nuevo alarde de su, al parecer, incontrastable pujanza.

Y Bussaco ofreció á unos y otros de los contendientes esas posiciones y la ocasión tan ambicionadas.

Dotado de otro carácter, Massena hubiera podido seguir su marcha á Lisboa sin contratiempo alguno, y presentarse ante las líneas de Torres-Vedras con la moral de su ejército entera y la confianza de superarlas. Pero en vez de flanquear ó envolver aquella formidable posición, *nido de águila defendido,* al decir de un francés, *por 80 piezas y 50.000 hombres,* según se le aconsejaba, prefiere atacarla de frente, impaciente por alcanzar á un enemigo que teme se le vaya de sus siempre victoriosas manos. Y ese enemigo que si, á su vez, tuviera también distinta manera de ser, hubiérase lanzado sobre sus vencidos contrarios desde las alturas de Bussaco para completar su triunfo, permanece en ellas inactivo, para luego abandonarlas, pero seguro ya de que, si Massena no ha logrado dasalojarle de ellas en su primer ímpetu, tan terrible como característico en los franceses, menos lo conseguirá, quebrantado ya, en las vastas y sólidas fortificaciones á que va él á acogerse. Es cuestión de caracteres; el del héroe francés audaz, impetuoso, no todo lo previsor que puede convenir en determinadas circunstancias; frío y circunspecto el del britano, pero tenaz y prefiriendo la mayor probabilidad del triunfo á la

brillante y ruidosa gloria de las grandes iniciativas.

«Se puede decir de aquellos dos generales, exclama el jefe de Estado Mayor de Massena, que el primero (Wellington) dió pruebas de una excesiva circunspección, mientras que el segundo, orgulloso de los éxitos que habían hecho su gloria durante quince años, comprometió el porvenir de la campaña porque fué temerario».

Y tanto como llegó á comprometer el resultado de aquella grandiosa campaña; porque no se necesita una excesiva perspicacia militar para observar que, escarmentada en sus principios la arrolladora acción de las armas francesas, regidas por tal caudillo, no habría de prevalecer cuando, no bien secundada por las demás de la Península ni de sus envidiosos émulos, y harto distraídas con sus propias atenciones de otras conquistas, ó de ocupación en distantes localidades, concluiría por ser ineficaz y declararse impotente.

No tardaremos en demostrarlo.

---

# APÉNDICES

NÚMERO 1

—

Después de estampada en la página 16 de este tomo la nota en que se
na la atención del lector sobre el informe de la comisión presidida por
oronel de Ingenieros D. Antonio Benavides, como explicación de las con-
ones defensivas de Sierra Morena, lo hemos comparado detenidamente
otro dictamen dado muy poco antes, y en iguales circunstancias, por el
nel y jefe también del mismo cuerpo D. Tomás Pasqual de Maupoey,
de los héroes de Bailén. Bien examinados, repetimos, y comparados los
informes, hemos visto que el de Maupoey ofrece condiciones de mayor
rucción en su estudio para el de la topografía de la Sierra, el de sus
icipales pasos, históricos desde las edades más remotas, y finalmente
a el de su defensa; y le hemos dado la preferencia en la colección de los
ndices.
Héle, pues, aquí; esperando que han de agradecernos esta variación
stros lectores.

SCRIPCION *de las avenidas de Sierra-morena limitada á la parte contigua de espeñaperros: defensa general del todo y particular de cada punto con rreglo á la distribucion de las tropas del exército del centro que los guarnecen Mayo de 809, á la que acompaña para mejor inteligencia un Plano Topo-rafico de dicho territorio executado por el coronel graduado de Ingenieros . Tomas Pasqual de Maupoey* (1).

»El Puerto del Rey, Despeñaperros, y Collado delos Jardines se hallan
ximamente en una linea del largo de 10.000 varas que corre del
. E. al S. S. E., y al S E. del primero: se halla distante $^3/_4$ legua del
rto del Muradal.
»Las avenidas que conducen desde la Mancha á Andalucia y penetran
estos puntos son quatro, á saber; tres caminos carreteros que salen, uno
Viso, que pasando por Magaña, Venta del Marques, corre por el Puerto
Rey, y desde aqui á Miranda, uniendose al Real uno de los dos rama-
en Venta Nueva y el otro en la inmediación de Santa Elena; otro que
e del Visillo y pasa por Despeñaperros que es precisamente el Real de
rid á Sevilla, y otro que saliendo de Aldea quemada, pasa por el Colla-
le los Jardines y se une en las Correderas con el Real dicho anterior-
te, y el quarto, que es de herradura, sale del Viso, y conduce al Puerto
Muradal, y se incorpora al de Despeñaperros á media legua mas arriba
as Correderas. El primero y el tercero, aun que estropeados, se pueden
uy poco trabajo habilitar para el paso de Artilleria; pero el de herradu-
e halla en muy mal estado.
»El espacio intermedial entre estos caminos esta cubierto de excelentes
os, barrancos y arroyos que mutuamente se flanquean, y sirven de se-
barrera al enemigo é imposibilitan el libre acceso de aquellos: la
ha maleza y escabrosidad natural no dá campo de modo alguno á las
iobras de ninguna especie de arma: una guerra de Montaña bien enten-

(1) No se añade el Plano por considerarlo supérfluo en este caso.

dida puede frustrar por largo tiempo los ataques mas activos del enem[illegible] las emboscadas deben tener un exito feliz si para ello se providencia [illegible] los Gefes y oficiales batan la campaña con frequentes paseos milit[illegible] pero de modo alguno deben de permanecer las tropas en la cuesta [illegible] alturas donde se hallan campadas, pues estas son el ultimo recurso d[illegible] defensa y el primer escalon para la retirada, sino que necesariamente [illegible] ben avanzarse unas á media ladera, y otras al pie de los cerros para p[illegible] ger los arroyos y no perder un palmo de terreno sin causar antes una p[illegible] dida considerable al enemigo (1).

»Las secciones establecidas actualmente se dan reciprocamente la m[illegible] singularmente en el primer periodo de la defensa y, por consiguiente, pu[illegible] protegerse entre si en caso de necesidad.

«Los enemigos es natural que amaguen por un punto, y con el resto [illegible] sus tropas intentarán forzar otro. Por eso es necesario que los vigias e[illegible] muy sobre si y no cesen de avisar con frequencia, para que sabido el d[illegible] nio del enemigo puedan llegar los refuerzos del inmediato con la antic[illegible] cion correspondiente, antes de que llegue á ser forzado (2).

»Probablemente el Puerto del Rey es el que llevará la mira del ata[illegible] por la facilidad del camino que conduce á nuestra retaguardia, y por q[illegible] su poseción le hace en mayor elevacion que qualquiera de los restantes. [illegible] desde el Puerto del Muradal se puede atender á su socorro y disputarle [illegible] tisfaccion la victoria. Conviene reparar que si el enemigo se apoderas[illegible] Puerto del Rey, no solo dirijiria contra Valdeazores para apoderarse [illegible] cortadura y Despeñaperros, sino que dirijiria su caballeria y alguna [illegible] ligera á Santa Elena ó Venta nueva para envolvernos por la espalda y sal[illegible] á poco costo los obtaculos que presenta el camino Real; para esto es pre[illegible] que la division del Puerto del Rey verifique su retirada á Miranda sosten[illegible] dose por derecha é izquierda del camino hasta los cerros que hay á la esp[illegible] da de dicho lugar, denominados Alcornocales y Miranda, en donde pued[illegible] cerse una tenaz resistencia auxiliada esta tropa de la de Santa Elena q[illegible] con anticipacion se hallará para sostener la retirada, entre tanto la se[illegible] del Muradal(suponiendola atacada despues de forzado el Puerto del Rey [illegible] pone su retirada hacia Valdeazores, pero deteniendose antes y haciendo [illegible] vigorosa resistencia en el atrincheramiento del Collado. El Puerto del M[illegible] dal no parece deba ser el blanco del enemigo, asi por los muchos obta[illegible] que presenta como por la poca comodidad de su camino. Tampoco el cam[illegible] Real ó Despeñaperros en su primer instante sin haberse apoderado con [illegible] ticipacion de las alturas. El Collado de los Jardines puede ser la 2.ª [illegible] del contrario; pero si se reflexiona, se verá que aunque su frente no es de[illegible] inaccesible y su flanco derecho tampoco, no por eso presta la ventaja [illegible] el del Puerto del Rey, pues uniendose su camino al Real en las mismas C[illegible] deras le resta todavia que vencer la excelente y fuerte posicion ó bien [illegible]

---

(1) «Mi opinion seria en caso de alarma la de destacar para las guerrillas una [illegible] parte de las fuerzas; otras dos á media ladera, y la restante en las alturas de obs[illegible] ó reserva.»

(2) «Los encargados de los vigias convendria fuesen buenos oficiales de anteo[illegible] consiguiente los oficiales de Marina no empleados llenarian bien este importante s[illegible]

»Los puntos de atalaya parece debieran estar en disposicion de transmitirse r[illegible] mente los avisos; mas para que esto sea asi falta uno en la parte superior de los Cor[illegible] asi mismo para que puedan llenar su dever es indispensable se les provea de buenos [illegible] lejos porque de otro modo es imaginaria la utilidad de su establecimiento.

»Dos astabanderas en cada vigia en vez de una como estan actualmente)».

3.ª linea qué presenta los cerros de las Correderas de y del Boni-
, los quales son susceptibles de una larga y sangrienta defensa, y lo propio
restantes hasta el de Santo Domingo y Santa Elena; y asi creo que los
dines deban ser el punto del falso ataque y que el atacado sea precisa-
nte el del Puerto del Rey; esto es en el caso de que los enemigos no se
ijan á Montijon, que es lo mas probable segun tengo en otras ocasiones
nifestado.

»Para dar un momento imponente y quasi impenetrable á estas posicio-
, singularmente á la del Muradal, pudiera lograrse á muy poco trabajo
solo construir una represa en el Magaña al pie del cerro de la Hoceci-
, esto es en *A*. Esto mismo se lograba con respecto al camino Real si entre
arco de la casa de Postas y debajo de la cortadura más avanzada se hi-
se otro tanto. No produciría tampoco menor efecto para la retirada de los
Collado de los Jardines si se alzase otro malecon en *B* (1); mas por des-
cia se hace tampoco uso del arte y singularmente del juego de las aguas
solo nos contentamos con saber que existen en los Planos de los auto-
Militares, y en admirar el fruto que aquellos hombres grandes sacaron
la aplicacion de sus teorias en las operaciones de campaña.

»En la defensa particular de cada puesto de las avenidas arriba indi-
las, se detallará con alguna atencion lo que á cada uno corresponde, mas
embargo no puede menos de recomendarse lo esencial que seria la cons-
ccion de las mencionadas represas sobre el Magaña, el establecimiento
algunas talas en forma de atrincheramientos y la perfeccion de las corta-
as; con lo qual y un juego de fogatas regularmente establecidas harian
nuestra posicion en Sierra-morena rindiese un servicio eminente á la
tria en caso de Invasion.

DEFENSA DEL PUERTO DEL REY

»Las tropas destinadas para la defensa del Puerto del Rey tienen por
ncipal objeto el cubrir la izquierda de estas posiciones y el camino ca-
ero que pasa por el que es precisamente el que sale del Visillo y vá á
rse con el Real de Despeñaperros á Santa Elena y Venta Nueva. Esta
icion meramente puede ser atacada por el referido camino, el qual es ac-
ble para artilleria y caballeria; pues aun quando los enemigos se esten-
an por los costados, se les puede contener ventajosamente desde los cerros
ediatos, y particularmente si se principia la defensa al pie de Magaña.
erro del Moro y el de la Humbria del Molino ofrecen un punto fuerte,
empre convendrá en ellos establecer algunas tropas que al paso que
ubran el rio y cañada del S. E. eviten su posesion á los enemigos; sin
precaucion las tropas de la Venta serian desalojadas en el momento
le la Venta del Marques: las tropas deben retirarse á los cerros del Gordo
que hay delante del Portazguillo para cubrir el camino ordinario y la ve-
que aparta desde dicha Venta á las Huertas del Gordo. Desde estos, las
as conviene que vayan sosteniendose; una parte por la falda del vigia,
por el mismo camino, y otra hacia el barracon de la izquierda en don-
a deberan encontrarse algunas tropas del Muradal, bien para cargar
enemigos en caso de no ser muchas las fuerzas, ó ya para obligar á la

---

«Se entiende que en *C. D.* se colocarian dos pequeños puentes, y que despues de pa-
nuestras tropas se romperian para evitar el acceso á los enemigos».

sub-division de las mismas y verificar su retirada de cerro en cerro haci. Puerto del Muradal, ó lo que es identico, hacia el atrincheramient Valdeazores, en donde se executará lo que se especifica en la defensa de d Puerto. Esto se entiende con las tropas que fueren de auxilio, pues las na rales, ó lo que es identico, las del Puerto del Rey, deberan unirse á l suyas para continuar retrogradadamente de posicion en posicion hasta cerros de los Alcornocales y de Miranda, á cuya sazon se hallaran ya la tropas de Santa Elena. Aquí conviene reparar que si estas tropas no s suficientes para contener á los que hubiesen forzado el Puerto del Rey, es inevitable la reunion de las demas del Muradal, Despeñaperros, y Colls de los Jardines, pues perdido este punto, los demas quedaban á discrec del enemigo. Por estas razones conviene reflexionar acerca de la import cia del Puerto del Rey y no descuidar nada que pueda contribuir á su ind pensable seguridad.

### DEFENSA DEL PUERTO DEL MURADAL

»El objeto de las tropas de este canton es cubrir el camino de herrad que pasa por el Puerto y la vereda que, apartando desde la Venta de Hir la, pasa entre el rencojo y la Peña del cencerro, y conduce al mismo Pue como asi mismo el de socorrer al Puerto del Rey y en caso de retir sostener la altura de Valdeazores para proteger la cortadura de Despe perros.

»Esta posicion seria inexpugnable por su frente si se construyese represa al pie del cerro de la Hocecilla en el punto *A* que mandara todo espacio, y que al propio tiempo se establecieran dos piezas y 400 hom sobre la planicie del indicado cerro que con sus fuegos barriesen el ca po y las cañadas por derecha é izquierda y frente: sin estos dos cañon mal establecida bateria de Cardenas puede ser inmediatamente tomada su izquierda.

»Este Puerto puede ser atacado por los dos puntos dichos, pues lo rest te es quasi impenetrable, y aun aquellos lo son si se situa un compet numero de tropas por los cerros de derecha é izquierda, respecto á que tuamente se crucen sus fuegos; pero esto se entiende en el ultimo period la defensa, pues esta, como se dice en el discurso general, debe principia pie del arroyo Magaña, y desde las pequeñas alturas que alli hay se pasar á las inmediaciones y asi subcesivamente hasta la cresta de la mo ña. No obstante, si el enemigo se dirijiese directamente contra la Peña cencerro y lograse apoderarse de ella, entonces las tropas del rencojo y mas del Muradal serian envueltas si no se retirasen al atrincheramiento Collado de Valdeazores (1) para cubrir el N. O. del cerro de este nomb defender el camino del Puerto; por esta razon conviene que, cercano de

(1) En este collado es en donde debe apoyarse la retirada y donde debe hace tenaz resistencia por ser el punto de apartamiento de las dos veredas, y por dond fectiblemente tiene el enemigo que pasar para envestir á Valdeazores, por todo lo ha construido en él un atrincheramiento que cubre del mejor modo posible unos de tanto interes. Defendido este cerro se defienden á la vez las veredas y Valdeazores defendido este ultimo quedan aquellos caminos á la discreccion del enemigo. En e de Pedrisa blanca, que es el que esta al S. O. del que se habla, se deberan poner al tropas movibles detras delos parapetos construidos ultimamente para que cubran quierda y flanqueen á las tropas que intenten dirigirse por la cañada.

e por el camino Real, se acuda prontamente desde el Muradal al S. E. del
ıcojo, y se refuerce la Peña del cencerro (á la qual deben de replegarse las
›pas de Cardenas) para batir de frente y costado á los enemigos que lo
tenten.

»En caso de ser embestido el Puerto del Rey desde el Muradal se debe
ender á su socorro, asi por las alturas donde estan los antiguos barraco-
s como en diversas llanadas por entre estas y el rio Magaña, las quales
eden llenar su deber, y sin ser expuestas las tropas que lo efectuen.
ıando sea invadido el Puerto del Rey, las tropas del Muradal, destinadas
ıu socorro, deben de retirarse con orden por la cresta de los cerros y pa-
r á unirse con las restantes de este campo que ya en este caso se hallaran
el Collado de Valdeazores para despues continuar al cerro de este nom-
e, y desde aqui unido á las tropas del centro dirijirse á tomar posicion
los cerros que hay al otro lado de las Correderas, que ya con anticipacion
deberan haber tomado por los del Quartel General y lo propio los cerros
l Bonillo, pues pudiera suceder que lo hiciesen los enemigos despues de
ıer á su devocion las dos herraduras que conducen á estos puntos: por
timo desde los cerros indicados se debe proteger la artilleria, caballeria
cétera del camino Real hasta incorporarse con el cuerpo de reserva de
nta Elena.

DEFENSA DEL CAMINO REAL

»Este punto se halla en la actualidad regularmente fuerte con las dos
rtaduras y fogatas y los parapetos que hay á la falda de la Peña del
ncerro; pero lo estaria en un todo si se hiciesen los puentes levadizos y se
nstruyesen dos ó mas represas debajo del arco del Puente y al pie de la
rtadura mas avanzada. Es indudable la ventaja que de esto ultimo resul-
ria, pues entonces la mal situada bateria de Cardenas podria sostenerse
›r si y el puente de la Casa de Postas defenderse á toda satisfacción, y
ın volarse en caso de necesidad: esto es tanto mas indispensable quanto
ıestra defensa se ciñe, sin saber por que, á los cerros en donde se hallan
ıestras tropas, pues aun quando las avanzadas (de todas las posiciones de
linea) se destacasen mucho mas alla del Magaña, en nada perjudicarian
s represas si se situasen las dos piezas en el cerro de la Hocecilla segun se
ı dicho en la defensa del Muradal.

»El enemigo con dificultad tratará de atacar por el camino Real sin ha-
:rse apoderado antes de las alturas, ya por el inconveniente de las corta-
ıras y fogatas, ya por la estrechez del mismo, y ya por estar dominado
›r entre ambos costados; de lo que se deduce que, aunque dirigiendo el
aque por uno de los costados, no se puede avanzar por el camino Real si
ımplen con su deber las tropas del lado opuesto y por que qualquier retro-
so en las alturas les precisaria igualmente abandonar la carretera.

»A los enemigos convendrá contenerlos en sus primeros ataques mucho
as alla del Magaña con partidas combinadas de infanteria y caballeria, y
ı caso de necesidad retroceder á esta parte del mismo rio hasta el pie
: las Peñas del cencerro, en donde deverian estar ya la mayor parte de las
opas de infanteria destinadas á este punto y hacer la mas vigorosa de-
nsa. Se supone que las tropas del Muradal se hallaran parte de ellas en el
ncojo, y otras cargando por la cresta del cencerro. Si este no obstante
:gase á ser forzado, las del camino Real deberian retirarse á Valdeazores,

y las del Muradal por su campamento refuxiarse, primero al atrinchera miento de los reductos ya establecidos, y luego tambien á Valdeazores para obrar de acuerdo con aquellos; por último, perdido este cerro seria preciso retirarse al otro lado de las Correderas, y lo propio la artilleria y demas de camino Real despues de dar fuego á las minas; pero notese que desde Val daozores la retirada seria dificil, pues dueño el enemigo de la vereda que conduce desde los reductos dichos anteriormente á las Correderas podrá, si no totalmente impedirla, á lo menos hacerla muy penosa y sangrienta: por esta razon conviene sostener á toda costa la linea de los reductos del Colla do de Valdeazores y aun perdiendo estos apostar algunas tropas sobre las peñas de la Hoz de enebrillo para flanquearla sobre dicha vereda.

DEFENSA DEL COLLADO DE LOS JARDINES

»Las tropas destinadas á esta defensa pueden tener dos objetos, ó mera mente para evitar el ataque de frente, para lo cual no son necesarias muchas fuerzas, ó bien para sostener un fuerte ataque por su flanco derecho en Mojon-blanco, para alguna defensa son suficientes las tropas destinadas en la actualidad. En el primer caso, el quarto de las tropas deben avanzar hasta el Molinillo y sostener al batallon de la vanguardia que se establecerá en los cerros que hay delante y dan precisamente vista á la bateria de Carde nas y de alli retroceder al Collado para incorporarse con las tropas restan tes, y despues de una vigorosa defensa retirarse á los cerros de las Correde ras. En el caso segundo, finalizada la resistencia de Mojon-blanco debe la infanteria desde los cerros al Pedron disputar el terreno á palmos por las alturas del S. O. del camino entre tanto que la artilleria caminando por este verifica tambien su retirada protegida de aquella arma hasta llegar al Collado desde donde ya deben marchar aceleradamente para incorporarse á las piezas del camino Real y despues de estar estas á salvo, las tropas de ben replegarse hacia el cerro de las Correderas.—Canton del Puerto del Mu radal y mayo 17 de 1809.—Tomas Pasqual de Maupoey.»

NÚMERO 2

«SEÑOR:

»La delicadeza y pundonor con que siempre he pensado, la que he procu-lo inspirar en todas ocasiones á los individuos que han servido á mis ór-nes, y la que constantemente ha conservado la caballeria, llaman justa-nte mi atencion con motivo de las expresiones estampadas en un papel preso por la Junta Superior de Cadiz, en el que se atribuye los males que perimenta aquella, á la *demasiada presura*, con que se replegó á esta Isla, recoger granos de toda la comarca, atribuyendose á sus Gefes la caren- de ellos.

»Como tenia á mis órdenes una brigada ó seccion de esta arma, y por la nion del Brigadier Don José Escudero, habia quedado segundo Gefe de la la del exército de Estremadura, que mandé unicamente hasta Alcalá; veo en la precisión de hacer presente lo infundado de las expresiones de Junta Superior de Cadiz, que ha procedido á estamparlas, no teniendo á mira la delicadeza que exîge el honor militar, ni quales fueron los proce-nientos de la caballeria, en la honrosa retirada del exército que ha salva- esta Isla y Plaza de Cadiz.

»Seria demasiado largo el pormenor de los acontecimientos, ó el diario de operaciones de la caballeria de mi mando hasta Alcalá de Guadayra, y steriormente de las ocurrencias hasta su entrada en este punto. Hasta uel soy responsable de todas ellas; especialmente en la execucion de las lenes que me comunicaba el General en Gefe: despues coadjuve á todas disposiciones tomadas baxo las mismas por el Brigadier Escudero, y para molestar la superior atencion de V. M. con una relacion de la gloriosa y n executada retirada del exército de Estremadura, presentaré solo un es-cto que demuestre claramente quan bien premeditada fue aquella, y an infundada la proposicion estampada por la Junta Superior de Cadiz.

»Se hallaba el exércitò en las orillas del Guadiana quando los enemigos biendo vencido los puntos de Sierra-Morena, habian adelantado una di-ion por el camino de la Plata con el objeto de tomar á Guadalcanal para r sobre Sevilla, y estorbar la retirada á Andalucia. La actividad del Ge-ral en Gefe, la precision de sus providencias, la prevision con que ante-rmente tenia tomadas otras, y la exâctitud con que se executaron todas; straron enteramente el plan de los enemigos, y quando creian fácil tomar uadalcanal se hallaba alli casi toda la infanteria del exército. La caba-ria del mismo, habia venido á Sta. Olalla y el Ronquillo, escoltando la illería, y estaba en disposicion de acudir donde fuese mas necesaria.

»La division enemiga se dirigió por la izquierda acia el Reyno de Cordo-, y al paso que nuestra infanteria se retiraba por Cantillana y las inme-ciones de Sevilla á tomar el Camino Real, que conduce á estos puertos a cubrirlos y asegurar su retirada, la caballería que mandaba, badeó el adalquivir, se adelantó á Carmona, Fuentes, y Marchena, y auxiliada de Vanguardia al mando de su digno Gefe D. José Lardizabal, se mantuvo dicha Ciudad y puntos abanzados todo el tiempo conveniente á asegurar, solo la retirada de la infanteria del exército, sino tambien la de los adros del de reserva que desde Ezija se habian replegado á Carmona, y de alli seguido segun las órdenes que le comunicaron.

»Desde esta época la caballeria, que se ha retirado con tanta *presura*, vi
cubriendo las marchas de la infanteria, sosteniendo diariamente con s
guerrillas acciones vivas con los enemigos, que no se atrevieron á ca
nos, respetando siempre la union y órden de unos esquadrones, cuya c
tancia y bizarria no elogiaré bastante. Ni las fatigas y desvelos, ni las fal
y privaciones que sufrimos, ni el poco socorro que encontrabamos en l
pueblos, hacian vacilar á los oficiales y tropa; cada qual atendiendo
desempeño de sus deberes solo trataba de distinguirse, y de cumplir ex
tamente con el engargo que se ponia á su cuidado. Asi se verificó, y asi l
gamos á Xerez en cuya noche, ya por las noticias recibidas, ya por la ef
vescencia de un pueblo numeroso, fue menester dejarlo sin que diesen á l
tropa el pan, y la cebada á los caballos. ¡Quanto trabajo costó en el puer
de Santa Maria que diesen el alojamiento y facilitasen los suministros p
cisos á nuestra subsistencia! No obstante estos apuros permaneció allí tr
dias la caballeria, y aun despues de haber ocupado los enemigos á Xerez
contentó con pasar el puente, y mantenerse formada sobre el camino ha
que se quemó aquel, practicando lo mismo con el de San Pedro, y vinier
despues á Puerto Real, de donde no se movió hasta que las guerrillas e
contraron á las enemigas que se adelantaron hasta la venta del Arrecife.
fue preciso batirlas y obligarlas á retirar para franquearse el paso, y entr
en esta Isla la tarde del cinco de febrero.

»Si fue precipitada esta retirada digalo quien quiera que lea esta senci
relacion, y si los Gefes de la caballeria tenian arbitrios para conducir
convoy de granos solo lo puede discurrir quien no tenga ideas militar
Quando el pan y etapa de la tropa, y quando el diario alimento de los ca
ballos costó tanto trabajo, y aun faltó muchas veces a pesar de la efica
de los Gefes, ¿podian estar al alcanze de estos la conduccion de granos? L
la Junta Superior de Cadiz no debe de juzgar la conducta de unos milita
acreditados, ni el honor de estos puede dexar de suplicar la pública con
niente satisfaccion que piden, y esperan alcanzar de la piedad de V. M.
Real Isla de Leon 24 de Marzo de 1810.—Señor,—José Bucareli.»

---

## NÚMERO 3

—

AL PRÍNCIPE DE NEUCHATEL Y DE WAGRAM, MAYOR GENERAL DEL EJÉRCITO DE ESPAÑA EN PARÍS.

*París, 11 de enero de 1810.*

«Mi Primo, os he enviado esta mañana con uno de mis pajes, un despacho que contiene órdenes para diversos movimientos de tropas de mis ejércitos de España. He creido á propósito hacer en ellos los siguientes cambios:

»*Provincias de Valladolid y Leon.*—El general Loison queda árbitro de situar su cuartel general en Benavente ó Astorga. El principal objeto de su division será el de tener en jaque á todas las tropas que hay en Galicia, organizar el reino de Leon y mantener su ocupacion. Su division se compondrá segun tengo mandado, excepcion hecha de que el general Ferey, que ya está en Leon, mande una de sus brigadas. En tal posicion, el general Loison apoyará su derecha en el general Bonet y su izquierda en el duque de Elchingen, que está en Salamanca. Dad conocimiento de estas disposiciones al duque de Elchingen. El general Kellermann continuará con el mando de la provincia de Valladolid. Escribid al general Kellermann para saber la artilleria que ahora tiene la brigada Ferey, que está en Leon, y reiterad todas las órdenes necesarias para que el general Loison tenga ocho ó diez piezas.

»*Navarra y Vizcaya.*—El general Montmarie mandará la brigada de la division Reynier que está destinada á entrar en Navarra, y el general Lamartinière mandará la otra brigada que está en Vizcaya. La brigada destinada á Navarra, en vez de dirigirse á Logroño y Tudela, se reunirá en Pamplona, y el general Montmarie, que es activo y estará á las órdenes del general d'Agoult, comandante de la provincia, tomará todas las medidas necesarias para destruir las bandas de insurgentes. Por ese medio, Suchet, no teniendo que pensar en Navarra, retirará de esa provincia todas sus tropas para reforzarse. Todos los destacamentos de los regimientos del Vístula, todos los del 14.°, del 24.° y cuantos pertenezcan al cuerpo del general Suchet y se encuentren en Navarra, recibirán la orden de unirse á sus cuerpos en Aragón.

»*Provincia de Santander.*—Dareis al general Reynier la orden de hacer ocupar Frias y Puentelarrá por el general Valentin y de que os remita la correspondencia que seguis con el general Bonet. Demostrad al general Bonet mi satisfaccion por toda su conducta en el curso de este año. Le hareis saber que le refuerzo con el 118.° y el 122.°; que mando al general Loison á Astorga con 12.000 hombres; que le dejo dueño de entrar en Asturias ó de hacer esa expedicion de concierto con el general Loison; que deseo conocer sus ideas sobre esa expedicion; que, quizás, en la estacion presente ofrecerán obstáculos para ella las nieves, pero que, si fuese posible penetrar por su lado, podria ser ventajoso amenazar á Galicia por la marina mientras Loison la amenazase por Astorga; porque, en fin, vale más infundir temor al enemigo que dejarle hacer alguna diversion y que tome una posición

ofensiva. Hareis saber al general Bonet que es dueño absoluto de tomar todas las medidas convenientes para adquirir el dinero y los efectos de vestuario que necesite para poner mis tropas en el mejor estado. Deseo tambien que pueda proveer á sus sueldos: Santander es pais rico, donde no debe ser difícil encontrar un millon. Deseo tan sólo que todo esto se haga en regla y sin especie alguna de despilfarro.

»*Aragon y Cataluña.*—Hareis saber al general Suchet que debe juntar 500.000 raciones de galleta en Zaragoza y 100.000 en Alcañiz; que, además, reuna en Alcañiz algunas reservas de cartuchos y de municiones de guerra; que deseo saber lo que prefiere, si trasladarse á Lérida para sitiarla, ó á Tortosa; que supongo que su cuerpo, reuniendo todos los destacamentos que ahora están esparcidos, debe tener 16.000 hombres de infanteria y 2.000 de caballeria; que deseo que con eso se halle dispuesto á dirigirse al socorro de Barcelona y contribuir á la llegada del 7.º cuerpo que avanza bajo el mando del duque de Castiglione; y que es necesario se ponga lo antes posible en correspondencia con el duque de Castiglione; que este Mariscal acaba de obtener grandes éxitos; que es dueño de Gerona y de la mayor parte de Cataluña. Enviad al general Suchet copia de los últimos estados que teneis del 7.º cuerpo. Hacedle conocer en fin que debe subvenir abundantemente á todas las necesidades de sus tropas, tanto en lo que se refiere á vestuario como á telas, zapatos y sueldo; que Aragon es bastante rico para proporcionarle grandes recursos y que nuestros gastos llegan á ser tan considerables que apenas podré atender á todos.

»*Castilla la Vieja.*—Os he escrito que Solignac debia mandar una division francesa de 8 á 9.000 hombres; enviad á decir á ese general que mi intencion es la de que en el momento en que la division Gratien llegue á Burgos, reuna cuanto pertenezca á la division alemana y la dirija á Segovia, donde esas tropas estarán á las órdenes del Rey. Escribid al Rey que creo que es necesario reorganizar esa division alemana, sea para que guarnezca á Madrid, sea para Segovia y sus inmediaciones.

»*8.º Cuerpo y Vizcaya.*—El general Reynier continuará con su cuartel general en Vitoria, activando la organizacion de sus tres brigadas y dirigiendo los movimientos necesarios para reprimir á los rebeldes de Navarra y Vizcaya, en fin, para mantener la comunicacion con Santander por Frias, con Burgos, Tudela y Pamplona, las de Tudela á Burgos, etc. Hareis saber que mi intencion es la de reunir todo el 8.º cuerpo en Logroño. A ese efecto, el general Lagrange, con la primera brigada de su division, entrará el 14 en España y se dirigirá en linea recta á Logroño. El comisario ordenador y el jefe del Estado Mayor se trasladarán alli lo antes posible; todo el Estado Mayor y el comandante en jefe estarán alli reunidos el 8 de febrero. Se darán todas las órdenes para que las divisiones, antes de Rivaud y Lagrange, lleguen alli lo más pronto posible, lo mismo que las administraciones y la artilleria, formando asi 16 á 17.000 hombres que deberán estar en Logroño en los diez primeros dias de febrero. El 10.º batallon provisional de equipajes partirá el 21 de Pau para ir á Logroño, encargándose á su paso por Bayona de efectos de vestuario y galleta para el 8.º cuerpo.

»Dad al general Lagrange y al jefe de Estado Mayor la orden de que se hagan en Logroño 200.000 raciones de galleta. Dad al general Reynier la orden para que haga completar el aprovisionamiento de galleta en Vitoria hasta 500.000 raciones. Dad la misma orden para San Sebastian. Dad la misma orden para Burgos. Haced que se completen hasta 1.200.000 las raciones de galleta para Madrid.

»La caballeria del 8.º cuerpo se compondrá de la 1.ª brigada que comprende los 1.º, 2.º y 3.º regimientos provisionales, formados de los 3.ºs y 4.ºs escuadrones que pertenecen á los regimientos de la division Latour-Maubourg, y de la 3.ª brigada que comprende los 6.º y 7.º regimientos provisionales, formados de ocho escuadrones que pertenecen á la division Milhaud. Eso compondrá veinte escuadrones, pudiendo tener más de 5.000 hombres presentes. De las cinco brigadas de dragones, puedo, pues, disponer de dos, de la 2.ª y de la 4.ª Dareis orden á la 2.ª y á la 4.ª brigadas para que continuen su camino al momento en que lleguen á Bayona, dirigiéndose una y otra á Burgos.

»*Otras disposiciones.*—Dareis orden al batallon de Neuchatel, á cuantos se hallen en Bayona perteneciendo al cuartel general, y al 1.er batallon del tren cargádo con 180.000 pares de zapatos, que salgan de Bayona para Vitoria donde permanecerán hasta nueva orden. La compañía de guias, los caballos y el Estado Mayor y la mitad de los mios, partirán de Bayona escoltados por el batallon de Neuchatel. Dad á Bayona la orden de que marchen todos los lanceros. Reiterad á los generales Loison, Reynier y Suchet la orden de que dirijan á Madrid todos los lanceros polacos que tengan á sus órdenes. Al 11.º batallon de los equipajes militares dadle la orden de que marche lo antes posible á Bayona. En cuanto llegue á Bayona la infanteria de la gendarmeria del ejército de España, haced que entre en España y dirigidla á Vitoria. La 3.ª division del duque de Abrantes, compuesta de cuatro regimientos de marcha y de doce batallones auxiliares, que no se mueva sin nueva orden vuestra. Dadme á conocer la situacion de ese cuerpo en 1.º de febrero, asi como la de los veinte escuadrones de gendarmeria y la de la division de retaguardia, cuya reunion en Orleans he dispuesto. ¿Se hallará reunida esa division en Orleans para el 1.º de febrero?

»Independientemente de los cuatro regimientos de marcha de infanteria, de los doce batallones auxiliares, de los veinte escuadrones de gendarmeria, de las tres divisiones de la Guardia y de la division de retaguardia que se forma en Orleans, aún he dispuesto la formacion de varios regimientos de marcha de caballeria: enviadme un estado de su fuerza y del sitio donde se hallan.

»Escribid al jefe de Estado Mayor en España que repita todas las órdenes precedentes para reunir los cuerpos y reconcentrar todos los destacamentos tanto de infanteria y caballeria como de artilleria y aun los batallones de los equipajes y del tren, porque la dispersion de los cuerpos no puede producir sino desorden.—*Napoleon.*»

---

## NÚMERO 4

—

## CAPITULACIÓN DE ASTORGA

«*En la trinchera sobre Astorga en 22 de Abril de 1810*

ARTICULO 1.°

»La guarnición será prisionera de guerra, y saldrá de la plaza con los honores de la guerra. Entregará las armas á cien pasos de la puerta. Los soldados conservarán sus mochilas, y los Oficiales sus equipages.

ARTICULO 2.°

»Inmediatamente despues de la rendicion de la plaza el Comandante entregará al Gefe del Estado Mayor las listas de los cuerpos de la guarnicion que la componen. Estas listas comprenderán las compañias de Voluntarios las de los habitantes armados; en una palabra todos los individuos que han hecho servicios en Astorga, á fin de que las armas sean entregadas, y tambien un estado detallado de los almacenes de toda especie que existan en la plaza, y de los objetos que encierren, de las cajas militares y civiles y sus registros; el estado de los almacenes de artilleria y fortificacion; el número de lós caballos ó mulas; en fin de todos los objetos pertenecientes á los diferentes ramos de administración civil ó militar.

ARTICULO 3.°

»Para que todo lo que toca al culto de la Religion católica sea respetado, y que bajo ningun pretexto sea extraido, el Gefe eclesiástico de Astorga cuidará de la conservacion de todos los objetos del culto pertenecientes á las iglesias, que existian antes del sitio, pues todo debe quedar en su lugar acostumbrado, y el General en Gefe prohibe, bajo las penas mas graves que su tropa extraiga la menor parte.

ARTICULO 4.°

»Luego que las presentes condiciones sean admitidas se colocarán inmediatamente guardias en las puertas de la ciudad, de las iglesias y las plazas principales para mantener el orden, y que el culto sea respetado, las propiedades y los individuos [1].=El General en Gefe, Comandante del octavo cuerpo, Gobernador de Paris=*El Duque de Abrantes.*=El Coronel del regimiento de Santiago y Gobernador de Astorga=*Josef Maria de Santocildes.*»

---

1 «Por convenio particular no entró tropa alguna de los sitiadores en la ciudad hasta despues de haber salido toda la guarnicion».

NÚMERO 5

—

**Estado de las tropas empleadas en el sitio de Astorga, según Belmás**

ESTADO MAYOR

General Junot, duque de Abrantes, Comandante en jefe del octavo Cuerpo.

Boyer (Pierre), general de brigada, jefe del Estado Mayor.

Lagrave, capitan, ayudante de campo del general Junot.

INFANTERIA

*1.ª Division, general Clausel*

| | | | |
|---|---|---|---|
| 1.ª brigada General Ménard. | 19.º de linea...... | 1 batallon.... | 698 h.s presentes |
| | 25.º id............ | 1............ | 628 |
| | 28.º id............ | 1............ | 646 |
| | 34.º id............ | 1............ | 711 |
| 2.ª brigada General Taupin. | 36.º id............ | 1............ | 804 |
| | 50.º id............ | 1............ | 775 |
| | 75.º id............ | 1............ | 761 |
| 3.ª brigada General Godart. | 22.º id............ | 4............ | 2.765 |

*2.ª Division, general Lagrange*

| | | | |
|---|---|---|---|
| 1.ª brigada General Jeannin. | 46.º de linea....... | 1 batallon.... | 631 h.s presentes |
| | 65.º id............ | 4............ | 2.871 |
| 2.ª brigada General Corsin.. | 2.º ligero......... | 1............ | 605 |
| | 4.º id............ | 1............ | 535 |
| | 12.º id............ | 1............ | 578 |
| | 32.º id............ | 1............ | 691 |
| | 58.º id............ | 1............ | 560 |

*3.ª Division, general Solignac*

| | | | |
|---|---|---|---|
| 1.ª brigada General Gratien. | 15.º de linea....... | 2 batallones.. | 1.113 h.s presentes |
| | 47.º id............ | 2............ | 1.177 |
| | Regimiento de Prusia............. | 1............ | 486 |
| 2.ª brigada General Thomières.......... | 70.º de linea....... | 2............ | 1.149 |
| | 86.º id............ | 2............ | 1.122 |
| | Regimiento irlandés | 3............ | 1.214 |
| | | TOTAL.......... | 20.580 h.s |

## Caballeria

*Division de Dragones, general Treillard*

| | | | Hombres | Caballos |
|---|---|---|---|---|
| 1.ª brigada General Sainte-Croix | 1.er regimiento provisional de Dragones.. | 4 escuadrones.. | 669 | 695 |
| | 2.º id............... | 4.............. | 694 | 744 |
| | 3.º id............... | 4.............. | 571 | 606 |
| 2.ª brigada General Bessières.......... | 6.º id............... | 4.............. | 586 | 622 |
| | 7.º id............... | 4.............. | 689 | 684 |
| 3.ª brigada General Bron... | 8.º id............... | 4.............. | 661 | 664 |
| | 9.º id............... | 4.............. | 680 | 698 |
| | 10.º id............... | 4.............. | 590 | 634 |
| | | Total........... | 5.140 | 5.347 |

NOTA. La brigada de infanteria del general Corsin y la brigada de dragones del general Bron quedaron en el bajo Esla. La division del general Clausel y la brigada de caballeria del general Sainte-Croix fueron situadas en observacion del camino de Galicia.

## GUARNICIÓN DE ASTORGA

**Relacion de los Gefes de los Cuerpos de que se componia la expresada.**

*Provincial de Lugo.*

Teniente Coronel, Comandante del cuerpo y segundo Comandante general de la plaza...... D. Pedro Guerrero.
Sargento mayor............................ D. Josef Feyjoo.

*Provincial de Santiago.*

Sargento Mayor, Comandante del cuerpo...... D. Josef Llorente.

*Infanteria Voluntarios de Leon.*

Coronel.................................... D. Félix Alvarez Acevedo.
Teniente Coronel........................... D. Félix Pérez.
Comandante del tercer Batallon.............. D. Josef Orus.
Sargento mayor............................. D. Facundo Ibañez.

*Tropas ligeras Cazadores de Leon.*

Comandante................................ D. Felipe Zamora.
Sargento mayor............................. D. Francisco Iraola.

*Real Cuerpo de Artilleria.*

Comandante, el Teniente graduado de Capitan.................................. D. Pablo Puente.

NOTA. Estaban nombrados provisionalmente para exercer las funciones de Mayor y Ayudante de Plaza D. Antonio Alonso Isla y D. Luis Blanco, Capitan y Teniente de Voluntarios de Leon.

# GUARNICIÓN DE ASTORGA

**ESTADO que manifiesta la fuerza efectiva que tenian para el servicio los cuerpos que la componian, y el nùmero de muertos, heridos y contusos que tuvieron igualmente desde 20 de Marzo de 1810 que principió el sitio hasta su conclusion.**

| REGIMIENTOS | FUERZA PARA EL SERVICIO | | | | | | | MUERTOS | | | | | HERIDOS Y CONTUSOS | | | | |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| | Gefes..... | Capitanes. | Subalternos..... | Sargentos. | Tambores. | Cabos y soldados | TOTAL.... | Gefes..... | Oficiales.. | Sargentos. | Cabos y soldados | TOTAL.... | Gefes..... | Oficiales.. | Sargentos. | Cabos y soldados | TOTAL.... |
| Lugo........................... | 2 | 2 | 15 | 48 | 11 | 628 | 687 | » | » | » | 4 | 4 | 1 | 5 | 4 | 9 | 13 |
| Santiago........................ | 1 | 3 | 9 | 28 | 14 | 900 | 942 | » | » | » | 10 | 10 | » | » | 3 | 20 | 23 |
| Voluntarios de Leon............. | 4 | 9 | 31 | 47 | 11 | 572 | 630 | » | 2 | » | 14 | 14 | » | 3 | 2 | 32 | 34 |
| Cazadores de Leon............... | 2 | 4 | 15 | 15 | 12 | 263 | 290 | » | » | 2 | 14 | 16 | » | 1 | 1 | 8 | 9 |
| Tiradores del Bierzo............ | » | 2 | 5 | 6 | 2 | 146 | 154 | » | » | » | 3 | 3 | » | » | » | 4 | 4 |
| Caballería Húsares de Leon....... | » | » | 2 | 1 | » | 12 | 13 | » | » | » | » | » | » | » | » | 2 | 2 |
| Artillería...................... | » | » | 2 | 2 | 1 | 40 | 43 | » | » | » | 2 | 2 | » | » | 1 | 4 | 5 |
| *Total general*........ | 9 | 20 | 79 | 147 | 51 | 2.561 | 2.759 | » | 2 | 2 | 47 | 49 | 1 | 9 | 11 | 79 | 90 |

NOTAS. 1.ª Del total antecedente, rebajados los muertos, heridos, y los que por la extraordinaria fatiga pasaron enfermos al hospital durante el sitio, resulta que á su conclusion solo quedaron para el servicio 2.500 hombres de tropa y algunos paisanos armados.

2.ª Los Oficiales muertos fueron el Teniente D. Valentin Santiago y el Subteniente D. Cárlos Quiñones, del regimiento Voluntarios de Leon. Los heridos el Capitan D. Antonio García, el Teniente D. Bernardo Pita y el Subteniente D. Josef Novoa, del regimiento de Lugo; el Teniente de Voluntarios de Leon D. Antonio Fernandez; y aunque así este cuerpo como el de Cazadores de Leon tuvieron dos Oficiales mas heridos el primero, y uno el segundo, por haber omitido en los estados particulares expresar sus nombres no se ha podido hacer en este. Tampoco se detallan los vecinos que fueron muertos ó heridos, por no haber dado noticia de ellos; pero pueden graduarse á cuatro los primeros y á ocho los segundos de ambos sexos. Los Oficiales contusos fueron el Sargento mayor D. Josef Feijoo y el Subteniente D. Jacobo Pardo de Lugo.

Es conforme este estado á las noticias dadas por los cuerpos.

ESTADO *de las fuerzas de todas armas que compusieron la guarnicion de la plaza de Astorga en la defensa que hizo dicha plaza desde 20 de marzo hasta 22 de abril de 1810.*

| Armas | Cuerpos | Fuerza para el servicio | | Muertos | | Heridos y contusos | |
|---|---|---|---|---|---|---|---|
| | | Jefes y oficiales | Tropa | Jefes y oficiales | Tropa | Jefes y oficiales | Tropa |
| Infantería | Lugo | 19 | 687 | » | 4 | 6 | 13 |
| | Santiago | 13 | 942 | » | 10 | » | 23 |
| | Voluntarios de Leon | 44 | 630 | 2 | 14 | 3 | 34 |
| | Cazadores de Leon | 21 | 290 | » | 16 | 1 | 9 |
| | Tiradores del Vierzo | 7 | 154 | » | 3 | » | 4 |
| Caballería | Húsares de Leon | 2 | 13 | » | » | » | 2 |
| Artillería | | 2 | 43 | » | 2 | » | 5 |
| | *Suma total* | 108 | 2.759 | 2 | 49 | 10 | 90 |

PLANA MAYOR

| | |
|---|---|
| Comandante general | El coronel D. José María Santocildes. |
| 2.º Comandante general de la plaza. | El teniente coronel D. Pedro Guerrero, comandante del provincial de Lugo. |
| Comandante de artillería | El teniente graduado de capitan D. Pablo Puente. |

## NÚMERO 6

—

*Souvenirs d'une Ambassade et d'un Séjour en Espagne et en Portugal de 1800 à 1811; par la Duchesse d'Abrantés.*

«Pocos días despues de lo que acabo de contar, Junot me escribió anunciándome la toma de Astorga. Era esta una pequeña plaza fuerte á que los ingleses habian enviado vestuarios, provisiones y municiones pero *ni un solo hombre*, excepcion hecha de un comandante á quien creo que no se encontró al tiempo de la capitulacion».

«El resultado de aquella accion fué el de hacer prisioneras algunas tropas que se enviaron á Francia en convoyes. El día en que iba á llegar el primero de ellos á Valladolid, M. Magnien me propuso ir á pasear por el camino de Astorga para verlas desfilar. La vida que yo hacía en Valladolid era tan triste que todo llegaba á servirme de distraccion. ¡Pero no sabía yo toda la extension de la que iba á proporcionarme!... Acepté y partimos.—La primera columna que encontramos estaba formada de hombres robustos y resueltos.—La mayoría era de asturianos, raza más hecha para la guerra que la castellana, aun cuando no por eso sea más valiente. Veían que yo era francesa por el traje y, al pasar cerca de mi coche, me lanzaban miradas de odio que, sin embargo, no merecía yo. Por lo demás, aquellos hombres iban bien vestidos, de paño gris y como de uniforme. Aquellos trajes les habian llegado de Inglaterra».

«Mi carruaje iba al paso; pero, aun así, habíamos andado bastante; y viendo desfilar aquella triste columna, llegamos á una revuelta que hacía el camino al entrar en un desfiladero muy angosto.—¡Yo iba triste: sentía haber llegado hasta allí sólo para ver hombres desgraciados y prisioneros!... la curiosidad es casi un crimen, creo yo, cuando se la satisface con el espectáculo del infortunio ageno... ¡Necesitaba, para reconciliarme conmigo misma, decirme que al salir al encuentro de aquellos desgraciados, quería serles útil!... Quise hablar de ello á M. Magnien; pero no hablamos el mismo lenguaje y no nos entendimos... (1)—Se me burló de mi *sensiblerie*, y entonces me callé.—Seguíamos avanzando cuando oimos algunos disparos... ¡Temblé! Estábamos bastante lejos de la ciudad y quizás habría sido atacada la escolta de los prisioneros... El mismo M. Magnien dió muestras de inquietud... Nos detuvimos é hice llamar á un oficial que marchaba distraido, cuando vi salir de aquel tenebroso estrecho que estaba al fin del camino á uno de los oficiales de la escolta... Le llamé... Al reconocer á la muger de su general en jefe acudió al momento. Viéndole tan tranquilo como si anduviera por el Prado, le pregunté sorprendida el motivo de aquellos tiros que yo acababa de oir...»

«¡Tiros de fusil! me contestó muy admirado; ¡tiros de fusil!»

«En aquel momento se oyó otra descarga.

»¡Ah! gritó riyendo... ¿Es éso lo que os da miedo, Señora? Ese ruido debe, por el contrario, tranquilizaros. ¡Enemigos de menos! Imaginaos que esos canallas iban haciéndose los *enfermos*, los *heridos*, ¡que se yo! Dicen que tienen malos los pies, por ejemplo, y no pueden andar... Se sientan al borde del camino y nos dejan seguir la marcha... Al pronto me han engañado y lo lograron los dos primeros... ¡Pero juzgad, Señora, de los chasca-

---

(1) Querrá referirse al idioma del corazón. *(N. del traductor).*

rrillos que mis camaradas me habrán dirigido!... Acababa de dejar tres de esos hombres tan enfermos y tan heridos que ni aun podían tenerse en pie. Miro al foso en que habían caido para si necesitaban socorro cuando veo á mis tres enfermos corriendo á todo correr hacia la cima de un collado á la izquierda del camino donde se veía ondear una bandera roja... ¡Fuego!, grité á los soldados de retaguardia de la escolta. Tiraron.... pero... ¡bah!... Las piernas de esos galopines corren más que nuestras balas. ¡Dios me perdone!... y ahora, gracias á mi credulidad, tenemos tres enemigos de más entre la tropa de Don Julián (el célebre guerrillero). Pero de allí en adelante no vuelve á suceder y en el momento en que un hombre se queja y cae á un foso, se le dice que se levante y en seguida *se le levanta*; y si se empeña y vuelve á caer, por ejemplo, se le pone un aparato que por lo menos le impide ir á reunirse á los demás bandidos de Don Julián, si no le cura.

»¡Ah, señor, grité, le asesinais!...

»El oficial hizo un movimiento que hubiera tenido por consecuencia un duelo si yo hubiera sido hombre... Y un ligero rubor coloreó sus megillas.

»No, Señora, no, yo no soy un *asesino*; el que ha tirado á mi general no hace aún diez días; ¡ese es un *asesino*!

»Y saludándome profundamente, se alejó visiblemente ofendido.

»En aquel momento, sin embargo, no hubiera yo escaseado palabras porque continuaba el ruido de los tiros... Veía pasar cerca de mí aquellos hombres de frente pálida y severa, de firme andar y que parecían desafiar á su enemigo... Y despues de todo los había, en efecto, con los pies ensangrentados por el cansancio de una larga marcha, quizás por una herida, porque, al cabo, el sitio había sido mortífero para las dos partes... ¡Uno de aquellos desgraciados particularmente apenas si podía arrastrarse... Se conocia que la suerte de sus infelices camaradas le espantaba á punto de hacerle sobrellevar el dolor de su herida!...

—»Poned los caballos al galope, grité á mi cochero, y alcanzad al oficial á quien acabo de hablar... Fué cosa de un momento el hacerlo; pero cuando pedí al oficial que perdonara á uno de los prisioneros que iba realmente herido; No soy el jefe, Señora, me respondió, y no puedo dejar mi puesto ni contravenir á las órdenes que he recibido».

«En ese tiempo, seguían los disparos resonando en mis oidos; hasta parecía que me habían herido!...

«Basta, basta, exclamé interrumpiendo en sus escusas al oficial que, al cabo, no podia obedecerme ni hacer otra cosa».

«Y echándome el chal á la cabeza para no oir el ruido de los tiros, dí la orden para volver lo más pronto posible á la ciudad. Por la noche, fué á casa el duque de Valmy y me encontró en tal estado de exasperacion que creo en verdad, como decía él, que hubiera yo aceptado el mando de una fuerza de *guerrillas*».

«Pero ¿cómo, le dije, podeis consentir que nuestros oficiales cometan indignidad semejante?»

—«Ved que esos hombres no iban heridos y que corrían como liebres».

—«Uno de ellos, pero ¿y los demás?»

—«Tanto peor para los enfermos: que digan á los otros que no mientan y se les llevará al hospital en vez de ser fusilados. Es un mal necesario».

—«Y bien, esa es la manera de que perdamos completamente España».

«Los sucesos, me parece, no han hecho sino demostrar que yo tenía razón».

---

## NÚMERO 7

**Estado** *de la organizacion y fuerza de la parte del ejército de la izquierda que operaba en 15 de junio de 1810 en Estremadura y Castilla la Vieja*

| Divisiones y sus Comandantes | Cuerpos que las componian | DISPONIBLE | | | BAJAS | | | FUERZA TOTAL | | |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| | | Gefes y oficiales........ | Tropa........ | Caballos..... | Gefes y oficiales........ | Tropa........ | Caballos..... | Gefes y oficiales........ | Tropa........ | Caballos..... |
| DIVISION DE VANGUARDIA<br>Mariscal de campo, D. Martin de la Carrera...... | *Infanteria.* — Principe, 3 batallones.—1.º de Cataluña, 1 batallon.—2.º de idem, 1 batallon.—Gerona, 1 batallon.—Barbastro, 1 batallon.—Lemus, 1 batallon.—Voluntarios de Plasencia, 1 batallon.—Total 9 batallones .......... | 159 | 3175 | » | 14 | 850 | » | 178 | 4025 | » |
| DIVISION DE VANGUARDIA PROVISIONAL<br>Brigadier, D. José Imaz, coronel de Sevilla...... | *Infanteria.* — Zaragoza, 3 batallones.—Hibernia, 2 batallones.—Fernando VII, 1 batallon.—Escolares de Leon, 1 batallon. — Vitoria, 1 batallon.—Monforte, 1 batallon. — Morrazo, 1 batallon. — Muerte, 1 batallon. — Provincial de Leon, 1 batallon.—Idem de Toro, 1 batallon.—Idem de Valladolid, 1 batallon.—Total 14 batallones ...... | 253 | 2297 | » | 59 | 1462 | » | 312 | 3759 | » |
| 1.ª DIVISION<br>Mariscal de campo, D. Francisco Javier Losada.. | *Infanteria.* — Granaderos Provinciales, 2 batallones.—Leon, 3 batallones.—Aragon, 2 batallones.—1.º de Barcelona, 1 batallon.—Voluntarios de la Corona, 2 batallones. — General, 2 batallones. — Union, 2 batallones.—Orense, 1 batallon.—Betanzos, 2 batallones.—Batallon del general, 1 batallon. —Total 18 batallones.. | 186 | 3220 | » | 58 | 2454 | » | 244 | 5674 | » |

| Divisiones y sus comandantes | Cuerpos que las componían | DISPONIBLE | | | BAJAS | | | FUERZA TOTAL | | |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| | | Gefes y oficiales........ | Tropa........ | Caballos..... | Gefes y oficiales........ | Tropa........ | Caballos..... | Gefes y oficiales........ | Tropa........ | Caballos..... |
| 2.ª DIVISION<br>Mariscal de campo, D. Carlos O'Donell....... | *Infantería.*—Rey, 2 batallones.—Zamora, 2 batallones.—1.º de Sevilla, 2 batallones. —1.º de Toledo, 2 batallones. — Voluntarios de Navarra, 1 batallon.—Idem de Santiago, 1 batallon. — Provincial de Logroño, 1 batallón. — Tiradores de Castilla, 1 batallon.—Lobera, 2 batallones.—Total 14 batallones...... | 264 | 3969 | » | 50 | 1131 | » | 314 | 5100 | · |
| 3.ª DIVISIÓN<br>Mariscal de campo, D. Francisco Ballesteros.. | *Infantería.* — Navarra. 3 batallones.— 1.º de la Princesa, 2 batallones. —Oviedo, 3 batallones. —Villaviciosa, 2 batallones.—Candas, 2 batallones.—Castropol, 2 batallones.—Pravia, 2 batallones.—Cangas, 2 batallones.—Grado, 2 batallones.—Infiesto, 2 batallones. — Lena, 2 batallones.— Covadonga 2 batallones.—Total 26 batallones...... | 135 | 1665 | » | 219 | 4722 | » | 354 | 6387 | · |
| | Compañía de guías. ..... | 4 | 102 | » | » | 18 | » | 4 | 120 | · |

# RESUMEN

| DIVISIONES | Batallones | DISPONIBLE | | | BAJAS | | | FUERZA TOTAL | | |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| | | Gefes y oficiales........ | Tropa........ | Caballos..... | Gefes y oficiales........ | Tropa........ | Caballos..... | Gefes y oficiales........ | Tropa........ | Caballos..... |
| Vanguardia................ | 9 | 159 | 3175 | » | 14 | 850 | » | 173 | 4025 | · |
| Vanguardia provisional. .. | 14 | 253 | 2297 | » | 59 | 1462 | » | 312 | 3759 | · |
| 1.ª División............... | 18 | 186 | 3220 | » | 58 | 2454 | » | 244 | 5674 | · |
| 2.ª idem. .................. | 14 | 264 | 3969 | » | 50 | 1131 | » | 314 | 5100 | · |
| 3.ª idem. .................. | 26 | 135 | 1665 | » | 219 | 4722 | » | 354 | 6387 | · |
| Compañía de Guías........ | » | 4 | 102 | » | » | 18 | » | 4 | 120 | · |
| *Suma total.* ......... | 81 | 1001 | 14428 | » | 400 | 10687 | » | 1401 | 25065 | · |

PLANA MAYOR

| | |
|---|---|
| Capitan general.............. | El Escmo. Sr. Marques de la Romana. |
| En segundo.................. | El Escmo. Sr. D. Gabriel de Mendizabal. |
| Cuartel maestre.............. | El Escmo. Sr. Marques de Coupigni. |
| Subinspector.................. | El Escmo. Sr. D. Joaquin María Velarde. |
| Mayor general de Infantería.... | El Mariscal de campo D. José O-Donell. |

*Nota.* La caballería de este ejército, que puede regularse en 3.000 hombres y en igual número de caballos, estaba repartida en algunos pueblos de Estremadura reponiéndose y organizándose.

---

## NÚMERO 8

**Estado** *de la organizacion y fuerza efectiva y disponible de las fuerzas del ejército del centro en setiembre de 1810, época en que una parte de él guarnecia á Cadiz é Isla de Leon, y otra parte operaba en el reino de Murcia.*

| Divisiones y sus comandantes | Cuerpos que la componian | DISPONIBLE | | | BAJAS | | | FUERZA TOTAL | | |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| | | Gefes y oficiales........ | Tropa........ | Caballos..... | Gefes y oficiales........ | Tropa........ | Caballos..... | Gefes y oficiales........ | Tropa........ | Caballos..... |
| VANGUARDIA DE INFANTERÍA<br>Brigadier D. José Lardizabal | Murcia, 2 batallones.—Canarias, 1 batallon.—Trujillo, 2 batallones. Universidad de Toledo, 1 batallon.—2.° Voluntarios de Cataluña, 1 batallon.—Voluntarios de campo mayor, 1 batallon.—Cazadores de Carmona, 1 batallon.—Total de batallones, 9...... | 275 | 4073 | » | 38 | 896 | » | 313 | 4969 | » |
| 2.ª DIVISION DE INFANTERÍA<br>El Mariscal de campo Príncipe de Anglona........ | 1.° de Guardias Españolas, 1 batallon.—3.° de idem, batallon-Africa, 1 batallon.—2.° de Mallorca, 1 batallon.—Cantabria, 1 batallon.—Voluntarios de Valencia, 1 batallon.—Ordenes militares, 1 batallon.—1.° de Cuenca, 1 batallon.—Provincial de Ciudad Real, 1 batallon.—Total de batallones, 9............. | 287 | 3750 | » | 26 | 1103 | » | 313 | 4853 | » |
| 1.ª DIVISION DE INFANTERÍA<br>El Mariscal de campo D. José Zayas..... | 1.ª Seccion.—2.° de Guardias Españolas, 1 batallon.—4.° de idem, 1 batallon.—1.° de Walonas, 1 batallon.—2.° y 3.° de Irlanda, 2 batallones.—1.°, 2.° y 3.° de España, 3 batallones.—1.° y 2.° de Madrid, 2 batallones.—1.° de la legion Estremeña, 1 batallon.—Provincial de Sevilla, 2 batallones.—2.ª Seccion.—1.° de Fernando 7.°, 1 batallon.—1.°, 2.° y 3.° de la Patria, 3 batallones.—Voluntarios de Sevilla, 1 batallon. Idem de Ciudad-Rodrigo, 1 batallon.—Total de batallones, 19................... | 530 | 7876 | » | 40 | 1612 | » | 570 | 8988 | » |

| Divisiones y sus comandantes | Cuerpos de que se componían | DISPONIBLE Gefes y oficiales | DISPONIBLE Tropa | DISPONIBLE Caballos | BAJAS Gefes y oficiales | BAJAS Tropa | BAJAS Caballos | FUERZA TOTAL Gefes y oficiales | FUERZA TOTAL Tropa | FUERZA TOTAL Caballos |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| 1.ª DIVISION DE CABALLERÍA. El Mariscal de campo D. Santiago Witingan.......... | Reales guardias de Corps, un destacamento.—Carabineros Reales idem.—Carabineros del ejército, 3 escuadrones.—Calatrava, 3 escuadrones.—Villaviciosa 2 escuadrones.—Voluntarios de España, 2 escuadrones.—Cazadores de Sevilla, 2 escuadrones.—Perseguidores, 2 escuadrones.—2.º de Lusitania, 2 escuadrones.—Príncipe desmontado, 3 escuadrones.—Total 2 destacamentos y 19 escuadrones................ | 333 | 2469 | 1266 | 14 | 648 | 145 | 347 | 3117 | 1411 |
| Artillería...... | Real cuerpo de artillería y tropa de las demas armas destinadas á su servicio......... | 91 | 1688 | » | » | » | » | 91 | 1668 | » |
| Ingenieros y Zapadores...... | Real cuerpo de ingenieros en el cuerpo general y en varias comisiones............... | 5 | 164 | » | » | » | » | 5 | 164 | » |

*Divisiones que se hallaban en Murcia*

| | | | | | | | | | | |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| 1.ª DIVISION DE INFANTERÍA. El Mariscal de campo Don Francisco Javier de Elío.. | Tiradores de Estremadura, 1 destacamento—Guadix, 2 batallones.—Milicias de Alcazar, 1 batallon.—Badajoz, (compuesto de partidas de varios cuerpos), 2 batallones.—Voluntarios de Burgos, 1 batallon.—Zapadores, 1 compañía.—Total de batallones, 6.—Un destacamento y una compañía..... | 191 | 4121 | » | 7 | 884 | » | 198 | 5005 | » |

| Divisiones y sus comandantes | Cuerpos de que se componían | DISPONIBLE | | | BAJAS | | | FUERZA TOTAL | | |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| | | Gefes y oficiales........ | Tropa....... | Caballos..... | Gefes y oficiales........ | Tropa....... | Caballos..... | Gefes y oficiales........ | Tropa....... | Caballos..... |
| 3.ª DIVISION DE INFANTERÍA. El Brigadier D. José Antonio Sanz..... | Infantería.—Ligero de Velez, 1 batallon.—Velez de Línea, 1 batallon.—1.° de Málaga, 1 batallon.—Ligero de Plasencia, 1 batallon.—Bailen de línea, 1 batallon.—1.er batallon de Lorca, 1 batallon. — Guarda Bosques Reales. - Una compañía del buen orden.—Zapadores, 1 compañía.—Total de batallones 6 y 2 compañías............... | 124 | 2463 | » | » | 398 | » | 128 | 2861 | » |
| 5.ª DE INFANTERÍA. El Brigadier D. Juan Creagh de Lacy....... | Corona, 1 batallon.—Alpujarras, 1 batallon. -1.er Batallon del Provincial de Cuenca, 1 batallon. — Total de batallones 3......... | 108 | 2073 | » | 3 | 348 | » | 111 | 2421 | » |
| RESERVA DE ID. El Brigadier D. Miguel de los Rios...... | Alcalá de línea, 1 batallon.—Reunion murciana, 1 batallon.—Provincial de Murcia, 1 batallon.—Idem de Chinchilla, 1 batallon —2.° Batallon del Provincial de Cuenca, 1 batallon.-2.° idem de Lorca, 1 batallon.—2.° Provicional, 1 batallon. — Tiradores de Murcia, 1 batallon.—Depósito de quintos. —1.° Provisional.—Desmontado, 1 batallon.—Total 9 batallones y 1 depósito...... | 240 | 4280 | » | 14 | 890 | » | 254 | 5170 | » |
| 2.ª DE CABALLERÍA. El Brigadier D. Manuel Ladron de Guebara......... | Cuerpos y escuadrones provisionales. — Real brigada compuesta de los carabineros Reales y de Estremadura. — Regimiento de España.—Provicional de línea compuesto de los regimientos Rey y Farnesio. —Idem número 2.° de los del Príncipe y Santiago. —Idem núm. 3.° de los del Infante, Alcántara y Montesa.—Idem núm. 4.° de los de Sevilla y Madrid.. | 103 | 1080 | 1013 | 24 | 309 | 205 | 127 | 1389 | 1218 |

| Divisiones y sus comandantes | Cuerpos de que se componian | DISPONIBLE | | | BAJAS | | | FUERZA TOTAL | | |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| | | Gefes y oficiales........ | Tropa........ | Caballos..... | Gefes y oficiales........ | Tropa........ | Caballos..... | Gefes y oficiales........ | Tropa........ | Caballos..... |
| 3.ª DE IDEM El Brigadier Don Vicente Osorno....... | Reina.—Granada.—Dragones núm. 1.° compuesto de los regimientos Almansa y Pavía.—Idem núm. 2.° de los de Lusitania y Fernando 7.°.—Ligero compuesto del 1.° de Usares, 2.° de idem, 1.° de francos, 2.° de idem é Imperiales de Toledo.—Voluntarios de Burgos........... | 61 | 759 | 667 | 11 | 213 | 96 | 72 | 972 | 763 |
| D. Joaquin Cea. | En 2.ª linea para su instruccion en calidad de depósito.......... | 31 | 1099 | 645 | » | » | » | 31 | 1099 | 645 |
| | Artillería á caballo 2 compañías........... | 9 | 214 | 155 | » | » | » | 9 | 214 | 155 |
| | Idem á pie inclusas las compañías del tren y obreros............. | 22 | 640 | » | » | » | » | 22 | 640 | » |

## RESUMEN GENERAL DE TROPAS

| Divisiones | | Batallones.... | Escuadrones... | DISPONIBLE | | | BAJAS | | | FUERZA TOTAL | | |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| | | | | Gefes y oficiales. | Tropa.... | Caballos.. | Gefes y oficiales. | Tropa.... | Caballos.. | Gefes y oficiales. | Tropa.... | Caballos.. |
| Divisiones que guarnecían la Isla de Leon..... | Vanguardia.......... | 9 | » | 275 | 4073 | » | 38 | 896 | » | 313 | 4969 | » |
| | 2.ª Division.......... | 9 | » | 287 | 3750 | » | 26 | 1103 | » | 313 | 4853 | » |
| | 4.ª Idem............ | 19 | » | 530 | 7376 | » | 40 | 1612 | » | 570 | 8988 | » |
| | 1.ª Idem de Caballería | » | 19 | 333 | 2469 | 1266 | 14 | 648 | 145 | 347 | 3117 | 1411 |
| | Artillería.......... | » | » | 91 | 1688 | » | » | » | » | 91 | 1688 | » |
| | Ingenieros y zapadores................. | » | » | 5 | 164 | » | » | » | » | 5 | 164 | » |
| | Total en la Isla.. | 37 | 19 | 1521 | 19520 | 1266 | 118 | 4259 | 145 | 1639 | 23779 | 1411 |

| Divisiones. | | Batallones | Escuadrones | DISPONIBLE Gefes y oficiales | DISPONIBLE Tropa | DISPONIBLE Caballos | BAJAS Gefes y oficiales | BAJAS Tropa | BAJAS Caballos | FUERZA TOTAL Gefes y oficiales | FUERZA TOTAL Tropa | FUERZA TOTAL Caballos |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| Divisiones en Murcia | 1.ª Division | 6 | » | 191 | 4121 | » | 7 | 884 | » | 198 | 5005 | » |
| | 3.ª Idem | 6 | » | 124 | 2463 | » | 4 | 398 | » | 128 | 2861 | » |
| | 5.ª Idem | 3 | » | 108 | 2073 | » | 3 | 348 | » | 111 | 2421 | » |
| | Reserva | 9 | » | 240 | 4280 | » | 14 | 890 | » | 254 | 5170 | » |
| | 2.ª de Caballería | » | » | 103 | 1080 | 1013 | 24 | 809 | 205 | 127 | 1889 | 1218 |
| | 3.ª de idem | » | » | 61 | 759 | 667 | 11 | 213 | 96 | 72 | 972 | 763 |
| | Caballería en instruccion | » | » | 31 | 1099 | 645 | » | » | » | 31 | 1099 | 645 |
| | Artillería de á caballo | » | » | 9 | 214 | 155 | » | » | » | 9 | 214 | 155 |
| | Idem de á pie, inclusas las compañías de tren y obreros | » | » | 22 | 640 | » | » | » | » | 22 | 640 | » |
| | Total en Murcia | 24 | » | 869 | 16729 | 2480 | 63 | 3042 | 301 | 952 | 19771 | 2781 |
| | *Total general* | 61 | 19 | 2410 | 36249 | 3746 | 181 | 7301 | 446 | 2591 | 43550 | 4192 |

*Nota.* La fuerza que tenía el regimiento caballería de la Reina no va comprendida en el anterior estado por no estarlo en el original.

*Plana mayor*

General en gefe el Teniente general, D. Joaquin Blak.
2.º gefe del E. M. de las tropas existentes en Murcia, el Brigadier D. Ambrosio de la Cuadra.
Comandante general de ingenieros, el Mariscal de campo D. Agustin Bueno.
Idem de artillería el Mariscal de campo D. Gregorio Rodriguez.
Idem de caballería el Mariscal de campo D. Manuel Freire.
Sub-inspector general, el Brigadier D. Miguel de March.
Oficial general destinado al ejército, el Mariscal de campo, Vizconde de Zolina.
Gefe del Estado Mayor, en la Isla de Leon, el Mariscal de campo D. Luis Lacy.

NÚMERO 9

—

«Al observar la entrada por Puigcerdá hemos expuesto en el principio de este capítulo cómo ha sido aquella objeto de agresiones, que si bien frecuentes, ni han tenido otro fin que el de distraer fuerzas de las líneas militares que flanquea, ni otras consecuencias que una posesion momentánea de la Cerdaña hasta La Seo, de donde nunca han pasado. En su curso inferior el Segre y sus ricas riberas han sido teatro de operaciones de un interés inmenso, y cuyos resultados han hecho imperecedera la memoria suya. Allí vino César á consolidar su imperio en Roma con el vencimiento de Afranio y Petreyo, tenientes de Pompeyo, su rival; en Lérida alcanzó el primer revés al gran Condé, que creía ver derrumbarse los muros al sonido de sus violines, como habían caido los de Jericó al de las trompetas de los sacerdotes de Israel; allí fué el duque de Órleans para expugnar la plaza de Lérida en la guerra de Sucesion de principios de siglo pasado, cuando vencida la causa austriaca en los campos de Almansa se abrieron á Felipe V las puertas de Valencia y Aragon; poco tiempo despues y en aquella misma dilatada lucha, fué á los mismos lugares el mariscal Staremberg á repetir poco mas ó menos los movimientos de César para recoger un fruto semejante, aunque efímero, y por fin, en la guerra de la Independencia operó allí sábiamente uno de los mas expertos capitanes del imperio francés.

Mucho nos ocuparia el juicio de cada una de aquellas instructivas campañas, pero consecuentes en nuestro propósito de corrobar con hechos históricos la relacion de nuestras observaciones militares, apuntaremos aquellos rasgos que mas caractericen las operaciones ejecutadas en el Segre, y que mas conduzcan al conocimiento de las propiedades de línea tan interesante.

Como César, todos los generales que han intentado el sitio de Lérida, han ocupado el Segre por Balaguer, donde han podido asegurar la comunicacion de ambas márgenes y cubrir sus ejércitos de los ataques de los montañeses. Solo Suchet echó un puente agua abajo, y esto porque habiendo establecido su cuartel general en Vilanova, tuvo que dar la mano á las tropas que venian de Flix por la izquierda del Segre; pero su primera operacion antes de avistar la plaza fué la ocupacion de Balaguer y su puente. La frecuencia de las avenidas y su enorme fuerza, asi como la rapidez y profundidad del rio desde aquella poblacion, han exigido siempre la precaucion de asegurar de un modo permanente una comunicacion necesaria por la riqueza de la orilla izquierda, y para prevenir todo socorro á la plaza por aquella parte.

César y Staremberg combatieron en la orilla derecha; el primero para lanzar á sus enemigos á la izquierda, y adelantándose á ellos en los desfiladeros de la Garriga, impedirles el paso del Ebro y rendirlos sin combate, y el segundo para despues de vencer al primer Borbon en Almenara, tras un combate desigual por lo mal dirigido, obligarle á repasar el Cinca y despues el Ebro en Zaragoza, para vencerle de nuevo en Torrero. Ambos padecieron hambre hasta que extendieron sus correrías por los Nogueras; César poniéndose en relacion con Huesca y otras ciudades de su devocion, de donde le vinieron víveres bajo la proteccion de su numerosa caballería, y Staremberg dilatando su campo y por medio de los somatenes haciendo llegar sus refuerzos del interior del Principado que proclamaba la misma causa austriaca.

El duque de Orleans y Suchet empezaron tambien por ocupar á Balaguer, pero al contrario que los otros dos generales, como procedentes de lugares opuestos, extendieron sus reconocimientos á la llanura de la izquierda del Segre adelantándose el primero á Cervera, ofreciendo siempre la batalla sin ser aceptada por Gallovay, que mandaba el ejército de socorro, y el segundo para combatir victoriosamente en Margalef á otro ejército que, sin pelear debidamente, tuvo que abandonar Lérida á sus propios recursos.

Los cuatro verificaron sus ataques por la parte septentrional de la plaza, ya para aislarla de las montañas de donde fueran posibles algunos socorros y de la dominacion del Segre, bien por ser esencial la toma del castillo principal que mira hácia aquel lado. En el alto en que asienta el de Gardeny tenían sus reales Afranio y Petreyo como en posicion á cubierto de todo ataque; entonces por la fortaleza del sitio, ahora por la proteccion de la plaza.

Los tenientes de Pompeyo se retiraron por la izquierda del Segre salvándolo por el puente de la ciudad con objeto de pasar inmediatamente el Ebro por cerca de Mequinenza, donde habían echado uno con antelacion, y hubieran conseguido su propósito sin la diligencia de César, cuya caballería fué estorbando la retirada de los pompeyanos mientras las legiones pasaban el rio con el agua á los hombros. Felipe V pasó el Cinca por Torrente mientras su rival subía á pasarlo por Monzon, poco deseoso, como César, de combatir en primer lugar por suponer á los Borbones de vencida, como efectivamente iban entonces por la mala inteligencia de sus generales, y en segundo por respeto á la numerosa caballería que aun mantenían, á que daba Cárlos mucho valor.

Finalmente, César y Staremberg se apoderaron de Lérida venciendo en el campo por tener las simpatías del pais y por lo rápido y decisivo de sus campañas; el duque de Orleans y Suchet tuvieron que superar los obstáculos de un sitio prolongado y sangriento porque Cataluña aborrecía á los conquistadores y su odio irreconciliable oponía dificultades inmensas á la marcha y operaciones de los franceses.

---

## NÚMERO 10

*Organizacion y fuerza del 3.er Cuerpo de ejército, en abril de 1810*

| GENERALES DE | | REGIMIENTOS | NÚMERO DE | | PRESENTES EN LAS FILAS | | | |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| | | | | | Al frente de Lérida | | Destacados en Aragon en la línea ó en las plazas | |
| Division | Brigada | | Batallones | Escuadrones | Hombres | Caballos | Hombres | Caballos |
| 1.ª division, General Laval.. | Montmarie..... | 14.º de línea........... | 4 | » | » | » | 2101 | » |
| | | 3.º del Vistula......... | 2 | » | 608 | » | 1229 | » |
| | Chlopiski....... | 44.º de línea........... | 2 | » | » | » | 1416 | » |
| | | 2.º del Vistula......... | 2 | » | » | » | 1568 | » |
| 2.ª division, General Musnier | París............ | 115.º de línea.......... | 4 | » | 1804 | » | 387 | » |
| | | 1.º del Vistula......... | 2 | » | 1508 | » | » | » |
| | Vergés......... | 114.º de línea.......... | 4 | » | 1689 | » | 675 | » |
| | | 121.º id... ............. | 4 | » | 1649 | » | 514 | » |
| 3.ª Division, General de brigada Habert........................ | | 5.º ligero................ | 2 | » | 960 | » | » | » |
| | | 116.º de línea.......... | 3 | » | 960 | » | 589 | » |
| | | 117.º id ................ | 4 | » | 1799 | » | 847 | » |
| Caballería, General de brigada Boussard...................... | | 4.º de húsares.......... | » | 4 | 328 | 317 | 821 | 309 |
| | | 13.º de coraceros....... | » | 4 | 452 | 452 | 378 | 375 |
| | | Lanceros polacos...... | » | 1 | 80 | 80 | » | » |
| Artillería, General de brigada Valée......................... | | Artilleros á pie y á caballo................. | » | » | » | » | » | » |
| | | Obreros y pontoneros.. | » | » | 270 | 63 | 141 | » |
| | | Tren...................... | » | » | 347 | 597 | 193 | 310 |
| Ingenieros, Coronel Haxo...... | | Una compañía de minadores.............; Dos compañías de zapadores............. | » | » | 260 | » | 18 | » |
| | | TOTALES....... | 33 | 9 | 12714 | 1509 | 9822 | 994 |

## NÚMERO 11

—

**ESTADO de la fuerza que guarnecia la plaza y castillo de Lérida en 1.º de abril de 1810, con espresion de la que habia en los castillos de la misma plaza el dia 14 de mayo del expresado año en que se rindieron al enemigo por capitulacion.**

| | Gefes y oficiales.......... | Tropa.......... | Caballos..... | Gefes y oficiales.......... | Tropa.......... | Caballos..... |
|---|---|---|---|---|---|---|
| INFANTERÍA | | | | | | |
| Batallon de Huesca.......................... | » | 900 | » | | | |
| Seccion catalana.......................... | » | 800 | » | | | |
| 2.º Batallon del regimiento de Santa Fe.... | » | 300 | » | | | |
| Batallon de tiradores de Murcia........... | » | 400 | » | » | 3.600 | » |
| Suizos de Kayser.......................... | » | 1000 | » | | | |
| Bat. de Fernando 7.º sin incluir los quintos sin armas.............................. | » | 200 | » | | | |
| CABALLERÍA | | | | | | |
| Un escuadron incompleto del regimiento de Olivenza.............................. | » | 80 | 80 | » | 80 | 80 |
| ARTILLERÍA | | | | | | |
| Destacamento del cuerpo de artillería...... | » | 100 | » | | | |
| Com. de artillería de la misma plaza sin vestuario ni instruccion.................. | » | 250 | » | » | 350 | » |
| ZAPADORES | | | | | | |
| Un destacamento.......................... | » | 40 | » | » | 40 | » |
| *Suma total*................ | | | | » | 4070 | 80 |

**Fuerza que había en los castillos de dicha plaza el 14 de mayo de 1810, día en que se capituló.**

| INFANTERÍA | Jefes y oficiales.......... | Tropa.......... | Caballos..... | Jefes y oficiales.......... | Tropa.......... | Caballos..... |
|---|---|---|---|---|---|---|
| Batallon de Huesca...................... | » | 220 | » | | | |
| Seccion catalana ........................ | » | 64 | » | | | |
| 2.º batallon de Santa Fe.................. | » | 260 | » | » | 827 | » |
| Suizos de Kayser.......................... | » | 225 | » | | | |
| Fernando 7.º ............................. | » | 58 | » | | | |
| **En el castillo de Gardeñ** | | | | | | |
| Batallon tiradores de Murcia............. | » | 400 | » | | | |
| Destacamento de Fernando 7.º............. | » | 100 | » | » | 500 | » |
| Otro pequeño de suizos de Kayser ......... | » | » | » | | | |
| *Suma total*................ | | | | » | 1327 | » |

**Mandaba la plaza y castillos el Mariscal de campo D. Jaime García Conde.**

## NÚMERO 18

—

*Capitulacion de Lérida*

Artículo 1.º La guarnicion de Lérida saldrá hoy, 14 de Mayo, por la brecha á las cuatro y media de la tarde por el frente de la Magdalena, desfilará por delante de las tropas francesas con los honores de la guerra, entregará sus armas y quedará prisionera de guerra.—Concedido. La puerta del castillo se entregará inmediatamente á los granaderos del regimiento número 117.

Art. 2.º Los Oficiales conservarán sus armas, caballos y equipajes y se les tratará segun sus grados.—Concedido.

Art. 3.º El gobernador de esta plaza, que se halla enfermo, permanecerá en ella hasta su curacion, y en su compañía sus tres ayudantes.—Concedido.

Art. 4.º Las mujeres de los Oficiales podrán seguir á sus maridos en el destino que se les señale.—Concedido.

Art. 5.º Todos los Oficiales que prometan bajo su palabra de honor, no tomar las armas contra la Francia, podrán quedarse en España en calidad de prisioneros, bajo la vigilancia del gefe francés que mande las armas.—Concedido; pero se reserva el señor General en Gefe la facultad de dar las licencias correspondientes á los Oficiales que afiancen su palabra de honor que habían dado.

Art. 6.º Si hubiese algunos Oficiales, sargentos, cabos ó soldados que hubiesen sido hechos prisioneros en otras acciones, se les indulta plenamente.—Concedido.

Art. 7.º La religion católica, sus ministros y las propiedades de los vecinos seran respetadas.—Concedido.

8.º Indulto á los paisanos que han tomado las armas, inclusos los de las compañías de reserva.—Concedido.

Art. 9.º Se dará pasaporte á los empleados de Hacienda, médicos, cirujanos, boticarios, capellanes y ministros de la iglesia castrense para que se dirijan á sus pueblos: tambien se dará pasaporte á todos los vecinos de Lérida y á los forasteros que se encuentren en dicha ciudad y lo soliciten.—Concedido.

Art. 10.º Los individuos que componen actualmente la junta corregimental de la provincia ó que lo han sido anteriormente, no serán molestados en lo más mínimo ni les servirá de obstáculo para nada en sus haciendas ni empleos.—Concedido.

Art. 11.º Un Oficial de artillería, otro de ingenieros y un comisario de guerra francés entrarán inmediatamente en el castillo para formar inventarios y tomar posesion de los almacenes.—Concedido. El gefe de escuadron Rafo, gefe mayor de caballería, el gefe mayor de ingenieros Henry y el comisario de guerra Bounefor, pasarán inmediatamente al castillo.

Capitulacion propuesta por el brigadier D. José Beguer, segundo Comandante general de este canton y D. Pedro Fleix, abogado de los reales

Consejos, vecino de Lérida, apoderados de los señores Mariscales de campo D. Jaime García Conde y D. José Gonzalez, gobernador de la plaza y castillo. Fué aceptada por el general de brigada Valur (Valeé), Comandante de la artillería del tercer cuerpo del ejército imperial en España.—Lérida 14 de Mayo de 1810.—José Beguer.—Sancir Nogues. (Saint-Cyr-Nugues), Ay udante Comandante.—Pedro Fleix.—Aprouvé par le général en chef du 3.$^{me}$ Corps de l'Armeé imperial d'Aragon.—Visto. Suchet.—Es copia de la capitulacion original que he devuelto al señor Mariscal de campo Don Jaime García Conde, de que certifico como comisario de guerra habilitado de los reales ejércitos, con destino en esta plaza.—Santiago de Bustamante.

---

## NÚMERO 14

***ESTADO** que manifiesta la fuerza efectiva que tenian los cuerpos que componian la guarnicion de la plaza de Ciudad-Rodrigo el 25 de abril del año 1810, en que fué atacada por los franceses, y los muertos y heridos de todas clases que tuvieron en el sitio.*

| CUERPOS | FUERZA EFECTIVA | | | | | | | MUERTOS | | | | HERIDOS | | | |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| | Gefes..... | Capitanes | Subalternos...... | Sargentos | Tambores...... | Cabos y soldados | TOTAL... | Oficiales. | Sargentos | Cabos y soldados | TOTAL.... | Oficiales. | Sargentos | Cabos y soldados | TOTAL.... |
| Batallon de Artillería.................................. | 2 | 3 | 8 | 22 | » | 358 | 375 | » | 6 | 113 | 119 | 4 | 7 | 124 | 185 |
| Compañía de Zapadores.................................. | 2 | » | 2 | 3 | » | 57 | 60 | » | » | 6 | 6 | 2 | 2 | 38 | 42 |
| Regimiento de Mallorca.................................. | 3 | 6 | .32 | 36 | 18 | 652 | 706 | 1 | 5 | 56 | 62 | 3 | 8 | 128 | 142 |
| Batallon de Voluntarios de Avila.................................. | 3 | 10 | 36 | 44 | 12 | 801 | 857 | 2 | 4 | 60 | 66 | 19 | 16 | 150 | 179 |
| Regimiento Provincial de Segovia.................................. | 3 | 9 | 9 | 28 | 13 | 276 | 317 | 1 | » | 8 | 9 | » | 2 | 41 | 43 |
| Primer batallon de Voluntarios de Ciudad-Rodrigo... | 2 | 11 | 31 | 42 | 17 | 808 | 867 | 2 | » | 41 | 43 | 6 | 3 | 100 | 107 |
| Segundo batallon idem.................................. | 2 | 11 | 33 | 45 | 12 | 663 | 720 | 2 | 5 | 46 | 53 | 5 | 9 | 96 | 110 |
| Tercer batallon idem.................................. | 2 | 9 | 31 | 51 | 13 | 771 | 835 | 1 | » | 64 | 65 | 2 | 5 | 126 | 133 |
| Batallon de Urbanos.................................. | 1 | 6 | 12 | 24 | 6 | 720 | 750 | » | » | 36 | 36 | 1 | 4 | 94 | 99 |
| Compañía de Inválidos.................................. | » | 1 | 2 | 2 | » | 21 | 23 | » | » | 2 | 2 | » | 1 | 3 | 4 |
| TOTAL GENERAL.............. | 20 | 66 | 196 | 297 | 91 | 5122 | 5510 | 9 | 20 | 432 | 461 | 42 | 57 | 900 | 994 |

I.ª *Nota.* De la fuerza efectiva deben rebajarse para el servicio de armas de la plaza 350 soldados que había en diversos puntos de la provincia destacados y empleados en comisiones particulares, que aunque inclusos en la fuerza efectiva que se expresa arriba, no existian en Ciudad-Rodrigo al tiempo de la defensa, para el servicio de armas de ella; los 91 tambores, mas de 400 enfermos que había en los hospitales, los empleados en éstos y en otros ramos económicos, los asistentes, rancheros y quarteleros, á que añadiendo los heridos, que al fin hubo, quedaban escasamente 3000 hombres para cubrir todos los puntos de la plaza, servir la artillería y executar los trabajos necesarios.

II.ª *Nota.* No se han podido comprehender en este Estado las noticias de los muertos y heridos de caballería de las dos divisiones de lanceros de don Julian Sanchez y de individuos montados del regimiento Voluntarios de Ciudad-Rodrigo, que baxo el mando del capitan de dicho cuerpo don Cayetano Puente, hicieron el servicio junto con ellos durante el primer tiempo de los ataques, por no haber habido á quien pedirlas en el depósito de Macon en Francia, donde se formó la presente relacion.

III.ª *Nota.* En el mismo caso se está respecto á los muertos y heridos de ambos sexôs que hubo en el vecindario de la ciudad por no haber dado nadie la noticia de su número; pero por el juicio que se formó llegarian entre todos los muertos y heridos que hubo de todas clases, sexôs y edades del paisanage dentro de la plaza durante el cerco y sitio al número de 2 á 300 con corta diferencia, que añadidos á los militares resultó en todo de 1650 y 1700.—*Andrés Herrasti.*

# ÍNDICE DEL TOMO VIII

Páginas

Páginas


VE RI
TAS



